

JOHN MERRIMAN

---

# MASACRE

VIDA Y MUERTE  
EN LA COMUNA DE PARÍS  
DE 1871



JOHN MERRIMAN



# MASACRE

VIDA Y MUERTE  
EN LA COMUNA DE PARÍS  
DE 1871



**Siglo XXI / Colección Hitos**

John Merriman

# **Masacre**

**Vida y muerte en la Comuna de París de 1871**

*Traducción:* Juanmari Madariaga



Tras la desastrosa derrota francesa en la guerra franco-prusiana, los parisinos hambrientos y políticamente desencantados tomaron las armas. Expulsaron a los leales al régimen y a los soldados, y erigieron barricadas en las calles en nombre de una sociedad más justa. La Comuna de 1871 fue un movimiento revolucionario que mantuvo el poder en París entre el 18 de marzo y el 28 de mayo, autoproclamándose independiente y con un gobierno de autogestión donde el poder era ejercido por la soberanía popular. También fue uno de los capítulos más trágicos en la historia europea ya que su breve utopía terminó con la «Semana Sangrienta», matanza brutal de más de 15.000 parisinos a manos de las fuerzas institucionales. Para entonces, los bulevares de la ciudad habían sido incendiados y sus monumentos derribados. Más de 40.000 parisinos fueron investigados, encarcelados o forzados al exilio, en una purga a manos de un gobierno nacional conservador cuyos seguidores se sentían mucho más horrorizados por los escombros amontonados que por los cadáveres apilados. En este libro, John Merriman explora las raíces radicales y revolucionarias de la Comuna, esbozando vívidos retratos de los comuneros –trabajadores ordinarios, artistas famosos y mujeres extraordinarias convertidas en incendiarias– y su vida cotidiana tras las barricadas, examinando las ramificaciones contemporáneas de la Comuna en el papel del Estado y la soberanía en Francia y en Europa. *Masacre. Vida y muerte en la Comuna de París de 1871*, narración apasionante, evocadora y profundamente conmovedora, ofrece una imagen completa de un momento decisivo de la historia, aquella primavera en que París ardía bajo el fuego de los cañones y sus ciudadanos eran dueños de sí mismos, y revela cómo el espíritu indomable de la Comuna sacudió los cimientos de Europa.

«La mayor virtud de la escritura de Merriman es el modo de particularizar a los participantes de la Comuna. Por primera vez en la vasta literatura

académica sobre el tema, son individuos complicados que cobran vida, en lugar de héroes proletarios o meros rostros en la “multitud” o la “chusma” de la imaginación de la derecha. Merriman relata la historia de la breve subida de la Comuna y la brutal caída al detalle, con intensidad hora por hora, y explota el dramatismo de esta historia».

*New Yorker*

«Desde documentos y fuentes primarias, Merriman cuenta la historia de la violenta guerra de clases a través de los ojos de los participantes y observadores de la lucha. Aunque de corta duración, la Comuna tuvo implicaciones significativas, influyendo tanto a políticos como a teóricos, incluso a Karl Marx. Simbolizaba la última de las revoluciones del siglo XIX y el germen de la represión brutal y sistemática del siglo XX. Recomendado para los lectores de la historia moderna política, económica, tanto francesa como europea».

*Library Journal*

«Una narración desgarradora [...] La escritura de Merriman, sencilla y objetiva, captura la rapidez con que transcurrieron los acontecimientos en París desde el nacimiento de la Comuna hasta la Semana Sangrienta, cuando el Ejército de Versalles invadió París y ejecutó entre 12.000 y 15.000 comuneros».

*Publishers Weekly*

**John Merriman** es Charles Seymour Professor of History en la Universidad de Yale. Su labor tanto investigadora como divulgadora de la Historia europea ha sido galardonada con el premio Yale's Harwood F. Byrnes/Richard B. Sewall, y reconocida en Francia con un Doctor Honoris Causa y en Polonia con la Medalla al Mérito al Servicio Educativo concedida por el Ministerio de Educación de Polonia. Entre sus numerosos libros encontramos *A History of Modern Europe Since the Renaissance* (1996), *The Stones of Balazuc: A French Village in Time* (2002), *Police Stories: Making the French State, 1815-1851* (2005) y *The Dynamite Club: How A Cafe Bombing Ignited the Age of Modern Terror* (2009).

Diseño de portada  
*RAG*

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.



Título original

*Massacre. The Life and Death of the Paris Commune of 1871*

© John Merriman, 2014

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 2017  
para lengua española

Sector Foresta, 1  
28760 Tres Cantos  
Madrid - España

Tel.: 918 061 996  
Fax: 918 044 028

[www.sigloxxieditores.com](http://www.sigloxxieditores.com)

ISBN: 978-84-323-1854-2

Para Don Lamm

## AGRADECIMIENTOS

Por lo que puedo recordar, siempre he estado fascinado por la Comuna de París de 1871. Mi libro anterior era un estudio centrado en la figura de Émile Henry, un joven intelectual anarquista que arrojó una bomba en el Café Terminus, cerca de la Gare Saint-Lazare, en la capital francesa en febrero de 1894. Su objetivo era matar a tantas personas como fuera posible. Sus blancos eran burgueses corrientes que tomaban una cerveza y escuchaban música antes de volver a casa. Mi argumento era que la bomba de Henry representaba los orígenes del terrorismo moderno. Pero había un subtexto: el del terrorismo de Estado. El Estado francés, como el italiano y el español, utilizaba el miedo a los anarquistas –y la mayoría de los anarquistas no eran terroristas en absoluto– para reprimir a la oposición política. Émile Henry era hijo de un militante de la Comuna de París de 1871, condenado a muerte *in absentia* por el gobierno provisional francés de Adolphe Thiers. Fortuné Henry había visto de cerca el terrorismo de Estado. Los soldados que luchaban para el gobierno de Versalles mataron o ejecutaron a miles de personas corrientes.

Hace seis o siete años, la Bibliotheque historique de la ville de Paris organizó una exposición de fotos tomadas durante la Guerra Franco-Prusiana de 1870-1871 (en la que Prusia y sus aliados alemanes aplastaron el Segundo Imperio de Napoleón III) y durante la Comuna. Una de esas se me quedó fijada en la mente: parisinos elegantes de clase alta que regresaban a la capital francesa después de que sus ejércitos hubieran aplastado la Comuna de París durante la Semana Sangrienta, del 21 al 28 de mayo de 1871. Ellos aplaudían el terror organizado por el Estado francés, que había triturado a los parisinos que querían ser libres.

Un día, mientras caminaba hacia mi despacho en el Branford College en Yale, decidí investigar y escribir un libro sobre la vida y muerte de la Comuna de París, centrándome en las experiencias representativas de los comuneros pero también de algunos de quienes se oponían a ellos.

El Centro MacMillan y el Fondo Griswold Whitney de la Universidad de Yale me ofrecieron apoyo para la investigación para este libro. Bertrand



Fonck, con quien Caroline Piketty me puso en contacto, me permitió el acceso a expedientes en el Archivo de la Defensa en Vincennes que, de otro modo, me habría resultado imposible.

Para escribir sobre la Comuna de París de 1871, me he beneficiado enormemente de los importantes estudios de Laure Godineau, Éric Fournier, Carolyn Eichner, David Shafer, Gay Gullickson, Quentin Deleurmoz, Marc César y Stewart Edwards. He admirado durante mucho tiempo y, en particular, he aprendido de los magníficos trabajos académicos de Robert Tombs y Jacques Rougerie, esenciales para cualquier persona interesada en la Comuna. Tom Kselman, Colin Foss y Joe Peterson también me ofrecieron sugerencias extraídas de sus conocimientos de la época. Quiero expresar igualmente mi agradecimiento a alguien con quien nunca me he encontrado, Olivier Marion, cuya *mémoire de maîtrise* sobre la Iglesia católica durante la Comuna (no publicada, disponible en los Archives Departamentales des Hauts-de-Seine) merece más amplia difusión. En Fayl-Billot, Haute-Marne, donde nació el arzobispo Georges Darboy, me gustaría dar las gracias a Philippe Robert, hasta hace poco tiempo cura de la parroquia, y a Jean-Remy Compain.

Tuve la increíble fortuna en la Universidad de Michigan de poder estudiar con Charles Tilly, quien dirigió mi tesis hace mucho tiempo, y de haberlo tenido como amigo. Como es el caso de muchas personas en muchos campos, la muerte de Chuck en 2008 sigue siendo una enorme pérdida. *Pour leur amitié et la manière dont ils ont inspiré mes travaux, je tiens à remercier chaleureusement* a Michelle Perrot, Alain Corbin, Jean-François Chanet, Dominique Kalifa, Sylvain Venayre, Maurice Garden e Yves Lequin. Si bien la investigación para este libro tuvo lugar en París, en su mayor parte lo escribí en Balazuc (Ardeche). Allí tengo la fortuna de contar como amigos con Lucien y Catherine Mollier, Hervé y Françoise Parain, Eric Fruleux y Mathieu Fruleux. Gracias también allí a William Clavaroyet de «La Feniere» y Lionel Pélerin de «Chez Paulette», y a Paulette Balazuc. En Polonia, donde he tenido el placer de pasar gran cantidad de tiempo durante los últimos ocho años, debo dar las gracias a Andrzej Kaminski, Wojciech Falkowski, Krzysztof Lazarski, Adam Kozuchowski y Eulalia Lazarska, así como a Jim Collins; en Ruan, a Jean Sion; en París, a Jean-Claude Petilon y Sven Wanegffelen; en Estados Unidos, a Bruno y Flora Cabanes, Charles Keith, Mark Lawrence, Gene Tempest, Joe Malloure, Jim

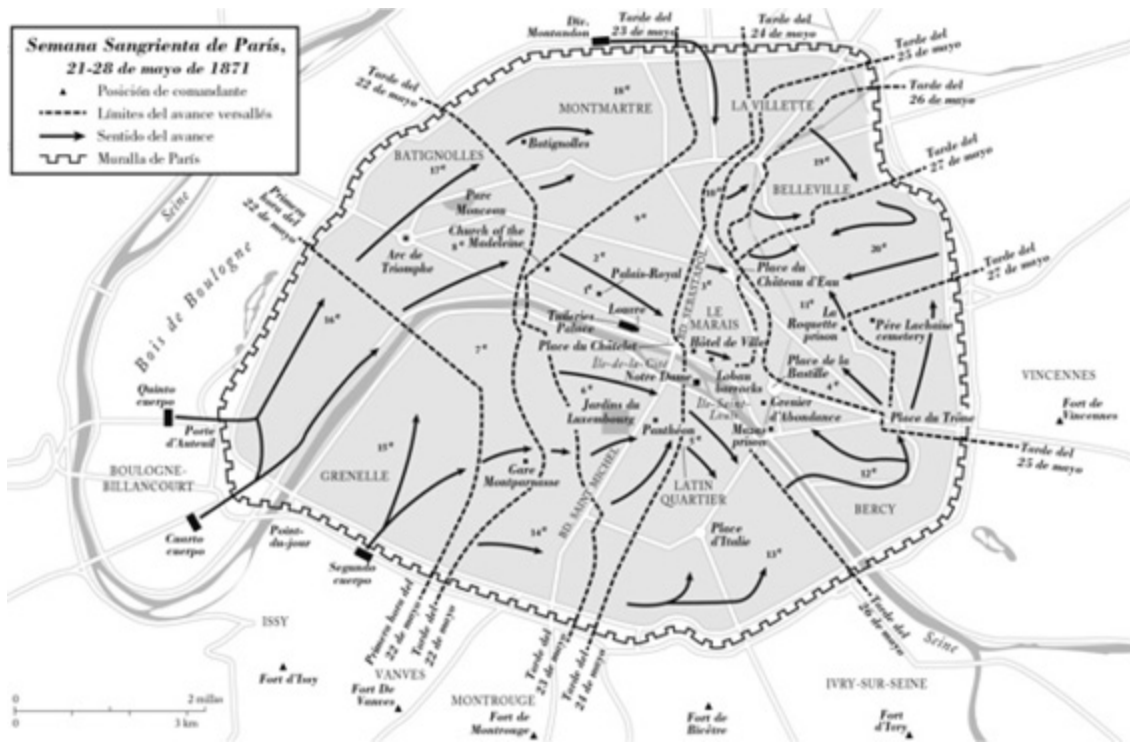
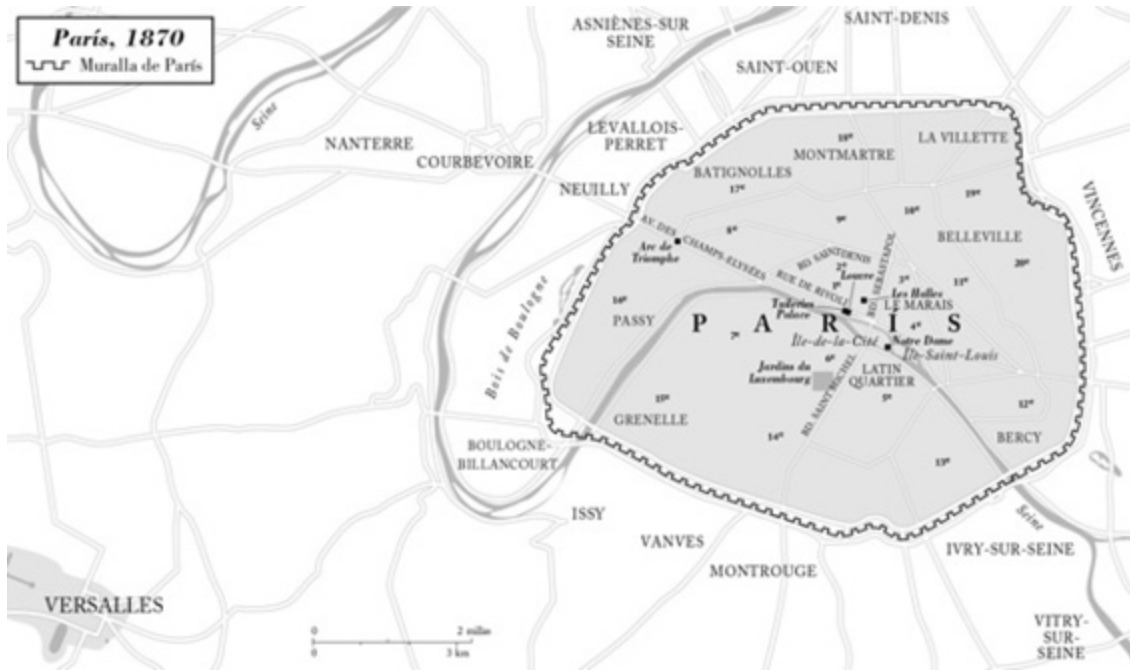
Read, Steve Shirley, Gil Joseph, Dick y Sandy Simon, Mike Johnson, Steve Pincus, Sue Stokes y Peter Gay. Nuestra familia le debe también mucho a Victoria Johnson.

Peter McPhee y yo llevamos mucho tiempo hablando sobre historia francesa, y mucho más desde que nos encontramos por primera vez en 1974 –*ça passe vite, le temps*–. Leyó el primer borrador de este libro y me ofreció sus extremadamente útiles comentarios. En la Fletcher Company estoy en deuda con Christy Fletcher y Melissa Chincillo, y con Donald Lamm, quien ha apoyado este proyecto desde el principio. Una vez más, Don aportó sus capacidades de edición sin par a uno de mis libros. Melissa, con la ayuda de Anne van den Heuvel, obtuvo los derechos de publicación para las imágenes que se reproducen en el libro, sirviendo de mucha ayuda cuando el tiempo apretaba. En Yale University Press, Londres, muchas gracias a Robert Baldock, director, y a Rachael Lonsdale, editor, por sus ánimos y buen humor. En Basic Books, quiero agradecer a Lara Heimert, editora, y a Katy O'Donnell y a Jennifer Kelland.

Laura Merriman ha pasado gran parte de su vida en Francia, en Balazuc, pero está con frecuencia en París, donde tuvo lugar esta trágica historia. Chris Merriman llegó por primera vez a Balazuc con sólo 10 días, y luego pudo pasar años en la escuela en Francia, por lo que también conoce muy bien París. Mi esposa Carol Merriman contribuyó con sus habilidades de edición a este libro y ha aportado mucha felicidad a mi vida, incluidos Laura y Chris.

Donald y Jean Lamm han sido nuestros amigos durante décadas. Don ha representado siempre lo mejor en el campo de la publicación. Este libro está dedicado a él como testimonio de gratitud y amistad y con gran admiración.

Balazuc, 7 de junio de 2014





# PRÓLOGO

El 18 de marzo de 1871 los parisinos que vivían en Montmartre despertaron con el sonido de las tropas francesas que intentaban apoderarse de los cañones de la Guardia Nacional. Actuaban bajo las órdenes de Adolphe Thiers, el jefe conservador de un gobierno provisional recientemente instalado en Versalles, en otro tiempo residencia de los monarcas Borbones del Antiguo Régimen. Thiers, por temor a la movilización de los parisinos irritados y radicalizados, quería desarmar a París y su Guardia Nacional, cuyos miembros eran, en su mayor parte, trabajadores que querían una república fuerte y estaban indignados por la capitulación del gobierno provisional en la desastrosa guerra contra Prusia que se había iniciado el mes de julio anterior y que había provocado la caída del Segundo Imperio.

Pese a los esfuerzos realizados por el Ejército francés, los hombres y mujeres de Montmartre, Belleville y Buttes-Chaumont impidieron con valor a las tropas apoderarse de los cañones. Al ver la llegada de unos 4.000 soldados a Montmartre, detenidos a la espera de los caballos necesarios para transportar las armas colina abajo, las mujeres dieron la voz de alarma. Los residentes obreros en la colina con vistas a la capital francesa impidieron que las tropas fuertemente armadas engancharan los cañones a los caballos y comenzaron a construir barricadas, un acto tradicional de desafío revolucionario. Los soldados comenzaron a fraternizar con el pueblo de Montmartre. A los 6.000 soldados enviados a Belleville, La Villette y Ménilmontant no les fue mejor. Los parisinos querían mantener sus cañones.

Frustrado, Thiers retiró sus fuerzas de París a Versalles, donde tenía previsto reagruparlas para recuperar finalmente la ciudad. Miles de parisinos ricos se reunieron con él. En París, entretanto, los militantes de izquierda proclamaron una «comuna» de autogobierno progresista que trajo la libertad a los parisinos, convencidos muchos de ellos de ser ahora «dueños de sus propias vidas» por primera vez. Familias trabajadoras de los barrios proletarios paseaban con orgullo por los barrios elegantes

de la capital, imaginando una sociedad más justa, y se disponían a tomar medidas para hacerla realidad. Su Comuna progresista sólo iba a durar 10 semanas antes de ser aniquilado durante la última semana de mayo, la Semana Sangrienta.

El nacimiento y la destrucción de la Comuna de París, uno de los acontecimientos más trágicos y definitorios del siglo XIX, resuenan todavía hoy en las calles de París, donde el Ejército de Thiers asesinó a miles de hombres y mujeres ordinarios y, en ocasiones, también a niños. Los soldados ejecutaron a muchos por su participación en la defensa de la Comuna; otros murieron debido a su atuendo como trabajadores, restos de un uniforme de la Guardia Nacional o simplemente por su ocupación o su manera de hablar, que los marcaba para la muerte. Las matanzas llevadas a cabo por las tropas francesas contra sus propios compatriotas anticiparon los demonios del siglo siguiente. Se podía ser abatido a tiros por ser quien se era, por querer ser libre. Este pudo ser el significado último de la Semana Sangrienta, del 21 al 28 de mayo de 1871, la mayor masacre en Europa durante el siglo XIX. La vida y muerte de la Comuna de París todavía resuenan hoy.

Durante el Segundo Imperio de Napoleón III (1852-1870), París era una ciudad de grandes contrastes y contradicciones. Por un lado, la capital francesa encabezaba una economía en rápido crecimiento; aunque la industria seguía dominada por los pequeños talleres artesanales que producían artículos de alta calidad como guantes y otros productos de lujo que se convirtieron en símbolo de la manufactura francesa, las instituciones financieras imperiales impulsaron la transformación de la producción industrial en París y sus alrededores, aportando una prosperidad sin precedentes a la gente adinerada, que asistía a fastuosos eventos imperiales y representaciones teatrales atravesando la ciudad y el Bois-de-Boulogne en lujosos carruajes mientras la gente común se dirigía a su trabajo. Poderosas locomotoras de vapor transportaban en vistosos trenes a los pasajeros ricos de la pujante capital a Deauville y otros pueblos cada vez más elegantes de la costa normanda.

El auge económico y la riqueza increíble que este trajo a París desviaban la atención de la pobreza generalizada y las diferencias sociales en la ciudad. Napoleón III y el barón Georges Haussmann hicieron construir amplias avenidas que se abrían camino a través de la maraña del París

medieval. Restaurantes y cafeterías de lujo daban la bienvenida a quienes podían pagárselos. Mientras, en los deteriorados y hacinados distritos del este y norte de París, la gente que vivía en apartamentos diminutos o en casas de huéspedes miserables se esforzaban por salir adelante. Para ellos nunca parecía que los tiempos difíciles fueran a acabar.

A finales de la década de 1860 Napoleón III se enfrentaba a una creciente oposición política; tanto es así que muchos parisinos preveían un desastroso final para su reinado. Francia ya tenía una larga historia de lucha de clases. Tres revoluciones habían desalojado a los monarcas del trono de Francia en los últimos sesenta años. Hasta entonces, ninguno había llevado a Francia a la estabilidad que se podía constatar al otro lado del Canal de la Mancha, en Gran Bretaña.

Napoleón III estaba convencido, sin embargo, de que, a diferencia de sus predecesores inmediatos, estaba destinado a mantenerse en el poder. Nacido en 1808, Luis Napoleón Bonaparte era el hijo de un hermano de Napoleón y se había criado en un castillo en Suiza rodeado por artefactos de gobierno de su tío. Estaba seguro de que su papel en el futuro sería acrecentar la herencia dinástica de su famosa familia. Identificando esta con el destino de Francia, agregó a su ambición un agudo sentido de la oportunidad política que combinaba con un notorio mal juicio. La Monarquía de Julio del rey Luis Felipe de Orleans (un ala menor de los Borbones, la familia real francesa) mantuvo su política de obligar a la familia de Napoleón Bonaparte a permanecer en el exilio. En 1836 Luis Napoleón había intentado dar un golpe de Estado en Francia con un puñado de seguidores, entrando por la fuerza en una guarnición en Estrasburgo y de nuevo, cuatro años más tarde, cuando desembarcó cerca de Boulogne-sur-Mer con el mismo resultado lamentable. Fue entonces encarcelado en el norte de Francia, pero consiguió evadirse en mayo de 1846 disfrazándose con la ropa de un carpintero que trabajaba en la fortaleza de Ham. Esos fracasos le dieron al sobrino de Napoleón cierta fama de bufón rodeado de compinches ineptos de escasas luces. De poca estatura y cada vez más grueso, se iba pareciendo a su tío, con el que sus enemigos lo comparaban llamándolo «bicornio [sombrero napoleónico] sin cabeza» y burlándose de sus «ojos de pescado».

A pesar de todos sus fracasos anteriores, Luis Napoleón era sorprendentemente optimista y creía que el progreso económico bajo su gobierno podría beneficiar a todos los parisinos, ricos y pobres por igual.

Con su habitual modestia escribió desde la prisión: «Creo que hay ciertos hombres que nacen para servir como un medio para el progreso de la raza humana [...]. Me considero uno de ellos»[1].

La Revolución de Febrero de 1848, una de las muchas que barrieron Europa ese año, puso fin a la monarquía Orleans y Luis Napoleón volvió rápidamente a París. Fue elegido presidente de la Segunda República Francesa en diciembre de 1848, nueve meses después de que el rey Louis-Philippe fuera derrocado. Después de organizar la represión de la izquierda, el «presidente príncipe» puso fin a la Segunda República Francesa con un golpe de Estado el 2 de diciembre de 1851 temiendo que su mandato como presidente llegara a su fin el año siguiente. Los parisinos se despertaron con la ley marcial y los miembros democrático-socialistas de la Asamblea Nacional, elegidos a partir de los departamentos, bajo arresto.

Pero algunos parisinos no estaban dispuestos a someterse a otro imperio sin luchar. El golpe de Estado de Luis Napoleón provocó un levantamiento de los barrios de la clase trabajadora en el centro y el este de París. Más de 125.000 personas, la mayoría de ellos campesinos, tomaron las armas para defender la República, particularmente en el sur, donde las sociedades secretas habían construido redes subterráneas de apoyo. Pero los insurgentes no tenían ninguna posibilidad contra columnas de soldados profesionales y pronto tuvieron que huir para salvar su vida. Como antecedente de las secuelas de la Comuna en 1871, casi 27.000 personas –hubieran participado en la revuelta o no– fueron sometidas a consejos de guerra o «comisiones mixtas» compuestas por altos mandos militares y funcionarios judiciales y administrativos. Miles de personas fueron condenadas, recibiendo sentencias que iban de la deportación a Argelia o incluso Cayena a la prisión en Francia o el exilio de la región en que vivían. Al año siguiente Napoleón III proclamó el Segundo Imperio[2].

El emperador encontró a seguidores bonapartista entre los ricos hombres de negocios que habían apoyado a Louis-Philippe, en nombre del «orden» social durante la Monarquía orleanista de julio que gobernó entre 1830 y 1848[3]. El sistema financiero también se consolidó en tiempos de Napoleón III para enriquecer aún más a los poderosos. La familia de Napoleón III recibía un millón de francos (aproximadamente 1,8 millones de libras esterlinas) del Tesoro cada año, y diversos parientes también eran agraciados con grandes sumas de dinero del Estado gracias simplemente a



la consanguinidad. Por otra parte, millones de francos en fondos especiales entraron en los grandes bolsillos del emperador; una amante inglesa recibió también una considerable suma de dinero y un título nobiliario. Pero no todo el mundo estaba contento con el nuevo emperador. Aunque los ricos eran cada vez más ricos, mucha gente en París y en las provincias seguía esforzándose y despreciando a «Napoléon le Petit», como lo llamó Victor Hugo. Los trabajadores no tenían ningún recurso legal contra sus patronos, respaldados por gendarmes y soldados.

De hecho, un número cada vez mayor de parisinos se veían marginados y no se beneficiaban en absoluto del régimen de Napoleón III. La población de París casi se duplicó durante las décadas de 1850 y 1860, pasando de un poco más de 1 millón en 1851 a casi 2 millones de personas en 1870. Cada año durante el Segundo Imperio decenas de miles de inmigrantes llegaban a la capital desde la cuenca parisina, el norte, Picardía, Normandía, Champaña y Lorena, entre otras regiones, en su mayoría obreros varones, más pobres aún que los parisinos que ya vivían allí, atraídos por la posibilidad del trabajo en la construcción. Esos nuevos residentes, muchos de los cuales huían de situaciones económicas precarias en el mundo rural, representaban prácticamente la totalidad de ese rápido crecimiento urbano. Muchos estaban subempleados, si no en paro, y se acumulaban en casas de huéspedes en las estrechas calles grises de los distritos centrales o en chabolas en los suburbios industriales emergentes. Los distritos centrales alcanzaron una sorprendente densidad de 15.000 personas por kilómetro cuadrado en Le Marais, en el Distrito IV, más del triple de la actual. Decenas de miles de aquellos inmigrantes eran indigentes que dependían, al menos en cierta medida, de la caridad. Algunos simplemente dormían donde podían. En 1870, casi medio millón de parisinos –una cuarta parte de la población– se podían considerar indigentes[4].

A medida que el deterioro del casco antiguo medieval de París se hizo más pronunciado, las elites parecían cada vez más preocupadas por «la crisis urbana». En la Île-de-la-Cité la mayoría de los artesanos se habían ido, dejando a cerca de 15.000 hombres, la mayoría de ellos jornaleros, hacinados en casas de huéspedes de la isla. Notre Dame sobresalía por encima de aquellos pequeños edificios repletos de gente hasta reventar. Un informe de la Policía había señalado la presencia de «un enorme número de personas, hombres y mujeres, que sobrevivían gracias a los hurtos y que

sólo encontraban refugio en los bares y burdeles que saturan el barrio». En la orilla derecha, gran parte del Distrito I, centrado en el gran mercado de Les Halles, Le Marais, que incluía los distritos III y IV, y al norte los Distritos XI y XII reflejaban la sombría textura de la vida urbana. Buena parte del Distrito V, en la orilla izquierda, con sus numerosos vendedores de chatarra de metal y trapos, también era muy pobre. El barrio de Saint-Marceau, una de las zonas más pobres de París, maltratada por las enfermedades, llegaba hasta el Distrito XIII, donde ejercían su oficio los traperos y los curtidores arrojaban los restos de animales al río Bièvre[5]. El centro y el este de París constituían, según un observador, «una ciudad gótica, negra, sombría, agobiada por la fiebre y los excrementos, un lugar de oscuridad, desorden, la violencia, miseria y sangre». Horribles olores emanaban de «callejones espantosos, casas del color del barro» y de aguas estancadas, pútridas. París, como muchas otras ciudades grandes, era un lugar poco saludable donde cada año el número de fallecidos superaba al de nacimientos. Sólo alrededor de una quinta parte de los edificios tenían agua corriente. Protegerse de los inviernos gélidos era un desafío perpetuo. La gente relativamente acomodada que vivía en los barrios elegantes del oeste de París se sentía a disgusto en una capital sórdida de inmoralidad y vicio, cuyos *quartiers* oscuros y húmedos se encontraban en dominio exclusivo de las «clases peligrosas y trabajadoras», aunque la mayoría de la gente con posibles no los había visitado en realidad nunca. La literatura popular ayudaba a mantener firmemente anclada esa imagen en la imaginación de la clase alta, presentando a los barrios pobres de París como guarida de «la escoria de la sociedad»[6].

Para acomodar el crecimiento exponencial de la población de París y limitar el deterioro del centro de la ciudad, en 1853 Napoleón III convocó a Georges Haussmann, prefecto del departamento del Sena, para planificar la reconstrucción de París. Haussmann, aunque de origen alsaciano, había nacido en la capital. Después de completar los estudios de Derecho, ingresó en la burocracia, sirviendo como subprefecto y luego prefecto en varios departamentos provinciales, en los que, durante la Segunda República, mostró sus habilidades administrativas para la represión política. Hombre enérgico con talento para la organización, parecía el burócrata parisino perfecto, y estaba dispuesto a aprovechar el campo emergente de la estadística en el lanzamiento de su gran proyecto. Pero Haussmann, siempre

elegantemente vestido, era también un bravucón arrogante, vanidoso y agresivo dispuesto a hacer cualquier cosa para asegurar que Francia nunca volviera a ser una república[7].

En muchos sentidos, pues, Haussmann era el hombre ideal para realizar el sueño de reconstruir la capital francesa convirtiéndola en una ciudad imperial. El emperador y el prefecto del Sena tenían tres objetivos. El primero era ventilar e iluminar una ciudad devastada por el cólera en 1832 y 1849 (y de nuevo en 1853-1854, después de que los grandes proyectos de Haussmann hubieran comenzado), al tiempo que se construían más alcantarillas para mejorar el saneamiento de la ciudad. En segundo lugar, querían liberar el flujo de capitales y mercancías. Los primeros grandes almacenes franceses –Bon Marché, Bazar de l’Hôtel de Ville, Le Printemps, Le Louvre y La Samaritaine– iban a ocupar un lugar destacado en los amplios bulevares de Haussmann, junto con brillantes cervecerías y cafeterías, que se convirtieron en escaparate del moderno París, aunque las pequeñas tiendas seguían siendo esenciales para la economía urbana[8].

En tercer lugar, el emperador y su prefecto querían limitar las posibilidades de la insurgencia en los barrios revolucionarios tradicionales. Los propios bulevares se convirtieron en un obstáculo para la construcción de barricadas en virtud de su anchura. En ocho ocasiones desde 1827 los parisinos descontentos habían construido barricadas en la ciudad, más recientemente durante la Revolución de Febrero y luego durante las Jornadas de Junio de 1848, cuando los trabajadores se levantaron para protestar contra el cierre de los Talleres Nacionales que habían proporcionado bastante empleo en un momento de crisis económica. Tras el golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte se levantaron de nuevo barricadas en las estrechas calles del centro y el este de París con madera, adoquines y casi cualquier otra cosa que se podía encontrar, con las que los manifestantes lograron bloquear el avance de las tropas profesionales del Estado. Napoleón III no tenía ninguna intención de permitir que esto volviera a suceder nunca[9].

Los bulevares de Haussmann reflejan la decisión de los líderes del Segundo Imperio de imponer en París su versión del orden social. El prefecto del Sena no se anduvo con rodeos: «Poner orden en esta ciudad es una de las primeras condiciones para la seguridad en general». Algunos de los nuevos bulevares abrían en dos los barrios rebeldes de las Jornadas de

Junio. El bulevar Prince Eugène proporcionaba a las tropas un acceso relativamente fácil en «el centro habitual [...] de los disturbios»[10].

Los nuevos bulevares de París encarnaban, pues, el «imperialismo de la línea recta» destinado no sólo a sofocar levantamientos sino también a mostrar la modernidad y la fuerza del Imperio. Proporcionaban al poder avenidas por las que las tropas podrían desfilarse en procesiones vistosas, como había sido el caso en los ejemplos anteriores de la planificación urbana clásica de Madrid con Felipe II, San Petersburgo con Pedro el Grande o Berlín con Federico el Grande. La rue de Rivoli, completada en 1855, llevaba a los visitantes a la exposición internacional en los Champs-Élysées, en la que se mostraban más de 5.000 objetos y artefactos que celebraban las innovaciones tecnológicas la ciudad. La «capital del mundo» se había convertido en una espectacular «exposición permanente» o, como decía el novelista Théophile Gautier, en «una Babel de la industria [...], una Babilonia del futuro»[11].

La Asamblea Nacional proporcionó fondos para aquella enorme serie de proyectos, facilitados por un impuesto sobre las mercancías introducidas en la ciudad, evaluadas en las barreras aduaneras (*octrois*) que rodeaban París. Pero, como los costes se dispararon, el barón Haussmann encontró otras formas hábiles de recabar dinero además de los impuestos, presionando a todo el Cuerpo Legislativo para hacerlo. Exigió desembolsos de capital de los contratistas que serían devueltos, en principio, con intereses una vez que su trabajo estuviera hecho. Haussmann se dedicó luego a la emisión de «bonos preferentes» respaldados por los fondos ahora en posesión de esos contratistas. La reconstrucción imperial de París dejó a la capital con una deuda de 2,5 millones de francos. A finales de la década de 1860, el prefecto del Sena había recabado para sí 500 millones de francos. El emperador era muy consciente de las maquinaciones financieras de Haussmann, pero seguía comprometido con sus grandes planes para París, que seguirían creando puestos de trabajo y darían prestigio a su imperio[12]. Sin embargo, aquella estrategia de financiación se parecía, más bien, a una burbuja hipotecaria que podía estallar o desinflarse en cualquier momento.

La reconstrucción de París también supuso la destrucción de 100.000 apartamentos en 20.000 edificios. La «haussmannización» de París envió a muchos parisinos a la periferia urbana, ya que habían sido expulsados de

apartamentos alquilados, sus hogares habían sido destruidos o los precios se habían disparado en una ciudad que ya era extremadamente cara. En algunos lugares situados en los distritos centrales, tales como la Île-de-la-Cité, la población disminuyó al desplazarse la gente hacia la periferia. Alrededor del 20-30 por 100 de la población parisina se movió, la mayoría a barrios cercanos o vecinos pero también a suburbios más alejados, que fueron anexados a París el 1 de enero de 1860 a efectos de aumentar los ingresos fiscales pero también para facilitar al gobierno la vigilancia de esa periferia intranquila. Los recién llegados de las provincias también se habían mudado a los suburbios, en particular a Montmartre en el Distrito XVIII, La Villette en el XIX y Belleville en el XX. Esos distritos se convirtieron en las residencias, temporales o permanentes, de un número cada vez mayor de trabajadores pobres, como lo hicieron los crecientes suburbios fuera de los muros de París[13].

En lugar de prevenir la lucha de clases, empero, la reconstrucción de París no hizo más que acentuar el contraste entre los distritos occidentales más prósperos y los barrios pobres del este y del nordeste, el llamado «París Popular». El florecimiento del París occidental ya había comenzado medio siglo antes, cuando se establecieron allí las empresas y los bancos. También se podían encontrar soportales y pasadizos de vidrio y metal —«auténticas calles-galería»— cuyas tiendas anticipaban los nuevos grandes almacenes. Pero, en tiempos de Napoleón III, llegó realmente el auge de la burguesía.

En el Distrito XI, por ejemplo, el barrio de Chaussée d'Antin, el centro de lo que Balzac describió como «el mundo del dinero», se convirtió en residencia de los reyes de las finanzas y sus damas. La residencia u hotel de la familia Guimard, que había sido construida en 1772, se convirtió en unos grandes almacenes donde se vendían las más recientes novedades de consumo. Cerca de ella había otra elegante residencia que se convirtió en la sede de una de las compañías ferroviarias cuyos trenes iban transformando lentamente Francia. En el bulevar Capucines se construyeron el Grand Hotel y su Café-de-la-Paix, a pocos pasos de la nueva ópera de Charles Garnier, cuya construcción se inició en 1861. Cuando la emperatriz Eugenia preguntó a su arquitecto parisino cuál sería el estilo de la nueva Ópera, al parecer respondió sin la menor vacilación: «Puro Napoleón III»[14]. En la place Saint-Georges se encontraba la gran residencia de Adolphe Thiers, quien acumulaba en su mansión objetos de arte de todo el mundo.

Cerca de allí, los Champs-Élysées y el Distrito VIII en el extremo oeste de París también hacían alarde de los privilegios concedidos por la riqueza. Carruajes y caballos llevaban a los ricos al Bois-de-Boulogne, donde el «tout Paris» podía retozar. Magníficas residencias privadas se alineaban a lo largo de la avenida. Había allí circos elegantes como el Jardin d’Hiver [Jardín de Invierno], cafés-concierto (donde los juerguistas podían ir a beber y escuchar música en vivo) y restaurantes. La madre de la emperatriz Eugenia había comprado allí una lujosa residencia privada, ya que la emperatriz no iba a permitir, por supuesto, que su madre viviera en cualquier parte. Los Champs-Élysées se ajustaban a sus deseos[15].

Al otro lado del Sena el bulevar Saint-Germain, parcialmente completado en 1855, discurría paralelo al río. Atravesando los Distritos VII y VI, el bulevar también presentaba residencias privadas que ofrecían privacidad y elegancia, muchas de ellas construidas en el siglo XVIII. Al otro lado de la calle se instaló a finales del Segundo Imperio el Café Flore, donde se reunía, entonces como ahora, una clientela con dinero para gastar.

A un mundo de distancia de la opulencia del oeste de París, aunque espacialmente cercana, la rue de la Goutte d’Or atravesaba un barrio proletario. En *L’Assommoir* Émile Zola presentaba a Gervaise, un personaje degradado por el alcoholismo que lo lleva a la muerte, mientras contemplaba el número 22 de la calle:

Sobre el nivel de la calle, la casa alzaba cinco pisos, cada uno de los cuales alineaba en fila quince ventanas, cuyas persianas negras, de hojas rotas, daban un aspecto ruinoso al inmenso lienzo de pared. Cuatro tiendas ocupaban los bajos; a la derecha de la puerta, un bodegón grasiento; a la izquierda un carbonero, un mercero y una vendedora de paraguas. La casa parecía tanto más colosal cuanto que surgía entre dos pequeños edificios bajos, mezquinos, pegados a ella [...] sus flancos no blanqueados, de color de barro, ofrecían la interminable desnudez de la fachada de una cárcel, cuyas filas de adarajas semejaban mandíbulas caducas bostezando en el vacío[16].

Al igual que Gervaise, muchos obreros parisinos empezaron a sentirse alienados de la ciudad que amaban en medio de los cambios dramáticos y devastadores orquestados por Haussmann en interés de las clases altas[17]. De hecho, ese sentimiento de no falta de pertenencia posiblemente contribuyó a un sentido emergente de la solidaridad entre las personas que vivían en los márgenes de la capital. Y, mientras que el oeste de París se iba

transformando en una ciudad reluciente de amplios bulevares y apartamentos de lujo, el este y el norte de París y su periferia estaban siendo rehechos por la industrialización en curso. El borde de la ciudad ofrecía más espacio, acceso a los ferrocarriles y canales del norte de París, y una mano de obra esperando a sus puertas (donde se podían encontrar las barreras aduaneras), por lo que resultaba un lugar ideal para la ubicación de fábricas. Las mayores se encontraban, no obstante, en los suburbios interiores (algunas de ellas eran anteriores al Segundo Imperio) –los anexados en 1860–, incluyendo la fábrica metalúrgica Cail en Grenelle, que empleaba a unos 2.800 trabajadores. Los empresarios de los suburbios internos producían velas, jabones, perfumes y azúcar, trayendo las materias primas al norte de París por el Canal de Ourcq.

La población de las zonas industrializadas de París se disparó con la llegada de nuevas fábricas. La población del Distrito XX, por ejemplo, pasó de 17.000 personas en 1800 a 87.000 en 1851 y continuó aumentando. Montmartre, que solo tenía unos 600 habitantes en 1800, llegó a 23.000 en 1851 y 36.500 cinco años más tarde. Química y metalurgia transformaron La Villette, que había aumentado de 1.600 habitantes cincuenta años antes a más de 30.000 en 1860. Más allá de los muros de París, el Distrito de Saint-Denis creció de 41.000 habitantes en 1841 a nada menos que 356.000 en 1856, mientras las industrias proliferaban más allá de la ciudad[18].

En 1834 un ministro de Louis-Philippe había advertido que las fábricas que se estaban construyendo en las afueras de París «podían acabar siendo la soga que nos estrangule un día»[19]. Durante el Segundo Imperio, el sorprendente crecimiento de la población en los barrios obreros de París acentuó el miedo que las elites parisinas tenían a los trabajadores ordinarios que vivían en los márgenes geográficos y sociales de su ciudad. Belleville, un barrio de casi 60.000 habitantes en la parte nororiental de París, había sido anexada a la capital junto con los demás suburbios. «¡Belleville está bajando la colina!» se convirtió en grito de alarma en los *beaux quartiers* de más abajo[20].

Louis Lazare, un crítico realista del Segundo Imperio y la reconstrucción de París, argumentó que, en lugar de gastar millones de francos en los barrios más ricos, habría sido mucho mejor gastarlos en la «terrible Siberia» de la periferia. Lazare advirtió que «alrededor de la reina de las ciudades se está levantando una formidable ciudad obrera»[21].

El conservador Louis Veillot compartía la crítica a la haussmannización con los republicanos, quienes rechazaban la estructura autoritaria del Imperio y su elite privilegiada. Aquel polemista católico reivindicaba la memoria del viejo París destruido por la modernidad, el materialismo, el secularismo y la centralización estatal. Veía las nuevas avenidas como «un río desbordado que se llevará por delante los escombros de un mundo». París se había convertido en una «ciudad sin pasado, llena de mentes sin recuerdos, de corazones sin penas, ¡de almas sin amor! Ciudad de multitudes desarraigadas, montones cambiantes de polvo humano, que puede crecer hasta convertirse en la capital del mundo, [pero] que nunca tendrá ciudadanos»[22].

La creciente oposición al régimen de Napoleón III también se veía alimentada por el anticlericalismo de los radicales de clase media y de los pobres urbanos. La Iglesia católica tenía una gran presencia en el París del Segundo Imperio, pero estaba cada vez más ausente de la vida de las familias obreras parisinas. Si el Segundo Imperio había visto un resurgimiento del catolicismo ferviente en algunas partes de Francia, sobre todo después de la aparición de la Virgen María en Lourdes en 1856, París, otras grandes ciudades y regiones como el Limousin, la Île-de-France y gran parte del suroeste habían sufrido una «descristianización» y, en particular, una notoria disminución de la práctica religiosa. En Ménilmontant, en el Distrito XX, sólo 180 hombres de un total de 33.000 cumplían el deber pascual de recibir la Santa Comunión. La situación de la Iglesia era aún más sombría en los suburbios obreros[23], algo quizá no muy sorprendente dado que la Iglesia les decía a los pobres que este mundo es un valle de lágrimas y que debían resignarse a la pobreza; la recompensa por su sufrimiento vendría en el cielo.

Las principales corrientes intelectuales durante las décadas centrales del siglo XIX también desafiaban la primacía declarada por la Iglesia católica de la fe sobre la razón. El positivismo, basado en la creencia de que la investigación racional y la aplicación de la ciencia a la condición humana hacían avanzar la sociedad, se estaba volviendo más popular en las universidades de toda Europa. El Syllabus papal de Errores (1864), que denunciaba la sociedad moderna, parecía asociar a la Iglesia con la ignorancia y el rechazo del progreso humano. La literatura popular y, en particular, las obras de Victor Hugo, George Sand y Eugène Sue, solía



presentar al clero católico de forma desfavorable. Los anticlericales creían que los campesinos franceses estaban sometidos a la influencia aplastante del clero que susurraba instrucciones en los confesionarios.

Si bien los párrocos cumplían funciones útiles –bautismos, matrimonios y entierros–, las órdenes religiosas vivían aisladas en la contemplación y la oración («comen, duermen y digieren», decía un viejo adagio popular). Además, las órdenes religiosas, en particular los jesuitas, estaban estrechamente identificados con la función política conservadora de la Iglesia, cuyos arzobispos y obispos habían apoyado el golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte.

Muchos parisinos, en particular, objetaban el papel dominante de la Iglesia en la enseñanza primaria. Durante el Segundo Imperio las órdenes religiosas masculinas aumentaron en París de 6 a 22 para los hombres y de 22 a una asombrosa suma de 67 órdenes femeninas. El número de hombres en las órdenes religiosas aumentó de 3.100 en 1851 a más de 20.000 en 1870, y el de mujeres de 34.200 a más de 100.000 en 1870. En 1871 el 52 por 100 de los escolares parisinos acudían a colegios dirigidos por órdenes religiosas y atendidos por maestros que no estaban obligados a pasar por los exámenes preceptivos para los profesores seculares. Sobresalía el virtual monopolio de la Iglesia sobre la educación de las niñas y, sin embargo, el índice de alfabetización seguía siendo mucho más bajo entre las mujeres que entre los hombres[24].

Las dificultades que afrontaban los trabajadores pobres también contribuyeron a la creciente oposición al régimen imperial. Como los precios aumentaban muy por encima de los salarios y la brecha entre los ricos y los trabajadores aumentaba, estos últimos tuvieron que idear formas de combatir esas injusticias. Aunque los sindicatos seguían siendo ilegales (y lo serían hasta 1884), a finales de los años 1860 proliferó la creación (y tolerancia) de más asociaciones de trabajadores, que eran básicamente sindicatos. Esto se produjo en un momento en el que los patronos, en particular en las industrias de mayor escala, estaban llevando a cabo una guerra contra la autonomía a escala de taller de los trabajadores cualificados estableciendo autoritariamente normas y regulaciones, incrementando la mecanización y contratando a más trabajadores no cualificados. En 1869 había en París al menos 165 asociaciones de trabajadores con unos 160.000 miembros. Los restaurantes cooperativos ofrecían comidas a precios

reducidos a más de 8.000 comensales. Las asociaciones de trabajadores comenzaron a organizar también cooperativas de productores (en las que los trabajadores de un sector eran dueños de herramientas y materias primas, sorteando así el sistema salarial existente). Los objetivos de esas asociaciones eran políticos e incluso revolucionarios, así como económicos. De hecho, muchos trabajadores creían que la organización de las asociaciones podría llegar a hacer superflua, en última instancia, la propia existencia de los Estados[25].

Muchas mujeres parisinas se hicieron militantes exigiendo derechos y mejores condiciones de trabajo. Muchas de ellas trabajaban en casa –en áticos apenas iluminados– en el sistema de trabajo a domicilio que predominaba, por ejemplo, en el sector textil, una parte importante de la industria a gran escala en Francia. Las trabajadoras ganaban alrededor de la mitad que sus homólogos masculinos en talleres y fábricas. Sin embargo, los llamamientos en favor del sufragio femenino eran escasos y distantes entre sí; se mantenía el énfasis en las cuestiones económicas y en los problemas de las familias de la clase trabajadora y las mujeres solteras para sobrevivir. En un «Manifiesto» redactado en julio de 1868, 19 mujeres exigían que se les reconocieran «los derechos que les corresponden como seres humanos». Un año más tarde un grupo de militantes organizaron la Sociedad para Defender los Derechos de la Mujer. Defendían el derecho al divorcio y publicaron un plan de «escuela primaria democrática para las niñas», con el objetivo de «conquistar la igualdad» y la «reforma moral»[26].

Parecía, al menos por un tiempo, que esos esfuerzos podían dar resultado. Comenzando con una amnistía en 1859 para los castigados por oponerse al golpe de Estado o por ser militantes republicanos o socialistas, el Segundo Imperio de Napoleón III entró en una fase algo más liberal. La legalización de las huelgas en 1864 dio lugar a una ola de paros. Las leyes de 1868 hicieron menos opresiva la censura de prensa. Comenzó a publicarse una serie de periódicos republicanos, en particular *La Marseillaise* y *La Lanterne*, que tenían una circulación de hasta 150,000 ejemplares[27].

Sin embargo, pese a su nueva fachada liberal, el Segundo Imperio de Napoleón III seguía siendo un Estado policial, cuya atención se concentraba en las supuestas amenazas contra el régimen. La Prefectura de Policía guardaba información de hasta 170.000 parisinos. En dos décadas el

número de policías había aumentado de 750 a más de 4.000, junto con un sinnúmero de espías y confidentes. La Policía municipal contaba con 2.900 miembros y estaba respaldada por unidades acuarteladas del Ejército[28].

Aun así, había una vibrante cultura de resistencia a Napoleón III. Cualquiera que entrara en los cafés más populares del Barrio Latino se encontraría allí con una variedad de militantes republicanos y socialistas decididos a provocar un cambio de régimen, y que soñaban con crear un gobierno comprometido con la justicia social y política. En aquellos días la cervecería Chez Glaser parecía todavía en construcción, con dos grandes pilares de cemento como base de postes metálicos que saludaban a los clientes, siendo, al parecer, las únicas cosas que evitaban que todo se viniera abajo. Las pequeñas mesas de mármol blanco y una mesa de billar en la parte trasera de la sala pequeña esperaban a los sedientos. Glaser, un maestro de escuela alsaciano despedido por el gobierno por sus ideas republicanas, servía de poco, como la mayoría de sus clientes, para el Segundo Imperio de Napoleón III.

Otros de los principales lugares de reunión de militantes eran el Café Madrid, en el bulevar Montmartre en la orilla derecha, y en la orilla izquierda, el Café de la Salamandra en la place Saint-Michel, el Café d'Harcourt cerca de él y el Café Théodore en la rue Monsieur-le-Prince. Un gabinete Iliterario (una librería que alquilaba libros) en la rue Dauphine también reunía a críticos del régimen, y entre ellos, de vez en cuando, se encontraba el pintor naturalista Gustave Courbet, personaje fijo del Quartier Latin[29].

Un informe policial describía a Courbet con la precisión convincente de uno de sus propios autorretratos: «Físicamente, ha perdido su encanto romántico». Era «grande, gordo y encorvado, caminando con dificultad a causa del dolor de espalda, con largo pelo canoso, el aire de un campesino burlón, y mal vestido». El residente inglés Ernest Vizetelly describía a Courbet como «de aspecto campesino, hinchado por la cerveza, de buen humor». Denis Bingham, otro observador británico, veía al pintor como «un granjero de buen carácter [...]. Courbet era siempre tratado por sus amigos como un niño grande, y se comportaba como tal»[30]. Nacido en Ornans, en el Franco Condado al este de Francia, con un fuerte acento que mantenía orgullosamente, había sido amigo del anarquista Pierre-Joseph Proudhon, quien era de la misma región y compartía su desprecio por el Segundo

Imperio. Proudhon sostenía que el propósito del arte era «el perfeccionamiento físico, intelectual y moral de la humanidad». Courbet, el *maître d'Ornans*, buscaba la misma libertad en la pintura que quería para cada francés y cada francesa[31].

Courbet se convirtió en un adversario enérgico de Napoleón III. Rechazado en 1863 por el Salón, la exposición anual de la pintura académica aprobada por el gobierno insistió en que se había convertido en pintor «con el fin de ganar su libertad individual y sólo él podía juzgar su pintura». En 1870 el gobierno ofreció a Courbet la Legión de Honor. En su carta rechazando el premio, el pintor afirmó que el gobierno «parecía haberse consagrado a la tarea de destruir el arte en nuestro país [...]. El Estado es incompetente en esa materia [...]. Tengo cincuenta años y siempre he vivido como un hombre libre; déjenme terminar así mi existencia»[32].

La mayoría de los parisinos no se sentían libres. A diferencia de las demás 36.000 ciudades, poblaciones y aldeas de Francia, París no tenía derecho a elegir a un alcalde, puesto que había sido abolido en 1794 y de nuevo en julio de 1848. Ahora los parisinos no podían ni siquiera elegir consejos municipales para los 20 *arrondissements* [distritos] de la ciudad, que eran nombrados por el emperador. Cada uno de ellos tenía un alcalde y un vicealcalde, también nombrados por el gobierno. Todo esto generó un gran deseo de autodeterminación. En 1869-1870 las demandas de autonomía municipal se fusionaron con el republicanismo. En las salas de baile y almacenes en las afueras de París, la idea de tener algún día una «Comuna», con la que París tendría derechos políticos y se alzaría como un faro de libertad, ganó fuerza[33].

Raoul Rigault se había convertido en un conocido opositor al régimen imperial. También era un personaje destacado en los cafés y cervecerías del bulevar Saint-Michel a finales de la década de 1860. Comía, bebía y flirteaba con mujeres jóvenes, algunos de cuyos favores alquilaba por dinero. Con un *bock* [jarra de cerveza fuerte] en la mano, tenía su corte, en la que se vertían comentarios ácidos sobre el Segundo Imperio. Obsesionado con la Revolución francesa, Rigault se consideraba la encarnación viviente del radical Jacques-René Hébert, cuya vida y escritos estudiaba cuidadosamente cuando abandonaba su mesa y cruzaba el Sena para visitar la Biblioteca Nacional. Allí tomaba asiento en una de las largas

filas de asientos, siempre en el lado izquierdo, por supuesto. Podía recitar de memoria pasajes escritos por Hébert, su héroe, el revolucionario inflexible, guillotinado en marzo de 1794 por orden del Comité de Salud Pública[34].

Parisino de cabo a rabo, Rigault había nacido en la capital en 1846, siendo su padre, Charles-Édouard Rigault, un republicano respetable. Tras el golpe de Estado, la familia se instaló en el Distrito XVII, al noroeste de París, cuyos residentes se situaban en algún lugar entre la elite y el proletariado. Expulsado del Liceo Imperial de Versalles, pasó, sin embargo, el examen de *baccalauréat* en Ciencia y en Literatura. En 1866 su padre lo echó de su casa después de una discusión particularmente desagradable. Instalado en una habitación de un ático en la calle Saint-André-des-Arts y ganando un poco de dinero dando clases de Matemáticas, Rigault comenzó primero a pasar el rato en el Café Buci, hablando de política o jugando al billar. Comenzó a llamar a todos sus conocidos *citoyen* o *citoyenne*, incluidas las «ciudadanas prostitutas», como hacían los *sans-culottes* de la Revolución. Rigault y otros jóvenes políticamente radicales organizaron y publicaron varios periódicos de corta duración, uno de los cuales fue capturado y cerrado por la Policía en 1865 por contener un artículo que «ofendía la religión». El artículo en cuestión había sido escrito de la cruz a la raya por Raoul Rigault[35].

La vida de café de Rigault, interrumpida por cortas estancias en la cárcel, le trajo una obesidad prematura. Era de estatura media, con «ojos fisgones» que lo escudriñaban todo desde detrás de sus quevedos. Vistiéndose tan desaliñadamente como podía y enarbolando su cajita de rapé, Rigault daba la bienvenida a los visitantes con una lluvia de saliva que volaba de su boca mientras arengaba y tosía. Algunas gotas quedaban atrapadas en su hirsuta barba de color castaño, que complementaba su pelo largo, espeso, ingobernable. Quienes se encontraban con él percibían que sus labios contribuían a su pose aparentemente «irónica» e incluso provocadora, su mirada penetrante e inquisitiva, «llena de descaro sardónico». La voz de Rigault crecía de resonante a atronadora cuando el tema del que se discutía era la política y la lucha de clases. Su irascibilidad era notoria; una vez le gritó a su oponente durante una discusión: «¡Voy a hacer que te fusilen!»[36].

Obsesionado por la organización y el personal de la Policía, Rigault seguía escrupulosamente a los agentes, incluidos los omnipresentes espías de la Policía (*mouchards*) en sus rondas, observando sus hábitos, fortalezas y debilidades, así como sus direcciones. Vistiéndose como un abogado, lograba entrar en el Palacio de Justicia a los juicios donde se consideraban delitos políticos, y tomaba notas detalladas sobre los policías que testificaban. Rigault guardaba la información que recopilaba u observaba en un gran archivo.

Como muchos otros jóvenes militantes, Rigault se unió a la Internacional, prohibida en Francia en 1868[37]. A finales de 1865 ayudó a organizar una reunión de estudiantes en la ciudad belga de Lieja. Al año siguiente la Policía lo detuvo tras una redada en una tumultuosa reunión en el Café Buci —que posteriormente cerraron durante varios meses—, acusándolo de haber formado una sociedad secreta conocida como «el Renacimiento». Aunque Rigault se negó a prestar juramento de decir la verdad porque este invocaba a Jesucristo, fue liberado por ser su primera detención.

En 1865 Rigault se sintió atraído por el blanquismo a través de Gustave Tridon, un socialista revolucionario francés. Los «blanquistas» eran los seguidores de Auguste Blanqui, *Le Vieux* [el Viejo], un revolucionario profesional y hombre de acción consumado que había pasado la mitad de su vida en prisión por su papel en una serie de conspiraciones. Mantenía una banda fuertemente organizada de militantes de izquierda con la que pretendía tomar algún día el poder revolucionario.

Con el fin de asistir a reuniones políticas de los estudiantes en sus aulas, Rigault se inscribió en la Escuela de Medicina, no muy lejos de sus cafés y cervecerías favoritas. En los siguientes años el expediente de Rigault en la Prefectura de Policía creció. En el salón de baile Folies-Belleville Rigault encontraba a ávidos oyentes entre los artesanos y obreros especializados. En un discurso en diciembre de 1868 pidió la legalización de las uniones libres (parejas de hecho), argumentando que cualquier obstáculo a «la unión de un hombre y una mujer» violaba las leyes de la naturaleza. Rigault se burlaba de los omnipresentes espías de la Policía, que garabateaban lo que decía. Aquel año publicó un folleto para un periódico, informando a los lectores de que «Dios es absurdo». Más tarde apareció ese año un artículo suyo en *Le Démocrate*, en el que predecía que, si los ateos llegaban al poder, no tolerarían a sus enemigos. Cuando, durante una comparecencia ante el

tribunal, el fiscal se refirió despectivamente a Rigault como un «profesor de las barricadas», él respondió entusiasmado: «Oui! Oui!»[38].

Después de un arresto Rigault logró escapar subiendo a la azotea de un edificio, corriendo a la estación de Lyon y saltando al primer tren que salía. Se bajó en Moret-sur-Loing, cerca de Fontainebleau y, durante dos días, vagó por un bosque. Rigault se encontró con Auguste Renoir, de pie ante su caballete. El pintor impresionista vio que varios ciervos de repente se dispersaban y oyó ruidos entre los arbustos. Un joven «con una apariencia nada recomendable apareció. Sus ropas estaban rotas y cubiertas de barro; sus ojos giraban salvajemente entre movimientos espasmódicos». Renoir, creyendo que Rigault era un loco escapado de alguna institución, agarró su bastón para defenderse. El hombre se detuvo a unos metros de él y exclamó: «¡Se lo ruego, señor, me muero de hambre!». Rigault explicó su situación, y Renoir, que tenía simpatías republicanas, fue a la ciudad y compró una bata de pintor y una caja de pinturas, asegurándole que la gente en la vecindad no le haría preguntas; los campesinos estaban ya muy acostumbrados a ver a pintores[39].

De vuelta a París, Rigault ayudó a lograr una alianza entre los «ciudadanos proletarios» y los intelectuales radicales, que unía el faubourg Saint-Antoine, tradicionalmente revolucionario, y los nuevos bastiones obreros de Montmartre y Belleville con el del Barrio Latino. Al mismo tiempo ayudó a encontrar fondos para nuevos periódicos que reemplazaran a los que habían dejado de funcionar o habían quebrado, a recoger noticias y relatos de los juicios políticos y a publicar denuncias tórridas de individuos considerados por Rigault lacayos imperiales. En cuatro años Rigault se enfrentó a 10 condenas judiciales en los tribunales —el *bordel*, como a él le gustaba llamarlo[40].

Así, a finales de las década de 1860, París volvía a la vida con la movilización política de la gente corriente. Una ley del 8 de junio de 1868 que permitía la libertad de asociación inició el periodo frenético del «movimiento de asambleas públicas». Las multitudes acudían a las salas de baile, cafés-conciertos y almacenes, la mayoría de ellos en la periferia plebeya de París, para escuchar discursos políticos y debatir sobre temas anteriormente prohibidos. Desde 1868 hasta mediados de 1870 se llevaron a cabo casi 1.000 asambleas públicas. Nada menos que 20.000 personas participaron en una sola noche. Los trabajadores constituían la audiencia

principal en esas asambleas, aunque también atraían a gente de clase media. La Policía, por cierto, también solía asistir, copiando lo que se decía, con lo que proporcionaba a los historiadores una crónica increíblemente rica de aquellos «Parlamentos populares»[\[41\]](#).

A principios de 1870, a raíz de esa movilización política continua y de las victorias electorales de los liberales, Napoleón III nombró un nuevo gabinete dirigido por Émile Ollivier, un republicano moderado, que fue considerado un gobierno de conciliación. Sin embargo, esa breve tregua entre el gobierno y la oposición republicana llegó a su fin en medio de una escalada de la militancia republicana. No fue una coincidencia que el acercamiento terminara durante una crisis económica que trajo tiempos difíciles. Cuando la financiación de los grandes proyectos de Haussmann se convirtió en un escándalo público, lo que contribuyó a la creciente oposición al régimen, la burbuja estalló y el 5 de enero de 1870 Napoleón III destituyó al barón como prefecto del Sena, lo que Ollivier había presentado como condición para aceptar un papel en el gobierno. El resentimiento contra Napoleón III crecía en medio de huelgas y más reuniones públicas. En aquella primavera precoz parecía posible imaginar un nuevo mundo político[\[42\]](#).

Rigault estaba entrando en la Biblioteca Nacional cuando oyó la noticia de que el 11 de enero de 1870 el príncipe Pierre Bonaparte había matado a su amigo Victor Noir en un duelo tras las invectivas que el príncipe había dirigido a dos periodistas. «Chouette! Chouette!» [«¡Estupendo! ¡Estupendo!»], exclamó Rigault, pensando que por fin un Bonaparte tendría que enfrentarse a un juicio. El 12 de enero de 1870 los adversarios políticos del régimen transformaron el funeral de Noir en una manifestación masiva contra el Imperio a la que asistieron 100.000 personas. Gustave Flourens, uno de los cerca de 3.000 blanquistas, trató de convertir la manifestación en una insurrección. Rigault también ayudó a organizar y dirigir la marcha, en la que unos trabajadores llevaban pistolas o barras de hierro bajo sus batas azules. La multitud, frente a los soldados prestos a reprimir, se dispersó. Un tribunal absolvió al primo del emperador y condenó a los dos periodistas a penas de prisión. La absolución no pilló por sorpresa a los miembros de la izquierda; por el contrario, los galvanizó.

En un intento de reforzar el apoyo a su imperio, en mayo de 1870 Napoleón III recurrió a la vieja táctica bonapartista —y, más tarde, gaullista—



de organizar un plebiscito con una pregunta tramposa para intentar reafirmar su autoridad. Se les preguntó a los varones franceses si aprobaban los cambios liberales llevados a cabo por el Imperio. Una negativa podía, por tanto, indicar la oposición, ya fuera al emperador o a las reformas liberales como la relajación de la censura. A nivel nacional, 7,4 millones de hombres votaron *oui* y 1,5 millones *non*, pero en París el no consiguió 184.000 votos frente a 128.000. Así pues, en París el plebiscito quedó muy lejos de lograr el efecto deseado. El anuncio de los resultados dio lugar a manifestaciones sangrientas y batallas campales con la Policía, con varios muertos[43]. El Segundo Imperio y sus oponentes en París parecían, así, a punto de chocar.

[1] Theodore Zeldin, *France 1848-1945*, vol. 1 (Oxford, 1973), p. 511; Roger Price, «Napoleon III», en John Merriman y Jay Winter (eds.), *Europe 1789 to 1914*, vol. 3 (Detroit, 2006), p. 1590.

[2] Ted W. Margadant, *French Peasants in Revolt: The Insurrection of 1851* (Princeton, NJ, 1979); John M. Merriman, *Agony of the Republic: The Repression of the Left in Revolutionary France, 1848-1851* (New Haven, CT, 1978).

[3] Theodore Zeldin, *The Political System of Napoleon III* (Nueva York, 1958).

[4] Geoffrey Warwo, *The Franco-Prussian War: The German Conquest of France in 1870-1871* (Nueva York, 2003), p. 25; David Jordan, *Transforming Paris: The Life and Labors of Baron Haussmann* (Nueva York, 1995), p. 255; Jeanne Gaillard, *Paris, la ville 1852-1871* (1997), pp. 12-14 y 135. A menos que se indique otra cosa, todos los libros citados fueron publicados en París.

[5] Gaillard, *Paris*, p. 14.

[6] *Ibid.*, p. 191; Patrice Higonnet, *Paris: Capital of the World* (Cambridge, MA, 2002), pp. 180-181; Dominique Kalifa, *Les Bas-fonds: Histoire d'un imaginaire* (2013), p. 27, citando a Jules Janin, *L'Été à Paris* (1843) and *Mémoires de M. Claude* (1881-1885), pp. 47, 52 y ss. Véase Louis Chevalier, *Dangerous Classes and Laboring Classes in Paris During the First Half of the Nineteenth Century* (Nueva York, 1973).

[7] Jordan, *Transforming Paris*, pp. 7, 224 y 259-260.

[8] Vanessa R. Schwartz, *Spectacular Realities: Early Mass Culture in Fin-de-Siècle Paris* (Berkeley, CA, 1999).

[9] Jordan, *Transforming Paris*, p. 109.

[10] *Ibid.*, pp. 109-110 y 188-189; Gaillard, *Paris*, pp. 537-553 y 568-571.

[11] Higonnet, *Paris*, pp. 174 y 353.

[12] Roger V. Gould, *Insurgent Identities: Class, Community, and Protest in Paris from 1848 to the Commune* (Chicago, 1995), pp. 71-72; véase Jordan, *Transforming Paris*, cap. 10 («Money»), pp. 227-245.

[13] John Merriman, *Aux marges de la ville: faubourgs et banlieues en France 1815-1870* (1994), p. 292; Éric Fournier, *Paris en ruines: du Paris haussmannien au Paris communard* (2008), pp. 22-26; John Merriman, *Police Stories* (Nueva York, 2005); Gaillard, *Paris*, pp. 204-205 y 568-571.

Entre 1852 y 1859, 4.349 casas fueron destruidas, el 13 por 100 del viejo París. Las familias obligadas a abandonar sus apartamentos recibieron poco más que el equivalente a unas pocas libras en virtud de una ley de 1841 y un decreto imperial de 1852.

[14] Higonnet, *Paris*, pp. 196-197, 250-252 y 268; Walter Benjamin, *The Arcades Project* (Cambridge, MA, 1999) [ed. cast.: *Libro de los pasajes* (Madrid, Akal, 2005)].

[15] Jacques Hillairet (ed.), *Dictionnaire historique des rues de Paris*, 2 vols. (París, 1979).

[16] Émile Zola, *L'Assommoir [La Taberna]* [ed. cast.: Porrúa hermanos y cía., 2012].

[17] Gaillard, *Paris*, pp. 41-44, 61 y 393-399; Jordan, *Transforming Paris*, pp. 206-207; Robert Tombs, *The Paris Commune 1871* (Nueva York, 1999), p. 24.

[18] Georges Duveau, *La Vie ouvrière sous le Second Empire* (1946), p. 203; Gaillard, *Paris*, p. 47; Merriman, *Aux marges de la ville*, p. 280.

[19] John Merriman, *The Margins of City Life: Explorations on the French Urban Frontier, 1815-1851* (Nueva York, 1991), p. 76.

[20] Jacques Rougerie, *Paris Libre 1871* (1971), p. 19; Merriman, *Aux marges de la ville*, pp. 301-303.

[21] Louis Lazare, *Les Quartiers de l'est de Paris et les Communes suburbaines* (1870), pp. 102 y 243.

[22] Higonnet, *Paris*, p. 91.

[23] Olivier Marion, «La vie religieuse pendant la Commune de Paris 1871» (tesis no publicada, Paris-X Nanterre, 1981), pp. 20-22; Jacques-Olivier Boudon, *Monseigneur Darboy (1813-1871)* (2011), pp. 77-80; Charles Chauvin, *Mgr Darboy, archevêque de Paris, otage de la Commune (1813-1871)* (2011), p. 86. La Iglesia iba más tarde a clasificar como área «misionera» cualquier zona en la que menos del 20 por 100 de la población satisficiera sus obligaciones de Pascua.

[24] Boudon, *Monseigneur Darboy*, p. 82; S. Sakharov, *Lettres au Père Duchêne pendant la Commune de Paris* (1934), p. 18; Marion, «La vie religieuse», pp. 23-26; S. Froumov, *La Commune de Paris et la démocratisation de l'école* (Moscú, 1964), pp. 30-31 y 86-90; Carolyn Eichner, «“We Must Shoot the Priests”: Revolutionary Women and Anti-Clericalism in the Paris Commune of 1871», en Lucia Carle y Antoinette Fauve-Chamoux, *Cities Under Siege/Situazioni d'Assedio/États de Siège* (Florencia, 2002), pp. 267-268.

[25] Jacques Rougerie, *Procès des Communards* (1964), p. 33; Stewart Edwards, *The Paris Commune 1871* (Newton Abbot, 1971), pp. 12-13. See Duveau, *La Vie ouvrière*.

[26] Eichner, «“We Must Shoot the Priests”», p. 269.

[27] Laure Godineau, *La Commune de Paris par ceux qui l'ont vécue* (2010), pp. 16-18.

[28] Luc Willette, *Raoul Rigault, 25 ans, Communard, chef de police* (1984), p. 121; Gaston Da Costa, *Mémoires d'un Communard: la Commune vécue* (2009), p. 256; Tombs, *The Paris Commune*, p. 38.

[29] Maxime Vuillaume, *Mes Cahiers rouges au temps de la Commune* (1971), pp. 219-222; Auguste Lepage, *Les Cafés artistiques et littéraires de Paris* (1882), p. 79; Pierre Courthion, *Courbet raconté par lui-même et par ses amis*, vol. 1 (Ginebra, 1948), p. 249.

[30] Robert Boudry, «Courbet et la fédération des artistes», *Europe* 29:64-65 (abril-mayo de 1951), p. 122; Ernest A. Vizetelly, *My Adventures in the Commune* (n. p., 2009 [1914]), p. 55; Denis Arthur Bingham, *Recollections of Paris*, vol. 2 (Londres, 1896), p. 117.

[31] Boudry, «Courbet et la fédération des artistes», pp. 122-123.

[32] Archivos de la Prefectura de Policía (de aquí en adelante, APP), Ba 1020, informes del 27 de junio y el 4 de julio de 1870; Jean Périquier, *La Commune et les artistes: Pottier, Courbet, Vallès, J. B.*

Clément (1980), pp. 59-61.

[33] Frederic Harrison, «The Revolution and the Commune», *Fortnightly Review* 53:9 (mayo de 1871), p. 563; Alain Dalotel, Alain Faure y Jean-Claude Freiermuth, *Aux origines de la Commune: le mouvement des réunions publics à Paris, 1868-1870* (1980), pp. 295-296; S. Hollis Clayson, *Paris in Despair: Art and Everyday Life Under Siege (1870-1871)* (Chicago, 2002), p. 190; Gould, *Insurgent Identities*, pp. 123-131. Los legitimistas, que querían la restauración de la monarquía borbónica, compartían el rechazo republicano y socialista del autoritarismo centralista imperial.

[34] Vuillaume, *Mes Cahiers rouges*, pp. 189-190.

[35] Archives de la Défense, 8J 3e conseil de guerre 3 dossier 554 (todos los archivos 8J subsiguientes provienen de los archivos de Vincennes); APP, Ba 892. Willette, *Raoul Rigault*, pp. 13-16, 21-28 y 32-36; Charles Proles, *Raoul Rigault: La préfecture de police sous La Commune, les otages* (1898), pp. 11-15; Jules Forni, *Raoul Rigault, procureur de la Commune* (1871), pp. 3-13; Auguste Lepage, *Les cafés artistiques et littéraires de Paris* (1882), pp. 61-64, 78-79 y 155; Robert Courtine, *La vie parisienne: Cafés et restaurants des boulevards, 1814-1914* (1984), p. 267.

[36] Forni, *Raoul Rigault*, pp. 41-51; Henry Bauer, *Mémoires d'un jeune homme* (1895), pp. 89-92.

[37] Willette, *Raoul Rigault*, pp. 33-35; Patrick H. Hutton, *The Cult of the Revolutionary Tradition: The Blanquists in French Politics, 1864-1892* (Berkeley, CA, 1981), p. 33.

[38] Willette, *Raoul Rigault*, pp. 33-48; Maurice Choury, *Les Damnés de la terre, 1871* (1970), p. 80; Forni, *Raoul Rigault*, pp. 20 y 77; Proles, *Raoul Rigault*, pp. 18-22 y 28.

[39] Jean Renoir, *Pierre-Auguste Renoir, mon père* (1981), pp. 143-144.

[40] Forni, *Raoul Rigault*, pp. 16-17; Proles, *Raoul Rigault*, pp. 25-26; Willette, *Raoul Rigault*, pp. 42-48.

[41] Dalotel, Alain, Alain Faure y Jean-Claude Freiermuth, *Aux origines de la Commune: le mouvement des réunions publics à Paris, 1868-1870* (1980).

[42] Edwards, Stewart, p. 30; Sutter-Laumann, *Histoire d'un trente sous (1870-1871)* (1891), pp. 14-15.

[43] Tombs, *The Paris Commune*, p. 36.

# I. LA GUERRA Y EL COLAPSO DEL IMPERIO

En 1870 Napoleón III llevó a Francia tontamente a la guerra con Prusia y sus aliados del sur de Alemania, una guerra que iba a socavar su poder, a fortalecer el sentimiento antigubernamental y a provocar el colapso del Segundo Imperio. Lo que estaba en cuestión era la candidatura del príncipe Leopoldo –un miembro de la familia Hohenzollern que reinaba en Prusia– al trono vacante de España. Si un prusiano se convertía en rey de España, Francia corría el riesgo de quedar rodeado de Hohenzollern, sus rivales por la supremacía continental europea, con enemigos potenciales, por tanto, al otro lado de los Pirineos y del Rin.

Pero el emperador francés tenía otras razones para desear una guerra. Su imperio se había visto debilitado por la creciente fuerza de republicanos y socialistas en Francia y todavía se tambaleaba por el fracaso de su política exterior en México en 1867, donde las fuerzas francesas fueron derrotadas y Maximiliano, el protegido de Napoleón III y aspirante a emperador de México, fue ejecutado. Posiblemente suponía que la guerra con Prusia le permitiría una victoria relativamente fácil, mejorando de ese modo su prestigio. No era la primera vez que lo había hecho; ya había utilizado las victorias francesas en la Guerra de Crimea de 1853-1856 y contra Austria en 1859 para recordar a su pueblo y al resto de Europa la fuerza de su imperio. Mientras cenaba con oficiales de su ejército en Châlons-sur-Marne en 1868, provocativamente alzó una copa de vino Reisling renano y anunció, dirigiendo la cabeza hacia el este: «Señores, espero que ustedes mismos cosechen dentro de poco este vino»<sup>[1]</sup>.

En 1866 Napoleón III había subestimado gravemente la fuerza del Ejército prusiano, dando por supuesto que ese año la Austria de los Habsburgo saldría victoriosa en una guerra corta por la supremacía política en Europa central. Cometió el mismo error cuatro años más tarde. La creación de la Federación Alemana del Norte [Norddeutscher Bund] dominada por Prusia tras la derrota de Austria cambió el equilibrio de poder. Sin embargo, aun después de la victoria de Prusia, el emperador francés planteó enérgicas demandas de compensación territorial como

respuesta al aumento de la fuerza de su rival al otro lado del Rin, frente a Alsacia. En concreto, insistía en que Prusia accediera a la posible anexión a Francia de Bélgica y Luxemburgo, a lo que Gran Bretaña y las otras grandes potencias se oponían. El canciller prusiano Otto von Bismarck también rechazó las demandas francesas.

En julio de 1870, bajo la gran presión francesa, el príncipe Leopoldo retiró su candidatura al trono español. Napoleón III exigió al rey Guillermo I de Prusia que pidiera formalmente disculpas a Francia y la promesa de que ningún miembro de la familia real Hohenzollern volviera nunca a ser candidato al trono de España. El embajador de Francia en Prusia, el conde Vincent Bénédicti, presentó agresiva y groseramente esta exigencia al rey de Prusia en la ciudad balneario de Bad Ems. Bismarck respondió con un telegrama, distribuido más tarde a la prensa y que acabó conociéndose como el Telegrama de Ems, alterando sustancialmente lo que había ocurrido. Bismarck, cuyo padre era un noble prusiano (*Junker*), había entrado en la burocracia prusiana después de completar la Escuela de Derecho, donde había destacado más por las cicatrices resultantes de diversos duelos que por sus éxitos académicos. Como primer ministro de Prusia dominó la política nacional e internacional con su estilo de *Realpolitik* en el que predominaba la búsqueda del interés nacional a partir de una evaluación astuta de todas las posibilidades. El uso del Telegrama de Ems fue una maniobra calculada para incitar a su país a la guerra. El «Canciller de Hierro» prusiano rechazó las demandas francesas, confiando en que una guerra victoriosa contra Francia conduciría a la unificación de los Estados alemanes bajo el liderazgo prusiano[2].

En Prusia y otros Estados alemanes se difundió rápidamente la versión de que el embajador francés había insultado de forma arrogante al rey. Tanto en Prusia como en Francia se respiraba un estado de ánimo belicoso. Muchos parisinos, incluidos algunos republicanos, parecían querer la guerra. Las multitudes cantaban por las calles *La Marsellesa*, que había sido prohibida en la Francia imperial porque se identificaba con el republicanismo y la Revolución francesa. El estado de ánimo popular y las expectativas de victoria se reflejaron en la decisión de un editor de publicar un *Dictionnaire Français-Allemand à l'usage des Français à Berlin*[3]. Napoleón III, alentado por el duque de Gramont, ministro de Asuntos

Exteriores, y por la emperatriz Eugenia, así como por una parte importante de la opinión pública, declaró la guerra a Prusia el 19 de julio de 1870.

Los Estados alemanes de Wurtemberg, Hesse, Baden y Baviera se pusieron del lado de Prusia, mientras que Francia fue a la guerra sin aliados. Bismarck reveló a los británicos el documento en el que Napoleón III había exigido la anexión de Bélgica y Luxemburgo, un propósito que Bismarck sabía que irritaría a los británicos y garantizaría su neutralidad. Italia, recién unificada –al menos en principio–, no había perdonado a Francia la absorción de Niza en 1860 después de un plebiscito y no estaba dispuesta a acudir en su ayuda ahora. Gramont supuso estúpidamente que Austria se uniría a Francia contra su antiguo enemigo una vez que los ejércitos franceses hubieran entrado en Renania y el Palatinado, en el suroeste de la Federación Alemana del Norte, pero Austria prefirió mantenerse al margen de la contienda.

A pesar de que debía enfrentarse solo a los prusianos, el Ejército francés se mostraba confiado en la victoria. Además de sus victorias en la Guerra de Crimea y en la guerra contra Austria en 1859, las tropas francesas habían ampliado los intereses imperiales en el sudeste de Asia, dando más experiencia bélica al cuerpo de oficiales. El Ejército esperaba, en suma, que hubiera quedado atrás la debacle en México tres años antes.

Pero la complacencia militar había dado lugar a un afianzamiento de las rutinas tradicionales. El cuerpo de oficiales estaba plagado de camarillas, habiéndose intensificado las tensiones entre los oficiales aristocráticos y los de orígenes y expectativas sociales más humildes: de clase media-baja, trabajadores y campesinos. La experiencia acumulada en campañas militares unilaterales en el norte de África y el sudeste de Asia no podría aplicarse fácilmente a la guerra europea[4].

Para empeorar las cosas, la movilización francesa para la guerra era poco menos que caótica. Regimientos estacionados en toda Francia eran trasladados en tren a puntos de movilización lejanos, en un proceso desorganizado, ineficiente y muy lento. Los reservistas debían ser llamados a sus hogares y transportados a los cuarteles de sus regimientos. El Ejército de Alsacia estaba particularmente infradotado en cuanto a reservas y fondos, y algunos soldados eran abiertamente hostiles a sus oficiales. Hasta los mapas topográficos adecuados eran escasos o difíciles de localizar. Los

mandos sólo disponían de dos tercios del número de soldados previsto y carecían de las enormes reservas con que contaban Prusia y sus aliados.

Los planes de movilización de Prusia, en cambio, estaban mucho mejor concertados. Los ferrocarriles prusianos, públicos y privados, habían sido puestos bajo control militar y modernizados con especial atención a las necesidades bélicas, mientras que el alto mando francés no había tenido apenas en cuenta el papel crucial de los ferrocarriles, tan necesarios para la movilización rápida y eficaz de las tropas. Los trenes militares franceses se movían en vías unidireccionales y, por tanto, sólo podían ser utilizados para el transporte en un sentido o el contrario, mientras que 50 trenes prusianos se desplazaban cada día hacia el frente a lo largo de pistas dobles en cinco líneas principales, frente a 12 trenes en el lado francés.

Sin embargo, el Ejército francés tenía un nuevo fusil de retrocarga, el *chassepot*, superior a los prusianos porque los soldados podían llevar muchos más proyectiles de menor calibre. Las tropas francesas también tenían una primera ametralladora (*mitrailleuse*), parecida a la Gatling de la Guerra Civil estadounidense. Tenía 37 cañones que un soldado podía disparar en rápida sucesión haciendo girar una manivela, y pronto se la conoció como «molinillo de café».

Los mandos franceses no disponían de un Estado Mayor como el prusiano, cohesionado, supervisado y organizado sin descanso desde 1857 por Helmuth von Moltke. En agudo contraste, aunque parezca increíble, Francia no tenía a nadie a la cabeza del Estado Mayor. En principio, el emperador mandaba sobre todo el Ejército; suponía que el hecho de ser sobrino de Napoleón era suficiente. Napoleón III, a diferencia de Von Moltke, no tenía, al parecer, ningún plan específico para librar la guerra contra Prusia.

Dieciocho días después de la declaración de guerra, Prusia y sus aliados alemanes tenían cerca de 1,2 millones de soldados junto a la frontera o cerca de ella. Un general francés informaba aterrado por telégrafo: «Han llegado a Belfort. No puedo encontrar a mi brigada ni tampoco al comandante de mi división. ¿Qué debo hacer? No sé dónde están mis regimientos». Los desmoralizados soldados franceses, muchos de los cuales habían sido reclutados contra su voluntad, se encontraban a disgusto entre los soldados profesionales que habían visto de todo y descansaban apáticos, jugando a las cartas y bebiendo sin parar para reforzar su espíritu frente a la

escasez de alimentos. Los comandantes no se interesaban apenas por las condiciones de sus soldados. Los reservistas recientemente llamados carecían de formación suficiente, por no hablar de sus escasas ganas de combatir[5].

Las tácticas prusianas, desarrolladas en la guerra contra Austria cuatro años antes, hacían hincapié en el movimiento rápido y coordinado de las unidades hacia las posiciones enemigas, para ampliar así el campo de batalla. Los mandos franceses creían que las líneas compactas, armadas con *chassepots* y ametralladoras y apoyadas por el fuego de artillería, prevalecerían sobre los fusiles de aguja prusianos de menor alcance. Parecían ajenos al hecho de que los robustos cañones prusianos de acero, producidos por las fábricas Krupp, eran más poderosos y precisos que las viejas piezas de artillería francesas de bronce y, además, podían ser recargados y disparados con mayor rapidez. Por otra parte, Von Moltke había incrementado la movilidad de sus baterías, lo que les permitía responder a los cambios en las posiciones del enemigo. También había hecho un gran esfuerzo por modernizar la caballería, purgando a los funcionarios incompetentes pese a sus credenciales como nobles prusianos. En el cuerpo de oficiales francés, en cambio, los aristócratas conservaban su lugar privilegiado, sin importar su incompetencia[6].

El emperador abandonó París dirigiéndose a Metz el 28 de julio, dejando a la emperatriz Eugenia como regente en su ausencia. El 31 de julio el Ejército francés del Rin se adelantó en un ataque preventivo. Tropas francesas cruzaron la frontera y se apoderaron de Saarbrücken, prácticamente indefenso porque los ejércitos prusianos al mando de von Moltke tenían cosas más importantes que hacer. Aquella fue la última victoria francesa de importancia. Dos ejércitos prusianos se introdujeron en el norte de Lorena y un tercero en el norte de Alsacia. Las fuerzas prusianas obtuvieron reñidas victorias en Wissembourg el 4 de agosto, y en Spicheren, cerca de las montañas de los Vosgos, el día 5, mientras los regimientos del mariscal Achille Bazaine acampaban a menos de 15 kilómetros de allí, y luego en Woerth al día siguiente.

Las derrotas francesas no eran abrumadoras y su enemigo sufrió muchas bajas, pero los ejércitos franceses se vieron obligados a retroceder. Los cañones prusianos lanzaban un proyectil tras otro contra los franceses, mientras sus soldados se mantenían fuera del alcance de las ametralladoras



francesas. El mariscal Patrice de Mac Mahon se retiró a Châlons-sur-Marne y Bazaine, ahora nombrado comandante en jefe, a la fortaleza de Metz. Las órdenes francesas, caóticas y a veces basadas en informaciones deficientes, iban y venían. Bazaine movió a su Ejército en dirección a Verdun, pero encontró la ruta cortada por Von Moltke[7].

El 18 de agosto el Ejército prusiano, con 188.000 hombres, se enfrentó a fuerzas francesas una tercera parte menores bajo el mando de Bazaine, en la batalla de Gravelotte, al oeste de Metz. Los prusianos causaron 20.000 muertes (frente a 12.000 en su propio bando). La desmoralización y la amargura anegaron las filas francesas después de aquella derrota. En Saverne, soldados borrachos insultaron a oficiales que se encontraban cómodamente sentados en un café. Sin embargo, otra pérdida empeoró las cosas. El Ejército de Bazaine se retiró a Metz y el Ejército prusiano puso sitio a la ciudad, derrotando al Ejército mandado por Mac Mahon, que trataba de ayudar a Bazaine. Allí, algunos oficiales de alto rango se sentían tan descontentos con Bazaine que tenían previsto, sin la aprobación del mariscal, organizar un intento de salir de Metz y enfrentarse abiertamente a los prusianos, pero el comandante francés se enteró del plan y este se vino abajo. Para los republicanos el incidente tenía gran carga política, porque Bazaine, como otros comandantes franceses, había alcanzado su alto cargo militar debido al descarado patrocinio imperial.

Como el asedio prusiano de París parecía ahora inevitable, el general Louis Trochu había sugerido al alto mando de Napoleón III que el Ejército de Bazaine se retirara a las afueras de París, más allá de sus fortificaciones, para contener a los prusianos. Seis días más tarde el emperador llegó a Châlons-sur-Marne para presidir una reunión militar que debía decidir si había que seguir o no el plan de Trochu. Allí encontró la confirmación de lo grave que era la situación del Ejército: soldados aparentemente exhaustos descansaban sobre el suelo, «vegetando más que viviendo –como decía uno de sus oficiales–, sin moverse apenas aunque se les diera una patada, quejándose al ser molestados en su modorra»[8]. El Ejército de Napoleón III parecía resignado a la derrota.

En París, la ansiedad debida al inminente asedio prusiano se mezclaba con la rabia por las miserables derrotas del Ejército francés, dando lugar a una atmósfera propicia para la izquierda política. El 14 de agosto un grupo de «blanquistas» se manifestaba dispuesto para la revolución. Conducidos por

el joven estudiante Émile Eudes, se abrieron camino hasta un parque de bomberos en La Villette, en el norte de París. Su intento de provocar una insurrección quedó en nada cuando los bomberos mantuvieron sus armas y los trabajadores no acudieron en su ayuda. Los insurgentes se retiraron rápidamente a su bastión periférico de Belleville[9].

El 17 de agosto el emperador nombró a Trochu gobernador militar general de la región de París. El nombramiento de aquel conservador les pareció a la mayoría de los parisinos una pura provocación. Napoleón III había rechazado la idea de Trochu de que las fuerzas de Bazaine regresaran para defender París, creyendo que tal medida podía sugerir una derrota inminente y podría poner en peligro su trono. En lugar de tratar de defender París frente al asedio prusiano, el emperador estaba, al parecer, más preocupado por poner freno a los disturbios civiles, algo que sólo sirvió para enardecer a una población ya irritada. Sin embargo, Trochu volvió inmediatamente a París con 15.000 guardias móviles [la Garde nationale mobile había sido creada en 1868 como servicio auxiliar del Ejército] para garantizar la seguridad en la capital.

La moral de los franceses seguía derrumbándose. La llegada de los guardias móviles cerca del frente aumentó las tensiones, en parte porque tenían poca experiencia militar. Estaban acuartelados alrededor de Châlons-sur-Marne y en otros campamentos con sus brillantes uniformes nuevos, en contraste con la ropa hecha jirones de los soldados regulares. Por otra parte, varios oficiales de alto rango con fuertes lazos con el Imperio ahora eran favorables a firmar la paz, debido, en parte, a la preocupación por sus carreras en caso de que se produjeran más derrotas. La catástrofe militar francesa en curso acentuaba las tensiones políticas que habían aumentado a finales de la década de 1860 entre los lealistas bonapartistas y los republicanos[10].

Después de enviar a Trochu a París, el emperador había ordenado a Mac Mahon desplazar su Ejército de Châlons-sur-Marne a Reims, para ponerle después como destino Montmédy, en la frontera belga. Napoleón III acompañó a Mac Mahon con la intención de organizar un nuevo Ejército y marchar sobre Metz para ayudar a las fuerzas sitiadas de Bazaine. No quedaban ya tropas francesas entre los ejércitos prusianos y París y Trochu, a su llegada a la capital, encontró que casi no se habían hecho preparativos para defenderla.

El plan de Napoleón III fue desbaratado rápidamente. El 30 de agosto el Ejército de Von Moltke atacó causando grandes bajas y obligando al Ejército de 100.000 hombres a retirarse a la ciudad-fortaleza de Sedán, cerca de la frontera belga. El Ejército francés estaba rodeado. Napoleón III estaba tan debilitado por la enfermedad que apenas se podía mantener sobre su caballo. El 1 de septiembre el Ejército francés intentó salir de Sedán, pero fue gravemente derrotado por los prusianos, perdiendo más de 17.000 hombres entre muertos y heridos, con otros 20.000 capturados. Al día siguiente el emperador y 100.000 de sus soldados se rindieron.

A medida que los ejércitos imperiales se disolvían, la tregua política entre el Imperio y la oposición republicana provocada por la guerra se evaporaba rápidamente. En París la revolución ya aparecía como una clara posibilidad, entre otras cosas porque la Guardia Nacional de la ciudad había crecido en fuerza durante la guerra y se había convertido en una fuerza republicana cada vez más organizada y militante. A partir del 12 de septiembre los guardias nacionales recibían 1,50 francos al día (treinta *sous*); más tarde se añadieron 75 céntimos a los casados y 25 céntimos por cada hijo. Las familias más pobres dependían de esta suma irrisoria para poder comprar alimentos. Los guardias nacionales elegían a los oficiales de su compañía, quienes, a su vez, elegían a los comandantes de batallón, trabajadores y hombres de clase media-baja, apenas conocidos fuera de su barrio[11].

La izquierda consideraba a la Guardia Nacional, que había aumentado hasta 134 batallones durante la Guerra Franco-Prusiana incorporando entre 170.000 y 200.000 hombres, o tal vez incluso más, como un factor de equilibrio contra el Ejército profesional, utilizado antes de la guerra por el régimen imperial para reprimir a los huelguistas. La mayoría de las unidades estaban formadas por parisinos procedentes de la clase trabajadora, aunque en los *quartiers* de lujo también había unidades de elite. La Guardia Nacional no disponía de muchos *chassepots*, distribuidos al Ejército regular, pero estaba armada y tenía cañones.

El 3 de septiembre la emperatriz Eugenia recibió un escueto mensaje de Napoleón III: «El Ejército ha sido derrotado y se ha rendido. Yo mismo soy prisionero». Su situación no era mucho mejor. En las calles ya resonaban gritos contra el Imperio, aunque muchos parisinos no eran conscientes de lo que había acontecido en Sedán. Eugenia ofreció la autoridad provisional a Adolphe Thiers, quien había servido como primer ministro desde 1830

hasta 1840 bajo la Monarquía de Julio orleanista, pero él la rechazó, diciendo que no quedaba nada que se pudiera hacer por el Imperio[12].

Más tarde, aquel mismo día, los diputados del Cuerpo Legislativo imperial (Corps Législatif) reunidos en el Palais Bourbon pudieron escuchar los gritos que en el exterior proclamaban la república. En medio de una batahola, el republicano moderado Julio Favre proclamó el fin del Imperio después de la medianoche. Veintiséis diputados prometieron la constitución de una «comisión de gobierno», cuyos miembros quedaban por determinar, manteniendo al mismo tiempo a Trochu como gobernador general de París.

En la mañana del 4 de septiembre una multitud se desplazó desde la plaza de la Concordia, cruzando el Sena, hasta el Palais Bourbon. Un espectador describió con condescendencia a la gente que se acercaba como perteneciente a «las más diversas clases», en particular las mujeres, «que, como siempre, se hacían notar por su conducta entusiasta, violenta e histérica»[13].

Sutter-Laumann, un joven republicano de dieciocho años de edad, bajó de Montmartre a los bulevares, donde encontró a la gente en un estado de agitación ruidosa. Poco antes había sido detenido y golpeado después de pronunciar un discurso en una reunión pública en un antiguo salón de baile en el bulevar Clichy. Ahora la palabra «¡traición!» resonaba en el aire. Al enterarse de que el emperador había sido hecho prisionero en Sedán, se dirigió a la plaza de la Concordia y se sentó en la acera para reflexionar. Le llegó «un clamor triunfante»; era la gente que aclamaba la república. El joven describió sus emociones como el reflejo de «una triple embriaguez: la del patriotismo, la del vino y la del amor»[14].

En el Palais Bourbon, las tropas y la multitud se observaban mutuamente con recelo. También había allí guardias nacionales conservadores traídos de los barrios cercanos, con sus bayonetas brillando al sol. Entonces, cuando aparecieron los diputados que llegaban tarde, alguien abrió las puertas. Los parisinos irrumpieron en el Palais Bourbon. Allí continuó el debate: la proclamación mañanera de Favre del fin del Imperio competía con las propuestas presentadas por el gobierno y por Thiers, que pedían el nombramiento de una «comisión del gobierno y de la defensa nacional». Léon Gambetta, un activista radical opuesto al Imperio, lanzó una proclamación de la república. Una multitud cruzó el Sena, dirigiéndose hacia el Hôtel de Ville, aquella «excelente lumbrera de las revoluciones»

que simbolizaba el París revolucionario. Muchos destacados socialistas y radicales jacobinos republicanos estaban ya allí, incluyendo los viejos *quarante-huitards* (cuarentayochistas, esto es, veteranos de la revolución de 1848)[15]. Los jacobinos eran un grupo amorfo de nacionalistas republicanos, inspirados por la Revolución francesa y el papel que había desempeñado en ella París, que propugnaban la democracia directa y creían que el Estado centralizado debía velar por el bienestar de los ciudadanos.

Más tarde, aquel 4 de septiembre, Gambetta proclamó la República por segunda vez, siendo ovacionado por la multitud reunida en el exterior, que había impuesto la salida de la cárcel de Henri Rochefort, un adversario estridente pero errático del régimen imperial. La multitud republicana lo saludó en señal de triunfo. Gambetta se proclamó ministro del Interior y Favre asumió el papel de ministro de Asuntos Exteriores. Rochefort se unió a la lista como único miembro de la izquierda. Dos días después de la derrota de Napoleón III en Sedán, el Segundo Imperio se había derrumbado y se había establecido la Tercera República.

Mientras los ejércitos prusianos avanzaban hacia París, la nueva República debía afrontar desde un principio varios desafíos. De inmediato se hicieron evidentes serias discrepancias entre moderados y radicales, en particular porque París se arrogaba el derecho a hablar por el resto del país, gran parte del cual era mucho más conservador que la capital. Los blanquistas presentes estaban particularmente indignados por la composición política extremadamente moderada del Gobierno Provisional de Defensa Nacional, pero sus voces apenas se podían oír en medio de aquel caos[16].

La mayoría de los parisinos creían que sólo una república podría salvar a Francia. Los miembros del Gobierno de Defensa Nacional, cuyo título sugería neutralidad política, temían otra insurrección parisina y estaban decididos a apartar a los republicanos radicales y socialistas. Un bonapartista escribió en su diario que «los peligros internos suscitaban tanto temor como los prusianos»[17]. La presencia continua de Trochu como presidente interino del gobierno tenía la intención de tranquilizar a los conservadores y moderados; había dejado claro su compromiso con «Dios, la Familia y la Propiedad». En el ínterin, París cobró un aire festivo; su gente confiaba en que la unidad republicana, a diferencia del régimen de

Napoleón III y Eugenia, acabaría derrotando, en última instancia, a los prusianos.

La emperatriz Eugenia huyó de París, dejando atrás un desorden de joyeros vacíos arrojados al suelo a toda prisa, así como una elegante comida sin terminar, de la que dieron buena cuenta los «revolucionarios» que asaltaron las Tuileries[18]. Temiendo tanto a los prusianos como a los republicanos, muchos otros parisinos ricos optaron también por el camino más fácil, abandonando los distritos occidentales más prósperos por la seguridad de sus casas de campo. Mientras lo hacían, los obreros sustituían los letreros que en París anunciaban la «rue du 10 Décembre» (la fecha en que Luis Napoleón Bonaparte había sido elegido presidente en 1848) por los de «rue du 4 Septembre», nombre que conserva hasta hoy. Se destruían a martillazos las «N» de Napoleón grabadas en los puentes y monumentos de piedra.

La izquierda se movilizó rápidamente. Raoul Rigault, un militante blanquista que se había escondido en Versalles de la Policía, llegó a París el 5 de septiembre, el día después de la proclamación de la República. Aquel día miembros de los «comités de vigilancia» que los republicanos radicales habían creado en cada *arrondissement* (constituyendo un Comité Central de los Veinte Distritos impulsado por miembros de la Asociación Internacional de Trabajadores de Karl Marx, fundada en Londres en 1864) exigieron elecciones para formar un gobierno municipal. Diez días más tarde un cartel rojo (*affiche rouge*) repetía esa demanda. Rigault y otros blanquistas comenzaron a planificar febrilmente una insurrección. En la prisión de Mazas, cerca de la Gare de Lyon, liberaron a Émile Eudes y otros varios presos políticos. Rigault se dirigió luego a la Prefectura de Policía y se instaló en la oficina del jefe de seguridad. Desde allí registró los documentos de los archivos de la Policía para descubrir los nombres de las personas que habían trabajado como confidentes de la Policía imperial, con el propósito de castigarlos más tarde. Teniendo en cuenta su obsesión por la Policía, Rigault era la persona perfecta para ese trabajo. Blanqui describía a su ardiente discípulo como poseído por «una vocación [...]. Había nacido para ser prefecto de Policía»[19].

La incipiente Tercera República Francesa había nacido dividida. En la izquierda muchos creían que las circunstancias podrían proporcionar una oportunidad para establecer una república progresiva radical. Los clubes

políticos reconstituidos se unieron a ese coro. El París plebeyo iba a la cabeza. El 6 de septiembre Jules Vallès, un periodista radical, organizó un club en Belleville. Se reunía en la Sala Favié, uno de los bastiones del movimiento asambleario antes de la guerra. En Montmartre, en el Distrito XVIII, André Léo (Victoire Léodile Béra, escritora que tomó el nombre de sus hijos gemelos) y Nathalie Le Mel o Lemel (encuadernadora, oradora frecuente en las asambleas públicas y una de las fundadoras de una cooperativa de consumidores en Montmartre) estaban entre las mujeres militantes dedicadas a la causa de la defensa de París, las familias de la clase trabajadora y la República. Allí la *mairie* [alcaldía] de distrito proporcionaba algunos servicios sociales en respuesta a las cartas escritas por mujeres de la clase trabajadora que pedían ayuda. Estas cartas reflejaban el sufrimiento de las mujeres que trataban de sacar adelante a sus familias con la ayuda de amigos y vecinos[20]. En el Distrito XIII, el Club Democrático Socialista anunció que estudiaría «todos los problemas sociales y políticos relacionados con la emancipación del trabajo y de los trabajadores», sin dejar de vigilar contra cualquier intento de restaurar la monarquía. El Comité Central de los Veinte Distritos celebró su primera reunión el 11 de septiembre. Gradualmente se fue convirtiendo en el equivalente a un partido de la izquierda, comprometido con la República y la prolongación de la guerra. Había blanquistas activos en el Comité Central, en los clubes que se reunían en Montmartre y en el Distrito VI[21].

También fue en septiembre cuando la «Comuna» comenzó a ser un término asociado al marco del «nacionalismo revolucionario» que siguió al estallido de la guerra. El precedente histórico era la «Comuna Revolucionaria» que tomó el poder en agosto de 1792, cuando Francia había sido sitiada por los ejércitos de Estados extranjeros. Ahora las demandas de soberanía popular y autogobierno parisino surgieron como parte de la definición de lo que debía ser la «Comuna» deseada, incluso cuando las tropas prusianas amenazaban la capital. Para la gente de la izquierda política, el papel de la Comuna se ampliaría para realizar grandes reformas sociales. Así pues, la «Comuna» tenía distintos significados para diferentes personas, dependiendo de sus actitudes y lealtades[22].

El 15 de septiembre el Comité Central de los Veinte Distritos distribuyó un cartel para pegar en las calles pidiendo el armamento de todos los parisinos y el «control popular» sobre la defensa, el suministro de alimentos

y el alojamiento. Esto formaba parte de una explosión de demandas de autonomía municipal en los primeros días de la República, un deseo que había surgido en el contexto de la rígida centralización imperial bajo Napoleón III. Los llamamientos a la autonomía municipal eran aún más enérgicos ante la amenaza de una invasión de Prusia. En la tradición de la Revolución francesa, y más recientemente del movimiento asambleario iniciado en 1868, los republicanos creían que sólo la organización popular permitiría la defensa de París contra las tropas enemigas que rodeaban la ciudad. Los clubes políticos y los comités de vigilancia lanzaban por eso llamamientos a una «guerra total» (*guerre à l'outrance*) en defensa de París. Para hacer las cosas un poco más fáciles para los parisinos ordinarios que se preparaban para la guerra, el Gobierno de Defensa Nacional declaró el 30 de septiembre una moratoria en el pago de los alquileres y dio instrucciones a la Casa de Empeños Municipal (Mont-de-Piété) para devolver sin coste alguno los artículos empeñados si valían menos de 15 francos[23].

Los ejércitos de Prusia y sus aliados pusieron sitio a París desde el 19 de septiembre, mientras que otras fuerzas enemigas se alejaron de la ciudad hacia el río Loira. El 10 de octubre una fuerza prusiana de 28.000 hombres atacó un puesto defendido por el Ejército francés reconstituido del Loira, henchido por una avalancha de voluntarios. Las tropas prusianas vencieron y conquistaron Orleans. El Ejército francés se retiró, creció hasta unos 70.000 hombres y volvió a tomar esa ciudad. Sin embargo, la llegada de más tropas prusianas desde el nordeste de Francia ocasionó más derrotas francesas en la región del Loira y en Le Mans el 11-12 de enero de 1871[24].

Los prusianos habían permitido a Napoleón III partir hacia el exilio en Gran Bretaña, siendo así el tercer jefe de Estado francés en sufrir ese destino (tras el rey Carlos X después de la Revolución de 1830 y el rey Louis-Philippe después de la de 1848).

Con las fuerzas prusianas asediando París, los «comités de vigilancia» de distrito seleccionaron a delegados para un Comité de Vigilancia de todo París, dominado por republicanos de izquierda y socialistas. El Gobierno de Defensa Nacional nombró a nuevos alcaldes para cada distrito. El Comité Central de los Veinte Distritos, también republicano, exigió su participación en las decisiones relativas a la defensa de París. Unidades de la Guardia



Nacional comenzaron a reforzar su organización y lograron imponer su autoridad en los barrios en los que habían sido reclutadas.

El parisino Félix Belly abrió una oficina con la esperanza de atraer a suficientes mujeres –30.000– para completar 10 batallones, cada uno con ocho compañías. Esas unidades de defensa femeninas estarían uniformadas con pantalones negros y blusas y sombreros con bandas de color naranja y en ellas estaría prohibido beber o fumar. Sin embargo, esas unidades igualitarias de Belly nunca se materializaron. Tuvo que protegerse por un tiempo de los vecinos que se quejaban por el ruido, y el plan se evaporó rápidamente cuando Trochu prohibió las nuevas unidades[25].

El joven republicano Sutter-Laumann, reclutado por el Ejército, describía la extraña sensación de seguridad que existía en París durante el asedio. El Ejército suponía que los fuertes exteriores podían mantener a raya a las tropas prusianas, pero pronto se demostró lo contrario. El bautismo de fuego de Sutter-Laumann se produjo en una salida a la carretera de Neuilly-sur-Marne, a la que siguieron otros varios enfrentamientos. La población parisina había comenzado a manifestar una «considerable irritación», anotaba Sutter-Laumann, ya que las tropas prusianas frustraban fácilmente las salidas[26].

A principios de octubre Gambetta, el ministro del Interior, sobrevoló audazmente las líneas prusianas en un globo, y reunió a un Ejército considerable que prosiguió la lucha contra el enemigo. Y entonces llegó de Lorena una noticia increíble. El 27 de octubre Bazaine rindió inexplicablemente su Ejército de 155.000 soldados en Metz. Esto acabó prácticamente con cualquier esperanza de aliviar el asedio de París y de derrotar a los prusianos y sus aliados. Abundaban los rumores de traición, en particular cuando se supo que el comandante francés había estado negociando secretamente con sus homólogos prusianos.

Los parisinos reaccionaron rápidamente. El 31 de octubre Sutter-Laumann oyó gritos de «¡Viva la Comuna!» en el faubourg Saint-Denis, mientras París, congelada y hambrienta, resistía. Los trabajadores, irritados, descendían desde Belleville y otros barrios plebeyos hasta el centro de París y el Hôtel de Ville, aguijoneados por los miembros de los clubes radicales y los comités de vigilancia que llamaban a la insurrección. Los blanquistas irrumpieron en el Hôtel de Ville. Gustave Lefrançais, un oficial de la Guardia Nacional, saltó sobre una mesa y proclamó el fin del Gobierno de

Defensa Nacional, apenas dos meses después de haber sido proclamado. Los militantes anunciaron un nuevo gobierno, encabezado por nombres antiguos de la revolución de 1848: Félix Pyat y Charles Delescluze, así como el empedernido revolucionario Auguste Blanqui. Gustave Flourens llegó con algunos guardias nacionales y sacó a Lefrançais del centro de la escena, añadiendo a nuevos miembros al gobierno. Flourens y Lefrançais se odiaban cordialmente y el segundo simplemente se fue a casa. Rigault había llegado también, y Blanqui le ordenó llevar un destacamento a la Prefectura de Policía para asegurarla.

Pero pronto los trabajadores regresaron a sus barrios en el norte y nordeste de París, pensando muchos de ellos que habían tenido éxito en el derrocamiento del gobierno provisional, y sólo el grupo de guardias de Flourens permaneció en el Hôtel de Ville. Trochu y Jules Ferry, otro miembro del gobierno provisional, aprovecharon la retirada de la multitud y al día siguiente recuperaron el control del edificio municipal. Blanqui apenas pudo escapar de una persecución organizada por la Policía del Gobierno de Defensa Nacional restablecido[27].

Después del intento de insurrección del 31 de octubre, los militantes organizaron más clubes, impulsados tanto por sus deseos políticos como por la desesperación causada por el asedio. El hambre atormentaba, y el encarecimiento de los alimentos desafiaba los mejores esfuerzos de los funcionarios municipales para hacer frente a la situación distribuyendo cartillas de racionamiento y los alimentos que se podían encontrar. En los clubes se denunciaba a los acaparadores y crecían los apremios en favor de una «comuna revolucionaria». Se formó un Comité Central republicano, dirigido por destacados militantes que habían hablado en las asambleas realizadas durante los dos últimos años del Imperio. Los resultados de un plebiscito el 3 de noviembre y de las elecciones municipales dos días más tarde pudieron reflejar el influjo de las voces moderadas, pero no sirvieron para poner freno a la vehemencia de la izquierda, cada vez más afianzada en los barrios obreros. Algunos alcaldes de distrito alentaron la creación de cooperativas de productores y comités de vigilancia que desempeñaron un papel en la asignación de alimentos y armas. Los blanquistas y otros revolucionarios comenzaron a formar sus propios clubes, consolidando la relación entre intelectuales militantes como Rigault y los trabajadores parisinos[28].

Al comienzo del asedio, las familias parisinas subían al tren que recorría la circunferencia amurallada de París y salían de pícnic cerca de los baluartes, hasta darse cuenta de que los proyectiles prusianos podían matarlas. El «Comité Científico» del Gobierno de Defensa Nacional recibió muchas sugerencias desde comienzos del asedio sobre cómo podían eludirlo los parisinos. Las ideas presentadas eran de risa, como la de dejar sueltas «todas las bestias feroces del zoo para que el enemigo resulte envenenado, asfixiado o devorado». Otro propuso la construcción de una «ametralladora musical» que atrajera a los soldados prusianos con piezas de Wagner y Schubert, para luego acribillarlos; otro, armar a los miles de prostitutas de París con «dedos prúsicos», agujas llenas de veneno para inyectarlo a los prusianos en el momento crucial del encuentro erótico[29].

Pero la realidad se impuso después de la rendición de Bazaine, al prolongarse el asedio y empeorar el tiempo. El único correo que entraba o salía de París era transportado por 65 globos que volaban sobre las líneas enemigas. Palomas llevaban mensajes más allá de las líneas prusianas. A finales de octubre todos se lo tomaban ya en serio, al descender insoportablemente la temperatura. El Sena se congeló, y los suministros de alimentos disminuyeron. Un intento militar de salir de París –una *grand sortie*– y causar daños a las fuerzas enemigas fracasó miserablemente el 31 de octubre, el mismo día que la insurrección política. Los franceses perdieron más de 5.000 soldados, el doble que sus adversarios alemanes.

Edmond de Goncourt escribía en su diario el 8 de diciembre: «La gente habla sólo de lo que come, lo que puede comer y lo que hay para comer [...]. El hambre se extiende y en el horizonte se dibuja la hambruna». Comenzaron a aparecer carteles de publicidad de «carniceros caninos y felinos». Los propietarios de mascotas tenían que proteger a sus perros y no al contrario. La gente comenzó a comer incluso ratones y ratas, y un estadounidense aseguraba que estas sabían más bien como pájaros. Filetes de animales de zoológico como osos, ciervos, antílopes y jirafas terminaban en las bandejas parisinas. Los muy ancianos y los muy jóvenes eran los que más sufrían, y la visión de pequeños ataúdes por las calles era cada vez más corriente[30].

El largo asedio aisló aún más –tanto política como económicamente– a París de las provincias, sobre todo del oeste de Francia. En París el diario conservador *L'Opinion nationale* lamentaba el 1 de enero que algunos

*quartiers* [barrios] hubieran caído en manos de *communeux*, un temor burgués que «evocaba al terror» de la Revolución francesa. Para los conservadores que habían permanecido en París, cualquier mención de una «Comuna» comenzaba a cobrar un aspecto aterrador[31].

En la mañana del 6 de enero los parisinos encontraron al despertar otro cartel rojo brillante pegado en los edificios, en el que se leía: «¡Abran paso a la Comuna de París!». Rigault era uno de los firmantes de ese *affiche rouge*. El club Favié de Belleville aprobó esta resolución: «La Comuna es el derecho de la gente [...]. Es el levantamiento en masa y el castigo de los traidores. La Comuna, en definitiva [...], es la Comuna». En las reuniones de los clubes el término «comuna» todavía se oía en el sentido de los derechos municipales, pero ahora con un tono más progresista, con París y sus abarrotados barrios obreros imaginados como el centro de una república democrática y social. El comité de vigilancia del Distrito XVIII proclamó que «los *quartiers* son la base fundamental de la república democrática»[32].

Otra derrota militar intensificó los llamamientos en pro de la Comuna. El 18 de enero una fuerza de 100.000 soldados bajo el mando de Trochu intentó salir de París y derrotar a las fuerzas prusianas. El resultado fue una catástrofe, con más de 4.000 hombres muertos o heridos. Esto condujo a una exaltada manifestación que rayaba en la insurrección el 22 de enero. La multitud gritaba contra Trochu. Los blanquistas exigían la proclamación de una Comuna. El propio Blanqui se sentó en un café cerca del Ayuntamiento y, frente al peligro de asalto de este, el republicano moderado Gustave Chaudey, adjunto al alcalde de París, ordenó a los soldados disparar desde las ventanas. El tiroteo dejó cinco muertos en el pavimento, incluyendo a un amigo de Rigault, Théophile Sapia, cuya sangre empapó la ropa de este. La multitud se dispersó rápidamente, pero aquella movilización de la izquierda y la violencia que la siguió no hicieron más que aumentar la brecha entre la izquierda y los conservadores en el Gobierno de Defensa Nacional[33].

El 28 de enero el Gobierno de Defensa Nacional acordó un armisticio con los prusianos y sus aliados que iba a poner fin al asedio. Jules Favre firmó la rendición dos días más tarde, reuniéndose con Bismarck en Versalles. París había resistido cuatro meses, pero los cañones prusianos habían destruido parte de la ciudad y los parisinos habían sufrido enormemente. Como era de esperar, la mayoría de los parisinos se oponían a cualquier

concesión a los prusianos, aunque Bismarck permitió ahora la entrada de convoyes de alimentos en la capital. Los términos del armisticio eran duros e indignaron a los parisinos y a muchos otros franceses. Francia tendría que pagar una enorme indemnización al nuevo Imperio alemán, proclamado, con gran humillación de Francia, en el Salón de los Espejos del Palacio de Versalles. Y, lo que es peor, por el Tratado de Versalles firmado por Thiers y Bismarck el 26 de febrero –más tarde formalizado por el Tratado de Fráncfort el 6 de mayo–, Francia tendría que ceder a Alemania la región relativamente próspera de Alsacia y gran parte de Lorena[34]. Léon Gambetta dimitió disgustado de lo que quedaba del Gobierno de Defensa Nacional el 1 de marzo. Las fuerzas prusianas permanecieron acampadas alrededor de París, con un fácil acceso a la ciudad.

Después del armisticio el Gobierno de Defensa Nacional, que había fracasado lamentablemente en su misión de defender Francia, llamó de inmediato a elecciones para una nueva Asamblea Nacional, que debía crear un nuevo régimen. Pese a las protestas de los republicanos, convencidos de que el escaso margen de tiempo entre la capitulación militar y las elecciones favorecería a los monárquicos, se convocaron las elecciones para el 8 de febrero. Republicanos y socialistas organizaron un Comité Central de la Guardia Nacional para defender la República, ahora claramente amenazada por la posibilidad de que los monárquicos dominaran la nueva Asamblea Nacional, dispuestos a tomar el asunto en sus propias manos[35].

Los resultados de las elecciones nacionales fueron efectivamente aberrantes debido a las circunstancias excepcionales y a la falta de preparación, dando una mayoría abrumadora a los diputados conservadores y monárquicos. La Asamblea Nacional, además, debía reunirse, no en París, sino en Burdeos. En agudo contraste, 36 de los 43 diputados electos de París eran republicanos, creyendo la mayoría de ellos que Francia, liderada por París, debía seguir luchando contra los prusianos. Sin embargo, en París los candidatos revolucionarios obtuvieron solamente 7 de los 43 escaños, con 50.000 de los 329.000 votos (15,2 por 100). El 8 de febrero *Le Rappel* comentaba: «Ya no es un ejército a lo que nos enfrentamos [...]. Ya no es Alemania [...]. Es más. Es la monarquía, es el despotismo»[36]. Y, como confirmación, el 17 de febrero de 1871 la Asamblea Nacional otorgó en Burdeos todo el poder ejecutivo a Adolphe Thiers.

Thiers podía aparentar el porte de la burguesía parisina, pero, habiendo nacido fuera del matrimonio en Marsella en 1797, conservaba rasgos innegablemente provenzales. Su padre Pierre-Louis, un estafador que había comprometido la situación y la riqueza familiar, había abandonado a la madre de Adolphe para dedicarse en París a diversos negocios bajo la protección de Lucien Bonaparte. Adolphe entró con la ayuda de una beca en el instituto en Marsella en 1809 y, en noviembre de 1815, ingresó en la Escuela de Derecho de Aix-en-Provence.

Cuando se le ofreció un puesto en *Le Constitutionnel*, un periódico monárquico moderado, crítico con la monarquía borbónica, Thiers se trasladó a París. Un contrato para escribir una historia de la Revolución le hizo ganar dinero y ponerse en contacto con círculos liberales de la capital. Thiers era relativamente bajo, con menos de 1,60 metros de altura, y cualquier cosa menos guapo. Tenía poca paciencia y se irritaba con facilidad. El poeta Lamartine recordaba: «Es el primero y el último en hablar, y no presta mucha atención a las respuestas de los demás». Su carácter meridional se manifestaba también en su expresión veloz y su lenguaje colorido, con un acento marsellés que intensificaba la última sílaba, acompañado de gestos rápidos como énfasis. Tenía una voz de orador solemne, y a un admirador le parecía «dotado de una autoridad casi divina». Ambicioso y trabajador, tenía fama de locuaz y se hacían notar sus réplicas cortantes. Cabría detectar quizá cierto complejo napoleónico, si es que existe tal cosa. Un amigo observó que Thiers reaccionaba con indignación y violencia contra quienquiera «que le negara una confianza ciega»[\[37\]](#).

La elección de una Asamblea Nacional dominada por los monárquicos y dirigida por Thiers, en quien la gente de la izquierda tenía razones para desconfiar, aumentó la tensión y galvanizó a los revolucionarios en París. El 15 de febrero un grupo de obreros parisinos asaltaron el palacio arzobispal. El arzobispo Georges Darboy preguntó qué quería aquella gente, diciéndoles que, si pretendían llevarse los muebles, todos ellos pertenecían al Estado. En cuanto a los libros, señaló que eran preciosos para él pero no para los asaltantes y que, aparte de ellos, sólo le podían quitar la vida, tras lo que se fueron dejándolo en paz[\[38\]](#).

El 20 de febrero, tres días después de que la Asamblea Nacional otorgara poderes ejecutivos a Thiers, André Léo dejó París para tratar de convencer a

los campesinos de que ellos también sufrirían a causa de una Asamblea Nacional dominada por los monárquicos. En París la izquierda empezó a unirse para oponerse a la Asamblea Nacional. El Comité Central de los Veinte Distritos y los miembros de AIT de Karl Marx encontraron que coincidían en muchos propósitos. Por su parte, Rigault también se acercó a los moderados, con el objetivo de construir una coalición capaz de tomar el poder. Durante aquellos días emocionantes surgió un Partido Socialista Revolucionario, basado en los clubes radicales y los comités de vigilancia de distrito, cuyos miembros expresaron su voluntad de lograr la igualdad social en París. Una Declaración de Principios anunció que se buscaba, «por todos los medios posibles, la supresión de los privilegios de la burguesía, su caída como clase dirigente y la prevalencia política de los trabajadores; en una palabra, la igualdad social»[\[39\]](#).

Por supuesto, las tropas alemanas todavía rodeaban gran parte de la capital y sus cañones se extendían más allá de los muros septentrional y oriental de París. Entre ellos y la entrada en París no había prácticamente nada en el caso de que se materializaran signos de resistencia al armisticio. Los republicanos de París recelaban de las tropas prusianas, y no sólo porque suponían una amenaza militar; también temían que pudieran ayudar a restaurar la monarquía.

Los republicanos radicales tenían razones para temer por el futuro del republicanismo bajo Thiers. Anteriormente había indicado que apoyaba la restauración de la monarquía, aunque no dijo cuál: la de los Borbones (apoyados por los «legitimistas») o la de Orleans, en la persona de un hijo de Louis-Philippe, derrocado en 1848. Esto explica por qué la Asamblea Nacional, dominada por los monárquicos, lo eligió como «cabeza del poder ejecutivo de la República» cuando se reunió en Burdeos en febrero de 1871. Pero Thiers también disfrutaba de un creciente apoyo de los republicanos conservadores. En 1850 había expresado su convicción de que «la República es el régimen que menos nos divide». Esto parecía ahora particularmente cierto dada la desconfianza entre legitimistas y orleanistas. Los legitimistas aceptarían una restauración en sus propios términos, insistiendo en que se mantuviera la bandera blanca de los Borbones. Al no tener hijos su heredero al trono, el conde de Chambord, una solución podía ser que, después de su muerte, el trono pasara a los orleanistas, con la bandera tricolor. El pretendiente Borbón se negó. En medio de la tensión

entre las dos familias, Thiers trató de asegurar a los republicanos moderados que no era «el instrumento de una trama urdida en la Asamblea Nacional para abolir la república»[40]. Sin embargo, la mayoría de los parisinos sospechaban de Thiers que su intención fuera precisamente esa, incluso si su gobierno no reflejaba el dominio monárquico de la Asamblea Nacional. Por otra parte, tres comandantes del Ejército –Joseph Vinoy, Patrice de Mac Mahon y Gaston de Galliffet– eran conservadores, bonapartistas evidentemente, pero preferirían, sin lugar a dudas, una monarquía a una república[41].

La memoria colectiva de las revoluciones anteriores se mantenía muy viva en París, y la siguiente manifestación en contra de la Asamblea Nacional se produjo en una fecha importante. En el aniversario de la Revolución del 24 de febrero de 1848, una gran multitud se reunió en la plaza de la Bastilla, en torno a la Columna de la Victoria erigida a raíz de la revolución de julio de 1830. Dos días después los transeúntes vieron que un policía encubierto los observaba cerca del Sena. Incitados por los gritos de «¡Al agua! ¡Al agua!», lo agarraron, le ataron brazos y piernas y lo arrojaron al río desde el muelle Henri IV. Cuando salía a la superficie, lo empujaban de nuevo, hasta que se ahogó. Muchos parisinos odiaban a la Policía y, de vez en cuando, se producían represalias como esa[42]. Esta vez, sin embargo, el ataque cobró gran importancia política. Aquella misma noche una multitud de parisinos desbordó a los soldados que custodiaban en la plaza Wagram los cañones de la Guardia Nacional y los subió hasta las alturas de Montmartre. Mientras tanto, otra multitud irrumpió en la prisión de Saint-Pélegie para liberar a los presos políticos. Para sofocar los disturbios, el general Vinoy, comandante de la región de París, convocó a las unidades de la Guardia Nacional que consideraba fiables, la mayor parte de las cuales se oponían no obstante abiertamente al nuevo gobierno. Pocos hombres respondieron.

La Guardia Nacional parisina no era una fuerza militar profesional, sino que consistía en paisanos corrientes orgullosos de defender su ciudad y los barrios en los que habían sido movilizados. De hecho, parece que, durante la Guerra Franco-Prusiana, lo que quedaba del Imperio temía más a la Guardia Nacional plebeya que al Ejército prusiano. La abolición del Ejército profesional, que había decepcionado a toda Francia con su derrota en la guerra, fue esencial en la visión por la Comuna del nuevo París, en la que la Guardia Nacional garantizaría la defensa de la capital.



El nuevo Comité Central de la Guardia Nacional había surgido como autoridad revolucionaria en las semanas posteriores al armisticio. Exigía que la Guardia Nacional mantuviera sus armas, y en particular sus cañones, algunos de los cuales habían sido comprados por las propias unidades y muchos estaban ahora en Montmartre o en Belleville. Un miembro de la Guardia Nacional insistía en que esta representaba «una barrera infranqueable frente a cualquier intento de revertir la República»[\[43\]](#). Es evidente que, dada su composición, el gobierno provisional de Thiers no podía contar con la Guardia Nacional como fuerza represiva eficaz frente a la creciente cólera popular y la movilización política. De 260 batallones de la Guardia Nacional en París, sólo se podía contar con unos 60 para defender el «orden» tal como lo entendía Thiers[\[44\]](#).

Los parisinos encrespados por la sobrecogedora derrota militar francesa y los términos humillantes del armisticio tuvieron que recordarlo todo una vez más cuando las tropas alemanas entraron en París el 27 de febrero. Cuatro días después, los parisinos que se encontraban cerca del Arc de Triomphe contemplaron indignados cómo varios oficiales franceses salían de sus carruajes llevando del brazo a elegantes damas alemanas. El París republicano se radicalizó, furioso por la cobardía, por no decir duplicidad, de Thiers y el Gobierno de Defensa Nacional que había capitulado. París parecía moverse en una dirección muy diferente que la mayor parte del resto de Francia[\[45\]](#).

Casi a diario se producían manifestaciones en la plaza de la Bastilla, mientras los parisinos se preparaban para la partida de las tropas alemanas después de su triunfante marcha por los Champs-Élysées el 3 de marzo. Los recursos de París también habían disminuido por la presencia de decenas de miles de soldados franceses, muchos de ellos indisciplinados y a la espera impaciente de la desmovilización. Muchos de los oficiales eran jóvenes, recién ascendidos. Al igual que los hombres bajo su mando, su lealtad a Thiers y la Asamblea Nacional no estaba asegurada. Las lealtades políticas importaban poco cuando los soldados franceses se veían afligidos por la pobreza y el hambre. Un observador señalaba «el más lamentable espectáculo. Soldados errabundos [...] con los uniformes sucios, despeinados, sin armas, parando algunos de ellos a los transeúntes para pedirles una moneda»[\[46\]](#).

Poco después de la partida de las tropas prusianas, el nuevo gobierno aprobó leyes que parecían una afrenta flagrante a los parisinos combatientes. El 7 de marzo la Asamblea Nacional puso fin a la moratoria declarada por el Gobierno de Defensa Nacional con respecto a los artículos depositados en la casa de empeños municipal, que podrían ponerse a la venta si no eran rescatados. Pero ¿con qué podían rescatarse? La mayoría de los parisinos estaban sin blanca. El *Times* de Londres informaba de que «2.300 desgraciados habían empeñado sus colchones, y costureras hambrientas habían empeñado 1.500 pares de tijeras [...]. ¿Cuántas cosas imprescindibles estaban almacenadas en aquellas galerías crueles? [...] Las parcas fruncían el ceño desde todos aquellos estantes repletos [...]. ¡Hambre!». La Asamblea también puso fin a la moratoria en el pago de letras de cambio (pagarés que debían satisfacerse en determinado plazo), añadiendo que los titulares debían redimirlos con interés antes de cuatro meses. Esa decisión tuvo consecuencias devastadoras para los hombres de negocios parisinos con recursos modestos. Más de 150.000 tuvieron que declararse en quiebra por las facturas que debían. Peor aún, la Asamblea puso fin a la moratoria en el pago de los alquileres, lo que significaba que las familias que no podían pagarlos quedaban expuestas al desahucio. Esto supuso un golpe muy duro para muchos parisinos, ya que la mayoría de ellos vivían de alquiler. No satisfecha con esos ataques contra los más pobres, la Asamblea puso también fin al estipendio diario de 1,50 francos para la Guardia Nacional, dejando a decenas de miles de familias sin dinero suficiente para comprar alimentos y combustible[47].

El 10 de marzo la Asamblea Nacional tomó la decisión de reunirse en Versalles, antigua capital de los reyes, que contaba con el cercano fuerte de Mont-Valérien para ofrecerle protección. En una declaración provocadora, Thiers confesó que «la honestidad no me permite prometer a la Asamblea una total seguridad en París»[48]. Thiers se reunió inmediatamente con los alcaldes o miembros del consejo municipal de Lyon, Marsella, Toulouse y otras ciudades importantes. Culpó a París de la actividad revolucionaria, asegurando al mismo tiempo a los dirigentes de otras ciudades su apoyo a la república como forma de socavar su posible apoyo a la insurgente París[49].

Cuando Thiers y su gobierno llegaron para instalarse en Versalles, los alemanes acababan de salir de la antigua capital de los Borbones. Versalles se parecía en cierto modo, en palabras del republicano conservador Jules

Simon, a una ciudad de «tabernas alemanas, con su olor a tabaco, cerveza y cuero». Los respetuosos prusianos no habían destruido sin embargo nada, dejando unas pocas señales en alemán en la estación del ferrocarril y en las paredes de los barracones[50].

Versalles abrió sus brazos a Thiers, la Asamblea Nacional y el *beau monde* de los ricos que huían de un París cada vez más turbulento. El vizconde Camille de Meaux se manifestaba sorprendido por el contraste entre el rostro sombrío de los recién llegados y la gente excéntrica «caldeada» por las buenas comidas. Los funcionarios del gobierno, diputados, diplomáticos, militares, periodistas y gente en busca de enchufes pululaban por los bulevares prácticamente desiertos desde 1789. El Palacio de Versalles se convirtió en una especie de «colmena ministerial» con sus grandes salas de mármol y excelentes salones decorados con pinturas de renombre y fastuosos techos[51].

Pese a la riqueza de la mayoría de los que llegaban a Versalles, cuya población pasó de 40.000 a cerca de 250.000 habitantes, era difícil encontrar alojamientos adecuados. Los recién llegados se quejaban de los dormitorios amueblados con camas duras, pero los restaurantes de la capital de los Borbones daban la bienvenida a los comensales con los estómagos vacíos y las carteras llenas. Durante la primera semana de la Comuna, las estaciones de tren de París estaban atestadas de personas que trataban de irse; parecía como *le grand départ* de los meses de verano en tiempos normales.

Los parisinos exiliados encontraban en Versalles «sus periódicos, sus restaurantes, sus clubes, sus relaciones galantes, e incluso a sus banqueros». Charles Laffitte se encontró con un amigo del exclusivo Jockey Club de París vestido ahora con «harapos», por decirlo así. Las altas finanzas, incluido el barón Rothschild, se dejaban caer por los salones de Versalles. Hector Pessard, redactor jefe de *Le Soir*, describía «la artillería de los taponos de Veuve Clicquot disparando contra el techo de los restaurantes». Sin embargo, al principio «sólo encontró una turba [...] preocupada únicamente por sus intereses particulares». Cada día llegaban a Versalles más soldados y la elite de Francia los invitaba a bebidas y cigarros. El domingo de Pascua el abate Auguste du Marhallac'h, diputado por Morbihan, dijo misa ante una enorme multitud en la meseta de Satory, elevando la hostia en un altar decorado con arreos militares, «en un gran

espectáculo [...] bajo un cielo radiante, en torno a un sacerdote que bendice y que reza»<sup>[52]</sup>.

París, que unos meses antes era la sede del gobierno francés y albergue de sus familias más ricas, parecía haber quedado ahora bajo el control de gente común que exigía derechos municipales y una reforma social. La derrota de Francia en la Guerra Franco-Prusiana había puesto fin al régimen de Napoleón III, y el largo asedio de París que siguió a la rendición de Napoleón sólo sirvió para enfurecer a los parisinos que habían sido críticos hacia el emperador desde hacía mucho tiempo. Los obreros parisinos y los intelectuales republicanos y socialistas por igual, radicalizados por la guerra, no querían volver a soportar la opresión de un gobierno centralizado. Cuando Thiers y la Asamblea Nacional, dominada por sus miembros monárquicos y conservadores, parecían dispuestos a restablecer una monarquía, los republicanos de París –apoyados por unidades de la Guardia Nacional potencialmente revolucionarias– se disponían a gobernar la ciudad por sí mismos.

[1] Geoffrey Warwo, *The Franco-Prussian War: The German Conquest of France in 1870-1871* (Nueva York, 2003), p. 23.

[2] *Ibid.*, p. 32.

[3] Alistair Horne, *The Fall of Paris: The Siege and the Commune 1870-1871* (Nueva York, 1965), p. 62.

[4] Robert Tombs, *The War Against Paris, 1871* (Cambridge, 1981), pp. 13-14.

[5] A. Horne, *The Fall of Paris*, p. 66; R. Tombs, *The War Against Paris*, pp. 13-15.

[6] Michael Howard, *The Franco-Prussian War* (Londres, 1961), pp. 40-71; G. Warwo, *The Franco-Prussian War*, pp. 46-64 y 74-80.

[7] Warwo, *The Franco-Prussian War*, pp. 67-68 y 85-91.

[8] Horne, *The Fall of Paris*, p. 72. La advertencia de Trochu llegó el 10 de agosto.

[9] Stewart Edwards, *The Paris Commune 1871* (Newton Abbot, 1971), pp. 47-48; Horne, *The Fall of Paris*, pp. 71-74. Eudes fue a continuación condenado a muerte, pero, en lugar de ejecutarlo, lo enviaron a prisión.

[10] Horne, *The Fall of Paris*, pp. 67-70; Tombs, *The War Against Paris*, pp. 15-21.

[11] Pascal Chambon, «1871, la fin de la Garde nationale», en Claude Latta (ed.), *La Commune de 1871: L'Événement les hommes et la mémoire* (Saint-Etienne, 2004), p. 79; Robert Tombs, *The Paris Commune 1871* (Londres, 1997), p. 46.

[12] Stéphane Rials, *Nouvelle histoire de Paris de Trochu à Thiers 1870-1873* (1985), p. 55.

[13] Carolyn Eichner, *Surmounting the Barricades: Women in the Paris Commune* (Bloomington, IN, 2004), pp. 19-21.

[14] Sutter-Laumann, *Histoire d'un trente sous (1870-1871)* (1891), pp. 27-30, 33 y 45-49.

- [15] Este relato se basa en Rials, *Nouvelle histoire*, pp. 56-69.
- [16] *Ibid.*, p. 69. La república se había proclamado también en Lyon y Marsella.
- [17] Edwards, *The Paris Commune*, pp. 59-60.
- [18] Horne, *The Fall of Paris*, p. 84; Rials, *Nouvelle histoire*, p. 73. Napoleón III murió en el exilio en Inglaterra en enero de 1873.
- [19] Luc Willette, *Raoul Rigault, 25 ans, Communard, chef de police* (1984), pp. 52-58; Patrick H. Hutton, *The Cult of the Revolutionary Tradition: The Blanquists in French Politics, 1864-1892* (Berkeley, CA, 1981), pp. 33-34.
- [20] Gérard Dittmar, *Belleville de l'Annexion à la Commune* (2007), p. 57; Edwards, *The Paris Commune*, p. 87; Odile Krakovitch, «Les femmes de Montmartre et Clemenceau durant le siege de Paris: de l'action sociale a l'action politique», en Latta (ed.), *La Commune de 1871*, pp. 43-58.
- [21] Jacques Rougerie, *Paris libre 1871* (1971), p. 74; Hutton, *The Cult of the Revolutionary Tradition*, pp. 55 y 64.
- [22] Véase el excelente análisis de Robert Tombs en *The Paris Commune*, pp. 73-77.
- [23] Willette, *Raoul Rigault*, p. 54; Tombs, *The Paris Commune*, p. 56.
- [24] Howard, *The Franco-Prussian War*, pp. 286-288; Horne, *The Fall of Paris*, pp. 140-144.
- [25] Villiers du Terrage, Baron Marc de, *Histoire des clubs de femmes et des Légions d'Amazones 1793-1848-1871* (1910), pp. 383-386.
- [26] Sutter-Laumann, *Histoire*, pp. 75-77 y 201-209.
- [27] *Ibid.*; Martin Phillip Johnson, *The Paradise of Association: Political Culture and Popular Organizations in the Paris Commune of 1871* (Ann Arbor, MI, 1996), pp. 29-34; Willette, *Raoul Rigault*, pp. 60-64. Louis Blanc y Alexandre Ledru-Rollin, importantes personajes en 1848, también figuraban en la lista.
- [28] Tombs, *The Paris Commune*, pp. 52 y 73; Edwards, *The Paris Commune*, pp. 75-76.
- [29] Horne, *The Fall of Paris* (Nueva York, ed. de 2007), pp. 131-134.
- [30] *Ibid.*, pp. 220-224.
- [31] Jean Dubois, *À travers les oeuvres des écrivains, les revues et les journaux: Vocabulaire politique et social en France de 1869 à 1872* (1962), pp. 179-180.
- [32] Maurice Choury, *Les Damnés de la terre, 1871* (1970), p. 36; Dittmar, *Belleville*, pp. 188-189, 199-200 y 206; Dubois, *À travers les oeuvres*, p. 265; Edwards, *The Paris Commune*, p. 73.
- [33] Tombs, *The Paris Commune*, p. 59; Willette, *Raoul Rigault*, pp. 68-70.
- [34] Tombs, *The Paris Commune*, p. 60. Los comandantes de 35 batallones de la Guardia Nacional intentaron ofrecer resistencia a los ejércitos alemanes, pero fue en vano.
- [35] Johnson, *The Paradise of Association*, pp. 55-64.
- [36] Pierre Léveque, «Les courants politiques de la Commune de Paris», en Latta (ed.), *La Commune de 1871*, p. 33; Tombs, *The Paris Commune*, p. 62.
- [37] Maurice Reclus, *Monsieur Thiers* (1929), pp. 12-25 y 53; Camille de Meaux, *Souvenirs politiques, 1871-1877* (1905), p. 48.
- [38] Joseph-Alfred Foulon, *Histoire de la vie et des oeuvres de Mgr Darboy, archevêque de Paris* (1889), p. 509; Joseph Abel Guillermin, *Vie de Mgr Darboy, archevêque de Paris, mis à mort en haine de la foi le 24 mai 1871* (1888), p. 313.
- [39] Eichner, *Surmounting the Barricades*, p. 21; Johnson, *The Paradise of Association*, pp. 68-70.
- [40] Robert Tombs, «L'année terrible, 1870-1871», *Historical Journal* 35:3 (1992), pp. 717-718; Bernard Accoyer (ed.), *De l'Empire à la République: les comités secrets au Parlement, 1870-1871* (2011), pp. 33-38.

[41] Élie Reclus, *La Commune de Paris au jour le jour* (2001), pp. 174-175. En su momento se hizo famosa la frase de Thiers diciendo que la república «será conservadora o no será».

[42] Quentin Deluermoz, *Policiers dans la Ville: La Construction d'un ordre public à Paris 1854-1914* (2012), pp. 151-153; Denis Arthur Bingham, *Recollections of Paris*, vol. 2 (Londres, 1896), p. 19.

[43] Dale Lothrop Clifford, «Aux armes citoyens! The National Guard in the Paris Commune of 1871» (tesis doctoral no publicada, University of Tennessee, 1975), p. 116.

[44] Clifford, «Aux armes citoyens!», p. 125; Pierre Guiral, *Adolphe Thiers* (1986), pp. 376 y 393; Jules Simon, *The Government of M. Thiers*, vol. 1 (Nueva York, 1879), p. 291.

[45] Jean-François Lecaillon (ed.), *La Commune de Paris racontée par les Parisiens* (2009), p. 19; Tombs, «L'année terrible», pp. 719-721.

[46] Maxime Vuillaume, *Mes Cahiers rouges au temps de la Commune* (1971) p. 158.

[47] Edwards, *The Paris Commune*, pp. 118-119.

[48] Tombs, *The Paris Commune*, p. 66.

[49] Adolphe Thiers, *Memoirs of M. Thiers 1870-1873* (Nueva York, 1973), pp. 121 y 136.

[50] Jules Simon, *The Government of M. Thiers*, vol. 1 (Nueva York, 1879), pp. 286-290.

[51] De Meaux, *Souvenirs politiques*, pp. 43-45; Léonce Dupont, *Souvenirs de Versailles pendant la Commune* (1881), p. 21; Edwards, *The Paris Commune*, p. 166; Maurice Garçon, «Journal d'un bourgeois de Paris», *Revue de Paris* 12 (diciembre de 1955), p. 26.

[52] Dupont, *Souvenirs de Versailles*, pp. 85-90 y 110-111; Hector Pessard, *Mes petits papiers, 1871-1873* (1887), pp. 11 y 40-42.

## II. EL NACIMIENTO DE LA COMUNA

Mientras el gobierno de Thiers se reunía en el gran *château* de la monarquía borbónica, los republicanos tenían aún más razones para preocuparse por una posible restauración monárquica. El traslado del gobierno a Versalles, identificado durante siglos con la estrecha alianza entre la monarquía borbónica y la Iglesia católica, enconó aún más la opinión popular. Thiers había afirmado en una ocasión: «Quiero que la influencia del clero sea omnipotente, porque cuento con él para propagar la buena filosofía que enseña al hombre que está aquí abajo para sufrir, y no esa otra filosofía que induce al hombre a lo contrario: a gozar del placer»[1]. El 11 de marzo de 1871 el Gobierno de Versalles prohibió seis periódicos de la izquierda. Esa noticia llegó a París después de que se supiera que un consejo de guerra había condenado a muerte *in absentia* a Auguste Blanqui y a otro revolucionario popular, Gustave Flourens, por su participación en el intento de insurrección del 31 de octubre durante el asedio prusiano.

Los parisinos se movilizaron contra los decretos promulgados por el gobierno provisional desde Versalles, y las tropas del gobierno pasaron los últimos días de febrero y primeros de marzo conteniendo a las multitudes alborotadas. Las fuerzas del general Joseph Vinoy, limitadas por el armisticio con los prusianos a 12.000 soldados y 3.000 gendarmes, habían disuelto ya varias manifestaciones. Vinoy, que de joven había salido de un seminario para entrar en el Ejército y cuyo temperamento era tan frío como los Alpes de su Delfinado nativo, creía que París estaba siendo tomado por «cabecillas», «lo más bajo de lo bajo», y «agitadores culpables», empeñados en el «saqueo» y en «sembrar el desorden». El embajador de Estados Unidos, Elihu B. Washburne, percibió que el gobierno estaba perdiendo el control de París: el 16 de marzo envió un despacho a Washington informando que «los insurrectos de París están ganando potencia y fuerza cada hora»[2].

El 17 de marzo Thiers decidió actuar contra los militantes de París. A la mañana siguiente iba a enviar tropas para requisar los cañones de la

Guardia Nacional, la mayoría de los cuales habían sido trasladados a Montmartre (171 cañones) o Belleville (74 cañones), ambos barrios populares –predominantemente obreros– desde los que podían dominar la ciudad. Thiers tomó su decisión por razones económicas y también políticas. Según explicó, «los hombres de negocios iban por ahí repitiendo constantemente que sólo comenzarían las operaciones financieras cuando todos esos desgraciados fueran eliminados y se les quitaran los cañones. Había que poner fin a todo aquello, y entonces se podría volver al trabajo». Una multitud frustró el primer intento de las tropas de Thiers en Montmartre el 12 de marzo. Para los ciudadanos de ese barrio, los cañones de la Guardia Nacional representaban el derecho de París a armarse. No se detendrían ante nada para evitar que las tropas del gobierno les arrebataran los cañones. Los agentes de Thiers, por su parte, prepararon a toda prisa un plan para ocupar París[3].

En Montmartre los cañones seguían alineados en dos filas en las alturas y en una meseta al final de la Butte. Cuatro días después una patrulla intentó de nuevo por órdenes de Thiers recuperar algunos de ellos, pero se lo impidió la Guardia Nacional. El 17 de marzo Thiers decidió incautarse de los cañones durante la madrugada del día siguiente, con el fin de «desarmar París» y su «partido revolucionario». La tarea en cuestión era sumamente difícil, ya que requería que los soldados se apoderaran de los cañones y los trasladaran cuesta abajo por empinadas calles estrechas y empedradas atravesando barrios hostiles.

En la tarde del 17 de marzo el general Louis d’Aurelle de Paladines, un viejo bonapartista ahora sospechoso de haber vendido su lealtad a los Borbones, al que Thiers había nombrado jefe de la Guardia Nacional de París, convocó a los comandantes de unas 30 o 40 unidades conservadoras de la Guardia Nacional. Les ordenó que tuvieran a sus hombres dispuestos para la mañana siguiente. A eso de las 4:30 de la mañana del 18 de marzo, las tropas bajo el mando de Vinoy estaban en el lugar para comenzar a desmontar los cañones de la Guardia Nacional. También subieron a Montmartre, desde el norte, soldados bajo el mando del general Claude Lecomte. Una columna de unos 4.000 hombres bajo el mando del general Bernard de Susbille debía establecer un puesto de mando en la place Pigalle. Otra columna debía tomar el control de Belleville, mientras que una



división debía permanecer abajo y asegurar el control de los barrios entre el Hôtel de Ville y la plaza de la Bastilla[4].

Desde muy temprano, las mujeres de esos barrios que salían a comprar el pan se encontraron cara a cara con soldados vestidos con los pantalones rojos, túnicas azules y gorras rojas y azules del Ejército regular. Georges Clemenceau, el alcalde del Distrito XVIII, se sorprendió y enojó al ver a los soldados cuando salió de su apartamento alrededor las 6:00 a. m. y expresó a uno de los comandantes su «sorpresa y decepción extrema» por la operación militar. Thiers la había ordenado sin notificarla a los alcaldes del distrito, que habían tratado de lograr la entrega pacífica de los cañones. Clemenceau tenía la esperanza de que las armas podrían ser devueltas sin una demostración de fuerza del gobierno provisional de Thiers. Pero, por el momento, todo estaba en calma y algunos residentes en Montmartre charlaban amigablemente con las tropas bajo una ligera lluvia parisina[5].

Desde la place Clichy, soldados mandados por Susbille, guiados por gendarmes que conocían las calles de Montmartre, se trasladaron para asegurar los cañones que había cerca del Moulin de la Galette y el Château Rouge, así como para ocupar la Torre de Solferino. Los soldados del general Lecomte debían tomar el control de los cañones cerca de la gran sala de baile del Château Rouge. Las tropas bloquearon la entrada a la iglesia de Saint-Pierre, evitando el sonido de la campana de alarma que habría alertado a los parisinos y a los efectivos de la Guardia Nacional Republicana. Antes de las 6:00 a. m. fuerzas del general Lecomte habían tomado la Butte de Montmartre. Los soldados establecieron puestos en las laderas oriental y meridional de la colina para facilitar el descenso de los cañones en caso de problemas, dejando a un lado a los guardias nacionales asignados para protegerlos. Dieron a conocer una proclama de Thiers explicando que la devolución de los cañones era «indispensable para el mantenimiento del orden». En el anuncio se indicaba que Thiers quería eliminar al «comité insurreccional» que a su parecer existía, cuyos miembros eran casi todos desconocidos y propagaban doctrinas «comunistas» mientras se preparaban para someter a París al pillaje[6].

Entretanto los residentes de Montmartre subieron a las torres de varias iglesias para hacer sonar la campana de alarma. Los parisinos salieron a las calles. En la place Saint-Pierre soldados llenaban las pequeñas zanjas que habían sido excavadas para evitar que los cañones fueran movidos

fácilmente, mientras que los espectadores, sobre todo hombres en ropa de trabajo, expresaban su hostilidad. A pesar de que las tropas habían llegado varias horas antes, las armas seguían en su sitio. Se necesitaban alrededor de 2.000 caballos para transportar los cañones hacia abajo desde Montmartre y no habían llegado ni había suficientes aperos de acoplamiento para enganchar los cañones a los caballos[7].

En Belleville se corrió la voz de que habían llegado soldados de infantería para apoderarse de los cañones, incluidos algunos acuartelados en el parque de Ménilmontant. Varias unidades firmemente republicanas de la Guardia Nacional ya estaban en marcha, llegando a la calle Puebla cuando los soldados tiraban de los cañones hacia la rue de Belleville. Los residentes en Belleville y los guardias nacionales comenzaron a construir barricadas improvisadas para evitar que las tropas trasladaran los cañones por las calles. Muchos de los soldados habían vuelto sus fusiles del revés, como señal de que no estaban dispuestos a utilizarlos. Cuando los tambores de gobierno comenzaron a resonar, llamando a unidades de la Guardia Nacional consideradas fiables, no llegaron guardias para unirse a sus comandantes.

En la alcaldía de Belleville un corresponsal inglés del *Times* de Londres se encontró con un pelotón de caballería que parecía como si tuviera la intención de atacar, armado con tres ametralladoras y estacionado cerca de los cañones, con los caballos a su lado. Pero la hostilidad se disolvió rápidamente convirtiéndose en confraternización, cuando los residentes de la zona comenzaron a construir una barricada y las tropas no hicieron ningún movimiento para detenerlos. Finalmente, alrededor de las 11:00, el pequeño destacamento se dirigió hacia Buttes-Chaumont, donde se detuvo. Volviendo a Montmartre, el inglés se dio cuenta de que «no se veía ni un pantalón rojo [es decir, soldados franceses], exceptuando aquí y allá un rezagado lanzando un discurso fraternal a un público admirado [...]. Esas calles, tan abandonadas por la mañana, exceptuando aquí y allá un guerrero sigiloso, se habían convertido ahora en un hervidero, donde redoblaban tambores, sonaban cornetas y se dejaba oír todo el estruendo de la victoria»[8].

La precaria paz entre soldados y guardias no duró mucho tiempo. Se produjo un enfrentamiento después de que los primeros amenazaran a los guardias, que abrieron fuego hiriendo a un soldado de caballería. Un

guardia nacional llamado Turpin desafió a los gendarmes, que dispararon contra él hiriéndolo de muerte. Otros guardias fueron capturados y encerrados en la Torre de Solferino, y los que lograron escapar dieron la voz de alarma. Soldados y caballos empezaron a bajar dos cañones desde la colina de Montmartre. Una multitud detuvo a un tercero en la rue Lepic, pero los soldados despejaron el camino y el cañón descendió y cruzó el Sena llegando a la École Militaire en la orilla izquierda. En otros lugares las cosas no fueron tan fáciles para las tropas. Un destacamento que avanzaba hacia el Moulin de la Galette encontró su camino bloqueado por guardias nacionales que los invitaron a unirse a ellos. Un guardia golpeó a un oficial con la culata de su fusil en la cabeza, mientras que otros soldados descendían rápidamente por la colina. En la place Pigalle los disparos de la Guardia Nacional mataron a un capitán que ordenó a sus soldados despejar el área[9].

Cuando Clemenceau llegó a la sede de la Guardia Nacional a eso de las 7:30 a. m. se encontró con Louise Michel, activa en el comité de vigilancia del Distrito XVIII. Ella se fue a toda prisa, y corrió colina abajo: «Bajé la colina, con el fusil bajo el abrigo, gritando “¡traición!” [...] creyendo que íbamos a morir por la libertad. Nos habíamos levantado de la tierra. Nuestras muertes liberarían París»[10].

Louise Michel, nacida en un pueblo de Haute-Marne, en el este de Francia, era la hija ilegítima de una empleada doméstica y un joven de título vagamente noble. Su madre y los padres de su padre la criaron en un castillo en ruinas cerca del pueblo de Vroncourt-la-Côte. Allí se interesó por las costumbres y leyendas tradicionales y por los mitos populares. Cada vez más hostil al catolicismo, se vio influida, sin embargo, por «las profundidades oscuras de las iglesias, las velas encendidas y la belleza de los cantos antiguos». De niña repartía frutas, verduras y pequeñas cantidades de dinero a los pobres; luego se convirtió en maestra de escuela, al principio en un pueblo cercano y más tarde en París. Con su cara ovalada y «una boca ancha, delgada y con los labios apretados», sus rasgos eran duros, casi masculinos. Pasó a la historia como «la Virgen Roja», habiendo abrazado la causa de los derechos de la mujer y proclamado que no se podía separar «de la humanidad la casta de las mujeres»[11].

Cuando llegaron por fin más caballos, algunos soldados trataron de bajar más cañones desde Montmartre. Sin embargo, las mujeres del vecindario

habían vuelto a casa para despertar a los hombres, y lo que antes eran grupos dispersos de curiosos se había convertido en una multitud enfurecida. Hombres, mujeres y niños bloqueaban el descenso de los soldados, tratando de cortar los arneses de los caballos y arrojando botellas y piedras a los soldados. Un observador describe que

mujeres y niños subían por la ladera en una masa compacta; los artilleros trataban en vano de abrirse paso entre la multitud, pero las oleadas de gente lo envolvían todo, subiéndose a las cureñas de los cañones y a los vagones de munición, o se entremetían bajo las ruedas y bajo las patas de los caballos, paralizando el avance de los jinetes que espoleaban en vano a sus monturas. Los caballos se encabritaban y embestían, abriéndose por un momento un hueco que se llenaba sin embargo de nuevo por el empuje de la multitud enardecida.

Un guardia nacional se subió a un terraplén y gritó: «¡Cortad las riendas!». Mujeres y hombres cortaban los arneses con cuchillos. Los artilleros, renunciando a mover los cañones, desmontaron de sus caballos y algunos comenzaron a fraternizar con la gente, aceptando los trozos de carne, el pan y el vino ofrecido por las mujeres. Los soldados que abandonaban los cañones y rompían filas eran «objeto de ovaciones frenéticas» de la muchedumbre[12].

En la ladera oriental de Montmartre, residentes encolerizados también impedían a las tropas bajo el mando de Lecomte transportar colina abajo los cañones. Esperaba que una brigada mandada por el general Susbille atacaría desde el otro lado de Montmartre, atrapando en medio a los insurgentes. Cuando los centinelas avisaron de que los guardias nacionales avanzaban hacia ellos, Lecomte anunció confiado que sus tropas se harían cargo de ellos. Pero, en lugar de combatir a los insurgentes, sus soldados se detuvieron y comenzaron a discutir sobre la situación con los guardias y otros residentes. Un oficial llamado Lalande incluso anudó un pañuelo blanco a su espada. En Buttes-Chaumont las tropas esperaban en vano los caballos que se les habían prometido, mientras que la Guardia Nacional comenzó a levantar barricadas, ante lo que los soldados se retiraron.

En Montmartre el general Lecomte avanzó pretendiendo hacerse con las riendas de la situación. Por tres veces ordenó a sus tropas disparar, pero no lo hicieron. Una mujer desafió a los soldados: «¿Vais a disparar contra nosotros? ¿Contra vuestros hermanos? ¿Contra nuestros maridos? ¿Contra nuestros hijos?». Otra los insultó, recordándoles su derrota a manos de los

prusianos. Lecomte amenazó con fusilar a cualquiera que se negara a disparar, preguntando a sus soldados si «se iban a rendir a aquella escoria». Louise Michel recordaba que un suboficial dejó las filas, «situándose frente a su compañía y gritando, más alto que Lecomte: “¡Dad la vuelta a vuestros fusiles!”. Los soldados obedecieron [...] y con aquello se había hecho la revolución»[\[13\]](#).

El capitán Lalande informó a Lecomte que era él quien tenía que rendirse. El general envió abajo a un oficial, por la rue Lepic, para pedir refuerzos, pero las tropas que habían cargado contra la multitud allí habían sido recibidas con disparos que mataron a otro oficial e hirieron a varios de sus hombres. La Guardia Nacional se precipitó hacia delante e hizo prisioneros a Lecomte y otros varios oficiales, llevándolos a un puesto de policía en el Château Rouge[\[14\]](#).

Clemenceau pretendió obtener la liberación del general Lecomte, temiendo que pudieran lincharlo ya que, fuera del puesto de policía, se había reunido una turba furiosa. Los guardias llevaron a Lecomte y a algunos otros prisioneros de vuelta a la modesta casa que servía de sede a la Guardia Nacional en la rue de Rosiers, buscando a miembros del Comité Central que pudieran decidir qué hacer, pero no encontraron a ninguno de ellos: habían partido, creyendo que los prisioneros se hallaban a buen recaudo de la Guardia Nacional. Unos guardias llegaron allí con el general Clément Thomas, quien había precedido a Aurelle de Paladines como comandante de la Guardia Nacional, como prisionero. La gente reconoció de inmediato a Thomas, odiado por su papel en la masacre de los insurgentes durante las Jornadas de Junio de 1848. Iba vestido de civil, por lo que lo consideraron un espía. La multitud de hombres y mujeres llevó a Thomas y Lecomte a un jardín detrás del edificio, donde ambos fueron fusilados, después de que Lecomte pidiera clemencia invocando a su esposa y sus cinco hijos[\[15\]](#).

El Comité Central de la Guardia Nacional se puso en acción, aunque con cierto retraso debido a la incertidumbre sobre lo que estaba pasando. Hacia las 10 de la mañana se habían reunido una docena de miembros. Enviaron a representantes a los barrios donde se sabía que había batallones de la Guardia Nacional hostiles al gobierno provisional. A primera hora de la tarde guardias bajo el mando de Émile Duval, hijo de una lavandera, ocuparon el Panteón y la Prefectura de Policía. Eugène Varlin, un impresor

socialista, llevó a 1.500 guardias de Batignolles y de Montmartre a los *beaux quartiers*, tomando el control de la plaza Vendôme, donde la sede de la Guardia Nacional estaba rodeada por un barrio conservador. Aquella noche una bandera roja ondeaba en el Ayuntamiento de París, donde el Comité Central se reunía ahora, convertido, por el momento, en el gobierno *de facto* de la incipiente Comuna de París. Lo que comenzó como una defensa espontánea de los cañones de la Guardia Nacional se había convertido rápidamente en una insurrección y luego en una revolución. Como decía Benoît Malon, miembro de la Internacional, «nunca una revolución había sorprendido tanto a los revolucionarios». Louise Michel proclamó: «El 18 de marzo podía haber favorecido a los aliados de los reyes, o a los extranjeros, o al pueblo. Pero fue el pueblo el que salió ganando»[\[16\]](#).

Thiers entendió que el Ejército no tenía suficientes tropas para aplastar la insurrección. Primero ordenó a Vinoy retirar a sus tropas tras el Sena y ocupar los puentes en la orilla izquierda y, a continuación, ordenó una evacuación total de París por los funcionarios públicos, seguidos por las tropas. De los 4.000 policías que había, más de 2.500 se unieron a los soldados que se retiraban a Versalles. París quedó prácticamente sin funcionarios, jueces o Policía. Muchos parisinos acomodados habían comenzado ya a abandonar la ciudad. Al día siguiente, Thiers cortó todas las comunicaciones entre París y las provincias[\[17\]](#).

Durante la revolución de febrero de 1848, Thiers había aconsejado al régimen orleanista que sacara al Ejército fuera de París para reagruparlo y luego volver para aplastar a los trabajadores insurgentes. El príncipe Alfred Windischgraetz había hecho lo mismo aquel año en Viena. Con cientos de miles de soldados franceses en los campos alemanes de prisioneros de guerra y la escasa fiabilidad de muchas tropas de infantería, Thiers no podía plantearse un asalto inmediato a París. Necesitaba tiempo para reorganizar sus fuerzas.

Ordenó la evacuación de las tropas de los fuertes de Mont Valérien, Issy, Vanves y Montrouge, muy alejados de las murallas de París. Poco después se dio cuenta de que el abandono de Mont-Valérien, al suroeste de Neuilly, había sido un grave error, y ordenó ocuparlo de nuevo; las tropas rechazaron un asalto no muy convencido de las fuerzas de la Guardia Nacional. Los oficiales del Ejército derrotado de nuevo se reunieron en

Versalles, conmocionados por los acontecimientos y completamente humillados.

Raoul Rigault había regresado a París el 18 de febrero, el día después de que la Asamblea Nacional pusiera a Thiers al frente de la autoridad ejecutiva. La Policía lo estaba buscando y se mantuvo oculto hasta mediados de marzo. Después de cenar tarde en la Brasserie Glaser del Quatour Latin la noche antes, se despertó tarde el 18 de marzo para oír la noticia de que el pueblo de Montmartre había impedido que las tropas se llevaran los cañones de la Guardia Nacional y había fusilado a los generales Lecomte y Thomas. ¡Aquel ferviente partidario de la revolución se la había perdido! Corrió a la Prefectura de Policía y, tras encontrar que Émile Duval ya había asumido allí las funciones de jefe de policía, lo apartó del camino y comenzó a establecer su propio chiringuito. A continuación comenzó a firmar órdenes para la liberación de los presos políticos. Los blanquistas se mordían las uñas, impacientes por organizar una marcha militar contra Versalles. Sin embargo, el Comité Central de la Guardia Nacional vacilaba, al igual que los jacobinos y muchos miembros de la Internacional.

Montmartre, Belleville y otros barrios periféricos plebeyos entendieron como propia la victoria del 18 de marzo, una revolución que desafiaba al gobierno provisional conservador existente. Se precipitaron desde las alturas para desfilar triunfalmente en la plaza del Ayuntamiento y los bulevares del centro de París. La organización y la militancia se mantenían firmemente basadas en el contexto de la acción vecinal[18].

Edmond de Goncourt fue testigo de la explosión de júbilo y energía popular que entró en erupción el 18 de marzo: «A mi alrededor la gente habla de provocación y se burla de Thiers [...]. La revolución triunfante parece estar tomando posesión de París: hay guardias nacionales y se están levantando barricadas por todas partes; niños revoltosos gatean por encima de ellas. No hay tráfico; las tiendas están cerrando». Al día siguiente caminaba cerca del Hôtel de Ville. Distanciándose de la gente corriente, gruñía:

Difícilmente se soportan sus rostros estúpidos y viles, que el triunfo y la embriaguez han imbuido de una especie de abyección radiante [...]. Por el momento, Francia y París están bajo el control de los obreros [...]. ¿Cuánto tiempo durará esto? ¿Quién sabe? Domina lo increíble [...]. Las cohortes de Belleville se aglomeran en nuestros bulevares [...] paseando con una sorpresa un tanto burlona que parece avergonzarlos y les hace dirigir sus ojos de vencedores

hacia los dedos que asoman de sus zapatos gastados, en su mayoría sin calcetines [...]. El gobierno está pasando de las manos de los que tienen a las manos de los que no tienen [...]. ¿Es posible que en los grandes cambios que subyacen bajo la ley aquí en la tierra vayan a ser los obreros para las sociedades modernas lo que fueron los bárbaros para las sociedades antiguas, agentes convulsos de disolución y destrucción?[19].

Ernest Vizetelly refería que los barrios más prósperos de París parecían invadidos por hombres «con caras como sólo se habían visto en los días de la Revolución»[20].

Sin embargo, la vida en París continuó como si en cierto modo nada hubiera cambiado. Las tiendas abrieron al día siguiente como de costumbre, y en algunos barrios la gente simplemente sorteaba las barricadas que seguían en pie. Eugène Bersier, un pastor protestante, recordaba que nadie podía creer realmente que se hallaba en medio de una insurrección. Vio desfilar por el centro de París batallones de la Guardia Nacional de Belleville, Montmartre y el barrio del sur de Montrouge, «pobres almas perdidas que creen que han salvado la República». Una semana después Auguste Serrailier, un zapatero de treinta años perteneciente al Consejo de la Internacional de Marx, informó que el único suceso anormal era el cierre de los talleres, con el que los patronos parecían estar organizando un bloqueo con el fin de socavar la Comuna. Incluso el historiador conservador Hippolyte Taine tenía que admitir que nada aterrador o dramático había seguido a la victoria del pueblo el 18 de marzo. Vio a guardias nacionales jugando a la petanca y pasando el gorro para comprar unas salchichas y un poco de vino[21].

Mientras se desarrollaba el drama en Montmartre, Paul Vignon, hijo de un magistrado y él mismo abogado, que había sido miembro de la Guardia Nacional durante el asedio prusiano, había llevado a su madre a la estación de Montparnasse para que pudiera regresar a su hogar familiar en la ciudad normanda de Falaise. Volviendo al Palacio de Justicia, oyó gritos procedentes del muelle de la Mégisserie. Allí supo lo que había sucedido en Montmartre, lejos de su cómoda existencia. Vio a dos gendarmes con las camisas rasgadas que se habían enfrentado a una multitud que gritaba a favor de la Comuna y contra el Ejército. En cuestión de horas la mayoría de los guardias nacionales conservadores habían dejado sus filas. Lo que quedaba de su unidad de la Guardia Nacional, afirmaba Vignon, era sólo «el elemento perezoso», los que seguían allí para cobrar el franco y medio que



recibían cada día. Vignon sostenía que una especie de fiebre se había apoderado de los parisinos corrientes. La Guerra Franco-Prusiana los había arrancado de sus ocupaciones normales y ahora parecían creer que los líderes habían dejado de ser necesarios en un mundo de total igualdad, sin una «clase dominante» y en el que el tipo de lujo al que estaban acostumbrados sería «un estigma».

Édouard, el padre de Paul, expuso a su esposa dos días después que, «después de los prusianos, ahora son Belleville y Montmartre los que quieren poner en escena su drama político». Para los parisinos ricos como Paul y Édouard Vignon, la insurgencia no era al principio nada de lo que hubiera que preocuparse demasiado, nada más que otro episodio parisino para guardar en la memoria. De hecho, París parecía asombrosamente tranquilo, en particular su *quartier* burgués en el centro, donde los rostros eran «tristes, sombríos».

Paul emprendió la tarea de organizar a los guardias nacionales conservadores «francamente reaccionarios». Édouard también creía que era su deber «aumentar el número de *honnêtes gens*». La familia de Vignon adoptó rápidamente el vocabulario de la estigmatización social y espacial. Yuxtaponían la «chusma» comunera –por ejemplo, «la vida arrastrada de Belleville»– con las *honnêtes gens* de las clases altas en los barrios de lujo. Édouard y su hijo esperaban el momento oportuno y que Thiers y la Asamblea Nacional pusieran fin a aquel caos[22].

El 19 de marzo Émile Duval advirtió al Comité Central que se había puesto en marcha la resistencia contra lo que había sucedido, sobre todo en los conservadores *arrondissements* primero y segundo. Pidió que se tomaran medidas para evitar que unidades de la Guardia Nacional conservadoras llegasen a Versalles. Los miembros del Comité protestaron diciendo que no tenían un mandato para defender París, y se negaron a transformar formalmente el cuerpo en una autoridad revolucionaria provisional; sin embargo, estuvieron de acuerdo en pedir destacamentos de guardias para garantizar la seguridad en puntos clave como la Banque de France y el palacio de las Tuileries. Había que defender París[23].

Los miembros del Comité emitieron una proclama poniendo fin al estado de sitio impuesto por Thiers y Vinoy y llamaron a los parisinos a organizar elecciones con el fin de asegurar la existencia de la República. A pesar de su renuencia a actuar formalmente como un gobierno provisional, el Comité

Central siguió siendo la única autoridad real, aunque algunos de sus miembros eran bastante desconocidos para la mayoría de los parisinos. François Jourde, un miembro auvernés del comité que había sido pasante de un notario y luego empleado en un banco, relató más tarde la sensación de sorpresa y confusión que había seguido a una victoria tan rápida: «No sabíamos qué hacer: no queríamos tomar posesión del Hôtel de Ville. Queríamos construir barricadas. Estábamos desconcertados por nuestra autoridad»[24].

Édouard Moreau, blanquista parisino de veintisiete años de edad que confeccionaba flores artificiales, presidía el Comité Central. Los finos rasgos de Moreau, incluido su pelo largo y rubio, le valieron el apodo de «el Aristócrata». Del Comité también formaban parte los blanquistas Émile Eudes y Duval. Rigault y otros blanquistas dirigían la Prefectura de Policía y consideraban a Louis-Auguste Blanqui como potencial salvador y líder, a pesar de que, desde el 17 de marzo, el gobierno de Versalles lo mantenía prisionero [primero en Figeac y Cahors, en el Languedoc-Occitania, y desde el 24 de mayo en el Chateau du Taureau, en Morlaix (Bretaña)]. Rigault lo decía así: «Nada se puede hacer sin el Viejo», esto es, Blanqui[25].

El Comité, encabezado por Moreau, envió una lista de peticiones a la Asamblea Nacional en Versalles. Insistía en que los parisinos tenían derecho a elegir a sus alcaldes en cada uno de sus 20 distritos, en que la Prefectura de Policía debía ser abolida, en que el Ejército de Versalles se mantuviera fuera de París, en que la Guardia Nacional debía tener derecho a elegir a sus oficiales, en que la moratoria en el pago de las rentas que la Asamblea Nacional había clausurado de forma arbitraria debía prolongarse y, finalmente, en que la Asamblea Nacional debía proclamar oficialmente la República. Eudes proclamó que desde el 18 de marzo «París no tenía otro gobierno que el del pueblo y eso es lo mejor. París es libre. La autoridad centralizada ya no existe». El concepto de la Comuna como entidad gobernante ganó terreno cuando apareció el 20 de marzo el primer número del *Journal Officiel de la Commune*. En una valoración aparatosamente redactada, se felicitaba a «los proletarios de la capital [que,] entre los fracasos y traiciones de las clases dominantes, han entendido que ha llegado la hora de que ellos salven la situación tomando en sus propias manos la dirección de los asuntos públicos». El término «Comuna», como hemos

visto, venía difundiéndose durante el asedio prusiano y después de la derrota francesa. Ahora la victoria de los hombres y mujeres de Montmartre al evitar que las tropas de Thiers se apoderaran de los cañones de la Guardia Nacional alentó a los parisinos insurgentes a considerar que la creación de una autoridad autónoma progresista e incluso autónoma en la capital –la Comuna de París– estaba a su alcance[26].

Por el momento, sin embargo, la mayoría de los alcaldes y vicealcaldes de distrito y los diputados que representaban a París en la Asamblea Nacional se negaron a reunirse con el Comité Central, creyendo que eso equivaldría a reconocerlo como autoridad legítima. Una minoría de alcaldes, no obstante, se reunió con el Comité Central en el Hôtel de Ville, incluyendo a Clemenceau, el alcalde del Distrito XVIII. Clemenceau insistió en que el cuerpo no representaba a París y trató de persuadir a sus miembros de que devolvieran los cañones al gobierno de Thiers y reconocieran la autoridad de los alcaldes existentes. Esperaba que estos últimos pudieran negociar con la Asamblea Nacional. Los alcaldes de distrito más conservadores limitaron sus demandas a la autonomía municipal[27].

La Asamblea Nacional dominada por los monárquicos se reunió en sesión secreta en la tarde del 22 de marzo para decidir cómo responder al levantamiento en París. Thiers y Jules Grévy, un republicano muy conservador, dominaron los procedimientos. La derecha monárquica encontró apoyo a su propuesta de hacer un llamamiento a los voluntarios de las provincias para defender «el orden y la sociedad». El estado de ánimo predominante quedó reflejado en las palabras de un miembro de la Asamblea, el cual insistía en que «los criminales que ahora prevalecen han atacado París y ahora atacarán a la propia sociedad», por lo que no debían hacerse concesiones a aquella «revuelta». Thiers y Grévy dejaron claro que estaban dispuestos a dar tiempo para asentarse a lo que consideraban una autoridad insurgente ilegal mientras se reconstruía un «Ejército serio», con el fin de legitimar una represión sangrienta. Thiers disfrutaba de la posibilidad de una guerra civil cerniéndose sobre la reunión. Cuando alguien le retó, preguntándole si iba a empujar a París a la guerra civil, de la Asamblea surgieron gritos: «¡Ya ha comenzado! ¡Está aquí!». La Asamblea Nacional conservadora se rebeló contra París, y no al revés. Sólo unos días después de que el pueblo de París hubiera tomado el control de su ciudad, Thiers y la Asamblea Nacional se preparaban para una confrontación que

entendían como «una guerra de clases» entre la burguesía y los trabajadores parisinos[28].

Entretanto, muchos de los parisinos de elite que se enorgullecían del título de «hombres de orden» seguían a Thiers a Versalles o se retiraban a lugares más seguros fuera de la capital. Los republicanos conservadores de Versalles que en un principio parecían en la difícil situación de tener que elegir entre una restauración monárquica y la Comuna podían ahora respaldar a Thiers, quien se comprometía a aplastar a «la vil multitud» de París que tanto detestaba.

Para los republicanos conservadores, la palabra «Comuna» se había convertido en sinónimo de «comunismo». Los llamados «hombres de orden» podían convencerse de que los miembros y partidarios de la Comuna, apodados comuneros, pretendían principalmente confiscar y repartir la propiedad de los ricos. Thiers, al igual que otros anticomuneros, estaba convencido de que los miembros de la Internacional eran, en gran parte, responsables de la insurrección del 18 de marzo[29].

Mientras Thiers y la Asamblea Nacional se preparaban para reconstruir el Ejército, la contrarrevolución se ponía en marcha en París. Thiers nombró comandante de la Guardia Nacional de París al conservador almirante Jean-Marie Saisset, una decisión que seguramente iba a ultrajar a muchos parisinos. Los fieles bonapartista, la «Sociedad de los Amigos del Orden» y los guardias nacionales «leales» comenzaron a reunirse en torno a Saisset en la Bolsa, la Ópera y el elegante Grand Hôtel de París. El 21 de marzo comenzó en el Boulevard des Capucines una manifestación de unos 3.000 «Amigos del Orden» que marcharon por varias avenidas y calles de los barrios conservadores. Los leales a Versalles dominaban los *quartiers* entre los *grands boulevards* y el mercado de Saint-Honoré y alrededor del Palais-Royal, la Banque de France y la rue Montmartre. Saisset organizó otra manifestación en la place Vendôme al día siguiente. La elección del lugar era provocativa, frente a la sede de la Guardia Nacional. Cuando Saisset estaba a punto de hablar, en su dirección se oyeron disparos procedentes de los contramanifestantes. Gaston Cerfbeer, de doce años, que vivía en la calle Saint-Honoré, cerca de la rue Royale, vio a «hombres de orden [...] corriendo como locos por debajo de nuestra ventana»[30].

Unas 12 personas murieron y otras varias resultaron heridas en el cuerpo a cuerpo. La desorganización y la falta de carisma de Saisset, así como los

rumores de que orleanistas clave esperaban que las manifestaciones pudieran constituir un primer paso hacia una restauración, ayudaron a poner fin a aquel sangriento incidente. La mayoría de los parisinos rechazaban cualquier posible retorno a la monarquía. Pero, en lugar de poner fin a la contrarrevolución, aquellas muertes consolidaron el fuerte sentimiento anticomunero entre los conservadores que quedaban en París.

Entretanto, la Asamblea Nacional se negó a poner el nombre de «República» en sus proclamas. El gobierno adoptó inmediatamente un discurso de denigración, con descripciones de los parisinos como «miserables», «bandidos» y «saqueadores». A mediados de abril la Asamblea reaccionó a las reclamaciones de París con una nueva ley municipal que establecía que, en el futuro, la capital seguiría sin tener a un alcalde, quedando bajo la administración directa del prefecto del departamento del Sena. Los concejales municipales serían nombrados por periodos de cinco años, siendo responsables únicamente ante el gobierno central que los designaba[31].

La insurrección de París agitó algunas ciudades de provincias. En Lyon la multitud había proclamado la República en agosto de 1870, antes de que esto ocurriera en París el 4 de septiembre, lo que también refleja la radicalización política durante los últimos años del Imperio. Los manifestantes pedían que se mantuviera la guerra contra Prusia, la autonomía municipal y una reforma social. El 22 de marzo representantes de Lyon, Burdeos, Ruan, Marsella y otras ciudades se reunieron con el Comité Central para escuchar un informe del movimiento por los derechos de París. Aquel mismo día los insurgentes tomaron el poder en Lyon. Marsella y Narbona, Saint-Étienne, un centro fabril, y la pequeña ciudad industrial de Le Creusot se levantaron el 24 de marzo, seguidas de Limoges a principios de abril. En todos esos municipios se proclamaron «comunidades» de corta duración. Benoît Malon y la novelista y militante socialista y feminista André Léo escribieron un «Llamamiento a los trabajadores del campo» del que se enviaron a provincias 110.000 ejemplares. «Hermanos – decía el texto–, os están engañando. ¡Nuestros intereses son los mismos!»[32].

Algunos prominentes republicanos moderados de París, como el exdiputado Édouard Lockroy, que era miembro del Consejo Municipal y había representado al departamento del Sena en la Asamblea Nacional, y

Jean-Baptiste Millière, otro diputado, se unieron a Clemenceau en el intento de lograr un compromiso con Thiers. Sin embargo, el 23 de marzo Thiers dio la espalda sin comprometerse a la delegación de alcaldes y diputados que representaban a París. Estaba tratando de ganar tiempo, diciendo: «Ya salvé una vez a Francia de ahogarse en una revolución, pero no soy lo bastante joven para hacerlo por segunda vez»[\[33\]](#).

Tres grupos, la Ligue d'Union républicaine des droits de París, la Union nationale du commerce et de l'industrie y los francmasones, seguían presionando en favor de la conciliación, esperando cada uno de ellos que el reconocimiento por el Gobierno de Versalles de la existencia de la República y un reconocimiento de los derechos de París condujeran a una solución negociada; pero Thiers insistía en que, como la Comuna no tenía legitimidad, no había nada que negociar. A la Unión Nacional del Comercio y de la Industria, que decía representar a 6.000 comerciantes y fabricantes, Thiers les dijo que los comuneros debían entregar sus armas; en otras palabras, rendirse[\[34\]](#).

El término «comuna» tenía en aquellos días distintos significados. El Manifiesto del Comité de los Veinte Distritos, distribuido varios días después de los acontecimientos del 18 de marzo, presentaba su definición de «la Comuna [...] como] la base de todos los Estados políticos, del mismo modo que la familia es el embrión de todas las sociedades. [La Comuna] debe ser autónoma [...] con] soberanía completa, al igual que el individuo en medio de la ciudad». Con la mirada puesta en el desarrollo económico y la garantía de la seguridad, París debía «federarse con todos los demás municipios o asociaciones de municipios que conforman la nación [...]». Es esta idea [...] la que acaba de triunfar el 18 de marzo de 1871»[\[35\]](#).

Sin embargo, estaba en juego mucho más que la autonomía municipal. Muchos parisinos creían que la defensa de los derechos municipales representaba el primer paso hacia la consecución de una «República democrática y social». En el manifiesto se pedía la organización de «un sistema de seguro colectivo contra todos los riesgos sociales», incluyendo el desempleo y la quiebra, así como una investigación sistemática de todas las posibilidades para la consecución de capital y crédito para los trabajadores individuales con el fin de acabar con la «depauperación» sin fin[\[36\]](#). Así, mientras que algunos activistas limitaban sus demandas a los derechos municipales, otros exigían reformas sociales significativas.

El 23 de marzo la sección parisina de la Asociación Internacional de los Trabajadores dio su apoyo a la Comuna. Su proclama, escrita por Albert Theisz, un trabajador del bronce, afirmaba con optimismo que «la independencia de la Comuna significará un contrato libremente discutido que pondrá fin al conflicto de clases y traerá la igualdad social». También se hacía eco de las demandas republicanas prevalecientes durante el Segundo Imperio: la educación obligatoria, gratuita y laica; el derecho de reunión y asociación, y la autoridad municipal sobre las Fuerzas Armadas, la Policía y la salud pública. Como decía el impresor socialista Eugène Varlin, «la revolución política y las reformas sociales están vinculadas, y no puede darse la una sin las otras»[37].

El francmasón Élie Reclus captó la esperanza de muchos comuneros en que las reformas sociales pudieran conllevar una vida mejor: «Lázaro, siempre hambriento, ya no se conforma con las migajas que caen de la mesa de Epulón, y ahora se atreve a pedir su participación en el festín». Al igual que su hermano el geógrafo anarquista Élisée, Reclus creía que el futuro de la humanidad depende de una estrecha relación con la naturaleza, sin Estado. Creía que, si los trabajadores pudieran organizarse en asociaciones de productores, finalmente serían capaces de emanciparse de sus jefes. Y de hecho, a pesar de que unos 300.000 parisinos estuvieran ahora sin trabajo a raíz de la guerra y el asedio, varias asociaciones de trabajadores emprendieron la tarea. En el Consejo de Sindicatos Federados un orador preguntó: «¿Qué diferencia hay para mí en que venzamos a Versalles, si no encontramos la respuesta a los problemas sociales y el trabajador permanece en las mismas condiciones?»[38].

Louis Barron, hijo de una lavandera, exsoldado y escritor, quería «una revolución social» muy esperada por muchos de su generación. Describía así el mundo del trabajo a partir del cual había cobrado fuerza la Comuna:

Los vastos suburbios obreros por los que se llega lentamente a la colina de Montmartre o Buttes-Chaumont, esos Montes Aventinos de París, reflejan el movimiento misterioso, tumultuoso y triste de esos barrios industriales [...]. La gente corriente vive en esas calles entremezclándose, paseando, hablando, discutiendo, matando el tiempo. Para esos miles de hombres acostumbrados a trabajar con herramientas todos los días con el fin de ganar lo suficiente para comer, el desempleo, aunque el hambre absoluta no sea una consecuencia, es tan difícil de arrostrar como si le siguiera el empobrecimiento más oscuro[39].

Cientos de miles de obreros de París esperaban que la Comuna llevara a cabo las reformas que mejorarían sus vidas.

Las elecciones municipales, pospuestas por cuatro días mientras algunos de los alcaldes buscaban sin éxito un acuerdo negociado con Versalles, se celebraron el 26 de marzo. El objetivo era elegir al Consejo de Gobierno de la Comuna. Rigault se presentó como candidato en el Distrito VIII, bastante reaccionario, que incluía la iglesia de la Madeleine, donde celebraban sus bodas y bautizos algunas de las familias más ricas, y los Champs-Élysées[40]. Supuso que su reputación y el estatus recientemente adquirido como jefe de la Policía le permitiría ganar las elecciones incluso en un distrito reaccionario, y así fue.

Las elecciones reflejaron la geografía social y política cada vez más dividida de París. Se trataba de un voto ponderado por la población, de modo que el plebeyo distrito XI –el más poblado, con casi 150.000 habitantes– y el XVIII elegían cada uno a siete personas, mientras que el XVI –el más pequeño, con 42.000 residentes– sólo tendría dos representantes. Sólo votaron la mitad de los inscritos, en parte debido al hecho de que miles de personas habían huido de la ciudad, y también porque muchos no conocían apenas a los candidatos o los disuadió de votar el llamamiento de Thiers a no hacerlo.

A los candidatos de la izquierda revolucionaria les fue bien en los distritos plebeyos del este y, sobre todo, del nordeste de París, donde los blanquistas, los miembros de la Internacional y los jacobinos eran mayoría. En Belleville el guardia nacional anticlerical Gabriel Ranvier, hijo de un zapatero y oficinista, fue reelegido alcalde del Distrito XX, donde era conocido como «el Cristo de Belleville», célebre por brindar por el cambio político con jarabe y no con vino; era un orador frecuente en los almacenes de los *quartiers populaires*, y había pasado un tiempo en prisión por su participación en el intento de insurrección del 31 de octubre. Como otros de antecedentes similares, estaba decidido a que París señalara el camino en la lucha por una república justa[41].

Quienes ostentaban ahora la autoridad en la Comuna eran hombres con poca o ninguna experiencia administrativa, pero se introdujeron juntos –debatando y discutiendo desde el principio– en lo desconocido. No surgió ninguna figura dominante para dirigir la Comuna, y persistían los problemas de superposición de autoridades y rivalidades. Cuando la



Comuna emitía decretos, dependía de los alcaldes, vicealcaldes, policías y guardias nacionales en cada *arrondissement* hacerlos cumplir. Por supuesto, no todos los alcaldes y policías locales eran partidarios fervientes de la Comuna, lo que significaba que había límites a su autoridad efectiva y que dependía de que los funcionarios, policías y guardias nacionales fueran más o menos republicanos[42].

La primera y más urgente tarea de la Comuna, sin embargo, era la defensa de París contra el Ejército de Versalles, que se estaba preparando para aplastar a los comuneros. Surgieron debates entre «realistas» e «idealistas», ya que, para gran pesar de los «idealistas» deseosos de establecer una sociedad justa, los «realistas» insistían en que no se podrían lograr reformas reales, sociales o políticas, con aquellos enemigos a las puertas. El primer decreto del nuevo órgano administrativo de la Comuna el 29 de marzo recordaba a los ciudadanos que eran «dueños de [sus] propias vidas», advirtiéndoles que había «criminales» dispuestos a «fomentar el caldo de cultivo de la conspiración monárquica a las puertas de la ciudad. Están planeando el estallido de una guerra civil»[43].

El 28 de marzo la nueva autoridad victoriosa en la capital francesa proclamó oficialmente la Comuna de París en el Hôtel de Ville, con tambores, cornetas y salvas de artillería disparadas al aire desde el muelle cercano saludando la victoria sobre la tiranía. Los nuevos miembros del Consejo de Gobierno de la Comuna se mostraban de pie sobre una plataforma, mientras que la Guardia Nacional atravesaba una vasta multitud excitada. El color rojo resaltaba en todas partes: bufandas, cintos, escarapelas y la bandera que ondeaba en el Hôtel de Ville. Rigault se había recortado la barba e iba sorprendentemente bien vestido, deleitándose en su condición de jefe de la Policía. Jules Vallès describió la proclamación de la Comuna como «compensación por veinte años de imperio y seis meses de derrota y traiciones». La Comuna tuvo, desde el principio, el apoyo abrumador de la mayoría de los parisinos[44].

El Comité Central de la Guardia Nacional había anunciado que, con las elecciones del 26 de marzo, iba a ceder el poder a los elegidos para la Comuna. Sin embargo, al día siguiente comenzó a reorganizarse, después de que 16 de sus miembros hubieran sido elegidos para formar parte de la Comuna. Siguió celebrando reuniones periódicas y se veía a sí mismo como el «guardián de la revolución». Advirtió a los parisinos que debían

desconfiar de los favorecidos por la fortuna, porque sólo en raras ocasiones consideraban «a los trabajadores como hermanos». Podría decirse que existía una especie de doble soberanía: el Comité Central de la Federación de la Guardia Nacional, que se había creado formalmente el 20 de marzo, y la «Comuna», el órgano de gobierno electo y proclamado el 28 de marzo[45].

La Comuna tuvo que afrontar inmediatamente desafíos tanto internos como externos. El primero y más inmediato fue el de los fondos requeridos para operar. En segundo lugar, no todos los que apoyaban la Comuna estaban de acuerdo en el alcance de la transformación de París que debía supervisar; seguía habiendo diferencias políticas. En tercer lugar, mientras que las fuerzas alemanas rodeaban las murallas y fortalezas del norte y el este, el Ejército de Thiers, con sede en Versalles, ocupaba el territorio al sur y al oeste de París. Los alemanes no representaban una amenaza inmediata, pero el Ejército de Thiers ya estaba planeando un ataque a París.

¿Cómo iba a encontrar la Comuna el dinero para pagar a los guardias nacionales 1,50 francos al día por sus servicios, así como a los muchos empleados municipales? La Comuna también tenía que encontrar una manera de cumplir su promesa de financiar algún tipo de atención para los pobres. Al igual que en otras ciudades y pueblos de Francia, la mayor parte de los ingresos municipales provenían del dinero recogido en los *octrois* (barreras aduaneras) que rodeaban París. El dinero guardado en el Hôtel de Ville cuando el Antiguo Régimen desapareció de la noche a la mañana podía servir de algo, pero se requerían muchos más recursos financieros.

La Comuna nombró a François Jourde delegado de Hacienda. El 19 de marzo Jourde y Eugène Varlin fueron al Banco de Francia para pedir cortésmente un préstamo de 700.000 francos, que recibieron. La Comuna también recibió un crédito de más de 16 millones de francos, aunque era una suma insignificante en comparación con los 258 millones de francos del crédito recibido por Versalles del Banco de Francia, que le permitió la reconstitución del Ejército francés. La familia de banqueros Rothschild también prestó dinero a la Comuna[46]. La Comuna se atuvo a la legalidad y no confiscó los fondos del Banco de Francia, algo que fácilmente podría haber hecho, pero comenzó a acuñar sus propias monedas a mediados de abril[47].

Por el momento, la autoridad provisional de la Comuna no propuso ningún programa económico o político concreto aparte de afirmar que Francia era ahora una república. Sin embargo, tomó inmediatamente medidas importantes en interés de los parisinos de clase media y trabajadora. Prohibió el desahucio de los inquilinos incapaces de pagar el alquiler de su domicilio, lo que tranquilizó a los que se habían sentido frustrados y enojados por la repentina abolición por la Asamblea Nacional de la moratoria sobre los alquileres que había mantenido a la gente en sus hogares durante el asedio prusiano. Gustave Flaubert, por ejemplo, expresó su indignación como propietario que quería cobrar inmediatamente los alquileres que había dejado de percibir. No le habría complacido escuchar el comentario de un hombre que informó a su casero en el distrito XI de que «la Comuna triunfaría y pondría a los inquilinos en el lugar de los propietarios». La Comuna tranquilizó a los empresarios mediante la presentación de un compromiso en interés de los deudores y acreedores, escalonando los reembolsos de las deudas durante tres años, mientras que el Gobierno de Versalles sólo había concedido tres meses para devolver el dinero adeudado, y suspendió la venta de artículos empeñados a cambio de dinero en efectivo en el montepío municipal, medidas importantes para muchos parisinos.

El Consejo de la Comuna, que incluía a unos 65 hombres, muchos de los cuales eran también funcionarios en sus propios distritos, se reunió 57 veces durante la existencia de la Comuna. La superposición de las administraciones, comités o delegados, las diferencias ideológicas y las rivalidades personales minaron, sin embargo, sus esfuerzos<sup>[48]</sup> (lo que más preocupaba a Élie Reclus de la Comuna era su Consejo de Gobierno). En cada una de las alcaldías de distrito tenían lugar versiones menores de las reuniones en el Hôtel de Ville, en las que alcaldes, vicealcaldes y miembros de las comisiones supervisaban los asuntos locales. La estructura misma de lo que era esencialmente una federación de distritos significaba que la coordinación de una política unificada a nivel de la Comuna resultaba difícil, si no imposible. Las diversas unidades de la Guardia Nacional y el Comité Central de su Federación tendían a descentralizar la autoridad y complicar aún más la coordinación de las medidas decididas por la misma Comuna. Desde el principio esta se vio desgarrada por la competencia entre autoridades y dos visiones opuestas de la Comuna. Por un lado, los

proudhonistas, que eran anarquistas y, por tanto, se oponían a la existencia misma de los Estados, veían esencialmente la Comuna como la encarnación de la democracia popular y la autonomía municipal. Los jacobinos, en cambio, preconizaban una estructura más autoritaria y realista que parecía cada vez más necesaria dado el reto de la situación militar[49]. Diluyendo aún más su autoridad, la Comuna creó «comisiones» ejecutivas con un papel en cierto modo equivalente a los ministerios, dirigida cada una de ellas por un «delegado». Las comisiones debían reunirse dos veces al día en el Hôtel de Ville, en reuniones largas y cada vez más polémicas que, a menudo, se prolongaban hasta bien entrada la noche, perdiendo con frecuencia el tiempo en la discusión de cuestiones de poca o ninguna importancia. Algunos miembros parecían atrapados en los aspectos ceremoniales de su limitada autoridad. En un esfuerzo por menguar ese énfasis en la apariencia y la ceremonia, Varlin sugirió que la Comuna se negara a pagar el uniforme de lujo completo con bandas militares ordenado por Eudes, explicando que «la Comuna no tiene dinero para esa ropa lujosa»[50].

El órgano administrativo de la Comuna decidió pronto que no era democrático llamar a alguien ministro de la Guerra, por lo que se convirtió en «ciudadano delegado al Ministerio de la Guerra». Además de la «militar», las otras comisiones eran las de «Subsistencia», «Finanzas», «Relaciones Exteriores», «Servicios Públicos», «Enseñanza», «Seguridad General» (Policía), «Justicia» y «Trabajo, Industria e Intercambios». Esta última estaba encabezada por Léo Frankel, un pequeño relojero húngaro miembro de la Internacional. Hablaba francés con un fuerte acento y vivía cerca del faubourg Saint-Antoine, en el corazón del París artesanal; insistía en que, dado que la revolución del 18 de marzo la habían hecho los trabajadores, la Comuna perdería su sentido si no hacía algo por ellos[51].

Mientras la Comuna estaba ocupada en la creación de su gobierno, Adolphe Thiers empezaba a reconstruir al Ejército francés en Versalles[52], lo que suponía un desafío. Más de 300.000 soldados y oficiales que se habían rendido en Sedán y Metz estaban todavía internados en campos de prisioneros alemanes. El Ejército del Este, acampado en Suiza, consistía en gran parte en soldados de la Guardia Móvil a la espera de su desmovilización. A principios de abril el número de efectivos sólo llegaba a 55.000, incluidos los liberados de los campos alemanes, y los tres cuerpos

habían tomado el apropiado nombre de Ejército de Versalles. Los Voluntarios del Sena suponían otros 6.000 hombres. Sin embargo, Thiers prefería esperar al momento oportuno, convencido de que podría necesitar a más de 100.000[53].

El mariscal Patrice de Mac Mahon parecía el comandante en jefe perfecto para el Ejército de Versalles. Era un legitimista convencido, a la espera de la restauración borbónica. Veterano condecorado en las campañas de conquista y masacre en Argelia, compartía la creencia prevaleciente en Versalles de que la Comuna amenazaba el orden social. Su rendición en Sedán sólo había comprometido, en parte, su excelente reputación, ya que había sido herido al principio de la batalla.

El 6 de abril nombró como comandantes a Paul de Ladmirault, Ernest de Cisse, François du Barrail, Justin Clinchant y Félix Douay, y puso a Joseph Vinoy, quien había dirigido los infructuosos esfuerzos para capturar los cañones de la Guardia Nacional, al mando del Ejército de reserva. Todos eran políticamente conservadores, incluyendo dos legitimistas, dos bonapartistas y un republicano conservador (Ladmirault). El cuerpo de oficiales francés seguía siendo muy elitista y orgulloso de su estatus, conservando la creencia de que la sangre noble garantizaba la dedicación y competencia. Los altos mandos se habían unido a Luis Napoleón y luego a su segunda encarnación como Napoleón III, en parte porque temían a los republicanos y socialistas. No podía ser ninguna sorpresa, pues, que estuvieran deseosos de emplear las armas contra los comuneros parisinos[54].

Aunque el republicano conservador Jules Simon había descrito al Ejército versallés en sus primeras semanas «como una horda tártara», los oficiales habían conseguido imponer la disciplina. Los casos de insubordinación y, sobre todo, el disenso por motivos políticos –por ejemplo, cuando los soldados que llegaban de Burdeos vitoreaban la Comuna– eran tratados con dureza. Las unidades consideradas simpatizantes, por poco que fuera, con París, fueron enviadas a destinos remotos en Francia o en las colonias. La moral entre los soldados, tan devastada sólo unos meses antes, mejoró drásticamente. A ello ayudó el hecho de que Thiers se tomara un interés personal en la mejora de las condiciones de vida de los soldados, cuadruplicando sus raciones de vino y triplicando las de aguardiente. Las tropas también fueron bombardeadas con propaganda contraria a los

comuneros. Después de prohibirles el acceso a los periódicos, la Asamblea Nacional votó en abril la distribución de ejemplares de *Le Gaulois* y *Le Soir*, que denunciaban la Comuna por desafiar el régimen de propiedad, la religión, la jerarquía social y la autoridad. Los comuneros eran presentados como la escoria de la sociedad, exconvictos, borrachos, vagabundos y ladrones, o extranjeros desmandados que respondían a los malignos planes de la Internacional, tal vez en connivencia con Alemania[55].

Una vez que el Imperio alemán y el gobierno provisional de Francia habían firmado el Tratado de Fráncfort el 10 de mayo –en virtud del cual Francia había tenido que ceder Alsacia y gran parte de Lorena a Alemania y tendría que pagar una enorme indemnización de cinco millardos de francos y reconocer a Guillermo I como emperador de Alemania–, Bismarck había permitido que los soldados franceses capturados se unieran al Ejército de Versalles. Esas tropas constituían una cuarta parte de la fuerza de 130.000 hombres a disposición de Thiers. Los oficiales estaban ansiosos por restaurar el orgullo del Ejército francés después de la abyecta humillación impuesta por la catastrófica guerra contra Prusia, aunque algunos que habían servido en el Ejército de Defensa Nacional fueron expulsados. Con su carrera profesional en riesgo, los oficiales retornados engancharon rápidamente sus carros a la caravana de Versalles. Thiers no tenía ninguna experiencia militar, pero eso no lo disuadió en absoluto de tratar de imponer su voluntad a los comandantes del Ejército de Versalles. Cada mañana insistía en reunirse con Mac Mahon y los demás pero no con su supuesto superior, Adolphe Le Flô, ministro de la Guerra, ni con Vinoy, cuya reputación había quedado en entredicho por los acontecimientos del 18 de marzo[56].

La invasión de París planeada por Thiers y el Ejército de Versalles no iba a ser fácil. La ciudad había resistido durante más de cuatro meses el asedio prusiano, haciendo frente a un Ejército imponente. Estaba protegida por una muralla que la circundaba, con 94 bastiones fortificados intercalados, en cada uno de los cuales se podían instalar cañones y ametralladoras. Un foso de 10 metros de profundidad y casi 15 metros de anchura proporcionaba un serio obstáculo adicional para cualquier fuerza invasora. Durante el asedio prusiano el Gobierno de Defensa Nacional había construido fortificaciones adicionales más allá del borde sur-occidental de los terraplenes mediante

muros de contención proporcionados por el ferrocarril que rodeaba París. Mediante puentes levadizos se podían cerrar las puertas de la ciudad.

Por otra parte, durante la Monarquía de Julio se habían construido toda una serie de fuertes exteriores: Issy, Montrouge, Vanves, Bicêtre e Ivry. Conectados por trincheras y reductos, estaban controlados por fuerzas comuneras, con la importante excepción de la enorme fortaleza de Mont-Valérien al oeste de París, retomada por los versalleses. Paradójicamente esos fuertes se habían construido por instigación de Thiers. Su emplazamiento había suscitado un acalorado debate, ya que los críticos republicanos habían señalado que su ubicación parecía reflejar la intención de disparar contra París, contra los trabajadores insurgentes –como los que se habían levantado en varias ocasiones después de la Revolución de 1830– más que ofrecer una defensa útil contra un Ejército invasor. El Ejército alemán controlaba las áreas más allá de las murallas septentrional y oriental de París, incluidos los fuertes exteriores (con la excepción de Vincennes al este, en poder de los comuneros). La supuesta neutralidad alemana daba a los comuneros la ventaja de no tener que preocuparse por un ataque de Versalles por ese lado[57].

El delegado de la Comuna para la Guerra que debía preparar a París para un ataque versallés fue, entre el 21 de abril y el 1 de mayo, Gustave Cluseret, un graduado de la escuela militar de elite de St. Cyr nacido en París [el 1 de mayo fue sustituido por su jefe de Estado Mayor Louis Rossel]. Aunque todavía no había cumplido los cincuenta, Cluseret tenía gran experiencia militar: había sido herido en Argelia y combatido como comandante de la Guardia Móvil contra los insurgentes durante las Jornadas de Junio de 1848. Luego había virado a la izquierda, lo que le había valido la postergación por Napoleón III en las listas de eventuales ascensos, habiendo abandonado el servicio activo para incorporarse en 1862 al Estado Mayor del general George McClellan en la Guerra Civil americana, tras la cual se convirtió en ciudadano estadounidense. Cada vez más comprometido con la revolución social, regresó a Francia en 1867 y fue encarcelado brevemente en 1868 tras escribir un artículo que disgustó a las autoridades imperiales.

Cluseret tenía, en palabras de su sucesor en el puesto Louis Rossel, «una cara toscamente apuesta», pero era «brusco, de modales rudos», lo que dio

lugar a acusaciones de comportamiento dictatorial. Una de sus secretarías calificaba su conducta de «improvisación perpetua, incoherencia básica, un caos tratando en vano de organizarse y... una turbulencia en la que todos mandan y nadie obedece». Pero comprendía los enormes problemas de tratar de defender París con las indisciplinadas fuerzas de la Guardia Nacional vulnerables a la indecisión y discusiones de sus comandantes. La Guardia Nacional estaba organizada en compañías formadas en cada distrito, reuniendo a los vecinos, compañeros de trabajo y amigos. Cada compañía elegía a un delegado que debía servir como una especie de «comisario político y militar» para detectar a los oficiales desleales, con derecho a convocar reuniones para discutir sobre asuntos que se consideraran importantes[58]. Esa elección de delegados por las compañías de la Guardia Nacional, que se añadían a la cadena de mando, aumentaba la dificultad de las tareas del comandante general.

Cluseret creía que, si la Guardia Nacional podría mantener a raya a los versalleses, se podría llegar a algún tipo de acuerdo negociado con su gobierno. El primer paso, sin embargo, era asegurar que la Guardia Nacional estuviera lista para esa tarea. Con esto en mente, reorganizó algunas unidades de la Guardia Nacional y recordó a las autoridades de distrito que tenía la máxima autoridad sobre los batallones. El 7 de abril un decreto obligaba a todos los varones de entre diecinueve y cuarenta años a servir en la Guardia Nacional. Cluseret instó a los guardias a vigilar sus barrios y a obligar a los desertores a unirse a la Guardia. Como delegado para la Guerra creó una especie de tribunal militar en cada legión de la Guardia Nacional con el objetivo de imponer la disciplina y contrarrestar así los intentos de los versalleses de subvertir la moral. Se juzgó, por ejemplo, a un comandante acusado de negarse a dirigir a sus hombres contra la infantería enemiga en Neuilly. Fue condenado a muerte, pero nunca ejecutado[59].

Los intentos de Cluseret de crear un auténtico Ejército a partir de las tropas de la Guardia Nacional se vieron dificultados por los límites de su propia autoridad y el liderazgo de la Guardia Nacional, cada vez más obstruccionista. Denunció la intromisión del Comité Central de la Guardia Nacional, que acentuaba la división de la autoridad y socavaba la Comuna. El Comité Central siguió enviando órdenes a las alcaldías de distrito, haciendo caso omiso de los esfuerzos de Cluseret por centralizar su



autoridad. Apareció así una avalancha de proclamas oficiales, algunas extremadamente contradictorias. Cuando en una ocasión Cluseret suponía que 1.500 guardias nacionales estarían a la espera de sus órdenes en la estación de Saint-Lazare, encontró sólo a 200 «que no querían marchar». Sólo unos 80.000 hombres, como mucho, estaban dispuestos a luchar a mediados de mayo[60]. Cluseret preveía que el Ejército de Thiers atacaría las puertas occidentales de Point-du-Jour, Auteuil y Passy. Con esto en mente, estableció una batería en el Trocadéro y otra cerca de Passy en el Château de la Muette, no muy lejos del Bois-de-Boulogne. Sin embargo, durante el asedio versallés quedó claro que no suponían ningún inconveniente real para las fuerzas de Versalles[61].

A finales de marzo los versalleses enviaron a una patrulla de exploración a las murallas y luego mucho más allá de las fortificaciones del sur para evaluar las defensas comuneras. Thiers creía que le llevaría unos 30 días obtener el control del área inmediatamente cercana a las murallas y la instalación de cañones allí. Seguía empeñado en la voladura de las murallas con fuego de cañón como preparación de un asalto, insistiendo en la selección de objetivos[62].

El primer combate tuvo lugar el 30 de marzo, dos días después de la proclamación de la Comuna, cuando las tropas de Versalles se desplazaron hacia Courbevoie, que se encuentra frente a Neuilly, al otro lado del Sena, en una misión de reconocimiento. Al encontrarse con un pequeño puesto comunero de vigilancia, los soldados versalleses dudaron. El general Gaston Galliffet ordenó inmediatamente a los artilleros disparar y, cuando rezongaron, les arengó pistola en mano. Cargó sobre su caballo tomando algunos prisioneros cuando los guardias comuneros huyeron. Los soldados versalleses agarraron una bandera roja y la arrojaron a los pies de Galliffet como señal de triunfo. La capacidad de la general para elevar la moral de sus tropas pudo ser un punto de inflexión; el Ejército, al principio reacio a atacar a sus compatriotas, ahora parecía dispuesto a asaltar a los comuneros. Thiers ordenó regresar al batallón de Galliffet sin tratar de tomar el Pont de Neuilly y la Porte Maillot, pero la escaramuza tuvo el efecto deseado. Las fuerzas de la Comuna se retiraron aterrorizadas, mientras que el comportamiento del Ejército tranquilizó a Thiers. Envío un telegrama a las autoridades provinciales para informarles de que «la organización de uno de

los mejores ejércitos profesionales jamás poseídos por Francia se está completando en Versalles; los buenos ciudadanos pueden tomar aliento».

El 2 de abril Thiers ordenó a dos brigadas del Ejército, apoyadas por artillería y bajo el mando de Galliffet, atacar una concentración de guardias nacionales en el Rond-Point de Courbevoie. Un cirujano militar llamado Pasquier se adelantó para negociar con los comuneros. Tomándolo por un coronel de la gendarmería a causa de su uniforme, los comuneros lo fusilaron. La lucha que siguió entre comuneros y soldados de Thiers terminó con una victoria de estos últimos, pero, como luego retrocedieron, algunos comuneros la entendieron como una victoria, pese a que el Ejército de Versalles tenía ahora en sus manos Courbevoie, un punto clave en la defensa de París. La muerte de Pasquier se convirtió en un hito para la propaganda de los versalleses[63].

Una treintena de comuneros fueron hechos prisioneros en Courbevoie, cuando los *fédérés* –el nombre les venía de la Federación de la Guardia Nacional– regresaban a toda prisa a París por la avenida de Neuilly y la Porte Maillot. Las órdenes de Vinoy eran muy claras: todos los soldados, guardias móviles o marineros hechos prisioneros debían ser fusilados. Cuando las noticias de esas ejecuciones llegaron al Hôtel de Ville, el Consejo de la Comuna decidió ordenar una salida contra los versalleses. Los blanquistas Eudes y Émile Duval fueron los principales proponentes. La tarde del 2 de abril la Comuna informó a la Guardia Nacional que se había producido un ataque de «conspiradores realistas» que significaba el comienzo de la guerra civil[64].

El afán, e incluso el anhelo de las tropas versallesas de llevar a cabo aquellas ejecuciones sumarias de los comuneros capturados, marcó un punto de inflexión en la historia de la Comuna de París. Dejó pocas dudas en la mente de los comuneros más decididos de que el gobierno y el Ejército de Adolphe Thiers eran capaces de una violencia desenfrenada y de que París tenía que ser defendida a toda costa.

Los dirigentes de la Comuna reunieron rápidamente una fuerza que podía llegar quizá a los 20.000 hombres, pero que era probablemente menor. A las 5:00 de la mañana del 3 de abril cuatro columnas marcharon desde París hacia Versalles, dos de ellas desde el lado derecho: una, mandada por Jules Bergeret, debía rodear el Mont-Valérien y el otro, con Gustave Flourens, por el Pont d'Asnières. Una tercera columna, bajo el mando de Eudes, debía

marchar a través de Issy y Meudon, mientras que una cuarta, mandada por Duval, avanzaría a través de Châtillon. En cuanto a las tropas de Thiers, informadas por sus espías en París, se hallaban dispuestas para el combate[65].

Un parisino de camino fuera de la ciudad tomó nota de las fuerzas desordenadas y raquíticas que marchaban hacia Versalles. Un coronel del Ejército francés que había logrado ir y volver a Versalles había decidido que sería «prudente» regresar definitivamente a la capital de los Borbones. Había oído a alguien referirse a él como un *mouchard* (espía de la Policía) y creía que sus idas y venidas estaban siendo observadas. Cuando se disponía a abandonar París, se extendió por los bulevares un «gran rumor» de que las fuerzas de Comuna iban a avanzar hacia Versalles. El coronel observó a los guardias nacionales salir en un desorden casi total, llevando cada uno de ellos unas salchichas, pan y un litro de vino. Algunos estaban ya borrachos y cantaban a medida que avanzaban. Comerciantes ingeniosos se introducían entre sus filas para venderles un fuerte aguardiente. Podía oír a algunos guardias gritar que «*Père Thiers*» debía ser colgado. Unos guardias nacionales le aseguraron que serían alrededor de 100.000, pero parecían muchos menos[66].

Los dirigentes comuneros habían tratado de tranquilizar a la Guardia Nacional asegurándole que los soldados versalleses no combatirían y que iban a apuntar sus fusiles al suelo, como habían hecho algunos soldados el 18 de marzo en Montmartre. Pero ahora todo indicaba que las tropas de infantería sí iban a luchar. Una vez atravesadas las murallas, los combatientes comuneros tuvieron que sufrir incesantes bombardeos de los cañones versalleses que disparaban desde lo alto del Mont Valérien. Sólo la columna mandada por Eudes tuvo algún éxito, pero luego tuvo que recurrir a Clamart a última hora de la tarde debido a la insuficiente cobertura de la artillería[67].

Emile Duval y Gustave Flourens fueron capturados durante los combates. Flourens se había refugiado en un albergue, donde irrumpieron unos gendarmes y lo acusaron (falsamente) de haber disparado contra uno de ellos que se había adelantado en busca de comuneros. Un gendarme que lo reconoció lo arrastró fuera y lo mató a golpes a orillas del Sena. La pérdida de Flourens, un elemento culto y lleno de energía dentro de la Comuna, fue desastrosa. Un general había prometido que los combatientes comuneros

que se rindieran se salvarían; pero, cuando llegó Vinoy y preguntó quién mandaba a los *fédérés*, el general ordenó que Duval y sus jefes de Estado Mayor fueran fusilados inmediatamente. Un soldado le quitó las botas al cadáver de Duval y gritó: «¿Quién quiere sus botas?» mientras se alejaba. Cuando las columnas de comuneros retrocedieron, Galliffet ordenó que al menos otros tres prisioneros fueran fusilados[68].

Sutter-Laumann, el joven socialista que vivía en Montmartre, oyó en París que las fuerzas de Vinoy habían avanzado contra la rotonda de Courbevoie y que los guardias nacionales capturados habían sido ejecutados. Volvió a toda prisa a Montmartre para ver si su batallón había sido llamado a la acción y encontró su barrio en estado de alarma. Sonaban tambores y trompetas «con un aire lúgubre que daba escalofríos». Supo que su unidad, en la que se hallaba su padre, un cabo, había salido dos horas antes. Sutter-Laumann los alcanzó junto al Sena. Nadie parecía tener la menor idea de adónde se dirigían, pero corría el rumor de que había ya miles de guardias en Versalles. ¿Se podía negar por adelantado la toma de Versalles?

A lo lejos se podía ver la silueta del Mont-Valérien. De repente sus cañones abrieron fuego. Se aproximaban a Meudon, con su castillo y su parque y el fuerte de Issy hacia la izquierda. Entre combates y pérdidas llegaron a la localidad de Clamart y fueron recibidos con fuego de ametralladora. El batallón de la Guardia Nacional se retiró tal como había llegado, en el caos, y luego se le ordenó marchar a Châtillon. Sutter-Laumann decidió regresar a la localidad de Issy. Absolutamente agotado, se encontró con guardias que se entretenían con prácticas de tiro, aunque las tropas versallesas parecían avanzar en su dirección. Fue allí donde Sutter-Laumann supo del fiasco de Châtillon y el asesinato de Flourens y Duval[69].

Sutter-Laumann y otros colegas se vieron atacados entre Vanves e Issy. De 50 que eran su número cayó a 30, y luego a 8, mientras se apresuraban a buscar un lugar seguro. Parecía un milagro cuando se encontró con su padre, separado de su propio batallón. Regresaron juntos a París. Sutter-Laumann estaba ya convencido de que la derrota de la Comuna era inevitable. La salida de unos 20.000 guardias nacionales, con el apoyo de los fuertes de Issy y Vanves, no había conseguido desalojar a los dos o tres regimientos de tropas versallesas[70].

El resultado fue un desastre total y las fuerzas comuneras se retiraron a París. El 4 de abril los versalleses lanzaron un contraataque contra las columnas de Duval y Eudes, apoderándose de la meseta de Châtillon y el Pont de Neuilly. Por el momento las fuerzas comuneras todavía conservaban los fuertes de Issy, Montrouge, Bicêtre e Ivry, pero, a partir de la tarde del 12 de abril, los versalleses tenían en su poder Sèvres, Châtillon, Meudon y Saint-Cloud. La Comuna había perdido cerca de 3.000 combatientes, muertos o capturados.

A pesar de su derrota a manos de las tropas versallesas y las dificultades imprevistas para gobernar París, en las primeras semanas de la primavera los comuneros todavía mantenían cierta confianza. Louis Barron recordaba: «El movimiento parisino [...] se mantiene por su propio impulso [...]. Me permito temerariamente mantenerme dentro de su corriente [...]. Casi nunca pienso en los peligros del mañana». Barron tuvo que admitir que «la bravuconería alegre de los participantes, su charla frívola, su vestimenta violentamente ostentosa, su gusto por los colores brillantes, sombreros de plumas y discursos apasionados me ayudaban a distraerme de mis temores taciturnos»<sup>[71]</sup>. En aquel momento, en que Thiers reconstruía el Ejército francés en el Palacio Real de Versalles, había efectivamente mucho que temer.

[1] Dale Lothrop Clifford, «Aux armes citoyens! The National Guard in the Paris Commune of 1871» (tesis doctoral no publicada, University of Tennessee, 1975), p. 125; Pierre Guiral, *Adolphe Thiers* (1986), pp. 376 y 393; Jules Simon, *The Government of M. Thiers*, vol. 1 (Nueva York, 1879), p. 291.

[2] Jean-Claude Freiermuth, «L'armée et l'ordre en 1870-1871: le cas Vinoy», en Philippe Vigier *et al.* (eds.), *Maintien de l'ordre et police en France et en Europe au XIX<sup>e</sup> siècle* (1987), pp. 42-47; Elihu Benjamin Washburne, *Franco-German War and Insurrection of the Commune: Correspondence of E. B. Washburne* (Washington, DC, 1878).

[3] Clifford, «Aux armes citoyens!», pp. 119-127; Phillip Martin Johnson, *The Paradise of Association: Political Culture and Popular Organizations in the Paris Commune of 1871* (Ann Arbor, MI, 1996), pp. 2-3 y 277-279; Jean Baronnet (ed.), *Enquête sur la Commune de Paris (La Revue Blanche)* (2011), p. 93; Stewart Edwards, *The Paris Commune 1871* (Newton Abbot, 1971), p. 129; Robert Tombs, *The War Against Paris 1871* (Cambridge, 1981), pp. 39-43.

[4] Edwards, *The Paris Commune*, pp. 137-140; Stéphane Rials, *Nouvelle histoire de Paris de Trochu à Thiers 1870-1873* (1985), pp. 251-252.

[5] Gay Gullickson, *Unruly Women of Paris* (Ithaca, 1996), p. 25.

[6] Tombs, *The War Against Paris*, pp. 43-44.

- [7] François du Barail (General), *Mes souvenirs*, vol. 3 (1898), pp. 246-247.
- [8] Stewart Edwards (ed.), *The Communards of Paris, 1871* (Ithaca, NY, 1973), pp. 56-62.
- [9] Edwards, *The Paris Commune*, p. 140.
- [10] Carolyn Eichner, *Surmounting the Barricades: Women in the Paris Commune* (Bloomington, IN, 2004), p. 22; Gullickson, *Unruly Women*, pp. 25-28; Edwards, *The Paris Commune*, pp. 137-139.
- [11] Edith Thomas, *Louise Michel* (1980), pp. 21, 77-78 y 87-88; Louise Michel, Lowry Bullitt y Elizabeth Ellington Gunter, *The Red Virgin: Memoirs of Louise Michel* (Alabama, 1981); William Serman, *La Commune de Paris* (1986), p. 290; Eichner, *Surmounting the Barricades*, pp. 2-3, 22 y 48-49.
- [12] Edwards, *The Communards*, pp. 62-63; Sutter-Laumann, *Histoire d'un trente-sous* (1891), p. 225.
- [13] Gullickson, *Unruly Women*, pp. 35-36; Stewart Edwards (ed.), *The Communards*, pp. 63-65.
- [14] Gullickson, *Unruly Women*, p. 43; Tombs, *The War Against Paris*, pp. 46-47.
- [15] Edwards, *The Paris Commune*, pp. 137-142.
- [16] Jacques Rougerie, *La Commune de 1871* (1988), p. 53; Rials, *Nouvelle histoire*, pp. 255-256; Clifford, «Aux armes citoyens!», pp. 145-163; Eugene Varlin, *Pratique militante et écrits d'un ouvrier communard*, ed. de Paule Lejeune (1977), p. 155; Benoît Malon, *La Troisième défaite du prolétariat français* (Neuchâtel, 1871), p. 74; Michel, Bullitt and Gunter, *The Red Virgin*, pp. 64-65.
- [17] Adolphe Thiers, *Déposition de M. Thiers sur le dix-huit mars* (1871), pp. 33-43; Quentin Deluermoz, *Policiers dans la Ville: La Construction d'un ordre public à Paris 1854-1914* (2012), pp. 141-144 y 154-155; Edwards, *The Paris Commune*, pp. 148-150; Philippe Riviale, *Sur la Commune: Cerises de sang* (2003), p. 194.
- [18] Jean-François Lecaillon (ed.), *La Commune de Paris racontée par les Parisiens* (2009), pp. 38-39; Johnson, *The Paradise of Association*, p. 6.
- [19] George J. Becker (ed.), *Paris Under Siege, 1870-1871: From the Goncourt Journal* (Ithaca, NY, 1969), pp. 228-237.
- [20] Ernest A. Vizetelly, *My Adventures in the Commune* (n. p., 2009 [1914]), p. 36; Lecaillon, *La Commune de Paris*, p. 37.
- [21] Christiane Demeulenaere-Douyere, «Un témoin de la Commune de Paris: Eugene Bersier», *Bulletin de la Société d'histoire de Paris et de l'Île de France* 108e (1981), p. 247; J. Rocher (ed.), *Lettres de communards et de militants de la Première Internationale à Marx, Engels et autres dans les journées de la Commune de Paris en 1871* (29 de marzo de 1934); Lecaillon, *La Commune de Paris*, pp. 39-41.
- [22] Paul Vignon, *Rien que ce que j'ai vu! Le siège de Paris – la Commune* (1913), pp. 87-92.
- [23] Serman, *La Commune de Paris*, pp. 214-215; Riviale, *Sur la Commune*, pp. 219-220; Alistair Horne, *The Fall of Paris: The Siege and the Commune 1870-1871* (Nueva York, 1965), p. 347.
- [24] Jacques Rougerie, *Paris libre 1871* (1971), p. 114; Edwards, *The Paris Commune*, p. 151.
- [25] Maurice Dommanget, *Blanqui, Guerre de 1870-1871 et la Commune* (1947), p. 114; Marcel Cerf, Édouard Moreau, *l'âme du Comité central de la Commune* (1971), p. 11; Edwards, *The Paris Commune*, p. 213.
- [26] Jacques Rougerie, «Autour de quelques livres étrangers», en Claude Latta (ed.), *La Commune de 1871: L'Événement les hommes et la mémoire* (Saint-Etienne, 2004), p. 58; Claude Latta, «Benoît Malon pendant la Commune», *ibid.*, pp. 112-113; Jacques Rougerie, *Procès des Communards* (1964), pp. 142-143; Horne, *The Fall of Paris*, p. 359; Edwards, *The Paris Commune*, p. 155.

[27] Malon, *La troisième défaite*, pp. 93-98; Gaston Da Costa, *Mémoires d'un Communard: la Commune vécue* (2009), pp. 91-98; Edwards, *The Paris Commune*, pp. 162-164. Louis M. Greenberg, *Sisters of Liberty: Marseille, Lyon, Paris and the Reaction to a Centralised State, 1868-1871* (Cambridge, MA, 1971) subestima gravemente las dimensiones económicas y sociales esenciales de la Comuna.

[28] Bernard Accoyer (ed.), *De l'Empire à la République: les comités secrets au Parlement, 1870-1871* (2011), pp. 54-63, 201, 205, 221 y 229; Édouard Lockroy, *La Commune et l'Assemblée* (1871), pp. 26-29 y 38.

[29] Serman, *La Commune de Paris*, p. 371; Jean Dubois, *À travers les oeuvres des écrivains, les revues et les journaux: Vocabulaire politique et social en France de 1869 à 1872* (1962), pp. 136, 163 y 179-180; Adolphe Thiers, *Histoire de la Révolution du 4 septembre et de l'insurrection du 18 mars* (1875), p. 156.

[30] Malon, *La troisième défaite*, p. 99; Élie Reclus, *La Commune de Paris au jour le jour* (2001), p. 30; Gaston Cerfbeer, «Une nuit de la semaine sanglante», *Revue Hebdomadaire* 25 (23 de mayo de 1903), p. 416.

[31] Reclus, *La Commune de Paris*, pp. 143-147.

[32] Rougerie, *Paris libre 187*, pp. 128-130 y 140; Peter McPhee, *A Social History of France 1780-1880* (Nueva York, 1992), p. 214; Jeanne Gaillard, *Communes de province, commune de Paris 1870-1871* (1971), p. 34; Latta, «Benoit Malon», p. 114; Eichner, *Surmounting the Barricades*, p. 30; David Barry, *Women and Political Insurgency: France in the Mid-Nineteenth Century* (Basingstoke, 1996), pp. 108-111.

[33] J. P. T. Bury y R. P. Tombs, *Thiers – A Political Life* (Londres, 1986), p. 200.

[34] Philip Nord, «The Party of Conciliation and the Paris Commune», *French Historical Studies* 15:1 (1987), pp. 5 y 9-12.

[35] Rougerie, *Procès des Communards*, pp. 147-151.

[36] Sébastien Commissaire, *Mémoires et souvenirs*, vol. 2 (1888), pp. 369-370; Jean Dautry y Lucien Scheler, *Le Comité central républicain des vingt arrondissements de Paris (septembre 1870-mai 1871), d'après les papiers inédits de Constant Martin et les sources imprimées* (1960), pp. 236-238.

[37] Edwards, *The Communards*, pp. 69-71, y *The Paris Commune 1871*, p. 173; Johnson, *The Paradise of Association*, p. 21. En París había probablemente alrededor de 1.000 miembros de la Internacional.

[38] Reclus, *La Commune de Paris*, pp. 82-83; Paul Reclus, *Les Frères Élie et Élisée Reclus* (1964), pp. 161-181 y 188; Rougerie, *Procès des Communards*, pp. 217-222; Edwards, *The Paris Commune*, pp. 11-14; véase Eugene Schulkind, «The Activity of Popular Organizations During the Paris Commune of 1871», *French Historical Studies* 4 (1960), p. 408.

[39] Louis Barron, *Sous le drapeau rouge* (1889), p. 2.

[40] Rials, *Nouvelle histoire*, pp. 283-289; Luc Willette, *Raoul Rigault: 25 ans, communard, chef de la police* (1984), pp. 93-94.

[41] Rials, *Nouvelle histoire*, pp. 303-307; Willette, *Raoul Rigault*, pp. 100-101; Alain Dalotel, *Gabriel Ranvier, le Christ de Belleville: Blanquiste, Franc-maçon, Communard et Maire du XX<sup>e</sup> arrondissement* (2005), pp. 29-44; Maxime Jourdan, *Le Cri de peuple* (2005), pp. 63-74, esp. el 22 de febrero.

[42] Johnson, *The Paradise of Association*, pp. 6 y 93-108; Clifford, «Aux armes citoyens!», p. 188; Tombs, *The Paris Commune*, p. 7.

[43] R. D. Price, «Ideology and Motivation in the Paris Commune of 1871», *Historical Journal* 15 (1972), p. 76; Edwards, *The Communards*, pp. 78-79; Camille Pelletan, *Questions d'histoire: Le Comité central et la Commune* (1879), p. 51; Jules Andrieu, «The Paris Commune: A Chapter Towards its Theory and History», *Fortnightly* 10 (nueva serie, noviembre de 1871), p. 597.

[44] Jourdan, *Le Cri du peuple*, p. 107 (30 de marzo); Prosper-Olivier Lissagaray, *History of the Paris Commune of 1871* (Nueva York, 1976), p. 128; Edwards, *The Paris Commune*, p. 186.

[45] Da Costa, *Mémoires d'un Communard*, p. 109; Georges Bourgin, *La Commune de Paris* (1971), pp. 31-32 y 40; Rials, *Nouvelle histoire*, pp. 320-322; Malon, *La troisième défaite*, p. 130. El 16 de abril tuvo lugar una elección parcial para sustituir a los 31 hombres que habían dimitido, habían sido elegidos por otros *arrondissements*, habían muerto en los primeros enfrentamientos o, como en el caso de Blanqui, permanecían prisioneros. Esas elecciones, en las que la participación fue muy baja, aumentaron el número de radicales en la Comuna (Laure Godineau, *La Commune de Paris par ceux qui l'ont vécue* [2010], pp. 45-51).

[46] Varlin, *Pratique militant*, p. 164; Adolphe Thiers, *Notes et souvenirs de M. Thiers 1870-1873* (1903), p. 145; Rougerie, *La Commune de 1871*, p. 72.

[47] Riviale, *Sur la Commune*, p. 217; Paul Lidsky, *Les Écrivains contre la Commune* (1970), p. 69; Johnson, *The Paradise of Association*, p. 224; Edwards, *The Paris Commune*, pp. 190-191; Clifford, «Aux armes citoyens!», p. 164; Laure Godineau, *La Commune de Paris par ceux qui l'ont vécue* (2010), p. 82; Maxime Vuillaume, *Mes Cahiers rouges au temps de la Commune* (1971), pp. 286-292.

[48] Robert Tombs, *The Paris Commune 1871* (Londres, 1997), pp. 80-83.

[49] Rougerie, *Procès des Communards*, pp. 160-161 y 241. Rougerie insiste en que estas dos concepciones de la Comuna no siempre fueron necesariamente contradictorias, y en que la influencia de Proudhon sobre la Comuna se ha exagerado. A partir del 20 de abril, la Comisión Ejecutiva constaba de los delegados electos de las nueve comisiones.

[50] Reclus, *La Commune de Paris*, pp. 235-236; Varlin, *Pratique militante*, pp. 169-170.

[51] Wickham Hoffman, *Camp, Court, and Siege: A Narrative of Personal Adventure and Observation during Two Wars, 1861-1865, 1870-1871* (Nueva York, 1877), p. 252; Rials, *Nouvelle histoire*, p. 345; Rougerie, *Paris libre 1871*, p. 187; Rocher, *Lettres de Communards*; E. Tersen, «Léo Frankel», *Europe, revue mensuelle* 29: 64-65 (abril-mayo de 1951), pp. 157-158.

[52] Bury and Tombs, *Thiers*, p. 203. Otro desafío era evitar que Bismarck y el Imperio alemán recién unificado sacara ventaja de la difícil situación del gobierno provisional. El tercero era mantener el apoyo de las provincias, sobre todo en los grandes centros del republicanismo como Lyon y Marsella. Véase Louis M. Greenberg, *Sisters of Liberty: Marseille, Lyon, Paris and the Reaction to a Centralised State, 1868-1871* (Cambridge, MA, 1971).

[53] Godineau, *La Commune de Paris*, p. 178.

[54] William Serman, *Les Officiers français dans la nation* (1982), pp. 15-18 y 54; William Serman, *Les Origines des officiers français 1848-1870* (1979), pp. 4-6.

[55] Tombs, *The War Against Paris*, pp. 100-123; Simon, *The Government of M. Thiers*, p. 290; Riviale, *Sur la Commune*, p. 236.

[56] Jacques Silvestre de Sacy, *Le Maréchal de Mac-Mahon* (1960), p. 255; Tombs, *The War Against Paris*, pp. 91 y 96-100; Gabriel de Broglie, *Mac-Mahon* (2000), p. 175.

[57] Tombs, *The War Against Paris*, pp. 126-127.

[58] Clifford, «Aux armes citoyens!», pp. 106-107; Rougerie, *Procès des Communards*, pp. 256-270.



[59] 8J conseil de guerre 3 dossier 571, Gustave Cluseret, order del 16 de abril, sesión del 17 de abril del tribunal militar; Vizetelly, *My Adventures*, p. 54; Rials, *Nouvelle histoire*, pp. 326-327 y 459; Jules Bourelly (general), *Le Ministère de la Guerre sous la Commune* (n. d.), p. 84; Clifford, «Aux armes citoyens!», pp. 197-198.

[60] 8J conseil de guerre 3 dossier 571, Gustave Cluseret, órdenes del 16, 21 y 23 de abril; Da Costa, *Mémoires d'un Communard*, pp. 203-208; Vizetelly, *My Adventures*, pp. 117 y 132; Rials, *Nouvelle histoire*, pp. 326-327 y 199-218; Pascal Chambon, «1871, la fin de la Garde nationale», en Claude Latta (ed.), *La Commune de 1871* (Saint-Etienne, 2004), pp. 81-83. Prosper-Olivier Lissagaray estimaba su número en 100.000 hombres para el servicio activo y otros 103.500 para la actividad «sedentaria», incluyendo la dotación de las murallas y los 200 cañones disponibles.

[61] John Leighton, *Paris Under the Commune* (Londres, 1871), p. 208.

[62] Bury y Tombs, *Thiers*, p. 203; Thiers, *Déposition*, p. 53; Thiers, *Notes et souvenirs*, pp. 162-165.

[63] Louis Thomas, *Le Général de Gallifet (1830-1909)* (1941), p. 92; Albert de Mun (conde), «Gallifet», *Écho de Paris*, 10 de julio de 1909; Tombs, *The War Against Paris*, p. 79; Simon, *The Government*, p. 363; Edwards, *The Paris Commune*, pp. 192-194. A raíz del primer encuentro Rossel fue detenido y pasó en prisión toda la noche, sin que se conozcan las razones.

[64] Edwards, *The Paris Commune*, p. 196; Tombs, *The War Against Paris*, p. 79; A. Balland, *La Guerre de 1870 et la Commune* (Bourg-en-Bresse, 1916), pp. 151-152.

[65] Rials, *Nouvelle histoire*, p. 262.

[66] Godelier (Coronel), «La guerre de 1870 et la Commune: journal d'un officier d'état-major», *Nouvelle revue rétrospective* 17 (julio-diciembre de 1902), pp. 18-20.

[67] Leighton, *Paris Under the Commune*, p. 85; Rials, *Nouvelle histoire*, pp. 262-263.

[68] Jean-Pierre Bénéytou, *Vinoy: Général du Second Empire* (2003), p. 182; Charles Proles, *G. Flourens* (1898), p. 89; Tombs, *The War Against Paris*, pp. 85-86; Edwards, *The Paris Commune*, pp. 199-200.

[69] Sutter-Laumann, *Histoire*, pp. 243-264. 8J conseil de guerre 3 dossier 571, Gustave Cluseret, copies of dispatches.

[70] Sutter-Laumann, *Histoire*, pp. 264-273.

[71] Edwards (ed.), *The Communards*, pp. 142-143.

### III. DUEÑOS DE SU PROPIA VIDA

París era libre. La gente corriente de los *quartiers populaires* paseaba por los barrios de lujo del oeste de París, que muchos de ellos habían no visto nunca antes a menos que hubieran sido empleados del servicio doméstico o jornaleros de reparto u otros servicios. Algunas familias obreras que se habían visto expulsadas del centro por los grandes proyectos de Haussmann se reapropiaban de calles que antaño conocían muy bien. Pero ¿cuánto tiempo podría durar aquello mientras Thiers aleccionaba a sus tropas en Versalles?

El domingo de Pascua los Jardins du Luxembourg le parecían tan llenos a Ernest Vizetelly «como en los días de paz más tranquilos». Y lo mismo se podía decir de los principales bulevares de París, al menos hasta que los cafés recibieron la orden de cerrar a las 23:00. En muchos sentidos, durante la primera quincena de abril la vida en París parecía transcurrir con la misma regularidad que antes. El Louvre y la Biblioteca Nacional volvieron a abrir. La Bolsa seguía funcionando, pese a que la mayoría de los grandes inversores hubieran abandonado París. El Café de Madrid, observaba Vizetelly, era «un enjambre de delegados y oficiales»[1].

En los Jardins des Tuileries se celebraban conciertos en honor de la Comuna. Louis Barron observaba la mezcla social que reunía a proletarios de edad avanzada y «las figuras blancas y gruesas de burgueses bien alimentados, junto con las pequeñas caras sonrientes de las jóvenes». Era divertido ver a gente de todas las clases sociales saludándose con entusiasmo «¡Ah, citoyenne! ¡Ah, citoyen!». Más sorprendentemente, el palacio de las Tuileries en el que Napoleón III y su familia habían vivido hasta hacía muy poco se había abierto al público, y la cuota de entrada de 50 céntimos se destinaba al cuidado de los heridos en la lucha contra los versalleses. Las mujeres recorrían los aposentos de la emperatriz, imaginando la vida de lujo que Eugenia llevaba allí. Era probable que las personas hostiles a la Comuna no apreciaran la risa continuada de los niños que disfrutaban de los guiños hacia el final de los Champs-Élysées[2].

La Comuna era una especie de «fiesta permanente» de la gente corriente que celebraba su libertad apropiándose de las calles y plazas de París. Sonaban canciones revolucionarias, muy arraigadas en la memoria colectiva. El pueblo de París cantaba *La Marsellesa*, la *Canción de la partida* y *La Carmañola*. La Comuna atribuía una enorme importancia al simbolismo político, y la destrucción de varios símbolos de la «reacción» y la «injusticia» se llevaba a cabo en un ambiente de fiesta que permitía a muchos olvidar una situación cada vez más sombría. Édouard Moriac recordaba que «todo el mundo quería ver el espectáculo del día» cuando los parisinos se precipitaban para ver los cañones transportados a la batalla, olvidando, tal vez, que el enfrentamiento con las tropas de Thiers era casi inevitable[3].

En una de esas muestras de destrucción simbólica, el destacamento de la Guardia Nacional del Distrito XI quemó una guillotina en la place Voltaire el 7 de abril, justo al final de la rue de la Roquette donde todos los años se llevaban a cabo las ejecuciones. Se reunieron allí varios miles de personas. John Leighton observó: «Cuando no quedaba más que un montón de cenizas incandescentes, la multitud gritó de alegría; por mi parte, yo aprobé de corazón lo que se había hecho, así como el regocijo de los espectadores»[4].

Un reflejo de la emoción popular y el compromiso con la Comuna era la proliferación casi frenética de periódicos, folletos, panfletos, carteles políticos en las paredes, manifiestos y caricaturas que inundaban París. Durante la Comuna aparecieron 90 periódicos, incluyendo el jacobino *Le Vengeur* y el proudhonista *La Commune. La Sociale* era, en gran medida, obra de André Léo, ayudada por Maxime Vuillaume. Otros periódicos publicaron sólo unas pocas ediciones. *Le Cri du peuple* de Jules Vallès sacaba de 50.000 a 60.000 ejemplares por número, a veces más. Chicos con gorras rojas voceaban *Le Bonnet Rouge* en los bulevares[5].

*Père Duchêne*, que publicaba unas 60.000 copias al día, era uno de los periódicos más populares, a pesar de su tono, sus insultos y su vulgaridad que ofendían a muchos partidarios de la Comuna[6]. Como su homónimo durante la Revolución francesa, *Père Duchêne* empleaba el argot mordaz y un tanto soez de los obreros parisinos. Adoptó el calendario revolucionario que se había iniciado en 1792, por lo que 1871 era el año 79. El 3 de Germinal *Père Duchêne* denunciaba «la reaccionaria ineptitud [*jean-*

*foutres*] que siembra el desorden en París». Sin embargo, a pesar de la violencia de la denuncia por el periódico de los opulentos propietarios, Maxime Vuillaume, uno de sus editores y conocido militante contra el Imperio, que había escrito su primera colaboración para el periódico en 1869, llamaba a la colaboración de clase. Sus artículos, al menos, reflejaban los sentimientos de la mayoría de los parisinos que leían periódicos y atendían a los carteles en las paredes mientras discutían sobre política y la difícil situación del país, pero también lo hacían con serenidad y en buena medida con buen humor.

La publicación de tantos periódicos durante la Comuna se contraponen a la censura de otros. Al igual que el general Joseph Vinoy había cerrado un montón de periódicos menos de una semana antes de la Comuna, el Comité Central prohibió a finales de marzo *Le Figaro* y *Le Gaulois*, estrechamente ligados a Thiers. Después del 18 de marzo fueron cerrados al menos 27 periódicos. El 5 de mayo, fue el turno de *France*, *Le Temps* y *Le Petit Journal*, y luego desaparecieron otros 10 más[7].

Durante la Comuna se observaron también señales de un nuevo florecimiento del arte. Reclamando la autoridad que le había dado la proclamación de la República el 4 de septiembre, el gran pintor Gustave Courbet había anunciado el 18 de marzo la convocatoria de una asamblea de artistas. Courbet exigía la libertad artística frente a las limitaciones y los gustos impuestos por el Estado. Exclamaba: «París es un verdadero paraíso [...]. Todos los grupos sociales se han establecido como federaciones y son dueños de su propio destino»[8].

Courbet se presentó en el Distrito VI como candidato para las elecciones del día siguiente a la Comuna, pero quedó en sexto lugar, sin salir elegido por pocos votos. Cuando se celebraron nuevas elecciones el 16 de abril para sustituir a los miembros de la Comuna que no habían aceptado su mandato, que habían sido elegidos en más de un distrito o que habían renunciado, Courbet sí salió elegido, convirtiéndose en alcalde del distrito una semana después[9].

Courbet celebraba la nueva libertad artística comiendo y bebiendo. Louis Barron hizo una visita al «maestro de Ornans» en su apartamento de la rue Serpente en el Distrito VI. Encontró al pintor sentado ante una acre fuente de col y salchichas, que consumía con un vaso tras otro de vino tinto. Bajaron al bulevar Saint-Germain. Las terrazas de los cafés estaban llenas

de estudiantes y parejas de enamorados, mientras que los viandantes habituales paseaban aspirando los dulces olores florales procedentes de los Jardins du Luxembourg. Sin embargo, a lo lejos podía oírse débilmente el sonido de los disparos. Courbet parecía ligeramente preocupado y esperaba que los parisinos no se dejaran vencer, señalando, no obstante, que «es cierto que los franceses de provincias están celebrando la carnicería infligida a los franceses de París»[\[10\]](#).

Courbet se movió rápidamente para organizar y codificar la libertad y la promoción de las artes en París. El 7 de abril anunció una propuesta de 15 puntos. Su encendido discurso insistió en que París había salvado a Francia del deshonor. Hizo un llamamiento a los artistas, a los que París había «amamantado como lo haría una madre», a ayudar a reconstruir «el estado moral [de Francia] y la reconstrucción de las artes, que son su fortuna». En el anfiteatro de la Facultad de Medicina 400 artistas eligieron a un comité de 47 miembros procedentes de la pintura, la escultura, la arquitectura, la litografía y las artes industriales. Treinta y dos de ellos debían ser reemplazados al cabo de un año. Además de Courbet, que fue elegido presidente de la nueva Federación de Artistas, formaban parte de él Jean-François Millet, Jean-Baptiste-Camille Corot, Édouard Manet y Eugène Pottier (autor de *La Internacional*). La creación de la Federación y el gran número de artistas que participaron en su montaje reflejaban el espectacular aumento del número de artistas en París: 350 en 1789, 2.159 en 1838 y 3.300 en 1863. Los artistas parisinos, al igual que otras profesiones, habían temido por su medio de vida en tiempos de Luis Napoleón, y también en las artes la Comuna ofrecía esperanza[\[11\]](#).

La Federación asumió la responsabilidad de la conservación de los monumentos, museos, galerías y bibliotecas relevantes y propuso la idea de que la Comuna pagara la formación de jóvenes artistas excepcionalmente prometedores. La Federación debía abolir la Académie des Beaux-Arts, considerada durante mucho tiempo un apéndice del gusto «oficial». Una semana después la Federación presentó un borrador para la futura Administración de las Artes en París. El comité de la Federación iba pronto a destituir a los directores y directores asociados del Louvre y del Museo de Luxemburgo, considerados simpatizantes de Versalles. La Federación estaba cada vez más preocupada por la protección de los tesoros artísticos del Louvre, temiendo que pudieran resultar dañados por los proyectiles de

los versalleses; de hecho, algunas pinturas ya habían sido enviadas a Brest para protegerlas. Courbet ordenó blindar las ventanas del Louvre y se apostaron guardias alrededor del museo[12].

La Comuna nombró a Courbet para la Comisión de Enseñanza el 21 de abril, en parte porque era nominalmente responsable de la supervisión de la Federación. Courbet describió así su trabajo: «Para seguir la ola que es la Comuna de París, no tengo que reflexionar, sino sólo actuar naturalmente»[13].

El 29 de abril, la Comuna nombró director de la Biblioteca Nacional a Élie Reclus, quien, como Courbet en el Louvre, trató de asegurar que los bombardeos versalleses no causaran ningún daño a sus ricas colecciones. Cuando llegó a la gran biblioteca el 1 de mayo, tuvo que llamar a un cerrajero para abrir la oficina del director anterior, que había huido a Versalles. Doce días más tarde notificó a todos los empleados que despediría a todos los que no firmaran una declaración de adhesión a la Comuna[14].

Mientras que las bellas artes parecían destinadas a florecer bajo la Comuna, los teatros de París afrontaban como podían la gravedad de la situación que atravesaba París. La Comuna abolió los monopolios y subsidios a los teatros tratando de fomentar en su lugar la creación de asociaciones cooperativas. La Comédie Française había cerrado desde la tarde del 18 de marzo, el día en el que el pueblo de Montmartre había conseguido evitar la confiscación por las tropas de los cañones de la Guardia Nacional, pero volvió a abrir 10 días después con la ayuda de un préstamo. En la confusión inmediata algunos otros teatros también cerraron por un tiempo. Un grupo reducido de actores (algunos habían abandonado la ciudad) realizaron 51 representaciones durante la Comuna, cerrando por alguna razón el 3 de abril (lo que causó un breve pánico en el barrio, temiéndose que hubiera ocurrido algo grave), aunque también abrieron durante las jornadas habitualmente de luto de la Semana Santa a pesar de que se vendiera un menor número de entradas que apenas cubrían el coste de la luz y calefacción. La producción más relevante pudo ser una puesta en escena en la Gaité a finales de abril, en la que se presentaba en términos poco halagadores a los hombres que habían eludido el servicio en la Guardia Nacional[15].

Con la llegada de mayo, flaqueó la moral y descendió el número de representaciones teatrales. El 1 de mayo, la Comédie Française vendió sólo 38 localidades. A nadie le gusta actuar en un teatro casi vacío, y el director adoptó la estrategia de regalar entradas, con lo que en algunas noches la asistencia llegaba hasta 500 espectadores. Al menos otros 11 teatros realizaron representaciones durante la Comuna, incluyendo el Folies-Bergère. Cuando Catulle Mendès compró una entrada para un espectáculo, el teatro estaba casi vacío. Los actores declamaban sus líneas rápidamente, acompañándolas con gestos lentos. Parecían aburrirse, y aburrían a su vez a quienes se habían tomado la molestia de asistir. Los cafés de los bulevares cercanos cerraron al faltarles la concurrencia habitual a la salida de los teatros[16].

Los músicos seguían tocando gracias al apoyo de la Comuna, que nombró una comisión para supervisar los intereses de los músicos. Cuando el director de la Ópera dejó de organizar actuaciones, la Comuna nombró a un nuevo director del Conservatorio, el compositor Daniel Salvador, hijo de refugiados españoles. La Comuna alentó a los músicos a interpretar piezas «heroicas para exaltar a los vivos y fúnebres para llorar a los muertos». El teatro proyectado por Charles Garnier seguía sin terminar –se abriría en 1875– y ahora servía para almacenar alimentos, mientras que el antiguo teatro de ópera se mantenía con apenas la mitad de sus músicos. El 13 de mayo Salvador convocó a los profesores del Conservatorio de Música a una reunión en el Alcázar, en la rue du faubourg Poissonnière, pero sólo acudieron cinco. Uno de ellos preguntó a Salvador si entendía que estaba arriesgando su cuello vinculándose a la Comuna, y él le contestó que sabía muy bien que lo podían matar pero que tenía que actuar de acuerdo con sus principios[17].

La música y los símbolos revolucionarios no podían pasar por alto las grandes diferencias en las inclinaciones políticas de los dirigentes de la Comuna. Entre ellos destacaban los cuarentayochistas (es decir, los que habían participado en la revolución de 1848), que solían ser mayores que los otros; entre ellos, Félix Pyat, Charles Delescluze y Charles Beslay, ya con setenta y cinco años de edad. Nacido en Dinan (Bretaña), durante la Monarquía de Julio había fundado en París una fábrica de máquinas de vapor. A diferencia de Thiers, al que se había unido en su oposición al régimen borbónico en sus últimos años, apoyaba los derechos de los

trabajadores. Pyat, hijo de un abogado de Vierzon, había estudiado Derecho, pero se dedicó a la política y a escribir panfletos políticos y obras de teatro. Su verbo pomposo ocultaba un carácter timorato, habiéndose ocultado en una barcaza de carbón durante las manifestaciones que siguieron al funeral de Victor Noir. Tenía una «risa estridente» y los «ojos biliosos de un hombre cuya infancia no había sido feliz»[18].

Esos jacobinos, republicanos devotos, parecían añorar un retorno a las anteriores revoluciones; de ahí su preferencia por el color rojo y el gorro frigio, asociado con los *sans-culottes* de la Revolución francesa. Rigault se refería a ellos despectivamente como «las viejas barbas del [18]48». Los jacobinos tendían a valorar la situación que atravesaba París en términos de la política de las revoluciones anteriores, en particular la de 1789, cuando la invasión extranjera y la guerra civil ponían en peligro las conquistas revolucionarias. Tanto los jacobinos como los blanquistas seguían respetando la autoridad revolucionaria centralizada. Sin embargo, a diferencia de los blanquistas –y, sobre todo, de Raoul Rigault, obsesionado por la conquista y el ejercicio del poder–, Delescluze y otros jacobinos pretendían respetar las libertades esenciales a pesar de la situación militar amenazante. Como hemos visto, Rigault también se refería constantemente a la Revolución francesa y estaba obsesionado con los militantes de la extrema izquierda durante aquellos días excitantes. Los militantes jacobinos y blanquistas predominaban en el órgano de gobierno de la Comuna y en el Comité Central de la Guardia Nacional; de hecho, alrededor de 15 miembros salidos de las elecciones del 16 de abril eran miembros de ambos órganos[19]. Por eso, cuando los miembros de la «Comuna» –su órgano de gobierno electo– empezaron a reunirse, las divisiones políticas surgieron inmediata y crispadamente. A diferencia de los jacobinos, los blanquistas no querían que las sesiones del Consejo de la Comuna se hicieran públicas, por temor a que, en el plazo de una hora, Thiers y su entorno supieran todo lo que se había discutido, sobre todo, la estrategia militar, que los seguidores de Blanqui, como revolucionarios profesionales, consideraban su especialidad. Por otra parte, Rigault propuso que Blanqui fuera nombrado presidente de honor, pero Delescluze y otros protestaron enérgicamente. No podían soportar la actitud autoritaria de Rigault y denunciaron su propuesta como «monárquica»[20].



En un esfuerzo por reconciliar las tensiones políticas y dejar claro que los abusos judiciales del Segundo Imperio habían quedado atrás, la Comuna pidió a Eugène Protot, quien había sido delegado al congreso de la Internacional en Ginebra y ahora era delegado de la comisión de Justicia de la Comuna, impulsar más rápidamente los procedimientos civiles y penales y adoptar medidas para garantizar «la libertad de todos los ciudadanos». Pero los esfuerzos de Protot apenas mitigaron la profunda división entre blanquistas y jacobinos, en gran parte por la obsesión de Rigault con respecto a las amenazas que percibía contra la revolución. Gustave Lefrançais y algunos otros delegados querían abolir la Prefectura de Policía para poner fin a las detenciones aparentemente arbitrarias llevadas a cabo por Rigault. Los blanquistas se opusieron a esa medida con uñas y dientes, insistiendo en que Thiers bien podría tener mil espías en París.

En cualquier caso, los temores de Rigault no eran infundados. Desde el principio se habían puesto en marcha conspiraciones contra la Comuna. Al cabo de un par de semanas los conspiradores comenzaron a distribuir en los barrios conservadores brazaletes –al principio blancos, el color de los Borbones y, más tarde, tricolores– que debían servir a sus portadores para reconocerse mutuamente el día que pudieran salir a la luz para aplastar la Comuna[21]. En una ocasión el militante internacionalista Jean Allemane, impresor de profesión, atravesó las líneas hasta Versalles en un intento fallido de infiltrarse en algún modo en el gobierno de Thiers. A su regreso relató su corto viaje en compañía, por casualidad, de dos agentes secretos versalleses un tanto bocazas. Cuando uno de ellos observó que entrar en el París revolucionario era tan fácil como cortar mantequilla con un cuchillo, Allemane se dio cuenta rápidamente de su error y los hizo detener a su llegada. Thiers y su entorno también trataron de sobornar a comuneros bien situados, al parecer con cierto éxito[22].

Para contrarrestar esa amenaza, Rigault, nombrado delegado general de Seguridad Pública el 29 de marzo, eligió a jóvenes blanquistas de confianza para cubrir los vacíos en las oficinas de la Prefectura de Policía. El equipo de Rigault compiló archivos, verificando los informes de sus agentes, y supervisó la actuación policial. Un joven blanquista de veinticinco años, Théophile Ferré, «pequeño, oscuro, con penetrantes ojos», parecía omnipresente. Un detractor decía del antiguo oficinista que su aspecto era extraño, «pero lo más divertido es cuando habla; se alza sobre las puntas de

sus pies como un gallo enojado y emite sonidos agudos, que constituyen lo que se puede llamar indebidamente su voz». P.-P. Cattelain, jefe de seguridad, trató de comprender cómo la pasión política se podía transformar en un odio tan enorme en Ferré, quien «inspiraba respeto por su honestidad y temor por su temperamento como amigo feroz de la revolución». Podía ser implacable con los que creía que estorbaban el cambio político. Cattelain dijo que, a pesar del pequeño tamaño de Ferré, le inspiraba miedo y creía que mataría a alguien con sus propias manos si sospechaba que era un traidor. Cuando varios hombres robaron una casa en los Champs-Élysées, le dijo Cattelain que habría disparado contra «esos desgraciados que deshonran la Comuna», pero luego cambió de opinión y los envió a luchar con la Guardia Nacional; uno de ellos fue herido y murió más tarde[23].

Gaston Da Costa —«Coco»—, jefe del gabinete de Seguridad General, era el ayudante fiel de Rigault. Era un joven alto y agradable de veinte años, con el rubio cabello despeinado, que había estudiado Matemáticas y, tras completar el bachillerato, aspiraba a ingresar en la Escuela Politécnica como su mentor Rigault. Este había pedido a Da Costa, conocido en el Quartier Latin a finales de la década de 1860 como su «cachorro», que reorganizara la Prefectura de Policía. Fue uno de los que intentaron, sin mucho éxito, convencer a Rigault de que la reorganización debía llevarse a cabo de una manera menos incendiaria. Pero el miedo de Rigault al enemigo interno había echado raíces; cada revés militar de los comuneros era recibido con gritos de «¡Traición!». Ahora «bastaba una señal de la mano [de Rigault] para provocar la detención de cualquiera, aunque nadie sabía lo que podía pasar con sus prisioneros»[24].

El estilo de vida escandaloso de Rigault y sus acólitos, ya impopulares entre los jacobinos y entre los parisinos con actitudes ambivalentes hacia la Comuna u hostiles a ella por sus intransigentes medidas policiales, hicieron poco por suavizar su imagen y proporcionaron material para los propagandistas de Versalles. En sus momentos libres se atiborraban de comida, vino y aguardiente, habiéndoselas arreglado para trasladar una de sus cervecerías favoritas del bulevar Saint-Michel a la Prefectura de Policía. El apetito de Rigault por la compañía femenina tampoco había menguado con la revolución: a menudo lo acompañaba *mademoiselle* Martin, una joven actriz. Todo esto alimentaba los rumores en Versalles de «orgías» en

la Prefectura de Policía. Una vez acabada la larga jornada de trabajo –con pausas para comer, beber y otras frivolidades–, Rigault y los demás salían a cenar y beber un poco más. Sus críticos aullaban con las facturas de los restaurantes que supuestamente frecuentaba con «Coco» Da Costa. Un almuerzo por 75,25 francos el 10 de mayo incluía, al parecer, dos grandes borgoñas y *Chateaubriand aux truffes*; cinco días después pagaron 62,85 francos por un Pommard, Veuve Clicquot, Nuits-Saint-Georges y cigarros[25].

El general comunero Gustave Cluseret describía así la obsesión policial de Rigault: «No podía vaciar una jarra –y bebía muchas– sin hablar de la Policía». La ciudadana estadounidense Lili Morton estaba entusiasmada con la Comuna, pero se le agrió un poco su valoración cuando se encontró con Rigault. Necesitaba un salvoconducto para salir de París y fue a verlo llevando una carta de presentación, pero el jefe de la Policía la recibió con brusquedad y la interrogó «diabólica[mente]». Al final consiguió su pasaporte, pero la dejó estremecida la «expresión malvada [... de] sus astutos ojos»[26].

Rigault, pese a todos sus defectos, era un hombre comprometido con la causa y ayudó a los comuneros cuanto pudo. Cattelain recordaba a su jefe como un «revolucionario ardiente, a veces brutal pero siempre sujeto a sentimientos de humanidad», haciendo hincapié en «la extrema inestabilidad de su carácter». Podía ser violento pero también compasivo. Cada día aparecía gente que pedía verlo. Las mujeres llegaban a pedir ayuda; sus familias no tenían un alojamiento decente y tenían hambre. Algunas incluso pedían ayuda a pesar de que sus maridos estaban combatiendo en el bando de Versalles. La Comuna proporcionaba a las cónyuges de los guardias nacionales 75 céntimos al día, pero eso no era suficiente. Rigault proporcionó a algunas de ellas habitaciones en el cuartel Lobau. Y, después de que Renoir lo hubiera ayudado cuando lo perseguía la Policía imperial varios años antes, también él ayudó al impresionista a salir de París para pintar en el campo[27].

El periodista inconformista Henri Rochefort no simpatizaba con Rigault, pero admitía que estaba «hecho del material con el que se forjan los verdaderos revolucionarios». Lo sacrificó todo por la causa de la revolución. No tenía miedo de nada; ningún peligro hacía que «empalidesciera». Era del tipo de personas que pueden decirle a alguien:

«Lo aprecio a usted mucho, pero las circunstancias me obligan a matarlo; ¡por lo tanto, voy a hacerlo!»[28].

Rigault configuró 80 comisarías de policía de barrio y tenía a su disposición una brigada de 200 agentes encargados de detectar espías de Versalles. Por la mañana, al menos cuando estaba despierto, convocaba una especie de consejo que repasaba los informes que habían llegado durante las últimas 24 horas. La Policía política seguía siendo, como era previsible, la preocupación central de Rigault. Durante la Comuna fueron detenidas alrededor de 3.500 personas, entre ellas 270 prostitutas. Las prisiones de París estaban repletas. Rigault había ordenado la detención de más de 400 personas entre el 18 y el 28 de marzo, aunque también es cierto que muchos, incluido Georges Clemenceau, fueron rápidamente liberados[29].

A medida que pasaban las semanas, las detenciones de personas acusadas de trabajar para Versalles aumentaron, incluyendo a un miembro de la Internacional que había sido un confidente de la Policía imperial. Los adversarios políticos de Rigault dentro de la Comuna se oponían a sus métodos dictatoriales. Aumentaron las tensiones entre el Comité Central y Rigault, quien respondió de forma memorable a un crítico: «No estamos administrando justicia; estamos haciendo la revolución»[30].

El 13 de abril Rigault atrajo más críticas cuando ordenó la detención del exvicealcalde Gustave Chaudey, seguidor del anarquista Pierre-Joseph Proudhon, amigo y exdirector de *Le Siècle*. Chaudey era también amigo de Courbet, quien había pintado un retrato de él en 1870 y que protestó por su detención. El 22 de enero Chaudey había ordenado a los guardias bretones disparar desde el Ayuntamiento contra los manifestantes matando a varias personas, entre ellos a Théophile Sapia, amigo de Rigault. Élie Reclus, quien describió a Chaudey como altanero y mediocre, sugirió que había sido encarcelado por la Comuna, a la que se había unido, porque se había opuesto enérgicamente a todos los «que no parecían estar actuando de buena fe»[31].

¿Quiénes eran los comuneros? El periodista británico Frederic Harrison los caracterizó diciendo que

los «insurgentes» [...] son simplemente el pueblo de París, sobre todo y en primer lugar los trabajadores, aunque hayan incorporado ahora a gran parte de las clases comerciantes y

profesionales. La «Comuna» ha sido organizada con una extraordinaria habilidad, los servicios públicos funcionan eficientemente y el orden se ha preservado en su mayor parte.

En opinión de Harrison, la Comuna era «uno de los gobiernos revolucionarios menos crueles [... y] quizá el más capaz de los tiempos modernos»[32].

El comunero medio era el parisino medio, joven, de entre veintiuno y cuarenta años de edad, siendo la fracción más abundante la comprendida entre treinta y seis y cuarenta años. Las tres cuartas partes habían nacido fuera de París y formaban parte de las oleadas de inmigración, sobre todo desde el nordeste de Francia pero también desde el noroeste, junto con los migrantes estacionales de Creuse, en el centro. Alrededor del 45 por 100 de los comuneros estaban casados y el 6 por 100 eran viudos, aunque muchos trabajadores vivían en *unions libres* (esto es, de hecho), que la Comuna legitimó. Sólo el 2 por 100 habían recibido educación secundaria. Habiendo aumentado la alfabetización, sólo alrededor del 11 por 100 eran analfabetos, aunque muchos parisinos sólo disponían de los rudimentos más básicos de lectura y escritura[33].

La mayoría de los comuneros provenían del mundo del trabajo, incluyendo los artesanos y menestrales que producían aderezos y otros *articles de Paris*, así como obreros cualificados y semicualificados que trabajaban en la carpintería, zapatería, impresión, producción de metales en pequeña escala y en la construcción, además de los jornaleros a domicilio y sirvientes domésticos. Los comerciantes, oficinistas y miembros de las profesiones liberales estaban igualmente bien representados. Formaban parte del «pueblo» que había sufrido durante el asedio y se sentía amenazado por las maquinaciones monárquicas[34]. Alrededor de un 70 por 100 de las mujeres comuneras procedían del mundo del trabajo femenino, en particular del sector textil y la confección de ropa. Algunas proporcionaban valerosamente comida y bebida a los comuneros combatientes o servían como asistentes médicos y cuidando a los heridos. Louise Michel no veía nada en contra de la incorporación de las prostitutas a los cuerpos de mujeres que atendían a los heridos: «¿Quién tiene más derecho que estas mujeres, las más desgraciadas de las víctimas del viejo orden, a dar su vida por el nuevo?». La Comuna concedió pensiones a las

viudas y los hijos, ya fueran «legítimos» o no, de los hombres que murieron luchando por la Comuna[35].

Pero, por corrientes u ordinarios que fueran la mayoría de los comuneros, muchos observadores –extranjeros o locales– vieron la Comuna como un agudo conflicto entre clases. En su periodo relativamente corto en la Legación de Estados Unidos, por ejemplo, Wickman Hoffman tomó nota del «odio de clases que existe en Francia». Para él era «algo de lo que no tenemos ni idea, y confío en que no la tengamos nunca. Es amargo, implacable y cruel, y es, sin duda, un triste legado de la sangrienta revolución de 1789 y de los siglos de opresión que la precedieron»[36].

El historiador conservador Hippolyte Taine estaba convencido de que la Comuna era una revolución proletaria. El 5 de abril escribió que, en lo más fundamental, la «actual insurrección» era socialista: «El patrón y los burgueses nos explotan; por lo tanto, hay que suprimirlos. No existen superioridad ni estatus especial. Como trabajador, yo tengo habilidades y, si quiero, puedo llegar a ser jefe de una empresa, juez o general. Por fortuna, tenemos fusiles; utilicémoslos para establecer una República en la que los trabajadores como nosotros se conviertan en ministros del gobierno y presidentes»[37].

Edmond de Goncourt y su hermano Jules habían dictaminado poco antes de la muerte de este último hacía un año, que «la brecha entre los salarios y el coste de la vida mataría al Imperio». Un obrero tenía de hecho razones para preguntarse: «¿De qué me sirve a mí que haya monumentos, óperas o cafés-concierto, si yo nunca he podido disfrutar de ellos porque no tengo dinero?» Y se alegra de que ya no vaya a haber ricos en París, convencido de que su presencia en un lugar hace que en él suban los precios»[38].

Las divisiones económicas y políticas en los *quartiers* parisinos parecían confirmar los orígenes de la Comuna en el conflicto de clases. Los barrios más plebeyos de París eran los más decididos en su apoyo a la Comuna. La geografía social de París reflejaba una brecha entre la mitad occidental de la ciudad, más próspera, y el París popular de los distritos orientales, y entre el centro y la periferia proletaria. La brecha no había hecho más que ahondarse con los grandes proyectos urbanos del barón Georges Haussmann durante el Segundo Imperio, pero, con el levantamiento del 18 de marzo, se podía decir que la periferia había conquistado los barrios elegantes. Esto no significa que no hubiera gente opuesta a la Comuna en

las zonas más pobres como los Distritos XI, XII, XVIII, XIX y XX, o partidarios fervientes de ella en los Distritos VI, VII y VIII, relativamente más privilegiados; pero la geografía social, en cualquier caso, tenía un gran peso.

El Distrito II encarnaba la brecha social y política que se podía encontrar incluso en un distrito relativamente próspero. La parte occidental era más burguesa, más anticomunera y altamente suspicaz frente a la Belleville proletaria y sus guardias nacionales y los «Vengeurs de Flourens» que acudían a manifestarse en los *quartiers* conservadores. Durante las semanas previas a la Comuna muchos residentes eran partidarios de la conciliación y de un acuerdo negociado, y votaron por representantes moderados en las elecciones del 26 de marzo. Los barrios orientales más plebeyos del Distrito II enviaron a delegados a la Comuna, a diferencia de los residentes de clase media al Oeste. En el distrito había unas 12.000 personas necesitadas de asistencia y sus familiares eran más propensos a formar parte de la Guardia Nacional por la paga de 1,50 francos al día que recibían. Un mecánico lo exponía así: «Tengo siete hijos y mi esposa estaba enferma. No tenía otros medios para alimentar a mi familia»[\[39\]](#).

Teniendo en cuenta las necesidades de sus partidarios plebeyos, la organización del trabajo seguía siendo un objetivo importante para los militantes comuneros. La «Déclaration du peuple français» del 19 de abril proponía la creación de instituciones que proporcionaran crédito para la gente común, facilitando el «acceso a la propiedad» y la «libertad de trabajo». Circulaban ideas y proyectos para la «organización del trabajo», confiando en que la defensa de los cañones de la Guardia Nacional el 18 de marzo hubiera inaugurado una nueva era, llena de posibilidades, que haría de París y el mundo en general un lugar mejor[\[40\]](#).

Así, la «cuestión social» –la situación de los pobres y las reformas que podían ponerse en práctica para ayudarlos– seguía siendo importante para muchos parisinos. La idea de que la revolución podría llevar a cabo reformas que redujeran o incluso eliminaran las considerables diferencias en las condiciones de vida, oportunidades y expectativas seguía arraigada en la memoria colectiva de los trabajadores de París. Eugène Varlin lo dijo así: «Queremos substituir la explotación de los trabajadores por el derecho al trabajo [*le droit au travail*] y la asociación de los trabajadores en cooperativas». Los trabajadores esperaban que las cooperativas de reciente

creación reflejaran la organización de la propia Comuna: descentralizada y gobernada localmente. La influencia del anarquista Proudhon podía verse en las organizaciones de trabajadores en muchas ramas. Tanto proudhonistas como blanquistas imaginaban que Francia, como París, se convertiría en una federación de comunas y, con ello, en un país libre, al igual que París se había convertido en una «ciudad libre» [*ville libre*]. Tales ecos se podían escuchar en la asamblea de mujeres en la Iglesia de la Trinidad el 12 de mayo, cuando una portavoz tronó: «El día de la justicia se acerca a pasos agigantados [...]. Los talleres en los que sois hacinadas os pertenecerán; las herramientas que ponen en vuestras manos serán vuestras; la ganancia resultante de vuestros esfuerzos, de vuestros problemas y de la pérdida de vuestra salud será repartida entre vosotras. Proletarias, renaceréis»[\[41\]](#). Era una época de grandes sueños.

Las regulaciones establecidas por un taller creado en el Louvre para reparar y convertir armas reflejan cómo preveían algunos trabajadores las operaciones de fabricación en el futuro. Los capataces y jefes de equipo (los que supervisaban los tornos) debían ser elegidos, al igual que las unidades de la Guardia Nacional elegían a sus oficiales. También se encargarían de las responsabilidades del consejo de administración —compuesto por el director, los capataces, los jefes de equipo y un trabajador «elegido en cada banco de trabajo»— que determinaría los sueldos y salarios y se aseguraría de que la jornada de trabajo no pasara de 10 horas[\[42\]](#).

El 16 de abril la Comuna ordenó un estudio de los talleres abandonados por los empresarios que habían huido de París para que pudieran ser gestionados por cooperativas de trabajadores. Unos pocos fueron efectivamente entregados a cooperativas, como la que se puso en marcha en Grenelle a cargo de una pequeña fundición de hierro que entró en funcionamiento cuatro días más tarde, haciéndolo también otro taller al cabo de dos semanas. La cooperativa, de la que formaban parte unos 250 trabajadores, producía proyectiles que eran cruciales para la defensa de la ciudad contra Thiers. Los trabajadores elegían a «directores gerentes» —un término no muy socialista— encabezados por Pierre Marc, de treinta y nueve años, que había heredado una fundición de su padre. La cooperativa pagaba un alquiler al dueño anterior del taller. Los trabajadores empleados en la cooperativa ganaban menos que sus colegas que trabajaban en la fábrica de proyectiles del Louvre. Se organizaron así cooperativas de productores



siguiendo las líneas de clase tradicionales y se esperaba que los trabajadores aparecieran por allí con sus *livrets* (documentos de identidad laborales), que estaban obligados a tener desde 1803, aunque esta obligación había sido ampliamente cuestionada[43].

Además de la reorganización de los trabajadores de París, la Comuna también se esforzó por mejorar sus condiciones de trabajo. La abolición del trabajo nocturno para los panaderos mediante un decreto publicado el 20 de abril fue una de esas medidas sociales concretas en interés de los trabajadores adoptadas por la Comuna. El debate se centró en las ventajas para los panaderos y el hecho de que su esclavitud nocturna virtual sólo iba «en beneficio de la aristocracia del vientre». Algunos maestros panaderos se resistieron por temor a la pérdida de clientes, y la aplicación de la medida se pospuso hasta el 3 de mayo, con otro decreto al día siguiente amenazando incautarse del pan producido antes de las 5:00 a. m. y distribuirlo a los pobres. Pero muchos parisinos aún exigían cruasanes calientes a primera hora de la mañana, por lo que a la Comuna le resultó difícil hacer cumplir la medida. Otros decretos de la Comuna establecieron un salario máximo para los empleados municipales (6.000 francos al año), prohibió que los patronos impusieran multas a deducir de los salarios de los trabajadores (lo que se había convertido en una práctica cada vez más difundida durante el Segundo Imperio), y estableció bolsas de trabajo en cada distrito[44].

Teniendo en cuenta las circunstancias y las divisiones ideológicas entre los líderes de la Comuna, no es sorprendente que no se realizara ningún intento serio de transformar la economía, a pesar del papel de los socialistas que, en última instancia, querían que los trabajadores tuvieran el control de sus herramientas y condiciones de trabajo[45]. Sin embargo, la mayoría de los comuneros aceptaban la idea de la propiedad privada. Por otra parte, para los blanquistas una revolución social completa tendría que esperar hasta que se consiguiera y asegurara el poder político.

A pesar de que la estructura de la economía se mantuvo relativamente inalterada, la situación de la mujer mejoró considerablemente. De hecho, la solidaridad y la militancia de las mujeres parisinas, que habían sufrido tantas penurias durante el asedio prusiano, salta a la vista como uno de los aspectos más notables de la Comuna de París. Las mujeres, haciendo gala de su papel como «ciudadanas», presionaron a la Comuna para que atendiera a sus derechos y demandas y promovieron enérgicamente la

defensa de la capital. La ciudadana Destrée proclamaba en un club: «La revolución social no será operativa hasta que las mujeres sean iguales a los hombres. Hasta entonces sólo tendremos una apariencia de revolución»[46].

Tales militantes consideraban la condición de la mujer un reflejo del «autoritarismo burgués» del difunto Imperio y los enemigos que reunían fuerzas en Versalles. También ahí la Comuna parecía ofrecer interesantes posibilidades de cambio. Élisabeth Dmitrieff, que había ayudado a organizar cooperativas en Ginebra llegando luego a París a finales de marzo como representante de la Internacional, lo expresó así: «El trabajo de la mujer era el más explotado en el orden social del pasado [...]. Su inmediata reorganización es urgente»[47].

La desventaja económica que sufrían las trabajadoras ordinarias daba cuerpo a sus reivindicaciones. Muchas comuneras estaban más interesadas en mejorar su vida que en la consecución de la igualdad política, una demanda sorprendentemente ausente en el discurso de las mujeres. Louise Michel explicaba: «[La mujer] se inclina bajo la mortificación; en el hogar las cargas la aplastan. El varón quiere mantenerla de esa manera, para estar seguro de que nunca va a interferir en su función o sus títulos. Señores, no queremos sus funciones ni sus títulos». Muchas mujeres estaban doblemente explotadas, por su situación familiar y por los patronos. Una mujer denunció a los jefes como «la herida social que hay que curar», ya que se aprovechan de los trabajadores, a los que consideran «una máquina para el trabajo» mientras den la talla. Dmitrieff pedía la eliminación de toda competencia e igualdad salarial entre los trabajadores masculinos y femeninos, así como una reducción de la jornada laboral. También exigió la creación de talleres para mujeres en paro y pidió la creación y utilización de fondos para impulsar las incipientes asociaciones obreras[48].

Dmitrieff, nacida Elizabeta Luknichna Kusheleva, en la provincia noroccidental rusa de Tver en 1850, era hija ilegítima de un oficial zarista y una enfermera alemana veinte años más joven. Contrajo un *mariage blanc* [un matrimonio de conveniencia] para poder salir de Rusia, después de haber participado activamente en un grupo de estudiantes en San Petersburgo. En 1868 se llevó consigo los fondos de su considerable dote a Ginebra; desde allí viajó a Londres, donde conoció a Karl Marx y su familia. Inmediatamente después de la proclamación de la Comuna, Marx la

envió a París para que recogiera y le enviara informes sobre la situación en París.

Dmitrieff causaba una gran impresión. Solía vestir un traje de montar negro, un sombrero de fieltro con plumas y un chal de seda roja ribeteado en oro. Según una descripción policial, medía aproximadamente 1,60 metros, tenía el pelo castaño y ojos azul grisáceo. Léo Frankel fue probablemente sólo uno de los muchos comuneros que se enamoraron de ella. Dmitrieff combinaba un feminismo precoz con un socialismo influido por Marx y una firme esperanza de que la revolución llegaría algún día a Rusia[49].

Como en el caso de Dmitrieff, la ropa usada por algunas mujeres durante la Comuna reflejaba su determinación de impulsar el cambio. Algunas prendas eran de colores, incluso llamativas, con el omnipresente color rojo, por ejemplo, en un fajín o ceñidor. Otras mujeres vestían ropa masculina y llevaban armas de fuego. Lodoiska Cawaska, una polaca de treinta años, montaba a la cabeza de los soldados vestida con «pantalones turcos, botas abotonadas hasta lo alto con una escarapela roja y un cinto azul del que colgaban dos pistolas»[50].

El 8 de abril Dmitrieff trató de encabezar a las *citoyennes* en una marcha de París a Versalles, siguiendo la tradición de las mujeres que lo habían hecho en octubre de 1789. Tres días después, madres, esposas y hermanas, entre ellas Dmitrieff y Natalie Le Mel, publicaron un «Llamamiento a las mujeres ciudadanas de París» en el que decían: «Debemos prepararnos para defendernos y vengar a nuestros hermanos»[51].

Aquella noche se constituyó la Union des Femmes, dirigida por un consejo de cinco mujeres, con Dmitrieff como secretaria general. Pedían a las mujeres que se organizaran formando ramas en cada distrito. Saludando a la Comuna como la representación de «la regeneración de la sociedad», también les pedían que construyeran barricadas para «luchar hasta el fin» por la Comuna. En la mayoría de los distritos se crearon comités como centros de reclutamiento de voluntarias para los trabajos de enfermería y de cantina y la construcción de barricadas[52].

La Unión de Mujeres también emprendió la lucha por la igualdad de derechos en las fábricas de París. La confección de uniformes para la Guardia Nacional, en su gran mayoría producidos por mujeres, era una industria parisina que se mantenía a todo tren. En un primer momento la

Comuna había firmado contratos con fabricantes tradicionales para la producción de uniformes, pero un informe aseguraba que las trabajadoras recibirían un salario menor que bajo el Gobierno de Defensa Nacional. La Union des femmes exigió que todos los futuros contratos fueran otorgados a cooperativas de productores y que el salario por pieza fuera negociado entre el sindicato de sastres y los delegados de la Comisión de Trabajo e Intercambio[53].

La Comuna dio a la Unión de Mujeres, que incluía entre 1.000 y 2.000 parisinas, responsabilidades públicas sin precedentes, pero las respuestas no fueron todas positivas. Algunos líderes comuneros y otros varones reaccionaron con titubeos e incluso con hostilidad. Un funcionario del Distrito X le dijo a la administradora de un albergue de acogida que los miembros de la comisión sindical «debían mantenerse al margen de todas las agencias administrativas»[54]. En cualquier caso es indudable que las mujeres realizaron contribuciones esenciales a la Comuna, denunciando al clero en las asambleas de los clubes, alentando la defensa militar de París y atendiendo a los combatientes comuneros heridos.

Aunque la principal preocupación de la Comuna era el bienestar de sus ciudadanos, el nuevo gobierno también se enfrentó a la difícil tarea de demostrar su estabilidad y legitimidad a los extranjeros que vivían en la ciudad o la visitaban. Cerca de 5.000 ciudadanos estadounidenses que vivían en París antes de la Comuna se encontraron, de repente, rodeados por las tropas versallesas. El embajador estadounidense Washburne temía que tendría que pasar mucho tiempo «antes de que estos terribles problemas en París se acaben». Incluyendo a los turistas de paso, el número de ciudadanos estadounidenses en París durante la Comuna pudieron llegar a 13.000. Leían el periódico *American Register*. La mayoría de ellos residían en la orilla derecha en los Champs-Élysées o en el distrito XVI. Aunque muchos de ellos no hablaban francés, se beneficiaban de la fortaleza del dólar. Tenían la reputación de ser «poco refinados» e incluso maleducados y «arrogantemente distantes».

La mayoría de los estadounidenses se posicionaron, al parecer, contra la Comuna. W. Pembroke Fetridge la denigraba como «[el acto] más criminal que el mundo ha visto nunca [...], una revolución de sangre y violencia [dirigida por] *desperados* implacables [...], el desecho de Francia [...], bandidos [...], ateos y librepensadores [...], locos, ebrios de vino y sangre».

Sin embargo, dos estadounidenses que residían en París no podían encontrar ningún fallo en la forma de funcionamiento de la ciudad. Marie Putnam describía el «orden patente de la Comuna», y Frank M. Pixley recordaba desde California: «Yo estuve presente en París durante todo el periodo de vigencia de la Comuna [...] y, durante aquellas cinco semanas –de amenaza desde fuera y de sufrimiento dentro–, no oí ni vi ningún acto de pillaje o asesinato»[\[55\]](#).

De hecho, los líderes de la comuna pregonaban una «moral revolucionaria», sabiendo que iban a ser minuciosamente examinados por sus electores y por los observadores extranjeros. Mantuvieron un alto nivel de honestidad y rendición de cuentas, que pretendía ofrecer un marcado contraste con la corrupción rampante del Segundo Imperio de Napoleón III. Los líderes comuneros se desvivieron por demostrar que gobernaban un barco firme y que podían dar cuenta de todos sus gastos. Inspirada por los objetivos de igualdad y descentralización, la Comuna rechazó los altos salarios para los funcionarios, al tiempo que reafirmaba el principio de elegibilidad. Se trataba de que los servidores públicos escucharan a los ciudadanos, quienes, a su vez, se involucrarían activamente en su gobierno; un cartel impreso y difundido en el Distrito II llamaba a «la intervención permanente de los ciudadanos en los asuntos comunales mediante la libre expresión de sus ideas y la defensa de sus intereses». Los administradores de la comuna eran considerados responsables ante la gente común, como sus representantes y delegados[\[56\]](#).

La capacidad de la Comuna para prestar servicios públicos tras el prolongado asedio prusiano y el derrocamiento del gobierno también era esencial para demostrar su legitimidad. La situación se complicó por la repentina partida de tantos funcionarios y empleados. Sin embargo, la gestión municipal de la Comuna funcionó bastante bien en cuanto al suministro de agua, luz y servicio postal. Las calles eran limpiadas con regularidad y la basura eliminada adecuadamente. Se cobraban los impuestos. Una mujer estadounidense que había recibido su demanda de pago fue a ver a un funcionario para decirle que, a la vista de los acontecimientos, su familia estaba teniendo problemas para reunir el dinero que debía. El funcionario de la Comuna le respondió que eso no sería un problema, para gran alivio de la estadounidense. Se vio obligada a admitir que «los comuneros no eran tan malos después de todo». Los servicios

funerarios, cada vez más perentorios, seguían funcionando como siempre[57].

Algunos observadores insisten en que, durante la Comuna, se producían menos crímenes callejeros en París que antes o después. El 23 de marzo un cartel advertía que los ladrones detenidos en *flagrant délit* serían fusilados. Según los informes policiales, había relativamente pocos robos y quizá sólo un par de asesinatos en una ciudad que, pese al éxodo de tanta gente, seguía poblada por una multitud pululante. Charles Beslay lo atribuía a la aparición espontánea de una «moral revolucionaria», pero algunas pruebas sugieren que los robos pudieron aumentar en realidad, aunque disminuyera el número de denuncias. La Prefectura de Policía prohibió la mendicidad – Rigault admitió el 17 de abril que había «alcanzado una extensión considerable»– y el juego, y un decreto advertía a los timadores y embaucadores que se mantuvieran alejados de los mercados. La Comuna proscribió la prostitución, realizando algunas detenciones y hostigando a las busconas callejeras, aunque los brotes de enfermedades venéreas proliferaron, como había sucedido durante el asedio prusiano. Un decreto de mayo devolvía a las prostitutas a las antiguas regulaciones draconianas, incluidas las inspecciones médicas obligatorias. A pesar del decreto policial de Rigault que prohibía servir bebidas a cualquier persona «en estado de embriaguez» (algo irónico, considerando la fuente), el alcoholismo continuó haciendo estragos en la «Ciudad de la Luz», a la que muy bien podrían haber llamado «Ciudad del Alcohol»[58].

La Comuna también quería asegurarse de que la comida estaba disponible y era asequible. A tal fin creó una Comisión de Subsistencia el 29 de marzo. En la feria anual del jamón, celebrada del 4 al 6 de abril, se vendieron cerdos y charcutería como se había hecho desde la época medieval. El precio de los alimentos aumentó, pero no hubo nada como las extremas carencias que habían agravado los efectos desastrosos de la ola de frío durante el asedio prusiano. Una vez que las autoridades militares alemanas permitieron a la Comuna abrir las puertas que conducían a su zona de ocupación, en la ciudad entraron más provisiones. Algunas alcaldías de distrito compraban y luego vendían la carne a precio de coste. Sin embargo Henri Dabot, que vivía en el Quartier Latin, se quejaba de que su cocinera no podía encontrar en el mercado lo que quería, y que un pequeño conejo, que antes le habría costado dos francos (casi el jornal de un trabajador

ordinario), ahora costaba cinco francos. Courbet bebía una copita de licor de Gentiane «para olvidar tener que comer pan negro y carne de caballo». Sin embargo, para la gente corriente que no tenía cocinera, los precios de algunos productos básicos eran cada vez más inalcanzables. A principios de mayo un empleado de la Prefectura de Policía informaba de que los parisinos se quejaban por el creciente coste de los alimentos. Las denuncias de los acaparadores aumentaron y los funcionarios ordenaron el registro de algunas tiendas[59].

Las *mairies* de distrito se convirtieron en focos de actividad durante la Comuna; además de la venta de comida a precio de coste, o casi, se ocupaban de cuestiones de gobierno local que atraían a una corriente continua de ciudadanos. Paul Martine, antiguo *normalien* (estudiante de la prestigiosa École normale supérieure) y profesor de instituto, contaba el caos creativo de la alcaldía de Batignolles, en el Distrito XVII: «Primero fueron nuestras tumultuosas deliberaciones en la gran sala donde se reunía el consejo municipal; a continuación, el hacinamiento del público en la puerta con demandas de todo tipo. Luego venían los que traían noticias, los descontentos, los extranjeros y las personas que querían inscribir los nacimientos, fallecimientos y peticiones de matrimonio. Y eso mientras retumbaban los cañones, día y noche, alrededor de las murallas. Estábamos allí casi todo el tiempo». Martine dormía a menudo en uno de los colchones colocados en la esquina, mientras «la sala del consejo municipal se transformaba en dormitorio».

Dependiendo de los suministros, la alcaldía de cada distrito proporcionaba a los guardias nacionales y a los indigentes carbón, madera y pan. Por la mañana, desde muy temprano, «una procesión ininterrumpida de mujeres pobres, sin trabajo ni pan, y cuyos maridos habían muerto en los combates», llegaban pidiendo vales canjeables por alimentos cada vez que había existencias. La alcaldía se comprometió a repartir *soupes populaires* en la medida de lo posible. Llegaban parejas que querían casarse: Benoît Malon realizaba a veces las breves ceremonias. Malon, que el 25 de abril había hecho detener por robo a ocho guardias nacionales, también supervisaba los enterramientos de comuneros muertos en combate fuera de las murallas o por el fuego de los cañones versalleses, tristes acontecimientos seguidos por gritos airados de venganza que pedían la muerte de Thiers y los «bombarderos de París»[60].

El padre de Sutter-Laumann había comenzado a trabajar en la alcaldía del Distrito XVIII al comienzo del asedio prusiano. Su hijo encontró ahora trabajo allí. Su padre y él recibían 1,50 francos por día de servicio en la Guardia Nacional. Eso apenas bastaba para vivir, por lo que el salario de cinco francos por día por su trabajo en la alcaldía les era imprescindible. El joven Sutter-Laumann distribuía vales para pan y carne a los residentes pobres del distrito de 8:00 a 17:00. No era un trabajo difícil pero sí «odiosamente monótono y fatigoso»: de las 40.000 personas inscritas en los registros de ese distrito pobre, tal vez se presentaron 10.000. La ayuda que la alcaldía podía proporcionar era bastante pequeña; muchas mujeres pedían más, «la mitad implorando y la otra mitad amenazando».

Sutter-Laumann ponía empeño en asistir a las reuniones de batallón y las asambleas de los clubes. Estos encarnaban la soberanía popular en movimiento. El club de Saint-Nicolas-des-Champs insistía en que la Comuna respondiera directamente a todas sus propuestas, aunque se necesitaran dos horas por día. La creencia de que los funcionarios de la Comuna debían asistir a dichas reuniones públicas era generalizada. Algunos clubes admitían a participantes sin ninguna cuota, y otros pedían pequeñas cuotas que iban de 5 a 15 céntimos y, ocasionalmente, 25 céntimos por persona. Los asistentes se levantaban para hablar y debatir, con frecuencia en medio del ruido y, en función del tema, gritos y protestas. La defensa de París era un tema cada vez más controvertido. En una reunión del club de Saint-Ambroise, en el Distrito XI, el ciudadano Jubelin recordó «la terrible amenaza que se cierne sobre nuestra gente inteligente, las penitenciarías de Lambessa y Cayenne que nos esperan si fracasamos». Añadió que moriría en defensa de sus derechos. El 9 de mayo, en el mismo club, el ciudadano Roussard se levantó para denunciar a «los jóvenes dandis y demás, demasiado cobardes para unirse a las filas de la Guardia Nacional» y exigió su inmediata incorporación a la fuerza de combate de la Comuna. Varios días después el ciudadano Lesueur relató que su batallón de la Guardia Nacional se había derrumbado debido a la desertión de unos pocos, tras la que «todos» habían huido. Acusó a los hombres «que llevan las bandas» y que deberían ir en primera línea pero que, con frecuencia, «permanecían en la retaguardia»[\[61\]](#).

De las 733 personas que podían ser identificadas como «clubistas» (es decir, que participaban en clubes políticos), 113 eran mujeres (el 15 por



100) y 198 tenían algún puesto en la Comuna (el 27 por 100). En promedio eran algo mayores que el comunero medio, y lo más probable es que provinieran de los barrios obreros. Los organizadores veían a los clubes como un medio de educación popular y de mantener la vigilancia contra la «quinta columna» versallesa dentro de los muros de París[62].

El 16 de abril Sutter-Laumann pidió dos días de permiso en su trabajo en la alcaldía para poder unirse a su batallón, que había sido enviado a reforzar las tropas en Asnières. La ciudad estaba directamente en la línea de fuego de los cañones versalleses situados estratégicamente en un *château* en Bécon, al otro lado del Sena. Sutter-Laumann tuvo la suerte de regresar con vida. Cerca de Gennevilliers los versalleses avanzaron, acercándose tanto que podía distinguir fácilmente los uniformes de los gendarmes de los de los soldados. Los guardias nacionales se retiraron bajo el fuego enemigo, dejando tras de sí a varios compañeros muertos. Los que llegaron primero al Sena habían destruido el puente, por temor a que los versalleses lo utilizaran para cruzar el río. Sutter-Laumann lo cruzó a nado y volvió a París[63].

La Comuna tuvo que sufrir desde un principio críticas acérrimas, y arrostrar el reto casi imposible de gobernar una ciudad dividida todavía aturdida por meses de asedio, cuando se preparaba para un ataque versallés. Pero, si bien ciudadanos ordinarios como Sutter-Laumann y su padre estaban dispuestos a esperar a que el nuevo gobierno resolviera sus problemas —e incluso a participar en sus ministerios—, su paciencia iba a ser puesta a prueba por la amenaza versallesa. Y, pese a sus esfuerzos, la Comuna iba a perder rápidamente (si es que alguna vez la había tenido) la confianza de muchos visitantes extranjeros y de la mayoría de los burgueses que permanecían aún en la ciudad.

El periodista inglés Ernest Vizetelly percibía que el estado de ánimo de los parisinos estaba cambiando; se había vuelto sombrío o, como decía Vizetelly, «más melancólico». La mayoría de los talleres habían cerrado, excepto los que confeccionaban uniformes u otros útiles para la Guardia Nacional, y «no había moda de primavera ni días de ganga». Las bodegas, en cambio, parecían siempre abiertas. Una noche De Goncourt salió a cenar y preguntó por el *bétail* [ganado ovino pero también plato del día]. «No hay ni uno; no queda nadie en París», le respondió un camarero refiriéndose a sus clientes habituales. En otro gran restaurante no había comensales y «los

camareros sólo hablaban entre ellos, en voz baja», mientras que los clientes adinerados eran bien servidos en Versalles. El 17 de abril De Goncourt también captó el descontento de la burguesía. Se preguntó: «Las cosas ¿van tan mal para la Comuna? Me sorprende hoy que la población parece haber vuelto a la vida». Oyó gritos ocasionales contra la Comuna, entre ellos los de un hombre con un abrigo gris «que paseaba por el bulevar desafiando a los alborotadores y volviéndose para expresar en voz alta su desdén hacia los comuneros». Cinco días más tarde, observó que «a lo largo de la rue de Rivoli hay toda una procesión de los últimos burgueses dirigiéndose con su equipaje a la estación de tren de Lyon». Se encaminó al zoológico, y también allí creyó haber encontrado «la tristeza de París. Los animales están en silencio».

La derrota de la Comuna a manos de los versalleses en una escaramuza tras otra hizo poco para restaurar la fe en el nuevo orden. En el centro de París, De Goncourt observó cómo iban pasando cuatro coches fúnebres adornados con banderas rojas; el primero de ellos llevaba a «un hombre del que la mitad de la cara y casi la totalidad del cuello habían sido arrancados por un proyectil y el blanco y azul de uno de sus ojos resbalaba por su mejilla; levantaba su mano derecha, todavía negra por la pólvora, crispada como si empuñara un arma»[\[64\]](#). Los cuerpos de los muertos por los proyectiles versalleses eran transportados al Hôtel de Ville a la espera de su identificación por familiares y amigos. Los cadáveres no identificados eran fotografiados con la esperanza de que alguien viniera en busca de una persona desaparecida. Todo era espantoso. Un guardia nacional pergeñaba una carta a un periódico expresando su disgusto al regresar agotado por la refriega en Issy y Vanves para encontrar los cafés del bulevar Saint-Michel llenos de juerguistas retozando como de costumbre con tentadoras *drôlesses* [guasonas], mientras otros parisinos arriesgaban su vida por la Comuna[\[65\]](#).

Dentro de las murallas de la capital sitiada, muchos parisinos de clase alta, que habían sido incapaces de abandonarla o que creían que la Comuna se vendría abajo más rápidamente, esperaban su liberación. Entre ellos estaba la familia Vignon, muy preocupada por sus propiedades. Tenían dinero, joyas y otros objetos de valor en otro apartamento en el Distrito X, ahora bajo la supervisión de los empleados domésticos. También poseían una casa en el pueblo de Clamart, al sur de París, pero allí todo iba bien. Henri, el hermano de Paul Vignon, se alojaba a buen resguardo en Versalles y, desde

allí, aseguraba a su madre en Falaise, en Normandía, que «todas las personas honestas y sensatas están abandonando París». En Versalles Henri se levantaba tarde, compraba el periódico versallés *Le Gaulois* para ponerse al día sobre la apreciación de las noticias por parte del gobierno –por ejemplo, el gran número de extranjeros involucrados en la Comuna–, almorzaba allí, paseando en torno al castillo y, después de cenar, se sentaba en un café. Tranquilizaba a su madre contándole que recibía una indemnización del gobierno de 10 francos al día. En cualquier caso, le aseguraba, la familia gozaba todavía de una situación acomodada, y el dinero no era un problema.

El Distrito VI parecía tan tranquilo como Falaise. Paul podía escribir a su madre sentado tranquilamente en un café. Édouard, el padre de Paul y de Henri, tenía más de sesenta años y no tenía que preocuparse por la posibilidad de ser reclutado por la Guardia Nacional de París. Paul había logrado evitar el servicio en su unidad que, por el momento, no tenía ningún oficial. Observaba que no había ningún problema para desplazarse por París, ni siquiera en las calles en las que habían comenzado a construir barricadas[66].

A los 10 días de la proclamación de la Comuna, Édouard Vignon comenzó a alarmarse por la situación en París, que describía por carta a su esposa como el poder absoluto «de lo más perverso que la sociedad puede ofrecer». No pensaba que las *gens honnêtes* (estro es, con propiedades) se fueran a dejar saquear y masacrar. Édouard se lamentaba de que todo el parloteo sobre la reconstitución de una Guardia Nacional «de orden» se hubiera quedado en eso. El hijo de Édouard, por su parte, pensaba que las medidas adoptadas por la Comuna eran cada vez más «absurdas», en particular la ley sobre los alquileres y la abolición del servicio militar obligatorio y, por lo tanto, de un Ejército profesional.

Paul también podía imaginar la reacción de las *gens honnêtes* contra aquellos «bandidos». Sus reflexiones revelan el emergente discurso biológico que distinguía la parte «sana» de la población y otras tan corruptas que tenían que desaparecer. Paul distinguía entre quienes tenían propiedades y quienes no las tenían. La propiedad familiar era un tema constante en la correspondencia de la familia Vignon. Édouard recibió una orden preocupante de un juez de paz para sacar los objetos de valor de su apartamento en el Distrito X, que había sido «sellado» hasta que los

abogados pudieran adjudicar la propiedad después de la reciente muerte de un familiar. La residencia estaba lo suficientemente cerca de Montmartre como para poder recibir «una visita indiscreta de hombres con malas intenciones». Édouard trasladó los mejores muebles a una habitación bien adentro del apartamento y se llevó las cosas de valor a su vivienda en el Distrito VI, donde creía que no había nada que temer debido a la composición social del barrio. Se llevó las acciones y títulos de la familia para mantenerlos a buen recaudo. Para la familia Vignon, la Comuna ponía en riesgo «toda la sociedad, el futuro de Francia y, especialmente, la fortuna privada», incluyendo la suya. Édouard reflexionaba sobre la forma de trasladar su familia y fortuna a las montañas de Suiza. No era el último francés acomodado en considerar tal posibilidad.

Por el momento, Paul no podía quejarse. Le satisfacía haber oído que «los miembros del Consejo de la Comuna habían empezado a devorarse entre sí, una buena señal». Paul aseguró a su madre el 1 de abril que «seguimos disfrutando de la tranquilidad más perfecta. Camino todo el día, tratando de ocupar mi tiempo». Iba a un café diariamente para ver a sus amigos, leer en el jardín del Museo de Cluny o en los Jardins du Luxembourg y jugar al *whist*. Recorría los bulevares solo o con su padre. Observaba al clero caminar por su barrio sin el más mínimo problema. Su unidad de la Guardia Nacional, bajo el mando del «ciudadano cocinero Lacord», operaba bajo el principio de inercia, más fuerte que la resistencia.

Mientras tanto, los dos criados de los Vignon se encargaban de uno de sus apartamentos e iban a misa todos los días, pidiéndole a Dios «que otorgara las más preciosas bendiciones a nuestros excelentes amos y su querida familia». Los sirvientes observaban con tristeza que «el diario del señor» ya no aparecía; solamente *Le Cri du Peuple* y *Pere Duchêne*, que los Vignon no aprobaban. Su conserje estaba sometido a la presión de la Comuna para poner los apartamentos vacíos a disposición de los parisinos cuyas viviendas habían sido destruidas por las bombas versallesas. Cada día los criados le decían que estaban esperando que unos amigos de la familia Vignon llegaran en cualquier momento. Los criados tenían sus propias preocupaciones, con un cuñado y un hermano en el Ejército de Versalles. «El señor es realmente tan bueno —escribían—, que piensa en nuestros queridos soldados»[67].

Paul evitaba caminar por las calles cercanas a su apartamento, por temor a encontrarse con gente con la que había servido durante el asedio que podía preguntarle por qué no iba de uniforme. Un día fue al Palacio de Justicia para recoger unos papeles y se topó con un abogado al que conocía vagamente. Su colega sabía que Paul había servido en la Guardia Nacional durante el asedio prusiano y lo animó a incorporarse de nuevo. Le aseguró que podría recuperar su antiguo grado de capitán, añadiendo que Paul podía ver «que la Comuna es un gobierno honesto y legítimo». Paul se negó, diciéndole muy fríamente que sabía lo que tenía que hacer y no estaba dispuesto a unirse a la Comuna. El abogado, molesto, se dio la vuelta y se alejó rápidamente[68]. A pesar de roces como aquel, Paul decidió no tratar de abandonar París por el momento, pensando que huir podría ser más peligroso que permanecer en la ciudad[69].

A finales de marzo, la vía ferroviaria a Versalles a lo largo de la orilla derecha del Sena había sido cortada, pero el tren por el otro lado del río seguía funcionando. El hermano de Paul, Henri, no tuvo dificultades para llegar de Versalles a París el 30 de marzo para pasar la noche con su padre y hermano. Del mismo modo, Paul llegó a Versalles sin dificultad a visitar a su hermano. Sin embargo, muchos parisinos no eran tan afortunados como la familia Vignon en el intercambio de noticias, o incluso visitas, con sus familias. Los versalleses se apoderaban de las cartas enviadas «a miles» desde París vía Saint-Denis; algunas llegaban, pero muchas, quizá la mayoría, se perdían. Édouard estaba preocupado de que sus cartas y las de Paul ya no pudieran salir de París, como sucedió durante el asedio prusiano. Sin embargo, al mismo tiempo se alegraba de que la mayor vigilancia de versalleses y alemanes pudiera impedir que la propaganda comunera dirigida a las provincias llegara a su destino. El gobierno de Thiers, como era de esperar, estaba al mismo tiempo bombardeando las provincias e incluso otros países con relatos imaginarios sobre lo que sucedía en París[70].

El fracaso de las fuerzas de la comuna frente a los versalleses en Courbevoie el 2 de abril agradó a la familia Vignon. Los guardias nacionales se retiraron por la avenida de Neuilly hasta París, seguidos por las bombas versallesas. Henri dejó a su padre y su hermano y se dirigió de nuevo a Versalles por Sceaux. Cerca del valle del Bièvre oyó incómodamente cerca sonidos de batalla. Se encontró con unos campesinos

que le desaconsejaron la ruta elegida, advirtiéndole que podía encontrarse de repente en medio de los combates. Finalmente pudo llegar a Versalles, donde vio cómo llegaban escoltados los comuneros prisioneros. Alrededor de 20.000 personas esperaban para contemplar el espectáculo. Los soldados y gendarmes fueron recibidos con vítores entusiastas, mientras que los guardias nacionales capturados eran insultados e incluso golpeados, aunque la presencia de guardias impidió que la multitud de versalleses llegara a linchar a los comuneros capturados. Los soldados dejaron claro, no obstante, que estaban deseando asaltar París y «dar buena cuenta de esos revolucionarios». Henri escribió a su madre que los comuneros habían perdido entre 1.000 y 1.500 hombres y que, en el Ejército de Versalles, sólo había 25 heridos. Que las tropas versallesas hubieran decidido «no dar cuartel» a los comuneros agradó a los Vignon. Comuneros capturados que habían «desertado» del Ejército regular habían sido fusilados inmediatamente. Henri consideraba esto un «enérgico y buen ejemplo»[\[71\]](#).

La confianza de Édouard Vignon en el Ejército francés se renovó después de Courbevoie. Una vez que había cobrado fuerza, Édouard estaba seguro de que mostraría a los parisinos un par de cosas. La burguesía no estaba decepcionada por el fracaso de los intentos de conciliación o algún tipo de solución negociada; pero Édouard aseguró a su esposa que no debía temer por Paul y Henri, que no se verían obligados a combatir. Édouard estaba seguro de que, cuando los versalleses lanzaran el asalto definitivo a París, «los valientes soldados de la Guardia Nacional partidarios del orden» se levantarían y la derrota de los «bandidos» sería completa: sólo quedaría «restablecer el orden con severidad». Había oído que la Guardia Nacional que combatía en Châtillon y Clamart no había encontrado frente a ella a gendarmes, sino tropas francesas regulares, que no podían pasar desapercibidas debido a sus pantalones rojos. La Guardia Nacional tenía razones para desmoralizarse.

Henri relató entusiasmado a su madre las noticias de un ataque victorioso de los versalleses contra las barricadas en el Pont de Neuilly el 6 de abril; una de las versiones hablaba de un ómnibus volcado, otra de un vagón de tren. El Ejército de Versalles cruzó el Sena y ocupó las primeras casas de Neuilly. Los defensores comuneros que habían caído prisioneros fueron fusilados; como explicaba Henri, «el *mot d'ordre* [consigna] es no tomar a prisioneros, sino fusilar a cualquiera que caiga en sus manos». Aseguró a su

madre que los «extranjeros» estaban desempeñando un papel importante en la Comuna, y repetía los rumores propagandísticos de que el gobierno británico había informado al gobierno de Versalles que 5.200 carteristas habían cruzado el Canal con el fin de incrementar el caos en la capital[72].

Henri se entretenía uniéndose en alguna ocasión a las tropas de Versalles cuando realizaban expediciones cerca de las murallas de París. Aunque esas excursiones le parecían un poco peligrosas, juzgaba «verdaderamente admirable» la agresividad versallesa. Podía juzgar por sí mismo la eficacia de los duelos de artillería entre las dos partes. Cuando los comuneros comenzaron a responder al fuego desde el Point-du-Jour, sus amigos y él decidieron que quizá sería más prudente volver a Versalles, pero estaba convencido de que su exilio allí terminaría pronto. Después de todo, Thiers había anunciado que sus tropas estaban a punto de entrar en París[73].

A principios de abril era bastante fácil entrar y salir de París. Céline de Mazade permaneció en París durante las seis primeras semanas de la Comuna para supervisar el funcionamiento de la empresa textil de su marido, que tenía fábricas en Oise, al norte de París, y un almacén en la capital. Su marido Alexandre permanecía lejos de la capital para evitar ser reclutado en la Guardia Nacional. La pareja apoyaba a Versalles y se quejaba de que la Comuna estaba dañando su negocio. Resultaba difícil encontrar a buenos trabajadores. Céline de Mazade conseguía salir de París con regularidad y enviar seda desde los almacenes de la empresa, a veces con la ayuda de sobornos. No era la única en confiar en ese método para entrar y salir de la capital[74]. Pero, como la propaganda de Thiers seguía inundando París, acompañada por los soldados heridos que regresaban de la batalla, los parisinos y los extranjeros ricos –incluso los que se habían resistido a ello– comenzaron a ver las ventajas de escabullirse.

La Legación de Estados Unidos estaba llena a rebosar de ciudadanos franceses pidiendo pasaportes. A finales de abril el embajador Elihu Washburne había proporcionado más de 1.500 salvoconductos (pases diplomáticos) a ciudadanos alsacianos, que ahora se presentaban como súbditos alemanes. Se sentía cada vez más pesimista sobre toda la situación, informando el 20 de abril que «fortuna, negocios, crédito público y privado, la industria, el trabajo, las empresas financieras..., todo está siendo enterrado en una fosa común. Por todas partes se ve devastación,

desolación, ruina. La fisonomía de la ciudad se vuelve más y más triste... y París, sin sus cafés brillantemente iluminados, ha dejado de ser París»[75].

Pero, para quienes no podían aducir la ciudadanía extranjera para escapar de la ciudad y evitar el servicio en la Guardia Nacional, el soborno era la mejor opción, si no la única. La prolongada lucha contra las tropas de Versalles significaba que la Guardia Nacional tenía una extrema necesidad de hombres para luchar, por lo que hacía cuanto podía para prender a quienes eludían su deber ciudadano. Los guardias nacionales exigían a los conserjes información sobre quién vivía realmente en los edificios que cuidaban, y registraban los apartamentos en busca de desertores o jóvenes remisos al servicio militar. Todos los varones de entre veinte y cuarenta años de edad descubiertos y que se resistían eran detenidos y se les explicaba que serían destinados a la primera línea de fuego en la próxima escaramuza. La Comuna recortó su salario diario con la esperanza de que las cónyuges ejercieran presión sobre los varones para combatir. Sin embargo, algunos hombres se las arreglaban para evadirse sobornando a los guardias para que miraran a otro lado. John Leighton observó que se podía ir a la estación del Norte y asegurar que se tenían setenta y ocho años, a lo que un guardia podía muy bien responder burlescamente: «¿Sólo setenta y ocho? Pues parece usted mayor». Leighton había oído que algunos residentes en Belleville y Montmartre estaban ganando «una bonita gratificación» por ayudar a la gente a escapar, aunque fuera trepando sobre los muros[76].

Wickham Hoffman, secretario de la Legación estadounidense, también iba y venía hasta Versalles, donde había encontrado alojamiento gracias a su embajada (las bombas versallesas habían alcanzado ya ocho veces su edificio de apartamentos en París). Hoffman viajaba con pases fácilmente obtenidos en ambos lados. Pero, cuando trató de volver a París en tren por Saint-Denis, todavía ocupado por los alemanes, el viaje pasó de 20 a casi 50 kilómetros, llevándole tres horas en cada sentido. Unos amigos le pidieron que hiciera el viaje por carretera utilizando sus caballos y carruajes, con el fin de llevarlos a Versalles. Hoffman les respondió irónicamente que, «si los oficiales de la Comuna a las puertas eran una pizca observadores, deben de haber pensado que yo era el propietario de una de las cuadras más grandes y mejor equipadas de París». Su mayor queja durante la Comuna era que su casera se había quedado sin su champán favorito[77].



Paul Vignon, como otros 200.000 parisinos de clase alta que ya habían huido, percibió a mediados de abril que había llegado el momento de abandonar París. En su edificio de apartamentos en la rue de Seine, el conserje apartó a Paul a un lado y le dijo que un suboficial de la Guardia Nacional había venido con una lista de nombres en un cuaderno, preguntando por la gente que vivía allí y tenía menos de cuarenta años. Cuando el conserje vaciló, el funcionario mencionó que sabía que, en una ocasión anterior, había proporcionado información notoriamente falsa, y agregó que la Comuna quería dar un ejemplo con ese tipo de cosas con el fin de reducir el número de desertores (*réfractaires*). El conserje optó por una posibilidad real, diciendo que allí habían vivido efectivamente dos hermanos en edad para servir, los ciudadanos Vignon, miembros del batallón 84.º durante la guerra, pero que luego se habían marchado a provincias. El agente de la Guardia Nacional se fue, diciendo que iba a averiguar si todo aquello era cierto o no. Paul Vignon agradeció efusivamente al conserje, pero sabía que ya no podía retrasar mucho su partida.

El reto era ahora organizar la huida, más difícil desde que la Comuna había reforzado la seguridad. Las puertas estaban estrechamente vigiladas y sólo podían salir civiles con pases sellados por la Comuna. Paul había oído que algunos jóvenes habían logrado salir ocultos bajo la ropa en los vagones de las lavanderas, o incluso rodeados por bloques enormes de carne, gracias a carniceros simpatizantes con Versalles. Pero los guardias habían oído contar aquella historia y atravesaban la carne transportada con sus bayonetas. Varios empleados de los almacenes escaparon saltando por encima de los guardias en el puesto de vigilancia aduanera y huyendo rápidamente. Algunos atrevidos habían arrojado cuerdas desde la parte superior de las murallas y habían descendido con su ayuda por la noche.

La fiel sirvienta de la familia Vignon había oído que un joven suizo había prestado sus papeles a un parisino, y pensaba que podía hacer otro tanto. Paul y su padre aceptaron la proposición. Al cabo de unos días Paul estaba en posesión de un certificado de nacimiento en Suiza a nombre de un tal Schmitt, aproximadamente de su edad, junto con un pasaporte sellado en la embajada suiza.

A la mañana siguiente Paul Vignon, su padre y la criada –que volvería a París con los papeles una vez que hubieran llegado a Saint Denis– fueron a

la estación del Norte, provistos con la nueva identidad de Paul. Los guardias no prestarían atención a su padre debido a su edad ni a la criada, ya que las mujeres podían ir y venir más o menos a su antojo. Paul se acercó a la ventanilla para comprar tres billetes de segunda clase con los que podrían (por una vez) «viajar democráticamente» sin atraer la atención de los guardias. Los comuneros no viajaban nunca en primera. Registraron sus dos baúles de pertenencias sin ningún problema y entraron en la sala de espera.

Los viajeros mostraron sus papeles a un guardia en la puerta, que dio un paso atrás para dejarlos pasar. Pero, de repente, apareció un joven teniente de la Guardia Nacional que pidió cortésmente ver sus documentos. Dijo que los papeles de Paul no estaban en regla, porque no habían sido sellados en la Prefectura de Policía. Paul respondió que eso no era necesario, ya que llevaban el sello de un representante de Suiza —«mi país», mintió—, y tal exigencia no estaba en vigor cuando su hermano había hecho el mismo trayecto. Así era en realidad, respondió el teniente, pero, con tanta gente tratando de salir de París con el fin de evitar el servicio militar, se había decretado una nueva regulación. Paul le recordó que, como «extranjero», se le debería permitir la salida, pero el joven teniente no cedió. Paul le dijo a su interrogador que debían encontrar al jefe de vigilancia de la estación, quien presumiblemente se haría cargo del asunto.

Cuando llegó a la oficina de la Policía, Paul descubrió que el agente suspicaz de la Guardia Nacional había subido por una escalera trasera y que ya estaba allí. El oficial de vigilancia le aseguró a Paul que no había dudado ni por un momento que fuera suizo pero que había recibido instrucciones explícitas que no podía pasar por alto. No había nada que hacer. Si Paul hacía una escena, podían registrar su equipaje y ver que, como buen burgués de París, sus iniciales «P. V.» aparecían en su ropa y su bastón. No podía ir a la Prefectura de Policía, porque durante cuatro años había sido miembro del Tribunal de Apelaciones y, a menudo, había tenido tratos con los funcionarios de allí, que lo podrían reconocer. Tenían que encontrar otra salida.

Pero tuvieron suerte. Mientras iban de aquí para allá, un empleado del ferrocarril había rozado a Paul. Mirándolo a la cara, le había preguntado si lo habían avisado de que no podía ir a Saint-Denis. Cuando Paul empezó a contar su historia, el hombre lo interrumpió: lo iban a seguir y le cobrarían

un pequeño soborno en efectivo. Sobornar al guardia de servicio con 20 francos —una suma considerable— significaba correr el riesgo de ser detenido por soborno si lo atrapaban. Así que sacó dos francos del bolsillo, se los dio y atravesó rápidamente la puerta hasta el andén mientras el funcionario ferroviario miraba para otro lado.

Paul, su padre y la criada subieron al compartimento de segunda más cercano que encontraron. Paul sentía que el corazón le latía con fuerza. Sus compañeros de viaje serían seis *femmes du peuple*, no del tipo con las que Paul y su padre habían viajado antes. Una de las mujeres le advirtió de repente que tuviera cuidado: antes de que el tren partiera, guardias comuneros pasarían por los coches inspeccionándolos. Comentó que le parecía demasiado joven para salir de París en aquella situación. Paul le volvió a contar la historia, ya un poco desgastada, de su nacionalidad suiza, por lo que las autoridades de la Comuna no podían evitar su marcha, etc. «¡Créame!», le respondió aquella buena mujer, indicándole que se deslizara bajo el banco del compartimento, de modo que las demás lo podrían ocultar con la ropa. Así lo hizo y, un instante después, apareció un guardia. El tren arrancó y 20 minutos más tarde su nueva conocida le dijo que podía salir de debajo del banco. Había visto a un soldado alemán en el andén de la estación de tren de Saint-Denis.

Ahora que ya no estaban en el territorio bajo jurisdicción de la Comuna, Paul, su padre y la sirvienta salieron del tren, dando a cada una de las mujeres trabajadoras «un cálido apretón de manos». La empleada doméstica de los Vignon volvió a París con los papeles suizos. Paul y su padre fueron inmediatamente a comer un «abundante» almuerzo a la salida de la estación, y luego se dirigieron a Falaise. Poco después, Paul Vignon estaba en Versalles. Le parecía que debía mostrar de nuevo «algo de celo». Encontró Versalles lleno de diputados y senadores pero también de solicitantes de empleo, hombres como él que habían abandonado París. Aun así, Paul logró encontrar pronto un puesto en el gobierno de Thiers[78].

La Comuna de París trajo a la mayoría de los parisinos, como Sutter-Laumann, dificultades pero también esperanza. Para otros con una vida más cómoda, como la familia Vignon, la Comuna era algo que había que aguantar hasta que el Ejército de Versalles pusiera fin a las pretensiones de los parisinos ordinarios. La guerra civil y el ambiente militar incidían sobre

la vida cotidiana, mientras los proyectiles caían sobre el oeste de París, el número de bajas aumentaba y el temor y el desaliento crecían.

Poco a poco algunos parisinos que habían querido dar una oportunidad a la Comuna, porque eran republicanos o partidarios de la autonomía municipal, comenzaron a volverse contra ella. Los parisinos de clase media-baja, por ejemplo, parecían disgustados por las peleas entre los líderes de la Comuna. En un intento de combatir la mengua de apoyo, la propaganda comunera, tanto en el *Journal Officiel* como en los carteles que se pegaban en las paredes, transformaba las graves pérdidas de los *fédérés* en victorias sobre las exhaustas fuerzas versallesas que les causaban muchas bajas. Contaban que batallones y regimientos enteros de soldados versalleses estaban abandonando a Thiers para unirse a la Comuna[79]. Había poca verdad en aquellos informes, y ni siquiera los más fervientes partidarios de la Comuna podían ignorar las crecientes bajas en las escaramuzas.

Sin embargo, la creciente oposición a las detenciones arbitrarias, la toma de rehenes y las ocasionales requisas de suministros no hacían bascular toda la opinión pública vacilante en favor de Thiers. De hecho, este seguía haciendo méritos para ganarse el odio de los parisinos. El líder versallés había aceptado el devastador armisticio y sus cañones estaban infligiendo un gran daño en París –mayor que el causado por el asedio prusiano– matando a cientos de parisinos inocentes. Su compromiso con la República era, como mucho, equívoco. Charles Beslay escribió una carta a Thiers, a quien conocía bastante bien, pidiéndole que renunciara. Aquel comunero moderado saludaba la tercera revolución del siglo en París, «la mayor y la más justa», y acusaba a Thiers de oponerse de mala fe a la transformación social que se había venido gestando durante el último medio siglo en Europa. Si Versalles era ahora más fuerte, creían firmemente Beslay y muchos otros, París tenía al menos la razón de su parte[80].

En una gran demostración del odio a Thiers de los parisinos, los periódicos llamaron a la demolición de la casa del «bombardero» que había ordenado lanzar proyectiles destructivos sobre París al tiempo que negaba haberlo hecho. En la mañana del 15 de abril líderes comuneros y guardias nacionales se presentaron en la puerta de la casa de Thiers en la place Saint-Georges. El conserje casi se desmayó cuando vio a aquellos «visitantes» de aspecto sombrío, pero enseguida entregó las llaves. Un registro rápido reveló objetos de arte, pinturas y libros que Thiers había acumulado

asiduamente en los últimos años. Encontraron bronce del Renacimiento italiano, porcelanas con siglos de antigüedad, tallas de marfil, cristales de roca tallados y objetos de jade de China y Japón. Courbet propuso que aquellos objetos de arte pertenecientes a Thiers fueran catalogados. Cuando Thiers supo en Versalles que su querida casa iba a ser demolida, se puso pálido y se derrumbó en un sillón, estallando a continuación en lágrimas. Thiers, se podía concluir fácilmente, amaba los objetos, no a la gente[81].

La destrucción de la casa de Thiers no sirvió para calmar los temores de comuneros como Élisabeth Dmitrieff, preocupada por el destino de la Comuna en la que había invertido tanto esfuerzo. ¿Habría tiempo para crear sindicatos de trabajadoras mientras esperaban? Dmitrieff estaba enferma de bronquitis y fiebre y no había nadie que la pudiera reemplazar. Ella sabía que el tiempo era esencial. El 24 de abril escribió al Consejo General de la Internacional: «Trabajo duro; estamos movilizándolo a todas las mujeres de París. Organizo reuniones públicas; hemos creado comités de defensa en todos los distritos, directamente en los ayuntamientos, y también un Comité Central»[82]. Dmitrieff había trabajado incansablemente en nombre de la Comuna, pero ¿sería suficiente? Parecía cada vez más que el futuro de la Comuna no dependía de comuneros o comuneras como ella misma, sino de poderosas fuerzas más allá de París y más allá de su control. Derruir la casa de Thiers no iba a servir para defender París contra las hordas versallesas. Aunque ya no tenía su mansión, Thiers tenía un poderoso Ejército que se acercaba cada vez más a las murallas de París.

[1] Ernest A. Vizetelly, *My Adventures in the Commune* (n. p., 2009 [1914]), pp. 95 y 136.

[2] Louis Barron, *Sous le drapeau rouge* (1889), pp. 112-116; Laure Godineau, *La Commune de Paris par ceux qui l'ont vécue* (2012), pp. 112-114.

[3] Albert Boime, *Art and the French Commune: Imagining Paris after War and Revolution* (Princeton, NJ, 1995), p. 17; Kathleen Jones y Françoise Verges, «“Aux citoyennes!”: Women, Politics, and the Paris Commune of 1871», *History of European Ideas* 13 (1991), p. 725. Algunos historiadores han exagerado quizá los aspectos festivos de la vida cotidiana durante la Comuna. Véase Robert Tombs, *The Paris Commune 1871* (Nueva York, 1999), pp. 105-107.

[4] John Leighton, *Paris Under the Commune* (Londres, 1871), p. 128; Stéphane Rials, *Nouvelle histoire de Paris de Trochu à Thiers 1870-1873* (1985), p. 403; Henri Dubief, «Défense de Gustave Courbet par lui-meme», *L'Actualité de l'Histoire*, 30 (enero-marzo de 1960), p. 32.

[5] Kristin Ross, *The Emergence of the Social Space: Rimbaud and the Paris Commune* (Minneapolis, 1988), pp. 136-137; Janine Bouissounouse y Louis de Villefosse, «La presse

parisienne pendant la Commune», *Europe* (abril-mayo de 1951), p. 50; Maxime Jourdan, *Le cri du peuple* (2005), pp. 17 y 123; Firmin Maillard, *Histoire des journaux publiés à Paris pendant le siege et sous la Commune* (1871), pp. 195-212.

[6] Marcel Cerf, *Les «Cahiers rouges» de Maxime Vuillaume* (1988), pp. 2-9; Rougerie, *La Commune de 1871*, pp. 96-98; Élie Reclus, *La Commune de Paris au jour le jour* (2011), p. 225. A finales de abril Père Duchêne organizó un batallón indisciplinado de *francs-tireurs* pagados conocidos como los «Enfants du Pere Duchesne»: 70 hombres vestidos con pantalones grises, una camisa roja de franela, una chaqueta y el quepis de la Guardia Nacional.

[7] Reclus, *La Commune de Paris*, pp. 243-235; Elihu Benjamin Washburne, *Franco-German War and Insurrection of the Commune: Correspondence of E. B. Washburne* (Washington, DC, 1878), 19 de mayo; Vizetelly, *My Adventures*, p. 135.

[8] John Milner, *Art, War, and Revolution in France, 1870-1871* (New Haven, CT, 2000), p. 140; Martin Phillip Johnson, *The Paradise of Association: Political Culture and Popular Organizations in the Paris Commune of 1871* (Ann Arbor, MI, 1996), p. v.

[9] Maurice Choury, *Bonjour Monsieur Courbet!* (1969), p. 96.

[10] Barron, *Sous le drapeau rouge*, pp. 5-8.

[11] APP, Ba 1020, dossier Courbet; Gonzalo J. Sánchez, *Organizing Independence: The Artists' Federation of the Paris Commune and Its Legacy, 1871-1889* (Lincoln, NE, 1997), pp. 57 y 65.

[12] Choury, *Bonjour Monsieur Courbet!*, pp. 91-94; Sánchez, *Organising Independence*, pp. 43-56; Robert Boudry, «Courbet et la fédération des artistes», *Europe* 29:64-65 (abril-mayo de 1951), pp. 124-125; Henri Dubief, «Défense de Gustave Courbet», p. 32.

[13] Gérald Dittmar, *Gustave Courbet et la Commune, le politique* (2007), p. 99.

[14] Paul Reclus, *Les Frères Élie et Élisée Reclus* (1964), pp. 181-182 y 189.

[15] Sylvie Chevalley, «La Comédie-française pendant la Commune», *Europe* 48 (noviembre-diciembre de 1970), pp. 499-500; Catulle Mendès, *Les 73 jours de la Commune* (1871), p. 182. La Comuna emitió sólo un decreto sobre los teatros, suprimiendo *tout monopole*, fechado el 1 de pradial (20 de mayo), p. 198; André Tissier, «Les spectacles pendant la Commune», *Europe* 48 (noviembre-diciembre de 1970), p. 180.

[16] Mendès, *Les 73 jours de la Commune*, p. 181.

[17] Guy Tréal, «La Musique et la Commune», *Europe* 29:64-65 (abril-mayo de 1951), pp. 112-121.

[18] Vizetelly, *My Adventures*, pp. 61 y 65.

[19] *Ibid.*, pp. 56, 61, 63 y 65; R. D. Price, «Ideology and Motivation in the Paris Commune of 1871», *Historical Journal* 15 (1972), pp. 80-81; Godineau, *La Commune de Paris*, p. 65.

[20] Luc Willette, *Raoul Rigault, 25 ans, Communard, chef de police* (1984), pp. 96-102; Tombs, *The Paris Commune*, pp. 76-81.

[21] Georges Bourgin, *La Commune de Paris* (1971), p. 81; Édith Thomas, *Les Pétoleuses* (1963), p. 213; Achille Dalseme, *Histoire des conspirations sous la Commune* (1872), pp. 100 y 117.

[22] Adolphe Thiers, *Notes et souvenirs de M. Thiers 1870-1873* (1903), pp. 157-159; Adolphe Thiers, *Memoirs of M. Thiers 1870-1873* (Nueva York, 1973), pp. 138-139; Gaston de Gallifet (general), «Mes souvenirs», *Journal des Débats*, 19, 22 y 25 de julio de 1902.

[23] 8J 3e conseil de guerre 6 dossier 29/8 Théophile Ferré; Sutter-Laumann, *Histoire d'un trente sous (1870-1881)* (1891), p. 221; Denis Arthur Bingham, *Recollections of Paris*, vol. 2 (Londres, 1896), p. 116; Johnson, *The Paradise of Association*, p. 210; P.-P. Cattelain, *Mémoires inédits du chef de la sûreté sous la Commune* (1900), pp. 115-120.

[24] Edgar Rodrigues, *Le Carnaval rouge* (1872), p. 113; 8J 3e conseil de guerre 26 dossier 535 Gaston Da Costa; W. Pembroke Fetridge, *The Rise and Fall of the Paris Commune in 1871* (Nueva York, 1871), pp. 382-387.

[25] Willette, *Raoul Rigault*, pp. 122-125; Fetridge, *The Rise and Fall of the Paris Commune*, p. 387.

[26] Gustave Cluseret (general), *Mémoires du Général Cluseret*, vol. 2 (1887-1888), pp. 213-215; Philip M. Katz, *From Appomattox to Montmartre: Americans and the Paris Commune* (Cambridge, MA, 1998), pp. 51-52; Gaston Da Costa, *Mémoires d'un Communard: la Commune vécue* (2009), p. 245.

[27] Cattelain, *Mémoires inédits*, p. 111; Philip Nord, *Les Impressionistes et la politique* (2009), p. 68.

[28] Henri Rochefort, *The Adventures of My Life* (Londres, 1896), p. 391.

[29] Tombs, *The Paris Commune*, pp. 88-90; Alistair Horne, *The Fall of Paris: The Siege and the Commune, 1870-1871* (Nueva York, 1965), p. 367.

[30] Willette, *Raoul Rigault*, pp. 127-129. Ferré sustituyó a Rigault como delegado jefe en la Prefectura de Policía el 13 de mayo.

[31] Pierre Courthion, *Courbet raconté par lui-même et par ses amis*, vol. 1 (Ginebra, 1948); Willette, *Raoul Rigault*, pp. 154-155; Reclus, *La Commune de Paris*, pp. 137-138.

[32] Frederic Harrison, «The Revolution and the Commune», *Fortnightly Review*, 53:9 (mayo de 1871), pp. 559 y 573.

[33] Jacques Rougerie, *Procès des Communards* (1978), pp. 33-35 y 125-134; Rougerie, *La Commune de 1871*, pp. 99-102; Jacques Rougerie, «Composition d'une population insurgée», *Mouvement social* 48 (julio-septiembre de 1964), pp. 34 y 46. Carolyn Eichner, *Surmounting the Barricades: Women in the Paris Commune* (Bloomington, IN, 2004), p. 29. La edad media era de treinta y dos: general Appert, «Rapport d'ensemble [...] sur les opérations de la justice militaire relatives a l'insurrection de 1871», *Annales de l'Assemblée nationale* 43, du 1er au 17 décembre 1875 (1876), t. 43, p. 117.

[34] Rougerie, *La Commune de 1871*, pp. 99-102; Rougerie, «Composition d'une population insurgée», p. 46.

[35] David Shafer, «Plus que des ambulancières: Women in Articulation and Defence of their Ideals during the Paris Commune», *French History* 7:1 (1993), p. 97; Rougerie, «Composition d'une population insurgée», pp. 33-46; Appert, «Rapport d'ensemble», p. 117; William Serman, *La Commune de Paris* (1986), pp. 282-283. Entre las profesiones: albañiles, 2.293; zapateros, 1.491; domésticos, 1.402; cocheros, 1.024; ebanistas, 1.657; jornaleros, 2.901; cerrajeros/mecánicos, 2.664; pintores de edificios, 863; etc.; Kathleen Jones y Françoise Verges, «“Aux citoyennes!”», pp. 716-719.

[36] Wickham Hoffman, *Camp, Court, and Siege: A Narrative of Personal Adventure and Observation during Two Wars, 1861-1865, 1870-1871* (Nueva York, 1877), pp. 246 y 261.

[37] Paul Lidsky, *Les Écrivains contre la Commune* (1970), p. 48.

[38] George J. Becker (ed.), *Paris Under Siege, 1870-1871: From the Goncourt Journal* (Ithaca, NY, 1969), p. 263.

[39] Price, «Ideology and Motivation», p. 84; Robert Tombs, «Prudent Rebels: the 2<sup>nd</sup> arrondissement during the Paris Commune of 1871», *French History* 5:4 (1991), pp. 393-413.

[40] Horne, *The Fall of Paris*, p. 106; Stewart Edwards (ed.), *The Communards of Paris, 1871* (Ithaca, NY, 1973), pp. 81-83; Godineau, *La Commune de Paris*, pp. 91-93; Rials, *Nouvelle histoire*,

pp. 422-423.

[41] Pierre Lèveque, «Les courants politiques de la Commune de Paris», en Claude Latta (ed.), *La Commune de 1871* (Saint-Etienne, 2004), pp. 32-35; Johnson, *The Paradise of Association*, pp. 138-144.

[42] Edwards, *The Communards*, pp. 127-130.

[43] Bourgin, *La Commune de Paris*, pp. 55-56; Robert Tombs, «Harbingers or Entrepreneurs? A Worker's Cooperative during the Paris Commune», *Historical Journal* 27:4 (1984), pp. 970-977. La Association des Ouvriers de la Metallurgie era la otra cooperativa importante.

[44] Edwards, *The Communards*, pp. 138-139; Rials, *Nouvelle histoire*, p. 419; Sébastien Commissaire, *Mémoires et souvenirs*, vol. 2 (1888), pp. 373-374. El decreto sobre el salario fue aprobado el 21 de mayo.

[45] Jacques Rougerie, *Paris libre 1871* (1971), p. 78.

[46] Jones and Verges, «“Aux citoyennes!”», pp. 711-713; Gay Gullickson, *Unruly Women of Paris: Images of the Commune* (Ithaca, NY, 1996), pp. 122-123; Eichner, *Surmounting the Barricades*, p. 1; Johnson, *The Paradise of Association*, p. 235.

[47] Shafer, «*Plus que des ambulancières*», p. 91.

[48] Eugene Schulkind, «Socialist Women During the 1871 Paris Commune», *Past and Present* 106 (February 1985), pp. 133-134; Robert Tombs, «Les Communeuses», *Sociétés et Représentations* 6 (June 1998), p. 54; Jones and Verges, «“Aux citoyennes!”», pp. 716-719; Rougerie, *Procès des Communards*, p. 214.

[49] 8J 6e conseil de guerre, 683; Sylvie Braibant (ed.), *Elisabeth Dmitrieff* (1993), p. 162; Eichner, *Surmounting the Barricades*, p. 29; Godineau, *La Commune de Paris*, pp. 153-155; David Barry, *Women and Political Insurgency: France in the Mid-Nineteenth Century* (Basingstoke, 1996), pp. 130-131.

[50] Jones y Verges, «“Aux citoyennes!”», p. 728; Eichner, *Surmounting the Barricades*, pp. 111-115.

[51] 8J 6e conseil de guerre, 683; Gullickson, *Unruly Women*, pp. 121-125; Eichner, *Surmounting the Barricades*, p. 69.

[52] 8J 4e conseil de guerre 131, dossier 688; Eichner, *Surmounting the Barricades*, pp. 36-37, 63-65 y 91-93; Braibant, *Elisabeth Dmitrieff*, pp. 126, 141-142 y 146-147.

[53] Edwards, *The Communards*, pp. 130-133.

[54] Schulkind, «Socialist Women», pp. 136, 154-158 y 162; Jones and Verges, «“Aux citoyennes!”», pp. 714-715; Eichner, *Surmounting the Barricades*, pp. 69-78 y 87. Un documento sugiere que, en el Distrito VII, se habían inscrito 365 mujeres.

[55] Katz, *From Appomattox to Montmartre*, pp. 15-16, 26, 52-53, 354, 364, 426 y 478.

[56] René Bidouze, *72 jours qui changèrent la Cité: La Commune de Paris dans l'histoire des services publics* (2001), pp. 7, 88-89, 93, 100-101, 121, 130-131 y 144.

[57] *Ibid.*, pp. 108-114 y 127; Archibald Forbes, «What I Saw of the Commune», *Century Illustrated Magazine* 45:1 (noviembre de 1892), p. 66. La Commission des Finances de la Comuna supervisaba los ingresos: Banque de France, 15 millones de francos; *octrois*, un poco más de 12,2 millones; impuestos directos, 373.813; industria y tabaco, 2.63 millones; sellos y registro de documentos, 800.000; mercados, 814.323; ferrocarriles, 2 millones; reembolsos de la Guardia Nacional, 1 millón; otros ingresos varios, 50.000; dinero recaudado, alrededor de 6,61 millones; total, cerca de 41,95 millones de francos. La Comuna gastó alrededor de 42 millones de francos, 33 millones de los cuales fueron para la Delegación de Guerra, sobre todo para pagar los salarios de la



Guardia Nacional, o a los distritos (Tombs, *The Paris Commune*, pp. 90-93; Rials, *Nouvelle histoire*, pp. 380-382).

[58] Rials, *Nouvelle histoire*, pp. 411-413; Willette, *Raoul Rigault*, pp. 125-126.

[59] Reclus, *La Commune de Paris*, p. 278; W. Gibson, *Paris During the Commune* (Londres, 1895), pp. 196 y 206-207; Jean-François Lecaillon (ed.), *La Commune de Paris racontée par les Parisiens* (2009), p. 112; Choury, *Bonjour Monsieur Courbet!*, p. 86; Rougerie, *Procès des Communards*, pp. 197 y 206-207; 8J 3e conseil de guerre 36, dossier Fortuné Henry.

[60] Paul Martine, *Souvenirs d'insurgé: La Commune de 1871* (1971), pp. 103-105. Después de la Comuna, los *hommes d'ordre* declararon tales matrimonios nulos e inválidos; uno habría pensado que tales individuos habrían quedado satisfechos con que esas personas ya no se emparejaran en *unions libres*, por lo demás muy corrientes entre los trabajadores.

[61] Stewart Edwards, *The Paris Commune 1871* (Londres, 1971), p. 289 y cap. 9.

[62] Johnson, *The Paradise of Association*, pp. 153-155 y 171-184; Eugene Schulkind, «The Activity of Popular Organizations During the Paris Commune of 1871», *French Historical Studies* 4 (1960), pp. 400 y 408. Era más probable que hubieran sido condenados antes por algún delito contra el «orden público» y, por tanto, un delito político bajo el Segundo Imperio.

[63] Sutter-Laumann, *Histoire*, pp. 274-289.

[64] Vizetelly, *My Adventures*, p. 115; Becker, *Paris Under Siege*, pp. 246, 248-250, 258 y 265.

[65] Jules Bourelly (general), *Le Ministère de la Guerre sous la Commune* (sin fecha), p. 243; Mendes, *Les 73 jours*, p. 193.

[66] Paul Vignon, *Rien que ce que j'ai vu! Le siège de Paris – la Commune* (1913), pp. 97-100 y 114 (Édouard, 22, 24 y 30 de marzo; Paul, 22 y 28 de marzo), pp. 137 y 154-155 (Henri, 14 y 19 de abril).

[67] Vignon, *Rien que ce que j'ai vu!*, pp. 184-185 (sirvientes, 7 de mayo).

[68] *Ibid.*, p. 157.

[69] *Ibid.*, pp. 109-119, 137 y 145-146 (Henri, 10 de abril; Édouard, 28 y 30 de marzo; Paul, 29 de marzo y 2 y 15 de abril).

[70] Reclus, *La Commune de Paris*, p. 246.

[71] Vignon, *Rien que ce que j'ai vu!*, pp. 121-125 (Édouard y Henri, 4 de abril).

[72] *Ibid.*, pp. 130-133 (Henri, 8 de abril) y 154-155 (Henri, 19 de abril).

[73] *Ibid.*, pp. 190-191 (Henri, 13 de mayo).

[74] Gullickson, *Unruly Women*, pp. 144-147.

[75] Washburne, *Franco-German War*, 4, 13, 14, 16 y 20 de abril.

[76] Tombs, *The Paris Commune*, pp. 130-131; Leighton, *Paris Under the Commune*, pp. 215-216.

[77] Hoffman, *Camp, Court, and Siege*, p. 260.

[78] Vignon, *Rien que ce que j'ai vu!*, pp. 160-172.

[79] Sutter-Laumann, *Histoire*, pp. 275-176.

[80] Charles Beslay, *Mes souvenirs 1830-1848-1870* (1979), pp. 374-380 (carta del 24 de abril).

[81] Éric Fournier, *Paris en ruines: du Paris haussmannien au Paris communard* (2008), pp. 65-67; Vizetelly, *My Adventures*, pp. 105-106; 8J 3e conseil de guerre 6, dossier 29/5 (Gustave Courbet), interrogatorio, 3 de julio de 1871; Dittmar, *Gustave Courbet*, p. 147; Léonce Dupont, *Souvenirs de Versailles pendant la Commune* (1881), pp. 146-147.

[82] Edwards, *The Communards*, p. 134.

## IV. LA COMUNA CONTRA LA CRUZ

La ejecución sumaria de los comandantes comuneros Émile Duval y Gustave Flourens el 2 de abril cambió la historia de la Comuna de París. Desde el punto de vista de la Comuna, los versalleses no tenían derecho a ejecutar a ningún prisionero capturado. Había exigido que sus combatientes fueran tratados como «beligerantes» atendiendo a lo especificado en la Convención de Ginebra de 1864, aprobada como respuesta a la sangrienta Guerra de Crimea de 1853 a 1856 y la guerra de 1859 entre Francia y Austria. Pero Thiers y su gobierno siguieron insistiendo en que los comuneros prisioneros eran insurgentes y, por tanto, bandidos y criminales que no merecían ninguna protección ni podían acogerse a ningún tipo de derecho internacional.

En la reunión de la Comuna del 4 de abril, Raoul Rigault insistió en que se tomaran medidas como respuesta a la muerte de Duval y Flourens. Con el apoyo de Édouard Vaillant, propuso que se tomaran a rehenes, sugiriendo el encarcelamiento del arzobispo de París, Georges Darboy, y otros eclesiásticos. Cuatro días antes Darboy ya había recibido una advertencia de que sería detenido. Cuando Rigault ordenó la detención del arzobispo, aulló: «¡Dadme dos policías e iré yo mismo a detenerlo!»<sup>[1]</sup>.

Georges Darboy, nacido en 1813 en la pequeña ciudad (2.500 habitantes) de Fayl-Billot en Haute-Marne, en el este de Francia, era el mayor de cuatro hijos cuyos padres eran propietarios de una pequeña tienda de comestibles y artículos de mercería. Sus vecinos trabajaban la tierra o confeccionaban cestas y otros artículos de mimbre que se vendían en la región o sus alrededores. El mundo de la familia Darboy tenía su centro en la iglesia del pueblo. Desde el principio, el párroco decidió que Georges parecía destinado para el sacerdocio.

Georges ingresó en el pequeño seminario de Langres en 1827 junto a otros 200 niños, obligados a asistir a clase en aulas tan frías que en invierno la tinta a veces se congelaba. Cuatro años más tarde Darboy entró en el Seminario Mayor de Langres, anunciando que siempre estaría dispuesto a morir por su religión, lo que había sido el destino de un buen número de

sacerdotes y monjas durante el Terror en 1793-1794 de la Gran Revolución Francesa. Ordenado en 1836, Darboy se convirtió en profesor de Filosofía y luego de Teología en el Seminario. Siempre estuvo fascinado por la historia y su relación con la teología, y creía que la Iglesia tenía que adaptarse a las nuevas realidades sociales y políticas.

Darboy se sentía cada vez más preocupado por la creciente indiferencia hacia la Iglesia de grandes sectores de la población y la enorme diferencia en la práctica religiosa entre mujeres y hombres, por ejemplo, en la asistencia a misa. Lamentaba que la gente estuviera más preocupada por las «cosas terrenales». ¿No podrían las ciencias, por las que se sentía muy interesado, contribuir a reavivar la fe? ¿Y no debería la Iglesia proclamar su papel histórico en Francia?[2].

El intenso estudio y búsqueda de perfección personal de Darboy le impusieron una pesada carga, e incluso sufrimiento, en una especie de calvario privado que le aportaría la gracia en la misión de salvarse a sí mismo y a los demás. Pálido y pequeño, daba la impresión de ser reservado, nervioso, pensativo, incluso melancólico. Su cabello prematuramente canoso, como si lo hubiera coloreado la preocupación, colgaba lacio sobre sus sienes estrechas. Un contemporáneo inglés lo describía así: «Su nariz es demasiado grande, sus labios demasiado gruesos, su barbilla demasiado pesada, y carece de finura o gracia». Sin embargo, como decía uno de sus admiradores, «una flor no requiere un búcaro deslumbrante»[3].

En 1845 Denis Affre, el arzobispo de París, convocó a Darboy a la capital, donde fue nombrado capellán del prestigioso Collège Henri IV. Darboy se sentía «feliz, libre y alegre» en París, con «su atmósfera, su caos, sus ideas, su vida que todo lo consume». Sin embargo, cuando caminaba por la ciudad, se sentía consternado por la pobreza de los trabajadores, la mayoría de los residentes en París[4].

En un lluvioso 22 de febrero de 1848, en París estalló una revolución cuando el movimiento por la reforma política culminó en manifestaciones en la calle y las tropas mataron a tiros a varios manifestantes. La Monarquía de Julio se derrumbó y, al igual que su antecesor Carlos X de Borbón, el rey Luis Felipe I de Orleans huyó a Inglaterra. Darboy ofreció inmediatamente su apoyo a la Segunda República Francesa. El joven sacerdote creía que la revolución de febrero podría traer mejores relaciones entre la Iglesia y la gente común. Luego el levantamiento de las Jornadas de Junio sacudió la

capital y las manifestaciones de los trabajadores se convirtieron en una insurrección a gran escala. Mientras los enfrentamientos se multiplicaban en torno al Panteón, Darboy dio la extremaunción a varios obreros en la agonía. Durante el año siguiente, al mismo tiempo que la izquierda revolucionaria se hacía cada vez más fuerte, el entusiasmo de Darboy por la República se consumió.

Darboy seguía, no obstante, preocupado por la difícil situación de los parisinos pobres, y esperaba atenuar el anticlericalismo derivado, al menos en parte, de la profunda disparidad de riqueza entre las parroquias privilegiadas y las plebeyas. Cuando el nuevo arzobispo de París, Marie-Dominique Sibour, pidió a Darboy que llevara a cabo un estudio de las parroquias de la diócesis de París, descubrió lo que era obvio. Las parroquias de los distritos occidentales ricos disfrutaban de recursos prácticamente inagotables, y sus ceremonias religiosas tenían lugar con todo el esplendor y pompa imaginables. Tal ostentación no hacía más que acentuar el anticlericalismo popular en los barrios más pobres, cuyas iglesias eran austeras, a menudo casi desnudas, y a sus ceremonias acudían cada vez menos fieles[5].

La primera batalla de Darboy, no obstante, tuvo lugar con el Vaticano, y su negativa a someterse al papa Pío IX lo empujó más cerca de Napoleón III. Cuando era joven, había abrazado el galicanismo, una doctrina que sostenía que la autoridad de los 91 obispos franceses debía prevalecer sobre la del papa.

Siendo, como era, una de las principales figuras de la diócesis más importante y visible de Francia, Darboy entró en contacto con uno de los clérigos mejor relacionados, el abate Gaspard Deguerry, cura de la iglesia de la Madeleine, donde tenían lugar los matrimonios y bautismos de la elite. Deguerry era un hombre grande, imponente, que daba la impresión de que era él quien sostenía la Corte, y ejercía como confesor de la emperatriz Eugenia, quien, como su marido Napoleón III, tenía, al parecer, muchos pecados que confesar[6].

En 1859 el emperador nombró a Darboy obispo de Nancy, convirtiéndolo en el primer obispo abiertamente galicano nombrado durante los primeros siete años del Segundo Imperio. El Vaticano aceptó la nominación al no quedarle otro remedio, ya que el Concordato firmado con Napoleón en 1802 daba al Estado francés el derecho a nombrar obispos. El nuevo obispo

insistía en que la Iglesia no podía existir independientemente de las condiciones sociales y políticas y en que la autoridad temporal del papa simplemente no estaba en correspondencia «con la realidad moderna». En su opinión, «los grandes días del papado como institución política habían pasado»[7].

Cuando el arzobispo de París murió el último día de 1862, el emperador seleccionó a Darboy para reemplazarlo, haciendo caso omiso de la oposición del Vaticano. Al conocer su nombramiento, su madre comentó: «Arzobispo de París, eso es bueno, pero los arzobispos de París no duran mucho»[8]. Desde que Darboy se había trasladado a París, tres arzobispos habían muerto, dos de ellos violentamente.

En su nueva función, Darboy se situó aún más cerca del emperador. Satisfecho con su lealtad al Imperio, Napoleón III lo nombró senador, siendo el único arzobispo u obispo así honrado, y miembro del consejo asesor privado del emperador. En 1864 se convirtió en gran capellán de la residencia del emperador en las Tuileries, donde los ocupantes imperiales se rodeaban de gente rica que los adoraba. El arzobispo casó y bautizó a los miembros de la familia imperial y supervisó la primera comunión del príncipe imperial. Tales acontecimientos espectaculares le hacían sentirse incómodo, ya que lo situaban claramente junto a gente insustancial y opulenta con la que aquel hijo de tenderos provincianos nunca se sintió en realidad identificado. Cuando Napoleón III le concedió la Legión de Honor, el arzobispo aseguró a sus padres que no lo había emponzoñado «la enfermedad» de buscar honores imperiales[9].

El Primer Concilio Vaticano, convocado para aprobar la Constitución Dogmática *Pastor Aeternus* relativa a la infalibilidad papal, que se suponía que marcaría el fin de la oposición galicana a las prerrogativas papales, comenzó en diciembre de 1869. Los ultramontanos franceses estaban complacidos, insistiendo en que el papa era «Cristo en la tierra». En Roma Darboy surgió como líder de la oposición a la infalibilidad papal. El 13 de julio el papa se salió con la suya: los obispos apoyaron la infalibilidad papal, pero un tercio de los obispos franceses votó en contra o no votó. Darboy volvió a París sin votar, enviando después su aceptación formal a una doctrina a la que se había opuesto vigorosamente[10].

La primera reacción del arzobispo Darboy a la proclamación de la Comuna había sido mordaz: «Este es un desfile sin dignidad y una parodia

sin sentido y sin alma». A raíz de las primeras derrotas militares sufridas por las fuerzas comunales, en la tarde del 4 de abril unos 30 guardias nacionales entraron en el patio del palacio arzobispal. Un capitán de la Guardia Nacional, Révol, llevaba la citación oficial firmada por Rigault, que le ordenaba «arrestar a *monsieur* Darboy, el llamado arzobispo de París». Révol le dijo a Darboy que no quería causar daño al arzobispo y que sólo se trataría de una simple visita al prefecto de policía, quien le consultaría acerca de algunos tiros supuestamente disparados desde las ventanas de una escuela gestionada por los jesuitas, tras lo cual podría regresar a su residencia. La hermana del arzobispo se ofreció a acompañarlo, pero Darboy se negó; en su lugar fue con él Ernest Lagarde, un vicario de cuarenta y cinco años de edad<sup>[11]</sup>.

Darboy fue conducido hasta Rigault atravesando varias oficinas, algunas de las cuales parecían sumidas en un caos total, atestadas de gente fumando, gritando y bebiendo. El delegado de Seguridad, conocido por su descuido en el vestir, lucía ahora sorprendentemente una gorra militar cubierta de condecoraciones y estaba sentado en un elegante sillón elevado frente a una gran mesa cubierta por un tapete verde. La presencia de dos hombres en traje talar pareció enfurecerlo: «¡Así pues, aquí lo tenemos, ciudadano Darboy! ¡Bueno, ahora es nuestro turno!». Cuando el arzobispo se refirió al nuevo jefe de la Policía y sus colegas como «hijos míos», la respuesta inmediata, cortante, fue: «No somos sus hijos. ¡Somos los magistrados del pueblo!». El arzobispo le preguntó entonces por qué había sido detenido, y Rigault le espetó que durante mil ochocientos años «¡Ustedes nos han tenido prisioneros de sus supersticiones!». Era hora de que eso cambiara: «¡Sus *chouans* [insurgentes campesinos contrarrevolucionarios en el oeste de Francia en 1793-1794] masacraron a nuestros hermanos! Bueno, ahora es nuestro turno. Ahora somos nosotros los que tenemos la fuerza, la autoridad y el derecho, y vamos a usarlos». Prometió que los comuneros no iban a quemar a los clérigos vivos, como la Iglesia había hecho durante la Inquisición: «Somos más humanos. No... Lo vamos a fusilar». Cuando Darboy dejó asomar una pequeña sonrisa, Rigault le dijo que en dos días lo habrían fusilado... ¿Seguiría sonriendo entonces?

Rigault y su amigo blanquista Théophile Ferré acusaron al arzobispo de haber robado «el patrimonio del pueblo». Darboy respondió que las posesiones utilizadas para los servicios religiosos pertenecían a los consejos

de la Iglesia. Rigault y Ferré no estaban en absoluto dispuestos a reconocer la posición de Darboy como arzobispo, las propiedades de la Iglesia y ni siquiera la existencia de Dios. Cuando se le permitió ver a otro sacerdote brevemente, la autorización se refería a él como «el prisionero A quien dice que es un sirviente de alguien llamado Dios». La hermana del arzobispo, Justine, también fue encarcelada. Darboy fue trasladado a la prisión de la Conciergerie, que durante la Revolución había alojado a Luis XVI y María Antonieta, entre otros, antes de ser guillotinado[12].

El 5 de abril, después de la ejecución por los versalleses de los prisioneros capturados, la Comuna votó por 5-4 la «Ley de Rehenes», una decisión que legalizó la detención y el encarcelamiento de más clérigos. El artículo 5 de la ley anunciaba que, dado que el gobierno de Versalles se había puesto fuera de las leyes de la guerra y de la humanidad, la Comuna respondería ordenando la ejecución de tres rehenes[13].

Rigault no perdió el tiempo. Al día siguiente detuvo a más clérigos, comenzando por el cura de Saint-Séverin, junto con varios jesuitas, en su residencia en la rue de Sèvres. Al día siguiente fueron siete jesuitas de una escuela en el Distrito V, que había recibido por desgracia (a ojos de Rigault) con los brazos abiertos a los hijos de la vieja nobleza y las clases medias acomodadas. El párroco de Saint-Jacques-du-Haut-Pas fue encarcelado, acusado de pedir a las mujeres de su congregación que trataran de convencer a sus maridos de que no tomaran las armas para defender a la Comuna. El número de clérigos detenidos durante la Comuna pudo llegar a los 300, un pequeño porcentaje de los más de 125.000 sacerdotes, monjas y religiosos que vivían en París en aquel momento[14].

Gaspard Deguerry vivía en la rue Saint-Honoré, cerca de su iglesia de la Madeleine, donde servía como cura párroco. Un grupo de *fédérés* llamó a la puerta del presbiterio y, al menos según el conserje, entraron y se sirvieron vino. Deguerry logró salir vestido de civil y esconderse en una casa cercana. Pero lo encontraron y lo detuvieron inmediatamente, acusado de haberse opuesto al decreto de la Comuna de 2 de abril por el que se separaban Iglesia y Estado. Uno de los guardias nacionales supuestamente le dijo: «Vamos a procurar que llegue pronto a su paraíso»[15].

Dentro de la Comuna, el decreto sobre los rehenes acentuó las tensiones entre los republicanos moderados, que todavía esperaban algún tipo de compromiso con el gobierno de Versalles, y Rigault y el núcleo duro (*les*

*durs*). Rigault ya había ordenado la detención de varios moderados que le desagradaban. Eugène Protot, un abogado hijo de campesinos de Borgoña que era ahora el delegado de justicia, había exigido una explicación completa de las razones de las detenciones. Le indignaba que a los presos no se les permitieran visitas; ni siquiera los miembros de la Comuna podían verlos. Rigault seguía oponiéndose firmemente a que los presos recibieran visitas, pero al final fue derrotado[16]. A pesar de sus objeciones, la Comuna votó el 7 de abril que los presos podían recibirlas.

El 8 de abril se produjo un airado encontronazo entre Rigault y comuneros más moderados. Arthur Arnould, un miembro de la Comuna que estaba por la abolición de la Prefectura de Policía, denunció a Rigault. Fue apoyado por Charles Delescluze y Jean-Baptiste Clément, quienes acusaron a Rigault de impulsar la Comuna hacia una dictadura. Cuando la reunión confirmó, por una votación de 24 contra 17, la declaración del día anterior que permitía a los miembros de la Comuna visitar a los prisioneros, Rigault y Ferré presentaron su dimisión de la Comisión para la Seguridad General, que no fue aceptada. Sin embargo, la Comuna votó para reemplazar a Rigault como delegado de seguridad por Frédéric Cournet, un moderado. Rigault todavía mantenía su condición de miembro del órgano de gobierno de la Comuna como jefe de la Policía en la prefectura y, tres semanas más tarde, también fue nombrado fiscal público. Rigault, inflexible, creía que el ejercicio de la «justicia revolucionaria» ayudaría a salvar la Comuna[17].

La detención de Darboy, Deguerry y otros sacerdotes se produjo tras las ejecuciones sumarias de Flourens y Duval, como reacción frente a ellas, al menos nominalmente. Pero no habría tenido lugar si la Comuna no hubiera desencadenado una oleada de anticlericalismo popular en París. Como percibió el propio Darboy poco después de su llegada a París, el anticlericalismo había ido creciendo durante las últimas décadas en Francia. La práctica religiosa seguía disminuyendo en la capital y otras grandes ciudades, así como en un buen número de regiones. Además, la Iglesia católica seguía marcada por su oposición radical a la Revolución francesa y el apoyo a la monarquía. La construcción de una sociedad esencialmente secular era un objetivo primordial para los comuneros. El propio Élie Reclus, aunque era hijo de un pastor protestante y había completado sus estudios de Teología en Estrasburgo, no tenía pelos en la lengua y expresó claramente el 8 de abril el sentir popular: «Conspirando o no, lo cierto es



que el enorme sistema clerical se alza como un Ejército aún más amenazante que el de Versalles, más peligroso en cuanto que opera en la sombra» contra la Comuna.

Desde un principio, la Comuna había hecho todo lo posible para socavar el poder de la Iglesia y el clero. El día después de su llegada al poder, el 29 de marzo, el gobierno de la Comuna había decretado gratuita y obligatoria la enseñanza primaria, pero eso no era todo. La Sociedad de la Nueva Educación y los Amigos de la Instrucción pronto enviaron a delegados pidiendo que la Comuna considerara «la necesidad [...] de preparar a la juventud para gobernarse a sí misma por medio de una educación republicana» y exigió que la enseñanza religiosa fuera eliminada de las escuelas. En el Distrito III, un cartel se jactaba de que la educación laica era «un hecho consumado». Paul Martine realizó un recorrido con un delegado del Distrito IV para comprobar el funcionamiento de las escuelas, pero admitió que la idea de despedir al personal clerical lo repelía. En el Distrito XX, sin embargo, un masón supervisó «un programa muscular de laicización»[18].

El 2 de abril, Domingo de Ramos, la Comuna había votado formalmente la separación entre Iglesia y Estado, poniendo fin a los subsidios gubernamentales a las instituciones religiosas. También decretó la confiscación de los bienes de las órdenes religiosas (*congrégations*). La batalla entre la Bandera Roja y la Cruz estaba en marcha. En la rue de Grenelle, una multitud irrumpió en una escuela gestionada por una congregación religiosa y la cerró.

Al cabo de unas semanas muchos miembros de las órdenes religiosas habían abandonado sus puestos en la enseñanza y habían pedido el nombramiento de profesores seculares para reemplazarlos. La Comuna elevó los salarios de los maestros y sus asistentes y concedió igual salario a los maestros masculinos y femeninos. En varios barrios surgieron escuelas para niñas dirigidas por maestros laicos[19].

Una propuesta presentada más tarde sugería que las nuevas guarderías y jardines de infancia seculares estuvieran esparcidos por las zonas obreras, cerca de las grandes fábricas, con capacidad cada una de ellas para un centenar de bebés y niños pequeños. Ya se habían creado algunas de ellas[20], y también una escuela profesional de artes industriales, con una joven como directora.

A mediados de mayo la Comuna prohibió toda enseñanza religiosa en las escuelas laicas. Todos los signos religiosos fueron rápidamente retirados, incluyendo los crucifijos en las aulas (algunos ya lo habían sido durante el Gobierno de Defensa Nacional), cuya presencia identificaba claramente el papel antes central de la Iglesia en la educación francesa[21]. Édouard Moriac observaba con horror cómo, en la rue des Martyrs, una «banda» de alrededor de 200 críos marchaban tras un tambor y una pequeña bandera roja: «Cantaban a pleno pulmón *La Marsellesa*. Ese desfile grotesco celebraba la apertura de una escuela laica organizada por la Comuna»[22].

La comuna también tomó medidas para secularizar hospitales y cárceles. Por un decreto del 22 de abril, todos los símbolos religiosos debían ser retirados de las instalaciones médicas. Además, se prohibió a los miembros de las congregaciones religiosas asistir a los pacientes. Cuatro días antes los religiosos habían sido expulsados de la instalación médica ahora muy ocupada en el Rond-Point de Longchamps, pese a la oposición de los guardias heridos. Las hermanas agustinas siguieron ayudando en el Hôtel-Dieu, llevando cinturones de color rojo sobre sus sotanas negras, con los altares y crucifijos cubiertos con flores. Los capellanes eran, en principio, expulsados de cárceles y hospitales, pero se les permitía visitar a los presos y los pacientes durante el día. Siguieron firmando documentos oficiales, incluidos los bautismos. Las monjas fueron retiradas de las instituciones de caridad en algunos lugares, pero en otros continuaron su trabajo[23].

En su mayor parte la Comuna no impuso la secularización al pueblo de París. La estrecha relación de la Iglesia con la gente más acomodada había suscitado, en otro tiempo, la ira popular; el nacimiento de la Comuna no hizo más que desencadenarla. Muchos parisinos ordinarios veían ahora a los sacerdotes como «un tipo particular de burgués». Si bien humildes sacerdotes trabajaban en barrios plebeyos donde las iglesias estaban cada vez más vacías, procesiones extravagantes, accesorios eclesiásticos ostentosos y fieles elegantes caracterizaban iglesias como Notre-Dame-des-Victoires y la iglesia de la Madeleine del cura Gaspard Deguerry en el oeste de París. Las cartas escritas a *Père Duchêne* denunciaban a la Iglesia por «parasitismo social». Irenée Dauthier, que vivía en el Distrito X, pidió por primera vez a los editores y lectores que excusaran sus errores de sintaxis y ortografía y a continuación preguntaba por qué los obispos y abadías tenían ingresos tan enormes. ¿No significaba eso que podían tener «una mesa

mejor surtida que la del rey»? En una ciudad donde una cuarta parte de las parejas no estaban casadas, la Iglesia, que cobraba normalmente dos francos por registrar un nacimiento, exigía 7,50 francos (alrededor de dos días de salario para muchos) por registrar un nacimiento «ilegítimo». Una parisina comentaba con amargura: «Bautismos, bodas, entierros..., uno tiene que pagar por todo»[24]. El discurso anticlerical cundía en los clubes políticos, que a principios de abril empezaron de nuevo a reunirse en, al menos, 24 de las 51 iglesias de París. No sólo eran las iglesias, con mucho, los lugares más grandes donde podía reunirse un gran número de personas –como había sido el caso durante la Revolución francesa–, sino que su uso representaba la apropiación del espacio público por los comuneros, totalmente aprobado por el gobierno de la Comuna. Algunos de los clubes habían nacido después de la creación de la República el 4 de septiembre de 1870 y habían sido prohibidos por el general Vinoy el 11 de marzo; otros empezaron a funcionar durante la Comuna. Los parisinos escuchaban a los oradores debatir los temas del día, incluyendo el alto coste de los alimentos, los derechos de las mujeres y de los trabajadores, el estado de la enseñanza primaria, el papel del clero y el liderazgo de la Comuna[25].

La transformación de las iglesias en clubes provocó a veces enfrentamientos con los fieles. En el Club Saint-Ambroise una mujer protestó sonoramente contra una reunión que se celebraba en la iglesia y los asistentes la condujeron a la puerta en medio de grandes risas. El 6 de mayo los residentes locales se presentaron con órdenes oficiales para que Saint-Sulpice fuera utilizado como club. Algunos de los fieles expulsados protestaron vigorosamente y estalló una pelea. Los guardias nacionales de Belleville, acampados cerca, respondieron para proteger a los «clubistas» cantando *La Marsellesa*[26].

Como era de esperar, los fieles se dolían de la conversión de sus iglesias en clubes políticos. Los clubistas eran muy críticos hacia la Iglesia y persistían en sus ataques. Los portavoces de los clubes exigían la incautación de los bienes pertenecientes a las congregaciones, insistían en que el clero pagara un alquiler a la Comuna por el uso de los edificios eclesiásticos «para representar sus comedias» y exigían que los ingresos sirvieran para ayudar a las viudas y huérfanos de la Comuna. El club del barrio de Saint-Antoine pidió que las campanas se fundieran para hacer cañones, igual que durante la Revolución francesa.

Las conferenciantes femeninas centraban sus críticas en la influencia desmedida de la Iglesia sobre las mujeres, los matrimonios y la vida familiar, incluido su papel en la educación. Eran particularmente estrepitosas en su denuncia del matrimonio. En la gran iglesia gótica de Saint-Eustache, cerca del mercado central de Les Halles, una mujer advertía a las *citoyennes* que el matrimonio «es el mayor error de la humanidad antigua; casarse es convertirse en una esclava». En el club de Saint-Ambroise, una mujer se alzó para decir que ella nunca permitiría a su hija, que tenía dieciséis años, se casara, y que lo estaba haciendo bastante bien conviviendo con un hombre sin la bendición de la Iglesia. El club l'Auxerrois de Saint-Germain aprobó una resolución entusiasta en favor del divorcio[27].

Louise Michel presidía una reunión de mujeres tres veces a la semana en la grande rue de la Chapelle. Allí propuso «la abolición inmediata de la religión organizada y su sustitución por una moralidad más severa» que, para ella, consistía en «tratar a todos los demás y a uno mismo con justicia». Durante las reuniones del club algunas mujeres subían al púlpito para denunciar al clero con violencia retórica. En el Club de Saint-Sulpice, Gabrielle, de dieciséis años de edad, tronaba: «Tenemos que fusilar a los sacerdotes [...]. Las mujeres se ven perjudicadas por la confesión [...]. Por consiguiente, insto a todas las mujeres a apoderarse de todos los sacerdotes y quemar sus feas tazas [...]. ¡Y lo mismo hay que decir de las monjas!»[28].

A los ojos de la mayoría de los *clubistas*, el clero y la burguesía eran una y la misma cosa, lo que facilitaba su condena conjunta. Los oradores denunciaban a las personas con sombreros de copa y con «extravagantes trajes negros» como burgueses reaccionarios. En un club, un zapatero exigió la detención de todos los «reaccionarios» que empleaban servicio doméstico. En otro encuentro de este tipo, una mujer relató que, cerca de la Bolsa, una dama adinerada había insistido en que en aquella zona no había «ciudadanos», sino sólo «damas y caballeros». La gente acomodada, en particular los propietarios de inmuebles, se habían convertido en «buitres». Se apreciaba un tono milenarista –a veces violento–, como en el Club de la Liberación, donde un orador saludó «el advenimiento del día de la justicia [que] está llegando rápidamente [...]. ¡Proletarios, vais a renacer!»[29].

Las iglesias de París, ahora convertidas en clubes políticos, eran completamente irreconocibles, para delicia de la mayoría de los parisinos pero para disgusto de los demás. En la reunión del club en Saint-Michel, en Batignolles, los niños jugaban mientras los miembros de la Comuna se sentaban, engalanados con fajas rojas, en lugares normalmente reservados para los dignatarios eclesiásticos en la misa, que vestían de forma muy diferente. En lugar de himnos los órganos tocaban *La Marsellesa* y *Ça ira*, otro clásico revolucionario. Al ciudadano vicario Marguerite se le aseguró el 17 de mayo que al organista se pagaría con la condición de que tocara «aires patrióticos»[\[30\]](#).

A principios de mayo Maxime Vuillaume visitó el Club de Saint-Séverin, a una cuadra del Sena, con un amigo. La entrada a la iglesia estaba casi totalmente a oscuras, pero algo de luz parpadeaba desde el centro de la nave. De las columnas colgaban lámparas de gas. Detrás de una mesa se sentaban quienes presidían la reunión, con una bandera roja al lado. Un orador sugirió que brigadas armadas con instrumentos capaces de hacer fuego se ocuparan de los versalleses que amenazaban la ciudad. Una mujer lo siguió en la tribuna, pero Vuillaume y su amigo estaban inspeccionando los alrededores y no captaron el quid de lo que decía. Había cerca de un centenar de personas escuchando, incluyendo a una docena de mujeres. Muchos de los hombres vestían uniformes de la Guardia Nacional. Dos de ellos, sentados junto a un pilar, comían pan y salchichas y bebían un poco de vino. «Vámonos –imploró el amigo de Vuillaume–; la misa de medianoche sería más divertida.» Cuando salían, la sesión del club terminó con el canto de *La Marsellesa*. A la mañana siguiente, alguien barrió la iglesia y la misa se dio como de costumbre[\[31\]](#).

Paul Fontoulieu, un visitante hostil, encontró a tantas oradoras como oradores cuando asistió a una sesión del club en la iglesia de la Trinité. El tema de debate era cómo se podía reformar la sociedad. Lodoiska Cawaska, conocida como «la Amazona Polaca», habló en primer lugar; su discurso se escuchó con frialdad. A continuación, otra oradora de alrededor de treinta años llamó al establecimiento de cooperativas de productores. Las mujeres se levantaban para hablar una tras otra, y sus palabras a veces se alejaban del tema propuesto. Entre las «soluciones» se incluía la de fusilar a los que no querían luchar. En un breve discurso, Nathalie Le Mel insistió en que se acercaba el día del juicio final, y todo el mundo, incluidas las mujeres,

debían cumplir con su deber, luchar hasta el final y estar preparadas para morir[32]. Su discurso se premió con largos aplausos. El último orador fue vitoreado por la presentación de una parodia «grotesca» (a ojos de Fontoulieu) de una misa. Mientras la gente iba saliendo de la iglesia de la Trinité, la presidenta de la asamblea recordó a los asistentes que el barrio seguía lleno de monárquicos y versalleses[33].

Entrando en la iglesia de Saint-Eustache, el inglés John Leighton se vio «agradablemente sorprendido al encontrar la fuente llena de tabaco en lugar de agua bendita, y al ver en la distancia el altar cubierto de botellas y vasos». En una capilla lateral, alguien había vestido una estatua de la Virgen María con el uniforme de una cantinera (las mujeres que suministraban provisiones a los guardias nacionales), colocando una pequeña pipa en su boca. Leighton se sintió «particularmente encantado [...] por las caras amables de la gente que se reunía allí [...]. Era muy agradable no ver ninguno de esos elegantes vestidos y costumbres frívolas que han desgraciado desde hace tiempo a la mitad mejor de la raza humana». En cuanto a los hombres, «era encantadora la elegancia militar con la que sus gorras estaban ligeramente inclinadas sobre una oreja: sus caras, de por sí horribles, se iluminaban, no obstante, con la alegría de la libertad».

Edmond de Goncourt se sentía herido por el olor a ajo cuando entraba en una iglesia; cuando las campanas, que solían anunciar la misa, ahora servían para avisar el inicio de una reunión del club. Escuchó a un orador exigir la institución del Terror «de modo que las cabezas de los traidores puedan rodar inmediatamente por la plaza». Otro contaba que, en el seminario de Saint-Sulpice, se habían encontrado 10.060 botellas de vino, y un tercero preguntaba: «¿Qué me importa si tenemos éxito o no contra Versalles, si no encontramos soluciones para los problemas sociales y los obreros permanecen en las mismas condiciones que antes?»[34].

En la mayoría de los clubes, sin embargo, los asistentes respetaban el establecimiento donde se reunían. En la iglesia de Saint-Eustache, por ejemplo, se les dijo a los comuneros que no encendieran sus pipas. De Goncourt observó que los hombres solían quitarse el sombrero cuando entraban; sin embargo, algunos «visitantes» de las iglesias se comportaban de manera provocativa. En Saint-Vincent-de-Paul los comuneros se servían vino en cálices antes reservados para la misa. En Notre-Dame-des-Victoires guardias nacionales y prostitutas buscaban rincones donde divertirse. En

Saint-Leu, el 14 de abril, 30 o 40 *fédérés* se cubrieron con ropas eclesiásticas y se burlaron de la misa, entonando «canciones obscenas [...] acompañadas de los gestos más grotescos». Cierta Kobosko ofreció la «comunión» a los «fieles» sustituyendo las hostias por brioches y, en la cena posterior, los juerguistas se bebieron 130 botellas de vino. En otra iglesia un hombre bañó a su perro en la pila de agua bendita y algunos comuneros hacían sus necesidades en esos lugares. Aunque tales actos indignaban a los católicos practicantes, la Comuna y la mayoría de los comuneros se mofaban con insolencia de la religión organizada[35].

También se producían, de vez en cuando, saqueos y hurtos menores. Doce conventos informaron de daños o sustracciones de bienes. En Saint Médard se arrancaron pinturas de las paredes, se deterioraron el órgano y los ornamentos y se destrozaron los confesionarios. En Notre-Dame-des-Victoires los comuneros decapitaron lo que quedaba de las reliquias de un santo. Sin embargo, en general fueron sorprendentemente pocos casos, nada comparable a lo que ocurrió durante la fase más radical de la Revolución francesa. Los artículos sustraídos de la catedral de Notre Dame el Viernes Santo y amontonados en carros para llevárselos se salvaron cuando alguien corrió a avisar a los miembros de la Comuna en el Hôtel de Ville, que ordenó devolverlos a la sacristía[36].

Los eclesiásticos parisinos vieron disminuir drásticamente sus funciones durante la Comuna. Bautizos y comuniones menguaron y lo mismo sucedió con las bodas, en parte porque muchos hombres estaban en la Guardia Nacional y porque los parisinos más acomodados habían huido de la ciudad. Durante el Segundo Imperio los entierros civiles eran bastante raros, pero ahora se llevaban a cabo casi todos los días, con banderas rojas. La asistencia a misa decayó y se recogían muchas menos monedas en el cestillo cuando se pasaba[37].

De las 67 iglesias de París, 34 recibieron la orden de cerrar por distintos motivos. Notre-Dame-de-Lorette se transformó en cuartel el 13 de mayo y, seis días después, en una cárcel para los detenidos por eludir el servicio en la Guardia Nacional. Saint-Pierre-de-Montmartre se convirtió en un taller para la fabricación de uniformes, luego en un almacén para municiones y, durante unos días, en una escuela para niñas. La iglesia de Saint-Merri se transformó en un centro médico.

La prensa comunera mantuvo a toda potencia el discurso anticlerical. *Père Duchêne* iba en cabeza, acusando a los clérigos de ser parásitos con un deseo desmesurado de darse «la gran vida», insistiendo en la imagen del sacerdote o monje sobrealimentado que aprovechaba el sacramento de la confesión para «sonsacar» a las mujeres. La Iglesia era acusada de encerrar a las jóvenes en conventos –«lugares llenos de vicio»– donde sufrían una terrible explotación trabajando por un salario muy inferior al de las trabajadoras ordinarias. Implícitas en las diatribas anticlericales estaban siempre las sugerencias de que el secuestro de menores, las violaciones y la homosexualidad amenazaban a las familias sumisas. Abundaban las alusiones a pasadizos secretos bajo los conventos y monasterios, lo que contribuía a la obsesión con lo que se iba a encontrar en sus celdas durante los registros de los conventos. *La Sociale* informó que, en el de Notre Dame, se habían encontrados 2.000 fusiles y abundantes municiones, y *La Montagne* pregonaba la detención de un determinado número de monjes a raíz del descubrimiento de pólvora en las criptas de sus iglesias. Nada de eso era cierto, pero los rumores generaban titulares y alimentaban las discusiones callejeras[38].

Uno de los registros dio lugar a una historia estremecedora que se extendió rápidamente por todo París. En el sótano del convento de las Damas de Picpus los guardias encontraron lo que les parecían instrumentos de tortura y restos humanos. Las hermanas explicaron que habían atendido a tres de ellas que sufrían problemas mentales. Los supuestos instrumentos de tortura no eran, de hecho, nada más que unas «camas ortopédicas». Un médico llegó a la conclusión de que las monjas habían fallecido por causas naturales y que, por algún motivo, sus restos se habían mantenido en el convento a la espera de un destino final. Sin embargo, los periódicos siguieron ofreciendo «revelaciones» de faltas administrativas en Picpus y otros lugares, como sugerían titulares como «Las confesiones de un seminarista bretón», «Las revelaciones de un excusa», «Sádicos tonsurados» y «Los cadáveres de la iglesia de Notre-Dame-des-Victoires»[39]. La Guardia Nacional se tomó muy en serio los rumores sobre alijos ocultos de armas. Laurent Amodru, el vicario de cincuenta y cuatro años de edad de Notre-Dame-des-Victoires, acababa de oír confesiones alrededor de las 16:00 del 17 de mayo, cuando supo que la iglesia había sido rodeada por hombres del 159.º batallón de la Guardia



Nacional. Preguntó a un joven oficial qué estaban haciendo y recibió la respuesta de que tenían autorización para registrar la iglesia en busca de armas. El cura respondió que no encontrarían nada y sólo les pidió que, si debían realizar el registro, terminaran antes de la misa de las 19:00. Los guardias miraron con aprensión a las mujeres reunidas en la iglesia. Amodru afirmó más tarde que tuvo suerte al no haber sido asesinado por un soldado borracho de la guardia al que habían ordenado vigilarlo en la sacristía durante la búsqueda; otros dos guardias lo protegieron. A pesar de que la búsqueda no dio resultado, Amodru fue detenido y conducido a continuación a la Conciergerie, luego a la prisión de Mazas, cerca de la estación de Lyon y, finalmente, a la de La Roquette[40].

No todos los comuneros estaban dispuestos a combatir a la Iglesia. Algunas personas leales a la Comuna expresaron su oposición a las medidas anticlericales, especialmente a la expulsión de monjas de las instalaciones médicas y los registros de algunos conventos de órdenes religiosas. El 6 de abril, Viernes Santo, guardias nacionales entraron en la iglesia de Saint-Eustache y exigieron al abate Simon que los acompañara a la comisaría de Policía de barrio. Allí un joven magistrado interrogó al cura, asegurándole que conocía su buena reputación en el barrio. Un sobrino del cura se quejó a los miembros de la Comuna por la detención. Al enterarse de que su cura había sido detenido, las vendedoras del mercado de Les Halles fueron a ver a Rigault pidiéndole que el abate Simón fuera liberado. Un poco sorprendido por su ira, les preguntó: «¿Y si me niego a liberar a su papista (*calotin*)?». La respuesta refleja la tenacidad de las tenderas: «Entonces lo despiezaremos a la primera ocasión posible sobre un bloque en el mercado, ¡y sacaremos de usted un buen solomillo!». Rigault ordenó entonces soltar al sacerdote, quien volvió triunfal a su iglesia y en la siguiente misa pronunció un sermón sobre el perdón a los enemigos. En *Le Cri du Peuple* Jules Vallès tronó que, cuando él fue detenido durante el Segundo Imperio, no tenía a un sobrino que intercediera por él[41].

Pese a los rumores de opulencia y alto nivel de vida (lo que, en cualquier caso, se refería a los clérigos varones), algunos «visitantes» quedaron impresionados por la pobreza de las monjas y su trabajo con los pobres, para quienes, después de todo, la Comuna había llegado al poder. Y, cuando guardias nacionales registraron la residencia de los Padres del Espíritu Santo, el encuentro acabó siendo bastante cordial, ayudando los guardias a

los monjes a distribuir entre los pobres los escasos recursos de que disponían.

En ocasiones los guardias enviados a registrar una iglesia topaban con un cura al que habían conocido en su *quartier*. Los comuneros que entraron en Saint-Roch podían ser muy bien hostiles a la religión organizada, pero reconocían al cura que les había dado la primera comunión. Algunos comuneros ayudaban a los sacerdotes a escapar o avisaban a las autoridades religiosas de que se iba a producir una redada. Otros proporcionaban documentos de identificación a los clérigos y, pese a todas sus críticas a la Iglesia, no renunciaban a su fe personal. Algunos *fédérés*, por ejemplo, se ponían medallas religiosas antes de entrar en batalla[42].

En Saint-Nicolas-des-Champs un cura decía misa todos los días en una capilla y casi todas las noches se reunía un club en la parte principal de la iglesia. El clero terminó así compartiendo espacio cómodamente con los *clubistes*, con misas, bautismos y funerales celebrados en momentos diferentes que las reuniones del club, la mayoría de las cuales tenían lugar por la noche. La iglesia de Saint-Pierre, en Montrouge, en cuyo pórtico se había fijado una advertencia que decía que «las iglesias son las guaridas de los que han asesinado a la moral de las masas», se dividió en dos secciones, una para el clero y la otra como lugar de encuentro para un club presidido por un peluquero. En Saint Roch se celebraban misas, aunque el inglés Vizetelly informaba de que, «en más de una ocasión, se veían perturbadas por los insurgentes, como cuando una banda de guardias ebrios irrumpieron en la iglesia mientras unas 40 niñas recibían la primera comunión»[43].

Con el aumento de la tensión derivada de la situación militar, el anticlericalismo popular se hizo más decidido. Frente a esa oposición, el clero permaneció unido, ayudándose unos a otros cuando era posible y tomando el lugar de colegas encarcelados, aunque mantenían un bajo perfil en las ceremonias religiosas. En la iglesia de Saint-Merri no sonaban las campanas, el órgano se mantenía en silencio, el canto desapareció o fue silenciado y no se ponían flores en el altar. Las carmelitas de la rue d'Enfer hicieron callar sus campanas y las monjas de Marie-Répartrice suspendieron la enseñanza del catecismo. La parroquia de Saint Pierre du Petit-Montrouge mantenía clandestinamente los servicios religiosos en una casa vecina[44].

Al cabo de tres días en una celda en la Prefectura de Policía, el arzobispo Darboy fue trasladado a la prisión de Mazas, junto con el abate Deguerry. A ellos se unió Louis Bonjean, quien había servido como presidente del Senado imperial y como presidente de la Corte de Apelaciones y, durante el Imperio, aparecía relacionado al más alto nivel con la represión de la oposición política. Había sido uno de los primeros clérigos detenidos por orden de Rigault[45].

La prisión de Mazas era un complejo enorme parecido a una fortaleza. Consistía en 12 edificios, cada uno de ellos con 100 celdas, con un gran pabellón central coronado por una cúpula, que albergaba la oficina administrativa y una capilla. Las celdas eran pequeñas, cada una de ellas con una cama de hierro unida a la pared. Se establecieron estrictas reglas que prohibían cantar, hablar en voz alta o tratar de comunicarse con otros prisioneros[46].

El objetivo inmediato del encarcelamiento de aquellos rehenes relevantes era desalentar la ejecución por los versalleses de más comuneros presos. Tras la detención de Darboy, Rigault envió a Gaston Da Costa, su mano derecha, para pedir a Darboy y Deguerry que enviaran cartas a Thiers protestando contra aquellas muertes. Pocos días después de que Darboy, los demás hubieran sido tomados como rehenes, los líderes de la Comuna decidieron tratar de organizar un intercambio de prisioneros con Versalles. Auguste Blanqui, en prisión en Morlaix, en Bretaña, todavía parecía exactamente el tipo de líder revolucionario que podía galvanizar París; por otra parte, Rigault estaba obsesionado con la idea de recuperar al «Viejo»[47].

El 8 de abril Darboy escribió a Thiers afirmando que «la humanidad y la religión» exigían que le preguntara por el intercambio de rehenes por Blanqui. El arzobispo se refirió directamente a «los actos de barbarie [...], los excesos atroces» de las tropas de Versalles, incluyendo la ejecución de los combatientes heridos. Le pedía a Thiers que utilizara su influencia para poner fin a la guerra civil. Deguerry había escrito el día anterior a los miembros del Gobierno de Versalles pidiéndoles que detuvieran la ejecución de prisioneros, que sólo podía conducir a la toma de rehenes y, tal vez, a las represalias con que amenazaba ahora la Comuna[48].

A la vista de que Thiers no respondía, Rigault pidió a Benjamin Flotte, un veterano de la revolución de 1848 y amigo y discípulo de Blanqui, que

visitara a Darboy y le propusiera escribir una segunda carta. El 10 de abril Flotte y Lagarde, *grand vicaire* de Darboy, fueron a ver al arzobispo, quien inmediatamente les planteó el tema de la detención de su hermana. Flotte prometió que sería liberada (aunque eso no sucedió hasta el 28 de abril). Darboy volvió a escribir a Thiers el 12 de abril proponiéndole la liberación de Blanqui a cambio de la suya y las de Bonjean y Deguerry. Rigault se negó a que Deguerry saliera de prisión para llevar a Thiers personalmente la carta, que fue confiada a Lagarde; este llegó a Versalles el 14 de abril.

Thiers no tenía la menor intención de permitir el intercambio de Darboy por Blanqui, por temor a que esto proporcionara a sus enemigos comuneros a una figura destacada capaz de unirlos. Thiers negó que sus tropas estuvieran realizando ejecuciones, añadiendo que todos los insurgentes que entregaran sus armas se salvarían. Expresó sus dudas de que las cartas del arzobispo fueran realmente suyas. Cuando Lagarde volvió a verlo por tercera vez, Thiers le informó que el Consejo de Versalles se oponía unánimemente al intercambio. Dio instrucciones a Lagarde, mediante un mensaje entregado en mano, para llevar una carta sellada a Darboy, presumiblemente con su decisión.

Lagarde, sin embargo, permaneció en Versalles. Aunque Darboy le había dado instrucciones para volver a París inmediatamente, pidió más tiempo. El vicario general notificó finalmente desde Versalles que un retraso era inevitable. Darboy le escribió el 19 de abril insistiendo en que no permaneciera en Versalles ni un día más, pero Lagarde se quedó allí. Un artículo publicado en *Le Cri du Peuple* el 23 de abril revelaba los intentos de negociar un intercambio y criticaba a Lagarde por haber traicionado su promesa a Darboy al permanecer en Versalles. *La Sociale* denunció a Lagarde como mentiroso, cobarde y traidor, lo que no mejoró la imagen del clero ante los parisinos. El *Journal Officiel* de la Comuna publicó el 27 de abril toda esa correspondencia[49].

El embajador estadounidense Elihu B. Washburne había permanecido en París, tratando de ayudar a los ciudadanos americanos que seguían todavía en la capital. Ahora se encontró «sumergido en los más terribles acontecimientos del siglo»[50]. Washburne, cuya residencia había sido alcanzada dos veces por proyectiles versalleses, era consciente de la difícil situación del arzobispo Darboy. El 18 de abril había recibido cartas de diversas autoridades eclesiásticas, incluido el nuncio papal Flavio Chigi y

Lagarde, que le pedían que interviniera para obtener la liberación del arzobispo. El embajador había logrado la liberación de varias Hermanas de la Caridad yendo en persona a la Prefectura de Policía, por lo que debió de creer que tendría una suerte similar con Darboy. Cuando llegó a la Prefectura de Policía a las 10:30 de la mañana acompañado de Cluseret, y pidió permiso para visitarlo, trataron de ver a Rigault, pero un empleado les respondió con una sonrisa que estaba durmiendo, tras regresar de una larga noche. Cuando despertó, firmó un documento –sin mirarlo siquiera–, autorizando a Washburne «a comunicarse libremente con el ciudadano Darboy, arzobispo de París». Cluseret comentó: «¡Así es, pues, el hombre a quien el proletariado ha confiado uno de sus puestos más importantes!»[51].

El 23 de abril Elihu B. Washburne –la primera persona del exterior que lo había visto desde su detención– llevó al arzobispo una botella de Madeira. Darboy no expresó ningún resentimiento hacia sus captores, y agregó que los comuneros «serían juzgados peor de lo que realmente eran». Esperaría «la lógica de los acontecimientos». El 22 de abril la Comuna había promulgado un decreto en el que se especificaba que jurados elegidos entre los guardias nacionales considerarían los casos de rehenes individuales; también se ordenaba al fiscal general de la Comuna –que sería Rigault cuatro días más tarde– tomar a más rehenes[52].

Cinco días después Darboy envió a Lagarde otro mensaje, esta vez a través del embajador Washburne: el vicario debía regresar a París inmediatamente. Al cabo de otros cinco días, Washburne escribió a un funcionario estadounidense para informarle de que, a su juicio, la vida del arzobispo se hallaba «en el peligro más inminente», relatando que un grupo de guardias nacionales había ido a Mazas con la intención de fusilar a Darboy antes de que interviniera un funcionario de la Comuna. Lagarde podía tener verdaderas razones para retrasar su regreso de Versalles; pudo creer que eso conduciría directamente a la ejecución de Darboy y los demás rehenes. También pudo haber estado en contacto con Félix Pyat, quien pensaba que el pago de una gran suma de dinero podría bastar para obtener la libertad del arzobispo. Quizá escribió a Jules Simon acerca de esas posibilidades unos días antes, expresando la esperanza de una mayor influencia de los moderados en la Comuna. Por otra parte, el general Cluseret parecía estar a favor de la liberación de los rehenes, lo que habría dado esperanza a los partidarios de Darboy. El 2 de mayo Lagarde prometió

dejar Versalles, pero, dos días después, todavía estaba allí. Fueran cuales fueran sus razones, el hecho es que nunca se las comunicó a Washburne ni a Darboy. Los días de optimismo se evaporaron así rápidamente[53].

El 11 de mayo Darboy escribió un «memorándum» a Thiers, que le llegó a través de Chigi. Confesaba que no sabía aún qué respuesta le había dado Thiers a Lagarde, que había enviado «únicamente informes vagos e incompletos». Darboy describía el posible intercambio, que sería garantizado por el embajador Washburne, agregando que «la resistencia de París es militar en su totalidad, y la presencia de M. Blanqui no podría añadirle nada». Por su parte, el embajador estadounidense aseguró a Thiers que no tenían nada que perder con ese intercambio, y que la vida de Darboy probablemente dependía de él[54].

Lagarde tomó algunas medidas para ayudar a Darboy. Se puso en contacto con el abogado Étienne Plou, quien podría defender el caso del arzobispo directamente ante la Comuna. Rigault permitió al abogado ver a los rehenes dos veces, pero el 11 de mayo Plou escribió al embajador Washburne para quejarse de que Ferré le impedía ver a Darboy[55]. Dos días después Flotte, quien estaba todavía en París y había visitado a Darboy, recibió permiso para ver a Thiers, quien volvió a insistir en que el intercambio no era posible; la cuestión de un posible intercambio había «agitado» dos veces su Consejo, y no creía que la vida de Darboy estuviera realmente en peligro. Le dijo a Flotte que plantearía el tema al día siguiente a la Comisión de los Quince, su grupo asesor[56].

A la mañana siguiente Thiers informó a Flotte de que ningún cambio sería posible, ya que «devolver a Blanqui a los insurrectos equivaldría a proporcionarles una fuerza igual a un cuerpo de Ejército». Flotte le recordó a Thiers que en Mazas había otros 74 rehenes retenidos y que, si él firmaba una orden de liberación de Blanqui, los traerían a todos a Versalles al día siguiente. Thiers exageraba probablemente la influencia de Blanqui. Su regreso a París no habría proporcionado necesariamente al líder que necesitaban los comuneros. Era un hombre viejo y enfermo, cuya influencia provenía quizá más de su leyenda y encarcelamiento en un lugar distante. Pocos comuneros, aparte de Rigault y Flotte, lo habían visto nunca.

De vuelta a Mazas, cuando Flotte contó lo que había ocurrido, Deguerry llamó a Thiers «un hombre sin corazón», creyendo que era una maniobra calculada por su parte. Thiers pudo muy bien creer que la ejecución de

Darboy y otros rehenes desacreditaría enormemente a la Comuna. La muerte del arzobispo justificaría represalias continuas contra los comuneros[57].

A medida que los días se convertían en semanas sin señales de que su liberación fuera inminente, el arzobispo Darboy parecía cada vez más indiferente a su destino terrenal. Escribió a su hermano diciéndole que estaba bastante bien, tenía todo lo que necesitaba y «no estaba siendo tratado tan mal como [su familia] podría haber oído». El médico de la prisión advirtió que, si su situación no mejoraba, no duraría ni 15 días. Fue trasladado a una celda mayor, con una pequeña mesa, una silla, más aire, ropa traída de su residencia y comida desde el exterior. Disponía de algunos libros de teología. Tenía en su celda una cruz que el arzobispo Affre le había regalado y un anillo con un gran zafiro, regalo del arzobispo Sibour[58].

Le presentaron dos propuestas de huida. Un joven, el conde Anatole de Montferrier, consiguió llegar hasta el arzobispo y le ofreció un enrevesado plan, del que formaba parte un falso salvoconducto, que el arzobispo declinó rápidamente. También uno de sus guardias se ofreció a ayudarlo a escapar, pero Darboy respondió que su huida sería «la señal para matar a todos los sacerdotes presos», y que prefería que lo mataran a él antes que a otros en su lugar[59].

La ejecución sumaria por los versalleses de los comandantes comuneros Flourens y Duval subió la apuesta para la Comuna de París, así como para el arzobispo Darboy y los demás rehenes encarcelados en la prisión de Mazas. Cuando las tropas de primera línea de los versalleses se acercaban a las murallas de París, todo estaba a punto para una dramática confrontación militar.

[1] Jean Baronnet (ed.), *Enquête sur la Commune de Paris (La Revue Blanche)* (2011), p. 140; Jacques-Olivier Boudon, *Monseigneur Darboy (1813-1871)* (2011), p. 144.

[2] Joseph-Alfred Foulon, *Histoire de la vie et des œuvres de Mgr Darboy, archevêque de Paris* (1889), pp. 1-25; Archives Nationales, F19 2555; Joseph Abel Guillermin, *Vie de Mgr Darboy, archevêque de Paris, mis à mort en haine de la foi le 24 mai 1871* (1888), p. 13; Boudon, *Monseigneur Darboy*, pp. 11-15 y 23-24; Jacques-Olivier Boudon, «Une nomination épiscopale sous le Second Empire: l'abbé Darboy a l'assaut de Paris», *Revue de l'histoire moderne et contemporaine* 39:3 (1992), p. 467; Archives Nationales, F19 2555; abate Omer Maurette, *Monseigneur Georges*

*Darboy, archévêque de Paris, sa vie, ses oeuvres* (1863); Charles Chauvin, *Mgr Darboy, archevêque de Paris, otage de la Commune (1813-1871)* (2011), pp. 12-13.

[3] Maurette, *Monseigneur Georges Darboy*, pp. 1-11; Lewis C. Price, *Archbishop Darboy and Some French Tragedies, 1813-1871* (Londres, sin fecha), p. 144.

[4] Boudon, *Monseigneur Darboy*, pp. 26-31; Boudon, «Une nomination épiscopal», pp. 470-472; Jacques Gadille, «Georges Darboy Archeveque de Paris», *Mélanges offerts a M. le doyen André Latreille* (Lyon, 1972), pp. 187-197. Pronto publicó *Les Femmes de la Bible* y *La Vie des saints illustré, Saint-Augustin*.

[5] George Dorboy, *Statistique religieuse du diocèse de Paris: Mémoire sur l'état présent du diocèse* (1856); Boudon, «Une promotion épiscopal», pp. 474-475; Foulon, *Histoire*, pp. 170-181. El 3 de enero de 1857 Sibour se convirtió en el segundo arzobispo consecutivo de París en encontrar un final violento, siendo muerto a puñaladas por un sacerdote que había sido excluido del sacerdocio por el papa por oponerse abiertamente a la doctrina de la Inmaculada Concepción.

[6] Imbert de Saint-Amand, *Deux Victimes de la Commune* (1888), pp. 13-25; Price, *Archbishop Darboy*, p. 146; Boudon, *Monseigneur Darboy*, p. 45; Élie Reclus, *La Commune de Paris au jour le jour* (2011), p. 76.

[7] Archives Nationales, F19 2555, carta del prefecto de Meurthe-et-Moselle, 1 de marzo de 1862.

[8] Alexis Pierron, *Mgr Darboy: Esquisses familiales* (1872), p. 8; Archives Nationales, F19 1954, Ministre des cultes al Ministre des affaires étrangères, 13 de enero de 1863; Boudon, *Monseigneur Darboy*, pp. 41, 64-66, 110-111, 103-104 y 117-120. La emperatriz Eugenia, en cambio, apoyó firmemente la candidatura de Deguerry. Con la ascensión de su hijo a su nuevo puesto, el más importante de la Iglesia católica francesa, los padres de Darboy comenzaron a tratarlo de usted.

[9] Foulon, *Histoire*, pp. 380, 414-421, 430, 435 y 616; Anónimo, *La Vérité sur Mgr Darboy* (Gien, 1889), p. 58; Price, *Archbishop Darboy*, p. 145; Pierron, *Mgr Darboy*, p. 191.

[10] Adrien Dansette, *Religious History of Modern France*, vol. 1 (Nueva York, 1961), pp. 303-306; Foulon, *Histoire*, pp. 438-443, 460-465, 501 y 505; Price, *Archbishop Darboy*, pp. 125-127; Jacques-Olivier Boudon, *Monseigneur Darboy*, pp. 127-137; Chauvin, *Mgr Darboy*, pp. 115 y 306. Darboy presidió el funeral de una figura destacada entre los masones de Francia, sin hacer el menor caso a la presencia de signos masónicos.

[11] Foulon, *Histoire*, p. 509; Guillermin, *Vie de Mgr Darboy*, pp. 313-317; Gustave Gautherot, *Thiers et Mgr Darboy* (1910), pp. 4-6.

[12] Foulon, *Histoire*, pp. 515-522; Gautherot, *Thiers et Mgr Darboy*, pp. 11-12; abate [Henri-Pierre] Lamazou, *La Place Vendôme et la Roquette* (1876), p. 226; Olivier Marion, «La vie religieuse pendant la Commune de Paris 1871» (tesis no publicada, Paris-X Nanterre, 1981), p. 262. Rigault se inclinaba por hacer fusilar inmediatamente a Darboy y otros, como represalia por la ejecución de Duval y Flourens por los versalleses (Luc Willette, *Raoul Rigault, 25 ans, Communiste, chef de police* [1984]), p. 141.

[13] Jean-Baptiste Clément, *La Revanche des Communeux* (1886), p. 178; Pierre Vésinier, *History of the Commune of Paris* (1872), p. 309; L. P. Guénin, *Assassinat des otages: Sixième conseil de guerre* (1871), pp. 295-296. Un artículo de Rigault en *La Sociale* acusaba al clero de haber ayudado a los prusianos.

[14] Paul Perny (R. P.), *Deux mois de prison sous la Commune, suivi de détails authentiques sur l'assassinat de Mgr l'archevêque de Paris* (1871), pp. 35 y 38; Willette, *Raoul Rigault*, p. 136; A. Rastoul, *L'Église de Paris sous la Commune*, pp. 25-26, 39, 55-56, 85-86 y 117-118; Ernest A. Vizetelly, *My Adventures in the Commune* (n. p., 2009 [1914]), p. 109; Gaston Da Costa, *Mémoires*



d'un Communard: la Commune vécue (2009), pp. 158-159; Stéphane Rials, *Nouvelle histoire de Paris de Trochu à Thiers 1870-1873* (1985), p. 450; Marion, «La vie religieuse», pp. 70-71, cuenta 148 sacerdotes detenidos. Treinta y seis de 66 curas fueron encarcelados, aunque algunos sólo brevemente; 25 fueron calificados como «huidos».

[15] Saint-Amand, *Deux Victimes*, p. 83; Antoine-Auguste Vidieu (abate), *Histoire de la Commune de Paris en 1871*, vol. 1 (1876), p. 232.

[16] Clément, *La revanche des Communeux*, p. 168.

[17] *Procès-Verbaux de la Commune de 1871*, vol. 1 (1924), pp. 145-148; Willette, *Raoul Rigault*, pp. 109-113 y 143-144; Vizetelly, *My Adventures*, pp. 118-119. Willette (*Raoul Rigault*, p. 128) señala que el número total de detenciones llevadas a cabo durante la Comuna fue de 3.632. Sin embargo, este número incluye detenciones por delitos y faltas; el número total de detenciones «políticas», incluyendo los liberados con bastante rapidez, no fue probablemente más que de unos cientos (*ibid.*, p. 129).

[18] Stewart Edwards, *The Paris Commune 1871* (Newton Abbot, 1971), pp. 268-269; Gérard Dittmar, *Histoire des femmes dans la Commune de Paris* (2003), p. 89; William Serman, *La Commune de Paris* (1986), pp. 387-389; S. Froumov, *La Commune de Paris et la démocratisation de l'école* (Moscú, 1964), pp. 16-17 y 113; Marion, «La vie religieuse», pp. 54-57.

[19] Marion, «La vie religieuse», pp. 52-53; Eugene Schulkind, «Socialist Women During the 1871 Paris Commune», *Past and Present* 106 (febrero de 1985), p. 136; Froumov, *La Commune de Paris*, pp. 48-49, 70 y 148.

[20] Stewart Edwards (ed.), *The Communards of Paris, 1871* (Ithaca, NY, 1973), pp. 117-120. El 21 de mayo la Comuna nombró una comisión para organizar la educación de las niñas.

[21] Georges Bourgin, *La Commune de Paris* (1971), pp. 46-47.

[22] Édouard Moriac, *Paris sous la Commune* (1871), pp. 336-337.

[23] Marion, «La vie religieuse», pp. 59-61; Bertrand Taithe, *Defeated Flesh: Medicine, Welfare, and Warfare in the Making of Modern France* (Mánchester, 1999), pp. 131-135 y 150-152.

[24] Carolyn Eichner, *Surmounting the Barricades: Women in the Paris Commune* (Bloomington, IN, 2004), p. 136; Marion, «La vie religieuse», pp. 245-249; S. Sakharov, *Lettres au Père Duchêne pendant la Commune de Paris* (1934), pp. 51-52 y 55 (30 y 27 de abril de 1871); Jacques Rougerie, *Paris libre 1871* (1971), p. 195.

[25] Rials, *Nouvelle histoire*, pp. 456-457; Serman, *La Commune de Paris*, p. 292; Edwards, *The Paris Commune*, pp. 282-283; Martin Phillip Johnson, *The Paradise of Association: Political Culture and Popular Organizations in the Paris Commune of 1871* (Ann Arbor, MI, 1996), pp. 197-200.

[26] Carolyn Eichner, «“We Must Shoot the Priests”: Revolutionary Women and Anticlericalism in the Paris Commune of 1871», en *Cities Under Siege/Situazioni d'Assedio/États de Siège*, ed. de Lucia Carle y Antoinette Fauve-Chamoux (Florence, 2002), p. 268.

[27] Rougerie, *Paris libre 1871*, p. 210; Jacques Rougerie, *Procès des Communards* (1978), p. 182; David Barry, *Women and Political Insurgency: France in the Mid-nineteenth Century* (Basingstoke, 1996), p. 122; Eichner, *Surmounting the Barricades*, pp. 138 y 146-147; Kathleen Jones y Françoise Verges, «“Aux citoyennes!”: Women, Politics, and the Paris Commune of 1871», *History of European Ideas* 13 (1991), p. 721.

[28] Eichner, «“We Must Shoot the Priests”», pp. 265-267.

[29] Johnson, *The Paradise of Association*, pp. 208 y 217; Rougerie, *Paris libre 1871*, pp. 229, 237 y 246; Robert Tombs, *The Paris Commune 1871* (Nueva York, 1999), pp. 121 y 123.

[30] François Bournand, *Le clergé pendant la Commune* (1892), pp. 135-139; Maurice Choury, *Les damnés de la terre, 1871* (1970), pp. 81-82; Eichner, *Surmounting the Barricades*, p. 142.

[31] Maxime Vuillaume, *Mes Cahiers rouges au temps de la Commune* (1971), pp. 274-278.

[32] 8J 4e conseil de guerre 131, dossier 688, report on Duval, femme Le Mel, 21 June 1872; commissaire de police Pédezert, 21 June 1871; commissaire de police, Notre-Dame-des-Champs, 22 July 1872; Quimper gendarmerie captain, 24 de julio de 1872; gendarmerie, Brest, 21 and 29 July 1872; renseignements de police, 19 de agosto de 1872; commissaire de police Pédezert, 21 de junio de 1871.

[33] Gay Gullickson, *Unruly Women of Paris: Images of the Commune* (Ithaca, NY, 1996), p. 109; Edwards (ed.), *The Communards*, pp. 105-108.

[34] George J. Becker (ed.), *Paris Under Siege, 1870-1871: From the Goncourt Journal* (Ithaca, NY, 1969), p. 280.

[35] Marion, «La vie religieuse», pp. 120-122; Rougerie, *Procès des Communards*, p. 201.

[36] Marion, «La vie religieuse», p. 118; Rials (*Nouvelle histoire*, pp. 456-457) escribe que, en París, tuvo lugar algún tipo de saqueo en 31 iglesias, «profanaciones» en 12, y vandalismo en otras 19; 13 iglesias fueron cerradas temporal o definitivamente durante la Comuna.

[37] Marion, «La vie religieuse», pp. 79 y 162-172. Los bautismos cayeron de 3.513 en mayo de 1870 a 823 en el mismo mes del año siguiente.

[38] *Ibid.*, pp. 43-45, 88-89 y 224-238 (*Père Duchêne* 1, 3 y 20 de abril).

[39] Rastoul, *L'Église de Paris*, pp. 341-351; Edward S. Mason, *The Paris Commune: An Episode in the History of the Socialist Movement* (1930), pp. 272-273.

[40] Archives de la Défense, Ly 140, 20 de julio de 1871 (todos los subsiguientes dosieres Ly provienen de esos archivos en Vincennes).

[41] Denis Arthur Bingham, *Recollections of Paris*, vol. 2 (Londres, 1896), pp. 57-59.

[42] Marion, «La vie religieuse», pp. 97-103.

[43] Vizetelly, *My Adventures*, pp. 121-123.

[44] Marion, «La vie religieuse», pp. 104-105 y 149-153.

[45] Foulon, *Histoire*, pp. 520-530; Price, *Archbishop Darboy*, pp. 213-222; Gautherot, *Thiers et Mgr Darboy*, pp. 9-14; Da Costa, *Mémoires d'un Communard*, pp. 157-158; Willette, *Raoul Rigault*, p. 129. Bonjean era bien conocido por su apoyo a los galicanos.

[46] Pierron, *Mgr Darboy* (1872), p. 73; Chauvin, *Mgr Darboy*, p. 133.

[47] Da Costa, *Mémoires d'un Communard*, p. 162; Willette, *Raoul Rigault*, p. 139.

[48] Foulon, *Histoire*, pp. 534-536.

[49] Chauvin, *Mgr Darboy*, pp. 133-140; Benjamin Flotte, *Blanqui et les otages en 1871* (1885), pp. 6-14; Gautherot, *Thiers et Mgr Darboy*, pp. 40-60, 104 y 126-135; Jacques-Olivier Boudon, *Monseigneur Darboy (1813-1871)*, p. 146. Foulon, *Histoire*, pp. 536-544.

[50] Philip M. Katz, *From Appomattox to Montmartre: Americans and the Paris Commune* (Cambridge, MA, 1998), pp. 47-48.

[51] Gustave Cluseret (general), *Mémoires du Général Cluseret*, vol. 2 (1887-1888), pp. 213-215.

[52] Katz, *From Appomattox to Montmartre*, pp. 20-22 y 40-43; Patrick H. Hutton, *The Cult of Revolutionary Tradition: The Blanquists in French Politics, 1864-1893* (Berkeley, CA, 1981), pp. 87-88.

[53] Gautherot, *Thiers et Mgr Darboy*, pp. 73-90, 123, 143 y 150-66; Elihu Benjamin Washburne, *Account of the Sufferings and Death of the Most Reverend George Darboy, Late Archbishop of Paris* (Nueva York, 1873), pp. 26-29, cartas del 25 de abril y 2 de mayo.

[54] Washburne, *Account of the Sufferings*, pp. 34-38; Chauvin, *Mgr Darboy*, p. 139; Foulon, *Histoire*, p. 626.

[55] Washburne, *Account of the Sufferings*, p. 40, Plou to Washburne, 11 de mayo de 1871; Elihu Benjamin Washburne, *Franco-German War and Insurrection of the Commune: Correspondence of E. B. Washburne (Washington, DC, 1878)*, 23 de abril. Después de ser liberada, Justine se fue a reunirse con otro hermano en Nancy (Chauvin, *Mgr Darboy*, p. 141).

[56] Flotte, *Blanqui et les otages*, pp. 24-29.

[57] *Ibid.*, pp. 24-28; Gautherot, *Thiers et Mgr Darboy*, pp. 44-46.

[58] Foulon, *Histoire*, pp. 546-555; Perny, *Deux mois de prison*, pp. 132-239.

[59] Foulon, *Histoire*, pp. 551-555.

## V. LA SUERTE LE VUELVE LA ESPALDA A LOS COMUNEROS

Los versalleses habían comenzado a bombardear París el 2 de abril. El pastor metodista W. Gibson escuchó a un soldado de la Guardia Nacional decir al día siguiente: «¡Nos van a aplastar!»[1]. El bombardeo se intensificó el 12 de abril. Cinco días después, Gibson concluía: «Al parecer, por lo que se sabe de la Asamblea de Versalles, muchos de los diputados estarían encantados de ver París bombardeado y la ciudad arrasada hasta los cimientos». De hecho, el 21 de mayo las bombas versallesas habían matado indiscriminadamente a cientos y tal vez miles de parisinos y destruido cientos de edificios en los barrios de los distritos occidentales y centrales al alcance de la artillería del Ejército. Irónicamente, muchos de esos barrios eran notoriamente contrarios a la Comuna o, al menos, neutrales. La Comuna estaba siendo arrinconada por el poderío del Ejército de Thiers, y parecía cada vez menos probable que se pudiera llegar a recuperar[2].

Al residente británico John Leighton le indignó que a los versalleses, por los que sentía cierta simpatía de clase, «no les bastara» machacar fuertes y terraplenes y matar no sólo a soldados comuneros, sino también a «mujeres y niños, transeúntes ordinarios [incluyendo] desgraciados necesariamente obligados a aventurarse en las calles vecinas para poder comprar el pan». El diplomático estadounidense Wickham Hoffman estaba de acuerdo: «Siempre será un misterio por qué los franceses bombardearon tan persistentemente la zona del Arc de Triomphe –el extremo oeste de París–, donde 9 de cada 10 habitantes eran conocidos amigos del Gobierno»[3].

Para los parisinos que acababan de vivir el asedio prusiano, aquello era mucho peor. Los prusianos nunca habían bombardeado las instalaciones médicas, pero los versalleses lo hicieron. Thiers transmitió a las provincias que los comuneros estaban saqueando las propiedades en París, mientras sus propios cañones iban derribando una fila de casas tras otra en los Champs-Élysées. Todavía entonces Thiers negaba que estuvieran cayendo bombas en París[4].

Algunos parisinos acudieron al Arc de Triomphe el 6 de abril para ver lo que estaba pasando, como lo habían hecho durante la primera o segunda semana del asedio prusiano. Un avisado emprendedor cobraba una cantidad a los que querían una mejor vista desde lo alto de algunas sillas apiladas. Desde el Arc de Triomphe, Leighton observó «cómo una inmóvil y atenta multitud iba llenando toda la avenida de la Grande Armée hasta la Porte Maillot, de la que una gran nube de humo blanco brotaba a intervalos seguida de una violenta explosión [...]. De repente una avalancha de polvo, procedente de la Porte Maillot, empujó hacia atrás al grueso de la multitud y, a medida que se acercaba, ampliándose y girando cada vez más locamente, todo el mundo se sentía presa del terror y corría gritando y gesticulando»[5].

El primer funeral comunero por las víctimas del bombardeo versallés tuvo lugar el 6 de abril, inmediatamente después de que comenzara el asedio. Coches fúnebres gigantes arrastrados por caballos recorrieron los bulevares de París. El jacobino Charles Delescluze, miembro del Consejo de Gobierno de la Comuna, pronunció una oración fúnebre por los parisinos martirizados, concluyendo que «esta gran ciudad [...] tiene en sus manos el futuro de la humanidad [...]. No lloréis por nuestros hermanos que han caído heroicamente, pero ¡jurad continuar su trabajo!». Funerales menos ceremoniales se convirtieron en un acontecimiento diario. La Comuna concedió una pensión anual de 600 francos a las viudas cuyos hombres habían muerto luchando, y de 365 francos a sus hijos[6].

Entre los muertos y heridos había niños como Eugène-Léon Vaxivierre, de trece años de edad, que siguió manejando un cañón a pesar de haber sido herido. Otro chico, Guillaume, fue herido por un proyectil mientras disparaba una pieza de artillería con su padre. Charles Bondcritter, de quince años, murió después de permanecer junto a su cañón 10 días[7].

En la avenida des Ternes, que ahora quedaba al alcance de las bombas versallesas, una procesión funeraria recorría tristemente su camino. Dos hombres llevaban en un pequeño ataúd el cadáver de un niño. El padre, un trabajador vestido con su mono azul, caminaba tristemente detrás, con un pequeño grupo de parientes. De repente un proyectil, disparado desde Mont-Valérien, destruyó el pequeño ataúd, cubriendo el cortejo fúnebre con sus restos humanos. Leighton comentó irónicamente: «¡Masacrar a los

muertos! ¡Verdaderamente esos cañones son una maravilla, un refinado invento!»[8].

El Ejército de Thiers era realmente implacable. El 11 de abril tropas versallesas repelieron a las fuerzas comuneras hasta Asnières y avanzaron hasta la meseta de Châtillon, al sur de la capital. Eso permitió a su Ejército aproximar los cañones y bombardear los fuertes y murallas exteriores de París. Mientras los comuneros huían al otro lado de lo que quedaba de un puente de ferrocarril, parcialmente destruido por los proyectiles versalleses, Ernest Vizetelly observaba cómo gendarmes a caballo «acosaban a hombres que habían caído», haciéndoles caer al Sena, donde se ahogaban[9].

Alix Payen, cuyo marido Henri era sargento en la Guardia Nacional, se ofreció como *ambulancière* (ayudante en las ambulancias), porque no quería separarse de su marido. Estaba junto a él en el fuerte de Issy cuidando de los heridos durante los combates. Uno de los comuneros encontró para Alix una especie de refugio, en una tumba familiar en un cementerio. Los comuneros a los que Alix conoció mientras atendía a los heridos eran una miscelánea de los diversos partidarios de la Comuna. Entre ellos estaba, por ejemplo, «un auténtico parisino de los suburbios, alegre, sarcástico, un tanto matón y tan hablador como una urraca». Otro era profesor en el Collège de Vanves, «muy bien educado y poeta. Improvisaba versos inspirados en nuestra situación»; había sufrido una historia de amor brutalmente infeliz, que lo había dejado tan devastado que los combatientes comuneros lo consideraban «un poco loco».

Al día siguiente, 12 de abril, los combatientes comuneros dejaron que los versalleses se acercaran y luego dispararon sobre ellos. Todo se mantuvo en silencio durante un tiempo. Henri Payen y el poeta quisieron organizar un concierto para animar a los heridos, tratando de aprovechar el periodo de calma. Alix salió con unos cuantos a comprar unas flores. Una mulata que, como Alix, había acompañado a su marido a la batalla, cantó algunas canciones. Durante el concierto alguien gritó «¡un hombre herido!» y Alix corrió para ayudar a un artillero alcanzado por un proyectil mientras la mujer cantaba. Sobre Issy caían cada vez más proyectiles, matando o hiriendo a 26 comuneros. Al hacerse insostenible su posición, las tropas se retiraron a la entrada de Levallois-Perret, con la bandera acribillada por las balas versallesas. Había comenzado un periodo de intenso bombardeo por parte de los versalleses.

Mientras los comuneros heridos comenzaban a retirarse hacia París, la ciudad se esforzaba por encontrar lugares donde albergarlos y tratarlos. En París cada *arrondissement* tenía un centro médico, como el de la Porte Maillot, atestado de comuneros heridos porque estaba cerca de los combates que se desarrollaban al otro lado de las murallas occidentales. Los hospitales civiles atendían a los heridos, aunque muchos de los combatientes sólo querían que los llevaran a casa. Un centro médico ocupaba una sala de conferencias en la Sorbona. Los cuerpos se apilaban en la Facultad de Medicina, que también estaba vacía de estudiantes porque la mayoría de ellos estaban en contra de la Comuna, aunque algunas de las clases se llevaban a cabo en otros lugares. Organizaciones británicas y estadounidenses también ayudaban a atender a los comuneros heridos. Cerca del faubourg Saint-Honoré, la Union Jack y la bandera de la Cruz Roja ondeaban sobre el centro médico inglés, con sus 50 camas. Una organización protestante británica tenía 600-800 camas en París, y también ayudó un centro estadounidense.

Los heridos afrontaban los horrores de una atención inadecuada. En el hospital Beaujon, los 15 hombres con extremidades amputadas murieron de piemia o gangrena. En los hospitales y clínicas médicas se hacían los heridos y carecían de suministros para un vendaje y esterilización adecuados. Pese a todo esto, el médico británico John Murray insistía en que la Comuna se ocupaba de la población lo mejor que podía, temiendo, sin embargo, que la pobreza y la adversidad exacerbaran el cólera «que, con seguridad, se está acercando».

El doctor Murray recordaba el triste caso de una mujer mortalmente herida por un proyectil mientras cuidaba a los comuneros heridos en Issy. Falleció después de 36 horas de sufrimiento. Sus amigos querían organizar un funeral presidido por un sacerdote, que la Comuna acabó permitiendo después de ciertas vacilaciones; pero no se encontró a ningún cura y, al final, fue un ministro protestante el que presidió la ceremonia y realizó el servicio fúnebre[10].

En una gran instalación el doctor Danet cuidaba entre 1.500 y 2.000 hombres. Era difícil encontrar a suficientes personas para ayudar a cuidar a los heridos y se quejaba de que, en algunos casos, los líderes de la Comuna frenaban más que impulsaban el empleo de personal médico. Un día Delescluze, Jules Miot –otro miembro jacobino del Consejo de

Administración de la Comuna– y Gustave Courbet se reunieron con él. Danet había sido denunciado por hacer que los heridos cambiaran sus uniformes de la Guardia Nacional –que estaban muy sucios– por un atuendo hospitalario más sencillo; algunos guardias nacionales habían llegado a la conclusión de que el objetivo de aquella medida era evitar, de algún modo, que visitaran a sus compañeros heridos alojados en otras instalaciones. Danet se quejó de que algunos comuneros no parecían darse cuenta de que un hospital no es un restaurante y la gente no podía reunirse allí sólo para comer y beber. Había expulsado a algunos y lo habían denunciado. Courbet le dijo a Danet que era demasiado «severo» y le criticó «su voz estruendosa»[\[11\]](#).

Como el número de víctimas aumentaba día a día, la Comuna comenzó a incorporar a las mujeres a la defensa de la ciudad. El 11 de abril los parisinos se despertaron encontrando en sus periódicos un «Llamamiento a las *citoyennes*» donde se llamaba a las mujeres a tomar las armas en defensa de la Comuna: «La hora decisiva ha llegado». Élisabeth Dmitrieff y otras siete mujeres organizadoras de la Union des femmes proclamaron que las mujeres debían estar preparadas para luchar y, si era necesario, para morir por la causa. Un grupo de mujeres formaron su propia legión combatiente, las Amazonas del Sena. Ernest Vizetelly acudió a su oficina de reclutamiento para conocerlas por sí mismo. Su relato, al igual que otros esencialmente hostiles a la Comuna y al papel de la mujer en ella, hacía hincapié en lo que se consideraban características físicas no femeninas, al menos tal como él las interpretaba: las describía como «mujeres en su mayoría musculosas de veinticinco a cuarenta años de edad, siendo las mayores notoriamente corpulentas, y ninguna de ellas, en mi juvenil opinión, nada atractiva»[\[12\]](#).

Las mujeres realizaron manifestaciones públicas destinadas a reanimar los espíritus decaídos en la lucha contra Versalles. A principios de abril se llevó a cabo una movilización de unas 800 mujeres en la plaza de la Concordia frente a la estatua de Estrasburgo, una ciudad que ya se había incorporado al Imperio alemán. Las mujeres de Belleville propusieron marchar contra las tropas de Versalles para ver si los soldados estaban realmente dispuestos a disparar contra ellas; la respuesta demostraría que lo harían con gusto[\[13\]](#).

Durante las escaramuzas de abril las mujeres lucharon contra el Ejército versallés fuera de las murallas. En varios casos las mujeres combatientes



dispararon y mataron a veces a soldados de primera línea. En lo alto de los muros de la ciudad una multitud de curiosos supuestamente aplaudió a una mujer que suministraba alimentos a los combatientes comuneros cuando disparó y mató a un gendarme que la perseguía. Si bien los rumores e informes de los versalleses sobre batallones enteros de mujeres que participaban en la lucha no eran ciertos, la participación de las mujeres comunes en las batallas era innegable.

Las mujeres que apoyaban la Comuna sin tomar las armas eran igualmente decisivas. Las que suministraban alimentos a los combatientes comuneros o trabajaban como asistentes médicos contribuyeron enormemente a la defensa de la Comuna. Las enfermeras llevaban cruces rojas y cuidaban a los heridos y moribundos, comprando a menudo los suministros médicos por sí mismas. La Unión de Mujeres para la Defensa de París y la Atención a los Heridos reclutaba activamente a mujeres para servir en ambas tareas esenciales. Los comentaristas anticomuneros se burlaban de ellas; por ejemplo, un dibujo presentaba a una *cantinière* como una criatura impertinente que repartía alcohol a los comuneros borrachos. Maxime Du Camp describía a las asistentes médicas como distribuidoras de aguardiente, y no de «medicamentos capaces de curar». Algunas arrostraban la condescendencia de los guardias nacionales. Nueve de estas mujeres se vieron obligadas a regresar a París por los hombres que rechazaban su presencia en el frente de batalla. Louise Michel comentaba ácidamente: «Si al menos me dejaran cuidar de los heridos... Uno no puede hacerse idea de los obstáculos, las chanzas, la hostilidad...»[14].

Michel no sólo atendía a los heridos como *ambulancière*, sino que también se había presentado voluntaria para infiltrarse entre los versalleses y asesinar a Adolphe Thiers. «Pensé que matar a M. Thiers dentro de la Asamblea [Nacional] provocaría tal terror que la reacción contra nosotros se detendría en seco», admitió más tarde. Michel se tomaba al principio muy en serio su plan de ejecución. Fue a Versalles, donde se introdujo sin dificultad gracias a la ropa elegante que llevaba, pero no pudo ni siquiera aproximarse a Thiers y regresó a París[15].

Michel, una tiradora aceptable, también luchó con el batallón número 61 de la Guardia Nacional en Issy y Clamart a principios de abril. Nada parecía asustarla. Más tarde contaba: «¿Era pura valentía lo que me hacía estar tan encantada a la vista de la fortaleza maltratada de Issy brillando débilmente

en la noche, o la visión de nuestras líneas en maniobras nocturnas [...] con los dientes rojos de las ametralladoras parpadeantes en el horizonte [...]? No era valor; sólo me parecía una hermosa vista. Mis ojos y mi corazón respondían, lo mismo que mis oídos con el sonido de los cañones. Oh, soy una salvaje, de acuerdo. Me encanta el olor de la pólvora, metralla volando por el aire, pero, sobre todo, soy devota de la Revolución». En un momento más tranquilo, ella y una amiga habían estado leyendo juntas unos poemas de Baudelaire, tomando café en un lugar donde varios de sus compañeros habían muerto. Acababan de dejarlo cuando cayó un proyectil, rompiendo las tazas vacías. Más tarde, una bala la rozó y ella cayó, sufriendo un esguince en un tobillo. Para Louise Michel, que siempre daba una impresión de tristeza y melancolía, las luchas de la Comuna «se convirtieron en poesía»[\[16\]](#).

La Comuna trató de reunir a las mujeres de París y devolver la salud a sus combatientes heridos, pero ningún esfuerzo sería suficiente. Enormes problemas amenazaban con socavar la defensa de París, y la inestabilidad en la Comuna y la Guardia Nacional no ayudaba a mejorar las cosas. La robusta red de defensa, no muy bien planificada, había sido construida dentro de las murallas del París sitiado. La confusión de las autoridades en competencia y el caos engendrado por la elección y reelección de los oficiales de la Guardia Nacional iban en contra de la Comuna. Algunos oficiales se sentían felices de poder exhibir los brillantes símbolos de su nuevo estatus pero poco más. La falta de fiabilidad y de formación en el cuerpo de oficiales, así como la dificultad para conseguir que guardias comuneros, a menudo acostumbrados a beber más de la cuenta, aceptaran una disciplina de tipo militar, eran constantes problemas. Los celos y rivalidades entre oficiales contribuían a la confusión. La insubordinación era crónica y la distribución de armas y municiones, errática. Una caricatura en un periódico comunero, captando perfectamente la creciente falta de confianza en los comandantes de la Guardia Nacional, representaba a un hombre hambriento en un restaurante exclamando:

—¡Camarero, dos o tres generales de peluche más!

—Se nos han acabado —responde el camarero.

—Muy bien, entonces tráigame una docena de coroneles en salsa de alcaparras.

—¿Una docena?

—¡Sí, eso he dicho![\[17\]](#).

Por otra parte, no todos los guardias estaban absolutamente comprometidos con la Comuna y algunos cumplían un mínimo de sus funciones, siendo leales, sobre todo, a sus compañeros de compañía o batallón. Émile Maury era uno de estos. Nacido en Colmar, ahora vivía en el *quartier populaire* de Popincourt. Se había unido a la Guardia Nacional durante la Guerra Franco-Prusiana, que entendía como una lucha patriótica debido a su origen alsaciano. Maury se había presentado cuando el sonido de los tambores lo despertó durante la noche del 12 de abril, después de una manifestación de «los amigos del orden». A finales de abril, cuando lo llamaron al servicio de nuevo, esta vez prefirió ir a visitar a su madre en su tiendecita. En su opinión, sólo «los muy necesitados, los rabiosos y los curiosos» de su unidad optaban por salir de París para combatir, y él no pertenecía a ninguna de esas categorías. Desde las cercanías de la iglesia de la Madeleine podía oír la explosión de las bombas que caían en las inmediaciones del Arc de Triomphe. En otra ocasión se atrevió a dirigirse a la Porte Maillot con parte de su unidad. Cuando un proyectil de los versalleses cayó cerca de él, se refugió bajo la puerta de un carruaje en el lado derecho de la avenida y luego en la estación de la Porte Maillot. Después de ese «bautismo de fuego» tomó un ómnibus de regreso a París, y luego fue a asegurar a sus padres que estaba bien, hablando cínicamente de aquella «brillante expedición». A finales de abril temía que todo iba a terminar mal para los comuneros, refiriéndose a ellos en tercera persona como si ya no se considerara uno de ellos. Esa indiferencia, tan generalizada, ponía en peligro la defensa de París[18].

Los intentos de lograr algún tipo de acuerdo negociado se reanudaron por un momento, pero fracasaron totalmente. Los francmasones enviaron a una delegación a Versalles el 21 de abril. Thiers los rechazó, diciéndoles: «Algunos edificios se verán dañados y algunas personas morirán, pero prevalecerá la ley». El 29 de abril una manifestación de 10.000 personas, muchas de ellas con símbolos masónicos, avanzó desde la plaza del Carrousel, cerca del Louvre, hasta el Hôtel de Ville. Los masones plantaron su bandera en los terraplenes. El 8 de mayo apareció un cartel en las paredes de París pidiendo la conciliación y criticando la intransigencia de los líderes de la Comuna. Esto provocó una respuesta violenta por parte de la Union des Femmes[19].

Adolphe Thiers seguía convencido de que sus cañones bastarían para lograr la victoria. El bombardeo de París por los versalleses era cada vez más incesante. Cincuenta y dos cañones dispararon desde Châtillon, Breteuil y las alturas de Bagneux el 25 de abril. La insistencia de Thiers en que un contratista privado montara 80 enormes cañones navales en Montretout para aumentar su potencia de fuego probablemente retrasó el asalto versallés a París, irritando a sus generales. En un momento dado el mariscal Patrice de Mac Mahon estaba tan harto del empecinamiento de Thiers que acabó diciéndole que le iba a ser imposible continuar en su puesto debido a sus continuas interferencias, con lo que Thiers retrocedió[20].

Frente a una situación militar cada vez más precaria y la amenaza versallesa a Fort Issy, el viejo jacobino Jules Miot había sugerido el 28 de abril la creación de un Comité de Salud Pública. Era una tímida regresión a 1793, cuando la República estaba bajo el asalto de las fuerzas contrarrevolucionarias dentro de Francia y de los ejércitos de los aliados coronados de los Borbones. El París de 1871 mostraba algunas similitudes sorprendentes con la capital de la época revolucionaria. Jacobinos como Charles Delescluze, Félix Pyat y otros, que constantemente se referían a la Revolución francesa, favorecían, en general, la propuesta. Y lo mismo pasaba con los blanquistas, incluyendo a Rigault, ya que se acomodaba bastante a la ideología blanquista y a su propia obsesión con la Revolución francesa. Una «minoría», que incluía a Lefrançais, Gustave Courbet, Eugene Varlin y Benoît Malon, se oponía a la constitución de tal Comité de Salud Pública.

El 1 de mayo la Comuna aprobó la propuesta por 34 votos frente a 28. La minoría habló de un paso dictatorial, mientras que la mayoría insistía en que, al igual que en 1793-1794, la guerra lo hacía necesario. Courbet, por su parte, pensaba que el Comité de Salud Pública representaba un «retorno, peligroso o inútil, violento o inofensivo, a un pasado del que tendríamos que aprender sin necesidad de copiarlo». *Le Prolétaire* se hacía eco de la «minoría»: «Sois servidores del pueblo: no pretendáis ser soberanos, porque ese papel os corresponde tan poco como a los déspotas que lo asumieron antes que vosotros»[21].

Entre los miembros del Comité de Salud Pública cabe citar a los blanquistas Armand Arnaud, Léon Meilliet y Gabriel Ranvier –con mucho,

los más capaces—, así como Charles Gérardin y Félix Pyat. El Comité comenzó inmediatamente a rivalizar con el Comité Central de la Guardia Nacional, cuya existencia prolongada comprometía los intentos de los delegados para la Guerra de centralizar su autoridad sobre la propia Guardia Nacional. El 1 de mayo el general Gustave Cluseret, quien se convirtió en chivo expiatorio de la incapacidad de la Comuna para transformar la Guardia Nacional en una fuerza de combate organizada, fue falsamente acusado de traición, arrestado a petición del Comité de Salud Pública y encarcelado en la Conciergerie, la prisión gótica en la Ile-de-la-Cité. Tres días más tarde, el Comité Central desafió al Comité de Salud Pública exigiendo que renovara la composición de la Delegación de Guerra. En opinión de la Comuna estaba claro que el Comité Central debía hacerse cargo de la defensa de París[22].

Como respuesta, la Comuna eligió a Louis-Nathaniel Rossel para reemplazar a Cluseret. Nacido en la localidad bretona de Saint-Brieuc en 1844, en una familia militar de protestantes republicanos de las Cevenas, se había graduado en la elitista Escuela Politécnica. Un crítico decía de él que «hablaba demasiado rápidamente, saliéndole las palabras a borbotones de la boca de la manera más desordenada». Rossel había servido como jefe de Estado Mayor de Cluseret, pero afirmaba que su jefe estaba celoso de él. Observó cínicamente que «los hombres se desgastan muy rápidamente en los periodos revolucionarios» y que así había sucedido con Cluseret. El Comité Central temía que su influencia se viera eclipsada por Rossel, quien había sido claramente partidario de la idea del Comité de Salud Pública, en parte con el fin de deshacerse de Cluseret. El 30 de abril la Comuna nombró a Rossel delegado para la Guerra.

Puede que el Comité Central desconfiara de Rossel, pero fueron la falta de acción y las luchas internas entre los líderes de la Comuna las que obstaculizaron sus planes para la defensa de París. La Comisión Ejecutiva convocó a Rossel, exigiendo conocer su estrategia global. Rossel temía instintivamente que los «aficionados» de la Comuna obstruyeran cualquier reforma seria. Con la esperanza de soslayarlos, se había reunido en secreto con Maxime Vuillaume y el general comunero Jaroslaw Dombrowski, miembro de la nobleza polaca menor, para discutir sobre la posibilidad de crear una dictadura para defender más eficazmente los intereses de la Comuna frente a Versalles. Rigault estuvo aparentemente de acuerdo con la

idea de un golpe de Estado pero obsesionado, como siempre, quería esperar al intercambio de su héroe Blanqui. Entretanto Rossel tuvo que hacer frente a la Delegación de Guerra formada por cinco hombres, de los que sólo tres hacían algún trabajo. En cuanto al Comité Central, observaba con frustración, «era incapaz de gestionar nada». Sin embargo, Rossel aceptó el plan de la Delegación para administrar la estructura militar de la Comuna, mientras supervisaba la defensa real de París. Los comandantes de la Guardia Nacional prometieron que 25 batallones de 500 hombres cada uno estarían listos para luchar. Los ataques versalleses durante la noche del 3 de mayo ya les habían permitido acercarse más a las murallas de París y tomaron a muchos prisioneros[23].

La primera decisión de Rossel como nuevo delegado de Guerra fue ordenar la construcción de más barricadas; en particular, para proteger los principales puntos estratégicos dentro de París. Llamó a Napoléon Gaillard, un zapatero a quien se atribuía la invención de los chanclos de goma y miembro de la Internacional, para supervisar la construcción de esas barricadas, en particular para proteger la arteria clave paralela al Sena, la rue de Rivoli, en la esquina de Saint-Denis. Rossel describía la barricada promedio como «un muro de adoquines de entre 4 ½ y 5 pies [1,37 y 1,52 metros] de altura y de 3 a 4 ½ pies [0,91 y 1,37 metros] de espesor». En la plaza de la Concordia, el enorme *château* de Gaillard –que había costado unos 80.000 francos– conectaba la rue Saint-Florentin con los Jardins des Tuileries. Construido con sacos de arena y barriles, con una zanja de unos cinco metros de profundidad excavada delante de él, se extendía por el enorme lugar. Un pequeño pasillo que la atravesaba era «tan estrecho que sólo permitía el paso de una persona». Gaillard posó orgulloso delante de ella, vestido con un espléndido uniforme y luciendo condecoraciones de oro y brillantes botas[24].

Sin embargo varios periódicos, entre ellos *Le Cri du Peuple*, se quejaban de la lentitud con que se construían esas defensas. Una familia estadounidense que vivía en la avenida Friedland, donde sólo se había construido a toda prisa una barricada relativamente débil, alquiló un taxi para ir a contemplar la obra maestra de Gaillard[25]. Hasta entonces no había aparecido antes en las plazas y calles de París una barricada semejante. La gente que vivía cerca, temiendo lo que ahora parecía una

batalla inevitable de proporciones aterradoras, comenzó a abandonar sus apartamentos.

Mientras se construían las nuevas barricadas, Rossel ordenó al general polaco Wroblewski organizar la defensa de los fuertes y terraplenes exteriores restantes. Wroblewski nombró, por ejemplo, comandantes responsables de sectores específicos en París, denominando Napoléon La Cécilia a la zona entre el Sena y la orilla izquierda del pequeño río Bièvre. Se esperaba que las barricadas pudieran frenar un avance versallés, desmoralizando posiblemente a las tropas invasoras. Sin embargo, la Comuna carecía de una estructura coordinada para defender el centro de París frente al evidente peligro de una invasión por el poderoso Ejército reconstituido de Versalles. Impedimentos defensivos semejantes estaban particularmente ausentes en el oeste de París[26].

Las fuerzas versallesas seguían ganando terreno más allá de las murallas de París, causando grandes bajas a los combatientes comuneros y, a despecho de la Convención de Ginebra de 1864, matando a los prisioneros y prisioneras por igual. Tras capturar el castillo y la estación de ferrocarril de Clamart el 2 de mayo, ejecutaron a los antiguos soldados como desertores. Esto permitió al Ejército de Versalles establecer otra batería enorme desde la que llovían bombas sobre Fort Vanves. Cerca de allí los soldados del «orden» fusilaron a dos mujeres jóvenes que ayudaban a los médicos; una de ellas, Armande Lefort, de diecisiete años, fue acribillada pese a las súplicas de los heridos que se hallaban a su cuidado. Una semana más tarde las fuerzas versallesas irrumpieron en un molino de viento defendido en Cachan y luego tomaron dos barricadas en Bourg-la-Reine, al sur de París, matando a un centenar de defensores y tomando a 50 prisioneros. Al día siguiente el bombardeo de Porte Dauphine, Porte Maillot y Point-du-Jour cobró una nueva intensidad[27].

Las fuerzas versallesas siguieron avanzando hacia las murallas del oeste de París en la noche del 3 de mayo, tomando a algunos prisioneros. A raíz de una victoria versallesa en el Moulin Saquet, entre Fort Montrouge y Fort Ivry al sur de París, el 3 y 4 de mayo, los soldados victoriosos mutilaron a los 300 o más comuneros muertos en los combates. Los *fédérés*, ya debilitados por semanas de bombardeo convencional, y tras ofrecer una fuerte resistencia en los alrededores de la localidad de Issy, abandonaron Fort Issy el 8 de mayo después de dos semanas de lucha y de que el día

anterior hubieran caído hasta 10 proyectiles versalleses por minuto, perdiendo a unos 500 hombres entre muertos y heridos[28].

En París la noticia de la caída de Fort Issy suscitó lo que el embajador estadounidense Elihu B. Washburne llamó «un día de pánico», a pesar de las negativas oficiales de la Comuna. Al día siguiente los cañones versalleses bombardeaban las puertas de Auteuil y Passy, y parecía posible una eventual entrada a través del Point-du-Jour en el extremo oeste de la capital, donde el Sena atravesaba las murallas de París. La gran batería de Montretout abrió fuego el 8 de mayo. Tres días más tarde Thiers prometía a las *honnêtes gens* (propietarios y hombres de negocios) que sus tropas entrarían en París en el plazo de ocho días. Las fuerzas comuneras abandonaron Fort Vanves el 13 de mayo. Una defensa con éxito habría requerido a 8.000 hombres; la Comuna sólo pudo reunir a 2.000, como mucho. Disparando desde los fuertes de Issy y Vanves, los cañones versalleses ahora podrían infligir un daño aún mayor a la capital, obligando a situar a más defensores en las murallas. El Ejército de Versalles ahora tenía en su poder la totalidad del Bois-de-Boulogne. Al cabo de una semana el Ejército de Thiers se había acomodado al otro lado de las fortificaciones[29].

Rossel planeó un ataque para retomar Fort d'Issy, perdido por su predecesor. A su llegada a la plaza de la Concordia el 9 de mayo, esperaba encontrar a unos 12.000 guardias nacionales listos para marchar. Encontró sólo unos pocos batallones, no más de 7.000 soldados de la Guardia. El menor número de guardias nacionales capaces y disponibles, así como la falta de disciplina y autoridad centralizada, agravaban las enormes desventajas materiales que afrontaba la defensa de París[30].

Inmediatamente después del fiasco de la place de la Concorde, Rossel, quien había enfurecido a los líderes de la Comuna al hacerles partícipes de la noticia de la caída de Fort Issy, presentó su dimisión. La Comuna se reunió en una sesión secreta para tratar de resolver las tensiones entre la minoría y la mayoría, mientras seguían reapareciendo viejas rencillas y odios. Aunque la Delegación militar de la Comuna seguía apoyando a Rossel, la mayoría del Comité de Salud Pública denunció al delegado para la Guerra. Pyat lo acusó de métodos dictatoriales, exigiendo su arresto bajo la acusación de traición. Rossel, puesto bajo vigilancia, solicitó una celda en la prisión de Mazas, y luego, con la ayuda de su amigo Gérardin, logró



salir del Hôtel de Ville y esconderse en París hasta el 8 de junio. El Consejo de la Comuna eligió un nuevo Comité de Salud Pública formado prioritariamente por miembros de la mayoría como Eudes, Ranvier y Delescluze. Pyat no fue reelegido. El reconstituido Comité decidió entonces que el siguiente delegado para la Guerra sería un civil: Delescluze, quien parecía a punto de unirse a la minoría. No tenía absolutamente ninguna experiencia militar y recurrió a Rossel para que le informara en secreto sobre la situación en ese terreno[31].

Incluso desde su escondite, Rossel siguió tratando de dirigir la defensa de París. Envío sugerencias a Napoléon Gaillard sobre cómo debía organizarse esa defensa. Advirtió que los versalleses atacarían las defensas desde el Pont-du-Jour y Fort Issy, y recordó a Gaillard que las únicas «fuerzas verdaderamente revolucionarias» eran las de los *arrondissements* XVIII, XIX y XX. Rossel confiaba en la determinación de los restantes guardias nacionales, insistiendo en que la gente común de París no sólo luchaba por sus 30 *sous* sino «por una solución de la cuestión social». Sin embargo, creía que, si las unidades de la Guardia Nacional se replegaban para defender sus propios barrios, la defensa integral de lo que quedaba de la Comuna de París se vería comprometida. Recomendó el reposicionamiento de unidades de la Guardia Nacional particularmente fiables: las del Distrito XVIII debían trasladarse permanentemente al XIV y XV para reforzar la defensa de Grenelle, Vaugirard y Montrouge; las del XIX a La Muette cerca de las murallas occidentales, y las del XX, consideradas las más fiables, al Pont-du-Jour. Su prudente consejo cayó empero en oídos sordos[32].

El 15 de mayo la minoría publicó una protesta mordaz, atacando a la mayoría por dirigir la Comuna hacia la dictadura y lejos de una reforma social y política significativa. Los miembros de la minoría anunciaron que, debido a su devoción a «nuestra gran causa común, por la que tantos ciudadanos estaban muriendo», se retirarían a «nuestros *arrondissements*, quizá demasiado descuidados», añadiendo que «los principios de la seria reforma social» parecían haberse olvidado. La minoría emitió una declaración llamando a sus miembros a regresar a sus barrios y atender allí a las tareas más urgentes. La mayoría reaccionó anunciando la suspensión de cuatro miembros de la Comuna, incluyendo a Varlin. En un arrebatado de violencia verbal, *Père Duchêne* denunció a los 22 miembros de la minoría como «desertores frente al enemigo que sólo merecen un pelotón de

ejecución»[33]. Estas ásperas disputas ponían en peligro la defensa de París, erosionando la confianza de su población.

La hija de Karl Marx, Jenny, estaba en París durante la Comuna y, al igual que Rossel, entendía cuán precaria se había hecho la situación. El 12 de mayo contó a su padre que el fin de la Comuna de París parecía inminente debido a la falta de planificación militar (acentuada por una resistencia inveterada hacia «todo lo que es militar») y la disensión abierta entre sus líderes. Escribió estremecedoramente que «estamos al borde de una segunda massacre de junio»[34].

La rotunda negativa de Thiers a aceptar un intercambio generó indignación en París y llamamientos en favor de la ejecución del arzobispo. *La Montagne* insistía en que «ni una sola voz se atrevería a condenarnos el día que fusilemos al arzobispo Darboy [...] y si no nos devuelven a Blanqui; es un hecho que [Darboy] morirá». Dirigiéndose a un club, Louise Michel pidió la ejecución de un rehén relevante cada 24 horas hasta que el *citoyen* Blanqui llegase a París. El 15 de mayo la ciudadana viuda Thyou se levantó en el club de Saint-Ambroise y exigió que, en el plazo de 24 horas, todas las personas que tuvieran algo que ver con la Iglesia fueran fusiladas, desde los párrocos hasta los que llenan sus vasos con agua bendita[35].

Mientras los líderes de la Comuna reñían y las tropas versallesas se acercaban a la ciudad, las elites parisinas acechaban, con la esperanza de que la Comuna llegara a su fin sin problemas para ellas mismas, aunque algunos tomaron un papel más activo y se unieron a la lucha contra los comuneros. Gustave des E. se hallaba, sin embargo, entre los primeros. A finales de abril y primeros de mayo mantenía su existencia pacífica en París, mientras las tropas versallesas se acercaban a las fortificaciones. Soltero, acomodado, de cuarenta y ocho años, había estudiado Derecho, pero nunca había trabajado, y era justo el tipo de persona que odiaba sin más la Comuna. Tenía un carruaje siempre disponible para llevarlo al Cercle des Arts, en la esquina del bulevar des Italiens con la rue de Choiseul. Su club ofrecía salones de conversación muy confortables, y algunos de sus miembros se referían a él jocosamente como el «Círculo de los Tenderos», diferenciándose juguetonamente como burgueses de los artistas más proclives a otros círculos. La mayoría de sus miembros eran, pues, jueces y abogados, «todos ellos amigos de la calma y las buenas maneras»[36]. Gustave vivía en la rue Auber, cerca de la aún inacabada

ópera de Garnier, con una sirvienta y un buen cocinero que cuidaba de sus necesidades diarias, sin que nunca le faltara de nada. El 4 de mayo se jactaba de haber almorzado un hermoso filete de lenguado, cordero hervido con vinagreta, espárragos (muy de moda para quienes podían permitírselos) y postre. París podía haber sufrido el estado de sitio, pero a él le parecía *drôle* poder seguir comiendo tan bien. La noche antes había degustado «el pato más suculento y hoy un delicioso asado con un famoso jamón con espinacas». Su cocinero se hacía cargo de las compras, reuniendo provisiones suficientes para tres o cuatro días, incluyendo toda una pierna de venado. Las verduras finas y la mantequilla seguían disponibles, al menos para Gustave.

Un día el ayuda de cámara de su hermano se negó a llevar el correo a Saint-Denis, después de que, en su último desplazamiento hasta allí, un soldado prusiano le hubiera advertido de que podía detenerlo. En el *quartier* de Gustave las cosas comenzaron a empeorar ese mes. Le molestaba la orden de que, a partir del 14 de mayo, todos los parisinos estuvieran obligados a llevar una tarjeta de identidad. Por otra parte, las iglesias cercanas se habían transformado en clubes políticos y en las escuelas locales sólo quedaban profesores seculares. Mucha gente del vecindario se había trasladado a Versalles u otros lugares.

Gustave estaba convencido de que la Internacional de Karl Marx controlaba el destino de París. Los comuneros, en su opinión, eran «aventureros, ambiciosos e indigentes». Un sábado la Guardia Nacional recorrió el barrio buscando a desertores que hubieran sorteado el reclutamiento para la Guardia Nacional. A Gustave le humilló ligeramente que no le pidieran sus papeles, porque había superado los cuarenta años, que constituían la edad máxima (en principio) para el servicio obligatorio. Al igual que algunos de sus vecinos, había colgado en una de sus ventanas una bandera de Estados Unidos con la esperanza de confundir a los funcionarios de la Comuna.

A mediados de mayo, una vez que los versalleses habían llegado casi hasta las murallas, Gustave se vio obligado a afrontar el hecho de que su vida podría estar en peligro. La mayor seguridad comunera ahora le dificultaba salir de París. Además, parecía poco aconsejable alejarse demasiado del propio barrio, en especial si se trataba de un *quartier* próspero, y convenía evitar los distritos periféricos como Montmartre. La

gente común veía a espías versalleses por todas partes y, si detenían a alguien como Gustave, podía estar seguro de pasar «un mal cuarto de hora». A continuación volvía a su tema favorito, lo que había comido: «Ayer fue una caballa de primer nivel, y luego un filete de carne de venado con cebollitas con crema». El ruido a distancia de los cañonazos proporcionaba un sabroso condimento. Su gatito dormía a pesar de todo. Si la lucha llegaba hasta el centro de París, tenía decidido permanecer dentro de su apartamento. Además, tenía suficiente para comer durante varios días. Acababa de dar cuenta de «un filete exquisito comprado por 55 *sous*».

Mientras que los parisinos acaudalados como Gustave se relajaban, otros dejaban París para tomar las armas contra la Comuna. Cuando esta nació el 18 de marzo, Albert Hans había estado trabajando en una enfermería en París. Era un veterano de las campañas militares en la guerra de Crimea, el sudeste de Asia y México. Para su agrado, en su enfermería separaban a los que sufrían heridas recibidas durante el asedio prusiano y los *fédérés*; pero le disgustaba que un «insurgente» que había sido herido en Asnières se beneficiara de esa discriminación porque, al haber sido como él oficial de artillería, lo habían ubicado junto a los oficiales del Ejército regular. Hans se burlaba de la escasa educación del herido y del hecho de que –al menos en su opinión– hubiera sido un «mal trabajador» antes de convertirse en un orador de club[37].

Hans logró salir de París y unirse a los Voluntarios del Sena, que formaban parte de la «Guardia Nacional del Orden» versallesa organizada en Chartres bajo el mando de Gustave Durieu, quien había combatido como oficial contra los patriotas mexicanos y se había unido como teniente a las fuerzas confederado en la Guerra Civil estadounidense. Los Voluntarios del Sena crecieron hasta reunir a 6.000 hombres[38].

El 20 de abril los Voluntarios del Sena se incorporaron al Primer Cuerpo del Ejército de Versalles. Al principio Hans se sentía molesto porque sólo unos 120 hombres de los 1.500 voluntarios originales se habían presentado. El Ejército había dado buenos resultados durante el asedio prusiano, pero Hans estaba convencido de que la «enfermedad atroz de la indisciplina» que había caracterizado al Ejército francés tras la humillación de la derrota había renacido en su regimiento. Sin embargo, durante el segundo mes de la Comuna de París la moral y la eficiencia habían regresado con el reclutamiento de exsoldados de Lorena liberados por los prusianos.

Hans estaba deseoso de hacer la guerra a los comuneros. Si bien los Voluntarios del Sena incluían a buen número de parisinos, la mayoría no provenían de las filas de los residentes ordinarios. Hans cantaba las alabanzas del hijo de un banquero, que resultó ser «uno de los más decididos y más fieles» de los voluntarios. Cada vez más, uno de los tropos de «la guerra contra París» y sus plebeyos insurgentes era el de la batalla contra un pueblo inferior. Esa idea, tan presente en el discurso colonial emergente, se aplicaba ahora a los comuneros. En la valoración de Hans, todos los Voluntarios del Sena pertenecían a «la gran familia del conservadurismo» y compartían el deseo de aplastar la Comuna de París.

Durante la noche del 12-13 de mayo, los Voluntarios del Sena tomaron posiciones en el Bois-de-Boulogne, en medio de rumores entre sus filas de que se acercaba el momento de entrar en París. Los voluntarios de Hans fueron enviados a Asnières. Cerca del Pont de Clichy habían excavado hasta el otro lado del río desde las posiciones de los «insurgentes». Después de una salida de reconocimiento durante la noche del 14 de mayo, proyectiles de los *fédérés* comenzaron a caer cerca de ellos desde los cañones comuneros en una amplia curva del Sena. Hans llegó a la conclusión de que el odio envidioso contra los «poseedores de propiedades» había llevado a los comuneros a tomar represalias contra los pocos que seguían residiendo en los suburbios occidentales[39]. Los Voluntarios del Sena estaban dispuestos a cobrarse venganza junto con las tropas regulares.

En Versalles, entretanto, Thiers estaba más deseoso que nunca de aplastar brutalmente a los comuneros por cualquier medio, aprovechando la información de sus espías en París. El 11 de mayo había superado un voto de confianza después de que se hubieran filtrado falsos rumores de que estaba considerando un compromiso que permitiera escapar a los líderes comuneros. Ganó por 490 a 9, y aquel renovado apoyo no hizo más que embravecerlo. Ahora empleaba un lenguaje aún más amenazante, diciendo que estaba obligado a ordenar «medidas terribles» porque, en el fondo de su corazón, sabía que representaba lo que era «correcto» contra «los crímenes» de los comuneros[40].

Thiers hizo buen uso de sus espías en París, y el número de los que pasaban información a Versalles parecía haber aumentado de manera espectacular. Charles Lullier, un comandante borrachín e inestable de la Guardia Nacional, intentó atraer a los oficiales *fédérés* al lado versallés

sobornándolos con dinero que le había proporcionado Thiers. Una organización militar clandestina, dirigida por el coronel Charles Corbin, también trabajaba para Versalles dentro de París. Los esfuerzos de Thiers no siempre tuvieron éxito, sin embargo. Soldados versalleses como Albert Hans y los Voluntarios del Sena se introdujeron en el Bois-de-Boulogne, a pesar de quedar allí expuestos a los proyectiles comuneros, esperando que la traición pagada generosamente por Thiers les abría las puertas, que, sin embargo, permanecieron cerradas[41].

Thiers había tratado de comprar al general Dombrowski con una suma enorme (se rumoreaba que 500.000 francos), pidiéndole que abriera varias puertas en las murallas para permitir que las tropas versallesas entraran y detuvieran a varios líderes comuneros, pero no tuvo suerte. Dombrowski, «un hombre pequeño, delgado, rubio, nervioso, con un porte enérgico, enjuto y militar», había servido como secretario de la sección polaca de la Internacional y había participado en el fracasado levantamiento polaco contra el dominio ruso en 1863. Rumores falsos aquí y allá señalaban a Dombrowski como agente de Prusia, tal vez debido a que la zona occidental de la Polonia histórica formaba parte ahora de Prusia. Bronislaw Wolowski, amigo de Dombrowski, fue a Versalles para reunirse con el ministro del Interior Luis Picard, diciéndole que Dombrowski nunca traicionaría a la Comuna. El general polaco consideraba a Thiers amigo de la Rusia imperial y, por lo tanto, su enemigo, y Dombrowski creía que podía ayudar a Polonia librando a Francia de «los lobos que la explotan». Picard pidió empero a Wolowski que lo intentara de nuevo con Dombrowski. Para cubrir su apuesta, Wolowski pidió pasaportes para Dombrowski y otros oficiales polacos, si se decidían a abandonar París. En ese caso, un tren estaría esperando en Saint-Denis para llevarlos hasta la frontera[42].

Aunque Thiers no convenció a Dombrowski y, por lo tanto, carecía de un fácil acceso a París el 12 de mayo, no iba a tener que esperar mucho tiempo. La Comuna, después de haber ignorado el sabio consejo de Rossel sobre cómo defender la ciudad, concentró sus esfuerzos en destruir los símbolos más notorios del viejo orden. Esas destrucciones públicas, aunque catárticas y populares entre la clase obrera parisina, no servían lo más mínimo para frenar o ahuyentar a los versalleses.

Los comuneros venían pidiendo la destrucción de la casa de Adolphe Thiers en París desde mediados de abril, y finalmente lo lograron el 15 de

mayo. Cuando John Leighton, acompañado por una cuadrilla de obreros, había comenzado ya a derribar el ala derecha del edificio, «un pico había golpeado contra una piedra suelta; el techo se había caído en [...]. El fuego se elevaba cada vez más». Se necesitaron unas 20 carretas para sacar los libros y objetos de arte de la casa antes de que se derrumbara del todo. Gustave Courbet recogió del suelo algunas estatuillas y otros objetos de valor artístico, poniéndolos a salvo. Reprochó a los trabajadores que no hubieran confeccionado un inventario. Courbet se opuso a una propuesta de vender a los británicos las colecciones de Thiers, estimando el valor de los objetos en la casa en la increíble suma de 1,5 millones de francos[43].

La destrucción de la columna Vendôme fue, de lejos, el intento de exorcismo más espectacular por parte de los comuneros mediante la demolición. Courbet, en particular, la odiaba como representación del Imperio de Napoleón y, por lo tanto, también del de su sobrino. En 1860 había sugerido al gobierno su desmantelamiento. Tres años después Napoleón III vistió a su tío en lo alto de la columna con un atuendo romano. Desde la guerra franco-prusiana Courbet había vuelto a pedir que se descabezara al menos la columna, aceptando que el fuste se podía salvar, exponiendo los bajorrelieves que relatan la historia de la República en Les Invalides (entonces todavía un hospital y hogar de retiro para exoficiales del Ejército, así como el lugar de descanso final de Napoleón). Desde la proclamación de la Comuna, el pintor había sugerido que la columna con Napoleón en pie en la parte superior fuera sustituida por una construcción más artística que representara los gloriosos acontecimientos del 18 de marzo. En cuanto al «bloque de cañones fundidos», simplemente quedaría destruido en su caída. Pyat había propuesto a la Comuna la destrucción de la columna el 12 de abril, pero la Comuna había votado en contra de la propuesta[44].

El 16 de mayo miles de personas se reunieron en la plaza Vendôme para presenciar con sus propios ojos la destrucción. En principio se exigían boletos para permanecer allí. Desde el primer piso del hotel Mirabeau, en la misma plaza, un grupo de estadounidenses vieron caer la columna. Cantaron *Hail Columbia* mientras *Some Yankee Girl* sonaba «violentemente» en un piano. Un residente estadounidense pagó 80 dólares por el privilegio de ser el último en subir a lo alto[45].

Entre los asistentes destacaban los miembros de la Comuna, adornados con cintas y pañuelos rojos; la Guardia Nacional permanecía en pie y unos músicos tocaban canciones revolucionarias. Los cañones estaban listos para disparar salvas de celebración. Se tomaron precauciones para que la columna no chocara al caer contra los edificios cercanos. Estaba previsto que la ceremonia diera comienzo a las 2:00 p. m. [\[46\]](#).

Los cables conectados a la columna comenzaron finalmente a tirar. Pero se rompieron y tuvieron que ser sustituidos por otros más fuertes. A las 17:45 se oyó un «crujido sordo»; la columna comenzó a inclinarse y, a continuación, se partió en dos grandes pedazos que cayeron al suelo, rompiendo a Napoleón. El globo que llevaba rodó brevemente por el suelo. Varias personas lograron superar a los guardias y se llevaron piezas de la columna como *souvenirs* [\[47\]](#). A continuación hubo unos cuantos discursos breves, triunfantes y, después, la gente comenzó a dispersarse entre una gruesa capa de polvo.

Aunque las fotografías del famoso derribo muestran a Courbet y a otros destacados comuneros, la mayoría de las personas que había allí eran parisinos corrientes, en una gran representación del París popular. Antes de la Comuna pocos de ellos habrían tenido ninguna razón para acercarse a la place Vendôme, a menos que fueran sirvientes empleados por la gente elegante que vivía por allí. Corrían, en otro caso, el riesgo de ser detenidos e interrogados por la Policía sobre sus razones para deambular por una zona en la que su aspecto y forma de hablar parecían fuera de lugar. Ahora, algunos de ellos se habían apropiado de los barrios elegantes. Después de la caída de la columna fueron fotografiados en callado triunfo o, al menos, con esa esperanza. En los primeros días del invento, ser fotografiado solo o en retratos de familia era privativo de la burguesía, pero ahora había numerosas fotografías de comuneros corrientes haciendo guardia heroicamente ante sus barricadas [\[48\]](#).

El 17 de mayo el Ejército de Versalles se había acercado aún más a los muros de París. Tres días más tarde sus tropas habían desalojado a los comuneros de Auteuil obligándolos a resguardarse tras las murallas. Las tropas versallesas habían tomado el resto de los puestos comuneros en los pueblos de Issy, Vanves y Malakoff. Las bombas caían sobre el oeste de París y muchos guardias nacionales abandonaban las murallas [\[49\]](#).



Muchos comuneros aún mantenían la esperanza de que llegaría ayuda de Lyon, Marsella u otras ciudades militantemente republicanas en las que se habían producido movimientos encaminados a la constitución de «comunas locales», pero esa ayuda no llegó.

A las 17:45 del 17 de mayo todo París se vio sacudido por una explosión aterradora: la fábrica de municiones en la avenida Rapp había saltado por los aires, matando a decenas de trabajadores, la mayoría de ellos mujeres. Los parisinos creyeron erróneamente que aquella explosión fue obra de un ataque versallés. El anarquista Élie Reclus señaló que «la población exasperada» pedía venganza: «Con uno o dos días como aquel, la vuelta a las matanzas de septiembre [de 1792] podía hacerse posible»[\[50\]](#).

Tres días después Reclus observó que la situación de los rehenes «ahora ocupa el centro del escenario con una claridad extrema y una terrible urgencia». En la reunión del Comité de Salud Pública de ese día, el ciudadano Urbain exigió que cinco de los rehenes fueran fusilados de inmediato como represalia por el fusilamiento de una *cantinière* por los versalleses. Al mismo tiempo *Père Duchêne* denunciaba a Darboy: «Inepto [*Jean-foutre*] número uno, libertino [...] que ejerce la profesión maravillosa de arzobispo de París y espía para Bismarck»[\[51\]](#).

El abogado Plou trató de convencer a Rigault de que se convocara a un gran jurado [*jury d'accusation*] reconociendo a los rehenes el derecho a una representación legal. El 18 de mayo Plou pidió que otro abogado defendiera a Darboy, pero al día siguiente el arzobispo dijo que se defendería a sí mismo. Al día siguiente Rigault anunció la convocatoria del gran jurado, dividiendo a los rehenes en dos grupos: el primero formado por Darboy y los demás sacerdotes y el segundo, por antiguos *sergents-de-ville* (policías municipales). El jurado consideró por primera vez los casos de estos últimos, que fueron devueltos a prisión sin saber si iban a ser ejecutados. A Darboy y los demás clérigos se les dijo que sus casos serían estudiados la semana siguiente[\[52\]](#). Los presos en Mazas podían verse brevemente todos los días. A Darboy, Deguerry y Bonjean se los unió el abate Laurent Amodrou, detenido el 17 de mayo después de que los «impíos» registraran Notre-Dame-des-Victoires. Cuando este habló con Darboy, le pidió que lo hicieran en latín, porque, «monseñor, aquí las paredes tienen ojos y oídos»[\[53\]](#).

El embajador Washburne visitó a Darboy el 19 de mayo, encontrándolo «muy débil» y bastante enfermo, con «una especie de pleuresía». Sin embargo, el arzobispo parecía «contento y, al parecer, resignado a cualquier destino que pudiera esperarle». Plou lo encontró acostado, «vestido con una vieja sotana [...] con los rasgos cambiados y la piel muy pálida», mientras repetía: «Estoy enfermo, muy enfermo». Los guardias le traían ahora bollos de leche y un poco de chocolate. Dijo que no estaba en condiciones de comparecer ante el tribunal de la Comuna y que, si querían fusilarlo, pues que así fuera[54].

El sábado 20 de mayo, sin cambios en la situación de los rehenes, Reclus reflexionaba sobre el estado de la Comuna, ahora claramente dividida «en dos campos». Las tensiones entre el Comité Central de la Guardia Nacional y el gobierno de la Comuna crecían. Reclus describía las contradicciones fundamentales al tratar de organizar la defensa de París, ahora atrapada entre la autoridad dictatorial de un Comité de Salud Pública y «las aspiraciones ideales hacia una República modelo». Para que esta existiera, la Comuna debía sobrevivir. Aunque los versalleses todavía estaban al otro lado de las murallas, le preocupaba que, si las fuerzas comuneras no podían rechazar «las hordas invasoras [...], la ciudad sería masacrada, la revolución se perdería y todo quedaría sometido a los horrores de las represalias que podrían no tener fin». Tenía razón al preocuparse; al día siguiente, los versalleses iban a entrar en la ciudad[55].

Aquella noche el guardia nacional Émile Maury se despertó a las 2:00 de la mañana por el sonido de los tambores que lo llamaban para el servicio de guardia cerca de las murallas. Menos de 200 de los miembros de su batallón se presentaron, pero, por una vez, Maury lo hizo. Avanzaba con la pequeña columna a lo largo de los bulevares exteriores. Cuatro «*ambulancières* decididas» abrían camino, seguidas por un tambor y un oficial a caballo. Una bandera roja ondeaba entre ellos. En la place d'Italie se detuvieron y cargaron sus fusiles. Se suponía que otros batallones debían reunirse con ellos allí, pero ninguno apareció. Maury y un amigo se acercaron a una tienda de vinos y decidieron regresar a casa, algo que, al parecer, era cada vez más común.

Cuando la pequeña columna se trasladó a Gentilly, cerca de Fort Bicêtre, nadie los echó de menos[56].

El batallón de Maury no era el único con las fuerzas mermadas, y no sólo por la ausencia de guardias como él. Desde el 21 de mayo el avance de los versalleses contra París había causado al menos 4.000 muertos, y también habían caído un buen número de mujeres y niños; 3.500 comuneros habían sido hechos prisioneros[57]. Ese mismo día Dombrowski señaló que, desde Point-du-Jour hasta la Porte d'Auteuil, la situación era «mala». Tenía sólo a 4.000 combatientes en el sector de La Muette, 2.000 en Neuilly y 200 en Asnières y Saint-Ouen. No se podían dejar soldados en las murallas, donde quedaban totalmente expuestos al fuego de cañón desde Issy y Moulineaux[58]. El bombardeo de los versalleses era implacable.

Aun así, aquel cálido y soleado domingo 21 de mayo era como si no pasara nada. Entre 10.000 y 15.000 personas asistieron a un concierto dominical en los Jardins des Tuileries. El americano W. Pembroke Fetridge encontró allí a «una calurosa corriente de personas pertenecientes a todas las nacionalidades y estilos de vida [...]. Había comerciantes con sus esposas [...], caballeros cuyos pantalones de la Guardia Nacional quedaban equilibrados por la respetable chaqueta gris o blusa de un ciudadano; amas de casa aburridas que aprobaban todo y quedaban extasiadas ante el colorido tan fantástico de las paredes en el palacio de las Tuileries»[59]. Maxime Vuillaume observó a un oficial cargado de medallas con botas de charol, una espada al costado y su quepis en la mano, charlando amigablemente con una señora burguesa bastante gruesa que se abanicaba con un pañuelo. Los guardias nacionales cantaban *La Marsellesa*, *Girondinos*, *Canción de la partida* y otros clásicos de la Revolución francesa. *Mademoiselle* Bordas, cantante de café-concierto, llevaba «un traje muy suelto, adornado con una banda escarlata [...]. Parecía] una aparición bélica [...], una diosa de la libertad de los barrios populares», gritando a todo pulmón: «¿Queréis saber qué es la chusma? Pues bien, miradme [...]. ¡Soy yo!». Tras el estribillo final, se envolvía «en una bandera roja, señalando con el brazo extendido al enemigo invisible, instándonos a perseguirlo con nuestro odio y a aplastarlo sin piedad. La multitud entraba en éxtasis». Dos mujeres pasaban el sombrero recogiendo ayudas para los huérfanos de la Comuna.

Incluso, mientras se desarrollaba el concierto, proyectiles disparados por los cañones versalleses llegaban ahora desde el interior de las murallas, yendo a caer en los Champs-Élysées. Uno de ellos recaló en la cercana

plaza de la Concordia. A las 16:30 el concierto terminó, pero no antes de que un teniente coronel saltara al escenario y anunciara: «Ciudadanos, el señor Thiers se comprometió a entrar en París ayer. Pero no está aquí». Invitó a todos los presentes a volver para otro concierto en el plazo de una semana. Había carteles que anunciaban una actuación en la Ópera al día siguiente. Los asistentes a una reunión de club aquella noche oyeron que un ataque versallés había sido rechazado con pérdidas de más de 4.000 soldados –lo que claramente no era cierto– y con la seguridad de que sufrirían más de lo mismo si se atrevían a atacar de nuevo. París parecía tranquilo[60].

Monsieur Thiers no estaba en París pero sus tropas sí y, por el momento, nadie en los Jardins des Tuileries lo sabía. Se había planeado un asalto en toda regla a París para el 22 o el 23 de mayo, pero a eso de las 15:00 del 21 de mayo Jules Ducatel, un empleado de Ponts-et-Chaussées, había observado desde las murallas en el Point-au-Jour fuerzas versallesas acampadas no lejos de los bastiones 65 y 66 que las fuerzas comuneras habían dejado indefensos. La Porte de Saint-Cloud también era vulnerable. Un oficial naval versallés penetró con cautela, mirando a izquierda y derecha, y luego entró en varias casas cercanas para asegurarse de que no era una trampa. Volviendo a su trinchera, telegrafió a los generales la sorprendente noticia. Al cabo de una hora tropas bajo el mando del general Félix Douay habían entrado en la capital. La Porte de Saint-Cloud y luego la Porte d'Auteuil cayeron sin resistencia, y las tropas versallesas pronto habían atrapado a un centenar de prisioneros encerrándolos en un área de almacenamiento de municiones en la calle Beethoven.

El Comité de Salud Pública supo, por un mensaje enviado por Dombrowski, que las fuerzas versallesas habían entrado en París, avanzando a través de Passy. Enviaron a varios hombres a La Muette para confirmarlo y, poco después, regresaron «con la noticia tranquilizadora» de que todo iba bien. Delescluze, increíblemente, se negó a permitir que sonaran las campanas de alarma y simplemente negó que los versalleses hubieran atravesado las murallas de París[61].

Émile Maury y su padre, después de haber abandonado su batallón aquella mañana bien temprano, caminaban por avenidas desiertas y pudieron oír disparos a lo lejos. Todo «parecía sugerir que algo terrible estaba a punto de ocurrir». El toque de rebato que ya se podía oír por todas partes y el redoble

de tambores los siguió hasta su casa, mientras que los disparos en la distancia parecían «un sudario de muerte y duelo por la gran ciudad». Émile creía que la Comuna no podía ganar, y no quería morir en una revolución que realmente no entendía[62].

Aquel día Archibald Forbes, un periodista británico, quería entrevistar al general Dombrowski, quien estaba supervisando la defensa de París desde el Château de la Muette. En el Ministerio de Guerra en la orilla izquierda, el periodista británico se vio sorprendido por «la absoluta ausencia de papeleo y burocracia allí [...], un *shock* al compararlo con el sistema británico». Allí recibió unos pases que le permitían «ser testigo de las operaciones militares en calidad de corresponsal», tanto dentro como fuera de París. Ambos le habían sido concedidos pagando por ellos un «simple “gravamen”».

La Comuna había requisado su caballo, empero, y Forbes necesitaba un carruaje. Al pasar junto al Pont de Jéna, la batería del Trocadéro abrió fuego. Le respondieron los cañones versalleses en Mont Valérien. El conductor, diciéndole a Forbes que tenía hijos y que no lo iba a llevar más lejos, depositó al periodista en la Grande Rue de Passy. Las casas vecinas estaban prácticamente vacías, «pero se podían ver los grandes boquetes abiertos por las bombas». Forbes vio a soldados comuneros e incluso a algunos marineros descansar «de brazos cruzados sobre el pavimento». Nadie parecía asustado, aunque las bombas versallesas caían muy cerca. El general Dombrowski saludó cordialmente a Forbes, incluso con entusiasmo. «Estamos aquí en una situación deplorablemente cómica –dijo con una sonrisa y un encogimiento de hombros–, porque el fuego es intenso y continuo». El simpático «canijo, aseado, pulcro [...] con pocos encajes» no hablaba inglés pero sí, como Forbes, un alemán fluido. Su equipo de 8 a 10 hombres jóvenes «parecía muy atareado». Dombrowski charlaba mientras leía los despachos y comía, preguntando a Forbes si sabía algo acerca de una posible intervención alemana. Un comandante de batallón se acercó para informar que las fuerzas versallesas estaban penetrando a través de la puerta de Billancourt. Un proyectil cayó en el castillo pero el general no parecía preocupado. Un ayudante llevó a Forbes hasta el tejado, desde donde podían ver las pequeñas bocanadas de humo de los tiradores versalleses que trataban de desalojar a los *fédérés* de las murallas. Dombrowski admitió que tendría que abandonar las murallas desde la Porte d’Auteuil hasta el Sena. Contaba con la segunda línea de defensa y creía

que el Ejército de Versalles tendría que retroceder. El comandante polaco insistía en que «hay todavía mucha voluntad de combate en nuestros compañeros, especialmente si soy yo quien los dirige».

Dombrowski pidió a Forbes que lo siguiera cuando salía a observar por sí mismo los progresos que las tropas versallesas estaban haciendo. Se escurrieron por la rue Mozart, mientras los cañones versalleses «no paraban de tronar». Cuando llegaron hasta los refuerzos que esperaban a Dombrowski en el Quai d'Auteuil, se enteraron de que los versalleses también habían tomado la Porte de Saint-Cloud. Las fuerzas comuneras habían empezado a retroceder a derecha e izquierda, y los breves contraataques fracasaban. Forbes perdió de vista a Dombrowski y nunca lo volvió a ver[63].

El propio Forbes se retiró a la segunda línea de defensa comunera, que se reafirmó tras la línea del ferrocarril. Hacia las 23:00 todo estaba en silencio. Forbes llegó a la calle de Roma y, luego, al Trocadéro, envuelto en una densa niebla.

Mientras Dombrowski organizaba la defensa de la ciudad, iban entrando más tropas por las puertas de Auteuil, Passy, Sèvres, Saint-Cloud y Versalles, preparándose para un asalto masivo en la madrugada.

Arthur de Grandeffe entró en París el 21 de mayo junto con los Voluntarios del Sena. Los residentes de Passy, un barrio relativamente próspero, los recibieron como amigos a los que no habían visto en mucho tiempo, contándoles historias de los comuneros rompiendo crucifijos. Una señora ofreció a Grandeffe y a los demás una sopa que había preparado para ellos. Más allá se encontraron con insurgentes muertos. Uno de ellos estaba todavía vivo, sentado en el suelo, apoyado contra una pared. Nadie dejó las filas de los voluntarios para ayudarlo. Grandeffe consideraba a los prisioneros que vio «la escoria de París». No se podía razonar con ellos. En su opinión, tenían que ser tratados con dureza; de otro modo, la sociedad francesa corría el riesgo de volver a caer en la «barbarie»[64].

Después de acampar en el parque de Malmaison, Albert Hans y su batallón de Voluntarios del Sena se trasladaron a Rueil, donde esperaban órdenes para volver a Asnières. Por la tarde corrió el rumor de que las tropas de infantería habían atravesado las murallas por el Pont-du-Jour, tomando con facilidad Auteuil y, bajo el mando de Clinchant, avanzaban rápidamente hacia el Trocadéro. Los «alegres» Voluntarios del Sena pronto

los siguieron cruzando un puente de madera; los caballos y los carros hacían un ruido que sonaba como distantes cañonazos[65].

Desde el momento en que las primeras tropas versallesas entraron en París, se hizo evidente que los comuneros no podrían esperar de ellas mucha misericordia. Algunas de las primeras ejecuciones sumarias llevadas a cabo por los versalleses tuvieron lugar en Passy y Auteuil, donde no había habido prácticamente ningún combate. Un reportero de *Le Gaulois* se encontró con una treintena de cuerpos y preguntó a su alrededor. Los soldados habían alineado a las víctimas a lo largo de una zanja y las habían liquidado con una ametralladora. Un comerciante confirmó que los primeros homicidios habían sido los de dos hombres contra la puerta de un estanco[66].

Los voluntarios del Sena, ansiosos de terminar con los «bandidos», llegaron a la Porte d'Auteuil. Pasaron por delante de cañones volcados con los carros destrozados, una estación de ferrocarril quemada y casas destruidas. Los Voluntarios se encontraron con cuerpos de *fédérés* de los que hasta Albert Hans tuvo que reconocer que habían mostrado valor permaneciendo en su posición mientras llovían sobre ellos proyectiles desde el Bois-de-Boulogne. Uno de ellos aún respiraba y, después de que algunos Voluntarios amenazaron con fusilarlo, finalmente se le dio una copa de aguardiente y luego lo dejaron junto a la carretera echando sobre él una manta, hasta que un cura o alguien del barrio llegó con una camilla.

Tropezando con una fortaleza semiderruida junto a las murallas, Hans y los demás se encontraron con más cuerpos y el primer grupo de prisioneros que habían visto. El boulevard Beauséjour estaba cubierto de quepis, sacos militares y hasta pantalones militares cuyos dueños se habían desembarazado de ellos a toda prisa por temor a ser detenidos. En el Château de la Muette, donde Archibald Forbes había entrevistado Dombrowski el día anterior, las tropas encontraron a varias decenas de comuneros ocultos en los bosques y jardines. Un conserje había escondido a una docena de voluntarios comuneros, jóvenes y niños de doce a diecisiete años de edad. Dejaron que los niños se fueran.

En un establecimiento de caridad para mujeres jóvenes, que los comuneros habían convertido en un pequeño cuartel, Hans se indignó al encontrar grafitis y dibujos obscenos garabateados en las paredes y botellas vacías y basura esparcida aquí y allá. Finalmente llegó al Arc de Triomphe

y los barrios elegantes del oeste de París. Aquí, como en Passy, fueron saludados con gran entusiasmo. Una mujer bajó de su apartamento, obedientemente seguida por varios sirvientes que distribuyeron cigarros, vino, pan y otros alimentos a los soldados. Insistía en que las tropas subieran a su residencia a descansar un rato.

Dejando atrás la iglesia de Saint-Augustin, Hans y los suyos llegaron al Parc Monceau, donde las tropas acababan de ejecutar a una docena de «desertores» –esto es, soldados que luchaban por la Comuna cuando se consideraba que debían seguir en el Ejército francés–; la escena olía a sangre fresca, en agudo contraste con el aroma de primavera de la vegetación de los alrededores.

Después de acampar en la plaza Wagram, los voluntarios tomaron a sus primeros prisioneros. Varios afirmaban que no habían combatido, pero sus fusiles, que no habían tenido tiempo de limpiar, revelaban lo contrario. Uno admitió que había participado en un reciente encuentro en Levallois pero que, si había estado en la Guardia Nacional, era porque no tenía trabajo. «Aquel pobre diablo» había quedado atrapado entre ser «maltratado» por los comuneros si no luchaba o acabar siendo atrapado por los versalleses, como era el caso.

En la rue Cardinet algunos *fédérés* anunciaron desde detrás de una barricada que estaban dispuestos a rendirse, pidiendo seguridad de que, si entregaban sus armas, no serían maltratados. Vacilaron. Un par de voluntarios, incluido Hans, se adelantaron e indujeron a tres de ellos a rendirse. Uno repetía: «Hice como los demás. No podía hacer otra cosa». Creyendo que había dado con un despistado y no un sinvergüenza, Hans le dijo que permaneciera en silencio, temiendo que pudiera terminar como los comuneros que habían visto al pasar el Parc Monceau. Hans habló con otro *fédéré*, a quien creía bebido, cuando llegaron disparos desde la barricada comunera. Los versalleses repondieron con fuego y Hans se refugió en una tienda. Al final los *fédérés* restantes abandonaron su barricada y huyeron.

Hans y los demás Voluntarios recibieron la orden de llevar a los prisioneros a un puesto desde el que serían transferidos a un consejo de guerra. Hans se sentía preocupado por el guardia que había hecho prisionero, temiendo que fuera a ser fusilado, en especial porque técnicamente era un desertor del Ejército. Por otra parte, el cuadernillo del prisionero sólo recogía castigos leves por faltas insignificantes. El cautivo



le preguntó a Hans si pensaba que sería fusilado. Hans le dijo que simplemente debía negar su nombre y contar una historia inventada, con la esperanza de que lo devolvieran junto a la mayoría de prisioneros. Cuando le pidió al hombre que repitiera la historia, fue incapaz de hacerlo. Hans lo entregó a alguien que sabía que era de buen corazón. Por casualidad, el plan funcionó, y Albert Hans salvó su vida. Atravesando los restos de las barricadas comuneras en la place Pereire, Hans y otros Voluntarios del Sena se encontraron con algunos prisioneros de mirada muy triste. Luego, cuando dispararon desde una casa cercana, los soldados irrumpieron en ella, encontrando allí a un sargento de la Comuna. El comandante lo agarró y ordenó su ejecución inmediata. El sargento pidió clemencia y, de repente, salió corriendo de la pared contra la que se había colocado, alcanzando una puerta, con la ayuda de los tiros que llegaban desde algún lugar. Los Voluntarios dispararon, pero consiguió escapar.

A medida que los Voluntarios del Sena recorrían la avenida de Saint-Ouen en el extremo norte de París, los residentes expresaban de todo salvo simpatía hacia los versalleses, en particular las mujeres, «fuertes en su debilidad», como le gustaba decir a Hans. Una de ellas, cuando fue interrogada, les contó con orgullo que su marido estaba luchando con los *fédérés* no muy lejos, y que les iba a romper la cabeza. Hans tuvo que admitir que algunos de los Voluntarios detenían a gente del barrio sin ninguna razón particular, enojados por su actitud desafiante[67].

Edmond de Goncourt pasó el domingo «temiendo un revés para las tropas de Versalles». Desde su ventana podía oír en la distancia

el sonido regular de hombres en marcha que iban a reemplazar a otros, como sucede cada noche. ¡Ven ahora! Es el efecto de mi imaginación. Vuelvo a la cama, pero esta vez ¡son realmente los tambores, son las cornetas! Corro de nuevo a la ventana [...]. Por encima de los gritos de «¡A las armas!» suenan en grandes oleadas las notas trágicamente sonoras de las campanas, que han comenzado a tañer en todas las iglesias; un sonido siniestro, que me llena de alegría y que señala el comienzo del fin de la odiosa tiranía sobre París[68].

Aquella mañana Élie Reclus despertó con la noticia de que las tropas versallesas se movían rápidamente por París tras haber atravesado sus murallas. Mientras caminaba por la calle Saint-Pères en la orilla izquierda, una bala le pasó rozando la cabeza. Sospechó que se trataba de la obra de «un buen burgués, adicto al “orden”». En el Distrito VII no era difícil

percibir el «júbilo secreto de todos los conserjes, los propietarios de tiendas, los comerciantes de artículos sagrados y los hombres y mujeres religiosos que constituyen allí la base de la población. Sus ojos te siguen, atentos a la posibilidad de denunciarte al primer gendarme o policía» que crea que representa su causa. Reclus pudo ver que la resistencia comunera carecía de un plan bien desarrollado para defender la orilla izquierda. Además, en torno a la École Militaire y Les Invalides abundaban los bonapartistas y el noble barrio de Saint-Germain todavía era un nicho de legitimistas, con la residencia de los jesuitas no muy lejos de Saint-Sulpice, además de otras congregaciones religiosas. Los estudiantes de Medicina también se agrupaban bajo la bandera clerical. Las llamadas entusiastas a la resistencia heroica y el sonido inquietante de las campanas de alarma que apuntaban a un peligro grave, el redoble de tambores y el clarinazo de las trompetas eran una cosa; la organización eficaz, otra muy distinta[69].

Los guardias nacionales corrían ahora imaginando cómo prepararse para luchar, aunque Delescluze seguía negando que los versalleses estuvieran ya dentro de la ciudad. El súbdito británico John Leighton preguntó a un guardia si la noticia era cierta. «Sí», respondió. «Hemos sido traicionados». Los pantalones rojos de los soldados regulares se habían visto ya en la distancia. Oyó el sonido pesado de las ruedas y contempló una «extraña visión»: «Una masa de mujeres en harapos, lívidas, horribles, y sin embargo grandes, con el gorro frigio [de la Revolución francesa] sobre sus cabezas, y las faldas de sus ropas atadas a la cintura, estaban enganchadas a una ametralladora, que arrastraban a toda velocidad; otras mujeres empujaban con fuerza desde atrás». Siguió avanzando hasta un punto en que intentaban levantar a toda prisa una barricada, cuando un niño se dirigió a él: «Deje usted de espiarnos, o le abriré la cabeza como si fuera un versallés». Un anciano con una larga barba le dijo al chico que eso sería un desperdicio de munición necesaria, y se dirigió a Leighton pidiéndole amablemente «¿Sería usted tan amable de acercar esas piedras de la esquina aquí?». Leighton lo hizo y, cuando la barricada estuvo acabada, el guardia le dijo: «Haría usted mejor en largarse, si es que aprecia en algo su vida»[70].

Un parisino que vivía cerca de la Porte Saint-Denis se despertó a las 6:00 del 21 de mayo al oír a los vendedores de periódicos anunciar la «gran victoria de Dombrowski en Neuilly». Se quedó en su habitación todo el día, fumando su pipa y leyendo periódicos comuneros. Después de tumbarse en

la cama se despertó alrededor de la medianoche por el rebato de las campanas de las iglesias de París. Abajo los guardias nacionales recorrían los bulevares. No le dio demasiada importancia. A la mañana siguiente, los mismos vendedores de periódicos salieron antes a la calle pero voceando las mismas noticias que el día anterior. Envió al conserje a comprar más periódicos, y regresó con la noticia de que las tropas versallesas habían entrado en París. Los parisinos, en el bulevar de abajo, parecían «preocupados y estupefactos»[\[71\]](#).

Al comienzo de la rue Saint-Denis se alzaba una barricada considerable. Los parisinos que vivían cerca de la Porte Saint-Denis, al otro extremo de la calle, vieron cómo los combatientes comuneros que habían luchado en la iglesia de la Madeleine y la place Vendôme regresaban a sus barrios, algunos de ellos heridos. Por la noche se presentó un delegado de la Comuna para el distrito, un hombre alto de unos cincuenta o sesenta años de edad. Mirando a su alrededor, ordenó la construcción de varias barricadas, pidiendo a varias personas que estaban cerca su colaboración. Un pavimentador parecía estar supervisando el trabajo, y alrededor de una docena de niños se le unieron. Pronto apareció un pelotón de la Guardia Nacional compuesto por una docena de hombres. Dejaron sus fusiles y se durmieron sobre el pavimento. Para entonces habían empezado a caer bombas por encima del edificio de la Porte Saint-Denis. Un testigo se preguntaba si las barricadas de allí abajo los protegerían a él y a sus vecinos si los disparos se acercaban; sin embargo, se fue a cenar. Al volver a casa, oyó que gritaban órdenes de apagar las luces y cerrar las ventanas. A continuación todo quedó en silencio[\[72\]](#).

Pronto 50.000 soldados versalleses estaban dentro de París y, al cabo de 17 horas de la primera brecha en las defensas, habían entrado 130.000 soldados junto con la correspondiente artillería[\[73\]](#). Se desplazaban fácilmente a lo largo de la avenida de Versalles y luego del muelle, barriando una sola barricada que se interponía entre ellos y el Trocadéro. Que ningún cañón comunero los disparara reflejaba la decisiva falta de coordinación y la insuficiencia de la defensa militar de la Comuna. Las tropas de infantería versallesas alcanzaron el Trocadéro antes del amanecer del 22 de mayo. El marqués de Compiègne lo expresó así: «Teníamos todo París bajo nuestros pies. La alegría se veía en nuestras caras». Los versalleses habían tomado el Trocadéro, apenas defendido, junto con 1.500

prisioneros. Su caída hizo añicos la ilusión de muchos comuneros de que podían mantener a raya a los versalleses[74].

Durante el asalto hubo más señales de la violencia que estaba por venir. Cerca del Trocadéro un oficial versallés llamado Filippi se encontró con un oficial de la Guardia Nacional herido en una camilla. Ordenó a cuatro soldados del regimiento 79.º que lo llevaran a un centro de atención improvisado. Cuando se quejaron, Filippi les recordó que un combatiente herido era «sagrado» e insistió en que llevaran a cabo la orden. Acababa de comenzar a alejarse, cuando oyó disparos que le dijeron que «el desafortunado herido había sido liquidado»[75].

Las fuerzas versallesas se desplazaban hacia los Champs-Élysées. Tomaron el gran Palacio de la Industria, utilizado por los comuneros para almacenar suministros y como hospital, y lo transformaron en una prisión. La captura de 30.000 raciones redujo la comida a disposición de los *fédérés*. Aquella misma mañana, bien temprano, la bandera tricolor ondeaba sobre el Arc de Triomphe. Cientos de comuneros habían abandonado sus puestos en el oeste de París, por lo que los versalleses apenas encontraron resistencia. Una gran columna avanzó a lo largo de los bulevares hacia la Porte de Clichy, preparando así el ataque final contra Montmartre.

Pronto se hizo evidente –tanto para las fuerzas versallesas como para las comuneras– la falta de preparación de la Comuna. Al amanecer el lunes Archibald Forbes podía ver fácilmente cómo avanzaban las fuerzas versallesas. Dirigiéndose a los Champs-Élysées, se encontró con las tropas recién llegadas con sus pantalones rojos. Los versalleses no sufrieron disparos de cañón sino sólo fuego de fusil, y ahora tenían en su poder los bulevares Haussmann y Malesherbes y la entrada a la rue Royale. Más allá había imponentes barricadas comuneras, las únicas defensas que frenaban el avance versallés. Construida con muebles, ómnibus, carros y colchones, así como piedras y sacos de arena, una bloqueaba la rue de Rivoli y la otra la rue Saint-Honoré. Los comuneros obligaron a Forbes a punta de bayoneta a añadir trozos de pavimento a la barricada, pese a su insistencia en que era británico. Su primer objetivo era llegar a su hotel en la Chaussée d'Antin y tomar el desayuno. De vuelta en su habitación, descubrió un agujero de bala en su bolsa de tabaco[76].

En la orilla izquierda una fuerza bajo el mando de Joseph Vinoy avanzó a lo largo de los muelles, acercándose al Distrito VII, mientras que otra bajo

el mando del general Ernest de Cissey reproducía la estrategia seguida en la orilla derecha desplazándose a lo largo de las arterias exteriores hacia la Porte de Vanves. Ambas contaban con la protección de los cañones versalleses que ahora disparaban desde el Trocadéro, donde Mac Mahon había establecido su cuartel general. Ya habían tomado prisioneros a unos 1.500 guardias nacionales[77].

Los generales comuneros y los líderes civiles, por su parte, ofrecían poca o ninguna orientación a los defensores de París. Dombrowski envió a Louise Michel y a algunos otros para advertir al comité de vigilancia de Montmartre que el Ejército versallés había entrado en París. «No sabía qué hora era. La noche era tranquila y hermosa. ¿Qué importaba la hora? Lo que importaba ahora era que la revolución no debía ser derrotada, ni siquiera en la muerte.» Los cañones de Montmartre estaban callados. En cualquier caso, varias semanas de abandono los habían dejado en mal estado. En el momento en que comenzaron a disparar, a eso de las 21:00, los versalleses ya estaban bien resguardados[78].

En poco más de 24 horas las tropas versallesas se habían hecho con el control de alrededor de un tercio de París, y ahora se detuvieron para poner a punto sus reservas. Habían encontrado muy poca resistencia por parte de los residentes –los que no habían abandonado la ciudad– en los barrios más elegantes de los distritos occidentales. Tenían en su poder la totalidad de los Distritos XV y XVI, gran parte del VII, incluidos Les Invalides, la École Militaire y el Quai d’Orsay, el VIII y parte del XVII. Una gran proporción de la pólvora de la Comuna se había perdido en la explosión en la avenida Rapp. Aun así, persistía cierto optimismo, poco realista. Un agente de la Guardia Nacional con el que Leighton se reunió en una cafetería le dijo que gran parte de la orilla izquierda había caído en manos de los versalleses, pero el oficial seguía confiando: «La lucha en las calles es asunto nuestro, ya ve –insistía–; en este tipo de batallas el *gamin* [chaval] más insignificante de Belleville sabe más que Mac Mahon»[79]. Pero, para entonces, la Comuna ya tenía muy pocas posibilidades de sobrevivir y algunos combatientes comuneros debían de estar preguntándose si su única expectativa no era ser aplastados. Ya había demasiadas pruebas en ese sentido.

Las tropas versallesas seguían fusilando a los comuneros capturados. Habían llevado a 16 guardias nacionales al cuartel Babylone en la rue du

Bac y allí los mataron a tiros. El soldado Julien Poirier vio a unos soldados penetrar en un edificio donde habían visto entrar a una mujer llevando una bandera roja. La encontraron en el ático, con armas. La arrastraron por las escaleras, pero no llegó abajo. La mataron por el camino[80].

En la avenida Friedland una familia americana dio la bienvenida a las tropas versallesas saludándolas como salvadores. En las inmediaciones se habían construido a toda prisa varias barricadas comuneras y se intercambiaron algunos disparos, pero eso fue todo. Observaron cómo los comuneros empujaban los cañones avenida abajo lo más rápido que podían, pero, poco después, llegaron los soldados regulares. La madre de la familia ordenó a los sirvientes distribuir vino y cigarrillos a los soldados, y su hija pequeña conversó con ellos. La mujer escuchó a uno de ellos presumir que había atravesado a cinco «comunistas» aquella mañana con su bayoneta, que estaba doblada y cubierta de sangre.

La niña estaba saltando con una cuerda delante de su puerta cuando vio a un oficial y a varios soldados versalleses arrastrando a un hombre que rogaba clemencia. La escena «estremeció a la niña; [su] corazón dejó de latir, al ver aquel desgraciado de rodillas, pidiendo por su vida, mientras el oficial apoyaba una pistola en su cabeza». Los soldados lo pateaban para hacer que se levantara. Algunas personas que miraban desde una ventana hacia la calle pidieron al oficial que no lo matara delante de mujeres y niños, «por lo que llevaron a empujones y patadas hasta que llegaron a la final de nuestra calle», donde lo mataron a tiros. Una de las hijas del conserje le dijo después que ella había querido ver cómo lo mataban y que había quedado decepcionada porque llegó a la esquina un poco tarde. La niña había visto mucho en muy poco tiempo, lo suficiente para toda una vida[81].

Las ejecuciones sumarias se habían convertido en rutina, incluso organizada. Los comandantes franceses, humillados en la derrota a manos de Prusia y sus aliados tan sólo siete meses antes, parecían estar cobrándose venganza en los parisinos corrientes. El marqués de Compiègne lo recordaba también así: «Las órdenes de matar a cualquier prisionero eran formales, y los soldados estaban exasperados por los incendios en París» y por la resistencia que encontraban, «sin esperanza y sin objetivo»[82]. A los soldados versalleses, la mayoría si no todos de origen rural, les habían dicho que los comuneros eran insurgentes sin ley y criminales. Como

consecuencia, muchos de los soldados creían que podían matar a los comuneros capturados con el beneplácito de sus oficiales que, cuando menos, harían la vista gorda. ¿Se iban a convertir aquellos homicidios en una matanza?

- [1] W. Gibson, *Paris During the Commune* (Londres, 1895), p. 164.
- [2] Gay Gullickson, *Unruly Women of Paris: Images of the Commune* (Ithaca, NY, 1996), p. 75.
- [3] Gibson, *Paris During the Commune*, pp. 166, 180 y 193; John Leighton, *Paris Under the Commune* (Londres, 1871), p. 116; Wickham Hoffman, *Camp, Court, and Siege: A Narrative of Personal Adventure and Observation during Two Wars, 1861-1865, 1870-1871* (Nueva York, 1877), p. 264.
- [4] Henri Rochefort, *The Adventures of My Life* (Londres, 1896), pp. 377-378; Pierre Vésinier, *History of the Commune of Paris* (1872), p. 231.
- [5] Leighton, *Paris Under the Commune*, p. 84.
- [6] Gullickson, *Unruly Women*, pp. 83-85.
- [7] S. Froumov, *La Commune de Paris et la démocratisation de l'école* (Moscú, 1964), p. 222.
- [8] Leighton, *Paris Under the Commune*, p. 171.
- [9] Ernest Vizetelly, *My Adventures in the Paris Commune* (Londres, 1871) p. 111.
- [10] John Murray, M. D., «Four Days in the Ambulances and Hospitals of Paris Under the Commune», *British Medical Journal* (enero-junio de 1871), pp. 541-542 y 621.
- [11] Henri Ameline (ed.), *Enquête parlementaire sur l'insurrection du 18 mars*, vol. 3 (1872), pp. 23-24.
- [12] Gullickson, *Unruly Women*, pp. 99-103.
- [13] *Ibid.*, pp. 96-98.
- [14] *Ibid.*, pp. 89-96.
- [15] Edith Thomas, *Louise Michel* (1980), p. 83; Gérard Dittmar, *Belleville de l'Annexion à la Commune* (2007), p. 45.
- [16] 8J 6 dossier 135 Louise Michel, interrogatorio 19 de septiembre de 1871; Élie Reclus, *La Commune de Paris au jour le jour* (2011), pp. 298-299.
- [17] Godelier (coronel), «La guerre de 1870 et la Commune: journal d'un officier d'état-major», *Nouvelle revue retrospective* 16 (enero-junio de 1902), p. 24; Dale Lothrop Clifford, «Aux armes citoyens! The National Guard in the Paris Commune of 1871» (tesis doctoral no publicada, University of Tennessee, 1975), pp. 241-246; Leighton, *Paris Under the Commune*, p. 208; Stéphane Rials, *Nouvelle histoire de Paris de Trochu à Thiers 1870-1873* (1985), p. 266. Véase, sobre todo, Robert Tombs, *The War Against Paris 1871* (Cambridge, 1981), cap. 8.
- [18] Alain Dalotel (ed.), *Émile Maury, Mes Souvenirs sur les événements des années 1870-1871* (2001), pp. 55-58.
- [19] Reclus, *La Commune de Paris*, pp. 219-220; Philip Nord, «The Party of Conciliation and the Paris Commune», *French Historical Studies* 15:1 (1987), pp. 22-25; Laure Godineau, *La Commune de Paris par ceux qui l'ont vécue* (2010), pp. 169-175; Gullickson, *Unruly Women*, pp. 127-128.
- [20] Jacques Silvestre de Sacy, *Le Maréchal de Mac-Mahon* (1960), p. 257.

[21] Georges Riat, *Gustave Courbet, peintre* (1906), p. 302; Stewart Edwards, *The Paris Commune 1891* (Newton Abbot, 1971), pp. 22-28; Stewart Edwards (ed.), *The Communards of Paris, 1871*, p. 98; Stéphane Rials, *Nouvelle histoire de Paris de Trochu à Thiers 1870-1873* (1985), pp. 368-369.

[22] 8J conseil de guerre 3 dossier 571, Gustave Cluseret; Clifford, «Aux armes citoyens!», pp. 106-107; Jacques Rougerie, *Procès des Communards* (1964), pp. 285 y 301-302; Edwards, *The Paris Commune*, pp. 226-227; Marcel Cerf, *Les «Cahiers rouges» de Maxime Vuillaume* (1988), pp. 7-8; Charles Proles, *Le Colonel Rossel* (1898), pp. 61-65 y 81-93; Louis-Nathaniel Rossel, *Rossel's Posthumous Papers* (Londres, 1872), pp. 98-99.

[23] Proles, *Le Colonel Rossel*, pp. 82-83; Ernest A. Vizetelly, *My Adventures in the Commune* (n. p., 2009 [1914]), p. 67; Rossel, *Rossel's Posthumous Papers*, pp. 80-83 y 95-115; Clifford, «Aux armes citoyens!», p. 234; Gaston Da Costa, *Mémoires d'un Communard: la Commune vécue* (2009), pp. 213-228; Rials, *Nouvelle histoire de Paris*, pp. 329-330; Luc Willette, *Raoul Rigault, 25 ans, communard, chef de police* (1984), pp. 116-119.

[24] Parece como si, cuando Gaillard se hizo fotografiar delante de la barricada que había diseñado, quisiera ser reconocido como artista, como alguien que firma su creación, su «Château Gaillard»: «Gaillard padre, el jefe de la construcción de la barricada, parecía tan orgulloso de su creación que en la mañana del 20 de mayo lo vimos con el uniforme completo de comandante, cuatro galones de oro en la manga y la gorra, solapas rojas en la túnica [...]. Posaba orgullosamente a unos veinte pies de su creación, haciéndose fotografiar con una mano en la cadera», véase K. Ross, *Lujo comunal. El imaginario político de la Comuna de París*, Madrid, Akal, 2016, p. 70, también traducido por mí [N. del T.].

[25] Edwards, *The Communards of Paris*, p. 162, y *The Paris Commune*, pp. 314-315; Jean-François Lecaillon, *La Commune de Paris racontée par les Parisiens* (2009), p. 95; Archibald Forbes, «What I Saw of the Commune», *Century Illustrated Magazine* 45:1 (noviembre de 1892), p. 65.

[26] Tombs, *The War Against Paris*, pp. 137-138.

[27] Adolphe Hippolyte Clémence (conocido como Roussel), *De l'antagonisme social, ses causes et ses effets* (Neuchâtel, 1871), pp. 17-20; William Serman, *La Commune de Paris* (1986), p. 491.

[28] Alistair Horne, *The Fall of Paris: The Siege and the Commune 1870-71* (Nueva York, 1965), pp. 407-409.

[29] Gérard Conte, *Éléments pour une histoire de la Commune dans le XIIIe arrondissement, 5 mars-25 mai 1871* (1981), pp. 75-88; Tombs, *The War Against Paris*, pp. 120-121, 129-133 y 137; Elihu Benjamin Washburne, *Franco-German War and Insurrection of the Commune: Correspondence of E. B. Washburne (Washington, DC, 1878)*, carta de 11 de mayo; Vizetelly, *My Adventures*, pp. 138 y 142; Da Costa, *Mémoires d'un Communard*, p. 240; Gaston Bouniols, *Thiers au pouvoir (1871-1873)* (1922), p. 63, carta de Thiers al duque de Broglie, 10 de mayo; Maurice Choury, *Les Damnés de la terre, 1871* (1970), p. 145.

[30] Clifford, «Aux armes citoyens! The National Guard in the Paris Commune of 1871» (tesis doctoral no publicada, University of Tennessee, 1975), pp. 106-107; Rougerie, *Procès des Communards*, p. 294; Tombs, *The War Against Paris*, p. 142.

[31] Edwards, *The Paris Commune*, pp. 239-241.

[32] Rossel, *Rossel's Posthumous Papers*, p. 162; Jules Bourelly (general), *Le Ministère de la guerre sous la Commune* (n. d.), pp. 151-152 y 157; Charles Proles, *Les Hommes de la révolution de 1871: Charles Delescluze 1830-1848-1871* (1898), pp. 101-102 y 106-110.



[33] Godineau, *La Commune de Paris*, pp. 74-77; Edwards (ed.), *The Paris Commune*, pp. 93-94; Jacques Rougerie, *La Commune de 1871* (1988), p. 75; Eugene Varlin, *Pratique militante et écrits d'un ouvrier communard*, ed. de Paule Lejeune, pp. 171-173; Cerf, *Les «Cahiers rouges»*, pp. 8-9.

[34] J. Rocher (ed.), *Lettres de Communards et de militants de la Première Internationale à Marx, Engels et autres dans les journées de la Commune de Paris en 1871* (1934), Jenny Marx al doctor Kugelmann, 12 de mayo de 1871.

[35] Janine Bouissounouse y Louis Héron de Villefosse, «La presse parisienne pendant la Commune», *Europe* (abril-mayo de 1951), p. 55; Gustave Gautherot, *Thiers et Mgr Darboy* (1910), pp. 111-113; Jacques Gadille, «Georges Darboy, archeveque de Paris», *Mélanges offerts à M. le doyen André Latreille* (Lyon, 1972), p. 195; Villiers du Terrage (Baron Marc de), *Histoire des clubs de femmes et des Légions d'Amazones 1793-1848-1871* (1910), p. 404; Rougerie, *Procès des Communards*, p. 194.

[36] Maurice Garçon, «Journal d'un bourgeois de Paris», *Revue de Paris* (12 de diciembre de 1955), pp. 14-33.

[37] Albert Hans, *Souvenirs d'un volontaire versaillais* (1873), p. 6.

[38] Serman, *La Commune de Paris*, p. 459.

[39] Hans, *Souvenirs*, pp. 9, 19, 22-33, 34-8, 41, 47 y 53-55. Delclos era el comandante; Valette, el coronel, y Durieu, el comandante del batallón.

[40] Henri Malo, *Thiers, 1797-1877* (1932), p. 506; J. P. T. Bury y R. P. Tombs, *Thiers – A Political Life, 1797-1877* (Londres, 1986), p. 206.

[41] Sutter-Laumann, *Histoire d'un trente sous (1870-1871)* (1891), p. 290; Serman, *La Commune de Paris*, p. 458; Gordon Wright, «The Anti-Commune 1871», *French Historical Studies* 10:1 (primavera de 1977), pp. 159-164.

[42] Bronislaw Wolowski, *Dombrowski et Versailles* (Ginebra, 1871), pp. 67-68 y 92-114.

[43] Leighton, *Paris Under the Commune*, p. 224; Maurice Choury, *Bonjour Monsieur Courbet!* (1969), p. 110; Riat, *Gustave Courbet*, p. 304.

[44] APP, Ba 1020, sesión de la Comuna del 27 de abril.

[45] Vizetelly, *My Adventures*, p. 145; Forbes, «What I Saw», p. 66.

[46] Riat, *Gustave Courbet*, pp. 304-305.

[47] Auguste Lepage, *Histoire de la Commune* (1871), pp. 249-250.

[48] Christianne Lapostolle, «Plus vrai que le vrai: Stratégie Photographique et la Commune de Paris», *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* 73 (junio de 1988), pp. 67-76. Por ejemplo, cita el álbum de 1872 de Liebert *Les Ruines de Paris et de ses environs, 1870-1871*. Kathleen Jones y Françoise Verges también insisten en que las fotografías difundidas por los versalleses mostraban edificios destruidos para reforzar su tesis de que los comuneros eran bárbaros modernos: «Aux citoyennes!»: Women, Politics, and the Paris Commune of 1871», *History of European Ideas* 13 (1991), p. 726.

[49] Serman, *La Commune de Paris*, pp. 490-491.

[50] Lecaillon, *La Commune de Paris*, p. 150.

[51] Reclus, *La Commune de Paris*, pp. 319-320 y 343-345; François Bournand, *Le Clergé pendant la Commune* (1892), pp. 244-250; Olivier Marion, «La vie religieuse pendant la Commune de Paris 1871» (tesis no publicada, Paris-X Nanterre, 1981), pp. 214-221.

[52] Willette, *Raoul Rigault*, pp. 145-150; Da Costa, *Mémoires d'un Communard*, pp. 174-175; Alistair Horne, *The Terrible Year: The Paris Commune, 1871* (Londres, 2004), p. 114.

[53] Laurent Amodru (abate), *La Roquette, journées des 24, 25, 26, 27, et 28 mai 1871* (1873), p. 29.

[54] Joseph Abel Guillermin, *Vie de Mgr Darboy, archevêque de Paris, mis à mort en haine de la foi le 24 mai 1871* (1888), p. 327; Gautherot, *Thiers et Mgr Darboy*, p. 174; Joseph-Alfred Foulon, *Histoire de la vie et des œuvres de Mgr Darboy, archevêque de Paris* (1889), p. 564; Washburne, *Franco-German War*, p. 29, carta de 19 de mayo de 1871.

[55] Reclus, *La Commune de Paris*, pp. 343 y 351-352.

[56] Dalotel, *Émile Maury*, pp. 66-67.

[57] Gullickson, *Unruly Women*, p. 75.

[58] Philippe Riviale, *Sur la Commune: Cerises de sang* (2003), pp. 299-300; Serman, *La Commune de Paris*, p. 491.

[59] W. Pembroke Fetridge, *The Rise and Fall of the Paris Commune in 1871* (Nueva York, 1871), p. 224.

[60] Athanase Josué Coquerel fils Athanase Josué, *Sous la Commune: Récits et souvenirs d'un Parisien* (1873), pp. 76-77; Vizetelly, *My Adventures*, p. 137; Edwards, *The Communards of Paris*, pp. 144-146; Maxime Vuillaume, *Mes Cahiers rouges au temps de la Commune* (1971), pp. 281-285; Philip M. Katz, *From Appomattox to Montmartre: Americans and the Paris Commune* (Cambridge, MA, 1998), pp. 20-22.

[61] Prosper-Olivier Lissagaray, *Les Huit journées de mai derrière les barricades* (1978), pp. 41-43; Robert Tombs, *The Paris Commune 1871* (Nueva York, 1999), pp. 164-165.

[62] Dalotel, *Émile Maury*, pp. 6-10 y 69-70.

[63] Forbes, «What I Saw», pp. 48-61.

[64] Arthur de Grandeffe, *Mobiles et Volontaires de la Seine pendant la Guerre et les deux sieges* (1871), pp. 254-255.

[65] Hans, *Souvenirs*, pp. 57-60.

[66] Camille Pelletan, *La Semaine de mai* (1880), pp. 24-30; Tombs, *The War Against Paris*, pp. 170-171.

[67] Hans, *Souvenirs*, pp. 61-79 y 88-89.

[68] George J. Becker (ed.), *Paris Under Siege, 1870-1871: From the Goncourt Journal* (Ithaca, NY, 1969), pp. 293-294.

[69] Reclus, *La Commune de Paris*, p. 353.

[70] Leighton, *Paris Under the Commune*, pp. 238-239; Tombs, *The War Against Paris*, p. 146.

[71] «Souvenirs d'un habitant de la Porte Saint-Denis, du 21 au 25 mai 1871», Bibliothèque de l'Hôtel de Ville, ms. 1031.

[72] *Ibid.*

[73] Lissagaray, *Les Huit journées de mai*, p. 313; Tombs, *The War Against Paris*, pp. 145-149; Adolphe Thiers, *Déposition de M. Thiers sur le dix-huit mars* (1871), p. 53.

[74] Marqués de Compiegne, «Souvenirs d'un Versaillais pendant le second siege de Paris», *Le Correspondant* (10 de agosto de 1875), p. 633; Charles des Cognets, *Les Bretons et la Commune de Paris 1870-1871* (2012); Da Costa, *Mémoires d'un Communard*, p. 207; Joseph Vinoy (general), *L'Armistice et la Commune* (1872), p. 310; Papiers Eugene Balleyguier (conocido como) Eugène Loudun (Fidus), Bibliothèque historique de la ville de Paris, ms. 1284, 2e cahier, Notes sur la Politique, la littérature, etc. 1870-1871; Tombs, *The War Against Paris*, pp. 247-249.

[75] Lecaillon, *Le Commune de Paris*, p. 166.

[76] Forbes, «What I Saw».

[77] Edwards, *The Paris Commune*, pp. 314-315.

[78] Thomas, *Louise Michel*, p. 90; Vinoy, *L'Armistice et la Commune*, p. 310; Lissagaray, *Les Huit journées de mai*, pp. 316-319; Edwards, *The Paris Commune*, p. 316.

[79] Leighton, *Paris Under the Commune*, p. 240.

[80] Lissagaray, *Les Huit journées de mai*, pp. 56-59 y 63; Edwards, *The Paris Commune*, p. 320; Lecaillon, *Le Commune de Paris*, pp. 172-173.

[81] Forbes, «What I Saw», pp. 61-66.

[82] Compiègne, «Souvenirs d'un Versaillais», p. 633.

## VI. COMIENZA LA SEMANA SANGRIENTA

Con las tropas versallesas irrumpiendo en París a través de las puertas occidentales y dominando gran parte del oeste de París, los tres días siguientes –las gradas hacia el Infierno– serían cruciales, determinando el destino de la Comuna de París y miles de personas que creyeron en ella. Aunque se habían levantado barricadas en calles estrechas y en plazas bloqueando las principales avenidas, no fueron suficientes para mantener a raya a los versalleses por mucho tiempo. Las defensas comuneras en las alturas de Montmartre, donde había comenzado la Comuna 62 días antes, representaban el mayor desafío para el Ejército de Versalles, en particular cuando los combatientes comuneros se vieron obligados a replegarse cada vez más a sus propias fortalezas en los barrios, dejando el resto de París a merced de las tropas invasoras.

El lunes 22 de mayo, hacia las 2:00 de la tarde, Rigault ordenó el traslado de Darboy, el abate Gaspard Deguerry, Bonjean y algunos otros rehenes –38 en total– desde Mazas a la cercana prisión de La Roquette, aún más inmersa en el corazón del París popular. Gaston Da Costa, el fiel ayudante de Rigault, requisó dos carrromatos para el viaje. Los prisioneros se concentraron en la planta baja de Mazas, viéndose algunos de ellos por primera vez en seis semanas. Darboy, envuelto en un viejo impermeable, aludió a la proximidad «por fin» del desenlace, mientras prisioneros y guardias esperaban una hora para que llegara un carruaje. El traslado a La Roquette no era un buen augurio. Una hostil multitud amenazante de hombres y mujeres, algunos de ellos en ropa de trabajo, rodeaba el carrromato. Da Costa recordaba su nerviosismo ante «los alaridos de la turba delirante» en el faubourg Saint-Antoine. Perny, uno de los sacerdotes misioneros, recordaba que la multitud ya estaba «exasperada», gritando ferozmente contra los «papistas». En voz baja le dijo a Darboy: «Ahí tiene a su pueblo», pidiendo que los «curas de Bonaparte» fueran arrojados al Sena. Perny señaló que había pasado veinte años viviendo «entre salvajes» como misionero y nunca había visto algo «tan horrible» como las caras de aquellos hombres, mujeres y niños que «despotricaban» contra ellos durante

el penoso viaje de Mazas a La Roquette. Deguerry, que como *curé* de «La Madeleine» nunca había visto aquel tipo de barrios, preguntó en varias ocasiones: «¿Dónde estamos?»[1].

El destino de Darboy y los demás rehenes fue consecuencia de la creciente oleada de anticlericalismo que se apoderó de París. Gaston Da Costa describió ese estado de ánimo como una «exasperación legítima» incrementada por los reveses militares. Gustave Courbet recordaba el tono endurecido de los comuneros: «No había nada que hacer. La desesperación se había extendido y, con ella, los métodos desesperados. La embriaguez de carnicería y destrucción se había apoderado de ese pueblo ordinariamente tan apacible pero tan terrible cuando se le empuja al abismo [...]. “Moriremos si es necesario”, gritaban hombres, mujeres y niños, “pero no nos van a enviar a Cayena”»[2].

Cuando los prisioneros llegaron a La Roquette, el funcionario cumplimentó los trámites de su encarcelamiento. Viendo que los iban a introducir en «celdas comunes», los rehenes tenían razones para temer que su estancia en La Roquette iba a ser realmente corta. Fuera de las puertas de La Roquette vigilaban a miembros de los batallones 180 y 206 de la Guardia Nacional. El director de La Roquette, el ciudadano Jean-Baptiste François, de treinta y cuatro años de edad, iba vestido de rojo comunero: cinturón, corbata, chalina y pantalones. Pequeño, delgado y pálido, era un trabajador dipsómano cargado de deudas antes de ser contratado por la Comuna. Había pasado cuatro meses en prisión por un discurso pronunciado en una asamblea popular en 1870. Vivía con una mujer en la rue de Charonne. François, que odiaba al clero, firmó un documento: «Recibido, cuatro clérigos y magistrados». Cuando un guardia llamó a Darboy «monseñor», otro, más joven, saltó: «Aquí no hay señores, sólo ciudadanos»[3].

La Roquette consistía en tres grandes edificios. Las oficinas estaban en el que daba a la calle, que también tenía una capilla, aunque llevaba un tiempo sin usarse. Siempre había alrededor unos 40 guardias de servicio. Darboy y los demás transferidos desde la prisión de Mazas estaban en la cuarta sección; el arzobispo, en la celda número 1. Otros rehenes fueron trasladados al tercer piso del edificio de enfrente, por lo tanto, cerca del cementerio del Père Lachaise, una proximidad que no se podía pasar por alto. Las celdas eran extremadamente pequeñas y sucias, sin una mesa o

una silla, aún más espartanas que las de Mazas. Abundaban los insectos. Un espacio abierto pero con barrotes separaba las celdas, de manera que los internos podían comunicarse con facilidad[4].

Desde sus celdas los presos podían oír el sonido de las explosiones. Al oír que el fuego de cañón se acercaba, un sacerdote gritó: «¡Dentro de dos días todos estaremos salvados!». Alguien había logrado poco antes introducir hostias en una botella de leche vacía, proporcionando a los sacerdotes algo de consuelo. La campana despertaba a los prisioneros a las 6:00. A las 15:00 se les permitía pasear por el patio de la prisión. Darboy, que sentía náuseas, fue tratado por el médico de la prisión. Los rehenes eran devueltos a sus celdas a las 16:00, y allí esperaban los alimentos traídos por los presos jóvenes, bajo la tensión de no saber lo que la Comuna pensaba hacer con ellos y temiendo lo peor[5].

Las tropas versallesas avanzaban rápidamente por el oeste de París. Ernest Vizetelly observó a un gendarme que llevaba una bolsa de correo cabalgando por la calle de Saint-Philippe-du-Roule. Cuando se acercaba, «el cañón de un arma brilló entre los postigos ligeramente entreabiertos al otro lado de la calle». Se oyó un disparo. El gendarme levantó los brazos y cayó de su caballo, muerto o moribundo. Varios soldados versalleses corrieron a ayudarlo, y otros corrieron hacia la casa desde la que parecía haberse realizado el disparo –un rastro de humo delataba la ubicación– y echaron la puerta abajo. Al cabo de unos minutos los soldados salieron del edificio con «una mujer despeinada de cabello gris, con la escasa ropa en jirones». La empujaron rápidamente contra la pared, «pero no dio ninguna señal de miedo. Se irguió y dijo burlonamente: “¡Bien hecho! ¡Bien hecho! Vosotros matasteis a mi hijo esta mañana, y ahora yo he matado a uno de vosotros. ¡No sois más que un hatajo de cobardes!”». Su grito, «¡Viva la Comuna!», se ahogó en su garganta cuando recibió un disparo, cayendo de bruces sobre el pavimento[6].

En su retirada, los comuneros volvían al centro de París desde los combates en los barrios occidentales. En la rue Montmartre uno de ellos gritó, prácticamente llorando: «¡Traicionados! ¡Traicionados! ¡Llegaron por donde no los esperábamos!». Las tiendas cercanas cerraron o simplemente no abrieron. Un vendedor de periódicos gritaba el martes: «¡Consiga uno hoy! ¡Puede que no haya mañana!». En la place d'Italie, un bastión

comunero en el Distrito XIII, algunos guardias nacionales se deshacían apresuradamente de sus fusiles, musitando: «¡Es el fin!»[7].

En la mañana del lunes 22 de mayo, mientras los rehenes esperaban su destino, los líderes de la Comuna se reunieron en el Hôtel de Ville. Félix Pyat estaba entre ellos pero no por mucho tiempo; pronto se escabulló y logró llegar a Londres. Poco después de la reunión, en los muros de París apareció una proclamación firmada por Charles Delescluze: «Ciudadanos, basta de militarismo, no más oficiales elegantes luciendo condecoraciones en sus uniformes. ¡Que cedan el paso al pueblo, a los combatientes con las manos desnudas! ¡Ha llegado la hora de la guerra revolucionaria!».

Al igual que durante la Revolución francesa, se proclamó la *levée en masse* [reclutamiento masivo]. La Comuna comenzó a organizar la defensa en los distritos aún no ocupados por los versalleses, con la esperanza de aprovechar en su beneficio las estrechas calles del París popular. Los defensores de la Comuna supusieron que el Ejército de Adolphe Thiers lanzaría ataques frontales contra las barricadas. Un enjambre de hombres, mujeres y niños reforzaba barricadas que ya existían, o erigía otras nuevas. El papel de la mujer se hizo aún más importante en la defensa de la Comuna dada la importancia que adquirieron las barricadas. El estadounidense W. Pembroke Fetridge observó cómo una treintena de mujeres exigían una ametralladora para proteger la barricada que defendía la plaza del Palais-Royal: «Todas llevaban una banda de crepé alrededor del brazo izquierdo; cada una de ellas había perdido a un marido, a un amante, a un hijo o a un hermano, al que había jurado vengar. Siendo en aquel momento tan escasos los caballos al servicio de la Comuna, se pusieron ellas mismas los aperos y la arrastraron [la ametralladora], apretándose las faldas a la cintura para que no estorbaran su marcha. Otras iban detrás con las cajas llenas de municiones, y la última llevaba una bandera roja[8]. Se trataba de mujeres corrientes catapultadas a una situación excepcional, que había comenzado con su papel en la defensa de los cañones de Montmartre el 18 de marzo.

En el faubourg Saint-Antoine las mujeres y los niños construían barricadas, junto con trabajadores en blusón o guardapolvo, pidiendo a los transeúntes que echaran una mano: «¡Vamos, ciudadano, una mano en ayuda de la República!»[9]. Pese a los rápidos avances de los versalleses, Delescluze seguía convencido de que la Comuna podía mantener París defendiéndola *quartier* por *quartier*, calle por calle. Pero el toque a rebato

de las campanas y los llamamientos en favor de una «guerra revolucionaria» no podían compensar la inferioridad numérica y la caótica organización de los comuneros.

Levantar barricadas en los bulevares era más difícil que en las calles estrechas de los barrios obreros, como había entendido perfectamente el barón Georges Haussmann. El Ejército de Versalles podía derribar desde lejos las barricadas que obstruían esas arterias principales, empleando, además, tácticas de flanqueo frente a los obstáculos defensivos más eficaces. Sin embargo, en general las tropas no atacaban las barricadas de frente, para sorpresa de los defensores comuneros. Los versalleses sorteaban las defensas principales avanzando por las calles adyacentes y entrando en los edificios cercanos, lo que les permitía disparar hacia abajo desde los tejados. Wickham Hoffman observó a los soldados «entrando de casa en casa, saltando de un tejado a otro y ocupando las ventanas superiores, hasta que finalmente sorteaban la barricada y disparaban desde arriba contra sus defensores. En la Porte Saint-Denis el Quinto Cuerpo superó 12 barricadas sin atacar frontalmente ninguna de ellas. Pronto se hizo evidente que las posibilidades de que los comuneros mantuvieran una barricada dependía de su capacidad de conservar los edificios adyacentes[10].

El británico John Leighton, que no simpatizaba con la Comuna, observó que en algunos lugares la gente parecía recibir aquellos peligrosos acontecimientos con «silencio y apatía». La vida parecía transcurrir extrañamente como de costumbre en algunas de las principales calles: «Algunas cintas acá y acullá iluminan los escaparates; dependientas con la cabeza descubierta pasean con una sonrisa en los labios; los hombres las miran con cierta atención al pasar». Sin embargo, en aquel momento sólo los ancianos se atrevían a mostrarse sin el uniforme de la Guardia Nacional. En general, «la soledad tiene algo terrible de por sí [...]. Una gran multitud se agolpa en torno a una niña descalza que canta en una esquina de la calle». Los teatros estaban ahora prácticamente vacíos. La risa parecía «fuera de lugar». En el aire se advertían efluvios de muerte.

Un sargento detuvo a Leighton mientras caminaba, preguntándole por qué no iba de uniforme. Era un español al que el inglés había dado algunos cigarros durante el asedio prusiano. Leighton le respondió que no era su hora de servicio, y el sargento español le respondió sarcásticamente: «Claro,



por supuesto que no lo es, nunca lo es. Usted ha estado disfrutando de su ocio mucho tiempo, mientras otros se dejaban en esto la vida». Parecía haber olvidado los cigarros y le hizo acompañarlo hasta Notre-Dame-de-Lorette, donde retenían a unos 50 hombres que habían eludido el servicio de la Guardia Nacional. Todo terminó bien, sin embargo, cuando Leighton se tiró un atrevido farol, diciendo al sorprendido oficial que lo interrogaba que era boxeador profesional y rogándole: «Sea usted amable y permítame largarme de inmediato»[11].

Élie Reclus deambulaba por la rue des Saint-Pères, en el Distrito VI, cuando su camino se vio interrumpido por un guardia nervioso que le dijo que no podía ir más lejos, mientras «figuras preocupadas, sombrías» construían barricadas, preparándose para el ataque. Los conserjes comenzaron inmediatamente a relatar sus experiencias a los atentos oyentes, describiendo cómo habían capeado las balas comuneras con colchones puestos en las ventanas, y cómo eludían a los comuneros que trataban de esconderse en sus casas. Uno de ellos narraba con orgullo: «Encontré a tres de ellos en mi patio; le dije a un teniente que estaban allí y los hizo fusilar. Pero habría preferido que se los llevara; no puedo almacenar cadáveres en casa». El término «ciudadano» desapareció pronto como saludo, «so pena de ser sospechoso», sustituido por «el antidemocrático *monsieur*»[12].

La resistencia comunera se endureció brevemente el lunes en la plaza de la Concordia, donde permanecía el *château* –la enorme barricada– de Napoléon Gaillard. Una joven se subió a lo alto y agitó una bandera roja. Los soldados versalleses la mataron a tiros mientras una familia estadounidense miraba desde un elegante apartamento situado justo encima. También observaron cómo ponían contra la pared a una mujer de edad avanzada que ofrecía resistencia. Antes de que la fusilaran, se volvió hacia sus asesinos con un gesto de desafío, entre cuerpos destrozados y postes que habían mantenido con orgullo las farolas de gas de la enorme plaza[13]. También allí los comuneros habían esperado un ataque frontal de los versalleses, pero estos se limitaron a contornear la plaza tomando los edificios cercanos y disparando contra la barricada gigante de Napoléon Gaillard. Cuando los edificios que rodeaban las barricadas estaban ocupados todavía por parisinos ricos, esto facilitaba las cosas. La caída de

la plaza de la Concordia dejó abierto el centro de París a las tropas versallesas.

Cerca de la rue Royale, en la esquina de la calle Saint-Honoré, los comuneros habían colgado una rata muerta de una horca en miniatura en una barricada, con un cartel que indicaba que ese sería el destino de Thiers y Mac Mahon, «que han roído durante tanto tiempo a la gente». Sin embargo, los parisinos que miraban hacia el oeste desde los pisos más altos de sus edificios ahora podían ver, en la distancia, a soldados con pantalones rojos. Más cerca de ellos también podrían observar a unidades de *fédérés* moviéndose desordenadamente[14].

Contra las fuerzas reconstituidas y relativamente enormes, con 130.000 hombres, de Versalles, la Comuna sólo pudo reunir entre 15.000 y 16.000 combatientes, como mucho. El desequilibrio iba haciéndose cada vez más manifiesto, a pesar del resuelto valor de tantos parisinos. El Comité de Salud Pública se reunió en el Hôtel de Ville, en medio del caos de la llegada de mensajeros que traían noticias cada vez peores. Las órdenes contradictorias, por ejemplo, procedentes del delegado para la Guerra de la Comuna y del Comité Central de la Guardia Nacional y oficiales individuales, reflejaban la ausencia de un liderazgo militar eficaz; pero, por encima de todo, reflejaban la práctica imposibilidad de centralizar la autoridad sobre la planificación de la defensa de París y, en particular, sobre la Guardia Nacional, de la que dependía la supervivencia de la Comuna[15].

En la orilla izquierda, el Ejército del general Ernest de Cissey avanzaba fácilmente hacia el Campo de Marte, Les Invalides, la Escuela Militar y el Quai d'Orsay, tomados el lunes por la noche. Los *fédérés* corrían para salvar sus vidas, cruzando el Sena en dirección a las Tuileries, donde menos de un día antes se había celebrado un concierto. Después de tomar una barricada en la rue Bellechasse, los soldados versalleses irrumpieron en una oficina de telégrafos, matando a cuantos había allí, incluida una cantinera. Daniel Salvador, compositor y director del Conservatorio, luchó con los comuneros de la rue de l'Université. Cuando los versalleses avanzaron, se refugió en una casa cercana, pero las tropas lo encontraron. Lo fusilaron después de darle un momento para enderezar su corbata, arrojando su cuerpo a una fosa común[16].

Aquel mismo día, más tarde, el Ejército de Cissey alcanzó la estación de Montparnasse en la margen izquierda, un punto importante defendido por

sólo 26 hombres. Las tropas se desplazaron a través de los barrios exteriores de los distritos XV, XIV y hasta el XIII, empezando a rodear el centro de la orilla izquierda. El Ejército de Clinchant siguió una estrategia similar en la orilla derecha, moviéndose a lo largo de las murallas. Al caer la noche, los versalleses tenían en sus manos la mitad de la ciudad, incluida la totalidad o la mayor parte de 10 distritos. Trazaron una línea que se extendía desde Montmartre hasta la rue de la Paix y la Ópera en la orilla derecha y gran parte del Distrito VI en la orilla izquierda.

La batalla se acercaba más y más al apartamento de Edmond de Goncourt. Los obreros llegaron con la orden de bloquear el bulevar en la rue Vivienne y comenzaron a construir una barricada bajo sus propias ventanas. Pero trabajaban lentamente, «sin poner en ello mucho empeño. Algunos movían dos o tres adoquines; otros, para calmar su conciencia, daban dos o tres golpes al asfalto con sus picos». Cuando sonaron disparos, se fueron de allí rápidamente, siendo reemplazados por guardias nacionales que pronto se llevaban a los caídos. Al cabo de unos minutos sólo quedaban algunos chicos para defender la barricada, mientras «las balas hacían llover sobre ellos las hojas de un arbolito que extendía sus ramas sobre sus cabezas». Un guardia se aventuró valientemente a salir para tratar de recuperar el cuerpo de una mujer muerta en los combates, pero fue alcanzado mientras insultaba a los soldados que lo disparaban. Un segundo guardia lo intentó y también él recibió un disparo, cayendo sobre la mujer. Era ya de noche y, en un edificio adyacente, alguien encendió estúpidamente una pipa, atrayendo el fuego de los versalleses. De Goncourt apenas podía ver desde sus ventanas en una «oscura noche parisina sin una pizca de gas»[\[17\]](#).

Al hacerse los versalleses con el control absoluto de los barrios occidentales, los residentes ricos que se habían refugiado en Versalles comenzaron a regresar. Paul Martine los veía seguir cautelosamente las columnas de soldados, «como en África, donde las hienas y chacales siguen a las caravanas. Uno de aquellos residentes se jactó al regresar de la improbable hazaña de haber matado a 14 personas, que no eran inquilinos suyos, a las que encontró en su edificio»[\[18\]](#).

Gustave des E. había permanecido en París y se sintió aliviado cuando su criado le dijo que había visto que una bandera tricolor había sustituido a la bandera roja en el Arc de Triomphe. Los comuneros todavía se las arreglaban para molestarlo, sin embargo, interrumpiendo su sueño y

confinándolo a su apartamento. Pronto se podrían ver soldados versalleses sobre el tejado de una casa en la esquina del bulevar Haussmann con la rue Auber, frente a los grandes almacenes Printemps. Aquella noche había guardias nacionales disparando contra aquel edificio y unos comuneros estaban montando a toda prisa una barricada al otro lado de la calle mientras Gustave intentaba dormir. No podía dejar su apartamento para ir a su club. Haciendo gala de prudencia, dormía sobre el suelo. Después de almorzar una chuleta con jamón y patatas, echó una siesta, hasta que un proyectil alcanzó el techo de su edificio. Envió a su criado a la azotea para que recogiera un pedazo y saber algo más al respecto. La barricada cercana en la rue Auber cayó y 60 comuneros fueron ejecutados en el acto. Un teniente versallés murió, y también ocho guardias nacionales que Gustave había visto allí abajo la noche anterior. Él nunca estuvo en peligro, a pesar de todo el ruido. Incluso se atrevió a abrir las ventanas para mirar afuera[19]. El lunes Jules Vallès trató de avivar el esfuerzo defensivo hablando desde una ventana del Hôtel de Ville el lunes, siendo saludado con un confiado aplauso. Abajo mujeres vestidas de negro, con un crespón oscuro en torno a sus brazos y escarapelas rojas en el sombrero, acudieron a ayudar a los heridos. Los niños llenaban con tierra sacos de tela para las barricadas y cargaban los fusiles. Oficiales de la Guardia Nacional aparecían aquí y allá, y los hombres dejaban de repente las mesas del café para dirigirse a la batalla. Una mujer se precipitó hacia un joven que se quedaba atrás y le reprendió: «Bueno, ¿y tú no vas a que te maten con los demás?»[20]. Para entonces los comuneros habían retrocedido hasta la iglesia de la Madeleine. En los distritos occidentales que los versalleses habían tomado se alzaban banderas tricolores.

Las tropas versallesas ahora se movían a lo largo de la circunferencia interior del norte-oeste de París, así como más allá de las murallas, preparando un ataque contra Montmartre. Ya estaban bien asentadas en los Champs-Élysées y en la rue du faubourg Saint-Honoré, y avanzaban rápidamente para apoderarse de lugares estratégicos, tomando a prisioneros en su camino hacia Montmartre. Las tropas versallesas tomaron ahora el Palais-Royal (al que los comuneros habían prendido fuego para frenar el avance del enemigo), la place Vendôme, la rue de Richelieu y la Bolsa, así como el Banco de Francia. Cayeron la iglesia de Saint-Augustin y la estación de Saint-Lazare, junto con la plaza Saint-Georges, donde se veían

las ruinas de la casa de Thiers. En la rue Richelieu, junto al Teatro Francés, se apilaban en dos zanjas los cadáveres de los defensores comuneros. Cuando las tropas versallesas rodearon la iglesia de Saint-Eustache, 500 *fédérés* que había dentro de la iglesia se vieron obligados a rendirse. Los soldados no se molestaron en hacer prisioneros: todos ellos fueron ejecutados allí mismo»[21].

En una estrecha calle detrás del Louvre el inglés Denis Bingham vio a un joven arrastrado por «algunos soldados enfurecidos, que evidentemente habían estado bebiendo sin freno». A continuación detuvieron a un estudiante, acusándolo de ser un incendiario y también de tratar de envenenar a los soldados. El joven declaró que era inocente y dos veces lo pusieron contra una pared, retirándolo después, en un macabro juego de tira y afloja. Era un espectáculo terrible de ver». Finalmente se lo llevaron ante un consejo de guerra y probablemente lo condenaron a muerte.

En el cuartel de la rue de la Pépinière, cerca de la Gare Saint-Lazare, los hombres que habían sido detenidos por negarse a combatir fueron asesinados por los versalleses, que los suponían desertores. «Lo que me pareció más deplorable aquellos días –recordaba Bingham– fue la conducta de la población que, después de haber mostrado la más abyecta sumisión a la Comuna, ahora pedía sangre. Tan pronto como se producía un arresto, [los anticomuneros] gritaban: “À mort! À mort!”.» Bingham, que no podía volver a su casa cerca del Arc de Triomphe, donde volaban balas en todas direcciones, y había tomado una habitación en la rue Saint-Lazare, finalmente encontró a su esposa, quien lo creía muerto[22].

Ante el incremento de la presión de las tropas versallesas, los *fédérés* optaron por prender fuego a los edificios para reducir la velocidad de su ataque. En algunos casos los incendios se iniciaban a raíz del estallido de alguna bomba versallesa, pero, de un modo u otro, el resultado era el mismo: las casas ardían, dejando a los residentes la tarea de combatir el incendio. La familia Cerfbeer se apiñaba ansiosa en su apartamento de la rue Saint-Honoré. En general no se podían obtener noticias ni provisiones, aunque la cocinera de la familia había podido comprar pan. No podían salir, porque los *fédérés* estaban organizando la resistencia justo delante de su puerta. Los soldados ordenaron que se cerraran puertas y ventanas. Algunos residentes que salieron a la calle fueron devueltos a casa groseramente.

Cuando un cañón imponente situado debajo de sus ventanas disparaba de vez en cuando, todo el edificio temblaba.

El lunes por la noche un oficial llamó a la puerta del conserje en el edificio donde vivía la familia Cerfbeer, en un barrio que formaba parte de una línea de defensa secundaria entre la plaza de la Concordia y los Champs-Élysées. El conserje y su familia eran alsacianos, con un fuerte acento alemán perceptible por cualquier parisino. Tenían dos hijos. El comunero les dijo que salieran de inmediato, ya que iban a prender fuego a la casa: «No hay discusión. ¡Salgan ahora mismo!». Dieron a todo el mundo 10 minutos para salir, diciendo que las casas cercanas estaban ardiendo.

El padre de Gaston Cerfbeer, quien entonces tenía doce años de edad, le dijo que toda la familia tenía que dejar la casa inmediatamente, y que él se los uniría en cuanto hubiera recogido unos papeles importantes. Gaston salió con el conserje alsaciano, su esposa y sus dos hijos pequeños, de doce y catorce años de edad. La gente salía a la calle aturdida. El niño encontró el faubourg Saint-Honoré «totalmente envuelto en llamas, porque sus casas antiguas ardían como paja; la escena era terrible pero extrañamente hermosa». Gaston, su madre y la familia del conserje se sumergieron en la noche. Una barricada medio destruida les cerraba el paso, pero se las arreglaron para pasar por la esquina de la rue Richepance, con Gaston tirando de la mano de uno de los hijos del conserje, Fritz, mientras iban escalando los adoquines amontonados. Entonces oyeron disparos y Fritz se soltó de la mano de Gaston y cayó al suelo, sangrando por la cabeza. Su madre gritó cuando llegó a su lado, pero su marido, al ver que no podían hacer nada, tiró de su esposa hacia la supuesta seguridad de la plaza Vendôme. Su hijo Fritz había muerto.

Bajando por la calle Saint-Honoré, se oían tiros desde la rue de Castiglione, donde acababan de aparecer las tropas versallesas. Al ver una sombra que se movía, rápidamente dispararon en aquella dirección. Gaston se detuvo, congelado. Arriesgando su vida, una empleada doméstica agitó la mano desde un balcón indicándole que entrara en el edificio, cuya puerta estaba entreabierta. Entró en la escalera, totalmente a oscuras, con su madre y el resto de la familia del conserje. Lo único que se oía eran los lamentos del conserje por la muerte de su hijo: «Mein Fritz! Mein Lieber Fritz!». En el edificio alguien les alargó una vela, cuando el tiroteo ya había finalizado. Una niña les dijo que había más incendios cerca. Gaston quería verlo por sí

mismo, y los dos subieron hasta la sexta planta. Desde allí se podía ver «un inmenso infierno rojo, con columnas de humo que llenaban el aire con papel quemado». Mientras ardía el Ministerio de Finanzas –alcanzado por los proyectiles versalleses–, podían ver «un enjambre de figuras negras que huían rápidamente»: las ratas del ministerio, que se refugiaban en las casas vecinas.

Al día siguiente soldados uniformados vestidos de azul y rojo abrieron la puerta diciéndoles que ya se podía salir sin peligro. Gaston y su familia, así como el conserje y los parientes que le quedaban, se dirigieron rápidamente hacia la rue Royale, pidiendo a los soldados noticias sobre su casa. Las respuestas variaban. «¿El número 414? Sí, está ardiendo. No, espere, es el 410 y no el 414 el que está en llamas.» Como todo el mundo podía ver casas del faubourg Saint-Honoré ardiendo, «un pánico frenético e irresistible se apoderó de todo el mundo». Llegaban rumores de que el barrio entero había sido minado y de que todo estaba a punto de saltar por los aires. Por suerte, Gaston y su madre encontraron su edificio intacto. Su padre, muy preocupado, los estaba esperando.

Años después Gaston todavía podía ver la escena, «el estruendo entre gritos de las casas que se derrumbaban cayendo sobre los infortunados residentes que más tarde aparecían quemados o asfixiados en los sótanos». En la plaza de la Concordia un proyectil había decapitado la estatua femenina que representaba la ciudad de Lille. Mucho más aterradores eran los cadáveres reales, un montón de ellos en una esquina del patio de la iglesia de la Asunción, y otro aún más grande en el palacio de las Tuileries, donde los escuadrones de soldados estaban ocupados matando a los comuneros resistentes. Una lona cubría la pila de cuerpos allí amontonados, mientras un verdadero mar de sangre se formaba en torno a ellos. Gaston observó el triste desfile de los detenidos a lo largo de la rue de Rivoli y hasta los bulevares, hacia los horrores del campo de prisioneros de Satory, cerca de Versalles[23].

La experiencia de Gaston no era en modo alguno única. El lunes se había producido la primera indicación de que los comuneros podrían utilizar el fuego como medio de defensa. En la rue de Lille, en el Distrito VII, los comuneros conminaron a los residentes a abandonar sus edificios, diciendo que los iban a incendiar con gasolina. Un *fédéré* suponía que el fuego podía proporcionar un medio de frenar el avance de las tropas de Thiers; otro

conjeturaba que las bombas versallesas debían de haber causado los incendios que habían estallado[24]. Ambas explicaciones eran razonables.

El martes Delescluze y Alfred-Édouard Billioray firmaron una orden: «Volar o prender fuego a las casas que puedan interferir con vuestro sistema de defensa. Las barricadas no deberían ser susceptibles de ataques desde las casas». La Comuna amenazaba con quemar cualquier casa desde la que dispararan los aliados de Versalles. Cuando estaban a punto de verse desbordados, los resistentes comuneros trataban de crear un espacio entre ellos y los atacantes incendiando las casas situadas estratégicamente en medio. Los incendios también se empleaban como venganza, para castigar a los traidores. Los incendiarios advertían a los residentes de antemano. Otros incendios podían entenderse como un medio para apropiarse y purificar el espacio en disputa. Un comandante de la Guardia Nacional quería incendiar la Imprimerie Nationale: «Aquí está la casa de Badignet [Napoleón III]: tenemos órdenes de incendiarla»[25].

Los versalleses pronto creyeron que el periodista y diputado Jean-Baptiste Millière estaba al mando de una fuerza de 150 hombres encargados de prender fuego a las casas y monumentos de la orilla izquierda, lo que era absolutamente falso. Pierre Vésinier, miembro de la Internacional y también de la Comuna, organizó supuestamente una banda de 50 incendiarios encargados de quemar casas en los bulevares desde la iglesia de la Madeleine hasta la plaza de la Bastilla. Circuló el rumor de que los comuneros habían fusilado en la rue de Lille a gente que intentaba apagar los incendios. En los *beaux quartiers* [barrios elegantes] se extendía el pánico a medida que los edificios ardían –como uno en la rue Saint-Honoré en el que pudieron morir hasta siete residentes– y se extendían los rumores de un complot organizado por las *pétroleuses* [petroleras] en toda la ciudad. *La Patrie* informó que los soldados versalleses habían encontrado los restos carbonizados de una mujer en el elegante barrio de Saint-Germain, con los restos de la ropa empapados de gasolina y lo que había sido una pipa en la boca. Para quienes buscaban la confirmación de un complot comunero para incendiar París, estaba claro que aquella pipa se había utilizado para prender la gasolina[26].

Durante las batallas de los días 22 y 23 de mayo Joséphine Marchais, una lavandera originaria de Blois, cogió un fusil, se puso un sombrero tirolés y gritó: «¡Eh, banda de cobardes! ¡Salid a luchar! Si me matan, ¡será porque



yo he matado a algunos antes!»). Fue detenida como incendiaria. En realidad había trabajado como *vivandière* [cantinera] en el batallón de los Enfants Perdus [Niños Perdidos] y se había llevado la ropa que los guardias le daban a lavar, junto con el cuerpo de su amante, un aprendiz de carnicero llamado Jean Guy, pero nadie la había visto cargada de petróleo[27].

El *Paris Journal* informó que los soldados habían detenido en el puesto militar de la plaza Vendôme a 13 mujeres, la mayoría de ellas muy jóvenes, quienes, al parecer, habían vertido gasolina en los sótanos. Pocos segundos después, «una lúgubre detonación dio a entender que se había hecho justicia». Cerca de la Opéra-Comique, a la que no se prendió fuego, una mujer pudo ser abatida al hallarse demasiado cerca. Otro periódico anunció a los ávidos lectores versalleses que una mujer había sido detenida con 134 metros de mecha en el bolsillo (que debía de ser enorme). Marie-Jeanne Moussu, una lavandera de Haute-Marne casada con un hombre llamado Gourier, parecía para los versalleses «el ejemplo más perfecto imaginable de esas viles criaturas de los suburbios, que proporcionan a la Comuna auxiliares poderosos para quemar París». Lo cierto es que había prendido fuego a un edificio, pero a quien estaba tratando de quemar, al parecer, era a un antiguo amante, sin ninguna relación con la Comuna[28].

Leighton dio pábulo al rumor de que las *pétroleuses* recibían 10 francos por casa que incendiaban. Según él, la *pétroleuse* «camina con paso rápido, amparándose en la sombra de la pared; va mal vestida; su edad oscila entre cuarenta y cincuenta años; lleva la frente cubierta con un pañuelo de cuadros rojos, del que cuelgan mechones sin peinar. Muestra un rostro enrojecido y ojos borrosos [...]. Lleva la mano derecha hundida en el bolsillo o en el regazo de su vestido mal abrochado; en la otra mano lleva una de esas latas altas y estrechas utilizadas para transportar la leche en París, sólo que en su caso [...] contiene el terrible líquido combustible». Oyó que una de ellas había sido sorprendida *in fraganti* en la rue Truffaut, y disparó seis veces con una pistola antes de ser abatida. «Otra fue vista cuando caía a la puerta de una casa en la rue de Boulogne [...]. Era una chica joven; una botella llena de petróleo cayó de su mano mientras se desplomaba».

El embajador estadounidense Elihu Washburne también dio por buenos los rumores y ofreció la sorprendente cifra de 8.000 incendiarios en París, agregando que, «de todo este ejército de incendiarios, los peores eran las

mujeres». Los niños, al parecer, también tomaban parte. Relató que un empleado de su Legación había contado los cuerpos de ocho niños, el mayor de los cuales no había cumplido todavía catorce años, fusilados después de ser capturados con petróleo[29].

Uno de los rumores que corrían era que, en un registro en la rue des Vinaigriers, habían aparecido 30 pequeños envases (*oeufs à pétrole*) llenos de nitroglicerina. ¡Ay de las mujeres que llevaran botellas con cualquier cosa que pareciera sospechosa, o aceite para la calefacción! *Le Siècle* informaba el 31 de mayo de que una mujer «había sido prácticamente despedazada» después de haber comprado aceite de oliva. Entre las mujeres acusadas de ser *pétroleuses*, había una de unos veinte años que llevaba consigo a su bebé. Un oficial ordenó que la mataran allí mismo y, cuando le preguntaron qué hacer con el bebé, gritó: «¡Matadlo también, que no quede de ella ni la semilla!». Las denuncias por sospechas de incendio fluían con mayor rapidez que el agua para apagar los fuegos[30].

Es indudable que algunos de los incendios fueron provocados por los mismos comuneros. Como las barricadas, los incendios servían como medio de defensa y representaban una apropiación del espacio en favor de la causa comunera. Hay pruebas incontestables de que fueron comuneros los que iniciaron los incendios en las casas de la rue Royale y del faubourg Saint-Honoré, tratando de crear una «barrera de llamas» que frenara la embestida de las tropas versallesas y eliminara la posibilidad de que subieran a lo alto de los edificios para disparar desde allí contra los defensores de las barricadas[31].

Ante el avance demoledor de los versalleses, los líderes de la Comuna ordenaron quemar una serie de edificios monumentales en las zonas más lujosas de París. Émile Eudes ordenó quemar el palacio del Consejo de Estado y el Comité de Salud Pública el Palais-Royal. Théophile Ferré firmó la orden (posteriormente hallada en el bolsillo de un comunero que luchó en una barricada en la rue Royale, con fecha «4 Pradial del año 79») de quemar el Ministerio de Finanzas. Courbet permaneció en el Louvre para tratar de proteger sus valiosísimas colecciones, pero el fuego prendió o se propagó a un tejado. Pinturas y esculturas que todavía se guardaban en el gran museo se salvaron gracias al esfuerzo de algunos visitantes extinguiendo el incendio. El general Paul-Antoine Brunel ordenó quemar el Ministerio de Marina junto a la barricada gigante de Gaillard en la plaza de

la Concordia para evitar que las tropas versallesas se apoderaran de él y lo convirtieran en una plataforma de asalto, pero el fuego no prendió por alguna razón desconocida[32].

¿Podían los comuneros derrotados intentar incendiar su propia ciudad? El asedio versallés los había empujado a la desesperación y a una intensa cólera. Algunos de ellos podían imaginar que la destrucción de todo París era mejor que cedérsela a Thiers. Prosper-Olivier Lissagaray insistió en que era mejor «quemar nuestras casas que entregárselas al enemigo». Y Louise Michel advirtió que «París será nuestra o dejará de existir». Sin embargo, no fue más allá de insistir en que los comuneros defendieran París «hasta la muerte». Después de terminar su comida en la terraza del Louvre el martes, el general comunero Jean Bergeret ordenó incendiar el palacio de las Tuileries. Viendo el fuego consumir el palacio donde habían retozado Napoleón III y su entorno, Gustave Lefrançais admitió que él era uno de «los que habían sentido un estremecimiento de alegría al ver en llamas aquel palacio siniestro». Dos días después, al ver el fuego en la distancia, una mujer de Montmartre le preguntó a Nathalie Le Mel qué era lo que estaba ardiendo. Le Mel respondió: «No es nada en absoluto, sólo el Palais-Royal y las Tuileries, porque no queremos que vuelva a haber allí un rey».

Los incendios que se propagaban por todo París se convirtieron en otra fuente de odio contra los comuneros. El incendio de las Tuileries, un símbolo del Segundo Imperio, intensificó particularmente las demandas de que los presos comuneros fueran inmediatamente fusilados, gritando: «¡Sin cuartel! ¡Muerte a los incendiarios!»[33]. El escritor Louis Énault acusó a los comuneros de querer arrasarse París hasta los cimientos. Comenzaron, en su opinión, con varias zonas elegantes como la rue de Lille, «un barrio residencial suntuoso y aristocrático», con tanta prestancia como el cercano bulevar Saint-Germain. Desde una ventana más alejada, Énault se extasiaba ante tanto horror, contemplando cómo los incendios eran impelidos por el viento vespertino, cobrando fuerza las llamas «con una velocidad violenta [...] mientras el fuego exhibía [...] tonos fantásticos [...]: azul, verdoso, violeta, granate». Los parisinos que observaban los incendios desde lejos se preguntaban qué *quartier*, qué monumentos, qué edificios eran pasto de las llamas. Théophile Gautier creía estar viendo una moderna Pompeya. Era como si la destrucción iniciada por Haussmann durara todavía. La explosión de un proyectil disparado de vez en cuando por los comuneros

desde Montmartre incrementaba los temores y provocaba estremecimientos[34].

Caminando desde la iglesia de la Madeleine hasta la place du Château d'Eau (ahora place République), Reclus se cruzaba con tan poca gente que podrían haber sido las 2:00 o las 3:00 de la madrugada, más que mediodía. Sin embargo, en la Porte Saint-Martin la gente había formado una cadena humana para levantar con los adoquines del pavimento una barricada, mientras que otros detenían a los transeúntes con gritos de «¡*Citoyen, citoyenne*, ayúdanos!». Niños de todas las edades participaban activamente en la construcción de barricadas, colaborando dos o tres de ellos para levantar un pesado bloque de piedra. Reclus tenía que mostrar su *laissez-passer* [salvoconducto] en cada barricada. Incluso después de llevar piedras –a pesar de su lesión en la mano derecha, tullida desde la niñez–, fue brevemente detenido en la rue Lafayette por un guardia nacional que lo acusó de encubrir así sus actividades de espionaje para los versalleses. Reclus mantuvo la calma y un oficial de Policía ordenó que lo dejaran en libertad[35].

Reclus no volvió a casa aquella noche por temor a ser detenido. Se quedó con unos amigos que vivían en el faubourg du Temple. «Somos –decía– como marineros cuyo barco hace agua durante una tormenta y que, cada cuarto de hora, se hunde un poco más. Apoyados en la proa de la nave, podemos ver cómo se forman en el horizonte las grandes olas que nos van a golpear a continuación, aullando y espumeantes de rabia». ¿Sería la primera gran ola la que nos hundiría, o sería la segunda, o tal vez la cuarta «en este mar tempestuoso que es París»? Puede que fuera aquel mismo día «cuando teníamos que morir [...], tal vez mañana [...] o tal vez al día siguiente [...]». ¡No importa! ¡No habrá sido en vano!»[36].

Desde Versalles Thiers proclamaba: «Somos *honnêtes gens* [...]. El castigo será ejemplar, pero se llevará a cabo dentro de la ley, en nombre de las leyes». Evidentemente no era así, ya que las tropas versallesas ya estaban ejecutando a comuneros sin someterlos a juicio. La expresión *honnêtes gens* estaba cargada de connotaciones de clase que ya mostraban sus intenciones asesinas. Muchas de aquellas *honnêtes gens* estaban deseosas de ver París purgado de los insurgentes de clase baja que parecían empeñados en dar la vuelta a la jerarquía social y los privilegios[37].

A medida que las tropas versallesas penetraban en París, iban matando o ejecutando a los comuneros que encontraban a su paso, porque se les había enseñado a despreciarlos. Por otra parte, en una guerra civil el enemigo puede ser casi cualquiera, en cualquier lugar. Tales ejecuciones sumarias probablemente endurecían la resistencia, al menos en algunos casos, pero, al cabo de unos días, también servían para desmoralizar a los resistentes. Pocos podían dudar en aquel momento sobre lo que estaba sucediendo en las calles de París y sobre cuál sería el resultado final de aquella batalla.

Cuando los versalleses encontraban resistencia en las calles estrechas y los disparaban desde las ventanas de las casas, a continuación se producían registros y ejecuciones brutales. Los soldados de infantería tenían que estar en alerta constante, controlando las ventanas de los pisos superiores en busca de francotiradores comuneros. Cuando se acercaba la lucha, una mujer que vivía en la elegante rue du faubourg Saint-Honoré llamó a un deshollinador y, cuando este salía del edificio, fue capturado porque sus manos y su cara, cubiertos de hollín, parecían denunciar restos de pólvora, y fue inmediatamente ejecutado mientras la mujer miraba desde la ventana de arriba. Los soldados no se molestaron en comprobar la veracidad de lo que era, en realidad, una explicación perfectamente plausible[38].

El temor hacía probablemente a los soldados más implacables. Los versalleses acostumbraban a matar a los insurgentes comuneros que descubrían, independientemente de si ofrecían o no resistencia. En la rue Saint-Honoré los soldados encontraron a una treintena de guardias nacionales que se escondían en una imprenta. Habían tirado sus armas y se habían puesto rápidamente ropa de trabajo, pero eso no los iba a salvar. Los soldados los llevaron a la calle Saint-Florentin y los fusilaron en la enorme zanja frente a lo que quedaba de la barricada. Cerca de la rue Royale los soldados encontraron a seis hombres y a una mujer joven con el uniforme de la Guardia Nacional escondidos en barriles; fueron arrojados a una zanja y ejecutados. Los Voluntarios del Sena fusilaron a 15 hombres y una mujer en el Parc Monceau[39]. Cuando las tropas llegaron a la plaza Vendôme, la columna caída avivó aún más las represalias contra los comuneros que se habían rendido o habían sido capturados; los versalleses mataron allí a 30 personas o más[40].

La litografía de Édouard Manet *Guerra Civil* evoca el horror de la muerte en la iglesia de la Madeleine, donde los versalleses mataron a cerca de 300

comuneros que se habían refugiado en ella; ningún insurgente escapó. A primera vista, esa litografía nos llevaría a pensar que Manet representa la tragedia de la guerra civil de una manera general, neutral. Sin embargo, el cadáver viste el uniforme de la Guardia Nacional y aferra en la mano izquierda un jirón de tela blanca, lo que sugiere que trataba de rendirse junto con sus compañeros; el edificio que aparece al fondo es, sin duda, la iglesia de la Madeleine. En otra litografía de Manet, *La barricada*, se denuncia igualmente la represión durante la Semana Sangrienta, representando el fusilamiento de un grupo de comuneros por un pelotón de ejecución[41].

La matanza prosiguió, apoyada en buena medida por los parisinos, quienes daban la bienvenida a las tropas versallesas. Archibald Forbes, por su parte, estaba consternado por la «caza de comuneros» por los soldados versalleses, con la ayuda de algunas personas de las que sospechaba que poco antes vitoreaban a la Comuna y ahora denunciaban a los *fédérés*. Los conserjes informaban afanosamente a los soldados sobre dónde podían esconderse comuneros: «Conocían las ratoneras en la que las que se apretujaban aquellas pobres criaturas, y guiaban con un regodeo diabólico a los soldados versalleses».

Estos, por su parte, se incautaban de cualquier prueba que pudieran encontrar de la insurgencia. Tres mujeres fueron asesinadas porque los versalleses encontraron en su apartamento varios pares de pantalones de la Guardia Nacional. Un peletero de la rue des Martyrs fue sumariamente ejecutado porque, supuestamente, había invitado a su apartamento a Pyat seis meses antes. Cuando su esposa protestó, la mataron a ella también. En la place du Trône (ahora de la Nation), los soldados vieron luz en un piso alto y subieron encontrando allí a dos ancianos que tomaban té. Los mataron sin motivo, a pesar de la insistencia del conserje en que no habían tenido nada que ver con los *fédérés*. Su clase social los denunciaba. Los versalleses no prestaban atención al hecho de que algunos de los comuneros que estaban matando habían combatido unos meses antes por Francia contra los prusianos y sus aliados alemanes[42].

Los comuneros comenzaron a organizar frenéticamente la resistencia en el Distrito VI. El martes Jean Allemane ayudó a organizar la defensa de las calles Vavin y Bréa, hacia el nordeste desde el bulevar Montparnasse, uniéndolas así a las de la plaza de l'Observatoire como protección de los

Jardins du Luxembourg. No lejos de allí, Eugène Varlin reunía a los defensores de la pequeña plaza de la Croix-Rouge. La tarea era imponente, con un enorme Ejército de tres divisiones bajo el mando de Cissey frente a sólo tres batallones de la Guardia Nacional. Cuando llegaron, las órdenes de los líderes de la Comuna de que se retirasen a la defensa de sus propios barrios, la de la margen izquierda del Sena, se hizo imposible. Dos batallones de la Guardia Nacional de los Arrondissements XI y XII se negaron a obedecer a Allemane y cruzaron el Sena, diciendo que, si iban a morir luchando, preferían hacerlo en su propios *quartiers*[\[43\]](#).

Los comuneros seguían cayendo. Un médico inglés que ayudaba a los heridos recordaba: «Los días 21, 22 y 23 de mayo nos ocupamos sólo de los casos más graves. Nuestro jardín, patio, pasillos y recodos estaban llenos de heridos recién traídos de la batalla [...]. Muchos murieron allí mismo»[\[44\]](#).

Muchas de las barricadas de la orilla izquierda habían sido construidas en menos de un día, después de que hubieran entrado en París las primeras tropas. No sobrevivieron a los ataques de los versalleses del martes. Una barricada en la rue de Rennes, cerca de la Gare Montparnasse, era la mayor, pero sólo había para defenderla una treintena de hombres. Sin embargo, los cañones comuneros que seguían disparando desde detrás de las barricadas todavía infligían abundantes bajas a los atacantes. Cayeron las barricadas de la Croix-Rouge y del Dragon. El barrio estaba en llamas, y las barricadas en la rue de Rennes cayeron el martes con sus defensores, incluidos los Enfants du Père Duchêne, derrotados en el Boulevard Saint-Germain. Un oficial versallés creía que estaban ejecutando a más hombres que los que habían combatido desde detrás de las barricadas[\[45\]](#).

Allemane y otros trataron de imponer cierto orden en las defensas en la calle Notre-Dame-des-Champs y el bulevar Saint-Michel, pero no los ayudó en nada que, ahora que la lucha parecía perdida, los guardias sólo se preocupaban por proteger sus propios barrios. Las tropas versallesas rodearon las barricadas restantes y dispararon sobre ellas desde los edificios adyacentes. Las peticiones de refuerzos no tuvieron ninguna respuesta. El humo que salía del Hôtel de Ville y otros edificios importantes desmoralizaba aún más al resto de combatientes comuneros[\[46\]](#).

En este momento la mayoría de los comuneros, obligados a reconocer que había pocas esperanzas de victoria, comenzaron a prepararse para el final. Cuando la batalla se acercaba al Barrio Latino, Maxime Vuillaume se

dirigió a su apartamento de la rue du Sommerard para quemar papeles que, si caían en manos de los versalleses, significarían, sin duda, un gran problema. Tenía copias de la carta que el arzobispo Darboy había escrito a Thiers el 12 de abril y otra para el vicario Lagarde del mismo día; se las dio a Benjamin Flotte, que vivía cerca. Fueron juntos a tomar una copa en el establecimiento de Glaser, que encontraron totalmente vacío. Después de aquel breve encuentro, Vuillaume nunca volvió a ver a Flotte[47].

Allemane, como tantos otros comuneros, se hacía pocas ilusiones sobre lo que le esperaba. Sacó todo lo que llevaba en los bolsillos: una navajita, 60 céntimos, algunos papeles y una tarjeta que indicaba que trabajaba para el *Journal Officiel*. Trató de imaginar cómo sería su muerte. Caminando hacia el bulevar Saint-Germain, se topó con un amigo llamado Treilhard, quien se iba a casa para poner en orden las cuentas de la Assistance Publique (Asistencia Social) como había prometido. Allemane le aconsejó que fuera con él al Distrito XI, donde los comuneros restantes trataban de mantener sus posiciones ya que, si no lo hacía, corría el riesgo de ser capturado y ejecutado. Treilhard se negó, y fue detenido poco después, puesto contra una pared y fusilado.

Allemane consiguió bajar por el bulevar Saint-Germain, donde varios policías versalleses encubiertos estaban haciendo detenciones. Uno de ellos lo detuvo en el muelle y le preguntó qué estaba haciendo por allí a esas horas (era la 1:00 a. m.). Allemane respondió que iba al bulevar de l'Hôpital para comprobar el estado de sus padres ancianos. Consiguió pasar, y vio cómo los soldados se llevaban a un muchacho, Georges Arnaud, al que conocía del barrio. El muchacho no dio señales de conocerlo, lo que le podría haber costado la vida. Un vecino que dirigía el restaurante Au Chinois le dijo a un oficial versallés que conocía muy bien al chico y que no había participado en los combates, por lo que fue liberado (pero murió poco después de tuberculosis, con veinticuatro años). Los padres de Georges alojaron a Allemane. Desde su apartamento podían oír el sonido de los soldados que registraban el edificio. Allemane bloqueó la puerta de la habitación donde se había escondido, preparándose para defenderse, pero los soldados estaban buscando a algún otro. Se decidió a salir y probar suerte con el fin de no poner en peligro a sus valedores.

Después de una cena rápida, Allemane se dirigió al apartamento de su hermano, que vivía en el Distrito XX. Pero, poco después de llegar a la rue



Levert, policías y soldados rodearon el edificio y lo arrestaron. No tenía dinero ni documentos con los que poder salir de París. Por otra parte, «proliferaban las denuncias [...] y en París los confidentes de la Policía eran reyes». Después de dar como nombre el de señor Roger, al día siguiente admitió que era Jean Allemane. Tenía pocas posibilidades de escapar de la detención, y pronto fue encarcelado en Versalles[48].

El Ejército de Versalles y los Voluntarios del Sena habían tomado, en poco más de dos días, más de la mitad de París. La única esperanza que les quedaba ahora a los combatientes comuneros era, al parecer, regresar a sus barrios en el este de París y organizar allí la defensa de los *quartiers populaires*[49]. Un sargento de la Guardia Nacional, que podría haber escapado, lo contaba así: «No me puedo ir, por lo que dirían mis compañeros del *quartier*»[50]. Para los comuneros, la solidaridad vecinal se hizo aún más esencial para la supervivencia. La defensa de París dio paso a la defensa de los *quartiers*. El papel de la mujer se hizo aún más importante. Una de las cosas más extrañas del conflicto fue que, en la lucha callejera, «uno se encontraba a veces sin algún amigo de la infancia» luchando por los versalleses[51].

Montmartre, donde había comenzado la Comuna poco más de dos meses antes, seguía siendo potencialmente el punto de defensa más fuerte. La Comuna envió allí al general Napoléon La Cécilia. Las habilidades de La Cécilia, «de aspecto triste y solemne, sin encanto, con un aire frío y seco», estaban muy por debajo de lo que se necesitaba y le resultaba difícil comunicarse porque era corso y no hablaba bien el francés. La tarea que se le encomendó era abrumadora. Había encontrado las defensas de Montmartre desorganizadas y desmoralizados los batallones de la Guardia Nacional. Los combatientes comuneros se resistían instintivamente a su autoridad porque era prácticamente desconocido en el Distrito XVIII. Pero lo más importante es que ya era demasiado tarde para que nadie, ni siquiera el general más inteligente, pudiera alterar sustancialmente las cosas. Algunas de las barricadas alzadas el 18 de marzo seguían todavía allí y, aunque podrían proporcionar cierta resistencia frente a los ataques desde el sur, no servirían prácticamente de nada si los versalleses atacaban desde otros puntos. Hacia las 5:00 a. m. del 23 de mayo las tropas de infantería habían llegado a la Porte de Clignancourt, al norte más allá de la Butte, a una distancia de unos tres kilómetros de Batignolles, en el Distrito XVII[52].

Louis Barron se desesperaba sobre el estado de las defensas en Montmartre: «El Monte Aventino [una de las colinas de Roma] ¡está tan mal defendido! Espías de Monsieur Thiers, vuestra tarea será fácil [...]. No hay fosos, trincheras, ni falsos muros de cartón-piedra en las proximidades de esta posición, cuya fuerza se ha exagerado, porque lo cierto es que se podría haber hecho formidable». Barron tuvo una premonición de «la carnicería horrible que se aproximaba, las masacres furiosas y los fusilamientos incontrolados. «Huelo el olor insípido, nauseabundo, de chorros de sangre que empapan el pavimento y fluyen por las calles.» Y sin embargo, de alguna manera –por lo menos en el París popular–, persistía la ilusión de la invencibilidad de la voluntad popular[53].

La Cécilia quería saber por qué los cañones de Montmartre permanecían en silencio. Encontró allí 85 cañones y unas 20 ametralladoras, sin uso durante dos meses. Por fin, bajo su dirección, los cañones dispararon varios proyectiles, pero algunos de ellos se deslizaron hacia atrás cayendo en el barro, con lo que volvían a ser inutilizables. Reclus reflexionaba sobre la ironía de que, cuando finalmente se lanzaron proyectiles comuneros desde las alturas de Montmartre, Belleville y Ménilmontant, cayeron «sobre los barrios ricos y comerciales» del oeste de París, donde todavía se encontraban, sin embargo, muchos buenos republicanos, siendo barrios que ya habían sufrido los bombardeos versalleses[54].

Sabiendo que las tropas de infantería habían barrido tan fácilmente Batignolles y que tenía un número insuficiente de guardias nacionales para organizar una defensa sólida, el general polaco Jaroslaw Dombrowski ahora se daba cuenta de que no había esperanza. Trató de salir de París, pero fue detenido en la Porte de Saint-Ouen por un grupo de *fédérés*. Fue conducido al Ayuntamiento, donde el Comité de Salud Pública expresó su confianza en él y se negó a aceptar su renuncia. Siendo leal a la Comuna y sin ningún lugar adonde ir, Dombrowski retomó nuevamente el servicio, sin más discusiones. A pesar de la situación cada vez más desesperada, *Le Vengeur* de Pyat seguía tranquilizando a sus lectores asegurándoles que todo iba bien, a pesar de que *Père Duchêne* publicó su último número ese día, con la fecha «3 Pradial, año 79», esto es, 23 de mayo de 1871[55].

Aquel día, martes, el Ejército de Versalles puso en marcha a primera hora su asalto a Montmartre. Atacó desde tres direcciones. El Ejército, bajo el mando de Clinchant, había avanzado fácilmente a través de Batignolles, que

había quedado prácticamente sin defensas a pesar de los esfuerzos de Benoît Malon. Las tropas iban matando indiscriminadamente a lo largo del camino. Un oficial versallés ordenó, al parecer, fusilar a un soldado que se había negado a disparar contra mujeres y niños. No lejos de allí, las tropas mataron, al parecer, a un hombre que no había hecho absolutamente nada, así como a su esposa e hijo que lo habían abrazado durante demasiado tiempo, y luego remataron, por si acaso, a un médico que había tratado de ayudar al niño[56].

Mientras el fuego de fusil desde la Butte pasaba sobre sus cabezas, sin cañonazos que evitar y teniendo que eludir únicamente el fuego de una ametralladora, los Voluntarios del Sena llegaron a Montmartre. Se encontraron con una barricada defendida en la rue Marcadet, al otro lado de la colina, pero estaban protegidos por la curva de la calle. Los soldados fueron enviados a las casas a ambos lados de la calle para disparar sobre los defensores. Trajeron dos cañones para bombardear la barricada. El fuego de los *fédérés* pronto se debilitó, y luego los defensores comuneros abandonaron. Albert Hans se sorprendió al encontrar Montmartre, caldo de cultivo tradicional del radicalismo, defendido con tan poca organización, personal o energía. Los Voluntarios del Sena alcanzaron dos barricadas en la rue des Abbesses y las tomaron rápidamente, junto con 600 prisioneros.

Otra barricada comunera esperaba a los Voluntarios del Sena, también en la rue Marcadet. Primero ocuparon las casas a ambos lados de la calle, subieron las escaleras y dispararon desde las ventanas de arriba contra los defensores. Pronto quedaron sólo cuatro *fédérés* a la izquierda de la barricada; cayeron casi inmediatamente. El comandante Gustave Durieu, «con su energía salvaje», como lo describía admirativamente Hans, mató personalmente a 10 hombres que se hallaban en los edificios cercanos. Las «expresiones crueles» y el «aspecto realmente extraño y temible» de Durieu, que había perfeccionado sus habilidades contra los rebeldes en México, eran inconfundibles. Los Voluntarios del Sena comenzaron a registrar casas antes que las tropas regulares, disparando y matando a cualquiera que llevara el uniforme de la Guardia Nacional y un fusil, o que tuviera rastros de pólvora en la palma de la mano. Aquel mismo día, más tarde, herido gravemente en la Butte de Montmartre, Durieu fue transportado a la casa de la calle Rosiers junto adonde habían fusilado a los generales Lecomte y Thomas el 18 de marzo. Murió al día siguiente. El

oficial que lo reemplazó ordenó más ejecuciones. Leighton recordaba que aquel caluroso día «todos los jóvenes que se hallaban en las calles eran puestos bajo arresto provisional, porque temían a todos, incluso los niños, y de todos se había apoderado una horrible sed de venganza y sangre. De repente se oía un disparo aislado y, a continuación, uno o dos minutos después, otros cinco o seis, con lo que se sabía que se había ejecutado la represalia»[\[57\]](#).

El marqués de Compiègne de los Voluntarios del Sena apareció a caballo en el patio de un edificio, sobre un jamelgo que, a su juicio, debía de haber pertenecido a un insurgente. Mientras pensaba en cómo encontrar a su propietario, de repente se vio asaltado por varias mujeres iracundas, jóvenes y viejas, llorando y gritando: «¡Mi padre, mi hijo!». Aparecieron varios Voluntarios del Sena, llevando consigo a un joven de unos diecisiete años de edad que llevaba el uniforme de la Guardia Nacional, «más muerto que vivo»: «Daba la apariencia de una oveja con un aspecto tan estúpido que parecía imposible creer que pudiera cometer ningún acto malicioso». El marqués se apiadó, empujándolo a una habitación pequeña. Cada vez que llegaba un soldado, el marqués le decía que ya había registrado la habitación y no había encontrado nada sospechoso. Es de suponer que el joven sobrevivió. Otros no tuvieron tanta suerte. El marqués llevó a su oficial al mando, Escolan de Grandpré, un preso que llevaba un uniforme de marinero. Grandpré le dijo que había deshonrado el uniforme y le reventó la cabeza de un disparo. En la rue Marcadet el marqués recordó «las corrientes [...] sangrientas que corrían como en la calle aledaña a un matadero»[\[58\]](#).

En el lado occidental de Montmartre el general Clinchant atacó por las avenidas de Clichy y de Saint-Ouen y el cementerio. Las tropas del general Paul de Ladmirault avanzaron a lo largo de la rue Blanche y la rue Pigalle, al suroeste de la colina. El ataque desde el norte encontró poca resistencia, algo que los comandantes versalleses ya habían anticipado gracias a su espías[\[59\]](#). Los versalleses tomaron finalmente la gran barricada levantada en la plaza de Clichy aquel martes y controlaban todo Montmartre al final del día[\[60\]](#).

Entretanto Nathalie Le Mel plantó una bandera roja en la barricada de la plaza Blanche debajo de la Butte. Junto con otros 120 comuneros o más ofreció una fuerte resistencia. En los combates en Montmartre, los que defendían las barricadas no podían esperar mucho en cuanto a refuerzos,

municiones o alimentos. La barricada en la plaza Blanche cayó ante las tropas del general Paul de Ladmirault antes del mediodía. Algunos defensores que habían sobrevivido a los combates fueron fusilados inmediatamente. Otros lograron retirarse a la barricada de la place Pigalle. El comisario Sebastien vio una compañía de mujeres que corrían hacia el combate. Cuando se acercaron a la place Pigalle, «todos los que formaban parte de aquella pequeña tropa fueron muertos o hechos prisioneros. Desde mi ventana vi a varias de las mujeres a las que había visto bajar por la calle con sus armas unos momentos antes retroceder y ser desarmadas y rodeadas por los soldados». Soldados de infantería llevaron a un comunero ante un oficial versallés. Este último le preguntó su nombre y él respondió: «¡Lévêque, albañil, miembro del Comité Central!». El oficial lo disparó a quemarropa en la cara con su pistola[61]. Las barricadas en place Pigalle aguantaron tres horas de combate brutal pero no más. Algunos otros combatientes comuneros lograron llegar al bulevar Magenta, y otros retrocedieron a Belleville.

Nathalie Le Mel, muy conocida en Montmartre por su trabajo en la cooperativa de consumo La Marmite, era la mayor de un grupo de mujeres jóvenes que la seguían portando brazaletes de *ambulancières* y bufandas rojas y armadas con fusiles. Cuando un artillero comunero fue herido, Le Mel y otras dos mujeres abrieron por la fuerza la puerta de una farmacia en el bulevar de Clichy. Ella fue en busca de un conserje en un edificio cercano para pedirle aceite con el que cuidar a una mujer herida, pero no encontró a ninguno. Natalie trató de restaurar la moral de las demás, diciendo: «¡Nos han golpeado pero no vencido!», ya que Montmartre aún no había sido tomado, aunque las tropas versallesas lo iban invadiendo[62].

Louise Michel, que había ayudado a atender a los heridos, había ido desde el cementerio de Montmartre, donde estaban matando a los comuneros, a la alcaldía, tratando de encontrar a 50 hombres más para la lucha. A su regreso a una de las barricadas, sólo 15 luchaban allí todavía. El general Dombrowski se acercó a ellos a caballo, diciendo a Michel: «Estamos perdidos». Ella exclamó: «¡No!». Se dieron la mano, y Dombrowski partió. En cuestión de horas fue asesinado en la barricada de la calle Myrha. Sus últimas palabras fueron: «No soy un traidor». Fue enterrado con su uniforme del Ejército polaco[63].

Marie Holland, esposa del pastor protestante Eugène Bersier, recordaba el 23 de mayo: «Pasamos una noche infernal, con cañones y ametralladoras disparando a nuestro alrededor». Esperaban a sus «salvadores» y aquella mañana temprano oyeron gritar desde el exterior que la tricolor adornaba ahora una barricada que había más arriba en la misma calle. Las balas zumbaban alrededor. Poco tiempo después, aquella pareja religiosa pudo exclamar: «¡Dios sea loado! ¡Han tomado Montmartre!». Volviendo a su casa, que había sido ocupada por los comuneros, encontraron todo en orden y una nota: «¡Estimado Pastor, que Dios proteja su casa, donde estábamos!». Todo indicaba que los ocupantes temporales tuvieron que dejar rápidamente la casa. La pareja se preguntó dónde estarían ahora, luchando en alguna parte o tal vez ya muertos. Al día siguiente el pastor Bersier se encontró con más de 60 cuerpos de guardias nacionales. Quería copiar sus nombres para notificarlos luego a sus familias, pero los soldados no los tenían. Se enojó cuando vio a la gente gritando a las tropas que escoltaban a los presos: «¡Matadlos, despedazadlos sin piedad, hijos míos!»[64].

El joven residente en Montmartre Sutter-Laumann, que había ido a trabajar a la alcaldía del Distrito XVIII el día anterior, estaba entre los que sorteaban el fuego cerca de la place Clichy. Pronto se dio cuenta de que un buen número de guardias habían cambiado sus uniformes por ropas civiles en un último esfuerzo para evitar la captura y muerte segura. Una barricada en la calle Lepic tenía sólo una docena de defensores y otra más arriba en la misma calle, sólo cinco o seis. Los resistentes parecían viejos o muy jóvenes, y había muy pocos de edad intermedia. Unas 20 mujeres marchaban hacia la rue Lepic detrás de una bandera roja. Sin embargo, los cañones en torno al Moulin de la Galette estaban de nuevo en silencio, sin ofrecer ningún estímulo a los combatientes comuneros. Después de un intercambio de disparos con los defensores de la barricada mayor al final de la rue Lepic, los versalleses optaron por tomar los edificios cercanos y disparar desde arriba. Al cabo de unos minutos, la mitad de los guardias y mujeres habían sido muertos o heridos.

Sutter-Laumann logró escapar del ataque versallés, desplazándose rápidamente desde la place Clichy por la rue Véron hasta llegar a una barricada más arriba en la rue Lepic. Los cañones comuneros no tenían munición. Todavía había cinco o seis *fédérés* en posición, pero pronto se

retiraron. El joven comunero llegó a la place Saint Pierre, donde estaban cayendo proyectiles versalleses. Se enteró de que las tropas habían tomado el bulevar Ornano y de que la plaza del Château d'Eau estaba completamente rodeada, machacada por un «ciclón» de proyectiles. Desde la rue Tholozé Sutter-Laumann podía ver las tropas con pantalones rojos más abajo, en el Moulin de la Galette. Gritos aquí y allá de «¡Viva la Comuna!» y «¡Los versalleses son unos cobardes!» no iban a ser suficientes. Había llegado el momento de pensar en cómo salir vivo. En casa de un amigo limpió cuidadosamente el uniforme de la Guardia Nacional y enceró sus zapatos, con la esperanza de eliminar cualquier rastro de combate[65].

De repente sonaron disparos fuera. Contra toda esperanza, el padre del amigo de Sutter-Laumann supuso que provenían de *fédérés*, pero no era así. Casi inmediatamente, los agentes versalleses ordenaron desde la calle que se cerraran todas las ventanas y uno de ellos quiso saber si había guardias en el interior. Había 11 en el sótano, incluyendo a Sutter-Laumann y su amigo. Cuando salieron del sótano, se encontraron con los fusiles de los soldados. Un oficial gritó: «¿Sirvió usted a la Comuna?». «No, mi teniente», fue la respuesta. «Entonces, ¿por qué lleva un uniforme de la Guardia Nacional?» La respuesta de Sutter-Laumann fue inmediata: se había vestido así porque, si aquella mañana hubiera salido sin uniforme, habría corrido el riesgo de que lo detuvieran. Entonces ¿por qué no había ido a Versalles? Él le dijo al oficial que sólo tenía diecinueve años y vivía con sus padres, que no habían podido salir de París. El interrogador le dijo que él había logrado llegar a Versalles. Desesperado, Sutter-Laumann le preguntó cómo podía vivir allí sin recursos. Cuando el versallés respondió que le habían pagado sus gastos, Sutter-Laumann preguntó cómo podía haberlo sabido.

Sutter-Laumann tuvo el cuidado de contestar al oficial versallés «en buen francés, sin el acento arrabalero que le podía haber acarreado la muerte inmediata. De repente se podían oír claramente descargas cercanas: «Esos son sus compañeros, a los que estamos disparando». El joven reprimió un estremecimiento. «¿Qué grado de oficial tenía usted?» «Ninguno», fue la respuesta. Cuando le hicieron la misma pregunta, su amigo Alcide admitió que había sido sargento. El oficial les dijo que fueran a buscar sus armas y las trajeran y, por suerte, no presentaban huellas de haber sido disparadas.

Cuando el oficial les dijo que se cambiaran de ropa, respondieron que no tenían ninguna otra. Esto hizo que el oficial acercara su pistola cargada a la cabeza de Sutter-Laumann, quien farfulló que habían vendido sus ropas durante el asedio.

Sutter-Laumann y su amigo Alcide tuvieron una suerte increíble, cosa que no les pasó a muchos otros. El oficial de los Voluntarios del Sena sabía que los versalleses no solían hacer prisioneros. Las ejecuciones sumarias se estaban convirtiendo en rutina. Parecían gustarle bastante los dos jóvenes. El oficial les dijo de repente que había vivido en el mismo barrio durante mucho tiempo. Les aconsejó ir a casa, permanecer allí y deshacerse de los uniformes y de cualquier otra cosa –los botones o las condecoraciones militares de cualquier tipo– que pudieran sugerir una conexión con la Comuna. También les aseguró que los soldados que tenían tras ellos no serían tan comprensivos. Los dos jóvenes corrieron al apartamento. Los otros guardias nacionales salieron finalmente del sótano, como habían hecho Sutter-Laumann y Alcide unos momentos antes, habiendo tenido la suerte de que no se emprendiera un registro del edificio. También ellos se transformaron rápidamente en civiles y puede que sobrevivieran.

¿Adónde ir ahora? Las mujeres del vecindario acababan de encontrar 37 cadáveres en la rue Lepic. Sutter-Laumann, Alcide y su familia eran sólo 10 personas en un pequeño apartamento. Llegaron tropas versallesas. Echaron un vistazo a Sutter-Laumann y los demás y a continuación siguieron adelante. Después vino otro grupo, más decidido, exigiendo que se le entregaran todas las armas que pudiera haber en el edificio. Pero también ellos se fueron. Luego vinieron más soldados, registrando cada apartamento. Descubrieron un uniforme, pero no pudieron averiguar a quién pertenecía y también ellos acabaron yéndose. ¿Cuánto tiempo más podría durar aquella buena fortuna?

El siguiente grupo de soldados versalleses que entraron en el patio estaban ebrios; algunos apenas parecían capaces de tenerse en pie tras todo el vino y el aguardiente que habían bebido. Rompieron las botellas vacías en el suelo. Sus oficiales también estaban borrachos –«una temible embriaguez: ebrios de sangre. Sus movimientos son bruscos, nerviosos. Se expresan con violencia», recordaba Sutter-Laumann–. De vez en cuando se podía oír fuera el grito de una mujer, cuando detenían a alguien más. Llegó la noche, y el perro de Alcide se la pasó ladrando, hasta el punto de que Sutter-



Laumann intentó literalmente –y fracasó– estrangularlo, por temor a que las tropas versallesas pudieran llegar irritadas. Al final lo pusieron bajo una manta y eso lo calmó.

A la mañana siguiente, Sutter-Laumann convenció a una joven para que saliera y le comprara, con el poco dinero que tenía, alguna ropa civil más convincente. Regresó horrorizada al ver cadáveres esparcidos por todas partes. Todavía se podían oír ruidos de combate pero ahora más lejos. La mujer regresó con un pequeño sombrero en forma de melón y le cosió botones en su ropa, eliminando todos los rastros de la franja roja. Ya no era un guardia nacional. A principios de la tarde un chico llamó a la puerta, con un mensaje del padre de Sutter-Laumann diciéndole que era más peligroso ocultarse en aquel lugar que aventurarse en la calle. Su padre también había tenido mucha suerte. Después de ser disuadido por su esposa de combatir en una barricada, fue abordado por un versallés cuando trataba de dar la impresión de que trabajaba para un comerciante de vinos. De sus respuestas el soldado dedujo que se trataba de un «buen hombre» y se avino a pasar por alto el hecho de que se había puesto inadvertidamente sus botas militares para incorporarse a su empleo en la alcaldía del Distrito XVIII.

Lleno de júbilo por haber sobrevivido, Sutter-Laumann fue a trabajar al Ayuntamiento, tomando asiento en su escritorio habitual. Como siempre, la sala en la que trabajaba estaba llena de mujeres que solicitaban certificados que las autorizaran a recibir pan adicional: «La miseria no se toma vacaciones». No podía dejar de notar que hombres a los que nunca había visto antes observaban todo con mucho cuidado. Eran espías de la Policía, en busca de comuneros.

Cuando padre e hijo salían de la alcaldía, su jefe corrió hacia ellos y les reveló un plan concebido para ejecutar a todos los empleados municipales. «Pobre hijo mío –tartamudeó el padre de Sutter-Laumann–, te he metido en la boca del lobo.» Un delegado civil del gobierno de Versalles había detenido a un trabajador que cayó en viejos hábitos y lo llamó «ciudadano». Ahora el delegado versallés quería fusilarlos a todos. Aterrorizados, Sutter-Laumann y su padre decidieron incorporarse al trabajo a las 7:00 de la mañana para demostrar su entusiasmo. Se dieron la mano con aquellos uniformes versalleses. Durante ocho días, los empleados eran escoltados a casa cada noche por un soldado armado, más para evitar que fueran detenidos y tal vez ejecutados que para evitar su fuga. Sutter-Laumann

logró deshacerse en su apartamento de los cartuchos comprometedoras quemando parte de la pólvora y tirando el resto al excusado[66].

En la contienda, la confusión era inevitable. Una lavandera proporcionaba amablemente sopa de cebolla a algunos soldados versalleses, sin darse cuenta de que sus «huéspedes» no eran guardias nacionales comuneros. Los uniformes contribuían a ese tipo de errores. En una ocasión Hans y otros Voluntarios del Sena entraron en una casa desde la que creían que alguien los había disparado y se encontraron con un comunero tratando de cambiar el uniforme de un soldado de caballería por un mono de obrero. Suponiendo que sus visitantes eran guardias nacionales, les explicó que se estaba disfrazando con el fin de acercarse a disparar a los soldados de Versalles. Lo ejecutaron por desertor. Una mujer en Montmartre oyó que alguien llamaba a su puerta. Se encontró en el pasillo con varios hombres uniformados que le preguntaron dónde podrían encontrar a su marido. La mujer respondió que su marido estaba durmiendo, porque acababa de regresar de la lucha durante toda la noche en las barricadas. Por desgracia, los hombres armados no eran guardias nacionales, sino Voluntarios del Sena, que se llevaron a su marido a un destino incierto[67].

La caída de Montmartre, supuestamente inexpugnable, fue un golpe tremendo para la moral de los comuneros. Los versalleses estaban ahora dentro de los barrios que los cañones en Montmartre quizá podrían haber protegido. Los resistentes abandonaron esos *quartiers* centrales, retrocediendo a los barrios nororientales. Las fuerzas versallesas tenían ahora el camino abierto para asaltar Belleville, donde los comuneros guardaban artillería y municiones, pero sus artilleros no podían encontrarse en ninguna parte.

La infantería versallesa y los Voluntarios del Sena habían hecho unos 2.000 prisioneros durante los combates y los registros que practicaban sistemáticamente de casa en casa. Por su parte, el marqués de Compiègne se habría sentido feliz si hubiera podido ejecutar a «todos aquellos líderes de la insurrección», que habían preparado con tanto cuidado «con el único objetivo de satisfacer su ambición y su sed de venganza». Sin embargo, los Pyat, Rochefort y Courbet no se hallaban entre los detenidos en las barricadas. Muchos líderes comuneros simplemente se desvanecieron en la noche[68].

Raoul Rigault estaba todavía en París, decidido a luchar hasta el final. El miércoles se dirigió a la prisión de Sainte-Pélagie para efectuar un ajuste de cuentas personal. Se dirigió a la celda de Gustave Chaudey, a quien había ordenado detener el 13 de abril, para decirle que lo iba a matar inmediatamente. Rigault nunca había perdonado a Chaudey, quien en otro tiempo había sido su amigo, por ordenar a los guardias disparar contra los manifestantes ante el Hôtel de Ville, matando a Théophile Sapia, otro de sus amigos. Un pelotón de ejecución de ocho hombres, bajo el mando de Rigault, fusiló a Chaudey y, a continuación, a tres gendarmes para completar la tarea[69]. Luego Rigault se reunió con otros blanquistas en la Prefectura de Policía, donde siempre se había sentido como en casa. Propuso la voladura de los puentes y la organización de la resistencia final en la Île-de-la-Cité, adonde serían llevados los rehenes. Creyendo ahora inevitable la derrota, y que la Comuna debía acabar de un modo que animara a sus sucesores en nuevas revoluciones, Rigault comenzó a apilar en cajas diversos documentos de la Policía.

Lo que quedaba de la dirección comunera, ahora sólo una veintena de hombres, se reunió (sin Rigault) en el Hôtel de Ville aquella tarde del 23 de mayo. Sabían que Montmartre había caído y que la esperanza de supervivencia de la Comuna se iba desvaneciendo cada hora que pasaba. Charles Delescluze había estado allí todo el día, firmando proclamas con una mano temblorosa mientras no dejaba de oír malas noticias. No había dormido en tres días y casi no podía hablar debido a una laringitis. Al día siguiente Charles Beslay, miembro de la Comuna, le preguntó si no deberían evacuar de París a mujeres y niños. Delescluze respondió que, con las calles bloqueadas por barricadas y las tropas versallesas guardando las puertas occidentales, no veía cómo se podría hacer. A pesar de que todo estaba perdido, el último número de *Le Cri du peuple* proclamaba valientemente aquel día: «Un último esfuerzo y la victoria es nuestra»[70].

Quedaban defensas comuneras robustas en el Distrito XIII y en la orilla derecha en la plaza de la Bastilla, en la place du Château d'Eau y en el distrito XI, así como en Belleville y gran parte del proletario Distrito XX, pero las fuerzas de Thiers avanzaban rápidamente en todos los frentes, exterminando cuanto hallaban a su paso.

Si en la parte baja de París los comuneros se iban desintegrando amargamente, en Belleville aún se mantenía la esperanza. Reclus entró en la

iglesia neogótica de Belleville alrededor de las 10:00 de la mañana del martes. Un joven vicario enseñaba el catecismo a niños y niñas. Les recordó que el infierno esperaba a los «ateos y revolucionarios» y que, en los dos meses de anarquía que habían vivido, la Comuna había infligido a la Iglesia una persecución sin precedentes. Incluso en Belleville los clérigos seguían oponiéndose a la Comuna, mientras los combates se acercaban cada vez más.

Mirando hacia abajo, a París, desde Belleville, Reclus recordaba la visión de Ginebra. Bajo un sol radiante, la ciudad se extendía muy por debajo de sus pies, «una vasta llanura rocosa, más que una inmensa colmena, en la que la paja y las ramas habían reemplazado a los campanarios, columnas y arcos del triunfo». Más abajo, el «partido del orden» proseguía su tarea con cañones, fusiles y bayonetas[71].

En el Distrito XVIII las ejecuciones continuaron hasta el miércoles, incluso después de la toma de Montmartre. En la rue Myrha dos soldados versalleses siguieron a un hombre hasta una casa en la que trataba de ocultarse. Lo ejecutaron en el acto. El conserje les preguntó, cuando salían, si iban a dejar el cuerpo allí sin más. Ante la respuesta afirmativa, les pagó para que se lo llevaran. Cada uno de ellos tomó una de las piernas del hombre, haciendo rebotar la cabeza en el suelo mientras lo arrastraban hasta un montón de basura. Los espectadores aplaudían. En la rue Montmartre los soldados estaban buscando a un capitán comunero. Al encontrar en su casa sólo a su hijo de doce años, lo mataron y, cuando un joven se lo reprochó, lo mataron también a él[72].

Los versalleses establecieron aquel mismo día un tribunal de guerra en Montmartre en el número 6 de la rue de Rosiers, donde los generales Lecomte y Thomas habían sido ejecutados el 18 de marzo. Cuarenta y dos hombres, tres mujeres y cuatro niños fueron fusilados allí, algunos de ellos obligados a arrodillarse contra la pared antes de ser ejecutados[73].

Un residente que vivía cerca de la Porte Saint-Denis y que apoyaba a los versalleses observaba desde su ventana cómo los guardias reforzaban a toda prisa la barricada abajo y llevaban un cañón hacia la iglesia de la Madeleine; ellos también parecían decididos a mantener la defensa. A una hora muy temprana de la tarde del miércoles apareció una compañía de la Guardia Nacional. Centinelas instalados en las intersecciones de la avenida Saint-Denis obligaban a los transeúntes a añadir algún adoquín a la

barricada. Aparecieron más *fédérés*, amenazando con «volar los sesos» a cualquiera que huyera. Después de dormir mal, el residente bajó a la mañana siguiente para verlo todo más de cerca. Se paseó alrededor, como en un día ordinario, aparentemente ajeno al peligro y, con calma, le preguntó a un vecino: «¿Y qué? ¿Las cosas se van calentando?». No debió de notar al *fédéré* a caballo que llevaba sobre él el cuerpo de un comunero caído[74].

Edgar Monteil, periodista de *Le Rappel* y guardia nacional, sobrevivió a la batalla y a las ejecuciones, habiendo sido testigo directo del odio que llevó a los versalleses a matar en masa a tantos comuneros –hombres, mujeres y niños–. Volvía a su oficina junto con un colega, de nombre Lemay, con la intención de dormir allí. Los soldados irrumpieron en la oficina tirando abajo la puerta, pero en su registro encontraron únicamente una pistola que no se había utilizado desde el asedio prusiano; aun así, las copias de *Le Rappel* bastaron para asegurar su detención. Cuando un oficial preguntó sobre la procedencia de aquellos nuevos presos y le dijeron «son de *Le Rappel*», el comandante se volvió hacia los periodistas: «¡Son ustedes los que han hecho estallar esta guerra civil!». Pero, por el momento, ninguno amartilló su fusil. Monteil y Lamy fueron encerrados en un antiguo puesto de guardia, hambrientos y sedientos. Mientras ocultaba ciertos documentos comprometedores, Monteil había decidido llevar consigo algo de dinero. Golpearon la puerta, pidiendo a un guardia que les trajera algo de pan y agua. Les preguntó si tenían dinero, y Monteil les dio 10 francos. Nunca vieron el pan, el agua, al guardia o el dinero.

Monteil y Lemay fueron conducidos a Versalles como parte de un convoy de 500 prisioneros. Un oficial les dijo cuando pasaban cerca de las murallas que los comuneros estaban siendo ejecutados allí pero no todos, ya que «hacemos cierta selección, evidentemente». Monteil se dio cuenta de que nunca había detestado a los versalleses tanto como estos odiaban a los comuneros. A diferencia de las clases medias parisinas, los habitantes de los pueblos de los alrededores parecían más comprensivos con la situación de los presos. Pero, a las puertas de Versalles, todo se puso en marcha de nuevo: «¡Sucios parisinos!», aulló un capitán. «¡Montón de basura! ¡Vais a entrar en la capital de la buena, digna y honesta población rural! ¡Quitaos los sombreros, gusanos! ¡Quitaos los sombreros!» Golpeó con el revés de su espada a los que tardaban en hacerlo. En la plaza de Armas, la gente bien

vestida arrojaba lodo a los prisioneros harapientos y una señora los golpeaba con su bastón. Otro capitán les ordenó saludar al palacio de los reyes, levantando su espada en señal de advertencia. Cuando llegaron al campo de prisioneros de Satory en Versalles, los soldados les gritaron: «¿Veis el molino de pimienta [la ametralladora]?... ¡Nada que temer!»<sup>[75]</sup>.

[1] L. P. Guénin, *Assassinat des otages. Sixième conseil de guerre* (1871), pp. 196-205.

[2] Olivier Marion, «La vie religieuse pendant la Commune de Paris 1871» (tesis no publicada, Paris-X Nanterre, 1981), p. 130; Jean Baronnet (ed.), *Enquête sur la Commune de Paris (La Revue Blanche)* (2011), p. 132; William Serman, *La Commune de Paris* (1986), p. 313.

[3] Joseph-Alfred Foulon, *Histoire de la vie et des oeuvres de Mgr Darboy, archevêque de Paris* (1889), pp. 568-573; Paul Perny (R. P.), *Deux mois de prison sous la Commune, suivi de détails authentiques sur l'assassinat de Mgr l'archevêque de Paris* (1871), pp. 132-133 y 144-145. Charles Chauvin, *Mgr Darboy, archevêque de Paris, otage de la Commune (1813-1871)* (2011), p. 143; Gaston Da Costa, *Mémoires d'un Communard: la Commune vécue* (2009), pp. 185-190; abate [Henri-Pierre] Lamazou, *La Place Vendôme et la Roquette* (1876), p. 215; A6 Ly 137 (6e conseil de guerre, 297), interrogatorio del 29 de junio de 1871.

[4] R. P. Prosper Malige, *Picpus pendant la Commune, par un prêtre de la congrégation du Sacré-Coeur (dite de Picpus)* (1898), pp. 111-112; Lamazou, *La Place Vendôme*, pp. 220-221; Perny, *Deux mois de prison*, pp. 154-155.

[5] Foulon, *Histoire*, p. 575.

[6] Ernest A. Vizetelly, *My Adventures in the Commune* (n. p., 2009), pp. 159-163.

[7] Michel Robida, *Ces bourgeois de Paris, trois siècles de chronique familiale de 1675 à nos jours* (1955), p. 170; Jean-François Lecaillon (ed.), *La Commune de Paris racontée par les Parisiens*, pp. 167-168; Jules Andrieu, *Notes pour servir à l'histoire de la Commune de Paris en 1871* (1971), pp. 132-133.

[8] W. Pembroke Fetridge, *The Rise and Fall of the Paris Commune in 1871* (Nueva York, 1871), pp. 291-294.

[9] Marcel Cerf, «La barricade de 1871», en Alain Corbin y J.-M. Mayeur, *La Barricade* (1997), pp. 331-332; Serman, *La Commune de Paris*, p. 492; Fetridge, *The Rise and Fall of the Paris Commune*, pp. 301-302; Gay Gullickson, *Unruly Women of Paris: Images of the Commune* (Ithaca, NY, 1996), p. 161.

[10] Wickham Hoffman, *Camp, Court, and Siege: A Narrative of Personal Adventure and Observation during Two Wars, 1861-1865, 1870-1871* (Nueva York, 1877), p. 279; Stewart Edwards, *The Paris Commune 1871* (Newton Abbot, 1971), pp. 163-164; Éric Fournier, *Paris en ruines: du Paris haussmannien au Paris communard* (2008), pp. 58 y 90-91; Robert Tombs, «La lutte finale des barricades: spontanéité révolutionnaire et organisation militaire en mai 1871», en Alain Corbin y J.-M. Mayeur (eds.), *La Barricade* (1997), p. 362.

[11] John Leighton, *Paris Under the Commune* (Londres, 1871), pp. 222 y 236-237.

[12] Élie Reclus, *La Commune de Paris au jour le jour* (2011), pp. 252-253.

[13] Hoffman, *Camp, Court, and Siege*, pp. 279-280; Prosper-Olivier Lissagaray, *Les Huit journées de mai derrière les barricades* (1871), pp. 77-78.

[14] Vizetelly, *My Adventures*, p. 136; Athanase Josué Coquerel fils, *Sous la Commune: Récits et souvenirs d'un Parisien* (1873), pp. 79-80.

[15] Véase Robert Tombs, *The Paris Commune 1871* (Nueva York, 1999), pp. 162 y 166-173.

[16] Lecaillon, *La Commune de Paris*, p. 168; Laure Godineau, «Les barricades de mai 1871 chez Jules Valles (la Commune de Paris, L'Insurgé)», en Alain Corbin y J.-M. Mayeur, *La Barricade* (1997), p. 173; Laure Godineau, *La Commune de Paris par ceux qui l'ont vécue* (2010), pp. 190-191; Robert Tombs, *The War Against Paris 1871* (Cambridge, 1981), pp. 152-153; Jules Bergeret, *Le 18 mars: Journal Hebdomadaire* (Londres, 1871), p. 21; Guy Tréal, «La Musique et la Commune», *Europe*, 29 (abril-mayo de 1951), p. 121.

[17] George J. Becker (ed.), *Paris Under Siege, 1870-1871: From the Goncourt Journal* (Ithaca, NY, 1969), pp. 298-299 y 300-301.

[18] Paul Martine, *Souvenirs d'insurgé. La Commune de 1871* (1971), p. 236.

[19] Maurice Garçon, «Journal d'un bourgeois de Paris», *Revue de Paris* 12 (diciembre de 1955), pp. 28-30.

[20] Leighton, *Paris Under the Commune*, pp. 241-242.

[21] Ludovic Hans and J. J. Blanc, *Guide à travers les ruines* (1871), p. 17; Lissagaray, *Les Huit journées de mai*, pp. 84-85; Martine, *Souvenirs*, p. 244; Joseph Vinoy (general), *L'Armistice et la Commune* (1872), pp. 316-317; Vizetelly, *My Adventures*, p. 158; Eugene Delessert, *Épisodes pendant la Commune, souvenirs d'un délégué de la Société de secours aux blessés militaires des armées de terre et de mer* (1872), p. 52.

[22] Denis Arthur Bingham, *Recollections of Paris*, vol. 2 (Londres, 1896), pp. 88-91 y 103.

[23] Gaston Cerfbeer, «Une nuit de la semaine sanglante», *Revue Hebdomadaire* 25 (23 de mayo de 1903), p. 416-423.

[24] Lecaillon, *La Commune de Paris*, p. 174.

[25] Vizetelly, *My Adventures*, p. 172; Fournier, *Paris en ruines*, pp. 96-99; Martine, *Souvenirs*, p. 241. Los versalleses estaban convencidos de que los comuneros, al borde de la derrota, planeaban destruir París, tal vez recurriendo a la ciencia para inventar nuevas armas, terribles. Una delegación científica de la Comuna se reunió para examinar el desarrollo de nuevas y extrañas municiones (Fournier, *Paris en ruines*, pp. 81-88).

[26] Frédéric Fort, *Paris brûlé* (1871), pp. 15-21; Édith Thomas, *Les Pétroleuses* (1963), pp. 190-193. Lo cierto es que el artículo 14 de los estatutos de la Unión de Mujeres decía: «Los fondos que queden se utilizarán [...] para la compra de gasolina y armas para las *citoyennes* que luchan en las barricadas».

[27] Gullickson, *Unruly Women*, pp. 205-209; David Barry, *Women and Political Insurgency: France in the Mid-Nineteenth Century* (Basingstoke, 1996), p. 127; Thomas, *Les Pétroleuses*, pp. 164-166.

[28] Camille Pelletan, *La Semaine de mai*, pp. 111-113; Thomas, *Les Pétroleuses*, pp. 190-193 (quote from *Gazette des Tribunaux*, 23 de septiembre de 1871).

[29] Elihu Benjamin Washburne, *Franco-German War and Insurrection of the Commune: Correspondence of E. B. Washburne* (Washington, DC, 1878), 25 de mayo.

[30] Leighton, *Paris Under the Commune*, pp. 258-259; Lissagaray, *Les Huit journées de mai*, pp. 171-172; François Jourde, *Souvenirs d'un membre de la Commune* (1877), p. 104.

[31] Fournier, *Paris en ruines*, pp. 59 y 103.

[32] Serman, *La Commune de Paris*, p. 503; Edwards, *The Paris Commune*, pp. 325-327; 8J 3e conseil de guerre 6 dossier 29/8 Théophile Ferré.

[33] 8J 4e conseil de guerre 131, dossier 688, informes del 29 de julio y 17, 19, 23 y 26 de agosto de 1872; renseignements du commissaire de police, n. d.; Fournier, *Paris en ruines*, pp. 43, 52-56 y 96-99; Martine, *Souvenirs*, p. 241; Godineau, *La Commune de Paris*, p. 204; 8J 6 dossier 135 Louise Michel, interrogatorio de 3 de diciembre de 1871; Gustave Lefrançais, *Études sur le mouvement communaliste à Paris, en 1871* (Neuchâtel, 1871), pp. 326-327.

[34] Louis Énault, *Paris brûlé par la Commune* (1871), pp. 4 y 150; papiers Eugene Balleyguier (conocido como) Eugene Loudun (Fidus), Bibliothèque historique de la ville de Paris, ms. 1284, 2e cahier, «Notes sur la Politique, la littérature, etc. 1870-1871»; Fournier, *Paris en ruines*, pp. 112-113, 118-119 y 125; Coquerel, *Sous la Commune*, pp. 99-100.

[35] Reclus, *La Commune de Paris*, pp. 354-355 y 358-360.

[36] *Ibid.*, p. 356.

[37] Paul Lanjalley y Paul Corriez, *Histoire de la révolution du 18 mars* (1871), p. 542; Prosper-Olivier Lissagaray, *Les Huit journées de mai*, p. 55, n. 1.

[38] Así lo aseguraba Tombs, *The War Against Paris*, pp. 164-165; René Héron de Villefosse, *Les Graves heures de la Commune* (1970), p. 252.

[39] André Zeller, *Les Hommes de la Commune* (1969), pp. 371-372; Pelletan, *La Semaine de mai*, pp. 24-30.

[40] Pelletan, *La Semaine de mai*, p. 35; Serman, *La Commune de Paris*, p. 517.

[41] Jacquelynn Baas, «Edouard Manet and “Civil War”», *Art Journal* 45:1 (primavera de 1985), pp. 36-42; Philip Nord, *The Republican Moment: Struggles for Democracy in Nineteenth-Century France* (Cambridge, MA, 1995), p. 170; Philip Nord, *Les Impressionistes et la Politique* (2009), pp. 54-56 y 67-68. Las simpatías de Manet estaban, como en 1848, con la gente corriente. Al igual que Courbet, Manet rechazó la *legion d'honneur* imperial de honor y su lienzo de la ejecución del «emperador» Maximiliano en México indignó al emperador y a los bonapartistas. El Salón de los Rechazados de 1863 que puso en marcha el impresionismo se presentó como un rechazo provocador de los gustos artísticos imperial, el clientelismo y el autoritarismo. Manet era un republicano que odiaba a «ese pequeño Thiers», llegando a decir que esperaba que un día el «anciano demente» cayera muerto del podio. Al igual que Camille Pissarro, Manet criticó la represión sangrienta, aunque no hubiera apoyado inicialmente la insurrección y hubiera condenado la ejecución de los generales Lecomte y Thomas.

[42] Alphonse Verges Esboeufs, Vicomte d', *La Vérité sur le gouvernement de la Défense nationale, la Commune et les Versaillais* (Ginebra, 1871), pp. 14-15; Pelletan, *La Semaine de mai*, p. 123.

[43] Jean Allemane, *Mémoires d'un Communard* (París, 1910), p. 113, anotado en Edwards, *The Paris Commune*, p. 331. La devastación cobraba relieve en Hans y Blanc, *Guide à travers les ruines*, p. 55.

[44] John Murray, M. D., «Four Days in the Ambulances and Hospitals of Paris Under the Commune», *British Medical Journal* (enero-junio de 1871), p. 622.

[45] Lissagaray, *Les Huit journées de mai*, pp. 64-65; Martial Senisse, *Les Carnets d'un fédéré, 1871*, ed. de J. A. Faucher (1965), p. 139; Henri Ameline (ed.), *Enquête parlementaire sur l'insurrection du 18 mars*, vol. 3 (1872), p. 13.

[46] Jean Allemane, *Mémoires d'un Communard* (1910), pp. 137-150; Maurice Choury, *Bonjour Monsieur Courbet!*, pp. 111-113; Gérald Dittmar, *Gustave Courbet et la Commune, le politique* (Versalles, 2007), pp. 151-152.

[47] Vuillaume, *Mes Cahiers rouges au temps de la Commune* (1971), pp. 236-238.



- [48] Allemane, *Mémoires*, pp. 161-170 y 178-179.
- [49] Philippe Riviale. *Sur la Commune: Cerises de sang* (2003), p. 300.
- [50] Roger Gould, «Trade Cohesion, Class Unity, and Urban Insurrection: Artisanal Activism in the Paris Commune», *American Journal of Sociology* 98:4 (enero de 1993), pp. 721, 728-729 y 735-751; Jacques Rougerie, «Autour de quelques livres étrangers. Réflexions sur la citoyenneté populaire en 1871», *La Commune de 1871: L'Événement les hommes et la mémoire*, ed. de Claude Latta (Saint-Etienne, 2004), esp. pp. 221-229 y 233-235. Gould argumenta que las relaciones sociales en los barrios, más que las solidaridades de trabajo y la conciencia de clase (a diferencia, insiste, de 1848), fue el factor más importante para explicar el apego a la Comuna y la resistencia en su nombre. En su opinión, esto explica la sobrerrepresentación de los trabajadores del sector textil, de la construcción y de la maquinaria y la presencia de vecinos de clase media y otros aliados entre los participantes en la Comuna. Jacques Rougerie sostiene que Gould ignora el sentido más amplio de la vinculación y solidaridad formada por el trabajo y la experiencia de clase que se desarrolló a finales del Segundo Imperio.
- [51] Barry, *Women and Political Insurgency*, pp. 123-128 y 136-139; Jean-Baptiste Clément, *La Revanche des Communeux* (1886), p. 159.
- [52] Sutter-Laumann, *Histoire d'un trente sous (1870-1871)* (1891), p. 292; Da Costa, *Mémoires*, pp. 267-269; Edwards, *The Paris Commune*, p. 321.
- [53] Louis Barron, *Sous le drapeau rouge* (1889), pp. 75-81.
- [54] Alistair Horne, *The Fall of Paris: The Siege and the Commune 1870-71* (1965), p. 443; Reclus, *La Commune de Paris*, p. 354.
- [55] Serman, *La Commune de Paris*, p. 499.
- [56] Georges Jeanneret, *Paris pendant la Commune révolutionnaire de 1871* (1871), p. 222.
- [57] Albert Hans, *Souvenirs d'un volontaire versaillais* (1873), pp. 90-91 y 97-101; Leighton, *Paris Under the Commune*, p. 251.
- [58] Marqués de Compiègne, «Souvenirs d'un Versaillais pendant le second siege de Paris», *Le Correspondant*, 10 de agosto de 1875.
- [59] Jourde, *Souvenirs*, p. 73.
- [60] Martine, *Souvenirs*, p. 231.
- [61] Prosper-Olivier Lissagaray, *History of the Paris Commune of 1871* (Nueva York, 1976), pp. 329 y 339; Gullickson, *Unruly Women*, pp. 162-163, de *Commissaire*, vol. 3, pp. 374-375. Robert Tombs, «Les Communeuses», *Sociétés et Représentations* (junio de 1998), p. 55. Tombs argumenta en *The Paris Commune*, p. 139, que la historia de un batallón de mujeres es un mito.
- [62] 8J 4e conseil de guerre 131, dossier 688. Le Mel negó que hubiera entrado en la farmacia, insistiendo en que tenían suficientes vendas y medicinas (informes del 29 de julio y el 17, 19, 23 y 26 de agosto de 1872; *Renseignements du commissaire de police*, s. f.).
- [63] 8J 6 dossier 135; Edith Thomas, *Louise Michel* (1980), p. 90; Edwards, *The Paris Commune*, pp. 321-322; Bingham, *Recollections*, p. 108.
- [64] Christiane Demeulenaere-Douyere, «Journal de l'entrée des troupes versaillaises dans Paris», *Bulletin de la Société d'histoire de Paris et de l'Ile de France* 108 (1981), pp. 301-303.
- [65] Sutter-Laumann, *Histoire*, pp. 302-310; Lissagaray, *History*, p. 360.
- [66] Sutter-Laumann, *Histoire*, pp. 327-352. Alcide fue enviado como soldado a Argelia y se salvó –más o menos– por haber sido herido durante el sitio de Prusia.
- [67] Hans, *Souvenirs* (1873), pp. 158-159 y 172-173; Sutter-Laumann, *Histoire*, p. 320; De Compiègne, «Souvenirs».

[68] Vinoy, *L'Armistice*, pp. 320-321 y 341; Lissagaray, *History*, p. 357.

[69] 8J 6 dossier 554, «rapport sur l'affaire», 31 de mayo de 1872; Alistair Horne, *The Terrible Year: The Paris Commune, 1871* (Londres, 2004), p. 129; Edwards, *The Paris Commune*, pp. 328-329.

[70] Charles Proles, *Les Hommes de la révolution de 1871*, pp. 114-118; Robert Tombs, «Paris and the Rural Hordes: An Exploration of Myth and Reality in the French Civil War of 1871», *The Historical Journal*, 29:4 (1986), p. 807.

[71] Élie Reclus, *La Commune de Paris*, pp. 357-358.

[72] Bergeret, *Le 18 mars*, pp. 45-48.

[73] Edwards, *The Paris Commune*, p. 322; Serman, *La Commune de Paris*, p. 518.

[74] «Souvenirs d'un habitant de la Porte Saint-Denis, du 21 au 25 mai 1871», Bibliothèque de l'Hôtel de Ville, ms. 1031.

[75] Edgar Monteil, *Souvenirs de la Commune, 1871* (1883), pp. 106-113 y 121-142. Monteil fue condenado a un año de prisión y la pérdida de sus derechos civiles durante otros cinco.

## VII. LA MUERTE LLEGA EN BUSCA DEL ARZOBISPO

Montmartre, el gran bastión de la Comuna por encima de París, había caído el martes 23 de mayo. El miércoles sería otro día crítico. La tarea de las tropas de Thiers parecía ahora más fácil. El Comité de Salud Pública – un par de cuyos miembros ya habían huido de la ciudad– estaba reunido ahora en sesión permanente en el Hôtel de Ville. La Comuna hizo público el miércoles un comunicado destinado a los soldados versalleses: «¡No abandonéis la causa de los trabajadores! ¡Haced como hicieron vuestros hermanos el 18 de marzo!»». El Comité de Salud Pública mantenía su propio mensaje, esperando contra toda esperanza que la Comuna aún podría resistir: «Al igual que nosotros, vosotros también sois proletarios [...]. Uníos a nosotros, ¡a vuestros hermanos!»[1].

Pero los versalleses no se detuvieron. No se iba a repetir lo sucedido el 18 de marzo. Los combatientes comuneros aprestaron sus armas. Cuando París se despertó, el cielo estaba rojo y negro por el humo que salía del Palacio de La Legión de Honor, el Palais-Royal y las casas de la rue Royale, donde el reloj se había detenido a las 13:10 de la tarde anterior[2]. En el Hôtel de Ville los guardias nacionales dormían donde podían, entre los heridos que descansaban sobre colchones ensangrentados. Llegaron dos hombres que transportaban a un oficial que había perdido la mayor parte de su cara y la mandíbula en la explosión de una bomba versallesa. Aunque apenas se le oía, aferraba los restos de una bandera roja animando a sus compatriotas a seguir luchando. Gabriel Ranvier, un miembro de la Comuna por el Distrito XX, ordenó a dos hombres regresar a sus barrios y dirigir desde allí la lucha, amenazándolos con hacerlos fusilar si no lo hacían.

En otra sala superior, miembros de la Comuna y varios oficiales militares, algunos de ellos vestidos de civil, estaban sentados alrededor de una gran mesa, discutiendo solemnemente sobre el empeoramiento de la situación. Habían estado reunidos toda la noche, y debían de estar agotados. En el curso de sus deliberaciones ordenaron la ejecución de un espía de Versalles,

cuyo cuerpo fue arrojado al Sena. Como observó Prosper-Olivier Lissagaray, la esperanza se había desvanecido, pero aún quedaba coraje. Charles Delescluze estaba allí, decidido, pero daba la impresión de un hombre derrotado que sólo esperaba el acto final. En una habitación cerca de la entrada del Hôtel de Ville yacía el cuerpo del general polaco Jaroslaw Dombrowski. El tronar incesante de los cañones penetraba desde el exterior[3].

Una declaración del Comité de Salud Pública trató de tranquilizar a la población. Pese a que, gracias a la «traición», las fuerzas versallesas habían ocupado parte de París, tales reveses no debían «descorazonarla sino impulsarla a la acción». Los parisinos debían construir más barricadas para hacer París «impenetrable». Pero, sin duda, era demasiado tarde para eso. La ausencia de una planificación centralizada para la defensa de la capital era aún más tristemente evidente. El Comité Central también hizo un llamamiento a los soldados de Versalles, instándoles a no plegarse al «despotismo militar», señalándoles que la desobediencia era un «deber» y pidiéndoles que «fraternizaran» con el pueblo[4].

Aquel mismo día Adolphe Thiers, por temor a una reacción hostil en otras partes de Francia frente a las ejecuciones sumarias, envió un telegrama a las prefecturas de las provincias anunciando que el mariscal Patrice de Mac Mahon había advertido a los comuneros que, si no se rendían, corrían el riesgo de ser fusilados. De hecho, en París no se había difundido tal notificación. Thiers y su gobierno pretendían la ejecución de tantos parisinos insurgentes como fuera posible. El presidente del gobierno provisional aseguró a la Asamblea Nacional que «nuestros valientes soldados se comportan de tal manera que inspiran a otros países la más alta estima y admiración»[5]. En aquel momento puede que los miembros de la Asamblea Nacional no fueran conscientes de la dimensión de las ejecuciones sumarias. Sin embargo, a la mayoría de ellos sin duda no les importaba.

A las 9:00 a. m. la Delegación de Guerra de la Comuna emitió, con fecha «4 Pradial del Año 79», la orden de destruir cualquier casa desde la que se disparara contra la Guardia Nacional, y de ejecutar a todos los presentes en el edificio si no entregaban inmediatamente a los «autores del crimen». A medida que los versalleses penetraban cada vez más profundamente en la ciudad, la Guardia Nacional insistía en que se cerraran todas las ventanas

porque algunos soldados comuneros habían sido «traidoramente» alcanzados desde tales lugares[6].

A pesar de que había caído Montmartre, la lucha continuó y aumentaba el número de bajas. El 24 de mayo, por la mañana temprano, el batallón de Albert Hans descendió de la colina de Montmartre hacia la Porte de Clignancourt, donde las barricadas también habían caído el día anterior. A continuación, girando hacia la Gare du Nord por la chaussée Clignancourt, se toparon con los cadáveres de una docena de soldados versalleses. También se encontraron con armas apresuradamente abandonadas por los parisinos, entre ellas algunos de los cañones capturados por la población en la place Wagram el 18 de marzo; desde entonces parecía haber transcurrido una eternidad. Sobre el Moulin de la Galette flotaba ahora una tricolor. En calle Rochechouart todavía seguían volando balas, disparadas desde las barricadas en las esquinas de la rue du faubourg Poissonnière, del bulevar d'Ornano y del bulevar Magenta. Estas posiciones también cayeron pronto. En la confusión, Hans y otros Voluntarios del Sena se encontraron recibiendo disparos de las tropas regulares versallesas, antes de que pudieran identificarse[7].

Un guardia salió a la puerta del apartamento donde se escondía Élie Reclus, pidiendo al amigo que lo alojaba que «tomara una posición en la barricada que se estaba construyendo allí mismo. El amigo de Reclus respondió que ya tenía más de cuarenta años y que, por lo tanto, había sido exonerado del servicio en la Guardia Nacional, lo que el guardia aceptó, volviendo a la barricada. No había dirigido ni una palabra a Reclus, quien estaba en la habitación de al lado con la puerta abierta. De repente se oyó una explosión atronadora allí mismo, envolviéndolo todo en una enorme nube de humo blanco. Los combatientes comuneros habían volado el almacén de municiones en los Jardins du Luxembourg con el fin de frenar el avance versallés. Desde su ventana Reclus y su amigo podían ver los incendios que ardían en la distancia. Poco después, las tropas de infantería atravesaron las barricadas cercanas, sin dejar a su paso nada más que escombros. Reclus no olvidaría la escena: «Victoriosa, la bandera tricolor se alzaba por encima de una pila de cadáveres, sobre un mar de sangre»[8].

Reclus reflexionaba sobre lo desesperado de la situación. París era impotente frente a un Ejército de 130.000 hombres con 500 cañones, una gigantesca «horda de bonapartistas, clérigos, orleanistas y conservadores»

empeñada en destruir la República democrática y social. Los comuneros, mal organizados y sin líderes eficaces, iban «flotando como desafortunadas medusas arrojadas a tierra por la tormenta. Nuestra fuerza de voluntad no servía para nada. Nuestros esfuerzos eran vanos; nuestra esperanza, ridícula [...]. Nuestras pequeñas vidas eran engullidas por esos increíbles acontecimientos». Durante toda la noche se pudo oír «el clamor horrible del rebato doloroso que llegaba desde Belleville y Ménilmontant, cayendo y levantándose de nuevo, seguido por el redoble desesperado de los tambores llamando a todos a luchar»[9].

No todos los parisinos percibieron el baño de sangre. Mientras los combates se desplazaban hacia el este atravesando París, Gustave des E. dormía. Se aventuró valientemente a salir, «después de un buen almuerzo», por supuesto, para ir a su club, evitando la humeante rue Royale, donde, como dejó descrito Théophile Gautier, el fuego había «proseguido el trabajo de los cañonazos y bombas. Las casas destripadas mostraban sus entrañas como cuerpos depanzurrados». Doce miembros habían logrado de alguna manera llegar al club, por lo que Gustave no tuvo que comer solo[10].

Georges Jeanneret observaba el desbordamiento de las defensas comuneras por la marea versallesa: «Mientras la batalla prosigue en París y sus suburbios, el París burgués celebra su triunfo en los barrios más suntuosos». Era imposible ignorar el carácter de guerra de clases de aquella contienda. Hacía un tiempo estupendo. Las señoras elegantemente vestidas llevaban parasoles «para proteger su delicado cutis del brillo solar [...]. Se aproximaban a los cadáveres tirados por la calzada y, con la punta de sus sombrillas, apartaban cuidadosamente las capuchas o pañuelos puestos sobre las caras de los muertos». Una mujer se acercó y reprendió a una de ellas: «Señora, hay que respetar a los muertos»[11].

Maxime Vuillaume sabía muy bien que el final estaba cerca y que debía destruir cualquier rastro que lo vinculara a los comuneros. Rompió un boleto de entrada al derribo de la Columna Vendôme y algo aún más comprometedor, una tarjeta de identidad que le había dado la Comuna detallando su nombre, dirección y profesión: periodista. No se hacía ilusiones: desde la rue Lacépède en el Distrito V podía oír las descargas de las ejecuciones en el Jardin des Plantes. Al cruzar la place Saint-Michel, una joven le dijo: «¡Vamos, ciudadano, su adoquín!». Vuillaume obedeció, poniendo una piedra grande en la barricada destinada a bloquear la entrada

al muelle y al Pont-au-Change. A las 11:30 de la mañana la barricada estaba más o menos lista, pero ¿dónde estaban los guardias para defenderla? Con la esperanza de conseguir un almuerzo y la prensa, Vuillaume se dirigió al restaurante Chez Lapeyrouse junto al Sena, donde Raoul Rigault solía comer con sus colegas comuneros de la Prefectura de Policía. Había cinco o seis mesas ocupadas. Vuillaume almorzó con unos amigos. Con la nota llegó la noticia de que los versalleses se acercaban.

Volviendo a la plaza Saint-Michel, Vuillaume se topó con Rigault, quien le sugirió una copa en el Café d'Harcourt. Rigault le dijo que la noche anterior había hecho ejecutar a su viejo amigo Gustave Chaudey. Antes de que Vuillaume, trastornado por la noticia, pudiera responder, Rigault se había despedido, diciendo: «Te veo en un minuto. ¡En el Panteón!». Vuillaume subió por el bulevar Saint-Michel, se encontró con una ambulancia junto a los jardines y saludó a gente que conocía. Nadie dijo una palabra. En la rue Royer-Collard se topó con Rigolette, quien dirigía el Cochon Fidèle en la esquina de la rue des Cordiers. Allí vio a dos comuneros detrás de una barricada, listos para luchar, frente a la casa de uno de los antiguos maestros de Villaume, Joseph Moutier, que había enseñado Física a Rigault. Se palpaba la muerte en el aire, intensificada por la normalidad aparente de caminar frente a la casa de alguien a quien los dos comuneros habían conocido y admirado[12].

La unidad de infantería versallesa de Julien Poirier había tomado a 50 prisioneros sin disparar un tiro, después de haber dormido la noche anterior sobre el suelo fuera de Les Invalides. Cuando se acercaban a los Jardins du Luxembourg, comenzaron a caer sobre ellos disparos de cañón que mataron a varios soldados versalleses. Al avanzar Poirier, vio a una mujer que llevaba una bandera roja entrar en un edificio y se lo dijo a su capitán, quien envió a dos hombres tras ella. En lo alto de las escaleras la encontraron en el ático, «armada hasta los dientes». La empujaron hacia el centro de la habitación turnándose en golpearla con la culata de sus fusiles. Poirier y algunos otros la obligaron a bajar las escaleras, matándola antes de llegar a la planta baja.

Una vez fuera de nuevo, se dieron cuenta de que ya no caían más proyectiles comuneros. Cuando el depósito de pólvora en los Jardins du Luxembourg explotó, las tropas continuaron avanzando, mirando a los edificios a cada lado por temor a los francotiradores. Al llegar al bulevar

Saint-Michel, se encontraron con una resistencia decidida sin poder cruzar, por el momento, una de las principales arterias de París[13]. Aunque los bulevares del barón Georges Haussmann ayudaban a los versalleses a avanzar rápidamente por el centro de París, también daban a los combatientes comuneros la oportunidad de defenderse con fuego de cañón y frenar la embestida.

Para Edmond de Goncourt, el humo negro que se cernía agresivamente sobre la capital hacía pensar en «un día de eclipse». El olor acre de la gasolina impregnaba el aire. El apocalipsis había llegado a París. Mientras nubes de humo llenaban el aire, se difundían historias salvajes que amenazaban con nuevos y terribles medios de destrucción. El barón de Montaut, un agente de Thiers en el interior de París, insistía en que los comuneros habían minado las alcantarillas de París, lo que no era cierto[14].

Las tropas versallesas encontraron aquel miércoles focos de resistencia comunera en el Distrito VI. Los soldados de infantería superaron la barricada alzada en el Carrefour de l'Observatoire por encima de los Jardins du Luxembourg, y pronto sitiaron los barrios en torno a ellos, Saint-Michel y el Panthéon. Los comuneros advirtieron que, en interés de la defensa de París, el Panteón sería destruido en dos horas; se pidió a la gente que vivía en los alrededores que «se alejara a una distancia razonable de la zona de la explosión». Los barrios en torno al Panteón se convirtieron en un campo de batalla. Soldados versalleses expulsaron a los comuneros de los Jardins du Luxembourg, atacaron la barricada que defendía la rue Soufflot, bajo el Panteón y la Sorbona. Los defensores comuneros se retiraron hacia el Sena, dejando atrás las barricadas de la rue Royer-Collard y la rue Gay-Lussac, que cayó cuando los versalleses desbordaron la resistencia tomando las calles laterales. Tropas bajo el mando de Cissey se desplazaron hacia el Panteón, pero se estancaron cuando Maxime Lisbonne ordenó el almacenamiento de municiones en los jardines destruidos.

Aun así, los versalleses habían destruido por completo lo poco que quedaba de resistencia comunera. Aquel día unos 700 comuneros fueron asesinados en las inmediaciones de los jardines del Panteón, incluyendo 40 en la rue Saint-Jacques. Los agentes comuneros locales se reunieron por última vez en la *mairie* en la place du Panthéon[15]. Rechazaron la



invitación a rendirse. Los comuneros supervivientes descendieron la colina y cruzaron el Sena hacia el Distrito XI.

Alexander Thompson, un joven inglés, vivía con sus padres en el bulevar Saint-Michel frente a los Jardins du Luxembourg, por lo que pudo observar directamente los combates que se produjeron allí. Dos barricadas se alzaban delante de su casa, «bajo el mando de una preciosa amazona cuya belleza, encantadoras maneras y revólver siempre a punto convencían a los transeúntes a echar una mano». Varias horas más tarde vio a la mujer, sosteniendo un rifle, muerta en la barricada de la calle Soufflot. Un soldado rasgó su ropa con su espada para diversión de los demás[16].

Reclus observaba la puesta de sol desde el Pont de Bercy tras la estación de Lyon, «las aguas verdes que fluyen lentamente y en silencio: las balizas, sus mástiles y los arcos de los puentes se reflejan claramente en su pacífico espejo». En la distancia pudo ver cómo «caía sobre el río y sobre la ciudad un rocío de oro y plata, una lluvia de perlas opalinas iridiscentes, un polvo anaranjado [y cómo] los monumentos se perfilan en vapores violáceos». Una bandera roja todavía ondeaba en lo alto del Panteón, pero pronto sería reemplazada por la tricolor. Podía distinguir, «afinando el oído, los sonidos distantes que flotan en la vasta extensión del cielo brillante, el canto de la trompeta, el redoble del tambor, el silbido de los disparos y la crepitación de las ametralladoras»[17].

Por desgracia para Raoul Rigault, estaba cerca del Panteón justo antes de que cayera. Aquel mismo día había ido a su amada Prefectura de Policía con el siempre fiel Théophile Ferré. Rigault liberó a los pocos sospechosos políticos y varios delincuentes comunes que iban bajo custodia, gritando: «¡Vamos, bandidos, vamos a quemar este lugar! ¡No queremos asaros!». Un hombre llamado Veysset que había sido detenido 10 días antes como presunto espía de Versalles, acusado de intentar sobornar al general Jaroslaw Dombrowski, también estaba allí en una celda. Al verlo, Rigault entregó al hombre a Ferré y Georges Pilotell, artista mediocre y policía comunero, quienes se lo llevaron con soldados de los Vengeurs de Flourens a la estatua de Henri IV en el extremo occidental de la Île-de-la-Cité. Allí lo fusilaron[18].

Rigault, vestido con su uniforme de comandante del batallón 114 de la Guardia Nacional, fue al Panteón, en su antiguo barrio, para alentar la resistencia. Uno de sus amigos le recordó que el uso de aquel uniforme no

era, tal vez, una buena idea, en caso de ser capturado. «*Mon vieux* – respondió él–, ¡mejor morir así! ¡Eso será útil para la próxima vez!» Una vez que cayó la barricada de la rue Soufflot, Rigault entró en un hotel en la rue Royer-Collard. Había alquilado allí una habitación bajo el nombre de Auguste Varenne. Ahora tal vez quería descansar y esperar su destino. No lejos de allí, varios soldados de infantería, entre ellos un cabo que había visto a un guardia abrir la puerta y entrar, corrieron al hotel y lo tomaron por asalto. Abordaron al propietario del hotel, un tal señor Chrétien[19].

Rigault, al oír el albototo, corrió por las escaleras hasta el sexto piso. Los soldados ordenaron al dueño del hotel que fuera tras él y le dijeran que los soldados lo dispararían –a Monsieur Chrétien– si él no bajaba. No sabían que el hombre al que querían capturar era Raoul Rigault, quien propuso al hotelero que ambos intentaran huir por los tejados. Cuando Chrétien se negó, Rigault respondió: «No soy ni un idiota ni un cobarde. Voy a bajar». Los soldados lo estaban esperando en el segundo piso. Se lo llevaron en dirección de los Jardins du Luxembourg, donde los escuadrones de ejecución llevaban a cabo su tarea. Rigault anunció a sus captores: «¡Aquí estoy! ¡Soy yo! [*Me voilà!*]», entregando su pistola. Sin saber con seguridad a quién habían capturado, se encontraron con un oficial que pidió al prisionero su nombre. Rigault, una pieza codiciada, se identificó. Cuando gritó «¡Viva la Comuna! Abajo los asesinos!», los soldados lo pusieron contra la pared y lo mataron a tiros.

El cuerpo de Rigault yacía en el suelo. Los llamados «hombres de orden» que lo habían matado lo pincharon con sus paraguas y bastones. El artista Georges Pillotel, que lo admiraba, se encontró con el cadáver y dibujó un esbozo; por último Rigolette, quien dirigía el café Cochon Fidèle, trajo una manta vieja y cubrió con ella su cabeza ensangrentada[20].

Henri Dabot era un burgués, republicano moderado y ferviente católico. Los combates ahora se aglomeraban en torno a su vecindario. Murieron comuneros en la barricada de la rue Cujas, por encima de la rue Saint-Jacques. La cocinera de Dabot, Marie, trató de ocultar a un chico de unos catorce o quince años a quien los soldados persiguían creyendo que había disparado un tiro a un capitán después de que cayera la barricada situada en la esquina de la rue Saint-Jacques con la rue des Écoles. El niño, que vivía cerca de la iglesia de Saint-Étienne-du-Mont junto al Panteón, era lo suficientemente pequeño como para ocultarlo, literalmente, bajo las faldas

de la cocinera. Los soldados lo encontraron, sin embargo; lo condujeron al Museo de Cluny y lo dispararon frente a él, donde los amigos del chico encontraron su cuerpo.

Ahora que las barricadas en la rue Saint-Jacques y la rue Cujas habían caído, los comuneros comenzaron a retirarse del Distrito V. Un *fédéré* iba de casa en casa diciéndole a la gente que huyera para salvar la vida. En la rue Clovis una madre respondió: «¿Correr? ¿Correr adónde? ¡Llueven balas por todas partes! Quedarse aquí sería la forma más segura de encontrar la muerte». Sostenía en sus brazos a sus dos hijos pequeños, diciendo: «Por lo menos podremos morir juntos», y rezaba a Santa Genoveva pidiéndole protección[21].

Los combates se desplazaban del bulevar Saint-Michel y luego la rue Saint-Jacques a la rue des Écoles y el bulevar Saint-Germain. La barricada en la rue de la Montagne-Sainte-Geneviève cayó, seguida por otras en la rue Ulm, la rue Lacépède y la rue Monge. Jean Allemane creía que sólo quedaban alrededor de 200 comuneros luchando en el Distrito V, algunos de ellos de no más de quince años de edad. Después de dos días de dura lucha, el miércoles por la noche las últimas defensas comuneras en el Barrio Latino cayeron frente a los versalleses en la rue Monge, junto a la muralla romana del anfiteatro, que se remonta a los orígenes del propio París[22].

Cuando concluyeron los combates en el Barrio Latino, 20 cuerpos yacían en la calle Sommerard; había otros esparcidos más arriba, en la intersección con el bulevar Saint-Michel. En la rue Cardinal Lemoine los soldados sacaron de la cama a Eugène André, un matemático y profesor conocido por su oposición al Imperio. No había servido en la Comuna y había rechazado un puesto en la educación cuando se le ofreció. André, que había ignorado el consejo de ocultarse, fue ejecutado de inmediato, dejando atrás sus tablas matemáticas cuidadosamente calculadas, algo que no podía interesar en absoluto a Adolphe Thiers.

El periódico versallés *Petite-Press* informó a los lectores en Versalles y las provincias que los soldados se negaban a tomar a más prisioneros, algo que seguramente agradó a muchos lectores. Un comunero recordaba que todo lo que se podía oír en el Barrio Latino «eran los sonidos de los pelotones de ejecución [...], a cada paso cuerpos, cada segundo el sonido de los disparos matando a gente común». Así murió un hombre de ochenta

años de edad en la rue du Dragon, detenido por llevar la gorra de un guardia nacional[23]. Miles de parisinos corrieron la misma suerte.

Ahora corrían rumores de que los comuneros se preparaban para recuperar el territorio perdido mediante el envío de batallones de la Guardia Nacional más allá de las murallas de todo el norte de París para volver de nuevo a los distritos occidentales de la capital. Llegados a aquel punto, tal táctica ya no era una posibilidad. La mayor parte de la Guardia Nacional no habría dejado su vecindario para participar en un plan de ese tipo. Los versalleses, que habían avanzado durante la mañana del martes en la orilla derecha hasta la iglesia de la Trinidad, parecían contenerse, sin aprovechar por el momento la enorme ventaja que tenían ahora. Muchos comuneros lucharon con valor, como en la rue de la Ferme des Mathurins, donde los guardias construyeron una barricada bajo el fuego de las tropas versallesas. Sin embargo, la única ventaja que tenían –además de, para muchos, su pasión– era que ahora estaban defendiendo sus propios barrios.

Pero los versalleses no se contuvieron por mucho tiempo. Miles de ellos atacaron la barricada de la rue Thévenot, que había sido bien defendida cerca de la rue Saint-Denis. Una vez que la barricada cayó, la rue Saint-Denis fue invadida, abriendo la vía al barrio del Temple, un centro de apoyo comunero y puerta de entrada a los Distritos XIX y XX. Pocas barricadas obstruían ahora el camino a los versalleses, y las que había en pequeñas calles intermedias fueron abandonadas rápidamente.

Ahora que Montmartre y gran parte de la margen izquierda del río habían caído, los versalleses avanzaban por la orilla derecha, acercándose cada vez más a la prisión de La Roquette. Había que decidir el destino de los rehenes, y pronto. El farmacéutico de la prisión recomendó que el arzobispo Georges Darboy fuera trasladado a la enfermería, pero el arzobispo se negó a separarse de los demás. Sobre el barrio –y la prisión, en particular–, se cernía una tensión cada vez mayor a medida que se acercaban las tropas de Versalles. Los cañonazos contra los versalleses desde las alturas del Père Lachaise alarmaron a los rehenes, y recibían el menor ruido en el pasillo con creciente aprensión. Los enojados miembros de los Vengeurs de Flourens, un batallón de comuneros jóvenes constituido en memoria del líder ejecutado, recorrían nerviosos las calles vecinas.

Un ejemplo de la ira popular ante la catástrofe inminente en los barrios cerca de La Roquette se produjo en las inmediaciones. El miedo y la

indignación se arremolinaron en torno a la prisión donde los rehenes esperaban su destino. Charles de Beaufort servía como capitán en el batallón 66.º, al que se había asignado, antes de que los versalleses entraran en París, la vigilancia del Ministerio de la Guerra en el Distrito VII. Cuando Beaufort trató de entrar en el Ministerio el sábado 20 de mayo, un guardia le vedó el camino. El capitán, que andaba un poco bebido, le dijo que él podía ir donde quisiera, amenazando al guardia con «volarle» el cerebro y pregonando que iba a purgar el batallón. Su comportamiento no le ganó ningún amigo en la vecindad.

Ahora, cuando los cañones versalleses se acercaban cada vez más y de otros barrios sólo llegaban malas noticias, Beaufort llegó para ayudar a defender el bulevar Voltaire. La gente del barrio, cada vez más preocupada por su propio destino, no tardó en dirigir su ira contra aquel oficial no deseado. Marguerite Lachaise, que dirigía una pequeña empresa con su marido y pertenecía a la Internacional, reconoció a Beaufort y lo denunció como el oficial que había enviado a hombres del barrio a una situación desesperada en la que muchos de ellos habían muerto. Ella, y pronto las demás mujeres, comenzó a pedir su muerte. Algunos acusaron a Beaufort de trabajar en secreto para Versalles. No lo ayudó que, al mismo tiempo, los camilleros estuvieran llegando con más heridos graves de las barricadas, los mismos guardias que Beaufort había enviado a la batalla. Varias personas fueron a buscar a Gustave Genton, quien recientemente había sido nombrado juez de instrucción.

Gustave Genton, carpintero que nunca conoció a su padre, era, a los cuarenta y cinco años de edad, muy parecido a muchos otros comuneros de la clase trabajadora. Vivía con su esposa en el 27 de la rue Basfroi, no lejos de donde había nacido. Genton había pasado seis meses en prisión en 1866 por participar en una reunión «ilegal» en el Café de la Renaissance, en la que también había participado Rigault. Durante la Comuna ejerció como teniente y portaestandarte (abanderado) del batallón 66.º. Blanquista y miembro de la Comuna, había servido en la Guardia Nacional, pero había renunciado después de enfermar. Su amigo Ferré entonces lo nombró para ejercer como *juge d'instruction* [\[24\]](#).

Genton convocó entonces un consejo de guerra con el fin de aplacar a la multitud. Rápidamente se encontró culpable a Beaufort, y lo condenó a ser despojado de su rango. Delescluze estaba allí y trató de calmar las cosas, al

igual que Marguerite Lachaise –aunque ella había pedido la ejecución de Beaufort–. La multitud no les prestó atención y siguió pidiendo la muerte de Beaufort. Tres hombres con uniforme de la marina lo agarraron y lo arrastraron fuera, a un terreno baldío cerca de la place Voltaire, donde lo ejecutaron[25].

A eso de las 15:00, al parecer para calmar la agitación popular, los líderes comuneros organizaron otro consejo de guerra improvisado, presidido por Genton, esta vez en la alcaldía del Distrito XI. Se trataba ahora de juzgar a los rehenes retenidos en La Roquette, incluido Darboy. Condenaron a muerte a seis de los rehenes, al parecer como represalia por la ejecución sumaria de los *fédérés* capturados en la barricada de la rue Caumartin cerca de la iglesia de la Madeleine. En principio la ejecución de estos rehenes de alto nivel requería la firma de un juez de paz. Ferré firmó la orden, añadiendo el nombre de Raoul Rigault (muerto un par de horas antes, aunque no está claro si esta noticia había cruzado el Sena) como firma de autorización, junto con un tercer nombre que era ilegible. Genton y su secretario, Émile Fortin, llegaron a La Roquette con un pelotón de ejecución de unos 30 o 40 hombres y una orden exigiendo al director de la prisión Jean-Baptiste François la entrega, «sin más explicaciones», del arzobispo Darboy y de Louis Bonjean (el exsenador imperial), además de «dos o tres personas a ser elegidas»[26].

François insistió en que requería más instrucciones específicas con respecto a los nombres de todos los que iban a ser ejecutados, junto con una copia de la sentencia oficial. Genton regresó a la alcaldía del Distrito XI para aclarar el asunto, dejando al pelotón de ejecución en La Roquette, con los fusiles dispuestos. El juez de instrucción regresó aproximadamente a las 19:00, con una orden que François volvió a encontrar insuficientemente explícita. Era prácticamente la misma orden para la ejecución de seis rehenes, firmada por Ferré, que ahora añadía «y, en particular, del arzobispo», el rehén más destacado de todos. Fortin y Genton llegaron con la lista de los otros que debían ser fusilados, además de Darboy. En la parte inferior del documento había tres sellos de la Comuna. Genton tachó el nombre del banquero bonapartista de origen suizo Jean-Baptiste Jecker, reemplazándolo por Deguerry, el cura de la iglesia de la Madeleine[27].

Aceptando finalmente la orden, François envió a un guardia en busca de los seis hombres. El guardia no tenía idea de por qué debía traerlos hasta

que se encontró con el pelotón de ejecución, al mando de un tal capitán Véric que había seleccionado a sus miembros entre los vecinos. Eran, en su mayoría, jóvenes voluntarios (de unos dieciocho años de edad o incluso menos) que querían vengar la muerte de sus familiares a manos de las fuerzas de Versalles. Dos tercios de ellos eran del batallón 66.º; otros provenían, probablemente, de los Vengeurs de Flourens o eran simples defensores de la República[28].

Ferdinand Évrard, quien se describía a sí mismo como «sólo un burgués de París», estaba en una celda contigua a la de Darboy. Era oficial del Ejército y había sido detenido el 6 de abril sacándolo de un tren cuando intentaba llegar a Versalles. Oyó al «jefe de esos desgraciados» gritar: «¡Necesito seis!». Dos oficiales estaban al mando del pelotón de ejecución. Algunos presos vieron a un oficial entrar en el patio de la prisión y gritar: «¿Están listos los soldados?». Véric fue a la celda número 23, a la que el arzobispo había sido trasladado el día anterior, y preguntó: «¿Ciudadano Darboy?». «Presente», fue la respuesta. Bonjean, en la celda contigua, no oyó pronunciar su nombre, pero su vecino, el abate Auguste-Alexis Surat, le dijo que también venían a por él. Se agachó a recoger su abrigo. «Es inútil», le dijo el guardia Antoine Ramain. «¡Estás muy bien como estás!». También le dijo a otro, que pretendía ir al baño: «¡No vale la pena!». Dos de los sacerdotes se tragaron las últimas dos hostias ante los seis rehenes: Darboy, Bonjean, Deguerry, Michel Allard (un sacerdote misionero al que se veía con frecuencia en el *quartier* de Saint-Sulpice), Léon Ducoudray (jesuita y director de la escuela de Sainte-Geneviève) y Alexis Clerc, otro jesuita[29].

Un guardia polaco de la enfermería de La Roquette oyó a alguien decir a los rehenes: «Van ustedes a morir. No han hecho nada por la Comuna. Siempre le han sido hostiles. Ahora van a morir». Un guardia que vio al pelotón de ejecución recordaba que muchos de ellos mostraban sangre fría, que no vio que ninguno de ellos estuviese borracho. Cuando la puerta se abrió y los rehenes salieron, oyó a otros prisioneros gritarles obscenidades y denunciarlos como «papistas» y «traidores»[30].

El pelotón de ejecución, evidentemente mal preparado para la tarea, discutió, en presencia de los rehenes, el mejor lugar para ejecutarlos. El primer plan era hacerlo en el pequeño patio de ejercicios, pero eso podría ser visto desde las ventanas de la enfermería, lo que decidieron que sería

malo para la moral. Al final decidieron ejecutarlos en el *chemin de ronde*, la «Puerta de la Muerte» que llevaba a la guillotina.

Los rehenes pasaron entre dos líneas de verdugos, esperando durante 10 minutos terribles mientras encontraban las llaves para la puerta. Darboy preguntó si había muchas barricadas en París. «¡Ah! ¡Si tan sólo pudiera ir allí y morir como mi predecesor! Envidio la suerte del arzobispo Affre.» Cuando un guardia le preguntó a Darboy por qué no había hecho nada por la Comuna, el arzobispo dijo que había sido detenido después de la primera refriega real. «En el nombre de Dios, por lo menos ahórrenos tales insultos.» Un joven *fédéré* preguntó a Darboy de qué partido era miembro. El arzobispo respondió que él estaba «en el partido de la libertad», agregando que él y los demás morirían por la libertad y por su fe. La respuesta: «¡Basta de sermones!». Intervino entonces un oficial, exigiendo a los verdugos en términos muy claros que se callaran: «Ustedes están aquí para ejercer justicia, no para insultar a los prisioneros»[\[31\]](#).

Tras Romain, Allard encabezaba a los prisioneros, cantando oraciones en voz baja. Pasaron a lo largo de la pared de la enfermería, hasta la puerta del segundo *chemin de ronde*. Darboy apenas podía caminar y un guardia lo iba empujando. Bonjean le ofreció su brazo como apoyo. Otro guardia tendió discretamente la mano a los rehenes como para decirles adiós. Romain se detuvo en la esquina de la pared que corría a lo largo de la rue de la Folie-Regnault y la rue Vacquerie. Desde su celda, Perny podía ver a Darboy abajo, levantando los brazos al cielo como si clamara: «¡Dios mío! ¡Dios mío!». El arzobispo y los demás se arrodillaron y rezaron una breve oración. Darboy se puso en pie junto a los demás y los bendijo, en medio de gritos de los comuneros de «¡Basta de oraciones!».

Romain los dispuso frente a la pared, con Allard primero, seguido por Darboy. Los nombres de los rehenes fueron leídos en voz alta. Deguerry se abrió la camisa para exponer el pecho a los fusiles. Varios minutos después, Véric levantó su sable y dio al pelotón la orden de disparar, a lo que siguieron dos descargas rápidas. Darboy cayó. Uno de los hombres, según los informes, dijo: «Ese viejo bastardo Darboy no quería morir. Tres veces se levantó, y ¡empecé a temer por él!». Véric, a quien Fortin había prestado la espada de Ferré para ordenar la ejecución, afirmó más tarde haber dado al arzobispo el golpe de gracia. Mostró con orgullo a un guardián de la prisión su pistola, todavía caliente debido al disparo. Desde su celda arriba, el abate



Laurent Amodrou pudo oír «primero una larga descarga, luego una pausa, a continuación varios disparos individuales y, finalmente, una última salva»[\[32\]](#).

Mientras el silencio envolvía el interior de la prisión, los cuerpos yacieron donde habían caído durante seis horas, hasta las 2:00 a. m., antes de ser llevados al cementerio del Père Lachaise, donde fueron arrojados a una zanja. El anillo de zafiro de Darboy, la cruz y hasta las hebillas de plata de sus zapatos habían desaparecido. En sus celdas por encima de la escena, los padres Perny y Amodrou y los demás rehenes supusieron que iban a ser los siguientes al oír los pasos de los guardias que venían por el corredor, mientras las fuerzas de Versalles se acercaban cada vez más[\[33\]](#).

Desde el 4 de abril, el destino de los rehenes pendía de un hilo. La estratagema de los comuneros de tomar al arzobispo Darboy y otros clérigos como rehenes con la esperanza de desalentar al gobierno de Versalles de llevar a cabo más ejecuciones sumarias había fracasado. Ahora, la ejecución de Darboy y los demás rehenes le dio a Thiers una excusa para intensificar la matanza, tanto durante los combates en curso en las calles de París como en los tribunales organizados a toda prisa para poner en práctica la «justicia» de Versalles en nombre de las clases altas.

Mientras las tropas versallesas avanzaban por la rue de Rivoli aquel miércoles, ni siquiera el Hôtel de Ville era ya seguro. Los restantes miembros de la Comuna decidieron trasladarse a la alcaldía del Distrito XI, en la intersección del bulevar Voltaire y la rue de la Roquette. Théophile Ferré ordenó que se incendiara el edificio y a las 21:00 estaba en llamas. Por orden de Ferré también se incendió la Prefectura de Policía. Aquella misma tarde ardió el Palacio de Justicia. El objetivo de Ferré era frenar el avance del Ejército de Versalles y garantizar que, si lo capturaban, no quedaría en él nada que celebrar. Otra razón era, sin duda, quemar documentos comprometedores.

Un comunero creía que los versalleses ganaron dos días debido a la destrucción del Hôtel de Ville, que era tanto simbólica como estratégica, y que la caída de las barricadas que bloqueaban la rue de Rivoli y la avenida Victoria comprometía la defensa al otro lado del Sena y los fuertes más allá de las murallas del sur. Así, la Comuna perdió una línea de defensa que se había extendido a todo el Barrio Latino. Los resistentes comuneros

siguieron retirándose a sus barrios en los Distritos XIX y XX, sin dejar a nadie para defender el centro de París contra las tropas versallesas[34].

El caos reinaba junto con la muerte. Muchos comuneros creían que todavía podrían aguantar. Edgar Monteil y Ferré eran de los pocos funcionarios comuneros que seguían dando órdenes. En un caso, en la alcaldía del Distrito XI, firmaron un salvoconducto para Edmond Megy que lo autorizaba a circular por París y en torno a «todas las barricadas». Es poco probable que aquel salvoconducto le hiciera ningún bien. Algunos líderes comuneros habían desaparecido en la noche, *sauve qui peut*. En la alcaldía del Distrito XI, los líderes comuneros restantes comenzaron a debatir si debían trasladarse a Belleville y crear allí un último bastión de resistencia desde su altura[35].

Elizabeth Dmitrieff seguía luchando en las barricadas en el este de París «alentando a los federales en su resistencia, distribuyendo municiones y disparando». Había dicho que estaba preparada «para morir en las barricadas en los próximos días». Con fecha 23 de mayo, su última comunicación escrita a los líderes comuneros en la alcaldía del Distrito XI decía: «Recoged a todas las mujeres [...] y venid inmediatamente a las barricadas»[36].

[1] William Serman, *La Commune de Paris* (1986), pp. 499-500. Moreau fue condenado a muerte en Châtelet y fue disparado.

[2] Ludovic Hans y J. J. Blanc, *Guide à travers les ruines* (1871), p. 13.

[3] Prosper-Olivier Lissagaray, *Les Huit journées de mai* (1871), pp. 79-83.

[4] Stewart Edwards (ed.), *The Communards of Paris, 1871* (Londres, 1973), p. 161.

[5] Paul Martine, *Souvenirs d'insurgé. La Commune de 1871* (1971), pp. 233-234; Prosper-Olivier Lissagaray, *History of the Paris Commune of 1871* (Nueva York, 1976), p. 348.

[6] Georges Bourgin, *La Commune de Paris* (1971), p. 97.

[7] Albert Hans, *Souvenirs d'un volontaire versaillais* (1873), pp. 119-122.

[8] Élie Reclus, *La Commune de Paris au jour le jour* (2011), pp. 361-362 y 365-366.

[9] *Ibid.*, p. 363.

[10] Théophile Gautier, *Tableaux de siège de Paris* (1881), p. 113; Maurice Garçon, «Journal d'un bourgeois de Paris», *Revue de Paris* 12 (diciembre de 1955), p. 31.

[11] Georges Jeanneret, *Paris pendant la Commune révolutionnaire de 1871* (1871), p. 267; Ernest A. Vizetelly, *My Adventures in the Commune* (n. p., 2009 [1914]), p. 165.

[12] Maxime Vuillaume, *Mes Cahiers rouges au temps de la Commune* (1971), pp. 8-10 y 300-306.

[13] H elene Haudebourg (ed.), «Carnet de guerre d'un Vertarien en 1870 Julien Poirier», *Regards sur Vertou au Fil des Temps* 7 (2003), pp. 11-16.

[14] Laure Godineau, *La Commune de Paris par ceux qui l'ont vécue* (2010), p. 197; Éric Fournier, *Paris en ruines: du Paris haussmannien au Paris communard* (2008), pp. 157-158; Camille Pelletan, *La semaine de mai* (1880), pp. 104-105.

[15] Robert Tombs, *The War Against Paris 1871* (Cambridge, 1981), pp. 154-155; Serman, *La Commune de Paris*, p. 517; Stewart Edwards, *The Paris Commune 1871* (Newton Abbot, 1971), p. 331.

[16] Jean Baronnet (ed.), *Enquête sur la Commune de Paris (La Revue Blanche)* (2011), pp. 169-170.

[17] Reclus, *La Commune de Paris*, p. 360.

[18] Martine, *Souvenirs*, pp. 245-246; 8J 3e conseil de guerre 6 dossier 29/8 Théophile Ferré, informe del tribunal de 12 de julio.

[19] Martine, *Souvenirs*, p. 250; Maurice Choury, *La Commune au Quartier Latin* (1971), p. 286.

[20] Lissagaray, *Les Huit journées de mai*, pp. 88-89; Luc Willette, *Raoul Rigault, 25 ans communard, chef de police* (1984), pp. 158-161.

[21] Henri Dabot, *Griffonnages quotidiens d'un bourgeois du quartier latin, du 14 mai 1869 au 2 décembre 1871* (1895), pp. 228-229.

[22] Jean Allemane, *Mémoires d'un Communard* (1910), pp. 151-157; Edwards, *The Paris Commune 1871*, pp. 331-332.

[23] Jeanneret, *Paris pendant la Commune*, pp. 268 y 318-321.

[24] Bernard Taithe, *Citizenship and Wars: France in Turmoil, 1870-1871* (Londres, 2001), p. 138; Robert Tombs, «Les Communeuses», *Sociétés et Représentations* 6 (junio de 1998), p. 63.

[25] 8J 6e conseil de guerre, 213, dossier 189, interrogatorios de Genton, 6, 12, 16, 24 y 29 de agosto de 1871; testimonio de Jean Costa, 14 de agosto; Romain, 27 de julio y 16 de agosto.

[26] Gaston Da Costa, *Mémoires d'un Communard: la Commune vécue* (2009), pp. 177-181 y 191. Aquella mañana, más temprano, Genton había ido a la cárcel de La Roquette en relación con el encarcelamiento de un carpintero con problemas llamado Greffe, un líder blanquista que había sido detenido por insubordinación y estaba siendo escondido en el apartamento de la prisión de Jean-Baptiste François, director de La Roquette.

[27] A6 Ly 140, informe Alpert referido al Comité de Salud P ublica 25 de floreal a o 79; 8J 6e conseil de guerre, dossier 189 (Genton); p. v., 5 de junio y 24 de agosto de 1871; Charles Chauvin, *Mgr Darboy, archevêque de Paris, otage de la Commune (1813-1871)* (2011), p. 144; Ly 137, dossier Jean-Baptiste François; Ly 132, «Rapport sur l'affaire des nommés Romain, Genton, etc.»; Joseph-Alfred Foulon, *Histoire de la vie et des oeuvres de Mgr. Darboy, archev eque de Paris* (1889), p. 585; L. P. Guénin, *Assassinat des otages. Sixième conseil de guerre* (1871), p. 303; Vuillaume, *Mes cahiers rouges*, p. 73. Jacques-Olivier Boudon (*Monseigneur Darboy [1813-1871]*, pp. 153-154) cree que tal tribunal nunca fue constituido. En la interpretación de Da Costa, las órdenes para la ejecución de seis rehenes llegaron a La Roquette, pero no llevaban nombres. Además de los de Darboy y Bonjean, los nombres de las dos listas siguen siendo desconocidos, rodeados de informes confusos y a veces contradictorios.

[28] A6 Ly 137, dossier Jean-Baptiste François.

[29] Ferdinand  vrard, *Souvenirs d'un otage de la Commune* (1871), pp. 5-6, 43 y 58-64; Joseph-Alfred Foulon, pp. 589-595; abate Henri-Pierre Lamazou, *La Place Vendôme et la Roquette* (1876),

p. 247; L. P. Guénin, *Assassinat des otages. Sixième conseil de guerre*, p. 303; Sempronius, *Histoire de la Commune de Paris en 1871* (s. f.), pp. 226-227.

[30] Guénin, *Assassinat des otages*, pp. 210 y 251-252.

[31] Alexis Pierron, *Mgr Darboy: Esquisses familières* (1872), pp. 97-99; Guénin, *Assassinat des otages*, p. 303; Joseph Abel Guillermin, *Vie de Mgr Darboy, archevêque de Paris, mis à mort en haine de la foi le 24 mai 1871* (1888), p. 340. Darboy (seguramente) dijo a Bonjean, refiriéndose a los soldados de la Comuna en Chemin de ronde: «¡Esos hombres no son los culpables; lo es Monsieur Thiers!».

[32] 8J 3e conseil de guerre 6 dossier 29/8 Théophile Ferré; Guénin, *Assassinat des otages*, pp. 14, 187-188 y 303; A6 Ly 132, informe; Foulon, *Histoire*, p. 594; Ly 137, Affaire de la rue Haxo; 8J 6e conseil de guerre, 213, dossier 189, interrogatorios de Genton, 6, 12, 16, 24 y 29 de agosto de 1871; testimonio de Jean Costa, 14 de agosto; Romain, 27 de julio y 16 de agosto; Lewis C. Price, *Archbishop Darboy and some French Tragedies, 1813-1871* (Londres, s. f.), p. 290; Guénin, *Assassinat des otages*, pp. 187-188 y 303. Varios testigos declararon que efectivamente habían visto a Ferré en La Roquette ese día. Según un relato, al ver a Darboy bendecir a los demás rehenes, un miembro del pelotón de ejecución exclamó: «Muy bien, les está dando usted su bendición, y ahora ¡le daré yo la mía!». Algunos comuneros afirmaron más tarde que Darboy trató de levantarse tres veces antes de que lo dispararan de nuevo. De acuerdo con Vuillaume (*Mes Cahiers rouges*, pp. 76-78), Benjamin Sicard mandaba el pelotón de ejecución. Romain, el jefe de brigada de la Roquette, identificó formalmente a Genton al frente de la ejecución.

[33] A. Rastoul, *L'Église de Paris sous la Commune* (1871), p. 191; Chauvin, *Mgr Darboy*, p. 149.

[34] Baronnet, *Enquête*, p. 109; Serman, *La Commune de Paris*, p. 503; Edwards, *The Paris Commune 1871*, p. 326.

[35] Baronnet, *Enquête*, p. 109; Serman, *La Commune de Paris*, p. 503; Edwards, *The Paris Commune 1871*, pp. 319 y 326.

[36] Woodford McClellan, *Revolutionary Exiles: The Russians in the First Internationale and the Paris Commune* (Londres, 1979), pp. 154-157; Godineau, *La Commune de Paris*, pp. 156; 8J 6e conseil de guerre 230 dossier 683, Élisabeth Dmitrieff.

## VIII. LOS TRIBUNALES MILITARES EN FUNCIONAMIENTO

La máquina de matar versallesa había llegado a su cenit. Hacia el 22 de mayo había ya en funcionamiento unos 20 tribunales militares con prácticas sanguinarias. Un decreto del Gobierno de Defensa Nacional emitido el 2 de octubre de 1870, durante la guerra y asedio prusianos, permitía la organización de consejos de guerra y les otorgó el poder para condenar a muerte tanto a soldados como a civiles. Thiers se aprovechó de ese decreto después de que sus fuerzas hubieran invadido París, usándolo para reivindicar que los tribunales militares versalleses eran plenamente legales. Contribuyó también que Thiers y los versalleses siguieran afirmando que los comuneros no eran adversarios políticos, refugiados o beligerantes legítimos sino, más bien, criminales ordinarios. Como tales, los consideraba bajo su jurisdicción y no merecedores de ningún tratamiento especial[1]. Los altos mandos versalleses no estaban interesados en los precedentes legales de los tribunales marciales que establecían o, en algunos casos, presidían ni hasta qué punto actuaban dentro de la ley. El derecho a apelar las sentencias fue sistemáticamente ignorado[2].

El cuartel Lobau se convirtió en el más infame matadero versallés. El tribunal *prévôtal* (consejo de guerra) se creó en Châtelet el miércoles 24 de mayo y operó noche y día durante siete días consecutivos. Después de juicios rápidos y en algunos casos sumarísimos, los prisioneros eran divididos entre «viajeros a Lobau y viajeros a Satory» (una meseta cerca de Versalles, donde guardaban a presos comuneros). Los enviados a Satory tenían alguna probabilidad de sobrevivir, pero los destinados a Lobau iban a ser casi con toda seguridad ejecutados. Un periodista británico estimaba que, entre 900 y 1.200 personas, murieron en Lobau en 24 horas, bajo la supervisión del coronel Luis Vabre de los Voluntarios del Sena, un cómplice asesino de Thiers. La matanza se llevó a cabo sin piedad, de manera eficiente. Como escribió Victor Hugo en *Les Fusillés*, «un sonido lúgubre impregna el cuartel Lobau: es un trueno que abre y cierra las tumbas». Así, en el

Châtelet, «las víctimas eran enviadas por lotes [*fournées*] al matadero». El 25 de mayo, en el cuartel Lobau, después de que las tropas hicieran avanzar a las víctimas más allá de las ruinas humeantes del Hôtel de Ville, los pelotones de ejecución no se molestaban en alinearlas, disparando hacia abajo en grupos de alrededor de 20, a veces con ametralladoras, después de que hubieran atravesado la puerta[3].

*The Standard*, un periódico conservador británico, informaba ateniéndose a los hechos que los «insurgentes» eran ejecutados en grupos 50 a 100. El Ejército iba a afirmar posteriormente que los agentes no pudieron encontrar los nombres de los ejecutados. Una multitud de anticomuneros, ahora lo suficientemente seguros como para salir a las calles en los barrios relativamente elegantes, pedían más muertes, y *La Patrie* informaba de que los soldados tuvieron un momento difícil tratando de evitar que los espectadores agredieran a *ces misérables*. El abate Antoine-Auguste Vidieu de Saint-Roch observaba a los prisioneros «como uno podría mirar a los animales feroces en el Jardin des Plantes». Revisaba a los heridos que llegaban al Châtelet. Su crimen eran sus heridas[4].

El 25 de mayo, momento en el que los versalleses ya controlaban más de la mitad de París, cualquier persona que viviera cerca de los Jardins du Luxembourg podía oír las descargas de los pelotones de ejecución. Henry Dabot, abogado, se complacía contando que muchas de las víctimas de los versalleses aceptaban de buen grado el consuelo de los sacerdotes, pero otros se negaban obstinadamente a besar un crucifijo o a pronunciar una oración. Un sacerdote llamado Hello era el capellán de «los que iban a ser fusilados». El abate Riche llevaba a cabo las mismas funciones lúgubres, «impelido más que cualquier otro por su terrible tarea»[5].

Mientras los pelotones de ejecución versalleses iban matando a prisioneros, la lucha proseguía en París, dando lugar a más muertes de comuneros. Los guardias nacionales todavía tenían en su poder parte del Distrito XIII, pero los que habían estado defendiendo la orilla izquierda del Sena se habían retirado cada vez más a los Distritos XI, XII, XIX y XX, el corazón del París Popular en la periferia de la capital. Contra todo pronóstico, mantenían la resistencia.

Parisinos leales a Thiers saludaban con entusiasmo a los soldados versalleses que limpiaban sus barrios de guardias. Gustave des E. vio pasar camino de Versalles a un convoy de prisioneros hechos en La Villette.

Ahora que la victoria versallesa parecía asegurada, el corpulento vecino de Gustave del otro lado de la calle regresó a su apartamento, instalando a su amante en su residencia parisina (después de haber dejado a su esposa e hijos en provincias). Gustave y sus amigos estaban dispuestos a contarse mutuamente sus historias de horror. Un hombre adinerado con el que Gustave solía cenar en su club contaba una historia relacionada con la petición que le habían hecho las tropas versallesas para echar abajo una barricada. Él se les había unido con entusiasmo, como «reaccionario número 1», hasta que comenzaron a dolerle los riñones y se vio obligado a excusarse. Otro de los miembros del club en el que Gustave cenaba contó al menos 17 veces que un obús había caído en una habitación en la que su criada –pero no él– se había escondido durante varias horas[6].

En la Porte Saint-Denis, los residentes en un edificio cercano que por alguna razón no habían salido de París experimentaron los terrores de la vida civil en una zona de guerra cuando el fuego de los cañones, fusiles y ametralladoras los obligaron a mantenerse allí encerrados. Entraron unos guardias y exigieron que se cerraran las ventanas. Más tarde entró otro combatiente comunero y preguntó cómo llegar al ático para poder disparar desde allí, utilizando colchones de protección contra el fuego de respuesta. *Madame* Théo, propietaria del edificio, no quería que dispararan desde su ventana y les ofreció a cambio coñac y ron. Por ahora los vecinos se habían reunido en dos habitaciones mientras las balas trituraban el interior del edificio, rompiendo ventanas y desgarrando cortinas. Apareció otro combatiente comunero y comenzó a disparar desde una ventana superior. Cuando la señora Théo le pidió que hiciera el menor daño posible, le tomó las manos, llamándola *citoyenne*, y le aseguró que no tenía nada que temer. El comunero lucharía hasta la muerte, pero nada en la casa sería destruido. Resultó que aquella persona era, en realidad, una mujer, con el pelo corto y «une belle paire de tétons» [«un buen par de tetas»]. Su marido, comerciante en vinos, había salido de París después del 18 de marzo. Cuando los comuneros de su barrio habían venido a buscarlo, había ocupado su lugar, tal vez por vergüenza, y había sido aceptada por el batallón. Aquella insurgente regresó luego a la calle, gritando «*Vive la Commune!* ¡Fuego, ciudadanos!»). Los combatientes comuneros siguieron a «su jefe».

Los residentes subieron por las escaleras hasta el tercer piso. A una vecina le costaba mucho; su marido tuvo que pasarle una esponja y la reanimaron con sales aromáticas. Los demás parecían calmados. No había manera de salir del edificio, ya que la puerta de entrada daba directamente a la barricada. No se pudo encontrar una escalera, ni siquiera una cuerda, para ayudarlos a salir por una ventana trasera. Una pequeña puerta que conducía a la casa vecina sólo se podía abrir desde el otro lado; el propietario, un personaje desagradable, la había dejado bloqueada. Un soldado de la Guardia Nacional lo amenazó dándole cinco minutos para abrir la puerta antes de quemarle su «chabola». La puerta se abrió debidamente, y los vecinos encontraron una relativa seguridad, al menos momentánea, en aquella bodega.

Proyectiles y disparos se acercaban peligrosamente, obligando a los guardias a retirarse a la barricada en la cercana Porte Saint-Martin. Un guardia inutilizó un cañón, dejándolo fuera de servicio, de modo que los versalleses no pudieran usarlo cuando capturaran el arma. Uno de los agentes se quedó atrás, aparentemente esperando la muerte. Una bala lo atravesó y se tambaleó dando unos pasos hacia el faubourg Saint-Denis, donde cayó. Los combates se alejaron pero no el peligro, ya que se inició un incendio a unas puertas de distancia. Una mujer que se había refugiado en el edificio atrajo las sospechas de los que estaban allí. Afirmaba que las tropas versallesas no le permitirían pasar por encima de la barricada con el fin de volver a casa. Los residentes pensaban que era una incendiaria. Resultó que, efectivamente, vivía cerca del bulevar Bonne Nouvelle. Los residentes del vecindario, al menos los que estaban en contra de la Comuna o ahora pretendían estarlo, agasajaron con jamón y salchichas a los soldados de infantería que habían tomado la barricada[7].

Aquel mismo día Élie Reclus se refugió en el sótano de una casa. Se encontró compartiendo espacio con unas 35 personas de todas las edades y clases sociales. «En tiempos normales, estos animales salvajes se perseguían y devoraban unos a otros»; pero ahora, en un momento de gran peligro, se encontraban compartiendo espacio y una tregua tácita. Dadas las circunstancias, cualquier afirmación de puntos de vista políticos, directos o indirectos, se evitaba cuidadosamente. Fijando la mirada en los pálidos rostros burgueses, Reclus reflexionaba sobre lo que no se atrevía a decir: «Así pues, eres tú, burgués. Son quienes se te parecen los que han traído,



con su cobarde ignorancia y egoísmo cruel, estos horrores, los del pasado y los que querréis infligirnos en el futuro». Podía imaginar asimismo lo que pasaba por la mente de los burgueses: «Sois vosotros, revolucionarios de todos los males, los que habéis traído con vuestros hermanos y cómplices, mediante vuestra terquedad criminal, [los que] obligáis a los amigos del orden a disparar contra vosotros, y eso no me provoca ningún arrepentimiento».

Perdidos en tales pensamientos, todos oyeron de repente el sonido inconfundible de unas pesadas botas en las escaleras. «La Propiedad, El Orden y La Religión» aparecieron en la persona de tres soldados de infantería, con el rostro cubierto de sudor y rabia. Abriéndose camino con las bayonetas sangrientas, exigieron saber «¿dónde está esta gentuza, dónde están esos cobardes? Vamos a ocuparnos de ellos». El burgués del grupo se levantó con entusiasmo y se dirigió, radiante, hacia los pantalones rojos: «¡Oh, aquí estáis! ¡Somos amigos de Versalles!». Los soldados inspeccionaron a los demás de arriba abajo, mostrando con orgullo uno de ellos su pistola, todavía caliente después de matar a tiros a un comunero. El soldado versallés añadió rápidamente: «Sí, hemos capturado a 200 de ellos y los hemos fusilado»[8].

En otro lugar de París Alix Payen, al cuidado de los comuneros heridos, parecía sorprendido de estar vivo. «Nuestro edificio se sacudía como en un terremoto; puertas y ventanas saltaban en astillas.» Era imposible huir; el bulevar en el que vivía se vio envuelto en la contienda y, además, no había ningún otro sitio donde ir. Alix no tenía noticias de su marido Henri, quien yacía gravemente herido en otro lugar[9].

Julien Poirier, quien combatía del lado de los versalleses, recordaba el 25 de mayo como «una auténtica matanza», con mujeres que llevaban a sus bebés y niños pequeños en brazos acribilladas por las ametralladoras versallesas. Poirier luchó durante todo el día, mientras los truenos, los rayos y la lluvia barrían París. Su unidad había combatido cerca del Panteón y desde este a los Gobelinos, registrando las casas a su paso. A eso del mediodía se encontraron con dos comuneros que cargaban armas y los dispararon en el pecho. Sólo estaban gravemente heridos, por lo que los arrojaron por la ventana del tercer piso. En otra habitación se encontraron con dos jóvenes que compartían una cama, haciéndose los dormidos. Un teniente los golpeó en el costado con su espada. Uno de ellos saltó de la

cama de repente y atacó a uno de los soldados, tratando de quitarle la pistola y, en la confusión posterior, escaparon por las escaleras. En un sótano Poirier, su capitán y algunos otros soldados encontraron a una mujer joven escondida que les ofreció un poco de su vino. Se habían extendido rumores de que las mujeres ofrecían bebidas envenenadas a los soldados versalleses. El capitán aconsejó a sus hombres que no aceptaran su oferta. No obstante, Poirier se bebió dos botellas, y el capitán, sintiéndose más seguro, se pulió otra. Luego, mirando a su alrededor, Poirier vio a un joven escondido bajo un colchón. Era el marido de la mujer. Lo sacaron fuera y lo pusieron con otros presos. Su coronel le dijo al capitán en términos muy claros que lo llevara al Luxemburgo a fusilarlo. Cuando uno de los alrededor de 50 prisioneros intentó escapar, lo golpearon y le ordenaron salir a un jardín cercano donde tenían decidido matarlo. El hombre se negó a ir más lejos, por lo que lo dispararon allí mismo, repartiéndose como soldada los 10 francos que encontraron en su bolsillo[10].

El estadounidense Wickham Hoffman despreciaba a los «comunistas», pero se sentía, no obstante, horrorizado por las represalias: «No hay excusa para las carnicerías al por mayor cometidas por las tropas». Uno de sus amigos vio a unos soldados entrar en una casa en el bulevar Malesherbes y preguntar a la conserje si se ocultaban allí «comunistas». Ella respondió que no había ninguno, pero las tropas lo registraron todo igualmente. Descubrieron a un hombre, lo sacaron y lo dispararon, matando a la conserje por añadidura.

Ninguna simpatía por los comuneros era aceptable. Cuando otro estadounidense fue testigo del entierro de un comunero, comentó: «¿Por qué, si él no tiene tan mala cara después de todo?», y un oficial le aconsejó «no volver a expresar nunca más tales sentimientos». Los registros casa por casa dieron lugar a miles de detenciones. Los soldados de infantería incluso descendieron a las alcantarillas y catacumbas de París en busca de comuneros que pudieran esconderse allí.

Incluso después de que las últimas defensas de la orilla izquierda cayeran el miércoles, la resistencia comunera se mantuvo organizada, decidida y hasta cierto punto eficaz en el Distrito XIII, cerca de la place d'Italie y la Porte-de-Choisy y en los Gobelinos. El general polaco Walery Wroblewski supervisó una línea de defensa que iba desde la Butte-aux-Cailles, cerca de la place d'Italie, hasta el muro fortificado y Fort Bicêtre. Después de cuatro

intentos, por la tarde las tropas del general versallés Ernest de Cisse y tomaron la Butte-aux-Cailles, un barrio de traperos y último bastión comunero en la orilla izquierda. La resistencia había sido dura, pero los refuerzos se acumularon aquí en el lado versallés. La Guardia Nacional abandonó Fort Bicêtre para regresar a defender sus propios barrios. Al final del día los versalleses, atacando desde tres direcciones con el objetivo de aislar el distrito y tomar el control de la vía férrea París-Orléans, mataron y capturaron a muchos combatientes comuneros desmoralizados. Cuando terminó el combate, 400 cadáveres cubrían el suelo. Wroblewski cruzó el Sena para seguir luchando otro día[11].

Sin embargo, no todas las muertes del 25 de mayo fueron de comuneros. Los miembros de la orden de los dominicos ubicados en Arcueil, al sur de París, también perecieron. Léon Meilliet, comandante comunero de Fort Bicêtre, los acusó de pasar información sobre estrategia militar y las fuerzas comuneras a los versalleses. Había algunas pruebas tras esas acusaciones; no eran simplemente aleatorias. La opinión local también culpaba a los sacerdotes de estar en connivencia con los versalleses y de ser responsables del incendio que estalló en el interior de un castillo cerca de la escuela dominicana el 17 de mayo, aunque esto era muy poco probable.

Varias de las Hermanas de la Caridad fueron llevadas a París y recluidas en la prisión de Saint-Lazare. El jueves 25 de mayo los guardias nacionales llevaron a unas 40 personas, entre sacerdotes dominicos y empleados suyos, a Fort Bicêtre, donde los resistentes comuneros aún se defendían. Dos de los sacerdotes exigían ser interrogados con la esperanza de ser puestos en libertad. Fueron conducidos a un juez, Louis Lucipia, quien había sido empleado de un abogado y periodista. Lucipia llegó a la conclusión de que los prisioneros no eran culpables de nada, pero les dijo que seguirían retenidos como testigos materiales del incendio del castillo.

El comandante de la Guardia Nacional Marie Jean-Baptiste Sérizier, trabajador del cuero, miembro de la Internacional y militante en el Distrito XIII, ordenó aquel día que los 23 prisioneros restantes (varios de ellos habían sido puestos en libertad y unos pocos habían logrado escapar) fueran trasladados desde su prisión temporal en Fort Bicêtre. Se les dijo que iban a ser trasladados al centro de París, donde estarían más seguros, ya que las tropas versallesas avanzaban rápidamente. Una vez en la calle, los presos sufrieron los insultos de los transeúntes. Cuando pasaban junto al

cementerio de Champs-des-Navets, las balas de los combates en las inmediaciones comenzaron a zumbear a su alrededor. Uno de los sacerdotes vestidos de civil logró escapar. Después de entrar en París por la Porte-de-Choisy, llegaron a la alcaldía del Distrito XIII. Los obuses que estallaban cerca dejaban claro que tendrían que entrar inmediatamente.

Los prisioneros fueron llevados a eso de las 10:00 de la mañana a un edificio en el número 38 de la avenue d'Italie, en el Distrito XIII, que había sido convertido en prisión disciplinaria. En muchas de las barricadas que cubrían el distrito, se habían utilizado materiales de construcción de las obras cercanas. A eso de las 13:00 Sérizier exigió que los prisioneros, incluidos los sacerdotes, ayudaran a defender las barricadas cercanas, junto con 14 guardias nacionales que habían sido encarcelados por desobediencia. Uno de los guardias se manifestó en contra de la inclusión de los sacerdotes, exigiendo una orden por escrito, pero un oficial lo ignoró, gritando: «¡Vamos, vosotros los de las sotanas! ¡Salid! ¡A la barricada!». Los prisioneros se reunieron en el patio de la prisión y fueron conducidos hacia la puerta. Cuando salieron de los muros de la prisión, comenzaron a recibir disparos, algunos quizá de sus guardias, otros procedentes de los fusiles de la gente que estaba en la avenue d'Italie. Al final, 13 cuerpos yacían en la calle, incluyendo cinco clérigos dominicos, un profesor, tres criados, una enfermera, un secretario y dos guardias[12]. Aquella matanza no se había previsto, sino que se produjo de forma espontánea en la tensión muy cargada de la lucha por París.

Poirier y los demás soldados versalleses llegaron a la place d'Italie poco después de la muerte de los prisioneros. Estimaron —exagerando— unos 5.000 o 6.000 comuneros muertos. Para entonces la unidad de Poirier había capturado a 55 comuneros, a los que se puso en pie sobre los montones de cuerpos mientras los soldados disparaban sobre ellos. Había un hombre que, para Poirier, «no era tan malo». No importaba. Un sargento lo mató de un disparo de fusil en la cabeza. La compañía de Poirier salió luego para unirse al resto de su regimiento en un bulevar a unos 500 metros de distancia, con las ametralladoras todavía calientes por tantas ráfagas. Los versalleses atacaron una barricada todavía en pie, con la bayoneta calada. Un comunero apuñaló a Poirier con su propia bayoneta, rozando su abrigo. Poirier retrocedió y lo disparó en el pecho, terminando la acción con su bayoneta mientras el hombre se esforzaba por levantarse. La barricada había sido

defendida por ocho hombres y tres mujeres, todos los cuales estaban ahora muertos. En total puede que los versalleses alinearan a varios miles de prisioneros en la place d'Italie. Poirier nos asegura que se convirtió en «un auténtico matadero»[\[13\]](#).

Con la caída de la place d'Italie aquella mañana, las tropas de infantería dominaban toda la orilla izquierda. Aquel mismo día la Guardia Nacional abandonó los fuertes meridionales de Montrouge, Bicêtre e Ivry, retrocediendo a la orilla derecha, protegida –por el momento– por las murallas, el Sena y el canal de Saint-Martin[\[14\]](#).

Los prusianos habían ayudado a los versalleses abandonando la zona inmediatamente más allá de los muros del norte, un área que se suponía que había sido neutral. Sin embargo, desde que los gobiernos de Alemania y Francia habían firmado el Tratado de Fráncfort el 10 de mayo, los alemanes habían sido cada vez más útiles a las tropas versallesas[\[15\]](#). Las tropas de infantería ahora ocupaban el territorio al norte de París tras la retirada de las tropas alemanas un poco más lejos. Y el 26 de mayo los prusianos aprestaban sus fuerzas para ayudar a prevenir el escape de comuneros de París hacia el este[\[16\]](#).

Que los comandantes comuneros no se hubieran molestado en proteger de alguna manera los flancos de Montmartre dentro de la ciudad de París fue catastrófico. Los soldados mataban a tiros indiscriminadamente a los defensores, como contaba Camille Pelletan, un participante comunero: «Como gente que defendía las barricadas, el mismo número de cuerpos. Masacre en la rue Lepic, al otro lado de la calle Tholozé. Frente a la casa del número 48, 20 cuerpos yacen sobre la acera. Masacre en la place de la Mairie. Allí los *fédérés* fueron horadados por las bayonetas. Carnicería en el Moulin-de-la Galette». En el Château Rouge, los testigos contaron 57 cuerpos, amontonados en el patio de una escuela. Entre ellos estaba el de un anciano, abatido a tiros mientras su fiel perro no paraba de ladrar a su lado[\[17\]](#).

Una historia sobre la muerte de una hermosa *fédérée* cuando cayó una barricada se difundió rápidamente. Detenida, había apretado contra su pecho una bandera roja que llevaba las palabras «¡No la toquéis!». Su determinación, y probablemente también su aspecto imponente, era tal que, en un primer momento, ninguno de los soldados quería ser el que la matara. Superaron, sin embargo, sus dudas, y fue abatida a tiros junto con otros 42.

Augustine Blanchecotte cayó sobre los cuerpos de tres chicos a los que habían disparado en el bulevar d'Italie: uno era un mozo corpulento con una bata azul. Puede que tuviera dolor de muelas, ya que un pañuelo le envolvía una mejilla mientras yacía con la cabeza en el suelo, con una mano tapándole un ojo, lo que hacía parecer como si estuviera durmiendo. En la otra mano llevaba un revólver. Poco era lo que quedaba de la cabeza de otro chico, con el brazo extendido, rígido en la muerte, recordando su último gesto desafiante. Un versallés había tenido al menos la decencia de colocar un pañuelo sobre lo que quedaba de la cabeza. Al desplazarse el combate, las mujeres salieron lentamente de los edificios cercanos en busca de sus hombres. Los carros rodaban y sus conductores preguntaban si había más cuerpos que transportar[18].

El Montmartre derrotado había sido, por fin, «pacificado». Una vez que los obuses y balas dejaron de caer y crujir, los barrios de la Butte aparecían desiertos, como si todos los residentes hubieran muerto (y así era, en efecto, para una buena parte de ellos), pero otros se habían refugiado. Había fusiles tirados por las calles, abandonados a toda prisa por los combatientes comuneros que no querían verse comprometidos.

El Ejército victorioso se mofaba de los parisinos abiertamente: «Chusma parisina, vagos, inútiles, no volveréis a vociferar nunca más. ¡A Cayena! ¡Y allí veréis lo que es realmente la miseria!». Les iban a enseñar a aquellos parisinos. La reputación de Montmartre como centro del activismo izquierdista determinó el destino de muchos de los prisioneros hechos por el Ejército —era más probable que los mataran por el sitio donde los habían hecho prisioneros[19].

Pero Albert Hans tenía que admitir que, en Montmartre, se cometieron «errores» en los registros casa por casa y las detenciones posteriores. De hecho, uno de los colegas de Hans había sido detenido por las tropas de infantería debido a su uniforme, que sugería que era un oficial de la Comuna. Mientras acompañaban a su compañero a un futuro muy incierto, los soldados se encontraron con otros de su batallón que respondieron por él.

A continuación Hans se encontró bajo arresto por intervenir cuando dos soldados y un voluntario del Sena habían atrapado a un hombre que creían que había disparado contra ellos desde una casa cerca de la place Pigalle. Cuando lo detuvieron, encontraron cerca un fusil disparado recientemente,

aunque el hombre dijera que no era suyo. Hans convenció a los captores para que lo llevaran a su casa y preguntaran a sus vecinos por él, pero no se mostraron muy colaboradores. Los Voluntarios del Sena se volvieron entonces contra Hans, acusándolo de ser un comunero que trataba de proteger a un hombre culpable. Un suboficial del Ejército le gritó que se pusiera contra la pared, pero, afortunadamente para Hans, se acercó un capitán y ordenó que lo llevaran a un comandante. El capitán también quería fusilar a Hans, pero, por suerte, un oficial de mayor rango estaba dispuesto a enviarlo a su apartamento cercano para poder inspeccionar sus documentos personales. Hans fue liberado.

Tras volver con los Voluntarios del Sena, Hans se encontró con una de las mujeres que habían sido hechas prisioneras en la barricada de la place Blanche, defendida hábilmente –al menos según la leyenda– por Nathalie Le Mel y el «batallón de amazonas» hasta ser finalmente arrollada. Iba acompañada por un cabo y dos soldados de infantería. Llevaba los pantalones de un soldado de la guardia nacional, con un pequeño sombrero bajo tirolés en la cabeza, caminando tan rápido como sus captores, mirando fijamente hacia adelante. La seguía un pequeño grupo hostil, lanzando insultos y pidiendo a gritos su muerte inmediata. Un «burgués» se adelantó y le tiró de un manotazo el sombrero. Otro voluntario del Sena lo recogió y se lo devolvió. No se sabe qué le sucedió a la mujer. Por su parte, incluso Hans se sorprendió: «¡Cómo se demostró el espíritu de la burguesía parisina en aquel acto de brutalidad cobarde e inútil!».

Cerca de la iglesia de Saint-Vincent-de-Paul en el Distrito X, la mayoría de los residentes parecían dar la bienvenida a los versalleses. Sin embargo, incluso en aquel barrio relativamente conservador, los registros casa por casa revelaron copias de periódicos comuneros como *Le Vengeur* de Félix Pyat, entre otros, que predicaba el «saqueo», en palabras de Hans, así como un decreto firmado por Delescluze que autorizaba las requisas para contribuir a la defensa de París. Estos pequeños descubrimientos parecían confirmar lo extendida que había sido la lealtad, y en muchos casos la devoción, a la Comuna. Hans y los demás llegaron entonces a la Gare du Nord, donde varios de los prisioneros retenidos fueron ejecutados en un terreno cercano, entre ellos un delegado del *quartier* «que murió con dignidad».

Ordenó a la mañana siguiente continuar con las fortificaciones del norte. Hans y sus colegas se encontraron con los restos de una barricada tomada la noche anterior. Se detuvieron para echar en una zanja los cadáveres mutilados de 12 *fédérés*, apenas reconocibles como humanos por todo el barro y la sangre que los cubría. Desde la Porte de Pantin, las tropas comuneras podían verse en la distancia disparando desde Belleville. Más allá de las murallas del norte había tropas prusianas, fácilmente identificables por sus sombreros. Dejaron claras sus lealtades, convirtiendo en guardias a los que habían intentado salvarse cruzando las líneas prusianas. Los Voluntarios del Sena encontraron a algunos de sus propios soldados escoltando a miembros capturados de los «Vengeurs de la Commune», vestidos con pantalones de color gris azulado. Aquellos hombres «temblaban de miedo», y con razón.

Con la orilla izquierda sometida y Montmartre derrotado, la unidad de Hans, junto con otras tropas versallesas, fue enviada a la última fortaleza de la resistencia comunera: Belleville. Se trasladaron de Montmartre a Belleville y el Distrito XX mientras los disparos rebotaban en los edificios. Las Carrières (canteras) de l'Amérique, donde se ocultaban muchos *fédérés*, estaban a su derecha. Por delante de ellos los comuneros disparaban desde atrás contra las barricadas y casas, tratando de eliminar una ametralladora. Al alcanzar la rue des Lilas con dos compañías de infantería, la unidad de Hans llegó a las alturas de Belleville. Cuando se acercaban a una barricada, un civil les informó de que el cañón que estaba tras ella estaba fuera de servicio. Hans y otros versalleses entraron en las casas cercanas desde las que podían dirigir su fuego hacia la barricada. Un tendero les dejó entrar – tampoco tenía otra opción –, preguntándoles con una sonrisa nerviosa si es que querían comprar algo, añadiendo rápidamente que no era de ningún partido político y que el conserje de su edificio había sido muerto por los versalleses que lo habían sorprendido vistiendo el uniforme de la Guardia Nacional. El tendero y su mujer temblaban de miedo; los soldados los tranquilizaron, añadiendo que, de hecho, sí querían comprar algo de comida. Cerca de allí dos *fédérés*, que al parecer habían disparado contra una casa que los versalleses habían ocupado, fueron capturados, rindiéndose cuando un soldado les prometió que estarían a salvo. Un coronel ordenó su ejecución inmediata, cediendo a regañadientes cuando el captor explicó lo que les había dicho.



Hans imaginó en la place des Fêtes lo que significaría caer en manos de los *fédérés*. Sería insultado, maltratado y probablemente muerto, como los generales Lecomte y Thomas el 18 de marzo. Los prisioneros podían esperar que los comuneros «los cortaran en tiras o los quemaran vivos», siendo los oficiales incapaces de contener a sus frenéticos subordinados. Estaba seguro de que muchos soldados de infantería habían muerto de esa manera. Pero suponía que los comuneros capturados por los versalleses no tenían nada que temer: «Nuestra disciplina mantiene en jaque los instintos maliciosos, la crueldad y ferocidad que a veces pueden surgir en determinadas circunstancias desde el corazón del hombre más apacible». Los oficiales iban a proteger, por supuesto, a los prisioneros. Irónicamente, a continuación de esas reflexiones describía la toma de otra barricada: «Varios *fédérés*, bebidos o desesperados, se negaban todavía a rendirse: ¡tuvimos que matarlos!».

El orgullo de Hans por la superioridad moral y la disciplina versallesa no se extendía a todos sus compañeros de armas. Demasiado a menudo los versalleses estaban dispuestos a ejecutar a cualquiera que capturaran, algunos como venganza por los pocos de los suyos que habían muerto en los combates. Varios arrastraban a dos comuneros, listos para disparar sobre ellos, insistiendo en que, como eran sus prisioneros, podían hacer lo que quisieran con ellos. Hans y algunos otros protestaron e hicieron llegar una queja a un oficial de caballería, que coincidió en que aquellos dos hombres no debían ser sacrificados. Cuando el más inflexible de sus soldados protestó, el oficial le rompió el hombro con varios golpes de su bastón.

Trajeron a otro prisionero, un oficial naval comunero –la flota era pequeña y, obviamente, limitada al Sena dentro de la ciudad– orgulloso y resplandeciente en un elegante uniforme que lucía varias medallas. Hans se burló de la rápida promoción de aquel «oficial», pero su valor lo impresionó: solo pidió tiempo para escribir un mensaje final a su hija. Los Voluntarios del Sena superaron las objeciones de un compañero impaciente que quería ejecutar al comunero inmediatamente. Hans le proporcionó un lápiz y una hoja de papel y el *fédéré* escribió rápidamente su mensaje final, mientras un soldado de infantería ladraba: «No seas sentimental. Ya no es hora para eso. ¡Fusilémoslo!». El prisionero bajó a la zanja y allí fue abatido a tiros. Varios minutos después, otro comunero capturado, desertor del Ejército de Versalles, se le unió en la zanja, desafiante, gritando:

«¡Adelante, disparadme, canallas, bandidos, asesinos! Sí, soy un desertor. ¡Vais a ver ahora cómo voy a morir! ¡Viva la Comuna!».

Hans nunca pudo olvidar a otro prisionero comunero, un anciano con el uniforme desgarrado arrastrado por dos jinetes que caminaban más rápido de lo que el pobre podía trotar. Tenía la cara demacrada y delgada, amarillenta, y llevaba gafas. «La miseria» –recordaba Hans– estaba escrita por todo su cuerpo. Fue, sin duda, una persona «honesta», un «don Quijote del socialismo, un loco, un viejo marabú de los clubes». A cada insulto que soportaba de los Voluntarios del Sena, se quitaba cortésmente la gorra de la Guardia Nacional, revelando su pelo blanco y escaso. Hans habló favorablemente de él a su teniente, y se aseguró de que el anciano permaneciera con los Voluntarios y no se lo entregaran a las tropas regulares. Eso probablemente le salvó la vida[20].

Muchos otros no tuvieron tanta suerte. En un elegante barrio occidental Marie Holland sabía muy bien lo que estaba pasando no muy lejos. Su marido, el pastor protestante Eugène Bersier, se encontró con 60 cadáveres de comuneros. Preguntó a los soldados si podía al menos tomar sus nombres para poder notificarlo a sus familias. La respuesta no tardó en llegar: «No». Las mujeres estaban siendo ejecutadas también y no tenían la simpatía de los espectadores, que gritaban: «¡Matadlas! ¡Machacadlas sin piedad!». Si a su marido no se le permitió registrar los nombres de los comuneros asesinados o moribundos, Marie hizo cuanto pudo al respecto. Pasó la tarde trabajando en una instalación médica americana, anotando los nombres de los moribundos para poder comunicárselo a sus parientes[21].

Ahora circulaban entre los parisinos más y más historias sobre la crueldad de los versalleses, cada vez más horribles. Un soldado supuestamente violó a una niña y luego la remató con su bayoneta. Prisioneros que iban escoltados a Versalles, entre ellos una mujer, nunca pasaron de Saint-Augustin; sin razón aparente, de repente las tropas mataron a un grupo de ellos, al tiempo que un soldado despachaba a otros prisioneros con su espada. En la Porte Dauphine prisioneros muertos y heridos eran arrojados a fosas comunes. Cerca de la torre de Saint-Jacques supuestos soldados reían y organizaban turnos para tirar piedras a un bracito que parecía moverse en una pila de cadáveres hasta que se detuvo. Un comerciante hizo cuanto pudo por cuidar a dos comuneros heridos, pero no encontraba a ningún cirujano. Un oficial le dijo que quienes estaban bajo su mando

llevarían a los hombres a un hospital para recibir atención médica, pero los soldados los mataron también[22].

Una terrible historia circuló con rapidez: una mujer pidió ver a su marido, el padre de sus cuatro hijos, que había sido capturado. Un general respondió con una sonrisa que eso se podía arreglar fácilmente: «Digna mujer, vamos a llevarte con él». Ella expresó su agradecimiento, y varios soldados jóvenes la acompañaron pero sólo hasta un muro donde la fusilaron. El Ejército de Versalles había dado un nuevo significado a la noción de «reunir a una mujer con su marido»[23].

John Leighton tenía poco bueno que decir de la Comuna, que, según él, consistía en «ladrones, incendiarios y asesinos». Pero también tenía que admitir que «no tienen miedo de la muerte. Sólo tienen una buena cualidad. Sonríen y mueren [...]. Los heridos beben con sus compañeros y lanzan vino a sus heridas, diciendo: “Bebamos hasta la última gota”»[24].

Los comuneros fueron particularmente audaces en el Distrito XI, donde mantuvieron la defensa de Belleville aun cuando la mayor parte de París ya había sido ocupada. Construyeron nuevas barricadas en el bulevar Voltaire, en particular en la intersección con la place du Château d’Eau. El Ejército de reserva de Joseph Vinoy tuvo dificultades para superar la resistencia allí; aquel distrito tenía una organización militar más eficaz que la de cualquier otro[25]. Pero las barricadas en aquel punto eran totalmente inadecuadas, y los dos cañones que las protegían apenas bastaban para protegerse de la embestida versallesa. A excepción de un mensaje de vez en cuando llevado a mano, ahora los *fédérés* no contaban con ningún medio para saber lo que estaba ocurriendo en otros lugares de París. El silencio en lo alto de Montmartre era una señal terrible. Más abajo, las defensas de la Porte Saint-Denis y la Porte Saint-Martin habían dejado de existir. Los comuneros todavía tenían armas, no obstante, y estaban dispuestos a utilizar hasta el último cartucho contra los versalleses. La iglesia de Saint-Ambroise se había convertido en un arsenal. Las mayores baterías se habían trasladado al cementerio del Père Lachaise, desde donde se lanzaban proyectiles hacia el centro de París, ahora ocupado, por encima de las cabezas de los comuneros apostados en el bulevar Voltaire.

En el Parc Monceau, el Châtelet, la Escuela Militar y el Luxemburgo, los consejos de guerra fueron despachando a cientos de comuneros, hombres y mujeres por igual, después de interrogatorios que a veces no duraban más

de 10 segundos. Augustine Blanchecotte recordaba que «el estallido de los proyectiles, que yo creía sin rival, era sólo música inocente en comparación con esos sonidos. El más preocupante e inolvidable lo oyó entre el Panteón y el Luxemburgo: el sonido nocturno durante toda una semana de los disparos incesantes de los pelotones de ejecución, tras las rápidas decisiones de la justicia humana». En el Châtelet, una mujer fue ejecutada simplemente por llevar un cinto rojo. Al igual que otras víctimas de sexo femenino, había logrado sobrevivir sin queja al asedio prusiano para morir fusilada por un pelotón francés[26].

Las noticias de los consejos de guerra llegaron a la alcaldía del Distrito XI, que ahora servía como sede de lo que quedaba de la Administración de la Comuna. Los líderes hablaron gravemente entre sí, mientras uno de ellos distribuía órdenes escritas. Amargas disputas y recriminaciones se dejaban oír en todo el edificio. Sorprendentemente, no parecía haber ninguna sensación de pánico. Los líderes, en cambio, se mostraban cada vez más enfurecidos, a medida que iban llegando más informes relacionados con las ejecuciones sumarias de prisioneros por las tropas versallesas. Carros llenos de municiones y cartuchos se hacinaban en el patio. Los muertos y heridos yacían aquí y allá en medio de la confusión general. Durante toda la noche llegaron mensajes de los demás puntos de la defensa pidiendo hombres y cañones, sin los que los combatientes se verían obligados a abandonar sus posiciones. La Comuna no podía ofrecer ni unos ni otros.

Banderas tricolores ondeaban sobre el bulevar Saint-Michel. Los muelles habían sido tomados. En la place Saint-Michel la fuente Médici estaba llena de cadáveres, con los ojos aún abiertos. Aunque el resultado final de la lucha no podía ponerse en duda, algunos guardias nacionales seguían luchando, a pesar de la falta de un liderazgo efectivo o incluso aparente. Reclus admiraba el hecho de que «no ceden terreno poco a poco. Se aferran a él mientras están vivos, y siguen ocupándolo con sus cuerpos muertos»[27].

[1] Wickham Hoffman, *Camp, Court, and Siege: A Narrative of Personal Adventure and Observation during Two Wars, 1861-1865, 1870-1871* (Nueva York, 1877), pp. 261 y 281.

[2] Robert Tombs, *The War Against Paris 1871* (Cambridge, 1981), pp. 177-179; Prosper-Olivier Lissagaray, *Les Huit journées de mai* (1871), p. 75; Laure Godineau, *La Commune de Paris par ceux*

qui l'ont vécue (2010), p. 218; Paul Martine, *Souvenirs d'insurgé. La Commune de 1871* (1971), p. 231.

[3] René Héron de Villefosse, *Les Graves heures de la Commune* (1970), p. 253; William Serman, *La Commune de Paris* (1986), p. 521; Maurice Choury, *Les Damnés de la terre, 1871* (1970), p. 151; Camille Pelletan, *La Semaine de mai* (1880), pp. 336-337.

[4] Pelletan, *La Semaine de mai*, pp. 213-227.

[5] Henri Dabot, *Griffonnages quotidiens d'un bourgeois du quartier latin, du 14 mai 1869 au 2 décembre 1871* (1895), pp. 222 y 227-233.

[6] Maurice Garçon, «Journal d'un bourgeois de Paris», *Revue de Paris* 12 (diciembre de 1955), pp. 14-33.

[7] «Souvenirs d'un habitant de la Porte Saint-Denis du 21 au 25 mai 1871», Bibliothèque de l'Hôtel de Ville, ms. 1031.

[8] Élie Reclus, *La Commune de Paris au jour le jour* (2011), pp. 366-367.

[9] Alix Payen, «Une ambulancière de la Commune de Paris», en Louis Constant (ed.), *Mémoires de femmes, mémoire du peuple* (1979), pp. 86-87.

[10] Hélène Haudebourg (ed.), «Carnet de guerre d'un Vertarien en 1870 Julien Poirier», *Regards sur Vertou au Fil des Temps* 7 (2003), pp. 16-17.

[11] Charles des Cognets, *Les Bretons et la Commune de Paris 1870-1871* (2012), pp. 341-342; Tombs, *The War Against Paris*, p. 267; Stewart Edwards, *The Paris Commune 1871* (Newton Abbot, 1971), pp. 332-333; Robert Tombs, «La lutte finale des barricades: spontanéité révolutionnaire et organisation militaire en mai 1871», en Alain Corbin y J.-M. Mayeur (eds.) (1997), *La Barricade*, pp. 360-364.

[12] A6 Ly 132, report: 6<sup>e</sup> conseil de guerre, affaire du massacre des Dominicains d'Arcueil, rapport du rapporteur, 24 de diciembre de 1871; Gérard Conte, *Éléments pour une histoire de la Commune dans le XIII<sup>e</sup> arrondissement, 5 mars-25 mai 1871* (1981), pp. 78 y 90.

[13] Haudebourg, «Carnet de guerre», pp. 15-18.

[14] W. Pembroke Fetridge, p. 395; Charles des Cognets, *Les Bretons et la Commune de Paris 1870-1871* (2012), p. 342; Lissagaray, *Les Huit journées de mai*, pp. 96-98; Joseph Vinoy (Général), *L'Armistice et la Commune* (1872), pp. 327-328.

[15] Tombs, *The War Against Paris 1871*, p. 140. Los prusianos tomaron todo lo que había entre Charenton y Saint-Denis, incluidos los fuertes salvo Vincennes. Tombs describe la tensión entre Bismarck, deseoso de expandir su influencia, y el gobierno de Thiers (pp. 136-140). Las tropas versallescas alcanzaron París eliminando cualquier posibilidad de intervención alemana.

[16] Alistair Horne, *The Fall of Paris: The Siege and the Commune 1870-1871* (1965), p. 408.

[17] Pelletan, *La Semaine de mai*, pp. 50-53.

[18] Augustine Blanchecotte, *Tablettes d'une femme pendant la Commune* (1872), pp. 200, 204 y 211-213.

[19] Albert Hans, *Souvenirs d'un volontaire versaillais* (1873), pp. 108-109; Tombs, *The War Against Paris 1871*, p. 167.

[20] Hans, *Souvenirs*, pp. 128-138, 141-142, 148-153 y 161-171.

[21] Christiane Demeulenaere-Douyere, «Journal de l'entrée des troupes versaillaises dans Paris», *Bulletin de la Société d'histoire de Paris et de l'Ile de France* 108 (1981), pp. 301-303.

[22] P. F. Borgella, *Justice! Par un officier de l'armée de Paris (1871)*, pp. 11 y 23.

[23] *Ibid.*, pp. 33-34.

[24] John Leighton, *Paris Under the Commune* (Londres, 1871), pp. 262-263.

[25] Mariscal Mac Mahon, *L'Armée de Versailles depuis sa formation jusqu'à la complète pacification de Paris* (1872), p. 40.

[26] Blanchecotte, *Tablettes*, p. 263; Jules Bergeret, *Le 18 mars: Journal Hebdomadaire* (Londres, 1871), pp. 11 y 86.

[27] Reclus, *La Commune de Paris*, p. 364.

## IX. MATANZA

El Jueves Sangriento, 25 de mayo, Élie Reclus reflexionaba sobre lo que veía a su alrededor. París se había transformado en «un taller, un inmenso taller [...], pero un taller en el que las máquinas que funcionan son las ametralladoras, un taller en el que el trabajo de destrucción se lleva a cabo a una escala tan grande [...]. Es una cacofonía horrible, esta cencerrada infernal de odio y pasión»[1].

Aquella noche los comuneros organizaron una robusta defensa en el Pont d'Austerlitz, con una barricada semicircular que se extendía entre el muelle en la orilla izquierda y el bulevar de l'Hôpital. En una batalla de artillería, la Comuna perdió a 26 personas y tuvo que abandonar la primera barricada. Pronto los versalleses habían cruzado el puente y tomado el quai de la Rapée y luego Bercy. Al perder terreno, los comuneros prendieron fuego al Grenier d'Abondance más allá de la Gare de Lyon, como medida para evitar que los versalleses superaran las defensas de la plaza de la Bastilla y dispararan sobre los *fédérés* desde aquella imponente estructura. Su humo cubría el horizonte y emitía un horrible hedor de petróleo y bacalao ardiendo[2].

No muy lejos de allí, Émile Maury abandonó su arma y su uniforme de la Guardia Nacional. Caminó por el bulevar Mazas (ahora Diderot) hacia el Sena. Unas pocas barricadas seguían en pie, entre ellas la que había frente a su edificio de apartamentos, y también una enorme en la rue de Charonne. Pero no quedaba mucha gente para defender esas estructuras defensivas improvisadas. Maury vio lo que venía: «El lazo es cada vez más *estrecho* [...]. La Comuna ha entrado en agonía»[3].

Y, aunque el azar y la casualidad siguieron caracterizando a las ejecuciones, la represión se hizo cada vez más organizada, especialmente en y alrededor del nordeste de París, donde seguían los combates. El Ejército se había convertido en «un gran pelotón de ejecución» a medida que proseguía su desplazamiento hacia los últimos bastiones de resistencia comunera en el norte y el este de París. Allí los comuneros habían tenido más tiempo para preparar su defensa[4].

Entre los comuneros se había evaporado todo resto de disciplina. En la alcaldía del Distrito XI se hicieron sugerencias inverosímiles, como las de formar toda una columna con los *fédérés* restantes y volver a capturar Montmartre, o marchar hacia el centro de París para volverlo a tomar. Charles Delescluze estaba dispuesto a morir. Después de una caminata fallida hasta la Porte de Vincennes para convencer a los prusianos de que intervinieran para salvar vidas mediante el establecimiento de una tregua[5], ahora estaba sentado tranquilamente tras una pequeña mesa en la *mairie* en el bulevar Voltaire. Lo que sabía desmentía su insistencia continua en que no estaba todo perdido. Con mucha calma escribió algunas órdenes. En un momento dado se llevó las manos a la cabeza, repitiendo: «¡Qué guerra! ¡Qué guerra!». Su único consuelo era que iba a morir sin vergüenza, que «también nosotros sabremos morir». Su *mot d'ordre* seguía siendo el deber. Dijo simplemente: «No quiero más. No, para mí todo ha terminado». Escribió a un amigo para decirle que esperaba el juicio de la historia sobre la Comuna, y a su hermana para decirle adiós, confiando las cartas a un amigo.

Vistiendo, como siempre, una levita, botas de charol, sombrero de copa y una faja roja alrededor de la cintura, caminaba con el miembro de la Comuna François Jourde y unos 50 guardias nacionales hacia las barricadas en la place du Château d'Eau, bajo el ataque de los versalleses. Dejaron atrás a Maxime Lisbonne, que había sido gravemente herido durante la valiente y tenaz defensa comunera, siendo transportado por Auguste Vermorel y Victor Jaclard. En una barricada Vermorel cayó herido. Delescluze estrechó su mano. A medida que se iba poniendo el sol y mientras las balas zumbaban alrededor, guardias nacionales instaron a Delescluze a protegerse; pero él siguió caminando, acercándose muy lentamente a una barricada. Jourde se alejó después de que los dos amigos se hubieran dado la mano. Delescluze se paró en la barricada, esperando la muerte. Llegó en cuestión de segundos. Cuatro hombres se adelantaron para recoger su cuerpo y tres de ellos recibieron disparos. El cuerpo de Delescluze yació donde había caído durante varios días, como mártir valiente de una causa cuyo fin se aproximaba[6].

Eugène Varlin sustituyó a Delescluze como delegado para la Guerra, pero no iba a ocupar el puesto mucho tiempo. Jaclard y un Vermorel gravemente herido fueron transportados a un edificio en el bulevar Voltaire, donde



lograron evitar ser detenidos gracias a la rapidez de pensamiento de la persona que los había alojado. Pero, cerca del Parc Monceau, su suerte se acabó y fueron detenidos[7].

El liderazgo de la Comuna estaba casi totalmente aniquilado, pero, aun así, la violencia persistía. Anticomuneros luciendo brazales tricolores contribuyeron a la carnicería. Esos brazales, confeccionados en secreto antes de que las tropas de Thiers entraran en París, se habían preparado con antelación como marcas de identificación. Quienes los llevaban ahora asumieron el papel de Policía militar, organizando los registros y haciéndose cargo de las *mairies* [alcaldías] que habían sido abandonadas por la Comuna. Respondían a la gran oleada de denuncias que empezó a llegar después de que cada barrio hubiera quedado asegurado, llevando a cabo detenciones arbitrarias. En un caso típico, un conserje indicó a un hombre que llevaba un brazalete versallés que «el señor B. compra un montón de periódicos, tal vez está ocultando a alguien, quizás a un comunero»[8].

La Semana Sangrienta ofreció a los oficiales franceses una clara oportunidad para restaurar la moral y el prestigio del Ejército después de su vergonzosa derrota en la Guerra Franco-Prusiana y su incapacidad para mantenerse en París en marzo. La Guardia Nacional parecía ser la antítesis del Ejército francés: aceptaba a gente de todas las clases sociales, y muchos de sus miembros, incluidos algunos oficiales, eran trabajadores ordinarios. Esto iba en contra de los valores del Ejército profesional y su jerarquización aristocrática. Los miembros de los cuerpos de oficiales, muchos de los cuales despreciaban a la Comuna y todo lo que representaba, desconfiaban de sus escasos colegas republicanos. El arrogante Ernest de Cissey odiaba a la Comuna y estaba dispuesto a cobrarse venganza. Joseph Vinoy, quien había sido humillado después de la rendición de Francia a Prusia, y que había sido señalado como *capitulard* (derrotista) e identificado con el fracaso en el intento de incautar los cañones en Montmartre, esperaba la oportunidad de ajustar cuentas. No ofreció disculpas por las ejecuciones de «bárbaros modernos». El general Félix Douay desempeñó un papel menor en las ejecuciones en masa, habiendo pasado el mando de las operaciones en el Châtelet al coronel Luis Vabre, quien presidió alegremente el tribunal *prévôtal*. Justin Clinchant, que tenía simpatías republicanas moderadas, prohibió la ejecución de los presos en las zonas de París bajo su control, y

fue uno de los pocos oficiales que hicieron algo por evitar las ejecuciones. Los oficiales de menor rango seguían las instrucciones de sus mandos, aunque con ligeras variaciones dependiendo de su personalidad, su actitud hacia los comuneros y determinadas circunstancias[9].

Paul de Ladmiraault era un oficial que resistió el impulso a las represalias violentas a las que sus colegas fueron sucumbiendo. Él era un viejo aristócrata de Touraine, católico y de familia militar, de los que habían perdido sus tierras durante la revolución. Su padre luchó en 1792 contra la Revolución, y no cabía ninguna duda de que Paul iba a luchar contra la Comuna ochenta años más tarde. Al oír las descargas de un pelotón de ejecución, Ladmiraault insistió en que no le gustaba la «justicia sumaria», debido a la posibilidad de errores. Al ver a varios comuneros pálidos, asustados, que estaban a punto de ser ejecutados, detuvo al pelotón de ejecución y preguntó si los comuneros habían disparado a los soldados o portaban armas. El pelotón respondió negativamente, aunque las manos de los cautivos estaban ennegrecidas, posiblemente por la pólvora. Ladmiraault dijo a sus soldados que el destino de los prisioneros correspondía a los jueces y no a ellos. Expresó cierta simpatía por los comuneros ordinarios que se habían unido a la Guardia Nacional con el fin de recibir los 1,5 francos por día. En un momento dado Ladmiraault observó a un preso gravemente herido que iba a ser conducido en un convoy a Versalles. Apenas vivo, levantó la mano y fijó sus ojos en sus captores. Con lo que le quedaba de voz, les dijo: «¡Los insurgentes son ustedes!»[10]. Ladmiraault pudo sentirse afectado por la acusación, pero no tomó represalias enfurecido como otros podían haber hecho. Fue, de lejos, uno de los comandantes versalleses menos sanguinarios.

La mentalidad de los propios soldados también contribuyó a la violencia de la Semana Sangrienta. Las imágenes negativas de París, en particular de Montmartre y Belleville, se difundieron en Versalles y en toda Francia. La propaganda parecía haber tenido el efecto deseado. A finales de abril, por ejemplo, *Le Soir* advirtió a sus lectores que, una vez que la Comuna cayera, la propiedad en París requeriría fumigación. Por su parte, *Le Gaulois* contaba que los residentes en Belleville se habían apoderado de las viviendas en el próspero Passy y que «todos sus armarios y sus bodegas habían sido saqueados [...]; hombres y mujeres yacían en sus camas»[11]. Los soldados reclutados en las zonas rurales, especialmente los de las

regiones con un grado relativamente alto de práctica religiosa, como Bretaña y Normandía, eran particularmente opuestos a la Comuna, que en la propaganda y en la realidad había enfilado a la Iglesia.

Por supuesto, los soldados también actuaban bajo las órdenes de sus líderes. En opinión de Jules Bergeret, un miembro de la Comuna del Distrito XX, las tropas versallesas habían recibido órdenes al entrar en París de «no dar cuartel». Un policía municipal relató que había procedido a la ejecución de un polaco, refiriéndose a «las órdenes del mariscal [Patrice de Mac Mahon] y también a las del ministro de la Guerra [... que eran] definitivas en relación con los desertores y los extranjeros que habían servido a la Comuna». Mac Mahon sabía lo que estaba pasando, aunque quizá no en la medida exacta. Al igual que Thiers, no prohibió ni denunció el asesinato de prisioneros, al menos de los que habían sido detenidos portando armas. El general Alexandre Montaudon, por su parte, excusó las ejecuciones sumarias, afirmando que los soldados habían tomado la iniciativa siguiendo las órdenes de sus oficiales; pero tuvo que admitir que existía odio entre los soldados hacia «los agentes de esta terrible guerra civil», que habían fomentado en «sus reuniones y en sus clubes [políticos]»[\[12\]](#).

Una mujer se jactaba de que su hermano, un «distinguido» oficial del Ejército, había ordenado la ejecución de «400 insurgentes obstinados [...] en las últimas barricadas de Belleville». Y añadió: «¡Los muy cobardes! ¡Estaban llorando!». Otro parisino conversó con un policía que declaraba con orgullo que había matado a más de 60 personas y que «los muy cobardes» pedían gracia[\[13\]](#).

Tanto los soldados como sus jefes solían comparar a los comuneros con los «bárbaros» de las colonias. Théophile Gautier los describía como «salvajes, con un anillo atravesándoles las narices y tatuajes rojos, bailando la danza del cuero cabelludo sobre los escombros humeantes de la sociedad». Gaston Galliffet comparaba a los comuneros con los árabes del norte de África, a los que el Ejército francés llevaba reprimiendo brutalmente cuarenta años: «Los árabes tienen un dios y un país; los comuneros no tienen ni uno ni otro»[\[14\]](#). Otro general señaló que, «si se me diera la posibilidad de elegir entre los árabes y estos alborotadores, elegiría fácilmente a los árabes como adversarios». Muchos de los soldados de infantería habían luchado en Argelia, México e incluso China y, en su

opinión, los comuneros no eran más franceses que los insurgentes que encontraban en el extranjero. Alphonse Daudet, otro anticomunero, afirmó que París había caído «en poder de los negros»[\[15\]](#).

Charles de Montrevel sostenía que, de los parisinos que participaron en «esta inmensa orgía», con la que se refería a la Comuna, la mayoría eran «provincianos de clase baja». Su punto de vista asociaba la inmigración a gran escala a los grandes centros urbanos con la agitación social y política, ya que los recién llegados habían sido arrancados de sus raíces rurales tradicionales, incluyendo la familia y la religión organizada, que los podría haber mantenido a raya. El resultado fue una psicosis colectiva. Este y no otro sería el veredicto de la historia. Montrevel así lo creía, y Gustave de Molinari estaba convencido de ello. A sus ojos, la inmigración de las provincias a los barrios periféricos y plebeyos había hecho de París «una especie de California interior». ¿Qué se podía y se debía hacer para evitar que el gobierno quedase «sometido a una dura esclavitud» a manos de esas personas?[\[16\]](#).

Un hombre originario de Burdeos que vivía en la capital durante la Comuna tenía poco bueno que decir de los parisinos, a los que consideraba «criaturas artificiales»: «El verdadero parisino, eterna y agotadoramente insolente [es] incapaz de cualquier sentimiento grave y profundo [y] se ríe o está dispuesto a reírse en cualquier lugar, en cualquier ocasión; no respeta nada ni cree en nada». Así, los parisinos eran incapaces de tomar decisiones políticas, y más bien esperaban tranquilamente las órdenes procedentes de «mentes más fuertes y librepensadoras, que se lucen en tascas y cantinas»[\[17\]](#). Si no podían ser actores políticos por derecho propio –como había dejado tan claro la tan despreciada Comuna–, los más fuertes tendrían que venir y arreglar las cosas, aunque ello implicara una violencia sin precedentes.

Mac Mahon, el único que podría haber puesto fin a las ejecuciones, hizo la vista gorda ante lo que ocurría en París. El 25 de mayo Jules Ferry informó de que tres de sus generales habían ordenado la ejecución de los «líderes de la insurgencia» capturados. Mac Mahon aseguraba haber recordado a los generales sus órdenes de que enviaran a los prisioneros que se rindieran a los consejos de guerra en Versalles[\[18\]](#). Al final, sin embargo, Mac Mahon dejó simplemente que la masacre prosiguiera[\[19\]](#).

Fuera lo que fuera lo que Mac Mahon dijera a Ferry, parece que sus comandantes nunca recibieron la orden de enviar a los presos a Versalles. Los comandantes ordenaron a menudo que los comuneros hechos prisioneros con armas debían ser ejecutados, aunque, repitámoslo, que alguien viviera o muriera dependía del oficial al que le tocara en suerte. Cissey no ponía ningún reparo: comunicó al general François du Barail que quienquiera a quien hubieran detenido luchando por la Comuna debía ser ejecutado. La misiva llegó a Thiers, que conocía muy bien la ejecución sumaria de los prisioneros y no hizo nada para detenerla. Por el contrario, puede que el general Clinchant, un republicano moderado, intentara poner fin a las ejecuciones en el Parc Monceau[20].

Sin embargo algunos generales, como Gaston Galliffet, «la estrella del terror tricolor», tomaron el asunto en sus propias manos y dictaron sentencias instantáneas de vida o muerte. Galliffet se jactaba de haber matado a 70 comuneros por sí mismo. Cuando una mujer se arrojó a sus pies pidiendo por la vida de su marido, el general respondió: «Señora, he asistido a todas las obras de teatro de París; de nada sirve esta representación». Nunca se sabrá el número de prisioneros que Galliffet mandó matar en el Bois de Boulogne, pero él se deleitaba con su infamia; una vez cacareó que prefería ser conocido como «un gran asesino antes que como un pequeño criminal». Además, proclamó con orgullo: «Por encima de todo, en el grado más alto, desprecio la vida de los demás». Ante un convoy de prisioneros, del que formaba parte Louise Michel, dijo: «¡Soy Galliffet! Gente de Montmartre, pensáis que soy un hombre cruel. ¡Ahora vais a saber que soy mucho más cruel de lo que habéis imaginado!»[21].

Aunque aquellas ejecuciones se debieron al odio asesino de versalleses de todo rango y condición y, aunque podrían parecer casuales a quienes fueron testigos de ellas, la matanza era algo organizado. Incluso antes de que el Ejército de Versalles entrara en París, Thiers había dispuesto los consejos de guerra que se llevaron a cabo allí. Confiaba en que sus tropas exterminaran a todos los comuneros de la ciudad. Teniendo en cuenta ese tipo de previsión, no hay ninguna razón para creer que tuviera la intención de mantener vivos a todos los prisioneros y llevarlos a Versalles. Después de que sus tropas entraran en París, habían organizado dos de los principales centros de ejecuciones desde, al menos, el 23 de mayo en el Parc Monceau

(donde 15 hombres y una mujer habían sido fusilados el día anterior) y la École Militaire. Las ejecuciones prosiguieron sistemáticamente[22].

El periodista Camille Pelletan, comunero, estaba convencido de que las matanzas fueron planeadas, y de que existían listas de personas para ser detenidas y asesinadas. Pensaba que el hecho de que las tropas de Versalles encontraran tan poca resistencia, sobre todo tras su entrada en París el 21 de mayo, hacía aún más difícil justificar las matanzas en masa. «La mayoría [de los comuneros], desanimados, abandonaron la lucha; sólo un puñado de hombres, resueltos pero dispersos, mantuvieron la defensa de la Comuna». Pelletan tenía razón al insistir en que la matanza fue mucho más que «una feroz represión emprendida contra los *fédérés*». Iba dirigida «contra todo París, y no sólo contra los partidarios de la Comuna». No se había visto nada parecido en la capital desde la Masacre del Día de San Bartolomé en 1572, cuando los católicos diezmaron a los protestantes. Para Thiers y su entorno, París era el enemigo y «merecía un considerable y rápido castigo». Thiers se jactó en un discurso el 24 de mayo de «haber derramado ríos de sangre [parisina]»[23]. Y así lo había hecho, efectivamente.

A los interrogados se les preguntaba rutinariamente: «¿Formaba usted parte de la Comuna? ¿Estuvo usted allí? Lo lleva escrito en la cara. ¿Su edad? ¿Su nombre? ¿Dónde están sus documentos de identidad? Bien... ¡Adelante!». Eso significaba la muerte. Se le preguntó a una víctima si había participado en la insurrección. «Es un sinvergüenza [*coquin*]», dijo un soldado. El presidente respondió: «*Classé* [matadlo]»[24].

Es, pues, cierta la afirmación de Pelletan de que los versalleses tenían enfocado en su punto de mira a todo París, no sólo a los comuneros. Aunque las fuerzas de Thiers apuntaban a unos grupos en particular, por supuesto, algunos soldados parecían deseosos de encontrar alguna razón para matar a todos los que encontraban. No eran, en modo alguno, cuidadosos o esmerados. Una desafortunada víctima fue Jean-Baptiste Millière, quien fue detenido el viernes, a pesar de que no había participado en la Comuna. Cuando un capitán llamado Garcin le preguntó si su nombre era Millière, respondió afirmativamente y dijo que seguramente el oficial sabía que había sido elegido miembro de la Cámara de Diputados. Garcin dijo que sí pero que eso no significaba ninguna diferencia para él. El general Cissey estaba teniendo un buen almuerzo en un restaurante cercano. Cuando un oficial interrumpió su comida para notificarle la detención de Millière, Cissey

ordenó su ejecución inmediata, entre bocado y bocado del postre. Cuando Millière preguntó por qué él, diputado, iba a morir, Garcin dijo que había leído algunos de sus artículos y lo consideraba una «víbora a la que había que aplastar». El general ordenó que Millière fuera ejecutado en el Panteón, de rodillas, y lo obligó a «pedir perdón a la sociedad a la que había hecho mal». Millière se negó a arrodillarse y se abrió la camisa para recibir las balas. Garcin hizo que dos soldados lo pusieran de rodillas. El diputado gritó: «¡Viva la humanidad!» y comenzó a decir algo más, pero los disparos lo silenciaron[25].

La clase social podía determinar la vida o la muerte. Los comuneros de clase media solían salir mejor librados de sus encuentros con los versalleses. Sutter-Laumann sobrevivió, tras ser detenido por un oficial de los Voluntarios del Sena, porque se lavaba cuidadosamente, se peinaba y hablaba «sin un acento de clase obrera en buen francés». Si los detenidos hablaban el argot de la calle y los barrios obreros parisinos, la ejecución era mucho más probable. Un oficial interrogó a un hombre en una barricada en la rue Houdon: «¿Quién eres tú?». «Un albañil», respondió el hombre. «Por lo tanto, ¡ahora son los albañiles los que van a mandar!» El oficial disparó al hombre sin más preguntas[26]. La estigmatización social llevaba al asesinato.

Los extranjeros capturados tenían pocas posibilidades de sobrevivir, porque su presencia en París correspondía a una imagen de la Comuna como obra, en parte, de polacos, rusos, alemanes y miembros de la Internacional, holgazanes e inútiles. Responder a una pregunta de un versallés con acento extranjero podía resultar mortal de inmediato, lo mismo que tener un nombre «exótico». Los hombres mayores de cuarenta años, franceses o extranjeros, eran blancos particulares. Hay una historia infame de Galliffet «revisando» un convoy de prisioneros en su camino hacia Versalles y apartando a varios para ser fusilados de inmediato porque tenían el pelo gris y, por lo tanto, habían luchado, presumiblemente, junto a los insurgentes en las Jornadas de Junio de 1848.

Se obligaba a la gente a desvestirse y se examinaban sus hombros para detectar marcas dejadas por el retroceso de un fusil, en cuyo caso se la fusilaba inmediatamente. Hombres con aspecto «harapiento», mal vestidos, que no podían justificar su uso del tiempo o que no trabajaban en un oficio «adecuado», tenían pocas posibilidades de sobrevivir a la breve audiencia

ante un consejo de guerra. Cerca de la estación de Lyon los soldados detuvieron a dos hombres y exigieron ver sus manos. Las de uno eran blancas: no las manos de alguien que trabajaba o que hubiera ayudado a defender una barricada. Él se salvó. Pero, según un testigo hostil a la Comuna, «su compañero no tuvo la misma suerte. Sus manos, su fusil, todo lo condenaba. Un disparo de un *chassepot* saldó sus cuentas con la sociedad, y nuestros marineros continuaron sus registros»[\[27\]](#).

Los hombres que habían servido previamente en el Ejército regular se convirtieron en blancos, incluso los que habían luchado durante la Guerra Franco-Prusiana, porque se suponía que habían desertado. Unos pocos soldados que habían luchado contra la Comuna fueron ejecutados por error, incluyendo un bretón herido al que le resultaba difícil expresarse en francés. Un oficial lo tomó por un desertor y lo disparó con su revólver[\[28\]](#).

Pese a su insistencia en tomar todas las decisiones y en supervisar todos los aspectos de la guerra civil, Thiers afirmó más tarde que las ejecuciones que tuvieron lugar en París estaban fuera de su control. El 27 de mayo le dijo a Ferry, quien había expresado cierta preocupación por la imagen del gobierno de Versalles en el extranjero después de que la prensa británica y suiza hubiera comenzado a denunciar las ejecuciones en masa: «Durante los combates no podemos hacer nada». Sin embargo, parece probable que Thiers o Mac Mahon ordenaran el final de ese tipo de ejecuciones el 27 o el 28 de mayo. Vinoy instruyó a un subordinado a no fusilar a más prisioneros «sin un cuidadoso examen» de cada caso; con otras palabras, Versalles no ordenó poner fin a todas las ejecuciones, pero pudo haber disminuido su número. En distritos bajo la autoridad de Cisse y Vinoy, sin embargo, los versalleses siguieron ejecutando a los comuneros prisioneros (incluido un estudiante inglés al que quizá mataron porque su nombre era Marx) hasta bien entrado junio, tanto en París como en Vincennes en las proximidades de la ciudad[\[29\]](#).

Adolphe Clémence comparó la caza por los versalleses de cualquier persona que pudiera ser remotamente sospechosa de simpatías comuneras con la «caza de esclavos [huidos]» en Estados Unidos. Philibert Audebrand oyó gritar: «¡Matémoslos a todos! ¡Que no quede ni uno vivo!»[\[30\]](#). En los Jardins du Luxembourg la carnicería continuó del 24 al 28 de mayo con más de 3.000 hombres y mujeres muertos, muchos de ellos contra el muro en la parte central de los jardines. A diferencia de lo que sucedió tras las



Jornadas de Junio de 1848, cuando los prisioneros fueron asesinados en secreto, las matanzas de la Semana Sangrienta tuvieron lugar en su mayoría a plena luz. También funcionaron tribunales menores bajo la autoridad de oficiales jóvenes que actuaban independientemente en diferentes partes de la ciudad pero con el apoyo de los principales comandantes. El *Paris-Journal* informaba de que, cada vez que el número de personas que debían ser ejecutadas superaba la decena, una ametralladora sustituía al habitual pelotón de ejecución[31].

En el bulevar Saint-Martin, donde habían caído muchos comuneros, apareció un cartel escrito a mano que decía:

Oficiales y soldados de Versalles,  
vencidos por los prusianos,  
Vencedores en París, por cuatro a uno,  
Asesinos de mujeres y niños  
Robando en las casas por órdenes de arriba,  
Realmente os habéis demostrado dignos émulos de los papistas[32].

A eso de la medianoche del jueves Gabriel Ranvier, Varlin y algunos otros abandonaron la alcaldía del Distrito XI, en el bulevar Voltaire, mientras el nudo de la soga versallesa se apretaba. Primero trasladaron sus operaciones a la alcaldía del Distrito XX, a continuación a un edificio cerca de la place des Fêtes, enviando los restos de la autoridad militar al 145 de la rue Haxo en Belleville. Varlin, quien había sustituido a Delescluze como delegado para la Guerra, todavía daba órdenes, pero nadie le prestaba atención. Los restantes líderes de la Comuna decidieron que cada uno debía volver a una barricada y hacer lo que pudiera. No había ningún sitio donde ir; no había salida.

A las 6:00 a. m. del viernes, los versalleses lanzaron un ataque contra la bien defendida barricada en la intersección del bulevar Voltaire y el bulevar Richard-Lenoir. Las fuerzas del general Clinchant se desplazaban a lo largo del canal Saint-Martin y las tropas de Ladmirault superaban las barricadas en las rues de Flandes, Kabylie y Riquet, alcanzando La Villette y el canal de l'Ourcq[33].

Las tropas de infantería tomaron la place du Trône (ahora place de la Nation), desde la que sus cañones podían bombardear la place Voltaire y sus

fuerzas podían atacar la place de la Bastille desde el este. A continuación tomaron la place de la Rotonde (ahora place Stalingrad)[34]. La place du Château d'Eau, bien fortificada, cayó después del mediodía, lo que obligó a los comuneros a huir. Los versalleses tomaron a continuación la place de la Bastille. Tropas de infantería superaron dos enormes barricadas que protegían la rue de Saint-Antoine; allí murieron más de un centenar de comuneros resistentes. Un anciano comunero al que llevaban a un montón de basura donde lo iban a matar dijo: «Soy republicano. He luchado con valentía. Me he ganado el derecho a no morir en la mierda»[35]. Elizabeth Dmitrieff resultó herida, pero logró escapar. Cuando Leo Frankel también cayó herido, ella lo salvó. Un centenar de cadáveres de comuneros yacían junto a una barricada en la cercana rue de Charenton. Los combatientes comuneros ahora gritaban: «¡Mejor la muerte que Cayena!».

En el bulevar du Prince Eugène y en las plazas del Château d'Eau y de la Bastilla, las tropas lanzaron guardias nacionales, unos vivos y otros muertos, desde las ventanas de edificios cercanos donde habían sido muertos o capturados. El aire se hacía irrespirable con el hedor de la muerte. Entre los cadáveres, muchos parecían relativamente mayores, pero también había muchos hombres jóvenes. No era raro ver a hombres luchando junto a sus hijos, así como abuelos junto a sus nietos. Reclus reflexionaba con amargura que 200.000 «esclavos» habían logrado superar a 50.000 comuneros aunque, en realidad, sólo unos 20.000 hombres y mujeres lucharon por la Comuna y, en los últimos días, eran muchos menos. Los comuneros se vieron completamente superados en número. Los pequeños grupos de resistentes expertos y decididos no eran suficientes[36].

Los guardias nacionales se retiraron al faubourg Saint-Antoine, centro tradicional de la militancia artesanal, y a lo largo del bulevar Richard-Lenoir hasta el bulevar Voltaire en el Distrito XI[37]. Los versalleses lanzaron ahora un asalto a gran escala contra el bulevar Voltaire, un nombre apropiado para uno de los últimos objetivos restantes frente a las fuerzas de la reacción clerical contra la República Atea. A medida que las tropas de infantería se movían rápidamente en los Distritos XI y XII, los *fédérés* se retiraban hacia Ménilmontant, en Belleville. Los defensores comuneros no hacían más que oír malas noticias. Los versalleses mataron a nueve empleados en una fábrica de gas en La Villette, que cayó por la noche. A

los restantes comandantes comuneros les llegó la noticia de que Thiers había anunciado que tenía bajo custodia a 25.000 presos en Versalles[38].

Aquel viernes Ranvier publicó un decreto, el último de la Comuna, pidiendo a la gente del Distrito XX resistir a los versalleses en colaboración con sus vecinos del XIX, revelando, una vez más, la estrategia y las debilidades de organizar la defensa por barrios: «Si sucumbimos, usted sabe el destino que nos espera [...]. No espere hasta que Belleville sea atacada». Pero fue en vano. Nadie apareció para ayudar a defender Belleville. Aunque el último de los *fédérés* luchara hasta la muerte, lo haría en su propio vecindario sin que ninguna autoridad militar efectiva coordinara sus esfuerzos. Al final, los combatientes comuneros restantes lucharon en sus distritos, esperando contra toda esperanza. John Leighton lo dijo de este modo: «Todo el mundo da órdenes; nadie las obedece»[39].

Cuando sólo quedaban unos pocos bastiones *fédérés*, no había casi nadie para evitar que las tropas versallesas siguieran ejecutando a parisinos indiscriminadamente. Los generales, sin el control de Thiers y Mac Mahon, tampoco hicieron nada para detener la carnicería.

Melchior Arnold Tribels y su esposa fueron detenidos por los versalleses el viernes mientras caminaban por la rue de Rivoli. Un conserje los había denunciado después de que la mujer, enferma, le preguntara si podía entrar al edificio para descansar. Tribels, un judío holandés de cincuenta y seis años de edad, mal vestido, llevaba consigo un saquito que contenía entre 15.000 y 20.000 florines, así como bonos de anualidades por valor de unos 50.000 francos, dos relojes de oro y un anillo de diamantes, cuando fue registrado por los versalleses. También le descubrieron un libro que contenía las direcciones de varios banqueros y joyeros parisinos. Los versalleses se lo quitaron todo como supuesta prueba de que Tribels estaba saqueando las casas de las familias ricas. Después de que su esposa fuera liberada, fue llevado ante el consejo de guerra en Châtelet y condenado a muerte. Al día siguiente caminó la corta distancia hasta el cuartel Lobau, donde fue ejecutado[40].

Edmund de Goncourt, que no simpatizaba con los comuneros, nunca olvidó lo que vio mientras la lluvia caía con fuerza sobre París:

Voy a lo largo de la línea de ferrocarril cerca de la estación de Passy cuando veo a algunos hombres y mujeres escoltados por soldados. Atravieso la barrera rota y estoy al borde de un

camino que los presos están a punto de recorrer hasta Versalles. Hay gran cantidad de ellos, y oigo a un oficial decir en voz baja mientras le da un documento al coronel: «407, de los que 66 son mujeres». Los hombres han sido dispuestos en filas de ocho, unidos entre sí por una cuerda que ata sus muñecas. Estaban como cuando habían sido atrapados, la mayoría sin sombreros o gorras, con los cabellos aplastados sobre la frente y la cara mojada por la fina lluvia que ha estado cayendo desde la mañana. Hay gente común que se ha hecho una chapela para la cabeza con pañuelos de cuadros azules. Otros, completamente empapados por la lluvia, llevan finos abrigos sobre el pecho en los que un trozo de pan dibuja un saliente. Es una multitud de todos los niveles sociales, obreros con rostros duros, artesanos con chaquetas holgadas, burgueses con sombreros socialistas, guardias nacionales que no han tenido tiempo para cambiarse de pantalones, dos soldados de infantería pálidos como cadáveres: rostros estúpidos, feroces, indiferentes, rostros mudos.

### La atención de De Goncourt recayó, en particular, sobre una mujer joven

especialmente hermosa, hermosa con la furia implacable de una joven Parca. Es morena, con el pelo áspero que sobresale, con ojos de acero, con las mejillas enrojecidas por las lágrimas secas. Está plantada en una actitud de desafío, escupiendo insultos a los oficiales desde una garganta y unos labios tan contraídos por la ira que no pueden formar sonidos y palabras. Su furiosa boca muda mastica los insultos sin ser capaz de hacerlos oír. «¡Es como la que mató a Barbier con una daga!», le dice un joven oficial a uno de sus amigos.

Un coronel ocupó su lugar junto a la columna, «anunciando en voz alta con una brutalidad que creo [que] impostaba para inducir miedo: “Cualquiera que permita que su vecino le tome del brazo será ejecutado”. Y aquel terrible “será ejecutado” se repite cuatro o cinco veces». Como fondo, De Goncourt y los demás observadores podían oír «el sonido sordo de los fusiles cargados por la escolta de infantería»[\[41\]](#).

Cuando cayó una barricada defendida por 180 personas en el bulevar Prince Eugène, los combatientes se refugiaron en una casa cercana. Un estudiante de Medicina inglés vio con horror cómo los versalleses alinearon y fusilaron de inmediato a 52 mujeres capturadas junto con unos 60 hombres. El estudiante oyó a un oficial interrogar a una de las mujeres, diciéndole que dos de sus hombres habían muerto. «Que Dios me castigue por no haber matado a más», gritó ella. «Tenía dos hijos en Issy; ambos murieron, y dos más en Neuilly, que sufrieron el mismo destino. Mi marido murió en esta barricada, y ahora podéis hacer conmigo lo que queráis»[\[42\]](#).

Mientras las tropas versallesas se movían rápidamente hacia el este de París, los rehenes que aún permanecían en la prisión de La Roquette tenían

mucho que temer. Un policía y cuatro guardias nacionales fueron a la cárcel y se llevaron el banquero Jean-Baptiste Jecker, quien se había salvado por casualidad dos días antes. Lo llevaron a una zanja cerca del Père Lachaise y lo mataron[43]. Aproximadamente a las 15:00 de aquel mismo día, viernes, el coronel de la Guardia Nacional Émile Gois y unos 60 guardias nacionales de varios batallones llegaron a la prisión de La Roquette, donde seguían retenidos unos 900 prisioneros. El director de la prisión, Jean-Baptiste François, todavía con el cinto rojo, había estado en la alcaldía del Distrito XI. Cuando regresó a La Roquette, recibió de manos de Gois una orden firmada por Ferré ordenándole entregar a más de 50 prisioneros, entre ellos 10 sacerdotes presos, cuatro hombres acusados de espiar para Versalles, 2 gendarmes y 33 *sergents-de-ville*; estos dos últimos grupos estaban muy identificados con Napoleón III y el Segundo Imperio[44].

François ordenó a Antoine Romain, el jefe de guardia, llevarle a todos los gendarmes y le dio una lista de otros 12 a 15 nombres. Cuando Romain pidió una explicación, François le dijo que, mientras seguían cayendo los proyectiles versalleses, habría mayor seguridad en la *mairie* de Belleville. Romain entró en el pasillo de la cuarta sección y anunció: «¡Atención! Necesito 15 [prisioneros]... ¡Ponedlos en fila!»[45].

Los guardias hicieron subir a los presos a unos carros y alrededor de las 16:00 se fueron, siguiendo la rue de la Roquette hasta el cementerio del Père Lachaise y luego del bulevar de Ménilmontant al bulevar de Belleville. En la parte inferior de la calzada de Ménilmontant pasaron una barricada en manos de la guardia. Allí un comandante de batallón ordenó al capitán Louis-François Dalivons, un techador de la rue Ménilmontant de veintiséis años, encabezar una escolta de ocho hombres. Los carros llegaron a la rue de Puebla, donde se arremolinó una multitud cuya curiosidad se convirtió en insultos al acercarse la escolta a la alcaldía en Belleville. A continuación, los carros traquetearon por la rue Haxo, donde la multitud alcanzó un estado de furia tal que Eugène Varlin y el coronel comunero Hippolyte Padres no podían contener a los que pedían la muerte de los gendarmes, policías y sacerdotes que podían ver en los carros abiertos. En la parte trasera de un pequeño jardín en la rue Haxo de Belleville, guardias nacionales colocaron a los prisioneros contra una pared y los mataron a tiros, ayudados por otros hombres y mujeres que dispararon repetidas veces contra sus cuerpos.

Treinta y siete gendarmes, 10 sacerdotes y dos *mouchards* (confidentes) versalleses perecieron[46].

El sábado por la mañana Ferré llegó a La Roquette bajo la lluvia. Según uno de los sacerdotes encarcelados, el abate Pierre-Henri Lamazou, Ferré «se precipitó hacia el interior como una pantera temerosa de perder su presa», enarbolando un fusil y agitando una pistola. Parecían quedar pocas esperanzas para los rehenes restantes. Pero, al acercarse la batalla, Ferré cedió de repente. Por la tarde, un guardia de la prisión comenzó a abrir las celdas del segundo piso. Después de haber recibido la orden de enviarlos de dos en dos a la muerte, parecía haber tenido suficiente. Los 10 sacerdotes, 40 gendarmes y unos 80 soldados versalleses capturados que liberó comenzaron a improvisar barricadas, utilizando las camas, sillas y todo lo que pudieron encontrar. Los guardias nacionales llegaron y trataron de acallar a los rehenes repentinamente movilizados con humo, prendiendo fuego a los colchones.

Algunos prisioneros lograron descender a la planta baja. El abate Paul Perny, algunos sacerdotes y otros varios decidieron arriesgarse y salir de la prisión, cuya gran puerta estaba ahora abierta. Los riesgos eran grandes. Algunos sospechaban una trampa: que los iban a matar si abandonaban la relativa seguridad de su corredor de la cárcel. Además, vestidos con hábitos eclesiásticos, corrían el riesgo de un ataque de comuneros en pánico cuando las tropas de Versalles penetraran en los bloques de la prisión. Perny y algunos otros no conocían los alrededores de La Roquette. ¿Adónde ir? ¿Debían girar a la izquierda después de salir por la puerta de la prisión, o hacia la derecha? Perny, cansado, llamó a las puertas de varias casas y hoteles. Ninguno le abrió. Para el sacerdote, los comuneros ordinarios con los que se encontraba eran como «pieles rojas modernos». En cuanto a las mujeres, «supera[ba]n a los hombres en su frenesí y determinación». Al igual que muchos otros opuestos a la Comuna, reservaba un desprecio especial para Belleville y otros barrios plebeyos[47].

Varias de las personas a las que Perny encontró en las calles eran más amables, preguntándole qué buscaba. ¿No oía el sonido de los disparos en las inmediaciones? Decidió que su mejor oportunidad era regresar a La Roquette. Tal vez los guardias, algunos de los cuales ahora conocía bien y en los que confiaba, lo protegerían. Otros sacerdotes, los seminaristas y algunos gendarmes habían tomado la misma decisión después de apreciar la

sensación de caos y peligro en el exterior. Se escondieron en la enfermería, pese a que los comuneros habían entrado en La Roquette buscándolos. En cuestión de horas los salvó la llegada de las tropas versallesas. Monseñor Auguste Alexis Surat no fue tan afortunado. Cuando le pidió ayuda a una mujer, esta lo escupió: «¡Ahí tienes! ¡No te daré nada!». El sacerdote recibió un disparo mientras trataba de abrirse camino a través del laberinto de calles. Otro misionero también pereció de la misma manera. En total, entre el 24 y el 26 de mayo murieron 66 o 68 rehenes[48].

Ahora que la mayor parte del Distrito XI había caído, las tropas versallesas atacaron los tres puntos principales de defensa restantes: Belleville, Buttes-Chaumont y el cementerio del Père Lachaise. La noche del viernes encontraron una fuerte resistencia cerca de Belleville y en las calles que conducen al cementerio, donde dos baterías de comuneros y varios cientos de guardias nacionales se disponían a luchar. A la mañana siguiente las tropas de infantería se reunieron en la Porte de Lilas y luego se trasladaron a Belleville, Ménilmontant y Charonne, puntos de resistencia aislados. En la base de la rue de Belleville, los soldados superaron la última resistencia concentrada. Las tropas versallesas tomaron a 1.500 comuneros prisioneros en la rue Haxo, y al menos 800 en la place des Fêtes en el Distrito XIX en Belleville. Los resistentes comuneros habían dirigido su atención hacia una columna de 1.300 soldados de infantería que había sido capturada el 18 de marzo y que, por alguna razón, Ferré había ordenado trasladar bajo custodia del cuartel del Prince Eugène a la iglesia de Belleville. Cuando cayó una batería cercana, 23 comuneros fueron fusilados inmediatamente. En la rue de Puebla 60 perecieron detrás de una barricada. Tras la barricada de la place de la Rotonde, después de que los muertos hubieran sido apartados, W. Pembroke Fetridge describía cómo la sangre fluía «en corrientes por los canalones». Por todas partes yacían caballos muertos[49].

El Ejército del general Joseph Vinoy se dirigió hacia el cementerio del Père Lachaise por la mañana del sábado, muy temprano. El Ejército de Ladmirault superó la resistencia comunera y capturó Buttes-Chaumont. Aquella mañana 400 comuneros descendieron lentamente de Belleville a rendirse, portando todos ellos sus armas al revés. Pronto estaban de camino hacia Versalles. Mac Mahon había prometido hacer pagar a Belleville su resistencia. Con Buttes-Chaumont tomada y el Père Lachaise bajo ataque y

a punto de caer, eso fue lo que hizo el Ejército de Mac Mahon. Disparaba un proyectil tras otro sobre el barrio, incendiándolo todo. Los versalleses convencieron a los defensores de una barricada de que se entregaran a cambio de sus vidas y, a continuación, los balearon por la espalda en la rue de Bagnolet. En la rue de Belleville un conserje denunció a varios residentes. Un oficial ordenó disparar, y luego lo hizo él mismo contra el conserje, ya que, después de todo, también él vivía en Belleville. Un residente fue a buscar a un médico para los *fédérés* heridos que se escondían en un sótano. Un soldado lo agarró mientras se cruzaba con un grupo de prisioneros y le dijo: «¡Vamos, usted también puede unirse a la danza!». Su viuda no supo durante tres meses lo que le había sucedido. Como contaba el *Times* de Londres, los soldados versalleses consideraban a «cualquier persona que tratara de ayudar a los heridos como un simpatizante que, por lo tanto, merecía la misma suerte»[\[50\]](#).

El sábado Élie Reclus pudo oír en torno a la Gare de Lyon «varias descargas de los pelotones [de ejecución], alrededor de una docena o dos de disparos». Las víctimas eran prisioneros capturados en los sótanos y áticos de los edificios cercanos, o simplemente detenidos porque a los soldados, policías o espías versalleses no les gustaba su aspecto. Destacamentos policiales fueron asignados a cada cuerpo de Ejército y registraban los edificios deteniendo a los sospechosos de ser comuneros. Los «amigos del orden» se cobraron venganza de París. Refugiándose en el apartamento de un amigo, Reclus podía ver, mientras miraba desde detrás de una cortina, a «esos pobres [comuneros] desarmados, burgueses o trabajadores, vestidos de civil o con alguna prenda remanente de un uniforme, marchando al frente, con pasos firmes y orgullosos pero con rostros tremendamente pálidos». Al cabo de una hora estarían muertos. «Los cuerpos fueron arrojados en carros, para ser enterrados en zanjas profundas, cubiertos con cal o quemados. Reclus había visto un convoy de 10 a 12 ómnibus, todos ellos llenos de restos humanos. Una cinta roja de sangre corría a lo largo de ambas orillas del Sena»[\[51\]](#).

Después de derribar las puertas del Père Lachaise el sábado por la noche, las tropas irrumpieron en el cementerio. Muchos de los combatientes comuneros cayeron entre las tumbas, algunos combatiendo a la bayoneta. El resto fueron capturados y ejecutados en masa. Los prisioneros fueron alineados en dos filas contra un muro, al lado de una zanja muy profunda.



Las ametralladoras hicieron el resto y la mayoría de los prisioneros cayeron o fueron arrojados a la fosa común. Georges Clemenceau recordaba más tarde que las ametralladoras estuvieron abatiendo comuneros durante 30 minutos sin pausa. El domingo los versalleses trajeron a más comuneros prisioneros en grupos de 150, 200 o incluso 300 para ser fusilados, cayendo muchos de ellos en la misma zanja ancha y profunda que contenía los cuerpos de los comuneros asesinados durante o después de la lucha del día anterior[52].

Albert Hans insistía en que los oficiales no habían ordenado las ejecuciones. El destino de los comuneros dependía, por tanto a menudo, de la pura casualidad; un gesto humanitario de uno de los soldados podía salvar a un prisionero, al menos por un tiempo. Algunos voluntarios mostraban piedad. Se llevaban a los prisioneros a la esquina de la rue des Lilas y la rue de Belleville, junto a la zanja de la muerte y, dependiendo de lo que pensaban de los ruegos, motivos o actitud de los cautivos o, en algunos casos, de «sus oraciones», podían perdonarlos o no. Sin embargo, Hans admitía que algunos acabaron muertos en una zanja por el camino. Inevitablemente, en el Père Lachaise, «un paso en falso, una protesta, una pausa al dar un paso, cualquier incidente, podía irritar a un guardia y provocar la muerte del *fédéré*»[53].

Pocos podrían olvidar lo que vieron en el Père Lachaise. Denis Arthur Bingham fue a mirar al cementerio después de la matanza y encontró tumbas que habían sido abiertas por los proyectiles. Los cuerpos de los fusilados sumariamente yacían totalmente expuestos para que todos los vieran. Bingham estimó que había 800 en una larga zanja y 300 en otra, muchos cerca de uno de los muros del cementerio. «La mayoría de ellos – observó– tenía una expresión de ira y odio que hacía horribles sus caras. Era un espectáculo espantoso, del que huí con horror y que, durante mucho tiempo, me ha atormentado»[54]. Una joven estadounidense describía el cementerio como «la visión más abominable». Los cuerpos de los comuneros muertos contra un muro llenaban «un hueco natural». Entre ellos había «muchas mujeres. Allí, alzado bajo la luz del sol, se veía un brazo bien torneado con un anillo en uno de los dedos; otro era un busto reconfigurado por la muerte, y había caras cuya visión hacía estremecer, rostros distorsionados por la combinación de la ferocidad y la agonía. El

efecto espantoso del polvo blanco oscuro sobre los ojos apagados, los dientes apretados y las barbas encrespadas era indescriptible»[55].

El periodista y miembro de la Comuna Pierre Vésinier recordaba los momentos finales de los combatientes comuneros en el Père Lachaise y otros lugares, y describía los miles de cuerpos «esparcidos entre las avenidas y tumbas. Muchos fueron asesinados en las tumbas donde habían buscado refugio y tiñeron los ataúdes con su sangre [...]. Terribles andanadas, temibles descargas de los pelotones, se mezclaban con la crepitación de las ametralladoras, dicho sencillamente, de la matanza». Vésinier reflexionaba sarcásticamente sobre las razones de los versalleses: «Se habían salvado, una vez más, la propiedad, la religión y la sociedad»[56].

Las noticias de las ejecuciones en masa de sacerdotes y gendarmes en la calle Haxo mantuvieron vivo el odio de las tropas de Thiers hacia los comuneros. Los versalleses llegaron rápidamente allí para ver los montones de cuerpos «terriblemente mutilados, azules, hinchados, negros, en estado de descomposición». Aquella visión alimentó la locura asesina de algunos versalleses, irritados porque muchos prisioneros no hubieran sido inmediatamente ejecutados. Un sacerdote que acompañaba al convoy trató de tranquilizarlos, diciéndoles que debían perdonar a sus enemigos. Tal consejo cayó en oídos sordos. El buen sacerdote fue afortunadamente capaz de convencer a los soldados de no perseguir y matar a un hombre que se negó a inclinar la cabeza al pasar los carros llenos de cadáveres[57].

El domingo la lucha casi había terminado. Los comuneros sólo mantenían una pequeña área entre el Père Lachaise, donde los versalleses todavía estaban matando a prisioneros a los que habían encarcelado primero en las prisiones de Mazas y La Roquette. Por la mañana temprano Varlin y Ferré se encontraban entre los que dirigían una columna desesperada en un ataque contra las fuerzas versallesas cerca de la place du Château d'Eau. Pronto salieron corriendo de allí tratando de salvar la vida. Los versalleses habían tomado Belleville, el último bastión de la Comuna, hacia las 11:00 a. m. De Goncourt fue allí a ver los *quartiers* del enemigo vencido: «Calles vacías. Gente bebiendo en los cabarés con feos caras silenciosas. La apariencia de un distrito vencido pero no subyugado»[58].

Al enterarse de que 2.000 comuneros acababan de rendirse en Belleville, Hans corrió a echarles un vistazo. Que la mayoría de los comuneros

prisioneros allí parecieran desertores del Ejército francés acentuaba la cólera de las fuerzas versallesas. «Así pues, aquí están los héroes del 18 de marzo», gritaban. «Ah, canallas, ¡supongo que no iréis ahora a poner del revés vuestros fusiles!» Los «Vengeurs de Paris», unos pocos marineros y *gardes mobiles* se encontraban entre el taciturno grupo de jóvenes mantenido bajo fuertes medidas de seguridad. Los prisioneros fueron conducidos dentro de una iglesia; otros comenzaron la larga y dolorosa caminata hasta Versalles, con la suerte, por el momento, de haber sobrevivido.

Hans y los demás soldados versalleses no esperaban ser bien recibidos en Belleville, pero los burgueses les dieron la bienvenida excusándose «enérgicamente» por el comportamiento de su barrio y protestando que habían sido los radicales de Charonne, faubourg du Temple y el contiguo Ménilmontant los que habían dado a Belleville su reputación inmerecida. Algunos comerciantes se mostraban particularmente satisfechos con el resultado; durante los últimos días habían tenido que soportar requisas crecientes de los comuneros, incluyendo ropas civiles que algunos combatientes *fédérés* necesitaban ponerse pronto arrojando sus uniformes comprometedoras. Los zapatos eran un problema importante para los comuneros, siendo mucho menos fáciles de encontrar que la ropa básica, y las botas de combate (*godillots*) proporcionadas por la Comuna delataban demasiado su procedencia («Está bien, los *godillots* ¡a la pared!», era una orden que se oía con frecuencia). Sin embargo, la bienvenida que Hans y los demás recibieron en los *quartiers* adyacentes era cualquier cosa menos cálida: «Escrito sobre todos los rostros estaba el odio absoluto, limitado únicamente por el miedo. Las mujeres tenían los ojos enrojecidos; más de una nos dio una impresión de rabia concentrada, ardiente». Su odio no siempre se ocultaba, no obstante; se produjeron ataques aislados a los centinelas, soldados y guardias versalleses.

Grupos dispersos de comuneros seguían luchando el domingo por la mañana. Los versalleses tomaron el resto del bulevar Voltaire y aplastaron la última resistencia en Belleville, «el cubil revolucionario» a ojos de las clases medias. Los soldados ejecutaron a 50 comuneros en una barricada en la rue Voltaire y, a continuación, se entretuvieron garabateando «asesino», «ladrón» o «borracho» junto a sus cuerpos. Cerca de la Estación de Orleans junto al Sena, donde dos versalleses habían muerto en las últimas horas de

la Comuna, Julien Poirier y su compañía atraparon a una mujer con un *chassepot* y una espada apoyada contra un tocón; la mataron allí mismo[59].

Aquella mañana del 28 de mayo Louise Michel pudo sentir «la jauría rabiosa de los lobos que se acercaban». Todo lo que quedaba de la Comuna era una pequeña zona de París desde la calle faubourg du Temple hasta el bulevar de Belleville. En la rue Ramponeau, en la esquina de la rue Tourtille, un solo hombre defendió la última barricada comunera hasta que hubo disparado su última bala[60].

Los versalleses mataron a Eugène Varlin aquel mismo día cuando la lucha ya había terminado. Estaba sentado en un café de la rue Lafayette cuando un sacerdote lo denunció a un oficial versallés, quien ordenó su muerte. Varlin fue hostigado por una multitud hostil y golpeado por los soldados con las culatas de sus fusiles hasta que, según un testigo, «su cara se había convertido en gelatina, con un ojo fuera de la cuenca». Arrastrado a la pared de un jardín en la rue des Rosiers, donde Lecomte y Clément habían muerto el 18 de marzo, recibió un disparo mientras trataba de gritar «¡Viva la Comuna!». Cuarenta y dos hombres, tres mujeres y cuatro niños fueron obligados a arrodillarse en arrepentimiento por la muerte de los generales, y encontraron su fin allí después de Varlin[61].

Los comuneros que intentaron escapar de Belleville aquel domingo tenían pocas posibilidades de éxito. Los versalleses controlaban el resto de París, y cualquier intento de huir de la ciudad se encontraba con el Ejército prusiano. Las tropas alemanas habían expandido su cordón alrededor del norte de París, impidiendo a los comuneros salir. Acompañaron a varios cientos de *fédérés* a la fortaleza de Vincennes, pensando entregarlos a las fuerzas gubernamentales. Al darse cuenta de su error, se los entregaron a los versalleses en Montreuil, donde muchos fueron ejecutados[62].

Convoyes de prisioneros continuaron siendo enviados a Versalles, muriendo algunos en el trayecto. Cuando una joven se derrumbó, incapaz de continuar, un soldado le abrió el vientre con su bayoneta y la arrojó a un almacén, gritando: «¡Muérete ahí dentro!». En otro convoy, un oficial vio a una mujer que llevaba a un niño muy enfermo y se lo tomó, pero el niño murió en el camino. Cuando una mujer embarazada, hecha prisionera en Montmartre, logró liberarse de las cuerdas que la ataban, se rumoreó que un soldado la había atravesado con su espada[63].

Los soldados obligaban a los prisioneros a arrodillarse al pasar por delante de la iglesia de Saint-Augustin «como expiación por sus crímenes» y otros tuvieron que hacer lo mismo en la Capilla de la Expiación de Luis XVI, que la Comuna había planeado derruir. Muchos prisioneros murieron en el camino, ya que, además del calor, el cansancio y el miedo, muchos no habían comido en más de dos días. W. Gibson, un pastor protestante británico al que generalmente disgustaban los comuneros, contaba que «uno de nuestros predicadores locales vio a un hombre ser muerto [apuñalado] con frialdad por un soldado, y luego levantado en la punta de la bayoneta para que pudieran contemplarlo los mirones. Nadie mostraba ninguna simpatía por el pobre anciano prisionero, y las dos damas sugirieron que el soldado debía «cortarle la cabeza a esa rata»[\[64\]](#).

Aunque el mundo de la Comuna se derrumbaba, el periodista Maxime Vuillaume esperaba salir con vida. Sustituyó su quepis de la Guardia Nacional por un pequeño sombrero redondo y evitó los brazaletes que estaban repartiendo dos hombres a un pelotón de soldados. En la place de la Sorbonne, el Café d'Harcourt estaba lleno de clientes muy diferentes de los de pocos días antes. Vuillaume pensó en un posible lugar de refugio, aunque fuera temporal: el apartamento de Benjamin Flotte en la rue Saint-Séverin, donde un día antes había recibido las cartas del arzobispo Georges Darboy. Vuillaume se dirigió allí, evitando mirar los cuerpos de tres mujeres semicubiertos con paja.

Con las tropas versallesas ahora prácticamente en todas partes, Vuillaume tuvo que hacer un gran esfuerzo para evitar su detención en el Barrio Latino el 24 de mayo. Se encontró con un amigo, estudiante de Medicina, que le proporcionó un brazalete de la Cruz Roja, que, de acuerdo con la Convención de Ginebra de 1864, le aseguraba protección, al menos en principio. Mientras Vuillaume y su amigo caminaban por la rue de Tournon hasta la rue de Vaugirard, cerca del Senado, varios soldados les preguntaron adónde iban, y luego los llevaron al tribunal militar instalado allí. Vuillaume podía oír las descargas de un pelotón de ejecución más allá de algunos árboles. Un oficial le preguntó sobre su brazalete. Vuillaume respondió que representaba la protección de la Convención Internacional de Ginebra. «¡La Internacional!, ¡La Internacional!», fue la furiosa réplica. «Así pues, usted es ¡de la Internacional! ¡Oh, maldición!». Entonces

Vuillaume cometió un error que podría haber sido fatal: llamó a un gendarme «ciudadano».

Vuillaume consideró frenéticamente qué nombre dar, ocurriéndosele «un nombre muy común, Langlois», el de un estudiante que conocía. Luego trató de pensar qué es lo que sus interrogadores iban a encontrar exactamente en su bolsillo; por desgracia, llevaba un reloj en el que estaba grabado: «¡Viva la Comuna!». Se las arregló para dejarlo caer detrás de un banco sin que los dos gendarmes se dieran cuenta. Al mediodía, el juez militar pasó a ver a los presos, con un cigarro colgando de los labios. «¡Fuera los sombreros, miserable escoria!» Vuillaume recordó en silencio los nombres de los profesores de Medicina, para poder recitarlos si se le pedía. Escuchó los interrogatorios, que casi siempre terminaban con una de dos sentencias de muerte: «¡A la línea!» (es decir, alineado contra la pared) o «¡Llévenlo a la brigada!». Más tarde llegó un cura, viejo, delgado, con una leve sonrisa, convocado para dar consuelo a los que iban a morir; llevaba la Legión de Honor sobre la sotana.

El oficial que presidía el consejo de guerra volvió de su almuerzo y prosiguieron los interrogatorios. Cuando llegó el turno de Vuillaume, el oficial le preguntó qué había hecho durante la insurrección. Él aseguró que no había hecho nada para la Comuna, que sólo era un médico que ayudaba a los heridos de ambos bandos (como indicaba su insignia de la Cruz Roja). La sentencia resultaba así inevitable: «Llevallo a la fila». Los soldados esperaron hasta que hubo seis condenados listos, atados con cuerdas, y los llevaron a los Jardins du Luxembourg para ser ejecutados. Como esperaba Vuillaume, un soldado gritó algo acerca de «su *Père Duchène*», el periódico radical, pero el objetivo era otro hombre. ¿Qué más daba ahora?

Un sargento que vigilaba a los condenados le preguntó a Vuillaume a qué se dedicaba y, al ver el brazalete de la Cruz Roja, llegó a la conclusión de que, al igual que él, era un estudiante de Medicina. Compadeciéndose de él, el sargento lo empujó hacia atrás al final de la cola para que Vuillaume pudiera vivir una hora más, y fue a buscar al director médico para implorar por su «colega». El joven guardia regresó una hora más tarde, lo que le pareció una eternidad a Vuillaume con el sonido de las descargas asesinas zumbándole en los oídos, para decirle que no podía encontrar al oficial médico. Pero había tenido una idea. Le dijo a Vuillaume que lo tuteara, aparentando que eran primos. El sargento se fue otra vez, reapareciendo

para decirle a Vuillaume que lo siguiera de inmediato. Increíblemente, con él estaban los dos versalleses que habían detenido a Vuillaume. Lo llevaron a la cafetería L'Enseigne de la Comète, en la esquina de la rue Servandoni. Con una copa de vino delante, el sargento-salvador le dio a Vuillaume un nuevo nombre y, después de cenar cerca del Odéon, lo llevó al apartamento de una amiga, que, aunque bastante aterrada, aceptó alojarlo. Tres días después, el sábado, el sargento regresó, describiendo en detalle las últimas rondas de ejecuciones. Aconsejó a Vuillaume que encontrara un nuevo lugar para esconderse, advirtiéndole que, si lo detenían de nuevo, él no podría hacer nada para salvarlo.

Milagrosamente aún con vida, y ahora escondido en un apartamento en la rue Richelieu al otro lado de la fuente de Molière, Maxime Vuillaume trató de pensar en una manera de salir de París. Para eso necesitaba un pasaporte. Un amigo de la escuela del que esperaba colaboración se negó a ayudarlo. Los periódicos versalleses ya habían recogido la noticia de que estaba bajo arresto. Un registro del edificio parecía inevitable. Consideró una posibilidad, y luego otra. Por fin consiguió salir de París en un tren sin ser detenido. Al llegar a un pueblo, un guardia rural comenzó a sospechar de Vuillaume, quien había llegado claramente de la capital: «parisino» probablemente significaba para él «comunero en fuga». Pero el alcalde era simpático e instó a Vuillaume a salir de allí de inmediato, cosa que hizo. Cuando llegó a Troyes con un amigo y subió a un tren, la Policía pidió los pasaportes de todos los viajeros. Ninguno lo tenía. Vuillaume fue detenido una vez más, pero logró escapar gracias a un gendarme poco observador, y finalmente consiguió refugiarse en Ginebra[65].

Con la Comuna completamente aplastada y con las tropas de infantería de Versalles, gendarmes, policías y espías de la Policía ahora prácticamente en todas partes –sobre todo en los barrios «sospechosos»–, la supervivencia en París requería encontrar un lugar para esconderse. Reclus conocía a un «burgués liberal», que había sido amigo de su familia durante años y que, «además, era un hombre excelente». El martes 30 de mayo de Élie fue a pedirle ayuda, y fue rechazado. El viejo amigo de la familia le dijo que, en su opinión, aparte de los «amigos del orden», ahora había sólo tres tipos de personas: los que debían ser fusilados; los que debían ser enviados a Cayena, la infame «guillotina seca», donde la muerte era segura pero llegaba lenta y dolorosamente, y los que debían ser enviados a Nouka-Hiva

en los Mares del Sur, lo que quizá era aún peor. Élie observó amargamente que se podría añadir una cuarta categoría: los que corrían: «Vagando por la calle, de acá para allá, tratando de no rendirnos y alejándonos de los espías de la Policía y de los que llevan brazaletes tricolores, o jóvenes oficiales celosos que me toman por un perro rabioso». Ese era el verdadero terror.

Al día siguiente una familia republicana le ofreció alojamiento. Élie asumió prudentemente otro nombre. Pero creía que ahora su mejor oportunidad era ir de *quartier* en *quartier*, pasando en silencio a los barrios que ya habían sido cuidadosamente registrados en busca de comuneros y, así, «deslizarse a través de la malla de la red». Al final logró escapar de París, llegando a Zúrich en 1872[66].

En Versalles Henri Vignon, quien había permanecido en la antigua capital de la monarquía borbónica durante la mayor parte de la Comuna, observó cómo un convoy tras otro de prisioneros llegaban desde la capital. Cada vez que uno o dos trataban de escapar, eran asesinados a tiros. Armado con un pase de Versalles, Henri se trasladó a París e informó a su madre de que su edificio se había salvado sin daños. Cuando vio París ardiendo, agregó: «Sin duda, la muerte no es demasiado para esos *misérables*»[67]. Ese punto de vista era el que predominaba entre las *honnêtes gens*. Los comuneros no podían esperar ninguna simpatía por parte de gente cuyo odio hacia ellos no conocía límites.

[1] Élie Reclus, *La Commune de Paris au jour le jour* (2011), p. 368.

[2] Paul Martine, *Souvenirs d'insurgé. La Commune de 1871* (1971), p. 270; Stewart Edwards, *The Paris Commune 1871* (Newton Abbot, 1971), p. 326; Ernest Vizetelly, *My Adventures in the Commune* (n. p., 2009 [1914]), p. 176.

[3] Alain Dalotel (ed.), *Émile Maury. Mes Souvenirs sur les événements des années 1870-1871* (2001), p. 74.

[4] Benoît Malon, *La Troisième défaite du prolétariat français* (Neuchâtel, 1871), p. 473; Robert Tombs, *The Paris Commune 1871* (Londres, 1999), p. 168.

[5] Edwards, *The Paris Commune 1871*, pp. 334-335. El día anterior Édouard Moreau y otros dos pretendieron proponer a Thiers una tregua, sobre la muy improbable base de que el Ejército versallés abandonara París, se disolviera la Asamblea Nacional y se celebraran nuevas elecciones. Thiers nunca lo habría aceptado y, además, no había forma de llegar a Versalles (*ibid.*, p. 333).

[6] Edwards, *The Paris Commune 1871*, p. 335; Alistair Horne, *The Fall of Paris: The Siege and the Commune 1870-1871* (1965), p. 401; Robert Tombs, *The War Against Paris 1871* (Cambridge, 1991), p. 157.



[7] Prosper-Olivier Lissagaray, *Les Huit journées de mai derrière les barricades* (1871), pp. 101-102; Vizetelly, *My Adventures in the Commune*, p. 56; Charles Proles, *Les Hommes de la révolution de 1871*, pp. 120-123; Maxime Vuillaume, *Mes Cahiers rouges au temps de la Commune* (1971), pp. 293-296; Jean Baronnet (ed.), *Enquête sur la Commune de Paris (La Revue Blanche)* (2011), pp. 161-166. El 20 de junio Vermorel murió a causa de sus heridas, que los versalleses no habían tratado.

[8] Vuillaume, *Mes Cahiers rouges*, p. 49.

[9] Malon, *La Troisième défaite*, p. 473; Jean-Pierre Bénéytou, *Vinoy: Général du Second Empire* (2003), pp. 176-183; Tombs, *The War Against Paris 1871*, pp. 186-188.

[10] Jacques de La Faye (Marie de Sardent), *Le Général de Ladmirault, 1808-1898* (1901), pp. xii, xxii-xxiii y 281-289.

[11] Tombs, *The War Against Paris 1871*, pp. 112-113.

[12] William Serman, *Les Origines des officiers français 1848-1870* (1979), p. 6; William Serman, *Les Officiers français dans la nation* (1982), pp. 55-57, 85-88 y 98-99; Robert Tombs, «Réflexions sur la Semaine sanglante», en Claude Latta (ed.), *La Commune de 1871*, pp. 238-289; Alexandre Montaudon (general), *Souvenirs militaires*, vol. 2 (1898-1900), p. 420; Tombs, *The War Against Paris 1871*, pp. 172-176. El 26 de mayo Mac Mahon ordenó que cualquier comunero que ofreciera rendirse debía ser hecho prisionero y, por lo tanto, no ejecutado (*ibid.*, pp. 185-187).

[13] Augustine Blanchecotte, *Tablettes d'une femme pendant la Commune* (1872), pp. 250-252; Jules Bergeret, *Le 18 mars: Journal Hebdomadaire* (Londres, 1871), p. 11.

[14] Camille Pelletan, *La Semaine de mai* (París, 1980), pp. 269-275; Louis Thomas, *Le Général de Gallifet (1830-1909)* (1941), pp. 102 y 104; Pierre Guiral, *Adolphe Thiers* (1986), p. 402. Benoît Malon tituló su capítulo 9 «El Terror Tricolor».

[15] René Héron de Villefosse, *Les Graves heures de la Commune* (1970), pp. 256-257; Jean Bruhat, Jean Dautry y Émile Tersen, *La Commune de 1871* (1970), p. 283. El poeta Arthur Rimbaud, que simpatizaba con los *fédérés*, comparaba a los trabajadorres oprimidos con los pueblos coloniales oprimidos (Kristin Ross, *The Emergence of the Social Space: Rimbaud and the Paris Commune*, Minneapolis, 1988, pp. 148-149).

[16] Charles de Montrevel, *Nouvelle histoire de la Commune de Paris en 1871* (1885), pp. 204 y 208; Gustave de Molinari, *Les clubs rouges pendant le siège de Paris* (1871), pp. x-xxvi.

[17] Anónimo, *Réflexions sur les événements des dix derniers mois par un provincial habitant à Paris* (1871), pp. 19 y 48-49.

[18] Jacques Silvestre de Sacy, *Le Maréchal de Mac-Mahon* (1960), pp. 260-261.

[19] Tombs, *The War Against Paris*, p. 186.

[20] *Ibid.*, pp. 186-189.

[21] Edith Thomas, *Louise Michel* (1980), p. 94.

[22] Bruhat, Dautry y Tersen, *La Commune de 1871*, p. 283; Pelletan, *La Semaine de mai*, pp. 39 y 104; William Serman, *La Commune de Paris* (1986), p. 521; Tombs, *The War Against Paris 1871*, pp. 170-171.

[23] Pelletan, *La Semaine de mai*, pp. vii, 2, 6-7, 17, 20-23 y 32.

[24] Maurice Choury, *La Commune au Quartier latin* (1971), pp. 163-164; Pelletan, *La Semaine de mai*, p. 191.

[25] Arthur Adamov, *La Commune de Paris 18 mars-28 mai 1871. Anthologie* (1959), pp. 223-224.

[26] Sutter-Laumann, *Histoire d'un trente sous* (1891), pp. 312-321; Tristan Rémy, *La Commune à Montmartre: 23 mai 1871* (1970), pp. 64 y 86.

[27] Paul Perny (R. P.), *Deux mois de prison sous la Commune, suivi de détails authentiques sur l'assassinat de Mgr l'archevêque de Paris* (1871), p. 197.

[28] Pelletan, *La Semaine de mai*, pp. 119-122.

[29] Tombs, *The War Against Paris*, pp. 183-185; Pelletan, *La Semaine de mai*, pp. 340-341.

[30] Clémence (Adolphe Hippolyte dit Roussel), *De l'antagonisme social, ses causes et ses effets* (Neuchâtel, 1871), pp. 23-24.

[31] Tombs, *The War Against Paris*, pp. 178-182; Maurice Choury, *Les Damnés de la terre, 1871* (1970), p. 151 (9 de junio); Serman, *La Commune de Paris*, p. 522.

[32] Lissagaray, *Les Huit journées de mai*, p. 161.

[33] Serman, *La Commune de Paris*, p. 508.

[34] Édgar Monteil, *Souvenirs de la Commune, 1871* (1883), pp. 102-107; Charles des Cognets, *Les Bretons et la Commune de Paris 1870-1871* (2012), p. 334; 8J 3e conseil de guerre 6 dossier 29/8 Théophile Ferré, 24 May; Pelletan, *La Semaine de mai*, pp. 306-307; Stewart Edwards, *The Paris Commune 1871*, p. 337; Tombs, *The War Against Paris 1871*, p. 159.

[35] W. Pembroke Fetridge, *The Rise and Fall of the Paris Commune in 1871* (Nueva York, 1871), p. 394.

[36] Reclus, *La Commune de Paris*, pp. 369-371; Éric Fournier, *Paris en ruines: du Paris haussmannien au Paris communard* (2008), pp. 92 y 96.

[37] Fetridge, *The Rise and Fall of the Paris Commune*, pp. 445-447; Edwards, *The Paris Commune 1871*, p. 337.

[38] Cognets, *Les Bretons et la Commune*, p. 351.

[39] Alain Dalotel, *Gabriel Ranvier; Le Christ de Belleville: Blanquiste, Franc-maçon, Communard et Maire du XXe arrondissement* (2005), p. 52; John Leighton, *Paris Under the Commune* (Londres, 1871), p. 227.

[40] Pierre Angrand, «Un épisode de la répression versaillais. L'affaire Tribels (mayo de 1871-octubre de 1872)», *La Pensée* 68 (julio-agosto de 1956), pp. 126-133. Tribels se ganaba la vida vendiendo oro y objetos de oro y negociando *valeurs y des coupons de rente*. Todos los objetos de valor habían desaparecido, sin duda, para pasar a manos de Vabre y otros versalleses. Madame Tribels recibió más tarde una indemnización del gobierno francés.

[41] George J. Becker (ed.), *Paris Under Siege, 1870-1871: From the Goncourt Journal* (Ithaca, NY, 1969), pp. 305-308.

[42] Bergeret, *Le 18 mars*, pp. 15-16; Malon, *La Troisième défaite*, p. 462.

[43] Martine, *Souvenirs*, p. 269; Edwards, *The Paris Commune 1871*, pp. 336-337.

[44] Blanchecotte, *Tablettes d'une femme*, pp. 249-250; Serman, *La Commune de Paris*, pp. 515-516; 8J 6e conseil dossier 189, Antoine Romain.

[45] A6 Ly 137, «Rapport sur l'affaire des nommés...», 23 de febrero de 1872; «Assassinations de la rue Haxo, Pourvois en Cassation», 29 de abril de 1872; interrogatorio de Antoine Romain, 7 de febrero de 1872; Fetridge, *The Rise and Fall of the Paris Commune*, p. 309.

[46] A6 Ly 137, dossier François, interrogatorio de 3 de febrero de 1872; A. Rastoul, *L'Église de Paris sous la Commune* (1871), pp. 220-232; Jacques Rougerie, *Procès des Communards* (1964), p. 54; Serman, *La Commune de Paris*, pp. 515-516. Los acusados de participar en la matanza de los prisioneros en la rue Haxo eran trabajadores, en su mayoría de barrios cercanos. Seis de ellos fueron condenados a muerte, mientras que Romain recibió quince años de trabajos forzados.

[47] Rastoul, *L'Église de Paris*, pp. 235-243; Horne, *The Fall of Paris*, p. 410. Rastoul refiere, entre otras cosas, que Ferré llegó a La Roquette aproximadamente a las 15:00 y ordenó que los

prisioneros restantes que estaban cumpliendo condena por delitos criminales fueran liberados si estaban de acuerdo en luchar contra los versalleses (pp. 239-240).

[48] Rastoul, *L'Église de Paris*, pp. 243-256; Perny, *Deux mois de prison sous la Commune*, pp. 227-229; J.-O. Boudon, *Monseigneur Darboy (1813-1871)* (2011), p. 153; Robert Tombs, «Les Communeuses», *Sociétés et Représentations* 6 (junio de 1998), pp. 60-61.

[49] Fetridge, *The Rise and Fall of the Paris Commune*, pp. 437-441; Edwards, *The Paris Commune 1871*, p. 338; Tombs, *The War Against Paris 1871*, p. 159; Horne, *The Fall of Paris*, p. 411.

[50] Pelletan, *La Semaine de mai*, pp. 320-327.

[51] Reclus, *La Commune de Paris*, pp. 370-371; Tombs, *The War Against Paris 1871*, pp. 165-166.

[52] Villefosse, *Les Graves heures*, p. 253; Martine, *Souvenirs*, p. 288.

[53] Albert Hans, *Souvenirs d'un volontaire versaillais. 1873*, pp. 160-165.

[54] Denis Arthur Bingham, *Recollections of Paris*, vol. 2 (Londres, 1896), p. 110.

[55] Archibald Forbes, «What I Saw of the Paris Commune», *Century Illustrated Magazine* 45:1 (noviembre de 1892), p. 61.

[56] Pierre Vésinier, *History of the Commune of Paris* (1872), pp. 312, 325-328 y 334. Durante las jornadas de junio murieron entre 1.500 y 3.000 personas y varios centenares fueron ejecutadas sumariamente.

[57] Hans, *Souvenirs*, pp. 187-196.

[58] Edwards, *The Paris Commune 1871*, p. 338; Becker (ed.), *Paris Under Siege*, p. 313; Horne, *The Fall of Paris*, p. 412.

[59] Gérard Dittmar, *Belleville de l'Annexion à la Commune* (2007), p. 76; Hélène Haudebourg (ed.), «Carnet de guerre d'un Vertarien en 1870 Julien Poirier», *Regards sur Vertou au Fil des Temps* 7 (2003), p. 18. Poirier permaneció en el París ocupado hasta septiembre, y luego regresó a su casa en Vertou.

[60] Louise Michel, *La Commune, Histoire et Souvenirs* (1970), p. 59; Edwards, *The Paris Commune 1871*, p. 339; Robert Tombs, «La lutte finale des barricades: spontanéité révolutionnaire et organisation militaire en mai 1871», en Alain Corbin y J.-M. Mayeur (eds.) (1997), *La Barricade*, p. 364.

[61] Edwards, *The Paris Commune 1871*, pp. 338-339.

[62] Lissagaray, *Les Huit journées de mai*, pp. 108-110 y 129-136; *Les Martyrs de la Seconde Terreur ou Arrestation, Captivité et Martyre de Mgr Darboy, Archevêque de Paris de M. Deguerry* (1871), p. 197.

[63] Pelletan, *La Semaine de mai*, pp. 276-282.

[64] Bergeret, *Le 18 mars*, p. 9; W. Gibson, *Paris during the Commune* (Londres, 1895), pp. 297 y 308-309.

[65] Vuillaume, *Mes Cahiers rouges*, pp. 14-50, 308-317 y 327-357.

[66] Reclus, *La Commune de Paris*, p. 379; Paul Reclus, *Les Frères Élie et Élisée Reclus* (1964), p. 189; 8J 3e conseil de guerre 82, dossier 2084. Un tribunal militar condenó a Élie el 6 de octubre 1875 a «la deportación a los confines de un recinto fortificado». Cuatro años más tarde le redujeron la condena. Su hermano Élisée fue condenado a la deportación el 15 de septiembre de 1871. Élie Reclus fue detenido en 1894 en el momento de los ataques anarquistas en París.

[67] Paul Vignon, *Rien que ce que j'ai vu! Le siège de Paris – la Commune* (1913), p. 203.

## X. PRISIONEROS DE VERSALLES

Las represalias de Versalles continuaron mucho tiempo después de que hubieran caído las últimas defensas comuneras. El Ejército de Adolphe Thiers había hecho miles de prisioneros durante la Semana Sangrienta larga, la mayoría de los cuales fueron llevados a Versalles para someterlos a un consejo de guerra. Ahora la cuestión era cuál sería su destino; es decir, qué prisioneros sobrevivirían a las represalias. De hecho, tan sólo el domingo fueron ejecutadas más de 1.900 personas.

Un inglés allí presente nunca olvidaría «el crispado estrépito de las descargas de ejecución; las cadenas de hombres y mujeres arrastradas a su destino; las maldiciones de una población enfurecida; la violencia brutal de una tropa exasperada». El visitante ansioso vio a un hombre supuestamente atrapado con objetos inflamables en los bolsillos ser empujado por soldados que lo apuñalaban con sus bayonetas. Tras los soldados y su víctima una pequeña multitud de parisinos los seguía con la esperanza de verlo fusilar, lo que pedían en voz alta. El inglés tenía todas las razones para creer que «la amargura de los beligerantes entre sí es de un tipo mucho más intenso y sanguinario que la que existe normalmente entre combatientes».

A medida que los prisioneros avanzaban, atados mediante una cuerda, su «mirada abatida de perro apaleado» se hacía más evidente. Entre ellos se encontraba una persona delgada con uniforme de la Guardia Nacional «de largo cabello rubio flotando sobre los hombros, ojos de un brillante azul y una cara bonita, audaz, joven, que parecía desconocer la vergüenza y el miedo». La multitud «aullaba y vociferaba a su paso». Cuando las mujeres de la multitud se dieron cuenta de repente de que la guardia nacional en cuestión era en realidad una joven, se incrementaron los insultos. Su blanco miraba «a derecha e izquierda con la cabeza alzada y ojos brillantes, en marcado contraste con la cobarde multitud que la seguía». En un puente no muy lejos de la place Vendôme, donde supuestamente 13 mujeres habían muerto cuando fueron «atrapadas vertiendo petróleo», el inglés se topó con 24 cadáveres de insurgentes «alineados en una fila, a la espera de ser

enterrados bajo los cercanos adoquines», sobre los que se dibujaba la silueta de la «sombria cúpula» del Palacio de las Tuileries[1].

El inglés reflexionaba que «los rebeldes» no habían pedido ni dado cuartel. «Se habían hecho a la idea de que la muerte, ya fuera como combatientes o como prisioneros, era su única alternativa, y aquellos hombres y mujeres parecían haber improvisado un frenesí que los había convertido en una jauría de animales salvajes capturados en una trampa». Esto, a su juicio, «convertía su exterminio en una necesidad».

El inglés se dirigió a la zona comprendida entre el cementerio del Père Lachaise y Montmartre. En aquellos lugares «era evidente, por el aspecto y el tono de los habitantes, que sus simpatías estaban del lado de la Comuna. Murmuraban con tristeza y rencor entre sí, casi sin atreverse a levantar sus miradas sospechosas del suelo, porque no sabían cuál de sus vecinos los podría haber denunciado». De hecho, era triste ver cómo llevaban a niños entre los grupos de prisioneros. Se las arregló para acceder al consejo de guerra, donde encontró a una docena de prisioneros, todos hombres, «encogidos en un extremo del corredor [...] a la espera de conocer su destino». Los prisioneros partieron de Buttes-Chaumont, donde habían pasado dos días sin comer. El inglés no simpatizaba mucho con ellos. Eran gente muy corriente: «Nunca había visto una colección más malvada de rostros. Había muchas mujeres, entre ellas algunas con ropa de hombre, algunas vestidas como *cantinières* o *ambulancières*, y también niños muy pequeños y ancianos».

A medida que proseguían las ejecuciones, el inglés cambió de tono: «Suenan casi insignificantes que el señor Thiers haya denunciado a los insurgentes por haber ejecutado a un agente cautivo “sin respetar las leyes de la guerra”. ¡Las leyes de la guerra! Son suaves y cristianas comparadas con las leyes inhumanas de venganza con las que las tropas de Versalles han estado disparando, atravesando con sus bayonetas, despedazando a los prisioneros, mujeres y niños, durante los últimos seis días [...]. Por lo que podemos recordar, nunca había sucedido nada parecido en la historia»[2].

Arriba, en Ménilmontant, había montones de armas aquí y allá, junto con montones de pantalones y abrigos de la Guardia Nacional abandonados a toda prisa. Los soldados y los residentes no se hablaban. El extranjero había podido obtener un pase militar que le permitía moverse a su antojo y, cuando la gente del lugar lo vio, le hicieron sentir a él y sus compañeros

«que éramos sus enemigos». En Belleville, en particular, era fácil entender «las miradas ceñudas y las maldiciones sordas de los hombres y mujeres que observaban desde sus puertas y ventanas la ejecución de un amigo ante sus ojos».

Cuando llegó la noche, París quedó a oscuras, en parte debido a la falta de gas. En los barrios más pobres la gente no salía de casa por miedo a ser arrestada simplemente por su aspecto. Varios versalleses maltrataron al inglés después de que alguien dijera que había disparado a alguien. Esa vaga denuncia le podría haber costado la vida, pero, sin duda, lo salvó su aspecto de clase alta en un momento en que la ropa decía mucho, y su acento británico era imposible de ocultar. De vuelta al centro de París, se vio expulsado de la rue Royale por el hedor de los incontables cuerpos putrefactos enterrados bajo las ruinas[3].

John Leighton salió a observar París el domingo y se encontró con «cadáveres en las calles, cadáveres dentro de las casas, cadáveres por todas partes». Creía que los muertos eran «terriblemente culpables [... y] horribles criminales, ¡aquellas mujeres que vertían brandi en los vasos y petróleo en las casas! [... Pero] ¿eran culpables todos los que cayeron? La visión de todas aquellas ejecuciones, aunque merecidas, era cruelmente dolorosa. El inocente se estremecía ante la fatalidad de la justicia [...]. Un malestar insoportable nos oprime»[4].

Las calles y callejones se teñían de rojo con la sangre. Los soldados obligaban a los residentes a verter cloro sobre los cadáveres, por lo que las calles parecían cubiertas de nieve. Miles de cuerpos habían sido arrojados a fosas comunes o llevados a las Carrières (canteras) de l'Amérique, enterrados en las catacumbas o más allá de las murallas. Los cuerpos restantes podían haber sido dejados allí intencionadamente por órdenes de Thiers, a fin de mostrar a la gente normal el coste de su desafío. El conde Arthur de Grandeffe, que había servido en los Voluntarios del Sena, pasó aquel día por un centro médico comunal. A pesar de su odio a la Comuna, preguntó si se podía encontrar a un cura para dar la extremaunción a dos hombres que estaban agonizando, y se le dijo que en el barrio «había poco contacto con esas personas». Pero insistió y, al final, encontraron a un cura. Cuando se acercaba a los dos hombres, uno de ellos le pareció al cura con «el aspecto de una víbora herida que busca todavía una manera de morder». Ambos tenían en sus ojos «las semillas del Infierno». La simpatía de

Grandeffe hacia los comuneros agonizantes era limitada, y llegó a la conclusión de que lo que había visto podría ser atribuido a la «educación moderna». Creía que había llegado el momento de iluminar a los parisinos sobre los peligros que podían volver a presentarse si se levantaban de nuevo. Las ejecuciones sumarias, decidió Grandeffe, eran un buen comienzo[5].

Ni siquiera Edmond de Goncourt estaba preparado para aquello. Cerca del Châtelet vio de repente «a la multitud precipitarse como una turba contra la que cargan durante una revuelta. Aparecen jinetes amenazantes, con la espada en mano, encabritando sus caballos y obligando a los viandantes a subirse a las aceras». Los soldados empujan a un hombre barbudo con la frente vendada con un pañuelo. Otro, prácticamente sin conocimiento, es arrastrado prácticamente por otros dos. Uno mostraba «una palidez especial y una mirada vacía que permanece en mi memoria. Oigo el grito de una mujer que trata de apartarse: “¡Cuánto siento haber llegado tan lejos!”. A mi lado un plácido burgués va contando: “Uno, dos, tres...”. Había 26. Su escolta armada les hace avanzar rápidamente hacia el cuartel Lobau, donde la puerta se cierra tras ellos con una extraña violencia y precipitación».

De Goncourt todavía no entendía, pero sentía «una angustia indefinible. Mi compañero burgués, que acababa de contarlos, le dice a continuación a un vecino: “No va a durar mucho; pronto se oirá la primera descarga”. “¿Qué descarga?” “¿Por qué, van a ejecutarlos?”. Inmediatamente se produjo una violenta explosión tras los muros y las puertas cerradas, seguido por “una descarga que parecía tener la regularidad mecánica de una ametralladora. Se oye una primera, una segunda, una tercera, una cuarta, una quinta *rrarra* asesina, seguidas por un largo intervalo. Y luego una sexta, y otras dos descargas más, una después de la otra».

El tiroteo parecía no tener fin. Cuando finalmente se detuvo, «todos se sienten aliviados y vuelven a respirar, cuando hay un sonido demoledor que hace que la puerta del cuartel se mueva sobre sus goznes; luego otro; finalmente, el último». Esos eran los tiros de gracia con que se remataba a los que todavía estaban vivos: «En aquel momento, el pelotón de ejecución sale por la puerta como una banda de hombres ebrios, con sangre en la punta de algunas de sus bayonetas. Y, mientras dos furgonetas cerradas entran en el patio y un cura se desliza hacia fuera, durante mucho tiempo se

ve su espalda delgada, su paraguas, sus piernas que caminan vacilantes a lo largo de la pared exterior del cuartel»[6].

París se hallaba ahora bajo un régimen militar y dividida en cuatro secciones al mando de Joseph Vinoy, Ernest de Ciskey, Paul de Ladmirault y Félix Douay. Los registros de casas, a menudo provocados por denuncias, no disminuían. Y, como decía Marc-André Gromier, un periodista, en aquel momento «cada denuncia era una sentencia de muerte». Habían desaparecido las banderas rojas. La bandera tricolor se había convertido en el «pabellón de matanza». El lunes se rindió el fuerte de Vincennes, después de que las tropas prusianas lo hubieran aislado de París. Las fuerzas versallesas se comprometieron a perdonar la vida a los combatientes comuneros allí, pero luego fusilaron a nueve oficiales, lanzando sus cuerpos a la enorme fosa[7].

Los convoyes de prisioneros enviados a Versalles se hacían más largos. Gromier fue detenido a las 5:00 a. m. del domingo y, encerrado en el sótano en un cuartel en la rue du faubourg Poissonnière, no lejos de su hogar. Como para muchos otros, el viaje hasta allí fue brutal. Gritos irritados y piedras los saludaron y «un perro [...], vestido como una prostituta, trató de golpearme con la punta de su paraguas». Cuando varios espectadores de su barrio lo saludaron, otros saltaron y volaron los puños. Un soldado se encargó de aplastar el sombrero de Gromier con su fusil. En el cuartel ya había unos 500 hombres, mujeres y niños, algunos muertos, otros agonizando, incluido un hombre al que le faltaban las dos piernas. Vio a un muchacho de unos quince años atado con sogas a las barras de la ventana. Un versallés le preguntó a Gromier si lo conocía. Antes de que pudiera responder, el niño gritó que no lo conocía, ya que vivía en el barrio de Clignancourt. Los soldados lo apuñalaron repetidamente con sus bayonetas.

Gromier y un convoy de otros 26 prisioneros marcharon luego bajo una fuerte vigilancia al Parc Monceau, hambrientos y sedientos. Gromier vio a un antiguo cirujano de su batallón de la Guardia Nacional, ahora resplandeciente con su brazalete tricolor. El siguiente viaje fue a Versalles. En el Pont Saint-Cloud una mujer cayó y recibió un disparo. Tres ancianos dijeron que no podían seguir, y los golpearon con fusiles, luego los apartaron a un lado y los dispararon. Otros cinco hombres y una mujer murieron en el camino. Gromier no tenía idea de por qué. En Versalles dos niñas pequeñas, tres mujeres y un anciano fueron apartados de la caravana.



Ellos también fueron probablemente ejecutados. Finalmente, después de una marcha forzada de muchas horas, Gromier y los demás llegaron a Satory, un área de la prisión de Versalles en la meseta del mismo nombre, donde vieron una ametralladora lista para funcionar. Pudieron ver dos enormes zanjas, una llena de cuerpos, siendo la otra una letrina. De vez en cuando los soldados disparaban contra grupos de prisioneros. No muy lejos de allí, «una descarga intermitente. Los que protestaban de algún modo: ejecutados. Los que pedían ir al baño: ejecutados. Los que enloquecían por la fiebre: ejecutados». Los días 6-7 de junio 7 de los 27 componentes del grupo de Gromier murieron. Cada mañana retiraban los cuerpos. Algunos prisioneros fueron fusilados cuando a los guardias no les gustaban sus respuestas cuando les preguntaban su nombre, o si se negaban, en un primer momento, a renunciar a cosas personales, que temían, con razón, que les serían robadas. Una tarde Gromier fue llevado a un consejo de guerra improvisado en Versalles. Fue condenado a seis meses de prisión, pero al menos estaba vivo[8].

Otro joven inglés tuvo la inmensa suerte de escapar de la furia versallesa. Había sido hecho prisionero en una redada cuando se hallaba en el lugar equivocado y el momento equivocado. De algún lugar llegó el sonido de disparos, «y luego se oyó un susurro: “¡Van a matarnos a todos!”». Nunca olvidaría «la mirada agonizante en las caras de algunos [...]. Era un índice completo de lo que pasaba por sus mentes. Morir de aquel modo, y dejar la esposa, hijos, padres, hermanos o hermanas, sin una palabra de despedida [...] es terrible [...]. Pronto habría terminado todo. ¡Un disparo de un fusil, y eso es todo!». Un muchacho de unos quince años llevaba consigo documentos que, según dijo, demostrarían su inocencia. Un oficial de Versalles lo golpeó: «¡Cállate, bastardo!». Por el contrario, un niño de unos nueve años «nunca pronunció una palabra de queja». Tomó la mano del joven inglés «y, desde aquel momento hasta el final de aquel día terrible, marchamos de la mano; nunca se soltaba, excepto cuando era absolutamente necesario. Mientras tanto, las ejecuciones proseguían». El convoy se dirigió a la iglesia de la Madeleine y la rue Royale hasta la place de la Concorde y subiendo por los Champs-Élysées hasta el Arc de Triomphe. El sol caía a plomo, y a los cautivos no se les dio nada de comer o beber[9].

Apareció el general Gaston Galliffet, despotricando contra los prisioneros. Ordenó a un anciano separarse de la línea: «¡Sálgase de esa fila, viejo bastardo! Y tú [...] ¡estás herido! Bueno, nosotros nos ocuparemos de ti», sin dejar ninguna duda sobre lo que sucedería a continuación. Un joven agitó un pasaporte estadounidense: «¡Cállate, tenemos más que suficientes extranjeros y chusma aquí! Tenemos que deshacernos de ellos»[10].

Algunos ancianos y prisioneros heridos fueron fusilados, y más descargas en la distancia señalaban que, en aquel convoy, habían caído algunos que no podían seguir adelante. El inglés y los demás llegaron a Versalles y luego a Satory a las 20:00. Allí, las multitudes que pedían su muerte iban elegantemente vestidas: «¡Ah, ja! Tenemos algunas de esas bombas de gasolina que conocéis tan bien reservadas para vosotros. Hay [también] ametralladoras, miserables canallas [*sacrés coquins*]». El joven extranjero fue finalmente liberado. Había tenido suerte. Lo que había visto había cambiado su opinión de los comuneros, por los que ahora sentía simpatía[11].

Entre 35.000 y 40.000 prisioneros hicieron la terrible caminata desde París –la mayoría dese los distritos del este– a Versalles. Los presos que se negaron a seguir andando, o que no podían hacerlo debido a sus heridas, enfermedades o edad, fueron asesinados a tiros. En un incidente, un preso se sentó, incapaz de continuar. Después de ser empujado por soldados con bayonetas, se le subió a un caballo, del que inmediatamente se cayó. Los soldados lo ataron entonces a la cola del caballo, y fue arrastrado hasta quedar inconsciente por la pérdida de sangre. Los soldados mostraron un poco de piedad: en lugar de dispararlo simplemente, lo arrojaron a un carro para el resto del viaje[12]. Muchas mujeres y no pocos niños, la mayoría de doce a dieciséis años de edad, pero algunos aún más pequeños, iban en los convoyes. Una multitud de versalleses asaltaron al editor del *Journal des Débats* que se atrevió a expresar cierta simpatía por los prisioneros encadenados al sol. Los soldados tuvieron que rescatarlo[13]. La mayor parte de los «viajeros» a Satory no habían sido combatientes en absoluto; muchos de estos ya habían muerto. Eran, más bien, parisinos que, por casualidad, estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado y fueron detenidos por las tropas versallesas. Algunas mujeres llevaban a sus hijos en brazos o sobre sus hombros mientras caminaban; otras tenían sus brazos tan fuertemente atados que sangraban. Iban escoltados por

«gendarmes ya convertidos en verdugos». En opinión de Camille Pelletan, los peores abusos a lo largo del camino se produjeron en la calle del faubourg Saint-Honoré, donde «los parásitos aristocráticos bajaron a las calles para insultar, amenazar y maltratar a los prisioneros». En otros barrios los observadores eran más respetuosos; algunos hacían la señal de la cruz cuando veían llevarse a los prisioneros. Ese no fue el caso de la rue de la Chaussée d'Antin, donde una mujer de edad avanzada se arrojó furiosa sobre un convoy de prisioneros, pinchándolos con su sombrilla[14].

En Versalles, *tout Paris* esperaba la llegada de los prisioneros, preparándose para el espectáculo como se espera el inicio de una carrera de caballos. Los oficiales obligaron a una caravana a detenerse para que la gente elegante pudiera observarla detenidamente. Una mujer bien vestida, llevando un libro de oraciones, exigió a una joven *cantinière* alabar a Dios. Cuando se negó, la mujer la golpeó, rompiéndole un diente. Así funcionaba la caridad cristiana en el camino hacia Versalles[15].

Un periodista de *Le Figaro*, un periódico pro Thiers, se centró en la «falta de respeto» a los espectadores hostiles por parte de varios prisioneros que formaban parte de las «horrendas catervas» transportadas a un futuro incierto. Una *cantinière* agitó lo que quedaba de su sangrienta mano (después de haber perdido varios dedos en los combates) como respuesta al montón de insultos contra ella y los demás. Las damas más elegantes golpeaban a los comuneros con sus sombrillas, exigiendo su ejecución. Los presos de un convoy fueron obligados a quitarse los sombreros o gorras con el grito: «¡Vamos! ¡Chusma! ¡Fuera los sombreros ante *les honnêtes gens!*»[16].

La gente ansiosa de la clase alta lanzaba sin parar preguntas a los soldados que habían regresado de París. Un soldado de infantería versallés se jactaba de haber matado a una mujer. Otro relataba lo que, para él, había sido lo mejor: «Yo maté a un niño incendiario con mi bayoneta». Una «respetable» señora, con el misal todavía en las manos, lo interrumpió para decir: «¿En serio, mi amigo?». Metió la mano en su bolso y le dio algo de dinero. Algunos soldados vendían como recuerdos objetos procedentes de los cuerpos muertos de los comuneros[17].

Al llegar a Versalles, metieron a las mujeres en la prisión de Chantiers, y a los hombres en el agujero infernal de Satory, donde entre 3.000 y 4.000 prisioneros fueron prácticamente apilados uno encima de otro. Allí, con

espacio apenas suficiente para darse la vuelta o acostarse, las enfermedades, infecciones y gangrena proliferaban mientras los guardias apuntaban con sus fusiles a los prisioneros, amenazando con disparar a cualquiera por el menor acto de desafío. Al parecer, algunos soldados se divertían haciendo precisamente eso. Los prisioneros, desesperadamente sedientos, bebían el agua de lluvia que a veces tenía un tinte rojizo por la sangre de los heridos o cadáveres. La vida –y la muerte– en Chantiers era parecidamente mala. Las presas dormían sobre paja, o simplemente en el suelo, compartiendo espacio con los piojos. La ropa y los alimentos traídos por familiares que habían llegado a conocer la ubicación de miembros de su familia permanecían apilados en el exterior, sin llegar casi nunca a las mujeres. Algunas prisioneras mantenidas temporalmente en la Orangerie se entretenían en el cuidado de las plantas, mirando más allá de los guardias a los curiosos que venían a observarlas[18].

Louise Michel estaba en uno de los campos de prisioneros de Versalles. Los soldados le dijeron que sería fusilada. Como ella recordaba, «por encima de nosotros la luz de los incendios en la distancia [en París] flotaba como crepé rojo. Y siempre podíamos oír los cañones [...]. En medio de la noche, los soldados llegaban llamando a grupos de prisioneros, que se levantaban del lodo para seguir la linterna del soldado que los conducía. Les daban un pico y una pala para cavar su propia tumba y, luego, los ejecutaban. Los ecos de las descargas rompían el silencio de la noche». Michel era «insolente» con los soldados y no sabía por qué no la fusilaban. Millones de piojos «dibujaban pequeñas redes de plata deambulando por allí, yendo a sus nidos, que se asemejaban a los hormigueros. Eran enormes». Los presos tenían la impresión de que, en realidad, podían oír «el ruido de su enjambre»[19].

A medida que iban llegando a Versalles más y más presos comuneros, *les honnêtes gens* encontraban nuevas formas de condenarlos. La afirmación de que la chusma de París estaba compuesta principalmente por borrachos era una idea popular que surgió en el discurso de Versalles, con referencias a la dependencia de la gente baja con respecto al ajenjo, que ya hacía estragos en la población francesa. Sus enemigos a menudo calificaban a los comuneros como crápulas, un término de extrema denigración procedente de una palabra griega y latina con la que se designaba la embriaguez[20]. La tradición versallesa hablaba de unos insurgentes que supuestamente

habían irrumpido en un restaurante del bulevar Saint-Martin, sumergiéndose en los vinos y licores guardados en el sótano. Cuando quedaron satisfechos, los intrusos habían anunciado que planeaban matar a tiros a «los valientes soldados» que atacaban París. Un leal anticomunero se adelantó y abofeteó a «uno de aquellos hijos de puta» o, al menos, así decía la historia. Los comuneros luego saquearon la casa, matando a *les honnêtes gens* que se oponían a «sus orgías», y prendieron fuego al establecimiento. Cuando una mujer presa del pánico logró extraer a su hija de las llamas, los comuneros la empujaron dentro de nuevo, y allí ardió hasta morir. Esto, por supuesto, nunca ocurrió, pero eso no les importaba a *les honnêtes gens*. Irónicamente, algunos de los soldados versalleses que iban matando gente podían quizá estar borrachos, habiéndose agravado los efectos del alcohol por el sol y la fatiga[21].

Mientras miles de prisioneros aguardaban su destino en Versalles, el París «liberado» sufrió «la enfermedad de las denuncias». De todas las estadísticas horribles que rodean a la Semana Sangrienta, una de las más escalofriantes es que, entre el 22 de mayo y el 13 de junio, la Prefectura de Policía recibió 379.823 denuncias de personas acusadas de servir a la Comuna. De ellas, sólo el 5 por 100 iban realmente firmadas. Por supuesto, lo que hace ese número tan sorprendente es el hecho de que quienes denunciaban a sus vecinos eran muy conscientes de que, si las autoridades versallesas se tomaban en serio las denuncias y si la acusación parecía grave –el simple hecho de estar a favor de la Comuna era ya algo muy serio–, la consecuencia podía ser la ejecución. Sin duda, en muchos casos se trataba de vengar deudas o conflictos personales; en otros, quizá, se esperaban recibir los rumores 500 francos por entregar a un comunero. Hubo denuncias que llevaron a la muerte a los concernidos, como en el caso del marqués de Forbin-Janson, que denunció a algunos de sus vecinos e inquilinos con ese resultado. Un parisino, absuelto por un consejo de guerra, fue denunciado 17 veces[22].

El 1 de junio dos hombres, uno de ellos herido, se presentaron en la puerta de la casa contigua al hogar del pastor protestante Eugène Bersier y Marie Holland. Sólo una sirvienta estaba en casa. Pidieron ser acogidos, diciendo conocer a un sobrino del propietario. La mujer les dejó entrar y les ofreció una cama para el herido. A continuación los denunció a la Policía. Los soldados llegaron para llevárselos, uno en una camilla y el otro caminando

con la cabeza gacha, muy pálido. Marie Holland estaba enferma. El pastor recibió la visita de un tal M. Bockairy, quien le dijo a Marie que la complacería saber que un oficial de la Comuna había sido ejecutado y que de sus hombres «nadie escapaba». Aquel engreído burgués le pareció, por un momento, aún más odioso que los comuneros a los que despreciaba[23].

Con el regreso de la antigua Policía civil, sus espías estaban por todas partes, luciendo con orgullo brazaletes tricolores. Jacques Durand, un zapatero de cincuenta y tres años de edad que había sido elegido para la Comuna por el Distrito II, fue denunciado y sacado a rastras de la *mairie*. Después de un interrogatorio de no más de dos minutos, fue ejecutado en un patio contiguo a la iglesia de los Petits-Pères. Édouard Moreau, quien se había opuesto a quemar el Grenier de l'Abondance, fue detenido tras ser denunciado mientras se escondía cerca de la calle Saint-Antoine. En el Châtelet, Luis Vabre, el preboste, le preguntó si era efectivamente Édouard M. Moreau, miembro de la Comuna. Moreau contestó: «No, del Comité Central [de la Guardia Nacional]». La respuesta llegó de inmediato: «¡Es lo mismo!». Fue conducido al cuartel Lobau y ejecutado junto a otro lote de víctimas[24].

Las denuncias iban dirigidas principalmente contra personas ordinarias, lo que reflejaba la suposición de Versalles de que la pertenencia a determinada clase social era un marcador suficiente de la participación en la Comuna. El general Louis Valentin, quien servía a Thiers como prefecto de Policía, dijo que «el simple hecho de haber estado en París cuando gobernaba la Comuna es un crimen. Todo el mundo es culpable y, si fuera por mí, todos serían castigados»[25]. Muchos parisinos de la clase trabajadora habían apoyado efectivamente a la Comuna, pero incluso quienes no lo habían hecho corrían un riesgo. Quines permanecieron en París durante la Comuna eran en su mayoría trabajadores, que no tenían otro lugar donde ir.

Los presos identificados como extranjeros eran apartados y sufrían un desprecio particular, sobre todo porque los que habían permanecido en París durante la Comuna se suponía que formaban parte de la Internacional. Corría el rumor de que, entre los comuneros, había 10.000 polacos. Denis Arthur Bingham señaló que «parisinos virtuosos afirmaban que la insurrección era obra de extranjeros», en particular de italianos y polacos. El historiador conservador Hippolyte Taine suscribía esa creencia, insistiendo en que la mitad de los 100.000 *insurgés* no eran franceses. El

crítico literario Paul de Saint-Victor denunció a los «falsificadores polacos, “galantes” garibaldianos [seguidores del nacionalista revolucionario italiano Giuseppe Garibaldi], mercenarios eslavos, agentes prusianos, bucaneros yanquis salidos en estampida de sus batallones [...]. París se ha convertido en la red de alcantarillado que recoge las heces y la escoria de dos mundos». Algunos de los polacos habían combatido con valor pero inútilmente contra el «Congreso Polaco» ruso en 1863. Por su parte, Louise Lacroix insistía en que, «para amar a Francia, uno tiene que ser francés»[26].

Dos polacos fueron ejecutados después de que se produjeran disparos desde un edificio en la rue de Tournon. Los habían detenido y acusado de «sembrar el terror en todo el barrio del Luxemburgo» durante la Comuna. Después de su ejecución, el conde Czartoryski, presidente del Comité Polaco, se quejó de que los «utensilios incendiarios» de los que habían sospechado los versalleses eran simples faroles para la biblioteca polaca en la calle. Uno de los hombres había combatido por la Comuna, pero el otro, lituano, no lo había hecho: simplemente dirigía la biblioteca y vivía en la casa. En cualquier caso, el papel desempeñado por el general Dombrowski en la resistencia comunera ayudó a fomentar el odio de los versalleses contra los polacos. Un oficial versallés, al oír que los prisioneros traídos a su presencia eran polacos, dijo: «Bueno, son polacos. Eso es suficiente aquí»[27].

Los contemporáneos eran prácticamente unánimes en que los comuneros a punto de ser ejecutados aceptaban su destino con la cabeza alta. Un periodista belga citaba la opinión de soldados que habían formado parte de pelotones de ejecución. Uno contaba que habían matado a «40 de esos canallas» en Passy. Todos ellos murieron «como soldados», con orgullo, con los brazos cruzados sobre el pecho. Algunos incluso abrieron sus uniformes y gritaron: «¡Adelante, disparad! No tenemos miedo a morir»[28]. Un funcionario de Versalles salió a echar un vistazo por sí mismo. Vio a los prisioneros con escolta y, contando 28 de ellos, reconoció a algunos hombres con quienes había luchado durante el asedio prusiano. Casi todos ellos eran trabajadores. Sus caras «no traicionaban ni desesperación ni desánimo ni emoción [...]. Sabían adónde los llevaban». Los versalleses no habían dado más de cuatro pasos cuando oyó la descarga del pelotón de ejecución. Los 28 «insurgentes» cayeron. Aquello le hizo

marearse. Pero lo peor fue la serie de imágenes individuales que siguieron, los tiros de gracia. Corrió en la dirección opuesta, pero, «en torno mí, la multitud parecía impasible». Los parisinos ya se habían acostumbrados a aquello.

Aunque los comuneros murieran «como soldados», lo cierto es que no se les concedieron los derechos que se les debía a los soldados e incluso a los presos de acuerdo con las convenciones internacionales. El comunero Prosper-Olivier Lissagaray se encontró con unos marineros jóvenes en un bar de la place Voltaire. Les preguntó, más bien tímidamente, si había habido muchos muertos entre el «enemigo». «Ah –respondió uno de ellos–, el general nos dio órdenes de no tomar a prisioneros.» Jóvenes soldados de provincias eran empujados por los oficiales a matar a cualquiera que hubiera luchado por la Comuna. Los soldados versalleses de origen rural que se podrían haber resistido a tal orden habían sido sumergidos en propaganda antiparisina que aseguraba que los parisinos eran malvados, sinvergüenzas, mentirosos, ladrones y degenerados que habían dado la espalda a la Iglesia.

Poco más de dos meses antes, los soldados de infantería hechos prisioneros por los insurgentes en Montmartre habían sido bien tratados. Ahora, miles de comuneros hechos prisioneros por los versalleses eran asesinados. Unos pocos lo fueron porque, para su desgracia, se parecían a alguna figura prominente de la Comuna. Tal fue el caso de un zapatero llamado Constant que vivía en el barrio burgués de Gros-Caillou en el Distrito VII. Se parecía al pintor Alfred-Édouard Billioray, miembro de la Comuna. Ciertamente Martin, confundido con Jules Vallès, fue muerto cerca de Saint-Germain l'Auxerrois, mientras la multitud expresaba ruidosamente su aprobación[29].

El discurso versallés alentó abiertamente la política de matar a comuneros, comparando a los insurgentes y a quienes los apoyaban con bandidos o animales salvajes, para deshumanizarlos y justificar las ejecuciones en masa. Observando la procesión fúnebre de los presos en su camino a Versalles, Augustine Blanchecotte fustigaba a «esos animales salvajes, llenos de rabia [...]. Son monstruos que sólo podrían ser estudiados y clasificados por los zoólogos. No son seres humanos». Según *Le Figaro*, «uno no puede hacerse ilusiones. Más de 50.000 insurgentes permanecen en París [...]. ¿Qué es un republicano? Un animal salvaje»[30].



Théophile Gautier estaba de acuerdo: «En todas las grandes ciudades hay pozos de los leones, cuevas cerradas con gruesas barras donde se guardan los animales salvajes, bestias malolientes, bestias venenosas, todas las perversidades refractarias que la civilización no ha podido domesticar, los que aman la sangre, los que disfrutan de los incendios como fuegos de artificio, a los que deleita el robo, para los que el atentado a la decencia representa el amor, todos los monstruos del corazón, todas las deformidades del alma; población inmunda, desconocida hasta la fecha, que pulula ominosamente bajo tierra en las profundidades de la oscuridad». Un día, prosigue, sucede que un guardia distraído olvida sus llaves a las puertas del parque zoológico y los animales feroces se dispersan por toda la ciudad aterrorizada por sus chillidos salvajes. Con las jaulas ahora abiertas, las hienas de 1793 y los gorilas de la Comuna salen al exterior»[31].

Las comuneras prisioneras le recordaban a Gaultier a «las hechiceras con barba y bigote de Shakespeare, una espantosa variedad hermafrodita, que acumula toda la fealdad de ambos sexos». Se burlaba de «la horrible sed ardiente, insaciable, inextinguible, de esos canallas infectados por el alcohol, que experimentan sin descanso el intenso calor, la fiebre de situaciones intensas y el tormento de su próxima muerte [...] gritando con roncadas voces que sólo lubrica la saliva: “¡Agua! ¡Agua! Agua!”»[32].

Henri Oppen de Blowitz, un periodista alemán que, después de nacionalizarse francés, trabajó para Thiers, visitó una prisión de Versalles durante la Comuna. Se obsesionó con una joven a la que podía observar desde cierta distancia más allá de la valla, describiendo lo que veía como si regresara de visitar un zoológico. Era «una de las mujeres más bellas» que jamás había visto: «Sus largas trenzas negras caían sobre sus hombros desnudos y, como había roto su vestido en jirones para no usar la ropa de los «malditos versalleses», se podía ver su cuerpo desnudo entre los desgarrones. «Era alta y elegante y, ante la mirada de los visitantes, alzaba la cabeza con orgullo, como un caballo a punto de relinchar [...]. Sus centelleantes ojos refulgían; el rubor se apoderaba su cara. Cuando reconoció al funcionario de la prisión que nos acompañaba, contrajo los labios, apretó los dientes y estalló en una risa estridente, desafiante, vengativa». En las últimas horas de la Comuna, aquella joven había luchado, al parecer, junto a su amante. Cuando él murió, o al menos eso recogía la historia versallesa, ella atacó a un oficial y «lo apuñaló

furiosamente, hundiendo su arma una y otra vez en su víctima. Antes de que pudieran apartarla de su cuerpo, lo había cortado, picado y rajado con toda la furia de una hiena. La joven había sido llevada a Versalles cubierta de sangre y «habían tenido que atarla y amordazarla para poder lavarla y adecentarla. ¡Horrible!»[33].

Maxime Du Camp, escritor y amigo de Gustave Flaubert, matizaba ese discurso biológico, mezclando analogías con la enfermedad humana y de los animales. La Comuna, explicaba, había tenido como causa la «envidia furiosa y epilepsia social». Reflejaba condiciones que siempre habían existido, «una lucha maniquea entre el bien y el mal, la civilización y la barbarie, el orden contra la anarquía y la inteligencia frente a la estupidez [...], el trabajo y, finalmente, la idea misma de la elite de la sociedad contra el revoltijo de todo lo que es malo, perverso y brutal».

Las mujeres eran particularmente sospechosas en esas reflexiones. *Le Gaulois* citaba a un médico que insistía en que las incendiarias actuaban «bajo la influencia epidémica de la manía incendiaria [...]». Su cerebro es más débil y su sensibilidad más viva. También son cien veces más peligrosas, y han causado, sin duda alguna, mucho más daño». Algunas reflexiones hacían hincapié en que las «incendiarias», así como otras mujeres insurgentes, vestían ropas masculinas, tales como partes del uniforme de la Guardia Nacional. La intención de ese tipo de descripciones era señalar lo antinatural, y por lo tanto subversivo, que era su comportamiento[34].

Un burgués que visitó la prisión de Chantiers distinguía entre las mujeres que tenían «una apariencia honesta y adecuada» y otras cuyos trapos y pelo salvaje indicaban «su estado moral y su posición social». Los periodistas y burgueses curiosos parecían obsesionados con la apariencia física de las mujeres, especialmente cuando se trataba de características poco favorecedoras[35].

Louise Lacroix se quedó mirando a las prisioneras. Algunas, que eran claramente trabajadoras, «vestían modestamente», y otras, muy jóvenes, que probablemente habían pasado su infancia en talleres o fábricas, parecían envejecidas prematuramente. En su opinión, esas no eran las mujeres «que iban a predicar locuras sobre los derechos de la mujer». A la cabeza de ese grupo particular daba largas zancadas «una criatura grande, de unos cuarenta o cuarenta y cinco años de edad, con dos grandes cintas en

la cabeza». Para el espectador hostil, aquella mujer parecía más masculina que femenina, con sus robustos brazos. Junto a ella caminaba una joven pequeña, pálida, rubia, de unos dieciocho o veinte años de edad, «delgada, graciosa», con una falda de seda gris que tenía que mover con rapidez para mantener la velocidad. En la mejilla derecha, la pólvora negra y mechones de cabello cubrían parcialmente una mancha de sangre. Lacroix no había visto nunca antes a «mujeres que caminaran con tal determinación hacia una muerte segura». Una mujer alta de pelo castaño levantó los brazos por encima de su cabeza y gritó con voz tranquila y convincente: «Mataron a mi hombre y yo le vengué. Muero contenta. ¡Viva la Comuna!»[36].

La creencia generalizada entre los versalleses de que la Comuna había sido obra, en parte, de mujeres «arrogantes» y «antinaturales» puede ayudar a explicar el tratamiento brutal que sufrieron algunas mujeres después de ser detenidas. Se informó de violaciones en los Distritos I, VIII y IX. Georges Jeanneret vio a mujeres «tratadas casi como los árabes pobres de una tribu rebelde: después de matarlas, las despojaban, mientras aún estaban en sus últimos estertores, de parte de su ropa. A veces iban aún más lejos, como a los pies del faubourg Montmartre y de la place Vendôme, donde se desnudó completamente a las mujeres y se las hizo desfilar por la calle». Soldados versalleses arrancaban las blusas de las mujeres y los cadáveres para dejar al descubierto sus pechos y divertir así a los espectadores hostiles. En un caso, los soldados mataron con sus bayonetas a una mujer joven de unos dieciocho a veinte años de edad; a continuación le quitaron toda la ropa, «lanzando cínicamente su hermoso cuerpo, todavía palpitante, a la esquina de la calle, después de haber insultado odiosamente todos sus encantos»[37]. Desnudar a las mujeres era el tipo de humillación que algunos creían que se necesitaba para poner las cosas en su debido orden. La furia de los espectadores de la clase alta, en particular de las mujeres, hacia las que suponían féminas insurgentes, reflejaba el deseo de señalar el peligro potencial de que la mujer olvidara su lugar.

Los periódicos versalleses exigían más venganza para limpiar la mancha comunera que había contaminado la ciudad. *Le Figaro* reclamaba una purga completa de París: «Nunca se ha presentado una oportunidad así para curar París de la gangrena moral que la ha infectado durante los últimos veinte años [...]. La clemencia ahora sería completamente insensata [...]. Vamos, *honnêtes gens!* Ayudadnos a acabar con las alimañas democráticas y

socialistas». De Goncourt comparaba la represión con una sangría terapéutica. *Le Bien Public* pedía una «caza de comuneros», y eso fue lo que consiguió. El *Journal des Débats* razonaba que el Ejército había conseguido «vengar sus desastres incalculables [en la Guerra Franco-Prusiana] mediante una victoria». *Le Figaro* saludaba la «empresa general de barrer París hasta dejarla limpia». Todos los culpables «debían ser ejecutados». Llamamientos similares llegaban desde el extranjero. El *New York Herald* aconsejó que «no cesaran los juicios y ejecuciones sumarias [...]. Hay que erradicarlos, destruirlos, M. Thiers, si quiere salvar Francia. No yerre con la humanidad»[38].

El objetivo ahora era proteger y restaurar París para que pudiera volver a ser merecedora de la estima de las *honnêtes gens* que, en otro tiempo, habían florecido allí. «Honestidad» se convirtió en la palabra del día. *La Patrie*, por su parte, dejó claro que, si París «quiere conservar su privilegio de ser el lugar de encuentro del *beau monde* honesto y de moda, se debe a sí misma y a sus visitantes invitados una seguridad que nada pueda perturbar [...]. Son indispensables actuaciones ejemplares; una necesidad fatal, pero indiscutible. El mariscal Patrice de Mac Mahon subrayó que, ahora que la Comuna había sido aplastada, podía finalmente «dirigirse a la población honesta de París», con lo que se refería a las clases altas en cuyo nombre estaban llevando a cabo la matanza las fuerzas versallesas[39]. Quines habían apoyado la Comuna no se hacían ilusiones sobre el futuro de París, sabiendo que Thiers, junto con su Ejército y su gobierno, purgaría la ciudad de cualquier rastro de la Comuna o sus ideales. Cuando Henri Rochefort llegó a Versalles en un convoy de prisioneros, un hombre «con una levita de color canela [...], agitando una hermosa sombrilla roja, gritó a pleno pulmón: “¡Es Rochefort! ¡Debe ser desollado vivo!”». Rochefort tuvo que contener la risa: el hombre era, de hecho, «del tipo de burgués feroz que Daumier pintó para nosotros». Jules Simon identificaba la civilización con el poder de la burguesía; «Se vuelca la aristocracia, que es un privilegio [...]. Pero no se vuelca la burguesía, uno se integra en ella». Pierre Vésinier, periodista y comunero superviviente, valoraba: «La burguesía victoriosa no mostró piedad ni misericordia. Había jurado aniquilar para siempre al proletariado revolucionario y socialista, ahogarlo en su propia sangre. Nunca se le presentó mejor ocasión, y la aprovechó con una alegría feroz».

También estaba claro que la represión sangrienta de Thiers no tenía como única intención destruir la Comuna, sino que también estaba destinada a evitar la posibilidad de cualquier futura revolución en Francia. El 31 de mayo De Goncourt concluyó: «Es bueno que no haya ni conciliación ni regateo. La solución fue brutal. Fue una cuestión de pura fuerza [...]. La solución ha devuelto la confianza al Ejército, que aprendió en la sangre de los comuneros que todavía era capaz de luchar. Por último, el derramamiento de sangre era una sangría blanca; tal purga, matando a la parte combativa de la población, aplaza la siguiente revolución por toda una generación»[\[40\]](#).

Jules Ferry, por su parte, no se sorprendió por «las represalias tomadas por soldados vengativos, el campesino en buen estado repartiendo leña [...]. Vi esas cosas y las acepté como si sostuviera la espada del arcángel en su tarea». El periodista Francisque Sarcey insistía en que no había compromiso posible: «Aunque del cadalso siempre se puede prescindir, conviene guardarlo para quienes construyen barricadas». Las *honnêtes gens* contaban con los *conseils de guerre* para culminar la obra.

El discurso asesino de elites «desatadas» durante y después de la Semana Sangrienta postulaba la creencia de que la marcha de la «justicia» versallesa tras «la orgía roja» serviría para «purificar» la sociedad francesa; un concepto, por supuesto, con una considerable resonancia sangrienta en el siglo XX. Después de la Semana Sangrienta, las *hônnetes gens* estaban dispuestas a hacer un gran esfuerzo para purificar la ciudad, incluso si eso significaba aún más ejecuciones en masa. Sébastien Commissaire recordaba los temas de tertulia en los bulevares de Montmartre y des Italiens: «Hay que purgar el capital. París necesita una buena sangría. Tenemos que deshacernos de 50.000 hombres [...]. Hay quienes dicen que de 100.000». Un policía de Auteuil tampoco tenía pelos en la lengua: «Los soldados de Versailles dicen [...] que no van a perdonar a nadie, ni mujeres ni niños ni ancianos, ya que no son más que la escoria de París y Francia debe deshacerse de ella»[\[41\]](#).

Algunas elites estaban dispuestas incluso a destruir la propia París, con el fin de salvarla, por supuesto. Louis Énault, obsesionado con los incendios que devastaron parte de la ciudad, usó la imagen de la purificación por el fuego para justificar la represión: «¡Dicen que las llamas purifican! ¡Oh! Si ese es el caso, lancemos a la pira funeraria de París todo lo que nos han

costado aquellos de entre nosotros que son sinvergüenzas y malvados, y todos los que han dado lugar a esta grave degradación de nuestro carácter nacional! ¡Sí! [...] y entonces veremos pronto a nuestra Francia renacer, al igual que el ave fénix de la vieja fábula, de las cenizas todavía calientes»[42]. Énault y otros imaginaban que el París restaurado sería muy parecido al que existía antes la Comuna, sin más que reconstruir los edificios públicos monumentales que habían sido quemados. Pero París quedaría purificado de las ideas revolucionarias que habían dado lugar a la Comuna, ante todo. En nombre de la religión muscular, nunca sería demasiado fuerte el golpeo. Eugène Hennebert, por ejemplo, exigió la prohibición de «esa literatura malsana que comienza con *Les Misérables* de Monsieur Hugo». Los teatros cuyas actuaciones «se revuelcan en el lodo» debían ser cerrados, así como «innumerables cafés, lugares turbios para beber que nos han dado la reputación de ser un pueblo de borrachos y de imbéciles». El ateísmo «triumfante» debía ser igualmente demolido, y la religión estaría a la orden del día una vez más. En otras palabras, como observaba irónicamente Élie Reclus, «reinarían de nuevo el orden, la familia y la propiedad» para todo el futuro previsible[43].

[1] Anónimo [Davy], *The Insurrection in Paris: Related by an Englishman* (1871), pp. 102-114.

[2] *Ibid.*, pp. 123, 133 y 141-143.

[3] *Ibid.*, pp. 153-154.

[4] John Leighton, *Paris Under the Commune* (Londres, 1871), p. 266.

[5] Arthur de Grandeffe, *Mobiles et Volontaires de la Seine pendant la Guerre et les deux sieges* (1871), pp. 255 y 274; Jean Bruhat, Jean Dautry and Émile Tersen, *La Commune de 1871* (1970), p. 283.

[6] George J. Becker (ed.), *Paris Under Siege, 1870-1871: From the Goncourt Journal* (Ithaca, NY, 1969), pp. 306-311.

[7] Pierre de Lano (Marc-André Gromier), *La Commune, journal d'un vaincu*, p. 38; Prosper-Olivier Lissagaray, *Les Huit journées de mai* (1871), p. 122ff; Stewart Edwards, *The Paris Commune 1871*, p. 339.

[8] Lano, *La Commune*, pp. 39-55 y 223; Éric Fournier, *La Commune n'est pas morte: Les usages politiques du presse de 1871 à nos jours* (2013), p. 56.

[9] Rupert Christiansen, *Paris Babylon* (Nueva York, 1995), pp. 360-365.

[10] William Serman, *La Commune de Paris* (1986), p. 519.

[11] Christiansen, *Paris Babylon*, pp. 360-365.

[12] David Barry, *Women and Political Insurgency: France in the Mid-Nineteenth Century* (Basingstoke, 1996), p. 143.

- [13] Léonce Dupont, *Souvenirs de Versailles pendant la Commune* (1881), pp. 93-95.
- [14] Camille Pelletan, *La Semaine de mai* (1880), pp. 265-268.
- [15] *Ibid.*, pp. 282 y 288.
- [16] Lissagaray, *Les Huit journées de mai*, pp. 148-149.
- [17] Paul Lidsky, *Les Écrivains contre la Commune* (1970), p. 75; Robert Tombs, «How Bloody Was “La Semaine Sanglante” of 1871? A Revision», *The Historical Journal* 55:3 (septiembre de 2012), p. 33.
- [18] Gay Gullickson, *Unruly Women of Paris: Images of the Commune* (Itaca, NY, 1996), pp. 195-198; Léonce Dupont, *Souvenirs de Versailles pendant la Commune*, pp. 104-106.
- [19] Louise Michel, Lowry Bullitt y Elizabeth Ellington Gunter, *The Red Virgin: Memoirs of Louise Michel* (Alabama, 1981), pp. 69-73.
- [20] Susanna Barrows, «After the Commune: Alcoholism, Temperance, and Literature in the Early Third Republic», en John M. Merriman (ed.), *Consciousness and Class Experience in Nineteenth-Century Europe* (Nueva York, 1979); Susanna Barrows, *Distorting Mirrors: Visions of the Crowd in Late Nineteenth-Century France* (New Haven, 1981); Kristin Ross, *The Emergence of the Social Space: Rimbaud and the Paris Commune* (Minneapolis, 1988), p. 148.
- [21] En la rue du Cherche-Midi, un cabo embriagado abatió presuntamente a tiros a una mujer de pie delante de su tienda, a continuación a un perro que pasaba, después a un niño de siete años de edad y, luego, a otra mujer (Pelletan, *La Semaine de mai*, pp. 123 y 257-262).
- [22] Sébastien Commissaire, *Mémoires et souvenirs*, vol. 2 (1888), p. 384; Lissagaray, *Les Huit journées de mai*, p. 156; Robert Tombs, *The War Against Paris, 1871* (Cambridge, 1981), p. 166; Pelletan, *La Semaine de mai*, pp. 102-103. Al final, se produjeron 399.823 denuncias.
- [23] Christiane Demeulenaere-Douyere, «Journal de l'entrée des troupes versaillaises dans Paris», *Bulletin de la Société d'Histoire de Paris et de l'Île de France* 108 (1981), p. 309.
- [24] Marcel Cerf, *Édouard Moreau, l'âme du Comité central de la Commune* (1971), p. 207.
- [25] Stewart Edwards, *The Paris Commune 1871*, p. 343.
- [26] Lidsky, *Les Écrivains*, p. 66; Marforio (Louise Lacroix), *Les Écharpes rouges: souvenirs de la commune* (1872), p. 96; Woodford McClellan, *Revolutionary Exiles: The Russians in the First Internationale and the Paris Commune* (Londres, 1979), pp. 167-168.
- [27] Bronislas Wolowski, *Dombrowski et Versailles* (Ginebra, 1871), pp. 140-142; Denis Arthur Bingham, *Recollections of Paris*, vol. 2 (Londres, 1896), p. 122; Pelletan, *La Semaine de mai*, pp. 130-133.
- [28] René Héron de Villefosse, *Les Graves heures de la Commune* (1970), p. 253.
- [29] Pelletan, *La Semaine de mai*, p. 129.
- [30] Augustine Blanchecotte, *Tablettes d'une femme pendant la Commune* (1872), p. 225; Lissagaray, *Les Huit journées de mai*, pp. 132-133.
- [31] Lidsky, *Les Écrivains*, p. 46.
- [32] Gautier, *Tableaux de siège*, pp. 242-244.
- [33] Henri Opper de Blowitz, *My Memoirs* (Londres, 1903), p. 40.
- [34] Lidsky, *Les Écrivains*, pp. 47-48; Gullickson, *Unruly Women*, pp. 176-177. Gustave Flaubert, quien había servido en la Guardia Nacional durante la guerra franco-prusiana, ahora escribió a George Sand, que era hostil a la Comuna, diciéndole que esta era «repugnante» (Michelle Perrot, «George Sand: une républicaine contre la Commune», en Claude Latta [ed.], *La Commune de 1871*, pp. 147 y 154).

[35] Gullickson, *Unruly Women*, pp. 197 y 205; Léonce Dupont, *Souvenirs de Versailles pendant la Commune* (1881), pp. 255, 267 y 286. Gullickson muestra que, durante los subsiguientes juicios en Versalles, la apariencia física de las comuneras se convirtió casi en una obsesión.

[36] Marforio, *Les Écharpes Rouges*, pp. 147-152.

[37] Gullickson, *Unruly Women*, pp. 180-183; Georges Jeanneret, *Paris pendant la Commune révolutionnaire de 1871* (1871), p. 250; Jules Bergeret, *Le 18 mars: Journal Hebdomadaire* (Londres, 1871), pp. 7-8.

[38] Bruhat, Dautry y Tersen, *La Commune de 1871*, p. 285; Gullickson, *Unruly Women*, p. 169; Maurice Choury, *Les Damnés de la terre, 1871* (1970), p. 151; Lissagaray, *Les Huit journées de mai*, pp. 132-133; Pelletan, *La Semaine de mai*, pp. 351-358.

[39] Laure Godineau, *La Commune de Paris par ceux qui l'ont vécue* (2010), p. 218; Frédéric Fort, *Paris brûlé* (1871), p. 124.

[40] Becker, *Paris Under Siege*, p. 312.

[41] Georges Valance, *Thiers: bourgeois et révolutionnaire* (2007), p. 344; Lidsky, *Les Écrivains*, p. 76; Sébastien Commissaire, *Mémoires et souvenirs*, vol. 2 (1888), p. 383; Bruhat, Dautry y Tersen, *La Commune de 1871*, p. 288.

[42] Louis Énault, *Paris brûlé par la Commune* (1871), p. 266.

[43] Paul Lidsky (ed.), *Les Aventures de ma vie, Henri Rochefort* (2005), p. 215; Pierre Vésinier, *History of the Commune of Paris* (1872), pp. 344-345; Élie Reclus, *La Commune au jour le jour* (2011), pp. 380-382; H. Sarrepoint (Eugene Hennebert), *Guerre des Communeux de Paris: 18 mars-28 mai 1871* (1871), pp. 363-366.



## XI. REMEMORACIÓN

Le cadavre est à terre et l'idée est debout  
(El cadáver yace en el suelo, la idea sigue en pie)

Victor Hugo[1]

Poco a poco París volvía a la normalidad, al menos para las personas adineradas. Las clases altas parisinas volvieron a pasear con orgullo por los grandes bulevares de su capital, emocionadas por la victoria de Versalles. Un periodista describía la escena el 28 de mayo: «A lo largo de la trayectoria de remolque por el Sena se estiraban 50 cadáveres de insurgentes». Los trabajadores cavaban en el pavimento para enterrarlos, mientras que «una gran multitud miraba con indiferencia», incluidas «jóvenes, elegantes y radiantes muchachas que lucían sus sombrillas bajo el sol». Para ellas, la buena vida había comenzado de nuevo. Sin embargo, con los cuerpos en descomposición todavía esparcidos, los llamamientos para deshacerse de los cadáveres que quedaban en las calles de París mostraban cada vez más urgencia e irritación. No se podía consentir que «esos canallas que han hecho tanto mal» provoquen más daño después de su muerte[2]. Había que quitar los cadáveres de la vista de los turistas. Las puertas de la ciudad se reabrieron el 6 de junio, aunque la Policía inspeccionaba los documentos de todos los viajeros. Las barricadas desaparecieron lentamente y las tiendas volvieron a abrir. El pavimento que había quedado cubierto de cadáveres y sangre se limpió y adecentó.

Aun así, París era una ciudad en ruinas, resultado de los bombardeos versalleses y de siete días de batallas, más bien unilaterales. Del palacio de las Tuileries, el Ministerio de Hacienda y el Hôtel de Ville sólo quedaba el caparazón externo. Otros edificios monumentales como el Palais-Royal, el Palacio de Justicia y el Louvre habían sido gravemente dañados; el Grenier de l'Abondance y los muelles de La Villette, destruidos. A lo largo de los Champs-Élysées y en otras zonas del oeste de París, cientos de casas estaban en ruinas. La rue Royale, la rue du faubourg Saint-Honoré, la rue du Bac y la rue de Lille sólo tenían a los lados edificios incendiados, al igual

que calles considerablemente menos lujosas en Montmartre y Belleville. Innumerables edificios aún en pie habían sido acribillados con balas y proyectiles. Los restos destrozados de la Columna de la Victoria aún se extendían por toda la place Vendôme. Había escombros de barricadas en la mayor parte del centro y el este de París, en particular en Montmartre y Belleville. La Ciudad de la Luz se había convertido en la Ciudad de la Sangre, cuyas innumerables huellas no podían borrarse fácilmente. Sin embargo, casi inmediatamente después de la caída de la Comuna, la oficina de Thomas Cook en Londres organizaba excursiones para visitar las ruinas de la capital francesa. Los turistas podrían volver a «transitar alegremente por el elegante París del placer mundano»[3].

La Comuna había sido aplastada, pero nunca se celebró una ceremonia fúnebre por su desaparición sangrienta. En las iglesias de París se entonaron tedeums, no por los miles de parisinos muertos, sino por el arzobispo de la ciudad. El cuerpo de Georges Darboy fue exhibido en la capilla del palacio arzobispal durante 10 días, mientras que le rendían homenaje ríos de parisinos adinerados. El vizconde Camille de Meaux, miembro de la Asamblea Nacional, se cruzó al llegar a la Gare de Montparnasse para el funeral del 7 de junio con otro convoy de prisioneros conducidos a Versalles. Nunca olvidaría las miradas orgullosas de enojo dirigidas a quienes los observaban, confiadas en que la venganza llegaría un día. Incluso en torno a Notre Dame la población parecía hostil. Meaux expresó su sorpresa ante el hecho de que los anticomuneros no fueran recibidos como liberadores[4].

La oración pronunciada por el sacerdote Adolphe Perraud le habría parecido extraña al propio arzobispo Darboy, al describir al «santo mártir de la Roquette» como el «arzobispo más universalmente querido que nunca tuvo París». De hecho, como señaló su panegírico, Darboy había soportado la oposición constante de los que Perraud calificaba como «demagogos, legitimistas, ultrapapistas». Una vez enterrado en Notre Dame con toda solemnidad, los ataques contra él de los ultramontanos, incondicionalmente leales al Vaticano y, por tanto, enemigos de los galicanos franceses, comenzaron de nuevo[5].

Karl Marx fue uno de los que más insistieron en que Adolphe Thiers fue «el verdadero asesino del arzobispo Darboy». El jefe del gobierno de Versalles bien pudo suponer que los comuneros no se atreverían a ejecutar

al arzobispo, pero estuvo dispuesto a correr ese riesgo. En todo caso, la ejecución de Darboy fortaleció la posición de Thiers en la orquestación de una enérgica represión. Wickham Hoffman, ayudante del embajador estadounidense Elihu B. Washburne, llegó a la conclusión de que, si Darboy no hubiera sido galicano, la extrema derecha de la Asamblea «se habría esforzado más por salvar su vida»[6].

La Iglesia católica no perdió tiempo en tratar de reafirmarse en Francia después de la Comuna, utilizando la muerte de Darboy para promover una variedad más conservadora del catolicismo. El 18 de junio Pío IX denunció el liberalismo católico, después de evocar el martirio de Georges Darboy a manos de «la Comuna y sus hombres escapados del infierno». Se celebraron misas como expiación o incluso exorcismo de los comuneros. Se colocó una placa de mármol en La Roquette en honor de Darboy y los demás rehenes muertos allí; al año siguiente se realizó una peregrinación al lugar de la rue Haxo donde habían muerto otros rehenes, construyendo allí también una iglesia[7].

En 1875, la Iglesia comenzó a construir un monumento más egregio y permanente: la basílica del Sacré-Coeur en Montmartre, cerca del lugar donde Eugène Varlin fue golpeado y luego baleado hasta la muerte. Se erigió como símbolo de penitencia, porque Francia debía de haber pecado mucho para sufrir una derrota tan aplastante en la Guerra Franco-Prusiana y luego un levantamiento de su propio pueblo. El Sacré-Coeur representaba los estrechos vínculos entre la Iglesia, que todavía aspiraba a una restauración monárquica, y la República conservadora que siguió a la derrota de la Comuna. Se convirtió en objeto de odio apasionado para los hombres y mujeres de la izquierda política[8]. La Iglesia, irónicamente, perdió aún más terreno entre la gente común, que no llenaba los bancos de los nuevos centros de culto que se iban construyendo en los barrios obreros en los márgenes de la vida urbana.

El Ministerio de la Guerra disolvió a los Voluntarios del Sena, que habían regresado a Versalles. Pero primero se celebró su servicio: un banquete y una revisión triunfante en Longchamps el 29 de junio en presencia de Thiers, todavía con el título de «jefe del poder ejecutivo de la República Francesa», marcó el final de aquella fuerza. Albert Hans creía orgullosamente que él y sus colegas habían cumplido con su deber «bajo la atenta mirada de un enemigo que nos veía agonizar con una alegría cruel».

Las bajas de los Voluntarios habían ascendido a unos cuantos muertos, incluyendo Gustave Durieu, el asesino comandante del batallón, y alrededor de 10 heridos[9].

Hans había dado la bienvenida a la guerra contra los prusianos, confiado en una victoria francesa. Ahora, frente a la Comuna, se comprometió a luchar de nuevo «por la causa nacional y conservadora» contra «las masas turbulentas» si los revolucionarios se atrevían a alzarse de nuevo. Esperaría ansiosamente el día en que Metz pudiera ser recuperada de «nuestros enemigos implacables» al otro lado del Rin. La victoria de las fuerzas de Versalles, a su juicio, había restaurado «nuestra dignidad nacional». Para Hans, «*la patrie* era la divinidad»[10].

Thiers y los versalleses se vieron sorprendidos e irritados por la creciente reacción internacional hostil a la represión. Un periódico de Ginebra denunció las matanzas realizadas en París. Si tantos cuerpos eran necesarios para «el reinado del orden», argumentaba, entonces «el mundo civilizado colapsará aún más rápidamente». Otros periódicos extranjeros comenzaron a presentar a los trabajadores parisinos como «mártires». En Londres *The Times*, bien informado en todo momento por sus corresponsales en París, llegó a la conclusión de que «las leyes de la guerra son suaves y cristianas cuando se comparan con las leyes inhumanas de venganza por las que los soldados de Versalles han fusilado, apuñalado con sus bayonetas y destripado a hombres, mujeres y niños hechos prisioneros durante los últimos seis días. La historia nunca había visto antes nada parecido»[11].

Las ejecuciones prosiguieron al menos hasta el 7 de junio en Satory, el Bois-de-Boulogne y la prisión de Cherche-Midi. En el Père Lachaise, los trabajadores se apresuraron a limpiar el terreno, llevándose los desechos y las señales de lo que había sucedido, pero había tantos cadáveres que sólo podían amontonarlos. Los cuerpos tuvieron que ser sacados de las calles, por mucho que Thiers pudiera haber preferido que permanecieran allí como una advertencia, algo así como la horca colgada cerca de las casas señoriales de Rusia en la era de la servidumbre. En el Palais-Royal los cuerpos de las mujeres permanecieron durante días en el jardín y bajo los arcos de la estructura. Los cadáveres en descomposición creaban un hedor horrible que impregnaba el aire[12].

Los versalleses trataron de cubrir algunas fosas comunes para hacer que pareciera que un menor número de comuneros habían muerto. Un periódico

de París publicó un decreto oficial que prohibía a la gente entrar en el Bois-de-Boulogne porque allí la matanza proseguía. El anuncio concluía así: «Cada vez que el número de condenados sea superior a 10 hombres, el pelotón de ejecución será reemplazado por una ametralladora» en aras de la eficiencia. El 16 de junio el *Journal Officiel* anunció que cualquier periódico que reprodujera aquel decreto sería perseguido, pero no negó su autenticidad[13].

Thiers, a quien Henri Rochefort llamaba «Sanguinario Pulgarcito», escribió triunfalmente a los prefectos de Francia acerca de los comuneros: «El suelo está cubierto con sus cadáveres; este horrible espectáculo servirá como lección». Élie Reclus observaba que el verbo «fusilar» se había convertido en «el núcleo de nuestro idioma», en «la gran consigna de la sociedad francesa»: «fusilamos, fue fusilado, será fusilado». Los comuneros podían ser mortales, pero su causa no lo era[14].

El gobierno de Versalles no se contentó con la detención de comuneros en París. También envió órdenes a los prefectos departamentales pidiéndoles la detención de comuneros que habían logrado salir de la capital con vida. En varios departamentos se decretó el estado de sitio. Alrededor de 1.500 de los acusados de ser comuneros, muchos de ellos trabajadores ordinarios, lograron llegar a Bélgica, entre 2.000 y 3.000 a Suiza, alrededor de 500 a Inglaterra, y unos pocos a España, los Países Bajos o América del Sur. La mayoría iba a tener que vivir en la miseria. Los líderes comuneros tenían muchas más probabilidades de escapar que las bases debido a sus conexiones y su experiencia viajera. Ahí también los parisinos más pobres estaban en desventaja, como frente a la represión y el derramamiento de sangre. Léo Frankel escapó gracias a un conductor de landó que le hizo disfrazarse de ebanista. Él y Elizabeth Dmitrieff llegaron a Suiza como una supuesta pareja prusiana, ya que ambos hablaban bien el alemán. Tras volver a Rusia, Elizabeth asumió la causa de la revolución y se casó con el administrador de los bienes de su marido legal (su primer matrimonio había sido un apaño de conveniencia). Cuando fue detenido y enviado a Siberia, ella lo siguió, sin haber tenido noticia de su indulto en 1879 después del afianzamiento de la Tercera República. Ella murió en Siberia en 1910[15].

El gobierno francés también presionó a las autoridades del Reino Unido, España, Bélgica y Suiza para que detuvieran y extraditaran a los que habían participado en la Comuna. Desde Bélgica Victor Hugo, quien al principio

había estado en contra de la Comuna, ahora indignó a Thiers y su entorno atacando al gobierno belga por su cumplimiento de las directivas de Thiers. Denunció la ejecución por los versalleses de Raoul Rigault y otros sin juicio. Expulsado de Bélgica el 30 de mayo por condenar a su gobierno, Hugo encontró refugio en los Países Bajos[16].

En julio de 1870 el pasado comunero de Sutter-Laumann comenzó a causarle problemas. Técnicamente era un desertor, al menos desde el punto de vista versallés, porque había combatido en la Guerra Franco-Prusiana. Un oficial que se había unido a la alcaldía del Distrito XVIII donde había trabajado lo llamó aparte y le dijo que ya era hora de que se fuera de París. El oficial escribió una carta recomendándolo para el servicio pagado como guardia en uno de los pontones llenos de presos comuneros que habían sido condenados a permanecer en cautiverio allí o ser enviados a prisión en Cayena o algún otro lugar tropical distante. Se fue a Cherburgo, protegiendo, paradójicamente, a algunos contra los que había luchado. Durante el resto de su vida Sutter-Laumann, quien se convirtió en escritor, poeta y crítico, tuvo pesadillas sobre los horrores de la Semana Sangrienta[17].

Cuando vio que los versalleses se acercaban y comenzaban a caer proyectiles cerca de su taller, Gustave Courbet aceptó la invitación de Demoiselle Girard, más tarde calificada por la Policía como su amante, quien ofreció al pintor una habitación en su apartamento en el tercer piso del número 14 del passage du Saumon, y espacio en el sótano de su casa para 35 pinturas. Courbet había despertado la ira de los anticomuneros; los periódicos se referían a él invariablemente como «el desmantelador» de la columna Vendôme. Eugène Delessert llegó incluso a decir que quería ver al pintor –«ese vándalo prusiano»– fusilado[18].

La Policía saqueó el taller de Courbet en la rue d’Hautefeuille. El pintor había perdido ya dos talleres: uno en Ornans en el momento de la invasión prusiana y otro en el Pont d’Alma. Circulaban diversos rumores sobre su paradero. *Paris-Journal* aseguraba que había sido descubierto escondido en el Ministerio de Marina, después de haber metido su *grosse personne* en un armario y, que cuando se resistió, un soldado lo había hecho supuestamente pedazos con su fusil[19].

Poco antes del inicio de la Semana Sangrienta Courbet, consciente de que era un hombre buscado, hizo una visita por sorpresa a Arsène Lecomte,

quien fabricaba instrumentos musicales y vivía en la rue Saint-Gilles en Le Marais. Los dos se conocían desde hacía veinte años, aunque no muy bien. Lecomte sabía que el pintor se había metido en política pero no mucho sobre su papel en la Comuna. Courbet le dijo que temía caer en manos de los versalleses y le preguntó si podía quedarse una noche en su apartamento, mientras que le preparaban otro cerca de Charenton. La esposa de Lecomte no lo quería allí, pero Courbet simplemente se presentó sin llevar absolutamente nada con él. Se ocultó allí del 23 de mayo al 7 de junio cuando la Policía irrumpió en el apartamento por la noche[20].

Courbet se había cortado el pelo y afeitado la barba. Un policía dijo que su acento del Franco Condado lo había delatado. Cuando fue llevado al Palacio de Justicia, otro policía le preguntó por qué se había asociado con «esos bandidos». El 4 de julio fue encarcelado en Mazas. El Consejo Municipal de Ornans retiró una estatua que había hecho a partir de una fuente de la plaza, a la que se le había roto un brazo[21].

Juzgado por un consejo de guerra el 15 de agosto, Courbet fue acusado de tratar de derrocar al gobierno, incitar al odio, usurpar funciones públicas (por haber sido miembro de la Comuna) y de ser responsable de la demolición de la Columna Vendôme. Courbet sostuvo que esta obstruía la circulación, y que se había opuesto a incendiar al Palais-Royal y había ayudado a preservar los tesoros artísticos del Louvre. Insistió en que había tratado de usar su fama para llevar a la Comuna a la conciliación. No era así como lo veía el gobierno de Versalles, pero en realidad no podían fusilar al famoso artista.

El 2 de septiembre el consejo de guerra condenó a Courbet a seis meses de prisión. En 1873 el gobierno, presidido por el mariscal Mac Mahon, condenó al pintor a pagar el coste de la reconstrucción de la columna Vendôme y de su juicio. Courbet se exilió en Suiza. El gobierno se apoderó de las propiedades del artista, incluidos sus cuadros, en París y en Ornans. El *maître d'Ornans* falleció el último día de 1877, justo antes de tener que realizar su primer pago[22].

Juicios-farsa como el de Courbet estaban destinados a tranquilizar a las clases altas sobre la eficiencia de la represión. Un abogado llamado ante un consejo de guerra expresó su indignación por lo que había visto, «hombres tratados como ganado sin valor; encadenados, insultados por una multitud cobarde e idiota». Estaba orgulloso de defender a comuneros derrotados,

que, en su mayor parte, no habían hecho más que levantar una bandera, «la de la Miseria»[\[23\]](#).

En los juicios de presuntas incendiarias, las consideraciones «morales» —«vida en pecado», hijos nacidos fuera del matrimonio, falta de «buenos» antecedentes familiares, etc.— influían, sin duda, en la dureza de las penas. La imagen versallesca de la insurrecta militante iba a persistir y, junto con la idea del «patán borracho», influiría en la aparición de la psicología de masas; las multitudes fueron descritas como poseedoras de características extraídas del discurso anticomunero, como identidades individuales subsumidas y dominadas por un comportamiento irracional, emocional, caprichoso, el supuesto tipo de compartamiento de las incendiarias, o dando tumbos irracionalmente como los borrachos[\[24\]](#).

Durante su juicio, Louise Michel se enfrentó con orgullo a los jueces, diciéndoles que, a pesar de ir siempre vestida de negro, nunca le había faltado su cinturón rojo desde la proclamación de la República el 4 de septiembre. Con un aspecto tan severo como siempre, Michel denunció la ejecución de rehenes, insistiendo en que la Comuna «no había tenido absolutamente nada que ver con los asesinatos o incendios». Su objetivo había sido siempre la revolución social. Afirmó rotundamente que «no habría vacilado en disparar contra la gente que dio las órdenes de ejecutar a presos comuneros, decidiendo en determinado momento matar a Thiers». Tuvo «el honor de ser señalada como una de las promotoras de la Comuna». Juró «por nuestros mártires que cayeron en el campo de Satory» que, si los jueces no la condenaban a muerte, «no dejaría de clamar venganza [...]. Si no sois unos cobardes, matadme». Los jueces la condenaron a la deportación [a Nueva Caledonia], pero no a muerte, probablemente creyendo que su ejecución pudiera hacer de ella una mártir. Cuando se le preguntó en el consejo de guerra si alguna vez había tenido una relación íntima con un hombre —el objetivo era aparentemente ver si había estado involucrada con Théophile Ferré—, la «Vierge Rouge» respondió: «No, mi única pasión es la revolución»[\[25\]](#).

Disfrazado de mujer, Ferré había logrado evitar la detención durante varios días después de que cayó la Comuna, antes de ser hecho prisionero en una casa de la rue Montorgueil. Se negó a responder a las preguntas de los interrogadores y fue condenado a muerte y fusilado aquel mismo día en la llanura de Satory. Gustave Genton y Jean-Baptiste François fueron ambos



condenados y fusilados también allí. Durante el verano siguiente los presos seguían siendo enviados a Satory. El general comunero Louis Rossel fue reconocido a pesar de su disfraz en el bulevar Saint-Germain el 7 de junio. Él también fue fusilado en Satory en noviembre. Antes de morir, escribió: «Nunca me arrepentiré de haber intentado demoler esta oligarquía bastarda, la burguesía francesa». El 29 de junio de 1872, en una perfecta muestra de los juicios-farsa que se estaban celebrando, un consejo de guerra condenó a muerte a Raoul Rigault, aunque en realidad había sido ejecutado 13 meses antes. Otro consejo de guerra condenó en noviembre a Eugène Varlin a muerte, a pesar de que él también había sido brutalmente asesinado 18 meses antes[26].

La investigación oficial del gobierno sobre la Comuna culpaba predeciblemente a los socialistas (y específicamente a la Internacional), a los anarquistas y al debilitamiento de la influencia de la Iglesia del «desorden moral» de la Comuna. Exudaba hostilidad conservadora hacia París, señalando que la inmigración había reunido a miles de personas dispuestas a la revolución y sugería que la ciudad dejara de ser la capital de Francia. París no volvería a tener el derecho a tener a un alcalde durante más de un siglo, hasta 1977. El gobierno disolvió la Guardia Nacional y al año siguiente prohibió la Internacional. Thiers insistía en que la fuerza de Francia era inseparable de «una nación que cree» en Dios. El informe del gobierno saludaba la represión como «una necesidad dolorosa. La sociedad está obligada a defenderse a sí misma». Pero eso no era suficiente. Francia tenía que «reincorporarse a la senda de la civilización». La eliminación de las partes «no saludables» de la sociedad tenía un papel importante en este esfuerzo. Una matanza era un buen comienzo[27].

Entre el final de la Comuna y 1873 aparecieron unos 300 libros que apoyaban la versión oficial de los hechos. Esos informes saludaban la victoria de los versalleses y condenaban a los «vándalos» y «bárbaros» de la Comuna; Théophile Gautier, Alphonse Daudet y otras figuras literarias publicaron ataques contra los comuneros. La interpretación versallesa de la Comuna, que trataba de justificar la represión sangrienta, fue dominante durante la época de la «República dle Orden Moral», que duró hasta 1877. Veintiún años más tarde un sacerdote antisemita, horrorizado por el advenimiento al poder en Francia de gente que había apoyado en su

momento a la Comuna, argumentaba que la represión en 1871 había sido «quizá ¡todavía demasiado suave!»[28].

No es de extrañar que el informe del gobierno se hiciera predominante en los años inmediatamente posteriores a la Comuna, durante la conservadora «República del Orden Moral». De hecho, los comuneros todavía estaban siendo perseguidos: 24 tribunales militares seguían reuniéndose, algunos hasta cuatro años después de la caída de Comuna. En total, según un informe oficial del gobierno, se produjeron 36.309 detenciones y 10.137 condenas, incluidas las de los enviados a Nueva Caledonia, la colonia penal francesa en el suroeste del océano Pacífico. Los «desertores» —es decir, los exsoldados que lucharon con la Comuna y que no habían sido fusilados— recibieron condenas particularmente duras. Una vez más, se apuntó contra barrios específicos identificados con la izquierda; los tribunales militares condenaron a la deportación a más de 700 comuneros que vivían en Montmartre. Muchos más fueron ejecutados o simplemente desaparecieron[29].

Miles de prisioneros soportaron largos y duros viajes en vagones de ganado a las fortalezas y prisiones de buques y pontones —cárceles flotantes— en Brest, La Rochelle, Rochefort, Cherbourg, Oléron, Lorient o Île-de-Ré. Los presos recibían sólo un pedazo de pan para comer y agua en dos latas de conserva, y no tenían la posibilidad «de aislarse con el fin de atender a las necesidades más elementales». Aunque eso era mejor que ser abatido a tiros, los presos sufrían mucho y no todos creían haber tenido suerte. Una canción que solían cantar incluía el verso: «La cárcel es peor que la muerte»[30].

Louise Michel y Nathalie Le Mel estaban entre las más de 4.500 personas deportadas a los Mares del Sur. Después de dos años de encarcelamiento, en agosto de 1873 fueron trasladadas de París a Rochefort, donde abordaron el *Virginie* y fueron encerradas en jaulas de acero, junto con otras 150 prisioneras o más, sin luz natural ni aire fresco, en medio de una humedad tropical sofocante. Algunas de las prisioneras tenían hijos pequeños, entre ellos un niño nacido en la prisión de Les Chantiers en Versailles. Las presas recibían escasas raciones y un litro de agua por día. Le Mel fue una de las que enfermaron gravemente en aquel largo viaje al infierno. Michel escribía poesías describiendo aquel viaje tremendo de más de cinco meses.

La *Virginie* llegó por fin a la bahía de Nouméa, que tenía, como Roma – observaba Michel con ironía–, siete colinas azuladas. Los prisioneros condenados a trabajos forzados fueron llevados a la isla de Noua, a cuatro kilómetros de distancia, donde sufrieron un trabajo agotador y castigos infligidos por guardias brutales. Louise Michel fue llevada con un grupo de prisioneros condenados a la deportación a un recinto fortificado en la isla de Ducos, a unos 10 kilómetros de Tomo, en Nueva Caledonia. Los guardias hacían aún peores las condiciones de los presos, privándoles de pan e infligiéndoles otras crueldades premeditadas. Hicieron cuanto pudieron, cultivando pequeños jardines y construyendo una pequeña escuela. Se vieron obligados a sobrevivir sin un médico y carecían incluso de los medicamentos y vendas más básicas para el cuidado de heridas y lesiones. A finales de 1873 40 de ellos habían muerto[31].

Las quejas de Michel sobre las condiciones de vida y referidas al sufrimiento de Le Mel no lograron ninguna mejora. Ella se puso de parte de los canacos, los indígenas de Nueva Caledonia, que se rebelaron contra el dominio francés en 1878. Un año después Michel se ganó el derecho a pasar a Numea, la capital de la isla más grande, para enseñar allí a los hijos de los presos. Durante sus siete años en Nueva Caledonia, Michel, tras conocer de cerca el poder represivo del Estado en Francia y en Nueva Caledonia, se hizo anarquista.

El número de comuneros que perecieron a manos de las fuerzas versallesas es todavía objeto de debate[32]. Los informes conservadores acusan a los comuneros de asesinato en masa, estimando que 66 o tal vez 68 rehenes fueron asesinados. Los versalleses, por su parte, ejecutaron sumariamente, sin un juicio real, hasta 17.000 personas, cifra ofrecida por el informe oficial del gobierno. El Consejo Municipal pagó por ese número de enterramientos después de la Semana Sangrienta. Sin embargo, algunas estimaciones han elevado el número hasta 35.000 muertos.

Los cuerpos eran dejados en terrenos baldíos, amontonados en enormes zanjas, obras en construcción y edificios abandonados o quemados, arrojados al Sena o en fosas comunes, incluyendo las de la plaza de Saint-Jacques, cerca del cuartel Lobau, o más allá de los muros de la ciudad. Miles de cuerpos simplemente desaparecieron, cubiertos con cal, quemados o eliminados de otras maneras, por ejemplo, acarreados hasta otros cementerios fuera de París, o enterrados en la fábrica de gas. Otros

acabaron en los cementerios de Montparnasse, Montmartre o el Père Lachaise. Muchos cuerpos fueron quemados, como en Buttes-Chaumont. En el Distrito XIX fueron enterrados más de 1.500 cadáveres. Montmartre, junto con Belleville, fue uno de los *quartiers* más afectados debido a su identificación con la causa comunera: tan sólo en el Distrito XX murieron más de 2.000 personas[33]. Cuando los periódicos pretendieron publicar las listas de los ejecutados por orden de los tribunales militares, se les dijo que eso no era posible porque no existía un registro oficial de aquellos consejos de guerra. Muchas personas simplemente desaparecieron como víctimas anónimas. Cuando los cuerpos de los comuneros que habían sido ejecutados pudieron ser identificados, las autoridades se negaron durante cuatro meses a permitir que sus familias pusieran flores o cualquier otra cosa en sus tumbas[34].

Un estudio posterior llevado a cabo por miembros del consejo municipal de París llegó a la conclusión improbable de más de 100.000 trabajadores muertos, prisioneros o huidos. Esa estimación podía ser demasiado elevada, pero de lo que no cabe duda es de que la clase obrera parisina se vio considerablemente mermada. Al comparar el censo de 1872 con el de 1866, la mitad de los 24.000 zapateros habían desaparecido, así como 10.000 de los 30.000 sastres, 6.000 de 20.000 carpinteros y ebanistas y 1.500 de 8.500 trabajadores del bronce, con cifras sólo un poco menos llamativas entre fontaneros, techadores y otros oficios de los que salieron muchos comuneros militantes. Mucho después de la Comuna, los industriales y los pequeños empresarios se quejaban de la escasez de artesanos y trabajadores expertos[35].

Maxime Vuillaume dio en el clavo cuando, al tratar de evaluar el número de víctimas de los versalleses, inquiría: «¿Quién puede saberlo?». Louise Michel se preguntaba: «Pero ¿de cuántos de los que estaban allí no sabemos nada? De vez en cuando la tierra vomita sus cadáveres». París se había convertido «en un inmenso matadero y [...] nunca sabremos los nombres ni el número de víctimas»[36]. Esto sigue siendo cierto hoy día.

Poco después del aplastamiento de la Comuna, se intensificó el odio de clases. La cuestión social llegó a dominar la política en Francia y en otros países, y los contemporáneos lo atribuían a la efímera Comuna de París. Desde Londres Karl Marx llegó a la conclusión de que la Comuna de París no era todavía la revolución social prevista que liberaría el proletariado pero

que, insistía, llegaría algún día. En cualquier caso, los trabajadores se habían levantado de forma espontánea, lo que reafirmaba su convicción. Lenin iba a añadir la dirección de la vanguardia del proletariado, en última instancia el partido bolchevique, alejándose así del énfasis en la espontaneidad revolucionaria de los trabajadores. Por su parte, el positivista británico Frederic Harrison, escribiendo poco después de la caída de la Comuna, llegó a la conclusión de que, por primera vez en la historia europea moderna, «los obreros de la principal ciudad del continente han organizado un gobierno regular en nombre de un nuevo orden social», en oposición a los ricos y poderosos que se beneficiaban de la centralización estatal para consolidar «enormes y cada vez mayores riquezas, abriendo a los ricos reinos encantados de ocio, lujo y derroche, a costa del obrero, generación tras generación, incrementando su carga de trabajo, miseria y desesperación». Para Jean Allemane, las masacres durante la Semana Sangrienta demostraban tristemente «que el alma burguesa está repleta de egoísmo y fría crueldad». Una breve historia de la Comuna publicada después de su desaparición señalaba que, para la burguesía victoriosa, «exterminio» había sido «la única palabra que se podía emplear». Autores británicos argumentaron que la historia saludaría, en última instancia, al humanismo de los comuneros, cosa que todavía hoy parece bastante cierta. Durante 64 días, los parisinos corrientes habían sido «dueños de su propio destino»[\[37\]](#). Pero su sueño no se iba a hacer realidad.

Thiers había logrado destruir la Comuna. Pero la masacre perpetrada por sus tropas durante y después de la Semana Sangrienta iba a proyectar una larga sombra durante todo el siglo siguiente. Pese a la ejecución de rehenes y las matanzas de los Dominicos –con un total de unas 66 o 68 víctimas–, los crímenes cometidos por los comuneros palidecen en comparación con las 12.000 a 15.000 ejecuciones realizadas por el Ejército de Versalles. De hecho, los comuneros estaban, en general –a pesar de su nivel de violencia verbal–, muy atentos a mostrar que no iban a comportarse como los versalleses. La violencia del Estado fue organizada y sistemática, cosa que se iba a acentuar en el siglo XX[\[38\]](#). Para los *hommes d'ordre*, como tronaba memorablemente un magistrado versallés, «en París, toda la población era culpable». Se podían oír los gritos de «¡Los bandidos! ¡Hay que exterminarlos hasta el último!». Otro anticomunero soñaba con «un inmenso horno en el que los vamos a cocinar a todos ellos uno a uno»[\[39\]](#).

No iba a haber nada parecido a la masacre perpetrada por los versalleses hasta las atrocidades contra los armenios en 1915 durante la Primera Guerra Mundial y aquel lenguaje no se volvería a oír de nuevo hasta el genocidio nazi y otros asesinatos en masa con víctimas elegidas por la raza o el origen étnico, incluidos los trágicos acontecimientos en los Balcanes durante la década de los noventa hacia el final del cruel y sangriento siglo XX.

Adolphe Thiers, a quien la Asamblea Nacional proclamó primer presidente de la Tercera República el 31 de agosto de 1871, recuperó la mayor parte de las obras de arte que le habían sido requisadas para las Tuileries, y el gobierno le pagó una enorme suma como compensación por la pérdida de su casa. Jules Ducatel, que había señalado a las tropas versallesas el 21 de mayo que nadie vigilaba el Pont-du-Jour, recibió honores del gobierno. En 1877 perdió su empleo al ser acusado de robo. El coronel Vabre, que supervisó los asesinatos en masa desde el tribunal militar del Châtelet, fue condecorado con la Legion d'honneur[40].

Thiers murió en 1873. París permaneció bajo la ley marcial hasta principios de 1876. Las asociaciones de trabajadores sufrieron la represión que siguió a la Comuna y sólo se fueron recuperando lentamente. La Tercera República Francesa sobrevivió al intento por parte del mariscal y presidente monárquico Patrice de Mac Mahon de destruirla mediante un golpe de Estado parlamentario, la llamada Crisis del 16 de mayo de 1877. Destituyó al primer ministro Jules Simon, republicano moderado, pero la Cámara de Diputados se negó a apoyar el nombramiento de un monárquico prominente para encabezar el nuevo gobierno. Las nuevas elecciones trajeron una mayoría republicana.

Poco a poco la Tercera República Francesa arraigó en la Francia provinciana y, en las plazas de los pueblos, se erigieron estatuas en su honor. En París, la place du Château d'Eau se convirtió en la place de la République, con un gran monumento que celebraba el nuevo gobierno. El Ayuntamiento de París compró una de las pinturas de Gustave Courbet. *La Marsellesa* se convirtió en el himno nacional francés en 1879. Aquel año se dio una amnistía parcial muy controvertida para los comuneros, seguida por una amnistía completa el 11 de julio de 1880. Miles de hombres y mujeres regresaron del exilio y la prisión en distantes lugares, incluidos los que habían sido condenados para muchos años a las condiciones increíblemente duras de Nueva Caledonia[41].

Aquel año el 14 de julio, Día de la Bastilla, fue celebrado por primera vez como una fiesta nacional. Miles de personas recibieron a Louise Michel en la estación de Saint-Lazare cuando regresó a Francia en noviembre de 1880. Los primeros partidos socialistas franceses de masas cobraron forma durante las dos décadas siguientes. Los sindicatos franceses crecieron con fuerza tras su legalización en 1881. Poco a poco el dominio del discurso versallés en la memoria colectiva de la Comuna de París se fue borrando. Con el afianzamiento de la Tercera República, sobre todo con las elecciones nacionales a principios de la década de 1880, la Comuna comenzó poco a poco a ser entendida como un momento fundacional, aunque controvertido, de su historia[42]. Luego se ha convertido en un acontecimiento importante y positivo en la historia nacional francesa.

Pero, incluso después de esos acontecimientos, todavía hubo momentos de represión sangrienta. El 1 de mayo de 1890 Louise Michel encabezó la primera manifestación de trabajadores franceses en lo que se convirtió en un día festivo internacional. Un año más tarde soldados franceses mataron a tiros a manifestantes a favor de una huelga en la pequeña ciudad obrera del norte de Fourmies. Diez personas murieron, entre ellas cuatro mujeres jóvenes, la más joven de dieciséis años de edad, y 24 personas resultaron heridas, incluidos varios niños. La *rafle*, o redada policial de «sospechosos», cobró forma en los barrios obreros durante la década de 1890. En 1900 París se presentaba en las guías como «pacificada» y bien vigilada: las «fuerzas del orden» estaban dispuestas a intervenir en cualquier instante. El poder del Estado francés centralizado se mantuvo y, con él, su capacidad para la violencia extrema, en Francia y en sus colonias. Si la Comuna de París de 1871 puede ser vista como la última de las revoluciones del siglo XIX, la sistemática represión estatal asesina que la siguió ayudó a desatar los demonios del siglo XX. Este es quizá un legado mayor de la Comuna de París que el de un movimiento por la libertad emprendido por la gente corriente.

El muro de los *fédérés* en el cementerio del Père Lachaise, donde tantos comuneros fueron muertos a tiros, acabó convirtiéndose en memorial que simbolizaba las matanzas de Semana Sangrienta. Atrajo a los visitantes el 14 de julio de 1880, la primera vez que esa fecha podía ser celebrada como fiesta nacional bajo la República, llevando algunos coronas conmemorativas. Poco a poco pequeñas multitudes desafiaron a la Policía

marchando en silencio hasta el muro, dando lugar a enfrentamientos. El canto revolucionario de Eugène Pottier *El monumento a los fédérés* recordaba lo que había ocurrido allí y en muchos otros lugares en París: «Aquí estaba el matadero, el osario. Las víctimas rodaban hacia abajo desde la esquina de este muro hasta la gran zanja abajo». La Policía acabó tolerando cada vez más las manifestaciones hasta el muro el 1 de mayo. En 1908 se colocó allí una simple placa de mármol: «A los muertos de la Comuna, 21-28 de mayo de 1871».

Hoy día el muro de los *fédérés* sigue siendo un sombrío pero estimulante monumento a los masacrados por las fuerzas de «los hombres de orden». Las manifestaciones crecieron en tamaño e intensidad durante los enfrentamientos de mayo de 1968 y de nuevo, tres años después, en el centenario de la Comuna. En 1983 el muro fue reconocido como monumento histórico, en conmemoración de la victoria, en último término, de la República Francesa por la que combatieron los comuneros[43].

El antiguo comunero Jules Vallès dedicó su novela autobiográfica *L'Insurgé*

A todos aquellos,  
Víctimas de la injusticia social,  
Que toman las armas contra el mal en el mundo  
Y que formaron,  
Bajo la bandera de la Comuna,  
Una gran federación de los que sufren[44].

Jean-Baptiste Clément, quien logró escapar a Bélgica y luego a Londres y fue condenado a muerte por Versalles, había escrito *Le temps de cerises* en 1866. Los parisinos la habían cantado, tanto durante el asedio prusiano como durante el versallés. Ahora la dedicó «a la valiente ciudadana Louise, la auxiliar médica voluntaria de la rue Fontaine-au-Roi, el domingo 28 de de mayo de 1871»:

*J'aimerai toujours le temps des cerises:  
C'est de ce temps-là que je garde au cœur  
Une plaie ouverte.*  
[Siempre amaré el tiempo de las cerezas.  
Guardaré siempre en mi corazón, de ese tiempo,  
Una herida abierta][45].



*Le temps de cerises* eran ahora los viejos tiempos, cuando los parisinos eran libres[46].

Cuando subo hasta el muro de los *fédérés*, cuando se acerca el anochecer, las hojas caen y todo está quieto, casi puedo oír las palabras de Thomas Wolfe: «Oh, perdido, y por el viento afligido, fantasma, regresa de nuevo»[47].

[1] Prosper-Olivier Lissagaray, *Les Huit journées de mai derrière les barricades* (1871), p. 34.

[2] *Ibid.*, pp. 138-139.

[3] Georges Bell, *Paris Incendié: Histoire de la Commune de 1871* (1872), sección tres, «Les ruines»; Anónimo [Davy], *The Insurrection in Paris: Related by an Englishman* (1871), pp. 118 y 122-159; Robert Tombs, *The Paris Commune 1871* (Londres, 1999), p. 12; Jules Bergeret, *Le 18 mars: Journal Hebdomadaire* (Londres, 1871), pp. 14-15; Camille Pelletan, *La Semaine de mai*, pp. 301 y 344-350.

[4] Camille de Meaux, *Souvenirs politiques, 1871-1877* (1905), pp. 54-56.

[5] Alexis Pierron, *Mgr Darboy: Esquisses familières* (1872), pp. 111-112. El nuevo arzobispo devolvió a Lagarde su condición de primer vicario. Pío IX saludó a Darboy en su encíclica *Beneficia Dei* del 4 de junio. Los versalleses fusilaron al capitán Véric en La Roquette en cuanto llegaron allí. Diversas campañas para obtener la beatificación de Darboy comenzaron a finales de 1880 y se prolongaron hasta finales de la década de 1960. Una estatua de Darboy, esculpida en 1873 por Jean-Marie Bienaimé (Bonassieux), se encuentra en Notre Dame. En el distrito XI se rebautizaron unas calles con los nombres de Darboy y Deguerry.

[6] Jacques-Olivier Boudon, *Monseigneur Darboy (1813-1871)* (2011), p. 146; Wickham Hoffman, *Camp, Court, and Siege: A Narrative of Personal Adventure and Observation During Two Wars, 1861-1865, 1870-1871* (Nueva York, 1877), p. 264.

[7] Fournier, *La Commune*, pp. 22-25. La iglesia de Notre-Dame-des-Otages permanece hoy en el número 81 de la rue Haxo.

[8] Olivier Marion, «La vie religieuse pendant la Commune de Paris 1871» (tesis no publicada, Paris-X Nanterre, 1981), p. 262; John Merriman, *Dynamite Club* (Nueva York, 2009), pp. 88-89; Fournier, *La Commune*, pp. 26-27.

[9] Albert Hans, *Souvenirs d'un volontaire versaillais* (1873), pp. 213 y 239-240.

[10] Hans, *Souvenirs*, pp. 213 y 229-232.

[11] Henri Ameline (ed.), *Enquête parlementaire sur l'insurrection du 18 mars*, vol. 1 (Versalles, 1872), pp. 227-228; René Héron de Villefosse, *Les Graves heures de la Commune* (1970), p. 249.

[12] Frédéric Chauvaud, «L'élimination des traces, l'effacement des marques de la barricade a Paris (1830-1871)», en Alain Corbin y J.-M. Mayeur (eds.), *La Barricade* (1997), pp. 272-279.

[13] Lissagaray, *Les Huit journées de mai*, pp. 142-143.

[14] Georges Valance, *Thiers: bourgeois et révolutionnaire* (2007), p. 325; Élie Reclus, *La Commune de Paris au jour le jour* (2011), pp. 374-376 y 378.

[15] William Serman, *La Commune de Paris* (1986), pp. 529-537; 8J 6e conseil de guerre, 683; E. Tersen, «Léo Frankel», *Europe, revue mensuelle*, 29: 64-65 (abril-mayo de 1951), p. 166.

[16] Louise Michel, *La Commune, Histoire et Souvenirs* (1970), pp. 328-329; Serman, *La Commune de Paris*, p. 536.

[17] Sutter-Laumann, *Histoire d'un trente sous (1870-1871)* (1891), pp. 356-357.

[18] 8J 3e conseil de guerre 6, dossier 29/5 (Gustave Courbet), informes del 31 de mayo y el 1 de junio de 1871 e interrogatorio de Courbet, 25 de julio de 1871; Eugene Delessert, *Épisodes pendant la Commune, souvenirs d'un délégué de la Société de secours aux blessés militaires des armées de terre et de mer* (1872), p. 51.

[19] APP Ba 1020, por ejemplo, informe del 7 de julio de 1871.

[20] 8J 3e conseil de guerre 6, dossier 29/5 (Gustave Courbet), p. v., 8, 13 y 14 de junio de 1871.

[21] Pierre Courthion, *Courbet raconté par lui-même et par ses amis*, vol. 1 (Ginebra, 1948), pp. 267-269; Gerstle Mack, *Gustave Courbet* (1951), p. 272; Jean Péridier, *La Commune et les artistes: Pottier, Courbet, Vallès, J. B. Clément* (1980), pp. 70-71.

[22] 8J 3e conseil de guerre 6, dossier 29/5 (Gustave Courbet); Péridier, *La Commune*, pp. 72-75; Henri Dubief, «Défense de Gustave Courbet par lui-meme», *L'Actualité de l'Histoire*, 30 (enero-marzo de 1960), pp. 32-33; Édouard Moriac, *Les Conseils de guerre de Versailles* (1871), pp. 95-100 y 222-223; Robert Boudry, «Courbet et la fédération des artistes», *Europe*, 29:64-65 (abril-mayo de 1951), p. 126; (Jules) Castagnary, *Gustave Courbet et la Colonne Vendôme: Plaidoyer pour un ami mort* (1883), pp. 2 y 77-83. A Courbet se le impuso una multa de 323.091 francos para la reconstrucción de la columna y de 6.850 francos como gastos del juicio.

[23] L. Bigot, *Dossier d'un condamné à mort. Procès de Gustave Maroteau* (1871), p. 163.

[24] Gay Gullickson, *Unruly Women of Paris* (1996), pp. 206-209; Susanna Barrows, *Distorting Mirrors: Visions of the Crowd in Late Nineteenth-Century France* (New Haven, 1981). Tres mujeres, Élisabeth Rétoffe, Joséphine Marchais y Léotine Suétens, fueron condenadas a muerte, pese a la ausencia de pruebas de que hubieran incendiado nada, pero luego fueron indultadas.

[25] 8J 6 dossier 135 Louise Michel, interrogatorio del 28 de junio de 1871; Louise Michel, Lowry Bullitt y Elizabeth Ellington Gunter, *The Red Virgin: Memoirs of Louise Michel* (Alabama, 1981), pp. 85-86; Gullickson, *Unruly Women*, pp. 210-214; Kathleen Jones y Françoise Verges, «“Aux citoyennes!”: Women, Politics, and the Paris Commune of 1871», *History of European Ideas* 13 (1991), p. 725.

[26] Louis-Nathaniel Rossel, *Rossel's Posthumous Papers* (Londres, 1872), p. 203; Jules Bourelly (Général), *Le Ministère de la Guerre sous la Commune* (n. d.), p. 154; Ly 137; Michel, Bullitt y Gunter, *The Red Virgin*, pp. 77-79; 8J 3e conseil de guerre 6 dossier 29/8 Théophile Ferré, interrogatorio del 16 de julio de 1871; 8J 6 dossier 554; Pelletan, *La Semaine de mai*, pp. 154-155.

[27] Louis Énault, *Paris brûlé par la Commune* (1871), p. 25; Amerline, vol. 1, pp. 127, 243 y 264; J. M. Roberts, «La Commune considérée par la droite, dimensions d'une mythologie», *Revue d'histoire moderne et contemporaine* XIX (abril-junio de 1972), pp. 200-201. Alain Corbin sugiere que «es como si ningún régimen pudiera establecerse firmemente hasta que se haya demostrado su capacidad para bañarse en la sangre del monstruo: la población irritada, la turba frenética» (*Village of Cannibals: Rage and Murder in France, 1870*, Cambridge, MA, 1992), p. 98.

[28] Éric Fournier, *La Commune n'est pas morte: Les usages politiques du presse de 1871 à nos jours* (2013), pp. 16-17 y 30; François Bournand, *Le Clergé pendant la Commune* (1892), p. 10.

[29] Robert Tombs, *The War Against Paris 1871* (Cambridge, 1981), pp. 191-192; Tristan Rémy, *La Commune à Montmartre: 23 mai 1871* (1970), p. 125. Según otro informe, las fuerzas versallesas afirmaron haber detenido a 38.578 personas, entre ellas 1.054 mujeres y 615 niños y niñas menores de dieciséis años. De estas, aproximadamente 20.000 fueron puestas en libertad sin cargos y más de

10.000 fueron condenadas a diversas penas. Otras terminaron encarceladas en fuertes bien vigilados en provincias (Valance, *Thiers*, pp. 344-345; general Appert, «Rapport d'ensemble... sur les opérations de la justice militaire relatives a l'insurrection de 1871», *Annales de l'Assemblée nationale* 43 [1875]; Stewart Edwards, *The Paris Commune 1871*, pp. 347-348). A principios de 1875 se habían juzgado los casos de 50.559 prisioneros. Entre 1871 y 1874 22 consejos de guerra juzgaron a 10.448 personas, dando lugar a 13.440 condenas, de las que 3.313 lo fueron por contumacia; 270 fueron condenas a muerte y fueron ejecutados 26 hombres; 410 comuneros (20 mujeres) fueron condenados a *travaux forcés*; 3.989 (16 mujeres) fueron deportados, y 1.269 fueron enviados a prisión (Gérard Milhaud, «De la Calomnie a l'Histoire», *Europe*, 48 (noviembre-diciembre de 1970), pp. 42-56). No eran las «clases peligrosas» imaginadas por las elites; sin embargo, en comparación con otros trabajadores, eran más pobres y, en virtud de la naturaleza transitoria de su trabajo, sin duda menos integrados en la ciudad, más jóvenes y con menos probabilidades de casarse que otros trabajadores, y mayores probabilidades de ser «ilegítimos» (hijos naturales) y de ser analfabetos. El 21 por 100 había tenido algún tipo de encuentro con la ley, pero la gran mayoría de ellos sólo habían sido sometidos a procesos judiciales bastante leves. De los condenados, el 64,2 por 100 tenían entre veintiuno y cuarenta años; el 25,6 por 100 entre cuarenta y uno y sesenta. Los que tenían entre veintiuno y veinticinco años de edad tenían más probabilidades de ser deportados. De los detenidos, el 24,5 por 100 habían nacido en el departamento del Sena (el de París), que es el que iba a la cabeza con 8.938 acusados, seguido por el vecino departamento de Seine-et-Oise con 1.267. Entre los 1.725 extranjeros detenidos al final de la Comuna, los belgas iban a la cabeza con 737, seguidos de 215 italianos, 201 suizos, 154 neerlandeses y 110 polacos (Appert, «Rapport d'ensemble», p. 117). El Museo de Arte e Historia en Saint-Denis da un total de 34.952 detenciones, incluyendo 819 mujeres y 538 niños, de las que resultaron 2.455 absoluciones y 22.727 acusaciones fueron retiradas; 93 personas fueron condenadas a muerte, y 23 de ellas ejecutadas; 251 fueron condenadas a trabajos forzados durante un plazo específico o para toda la vida; 3.417 fueron deportadas a Nueva Caledonia, 1.247 fueron condenadas a cadena perpetua, y 3.359 recibieron penas de prisión más cortas; 3.313 fueron condenadas *in absentia*.

[30] Arthur Monnanteuil, *Neuf mois de Ponton: Paroles d'un détenu* (1873), pp. 6-9; Maurice Choury, *Les Damnés de la terre, 1871* (1970), p. 160.

[31] Louise Michel, *La Commune, Histoire et Souvenirs* (1970), pp. 395 y ss.; Serman, *La Commune de Paris*, pp. 531-535. Henri Rochefort y Francis Jourde consiguieron escapar en marzo de 1874, sobornando al capitán de un barco británico que transportaba carbón para que los llevara al puerto australiano de Newcastle, desde el que finalmente llegaron a Europa (Roger L. Williams, *Henri Rochefort: Prince of the Gutter Press* [Nueva York, 1966], pp. 135-137).

[32] Robert Tombs ha argumentado que perecieron menos comuneros que los sugeridos por otros historiadores, incluido él mismo, que había propuesto anteriormente la cifra de 10.000 (Robert Tombs, «Victimes et bourreaux de la semaine sanglante», en *1848: Révolutions et mutations au XIX<sup>e</sup> siècle* [1994], pp. 81-96). Argumenta en contra de la afirmación de Rougerie que la migración hacia el exterior, incluyendo la partida de los extranjeros que ya no podían encontrar trabajo y los residentes que habían logrado huir durante el sitio, puede explicar, en parte, la caída precipitada de la población entre los trabajadores, sobre todo en determinados oficios radicales, con respecto al siguiente censo oficial. Tombs estima el número de los enterrados en París durante y justo después de Semana Sangrienta entre 5.700 y 7.400 («How Bloody was “La Semaine Sanglante” of 1871? A Revision», *The Historical Journal* 55 [3 de septiembre de 2012], pp. 679-704). Concluye que la Semana Sangrienta no fue ni «un acto de violencia sin precedentes» ni tan violenta como la

Revolución francesa. Sin embargo, muchos cuerpos no se enterraron hasta después del 30 de mayo, y la cal, la cremación y las fosas comunes descubiertas posteriormente representan varios miles de muertes no incluidas en la nueva cifra de Tombs de 7.400 ejecuciones.

[33] Appert, «Rapport d'ensemble»; Jacques Rougerie, «Composition d'une population insurgée: L'Exemple de la Commune», *Mouvement social* 48 (julio-septiembre de 1964), p. 32; Camille Pelletan, que estaba allí, aventura la cifra de 30.000, y Benoît Malon estima alrededor de 25.000 (Benoît Malon, *La Troisième défaite du prolétariat français* [Neuchâtel, FR, 1871], p. 475; Pelletan, *La Semaine de mai*, p. 5); Robert Tombs, «La lutte finale des barricades», p. 364. Wickham Hoffmann explica que la enorme zanja de 16 pies (cinco metros) de profundidad se había excavado delante de la barricada de Napoléon Gaillard en la place de la Concorde (Hoffman, *Camp, Court, and Siege*, p. 280).

[34] Lissagaray, *Les Huit journées de mai*, pp. 140-143; Serman, *La Commune de Paris*, p. 521.

[35] Rougerie, «Composition d'une population insurgée: L'Exemple de la Commune», p. 31; Pelletan, *La Semaine de mai*, p. 398; Lissagaray, *Les Huit journées de mai*, pp. 160-161; Tombs, «How Bloody was “La Semaine Sanglante” of 1871? A Revision», pp. 13-14.

[36] Maxime Vuillaume, *Mes Cahiers rouges au temps de la Commune* (1971), p. 58; Michel, Bullitt y Gunter, *The Red Virgin*, p. 68; Jean Baronnet (ed.), *Enquête sur la Commune de Paris (La Revue Blanche)* (2011), p. 146.

[37] Frederic Harrison, «The Revolution and the Commune», *Fortnightly Review* 53:9 (mayo de 1871), pp. 577-578; Jean Allemane, *Mémoires d'un Communard* (1910), p. 136; E. Belfort Bax, Victor Dave y William Morris, *A Short History of the Paris Commune* (Londres, 1886), pp. 63-65 y 72-79; Jacques Rougerie, *Procès des Communards* (1964), p. 7; Peter McPhee, *A Social History of France 1780-1889* (Nueva York, 1992), pp. 214-215. Desde Londres, Karl Marx afirmó que la Comuna de París había sido la primera revolución socialista de la historia: «El París obrero, con su Comuna, será siempre celebrado como el heraldo glorioso de una nueva sociedad. Sus mártires han quedado consagrados en el gran corazón de la clase obrera. La historia de sus exterminadores ya se ha clavado en la picota eterna desde la que todas las plegarias de sus sacerdotes no bastarán para redimirlos» (Karl Marx, *La guerra civil en Francia*).

[38] Robert Tombs, «L'année terrible, 1870-1871», *Historical Journal* 35:3 (1992), p. 724, anticipando «la fría carnicería buroucrática del siglo XX».

[39] Henri d'Almèras, *La Vie quotidienne pendant le siège et sous la Commune* (s. f.), pp. 514-515.

[40] Denis Arthur Bingham, *Recollections of Paris*, vol. 2 (Londres, 1896), pp. 126-133.

[41] Paschal Grousset, Francis Jourde and Henri Brissac, *La Bagne en Nouvelle-Calédonie... l'enfer au paradis* (Numea, Nueva Caledonia, 2009), p. 13.

[42] Malon, *La Troisième défaite*; Gustave Lefrançais, *Études sur le mouvement communaliste à Paris, en 1871* (Neuchâtel, 1871). Véase Fournier, *La Commune*, pp. 32-40 y 147-174.

[43] Madeleine Réberieux, «Le Mur des fédérés», en Pierre Nora (ed.), *Les Lieux de mémoire*, vol. 1, pp. 619-645. Véase también Danielle Tartakowsky, «Le mur des fédérés ou l'apprentissage de la manifestation», *Cahiers d'histoire de l'Institut de recherches marxistes*, 44 (1991), pp. 70-79, y *Manifester à Paris 1880-2010* (2010).

[44] Jules Valles, *L'Insurgé* (1923).

[45] Remy Cazals en Gilbert Larguier y Jérôme Guaretti (eds.), *La Commune de 1871: utopie ou modernité?* (Perpiñán, 2001), pp. 389-390. Clément escribió *La Semaine sanglante* mientras permanecía oculto en París.

[46] Jean Varloot (ed.), *Les poètes de la Commune* (1951), pp. 95-98.

[47] Thomas Wolfe, *Look Homeward Angel: A Story of the Buried Life* (Nueva York, 1929).

# BIBLIOGRAFÍA

## FUENTES PRIMARIAS

### *Archives de la Préfecture de Police (APP)*

Ba 365-1

Ba 879 dossier Vallès

Ba 892, dossier Rigault

Ba 1020 dossier Courbet

Ba 1024 dossier Da Costa

Ba 1149, dossier Lefrançais

Ba 1213, Parent

### *Archives Nationales*

BB30 487-88

F19 1954

F19 2448

F19 2555 (Georges Darboy)

### *Archives de la Défense, Vincennes*

Ly 22 Clubs, comités, associations, Internationale, Union des femmes, franc-tireurs

Ly 25 Barricades

Ly 94 Corps francs, Vengeurs de Florens, Les éclaireurs du général Eudes, etc.

Ly 120 Sapeurs pompiers

Ly 124 Documents concernant des détenus

Ly 125 Prisonniers de la Commune

Ly 127 Enfants détenus. Travaux statistiques relatives à l'insurrection parisienne de 1871; documents laissés au Ministère de la guerre par les délégués de la Commune

Ly 132 Affaire des Dominicains d'Arcueil

Ly 135 Exécution des otages de la Roquette (27 mai 1871)

Ly 136 Darboy

Ly 137 Affaire de la rue Haxo

Ly 140 Rapport Appert

8J 3e conseil de guerre, 6 dossier 29/5 Gustave Courbet

8J 6e conseil de guerre 225 dossier 554 Raoul Rigault

8J 6e conseil de guerre 230 dossier 683 Élisabeth Dmitrieff

8J 3e conseil de guerre 82 dossier 2084 Élie Reclus

8J 6e conseil de guerre 213 dossier 189 Gustave Genton

8J 3e conseil de guerre 3 dossier 554 Émile Eudes

8J 3e conseil de guerre 31 dossier 660 Léon Mégy

8J 4e conseil de guerre 131, dossier 688 Natalie Le Mel

8J 9e conseil de guerre 286 dossier 687 Charles Trohel

8J 239 extraits collectives du jugement de 22 janvier 1872, Darboy et les otages

8J 3e conseil de guerre 6 dossier 29/8 Théophile Ferré

### *Bibliothèque historique de la ville de Paris*

Papiers Eugène Balleyguier *dit* Eugène Loudun (Fidus)  
Ms. 1284, 2e cahier, Notes sur la Politique, la littérature, etc., 1870-1871

### *Bibliothèque de l'Hôtel de Ville*

«Souvenirs d'un habitant de la Porte Saint-Denis, du 21 au 25 mai 1871»,  
ms. 1031

### *Memoirs, Contemporary Accounts*

El lugar de edición es París, a no ser que se indique lo contrario.

- Adam, J., *Mes angoisses et nos luttes 1871-1873* (1907).
- Allemane, J., *Mémoires d'un Communard* (1910).
- Almérás, H. d', *La Vie parisienne pendant le siège et sous la Commune* (n. d. [1925]).
- Ameline, H., *Enquête parlementaire sur l'insurrection du 18 mars*, 3 vols. (1872).
- Amodru L., *La Roquette, journées des 24, 25, 26, 27, et 28 mai 1871* (1873).
- Andrieu, J., «The Paris Commune: A Chapter Towards its Theory and History», *Fortnightly* 10 (new series, noviembre de 1871), pp. 571-598.
- , *Notes pour servir à l'histoire de la Commune de Paris en 1871* (1971).
- Anónimo, *The Insurrection in Paris: Related by an Englishman* (1871) [Davy].
- , *Réflexions sur les événements des dix derniers mois par un provincial habitant à Paris* (1871).
- , *La Vérité sur Mgr Darboy* (Gien, 1889).
- Appert, F. (general), «Rapport d'ensemble... sur les opérations de la justice militaire relatives à l'insurrection de 1871», *Annales de l'Assemblée nationale* 43 (1875).
- Balland, A., *La Guerre de 1870 et la Commune* (Bourg-en-Bresse, 1916).
- Barges, J.-J.-L., *Notre-Dame des Victoires pendant la Commune* (1889).
- Baronnet, J., *Regard d'un Parisien sur la Commune* (2006).
- Barral de Montaud, C., *Notes journalières sur l'état de Paris durant la Commune, travail présenté le 28 juillet 1871 à l'Assemblée nationale* (1871).
- Barron, L., *Sous le drapeau rouge* (1889).
- Bauer, H., *Mémoires d'un jeune homme* (1895).
- Beaumont-Vassy, É. F., *Histoire authentique de la Commune de Paris en 1871, ses origines, son règne, sa chute* (1871).
- Bell, G., *Paris incendié: Histoire de la Commune de 1871* (1872).
- Bergeret, J., *Le 18 mars: Journal Hebdomadaire* (1871).
- Beslay, Ch., *Mes souvenirs 1830-1848-1870*, prefacio de G. de Bertier de Sauvigny (1979)



- Bigot, L. *Dossier d'un condamné à mort* (juicio de Gustave Maroteau) (1871).
- Bingham, D. A., *Recollections of Paris*, vol. 2 (Londres, 1896).
- Blanchecotte, A. M., *Tablettes d'une femme pendant la Commune* (1872).
- Bleignerie, H. de y Dangin É., *Paris incendié pendant la Commune, 1871* (2009)
- Borgella, P. F., *Justice! Par un officier de l'armée de Paris* (1871).
- Bourelly, J., *Le Ministère de la Guerre sous la Commune* (s. f.).
- Brunox, E., *La Bataillon d'honneur de Versailles, Saint-Cloud et Garches pendant la guerre de 1870-1871* (Versalles, 1881).
- Carquillat, A., *Hymne au pétrole, dédié aux républicains présents et à venir* (1873).
- Cerfbeer, G., «Une nuit de la semaine sanglante», *Revue Hebdomadaire* 25 (23 de mayo de 1903), pp. 417-424.
- Chevalet, É., *Mon Journal pendant le siège et la Commune par un bourgeois de Paris* (1871).
- Clarke, M., *L'Histoire d'un Communard* (2006 [Melbourne, 1873]).
- Clémence, A. H., dit Roussel, *De l'antagonisme social, ses causes et ses effets* (Neuchâtel, 1871).
- Clément, J.-B., *La Revanche des Communeux* (1886).
- Clère, J., *Les Hommes de la Commune* (1871).
- Cluseret, G., *Mémoires du Général Cluseret*, 3 vols. (1887-1888).
- Commissaire, S., *Mémoires et souvenirs*, vol. 2 (1888).
- Compiègne, M. de, «Souvenirs d'un Versaillais pendant le second siège de Paris», *Le Correspondant* (10 de agosto de 1875), p. 633.
- Coquerel fils, A. J., *Sous la Commune: Récits et souvenirs d'un Parisien* (1873).
- Coullié, A., *Saint-Eustache pendant la Commune* (1872).
- Dabot, H., *Griffonnages quotidiens d'un bourgeois du quartier latin, du 14 mai 1869 au 2 décembre 1871* (1895).
- Da Costa, G., *Mémoires d'un Communard: la Commune vécue* (2009).
- Dalseme, A., *Histoire des conspirations sous la Commune* (1872).
- Damé, F., *La Résistance: les maires, les députés de Paris et le Comité central du 18 au 26 mars* (1871).
- Daudet, E., *L'Agonie de la Commune, Paris à feu et à sang* (1871).

- Delessert, E., *Épisodes pendant la Commune, souvenirs d'un délégué de la Société de secours aux blessés militaires des armées de terre et de mer* (1872).
- Delmas, L'A., *La Terreur et l'église en 1871* (1871).
- Demeulenaere-Douyère, Ch., «Un témoin de la Commune de Paris: Eugène Bersier», *Bulletin de la Société d'histoire de Paris et de l'Ile de France* 108 (1981), pp. 247-254 y *Journal de l'entrée des troupes versaillaises dans Paris* 109 (1982), pp. 298-310.
- Desplats, V., *Lettres d'un homme à la femme qu'il aime pendant le siège et la Commune* (1980).
- Du Barail, G., *Mes souvenirs*, vol. 3 (1896).
- Dubief, H., «Défense de Gustave Courbet par lui-même...», *L'Actualité de l'Histoire* 30 (enero-marzo de 1960).
- Du Camp, M., *Les Convulsions de Paris*, 2 vols. (1879-1880).
- Dupont, L., *La Commune et ses auxiliaires devant la justice* (1871).
- , *Souvenirs de Versailles pendant la Commune* (1881).
- Énault, L., *Paris brûlé par la Commune* (1871).
- Enquête parlementaire sur l'insurrection du 18 mars.*, Vol. 1 (Versalles, 1872).
- Esboeufts, A. V. d', *La Vérité sur le gouvernement de la Défense nationale, la Commune et les Versaillais* (Ginebra, 1871).
- Évrard, F., *Souvenirs d'un otage de la Commune* (1871).
- Fetridge, W. P., *The Rise and Fall of the Paris Commune in 1871* (Nueva York, 1871).
- Feydeau, Ernest, *Consolation* (1872).
- Fix, Th., *Souvenirs d'un officier d'État-major* (1870-1894, 1896).
- Flamarion, A., *Le Livret du docteur, souvenirs de la campagne* (1872).
- Flotte, B., *Blanqui et les otages en 1871* (1885).
- Fontoulieu, P., *Les Églises de Paris sous la Commune* (1873).
- Fontvielle, Wilfred de, *Paris en flammes, ou les journées de mai 1871* (1871).
- , *La Terreur ou la Commune de Paris* (1871).
- Forbes, A., «What I Saw of the Paris Commune», *Century Illustrated Magazine* (noviembre de 1892), pp. 48-61.
- Forni, J., *Raoul Rigault, procureur de la Commune* (1871).
- Fort, F., *Paris brûlé* (1871).

- Gallet, L., *Guerre et Commune, impressions d'un hospitalier* (1898).
- Gallifet, G. de, «Mes souvenirs», *Journal des Débats* (19, 22, 25 y 29 de julio de 1902).
- Gambon, Ch., *La Réponse à l'Assemblée souveraine de Versailles à dernière revolution* (Ginebra, 1872).
- Garçon (M.), «Journal d'un bourgeois de Paris», *Revue de Paris* 12 (diciembre de 1955), pp. 14-33.
- Gastyne, J. de, *Mémoires secrets du Comité central et de la Commune* (1871).
- Gautier, Th., *Tableaux de siège de Paris* (1881).
- Gibson, W., *Paris During the Commune* (Londres, 1895).
- Grandeffe, A. de, *Mobiles et Volontaires de la Seine pendant la Guerre et les deux sièges* (1871).
- Grousset, P. y Jourde, F., *Les Condamnés politiques en Nouvelle-Calédonie* (Ginebra, 2009).
- Grousset, P., Jourde F. y Brissac, H., *La Bagne en Nouvelle-Calédonie... l'enfer au paradis*, prefacio e introducción de Alain Brianchon (Numea, Nueva Caledonia, 2009).
- Guasco, Ch., *Douze visites à Mazas pendant la Commune* (1871).
- Guénin, L.-P., *Assassinat des otages, sixième conseil de guerre, compte rendu in extensor des débats* (1872).
- Hans, A., *Souvenirs d'un volontaire versaillais* (1873).
- Hans, L. (alias M. de Senestre), *Second siège de Paris: Le Comité central et la Commune* (1871).
- Hans, L. y Blanc, J. J., *Guide à travers les ruines* (1871).
- Hardouin, Mme. C., *La Détenue de Versailles en 1871* (2005 [1879]).
- Harrison, F., «The Revolution and the Commune», *Fortnightly Review* 53:9 (mayo de 1871), pp. 556-579.
- Haudebourg, H. (ed.), «Carnet de guerre d'un Vertarien en 1870 Julien Poirier», *Regards sur Vertou au Fil des Temps* 7 (2003), pp. 10-18.
- Héron de Villefosse, R., *Les Graves heures de la Commune* (1970).
- Heylli, G. d', *Journal d'un habitant de Neuilly pendant la Commune* (1871).
- , *La Légion d'honneur et la Commune* (1871).
- Hoffman, W., *Camp, Court, and Siege: A Narrative of Personal Adventure and Observation during Two Wars, 1861-1865, 1870-1871* (Nueva York,

- 1877).
- Jacquemont, M. S., *La Campagne des zouaves pontificaux en France* (1871).
- Jeanneret, G., *Paris pendant la Commune révolutionnaire de 1871* (1871).
- Jollivet, G., *Souvenirs d'un Parisien* (1928).
- Jourde, F., *Souvenirs d'un membre de la Commune* (1877).
- Journal Officiel de la Commune.*
- Lamazou, A. (H.-P.), *La Place Vendôme et la Roquette* (1877).
- Lanjalley, P. y Corriez, P., *Histoire de la révolution du 18 mars* (1871).
- Lano, P. de, *La Commune, journal d'un vaincu* (1892).
- Lefrançais, G., *Souvenirs d'un révolutionnaire* (Neuchâtel, 1871).
- Lepage, A., *Histoire de la Commune* (1871).
- Letters from Paris 1870-1875*, de C. de B., informador politico responsable de la London House of Rothschild, trad. de Robert Henrey (Londres, 1942).
- Lisbonne, M., *Mémoire pour Maxime Lisbonne* (1872).
- Lissagaray, P.-O., *History of the Paris Commune of 1871* (Nueva York, 1976).
- , *Les Huit journées de mai derrière les barricades* (1871).
- Lockroy, É., *La Commune et l'Assemblée* (1871).
- Mac Mahon, Le M. de, *L'Armée de Versailles depuis sa formation jusqu'à la complète pacification de Paris* (1872).
- Maillard, F., *Affiches: Professions de foi: Documents officiels: Clubs et Comités pendant la Commune* (1871).
- , *Histoire des journaux publiés à Paris pendant le siège et sous la Commune* (1871).
- Malon, Benoît, *La Troisième défaite du prolétariat français* (Neuchâtel, 1871).
- Marforio (L.-L.), *Les Echarpes Rouges: Souvenirs de la Commune* (1872).
- Martial, A., *Paris sous la Commune, Paris incendié* (1982 [1871]).
- Martine, P., *Souvenirs d'insurgé. La Commune de 1871* (1971).
- Les Martyrs de la Seconde Terreur ou Arrestation, Captivité et Martyre de Mgr Darboy, Archevêque de Paris et de M. Deguerry* (1871).
- Maurette, L'A. O., *Monseigneur Georges Darboy, archevêque de Paris, sa vie, ses œuvres* (1863).
- Mazade, A. de, *Lettres et notes intimes, 1870-1871* (1892).

- Meaux, C. de, *Souvenirs politiques, 1871-1877* (1905).
- Mendès, C., *Les 73 jours de la Commune* (1871).
- Michel, L., *La Commune, Histoire et Souvenirs* (1970).
- Molinari, G. de, *Les clubs rouges pendant le siège de Paris* (1871).
- Monnanteuil, A., *Neuf mois de ponton: Paroles d'un détenu* (1873).
- Montaudon, A., *Souvenirs militaires*, vol. 2 (1898-1900).
- Monteil, E., *Souvenirs de la Commune, 1871* (1883).
- Moriac, E., *Les Conseils de guerre de Versailles* (1871).
- , *Paris sous la Commune* (1871).
- Morin, G., *Histoire critique de la Commune* (1871).
- Mun, A. de (Count), «Gallifet», *Écho de Paris* (10 de julio de 1909).
- , *Revanche de guerre civile* (Puteaux, 1914).
- Murray, J. (M. D.), «Four Days in the Ambulances and Hospitals of Paris under the Commune», *British Medical Journal* (enero-junio de 1871), pp. 541-542, 596-597 y 620-622.
- Notice historique «Les Pétroleuses»* (1871).
- Opper de Blowitz, H., *My Memoirs* (Londres, 1903).
- Paquette, C. (ed.), *Souvenirs d'un ambulancier: La Commune à l'ouest de Paris: Carnet de croquis du peintre Alfred Auteroche mars-juin 1871* (2008).
- Parent, U., *Une arrestation en mai, 1871* (1876).
- Payen, A., «Une ambulancière de la Commune de Paris», en L. Constant (ed.), *Mémoires de femmes, mémoire du peuple* (1979), pp. 61-87.
- Pellaton, H., *Journées de mai 1871: les sapeurs-pompiers et les volontaires de l'Eure aux incendies de Paris* (Évreux, 1873).
- Pelletan, C., *Questions d'histoire: Le Comité central et la Commune* (1879).
- , *La Semaine de mai* (1880)
- Perny, P. (R. P.), *Deux mois de prison sous la Commune, suivi de détails authentiques sur l'assassinat de Mgr l'archevêque de Paris* (1871).
- Pessard, H., *Mes petits papiers, 1871-1873* (1887).
- Pierron, A., *Mgr Darboy: Esquisses familières* (1872).
- Poulot, D., *Le Sublime* (1870).
- Prampain, E. (R.P.), *Souvenirs de Vaugirard, mon journal pendant le siège et pendant la Commune, 1870-1871* (1888).
- Pressensé, E. de, *Les Leçons du 18 mars* (1871).
- Préville, L. de, *Mort de Mgr Darboy, otage de la Commune* (1871).

Ranc, A., *Pendant la Commune* (1876).

Rastoul, A., *L'Église de Paris sous la Commune* (1871).

Ravailhe, R. P. (Chanoine), *Une Semaine de la Commune de Paris* (1883).

Reclus, É., *La Commune de Paris au jour le jour* (2011 [1908]).

Rigault, R., *M. Zangiacomi* (1870).

Rochefort, H., *The Adventures of My Life* (Londres, 1896).

Rodriguès, E., *Le Carnaval rouge* (1872).

Rossel, L.-N., *Rossel's Posthumous Papers* (Londres, 1872).

Saint-Victor, P. de, *Barbares et Bandits: La Prusse et la Commune* (1871).

Sarrepoint, M. H. de, *Guerre des communeux à Paris* (1871).

Sauve, M. (ed.), *Récit vécu de la fin de la Commune de Paris par un bourgeois anonyme* (2009).

Secondigné, A., *Les Pontoons, Versailles, Satory, Brest: Histoire d'un évadé* (1871).

Sempronius, *Histoire de la Commune de Paris en 1871* (s. f.).

Senisse, M., *Les Carnets d'un fédéré, 1871*, ed. de J. A. Faucher (1965).

Simon, J., *The Government of M. Thiers*, vol. 1 (Nueva York, 1879).

—, *Thiers, Guizot, Rémusat* (1885).

Sutter-Laumann, *Histoire d'un trente sous* (1891).

Thiers, A., *Déposition de M. Thiers sur le dix-huit mars* (1871).

—, *Histoire de la Révolution du 4 septembre et de l'insurrection du 18 mars* (1875).

—, *Memoirs of M. Thiers 1870-1873* (Nueva York, 1973).

—, *Notes et souvenirs de M. Thiers 1870-1873* (1903).

Varlin, E., *Pratique militante et écrits d'un ouvrier communard*, ed. Paule Lejeune (1977).

Vésinier, P., *History of the Commune of Paris* (1872).

Vignon, P., *Rien que ce que j'ai vu! Le siège de Paris – la Commune* (1913).

Vinoy, J., *L'Armistice et la Commune: Opérations de l'Armée de Paris et de l'Armée de réserve* (1874).

Vizetelly, E. A., *My Adventures in the Commune* (n. p., 2009 [1914]).

Vuillaume, M., *Mes Cahiers rouges au temps de la Commune* (1971).

Washburne, E. B., *Account of the Sufferings and Death of the Most Reverend George Darboy, Late Archbishop of Paris* (Nueva York, 1873).

- , *Franco-German War and Insurrection of the Commune: Correspondence of E. B. Washburne* (Washington, D. C., 1878).  
Wolowski, B., *Dombrowski et Versailles* (Ginebra, 1871).  
Yriarte, Ch., *Les Prussiens à Paris et le 18 mars* (1871).

## FUENTES SECUNDARIAS

El lugar de edición es París, a no ser que se indique lo contrario.

- Accoyer, B. (ed.), *De l'Empire à la République: les comités secrets au Parlement, 1870-1871* (2011).  
Adamov, A., *La Commune de Paris 18 mars-28 mai 1871: Anthologie* (1959).  
Angrand, P., «Un épisode de la répression versaillais: L'affaire Tribels (mai 1871-octobre 1872)», *La Pensée* 68 (julio-agosto de 1956).  
Baas, J., «Edouard Manet and "Civil War"», *Art Journal* 45:1 (primavera de 1985), pp. 36-42.  
Barry, D., *Women and Political Insurgency: France in the Mid-Nineteenth Century* (Basingstoke, 1996).  
Bax, E. B., Dave, V. y Morris, W., *A Short History of the Paris Commune* (Londres, 1886).  
Bénéytou, J.-P., *Vinoy: Général du Second Empire* (2003).  
Berleux, J. (Maurice Quentin-Bauchard), *La Caricature politique en France pendant la guerre, le siège de Paris et la Commune* (1890).  
Bidouze, R., *72 jours qui changèrent la Cité: La Commune de Paris dans l'histoire des services publics* (2001).  
Becker, G. (ed.), *Paris Under Siege, 1870-1871: From the Goncourt Journal* (Ithaca, NY, 1969).  
Boime, A., *Art and the French Commune: Imagining Paris after War and Revolution* (Princeton, NJ, 1995).  
Boudon, J.-O., «Une nomination épiscopale sous le Second Empire: l'abbé Darboy à l'assaut de Paris», *Revue de l'histoire moderne et contemporaine* 39:3 (julio-septiembre de 1992), pp. 465-482.  
—, *Monseigneur Darboy (1813-1871)* (2011).

- Boudry, R., «Courbet et la fédération des artistes», *Europe* 29:64-65 (abril-mayo de 1951), pp. 122-128.
- Bouissounouse, J. y Villefosse, L. H. de, «La presse parisienne pendant la Commune», *Europe* 29:64-65 (abril-mayo de 1951), pp. 50-72.
- Bouniols, G., *Thiers au pouvoir (1871-1873)* (1922).
- Bourgin, G., *La Commune* (1971).
- , *La Guerre de 1870-1871 et la Commune* (1971).
- Bournand, F., *Le Clergé pendant la Commune* (1892).
- Braibant, S. (ed.), *Élisabeth Dmitrieff* (1993).
- Braire, J., *Sur les traces des communards: Enquête dans les rues de Paris d'aujourd'hui* (1988).
- Brogie, G. de, *Mac-Mahon* (2000).
- Brown, M. R., «Manet, Nodier, and “Polichinelle”», *Art Journal* 45:1 (primavera de 1985), pp. 43-48.
- Bruhat, J., Dautry, J. y Tersen, E. *La Commune de 1871* (1960).
- Bulletin paroissial de Fayl-Billot* (junio, septiembre y diciembre de 2007).
- Bury, J. P. T. y Tombs, R., *Thiers, 1797-1877: A Political Life* (Londres, 1986).
- Castagnary, *Gustave Courbet et la Colonne Vendôme* (1883).
- Cattelain, P.-P., *Mémoires inédits du chef de la Sûreté sous la Commune* (1895).
- Cerf, M., *Le d'Artagnan de la Commune (le colonel Maxime Lisbonne)* (1967).
- , *Édouard Moreau, l'âme du Comité central de la Commune* (1971).
- , *Les «Cahiers rouges» de Maxime Vuillaume* (1988).
- , «La barricade de 1871», en A. Corbin y J.-M. Mayeur (eds.), *La Barricade* (1997), pp. 323-335.
- César, M., *Commune de Narbonne: mars 1871* (Sète, 2008).
- Chambon, P., «1871, la fin de la Garde nationale», en C. Latta (ed.), *La Commune de 1871: L'événement les hommes et la mémoire* (Saint-Etienne, 2004), pp. 75-90.
- Chauvaud F., «L'élimination des traces, l'effacement des marques de la barricade à Paris (1830-1871)», en A. Corbin y J.-M. Mayeur (eds.), *La Barricade* (1997), pp. 169-183.
- Chauvin, Ch., *Mgr Darboy, archevêque de Paris, otage de la Commune (1813-1871)* (2011).



- Chevalley, S., «La Comédie-française pendant la Commune», *Europe* (noviembre-diciembre de 1970).
- Choury, M., *Bonjour Monsieur Courbet!* (1969).
- , *Les Damnés de la terre, 1871* (1970).
- (ed.), *Les poètes de la Commune* (1970).
- , *La Commune au Quartier latin* (1971).
- Christiansen, R., *Tales of the New Babylon: Paris 1869-1975* (1994).
- Clayson, S. H., *Paris in Despair: Art and Everyday Life Under Siege (1870-1871)* (Chicago, 2002).
- Clifford, D. L., «Aux armes citoyens! The National Guard in the Paris Commune of 1871» (disertación de doctorado sin publicar, University of Tennessee, 1975).
- Corbin, A. y Mayeur, J.-M. (eds.), *La Bataille* (1997).
- Coulonges, G., *La Commune en chantant* (1970).
- Courthion, P., *Courbet raconté par lui-même et par ses amis*, 2 vols. (Ginebra, 1948 y 1950).
- Courtine, R., *La vie parisienne: Cafés et restaurants des boulevards, 1814-1914* (1984).
- Dalotel, A., *Paule Minck, communarde et féministe, 1839-1901* (1981).
- (ed.), Émile Maury, *Mes Souvenirs sur les événements des années 1870-1871* (2001).
- , *Gabriel Ranvier, Le Christ de Belleville: Blanquiste, Franc-maçon, Communard et Maire du XX<sup>e</sup> arrondissement* (2005).
- Dalotel, A., Faure, A. y Freiermuth, J.-C., *Aux origines de la Commune: le mouvement des réunions publiques à Paris, 1868-1870* (1980).
- Dautry, J. y Scheler, L., *Le Comité central républicain des vingt arrondissements de Paris (septembre 1870-mai 1871), d'après les papiers inédits de Constant Martin et les sources imprimées* (1960).
- Dayot, A., *L'Invasion, le siège (1870), la Commune (1871), d'après les peintures, gravures, sculptures, médailles, autographes et pouvoir révolutionnaire* (1969).
- Decouflé, A., «La Spontanéité révolutionnaire dans une révolution populaire, l'exemple de la Commune de Paris», *Cahiers de l'ISEA* 164 (agosto de 1965), pp. 173-207.
- Delaroche-Vernet, A., *Une Famille pendant la guerre et la Commune* (1912).

- Deleurmoz, Q., *Policiers dans la ville: La construction d'un ordre public à Paris 1854-1914* (2012).
- Dessal, M., *Un Révolutionnaire Jacobin Charles Delescluze, 1809-1871* (1952).
- Dittmar, G. *Histoire des femmes dans la Commune de Paris* (2003).
- , *Belleville de l'Annexion à la Commune* (2007).
- , *Gustave Courbet et la Commune, le politique* (2007).
- Dommanget, M., *Blanqui, Guerre de 1870-1871 et la Commune* (1947).
- Dubois, J., *Le Vocabulaire politique et social en France de 1869 à 1872* (1962).
- Edwards, S., *The Paris Commune 1871* (Newton Abbot, 1971).
- (ed.), *The Communards of Paris, 1871* (Londres, 1973).
- Eichner, C., «“We Must Shoot the Priests”: Revolutionary Women and Anti-Clericalism in the Paris Commune of 1871», en L. Carle y A. Fauve-Chamoux, *Cities Under Siege/Situazioni d'Assedio/États de Siège* (Florenca, 2002), pp. 165-172.
- , *Surmounting the Barricades: Women in the Paris Commune* (Bloomington, IN, 2004).
- Ferguson, P. P., *Paris as Revolution: Writing the Nineteenth-Century City* (Berkeley, CA, 1994).
- Foulon, J.-A. (monseñor), *Histoire de la vie et des oeuvres de Mgr Darboy, archevêque de Paris* (1889).
- Fournier, É. *Paris en ruines: du Paris haussmannien au Paris communard* (2008).
- , *La Commune ñest pas morte: Les usages politiques du presse de 1871 à nos jours* (2013).
- Freiermuth, J.-C., «L'armée et l'ordre en 1870-1871: le cas Vinoy», en Ph. Vigier et al., *Maintien de l'ordre et polices en France et en Europe au XIX<sup>e</sup> siècle* (1987).
- Froumov, S., *La Commune de Paris et la démocratisation de l'école* (Moscú, 1964).
- Gadille, J., «Georges Darboy, archevêque de Paris», *Mélanges offerts à M. le doyen André Latreille* (Lyon, 1972), pp. 187-197.
- Gaillard, J., *Paris, la ville 1852-1870* (1997).
- Gautherot, G., *Thiers et Mgr Darboy* (1910).
- Gillois, A., *Gallifet «le fusilleur de la Commune»* (1985).

- Girard, R. P. J.-A., *Le Révérend Père Captier et les martyrs d'Arcueil* (1955).
- Godelier, «La guerre de 1870 et la Commune: journal d'un officier d'état-major», *Nouvelle revue retrospective* 16 (enero-junio de 1902), pp. 297-312, 361-389; 17 (julio-diciembre de 1902), pp. 1-24 y 121-161.
- Godineau, L., «Les barricades de mai 1871 chez Jules Vallès (La Commune de Paris, L'Insurgé)», en A. Corbin y J.-M. Mayeur (eds.), *La Barricade* (1997), pp. 167-182.
- , *La Commune de Paris par ceux qui l'ont vécue* (2010).
- Gosset, H., «Les Polonais dans la Commune de Paris», *Europe* 64-65 (abril-mayo de 1951), pp. 147-156.
- Gouch, A., «Reflections on the Death of an Archbishop», en Eugene Kamenka, *Paradigm for Revolution? The Paris Commune 1871* (Sídney, 1972), pp. 50-62.
- Gould, R. V., «Trade Cohesion, Class Unity, and Urban Insurrection: Artisanal Activism in the Paris Commune», *American Journal of Sociology* 98:4 (enero de 1993), pp. 721-754.
- , *Insurgent Identities: Class, Community, and Protest in Paris from 1848 to the Commune* (Chicago, 1995).
- Greenberg, L. M., *Sisters of Liberty: Marseille, Lyon, Paris and the Reaction to a Centralized State, 1868-1871* (Cambridge, MA, 1971).
- Guillermin, J. A., *Vie de Mgr Darboy, archevêque de Paris, mis à mort en haine de la foi le 24 mai 1871* (1888).
- Guiral, P., *Adolphe Thiers* (1986).
- Gullickson, G., «La pétroleuse: Representing Revolution», *Feminist Studies* 17:2 (verano de 1991), pp. 240-265.
- , *Unruly Women of Paris: Images of the Commune* (Ithaca, NY, 1996).
- Higonnet, P., *Paris: Capital of the World* (Cambridge, MA, 2002).
- Horne, A., *The Fall of Paris: The Siege and the Commune 1870-1871* (Nueva York, 1965).
- , *The Terrible Year: The Paris Commune, 1871* (Londres, 2004).
- House, J., *Impressionism: Paint and Politics* (New Haven, CT, 2004).
- Howard, M., *The Franco-Prussian War* (Londres, 1961).
- Huard, R., «Napoléon Gaillard, chef barricadier de la Commune, 1815-1900», en A. Corbin y J.-M. Mayeur (eds.), *La Barricade* (1997), pp. 311-322.

- Hutton, P. H., *The Cult of Revolutionary Tradition: The Blanquists in French Politics, 1864-1893* (Berkeley, CA, 1981).
- Imbert de Saint-Amand, A.-L., *Deux victimes de la Commune, l'abbé Deguerry et Paul Seigneret* (1888).
- Johnson, M. Ph., *The Paradise of Association: Political Culture and Popular Organizations in the Paris Commune of 1871* (Ann Arbor, MI, 1996).
- Jones, K. y Vergès, F., «“Aux citoyennes!”: Women, Politics, and the Paris Commune of 1871», *History of European Ideas* 13 (1991), pp. 711-732.
- Jordan, D., *Transforming Paris: The Life and Labors of Baron Haussmann* (Nueva York, 1995).
- Jourdan, M., *Le Cri du peuple* (2005).
- Kalifa, D., *Les Bas-fonds: Histoire d'un imaginaire* (2013).
- Katz, Ph. M., *From Appomattox to Montmartre: Americans and the Paris Commune* (Cambridge, MA, 1998).
- Krakovitch, O., «Les femmes de Montmartre et Clemenceau durant le siège de Paris: de l'action sociale à l'action politique», en C. Latta (ed.), *La Commune de 1871: L'événement les hommes et la mémoire* (Saint-Etienne, 2004), pp. 43-58.
- La Faye, J. de (Marie de Sardent), *Le Général de Ladmirault, 1808-1898* (1901).
- Lapostolle, Ch., «Plus vrai que le vrai: Stratégie Photographique et la Commune de Paris», *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* 73 (junio de 1988), pp. 67-76.
- Larguier G. y Guaretti, J. (eds.), *La Commune de 1871: utopie ou modernité?* (Perpiñán, 2001).
- Latta, C., «Benoit Malon pendant la Commune», en C. Latta (ed.), *La Commune de 1871: L'événement les hommes et la mémoire* (Saint-Etienne, 2004), pp. 107-126.
- (ed.), *La Commune de 1871: L'événement les hommes et la mémoire* (Saint-Etienne, 2004).
- Lecaillon, J.-F. (ed.), *La Commune de Paris racontée par les Parisiens* (2009).
- Lepage, A., *Les Cafés artistiques et littéraires de Paris* (1882).
- Le Quillec, R., *La Commune de Paris bibliographie critique 1871-1997* (1997).

- Lévêque, P., «Les courants politiques de la Commune de Paris», en C. Latta (ed.), *La Commune de 1871: L'événement les hommes et la mémoire* (Saint-Etienne, 2004), pp. 29-42.
- Lidsky, P., *Les Écrivains contre la Commune* (1970).
- (ed.), *Les aventures de ma vie, Henri Rochefort* (2005).
- Mack, G., *Gustave Courbet* (1951).
- Maitron, J., *De la Bastille au Mont-Valérien: Dix promenades à travers Paris révolutionnaire* (1956).
- Malige, R. P. P., *Picpus pendant la Commune, par un prêtre de la congrégation du Sacré-Coeur (dite de Picpus)* (1898).
- Malo, H., *Thiers, 1797-1877* (1932).
- Marion, O., «La vie religieuse pendant la Commune de Paris 1871» (tesis de máster sin publicar, Paris-X Nanterre, 1981).
- Marx, K., *The Civil War in France* (Chicago, 1934).
- Mason, E. S., *The Paris Commune: An Episode in the History of the Socialist Movement* (Nueva York, 1930).
- Maurin, Ch., *La politique ecclésiastique du Second Empire de 1852 à 1869* (1930).
- McClellan, W., *Revolutionary Exiles: The Russians in the First Internationale and the Paris Commune* (Londres, 1979).
- Merriman, J., *The Red City: Limoges and the French Nineteenth Century* (Nueva York, 1985).
- , *The Margins of City Life: Explorations on the French Urban Frontier, 1815-1851* (Nueva York, 1991).
- , *Aux marges de la ville: faubourgs et banlieues en France 1815-1870* (1994).
- Michel, L., Bullitt, L. y Ellington Gunter, E., *The Red Virgin: Memoirs of Louise Michel* (Alabama, 1981).
- Milhaud, G., «De la Calomnie à l'Histoire», *Europe* 48 (noviembre-diciembre de 1970), pp. 42-56.
- Milner, J., *Art, War, and Revolution in France, 1870-1871* (New Haven, CT, 2000).
- Monnerville, G., *Clemenceau* (1968).
- Montrevel, Ch. de, *Nouvelle histoire de la Commune de Paris en 1871* (1885).
- Noël, B., *Dictionnaire de la Commune*, ed. de Marie-Josée Villotte (1971).

- Nord, Ph., «The Party of Conciliation and the Paris Commune», *French Historical Studies* 15:1 (1987), pp. 1-35.
- , *The Republican Moment: Struggles for Democracy in Nineteenth-Century France* (Cambridge, MA, 1995).
- , *Les Impressionnistes et la Politique* (2009).
- Patry, L., *La Guerre telle qu'elle est (1870-1871)* (1897).
- Péridier, J., *La Commune et les artistes* (1980).
- Perrot, M., «L'Affaire Troppmann», *L'Histoire* 30 (enero de 1981), pp. 28-37.
- Petrov, P., *Les chiffonniers de la Butte aux Cailles* (1983).
- Prolès, Ch., *Le colonel Rossel* (1898).
- , *G. Flourens* (1898).
- , *Les Hommes de la révolution de 1871: Charles Delescluze 1830-1848-1871* (1898).
- , *Raoul Rigault* (1898).
- , *La vérité sur la Revolution du 18 mars* (1902).
- Price, L. C., *Archbishop Darboy and Some French Tragedies, 1813-1871* (London, n.d.).
- Price, R. D., «Ideology and Motivation in the Paris Commune of 1871», *Historical Journal* 15 (1972), pp. 75-86.
- Reclus, M., *Monsieur Thiers* (1929).
- Reclus, P., *Les frères Élie et Élisée Reclus* (1964).
- Renoir, J., *Pierre-Auguste Renoir, mon père* (1981).
- Rials, S., *Nouvelle histoire de Paris de Trochu à Thiers 1870-1873* (1985).
- Riat, G., *Gustave Courbet, peintre* (1906).
- Riviale, Ph., *Sur la Commune: Cerises de sang* (2003).
- Roberts, J. M., «La Commune considérée par la droite, dimensions d'une mythologie», *Revue d'histoire moderne et contemporaine* 19 (abril-junio de 1972), pp. 187-203.
- Robida, M., *Ces bourgeois de Paris, trois siècles de chronique familiale de 1675 à nos jours* (1955).
- Rocher, J. (ed.), *Lettres de communards et de militants de la Première Internationale à Marx, Engels et autres dans les journées de la Commune de Paris en 1871* (1934).
- Ross, K., *The Emergence of the Social Space: Rimbaud and the Paris Commune* (Minneapolis, 1988).

- Rougerie, J., «Composition d'une population insurgée: L'Exemple de la Commune», *Mouvement social* 48 (julio-septiembre de 1964), pp. 31-47.
- , *Paris Libre 1871* (1971).
- , *Procès des Communards* (1978).
- , *La Commune de 1871* (1988).
- , «La Commune: utopie, modernité?», en G. Languier y J. Guaretti (eds.), *La Commune de 1871: utopie ou modernité?* (Perpiñán, 2001), pp. 23-24.
- , «Autour de quelques livres étrangers: Réflexions sur la citoyenneté populaire en 1871», en C. Latta (ed.), *La Commune de 1871: L'événement les hommes et la mémoire* (Saint-Etienne, 2004), pp. 215-236.
- Sakharov, S., *Lettres au Père Duchêne pendant la Commune de Paris* (1934).
- Sánchez, G. J., *Organizing Independence: The Artist's Federation of the Paris Commune and its Legacy, 1871-1889* (Lincoln, NE, 1997).
- Schulkind, E., «The Activity of Popular Organizations During the Paris Commune of 1871», *French Historical Studies* 4 (1960).
- , «Socialist Women During the 1871 Paris Commune», *Past and Present* 106 (febrero de 1985), pp. 124-163.
- Serman, W., *Les origines des officiers français 1848-1870* (1979).
- , *Les officiers français dans la nation* (1982).
- , *La Commune de Paris* (1986).
- , *Lettres d'un officier républicain, 1842-1871* (1990).
- Shafer, D., «Plus que des ambulancières: Women in Articulation and Defence of their Ideals during the Paris Commune», *French History* 7:1 (1993), pp. 85-101.
- Silvestre de Sacy, J., *Le Maréchal de Mac-Mahon* (1960).
- Taithe, B., *Defeated Flesh: Medicine, Welfare, and Warfare in the Making of Modern France* (Mánchester, 1999).
- , *Citizenship and Wars: France in Turmoil, 1870-1871* (Londres, 2001).
- Tersen, E., «Léo Frankel», *Europe* 29:64-655 (abril-mayo de 1951), pp. 157-166.
- Thomas, E., *Les pétroleuses* (1963).
- , *Louise Michel* (1980).
- Thomas, L., *Le Général de Gallifet* (1941).
- Tissier, A., «Les spectacles pendant la Commune», *Europe* (noviembre-diciembre de 1970).

- Tombs, R., *The War Against Paris, 1871* (Cambridge, 1981).
- , «Harbingers or Entrepreneurs? A Worker's Cooperative during the Paris Commune», *Historical Journal* 27:4 (1984), pp. 964-977.
- , «Paris and the Rural Hordes: An Exploration of Myth and Reality in the French Civil War of 1871», *Historical Journal* 29:4 (1986), pp. 795-808.
- , «Prudent Rebels: the 2nd arrondissement during the Paris Commune of 1871», *French History* 5:4 (1991), pp. 393-413.
- , «L'année terrible, 1870-1871», *Historical Journal* 35:4 (1992), pp. 713-724.
- , «Les Communeux dans la ville: des analyses récentes à l'étranger», *Le Mouvement social* 179 (1997), pp. 93-105.
- , «La lutte únale des barricades: spontanéité révolutionnaire et organisation militaire en mai 1871», en A. Corbin y J.-M. Mayeur (eds.), *La Barricade* (1997), pp. 358-365.
- , «Les Communeuses», *Sociétés et Représentations* 6 (junio de 1998), pp. 47-65.
- , *The Paris Commune 1871* (1999).
- , «Réflexions sur la Semaine sanglante», en C. Latta (ed.), *La Commune de 1871: L'événement les hommes et la mémoire* (Saint-Etienne, 2004).
- , «How Bloody Was "La Semaine Sanglante" of 1871? A Revision», *Historical Journal* 55:3 (agosto de 2012), pp. 679-704.
- Tréal, G., «La Musique et la Commune», *Europe* 29 (abril-mayo de 1951), pp. 112-121.
- Tristan, R., *La Commune à Montmartre: 23 mai 1871* (1970).
- Valance, G., *Thiers: bourgeois et révolutionnaire* (2007).
- Varloot, J. (ed.), *Les poètes de la Commune* (1951).
- Vidieu, A.-A., *Histoire de la Commune de Paris en 1871*, 2 vols. (1876).
- Villiers de Terrage, M., *Histoire des clubs de femmes et des legions d'amazones* (1910).
- Warwo, G., *The Franco-Prussian War: The German Conquest of France in 1870-1871* (Nueva York, 2003).
- Willette, L., *Raoul Rigault, 25 ans, Communard, chef de police* (1984).
- Wolfe, R., «The Parisian "Club de la Révolution" of the 18<sup>th</sup> Arrondissement, 1870-1871», *Past and Present* 39 (1968), pp. 81-119.
- Wright, G., «The Anti-Commune 1871», *French Historical Studies* 10:1 (primavera de 1977), pp. 149-172.



Zeller, A., *Les hommes de la Commune* (1969).

Zévort, E., *Histoire de la Troisième République*, vol. 2 (1896-1901).

# LISTADO DE ILUSTRACIONES

- Figura 1. Batalla en Place de la Concorde el 22 de mayo de 1871, por Gustave Boulanger (DeAgostini/Getty Images).
- Figura 2. Defensas comuneras en la muralla de París en 1871 (Hulton-Deutsch Collection/Corbis).
- Figura 3. Barricada comunera de la Porte Saint-Ouen (Alinari Archives/Corbis).
- Figura 4. Enorme barricada bloquea la rue de Castiglione (Alinari Archives/Corbis).
- Figura 5. El destino de los comuneros, ejecuciones sumarias en París, ilustración del *Harper's Weekly*, julio de 1871 (Corbis).
- Figura 6. Cadáveres de comuneros anónimos ejecutados por los versalleses (Roger Viollet Collection/Getty Images).
- Figura 7. París arde, vista desde el puente de Solferino, 24 de mayo de 1871 (litografía de L. Sabatier y A. Adam, *Paris et ses ruines*, 1873).
- Figura 8. El Hôtel de Ville en llamas, 24 de mayo de 1871 (litografía de L. Sabatier y A. Adam, *Paris et ses ruines*, 1873).
- Figura 9. Una *petrolera* a punto de ser fusilada por los versalleses, 10 de junio de 1871 (The Graphic).
- Figura 10. Edificios ardiendo en la rue de Rivoli, 24 de mayo de 1871 (litografía de L. Sabatier y A. Adam, *Paris et ses ruines*, 1873).
- Figura 11. El Hôtel de Ville después del incendio del 24 de mayo de 1871 y la caída de la Comuna (Hulton-Deutsch Collection/Corbis).
- Figura 12. La ejecución del arzobispo Georges Darboy y otros cinco rehenes el 24 de mayo de 1871 (litografía de J. David [adoc-photos/Corbis]).
- Figura 13. Parisinos elegantes regresan a su ciudad después del aplastamiento de la Comuna
- Figura 14. Guerra civil, de É. Manet (Iris & B. Gerald Cantor Center for Visual Arts at Stanford University).
- Figura 15. Restos de la estatua de Napoleón en la Place Vendôme, derribada por orden de la Comuna ante la multitud entusiasta el 16 de mayo de 1871

(Corbis).



Figura 1. Batalla en Place de la Concorde el 22 de mayo de 1871, por Gustave Boulanger.



Figura 2. Defensas comuneras en la muralla de París en 1871.



Figura 3. Barricada comunera de la Porte Saint-Ouen.

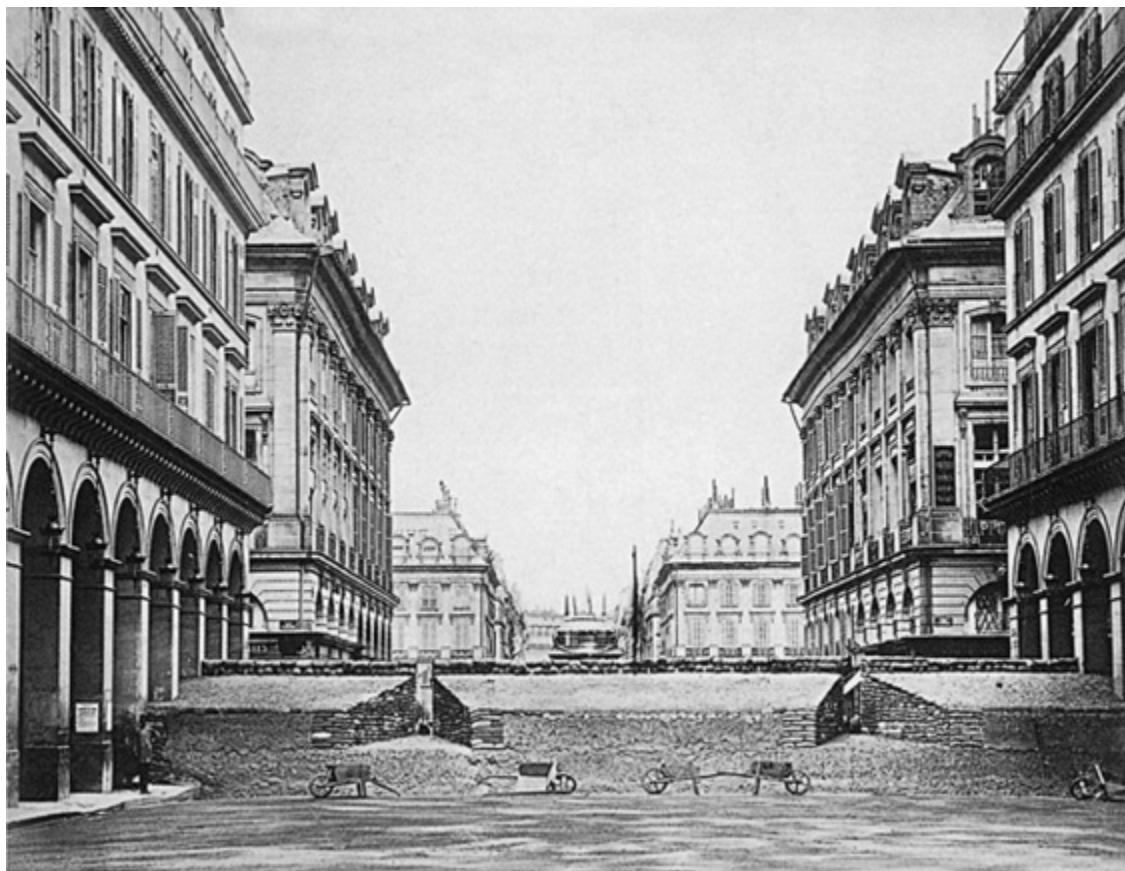


Figura 4. Enorme barricada bloquea la rue de Castiglione.



Figura 5. El destino de los comuneros, ejecuciones sumarias en París, ilustración del *Harper's Weekly*, julio de 1871.



Figura 6. Cadáveres de comuneros anónimos ejecutados por los versalleses.

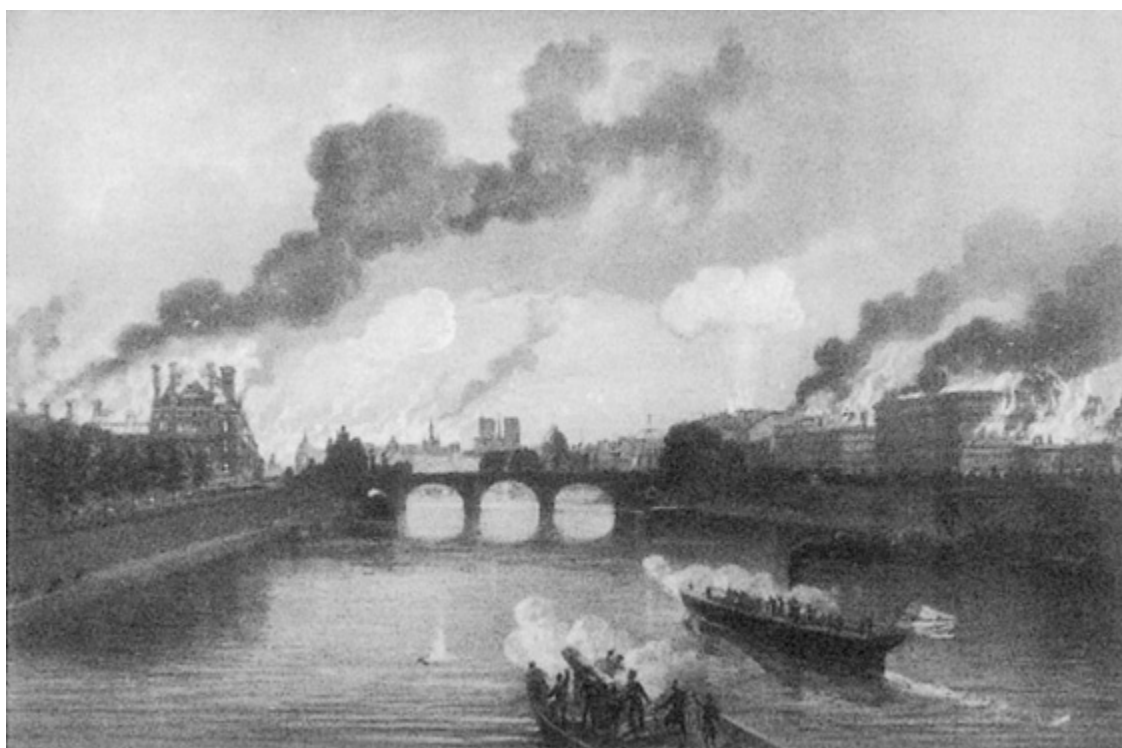


Figura 7. París arde, vista desde el puente de Solferino, 24 de mayo de 1871.

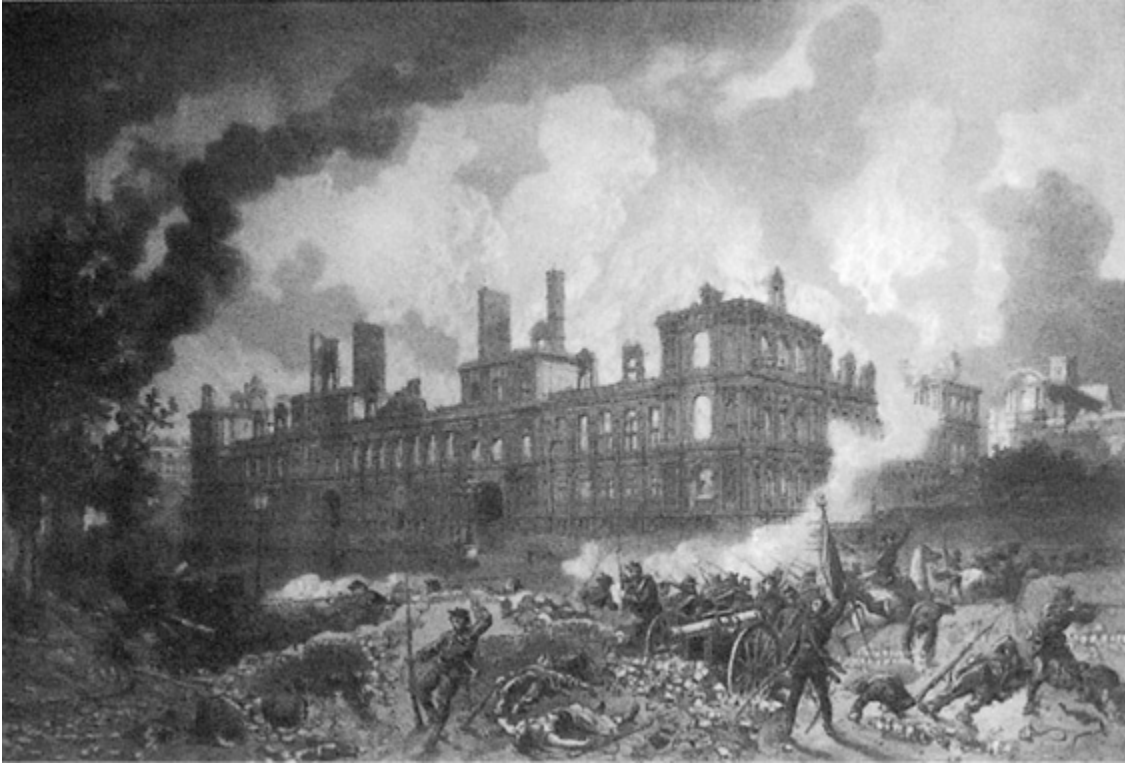


Figura 8. El Hôtel de Ville en llamas, 24 de mayo de 1871.



# THE GRAPHIC

AN ILLUSTRATED WEEKLY NEWSPAPER

VOL. VIII—No. 50

SATURDAY, JUNE 10, 1871

Price Sixpence  
[Per Annum 2s. 6d. by Post 3s.]



THE END OF THE COMMUNE—EXECUTION OF A PETROLLEUSE.

Figura 9. Una petrolera a punto de ser fusilada por los versalleses, 10 de junio de 1871.



Figura 10. Edificios ardiendo en la rue de Rivoli, 24 de mayo de 1871.

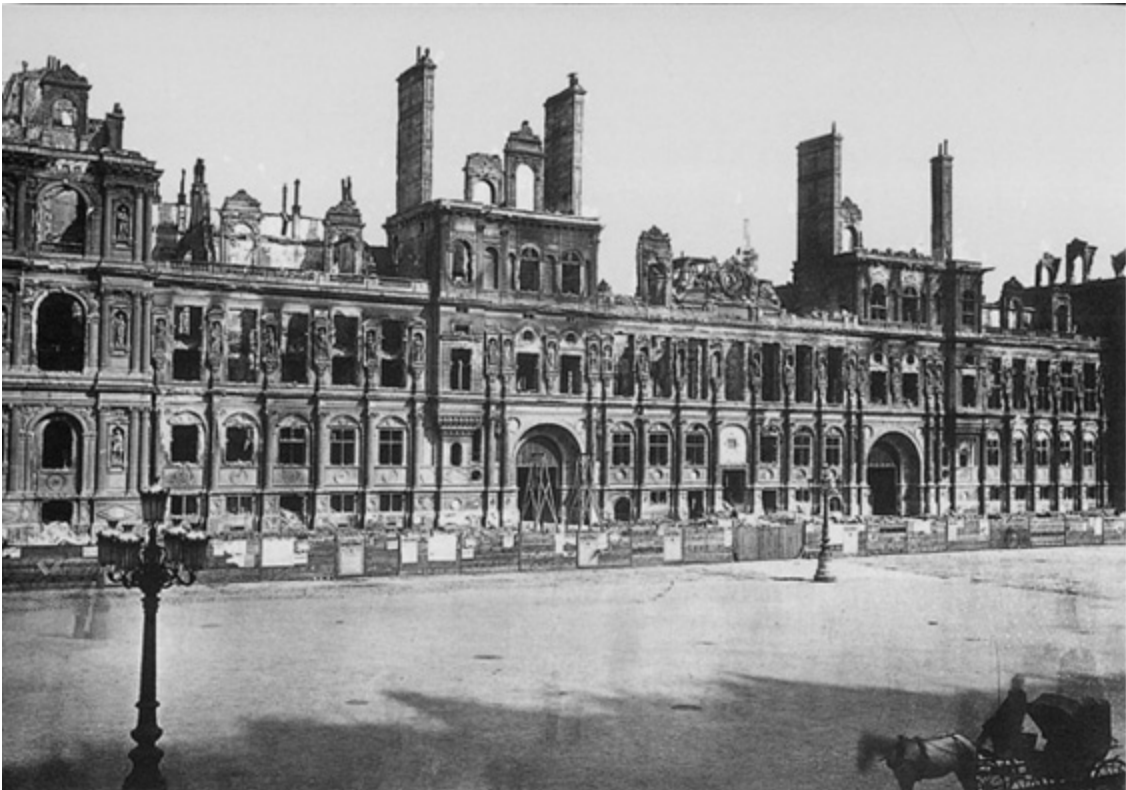


Figura 11. El Hôtel de Ville después del incendio del 24 de mayo de 1871 y la caída de la Comuna.



Figura 12. La ejecución del arzobispo Georges Darboy y otros cinco rehenes el 24 de mayo de 1871.



Figura 13. Parisinos elegantes regresan a su ciudad después del aplastamiento de la Comuna.



Figura 14. Guerra civil, de É. Manet.

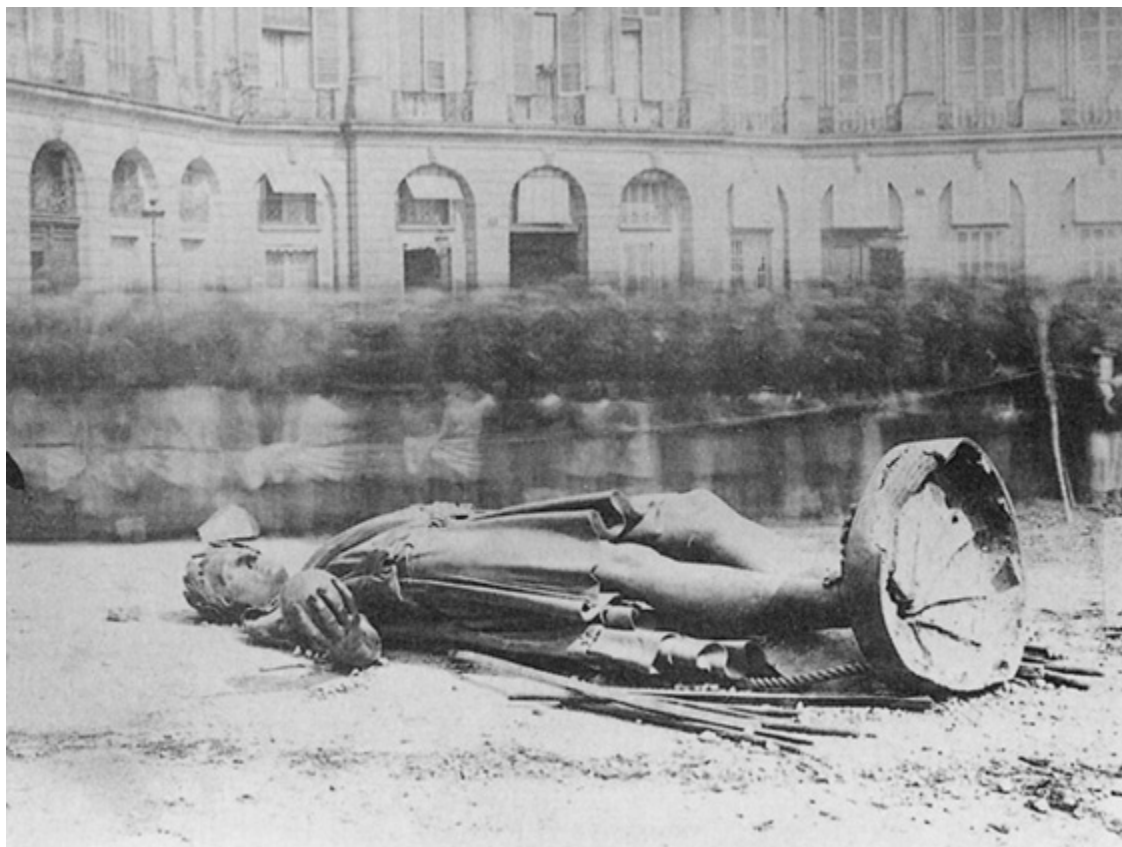


Figura 15. Restos de la estatua de Napoleón en la Place Vendôme, derribada por orden de la Comuna ante la multitud entusiasta el 16 de mayo de 1871.



Desde 2010 la prestigiosa editorial **Siglo XXI de España Editores** está integrada en el **Grupo editorial Akal**.

Con una historia editorial de más de cuarenta años, desde sus comienzos se ha caracterizado por una decidida apuesta por las Humanidades y las Ciencias Sociales, conformando uno de los más significados catálogos existentes en lengua española, catálogo que, en la actualidad, se sigue fortaleciendo con la recuperación de títulos clásicos y con la publicación de las más importantes novedades internacionales.

PINCHE  
AQUI